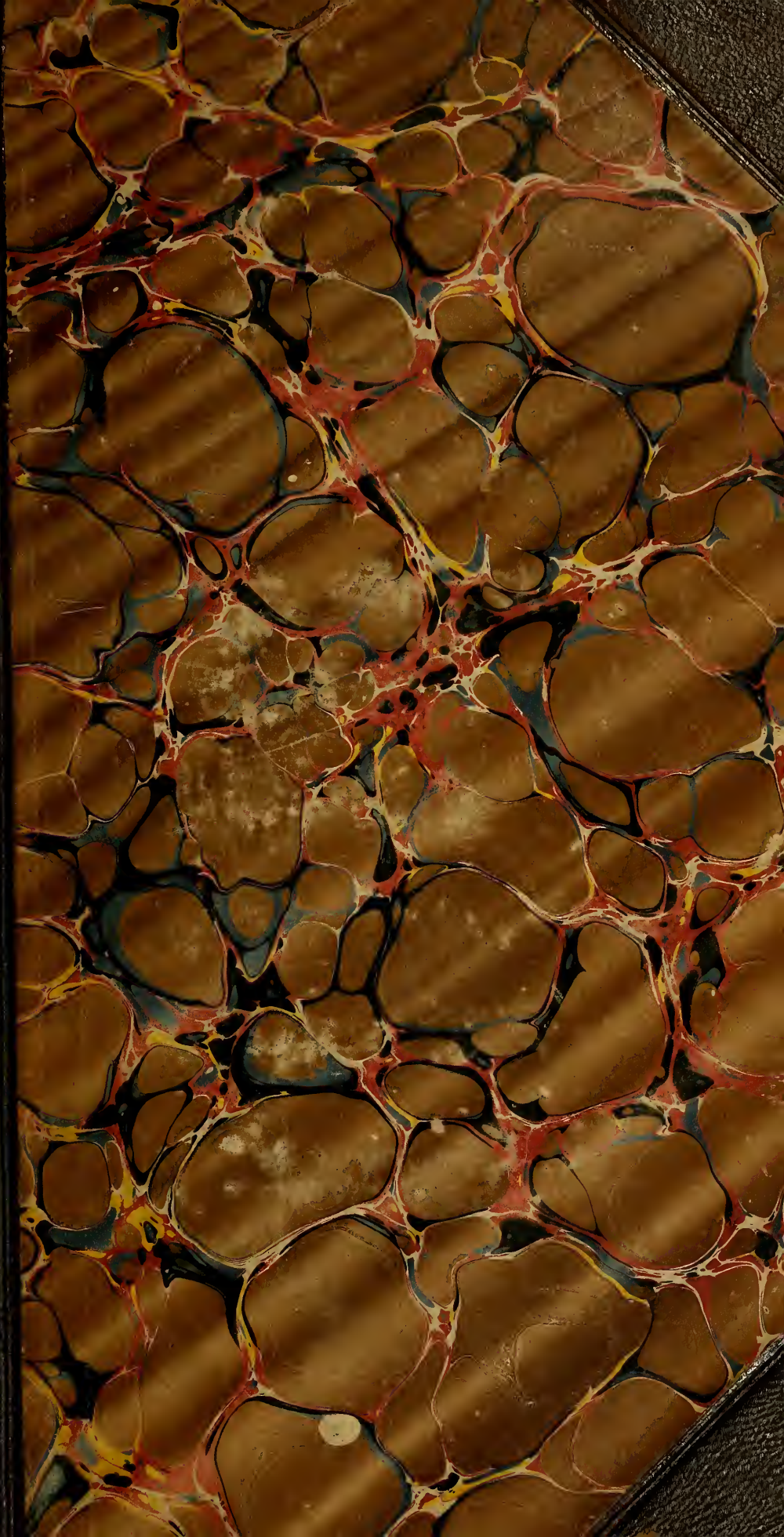
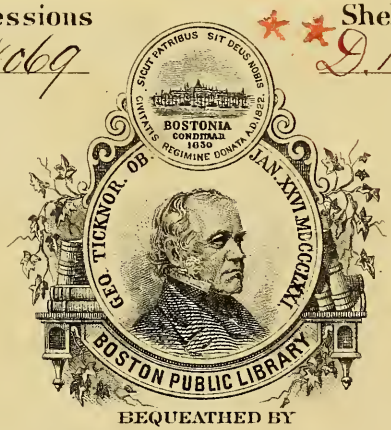


George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 114069

Shelf No. D.130.1 vol. 1



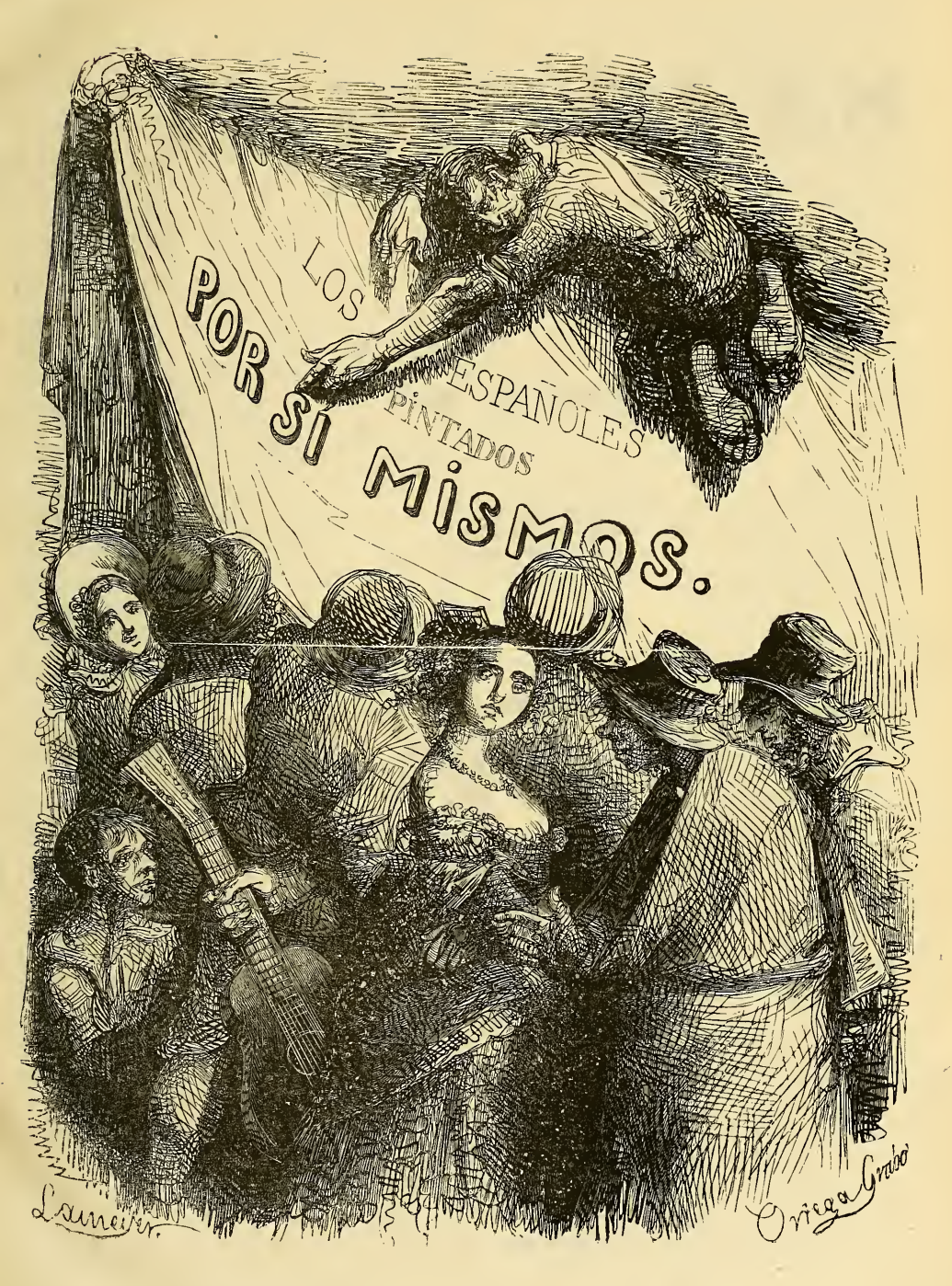
BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec.d Apr. 26.th 1871.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
Boston Public Library

http://www.archive.org/details/losespaolespinta01alen


LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS.
Lancier
Ortega Grabó

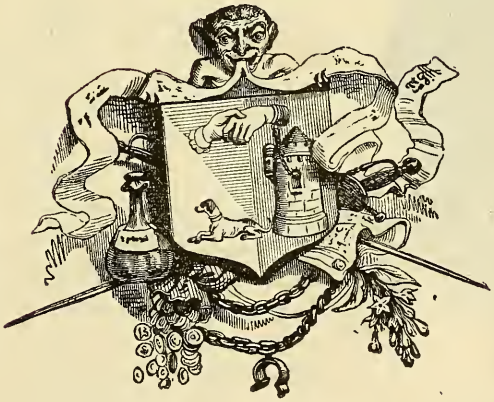
LOS

ESPAÑOLES

PINTADOS

POR SÍ MISMOS.

TOMO PRIMERO.



MADRID.

I. BOIX, EDITOR,

CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

MDCCCXLIII.

Vol. 1

114069
G. T.

Al escribir esta palabra, la primera que romperá la marcha entre las muchas que han de contener LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS, me ocurre la dificultad de que no espresa un pensamiento. ¿Qué es en efecto una Introduccion al frente de un libro? ¿Por ventura una esplanacion de lo que contienen sus páginas? ¿Tal vez un breve compendio de las mismas? De todos modos es enteramente inútil.

Por huir de este escollo han inventado los zurcidores de prólogos la palabra Introduccion, á fin de esponer en ella pensamientos y doctrinas que de ninguna manera pueden deducirse del fondo de la obra. Y esto les importa muy poco, al paso que creen haber dicho algo, si consiguen llenar diez hojas de pesada erudicion, fárrago indigesto de toda produccion escrita para pasto del entendimiento y para gozo del espíritu. El público tambien ha dado en la manía de pagarse mucho de los *próloyos, introducciones, advertencias, cuatro palabras al lector* y

otros encabezamientos de este jaez, y los escritores monopolistas han dicho, conociendo el flaco: *ruede la bola y no haya procesion sin tarasca.*

¿Cómo pues han de salir sin *tarasca á la procesion* general de las innumerables publicaciones LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS, cuando ellos mismos son los que se pintan á sí propios? ¿Cuando todas las publicaciones españolas, con introducciones ó sin ellas, tienen puntos de contacto con la presente? ¿Cuando todos los entes físicos y morales que componen esencialmente nuestra sociedad tienen derecho á ser incluidos en la lista del gran drama que vá á ofrecerse? No nos cansemos: si hay algun espectáculo que merezca un cartel de introduccion, aunque esta nada signifique, es indisputablemente aquel en que parte del público se ofrece en evidencia, con la mejor voluntad del mundo, al público entero, para dar fuerza al dicho de que la mitad del género humano se rie de la otra mitad: si aquí no es mitad, es parte de él, y váyanse las verdes con las maduras. Manos á la obra, y á la Introduccion.

Un moralista la comenzaria así: «No hay cosa absolutamente perfecta en la «naturaleza humana, así como no la hay absolutamente mala: todos los bienes se «hallan oscurecidos por alguna sombra, así como todos los males tienen algun «lado favorable que los hace menos repugnantes»..... ¿Quién sufre á sangre fria estas perogrulladas, para venir á parar en aquello de que ofrecemos á la sensatez de nuestros compatriotas una coleccion de alimañas, tipos degenerados que nos quedan de nuestra bastardeada originalidad?

Démosle otro corte menos doctoral y digamos francamente: Tanto los hombres como las cosas están sujetos á una cuestion de óptica; todo depende del punto de vista á que nos hallamos colocados. Un pobre diablo y un demonio rico juzgan de la sociedad, de sus leyes, de sus costumbres, de sus necesidades, de un modo enteramente opuesto. El primero que ha navegado los dos tercios de su vida entre privaciones dolorosas, atormentado por una ambicion justa ó inconsiderada, todo lo encuentra malo, y grita que es necesaria una reforma radical: á fé que tiene razon. El segundo, halagado por la fortuna y por la adulacion, nadando en un golfo de placeres, con las puertas de la fortuna siempre abiertas á sus deseos, esclama que este es *el mejor de los mundos posibles*, y levanta el galillo contra los que piden un cambio. ¿Quién es capaz de sostener que este hombre anda descaminado?

De aquí es preciso deducir una forzosa consecuencia, á saber: que si los hombres no fuesen antípodas unos de otros; si todos se allanasen á los deseos de los demas; en una palabra, si no existiese esa diabólica escala graduada, que tantos sinsabores hace sufrir á los que pretenden entrar en ella, no habria sociedad: esto en cuanto á lo primero: en cuanto á lo segundo, sin sociedad, no era posible que tuviésemos en las manos INGLESES, FRANCESES y BELGAS pintados ni sin pintar, y el título de los presentes ESPAÑOLES ocuparia probablemente algun átomo reducido á la mil millonésima espresion del gran vacío, á que hoy damos el nombre de mundo.

Pero ya que no es así, por dicha de los que nos hemos metido á pintores,

veamos lo que nos hemos propuesto bosquejar, á falta de verdaderos retratistas El título de la obra pedia ciertamente que cada individuo de la sociedad delinease el tipo á que pertenece, pero los inconvenientes de esta medida saltan á tiro de ballesta. En primer lugar tendríamos tipos, que á fuerza de amontonar descripciones acerca de ellos, no los conoceria el padre que los engendró. En segundo, vaya Vd. á hacer que PAQUITO MONTES, por ejemplo, escriba la fisiologia del Torero; y ya le estoy oyendo responder á la demanda: «*lo que yo haré de buen grado es capear una fiera cual ninguno.*» Pues no arriendo la ganancia si vamos al *Alcalde de monterilla* con la misma proposicion, ó á Dolores *la Castañera*, ó á Menuillo *el Contrabandista*: el primero dará probablemente un auto verbal de prision contra nosotros, y entrará en la taberna á beber de lo caro; la segunda nos arrojará un voto y un *malos tipos os lleven*, y el tercero desenganchará el trabuco tomándonos por cosa del resguardo.

Es pues preciso desengañarnos: no está todavia nuestra ilustracion para hacer semejantes milagros, porque no ha llegado el caso de que nos demos razon á nosotros mismos de nuestros propios hábitos é inclinaciones: ademas, el espíritu de observacion nos lleva en España naturalmente á criticar las faltas y virtudes agenas, y por lo regular nos dá el naipe para la esposicion de cuadros, en los cuales figuramos muy poco como actores.

De aquí, pues, la necesidad de una reunion de escritores que tomase á su cargo una empresa, imposible para uno solo; empresa de gran responsabilidad, y de dificilísimo desempeño, por mas acertadamente que se hayan repartido sus trabajos. No ha sido sin embargo este el mas grave de los inconvenientes que se han tocado: el mayor de todos era la eleccion de tipos. Y aqui encajaba como de molde una sentida lamentacion acerca de nuestras viejas costumbres, tan trocadas, tan desconocidas hoy, merced no solo á las revoluciones y trastornos políticos, como algunos imaginan, sino tambien al espíritu de estrangerismo que hace años nos avasalla, y que nos hace abandonar desde el vestido hasta el carácter puro español, por el carácter y vestido de otras naciones, á las cuales pagamos el tributo mas oneroso; el de la primitiva nacionalidad. Pero como no nos place lamentarnos de males que no podemos remediar, haremos gracia al lector de las frases plañideras que el asunto nos inspiraria, rogándole que, como por via de consuelo, pare mientes en que nos hemos propuesto no dejar en el tintero uno solo de los pocos tipos originales que aun conservamos. Es cuanto en obsequio suyo debiamos hacer.

Nos ha parecido asimismo conveniente no dejar ocioso el lápiz en tan importante asunto. Con efecto, cuando todo se ilustra, cuando no hay publicacion literaria que no contenga trescientas ó cuatrocientas viñetas repartidas por el testo, seria retroceder á los buenos tiempos de las primeras ediciones del *Bertoldo* y de los *Romances del Cid Campeador* el pintar á los ESPAÑOLES desnudos de tan brillantes atavíos. No será así, pues gracias á sus propios esfuerzos, contamos con buenos sastres, que saben vestir en madera á sus compatriotas con su pobre, pero nacional traje, y que gustosos han

emprendido la noble tarea de ayudarnos en la esposicion de tan interesante galería.

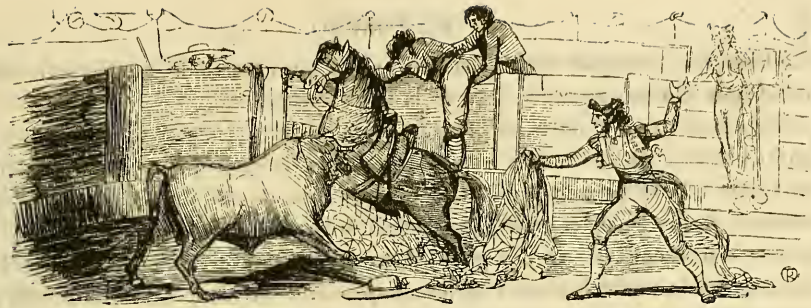
¿Habrémos acertado en nuestro plan? ¿Nos cabrá la satisfaccion de creer que hemos hecho algo en pró de nuestro suelo con escribir y publicar los siguientes artículos tales como ellos aparecen, en vista del estado actual de nuestras costumbres, de nuestras artes y de nuestra literatura?

Cuestiones son estas que no hemos de decidir nosotros, y que por lo mismo se hallan fuera del círculo de la presente Introduccion. Y pues esta se halla concluida, solo nos falta pedir un favor á todos los españoles de carne y hueso, que se hallen comprendidos en algun tipo de los pintados; y es que tengan entendido que para borrajear estos, no nos ha servido de original el individuo, sino la familia: podrá haber algun retrato ¿quién lo duda? Eso probará la exactitud, el buen golpe de vista del dibujante: eso probará que su justa observacion ha adivinado la familia en el individuo.

Pintar entes imaginarios seria pintar mónstruos; pintar hombres exigiria al pié de cada cuadro una nota que espresase el tipo á que cada uno corresponde. Nosotros hemos echado por el atajo colocando por nota el tipo al principio de los artículos; en seguida hemos tirado nuestras líneas á derecha é izquierda, y si no somos tan felices que presentemos, por conseguir la inmortalidad, racimos de uvas, que despierten la golosina de los pájaros, se nos figura al menos que el lector no necesitará de un *Cicerone*, para conocer que el *cesante* es el cesante, la *criada* la criada, y el que antes llamábamos fraile el *esclaustrado*.

Y una vez conseguido esto, es decir, lo mas esencial y dificultoso, el que el lector conozca á todos nuestros ESPAÑOLES PINTADOS, ni él tendrá derecho á pedirnos mas, ni nosotros, por ahora, cosa mejor que darle. De este modo quedaremos todos satisfechos y todos amigos.

F. Lamejor
ORTEGA. G.



EL TORERO.

En España el Torero es una planta indígena, un tipo esencialmente nacional. Y decimos nacional, no porque todos los españoles espongan *el bulto* ó sean *diestros*, sino porque es el pais donde desde la mas remota antigüedad se conoce el *toreo*, y donde únicamente germina y se desarrolla la raza de los *chulos* y *banderilleros*. Hay quien asegura que los Romanos introdujeron los espectáculos de tauromáquia en España poco despues de la conquista; pero á lo mas podrán ser una derivacion de las fiestas de los hijos de Rómulo, en cuyos circos se admitian todas las fieras útiles para la lucha con los hombres condenados á perecer sobre la sangrienta arena del anfiteatro. No era ciertamente el gallardo toro la fiera destinada entonces para ejercer el oficio de verdugo, que tan bien desempeñaban los leones, tigres, osos y panteras; y por esta razon, y por el silencio que guardan los historiadores contemporáneos, es de suponer que no fueron los Romanos los primeros adalides del *toreo*. Con mas fundamento puede creérsele originario de los Arabes andaluces y de los galantes caballeros de la edad media, porque es sabido que éstos y aquellos corrian *toros* y *cañas*, donde como en los torneos ostentaban su destreza y bravura delante de la belleza y de lo mas lucido de la corte. Y aquí sí que los Toreros de la edad presente pueden, si no lo han por enojo, envanecerse con su arte por lo remoto de su orígen, y decir á los que por su susceptibilidad

consideran esta profesion como deshonrosa, que por espacio de muchos siglos fue ejercida por lo mas *entonao* y *lusio* de la nobleza española.

Nada menos que el ilustre D. Rodrigo Diaz de Vivar, el famoso Cid Campeador, está á la cabeza de los Toreros mas *cruos* y de mas empuje que se han conocido, por haber sido el primero que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia. Desde el siglo undécimo empezó á generalizarse esta diversion y á hacerse casi esclusiva: en los grandes acontecimientos: en las plazas de las capitales donde estaba la corte: en los campamentos se alanceaban toros con el mayor entusiasmo por la gente de sangre azul, y hasta los Monarcas descendieron muchas veces del trono para habérselas en la arena con los coronados *vichos* del Jarama y Guadalquivir. Grande fue la simpatía que tales espectáculos encontraron en el pueblo español, y muchos los vítores y aplausos que recogieron los ilustres Toreros de todas las épocas, á pesar de que hasta mediados del siglo XVII no se le pusieron al arte de torear los andadores. Antes no se conocian *la vara de detener*, ni los *rehiletes*, ni el *estoque*, ni las vistosas suertes que despues se han inventado; y como para lidiar toros no se necesitaba mas que un buen caballo, una lanza con su *puya* de á tercia, y valor hasta la temeridad, de aqui las repugnantes cuanto sangrientas escenas que se representaban en el *cerco*, en el que eran muy frecuentes las *cogidas*, ó bien se atravesaba á lanzazos por donde primero se podia al *probe animalito*, ó se le desgarretaba de alguna furibunda cuchillada. Podemos decir que hasta la época citada estuvo el arte en mantillas, y desde aqui en adelante le vemos crecer y desarrollarse portentosamente, sustituyendo á la ignorancia y barbarie, la inteligencia y el verdadero valor. El toreo de á pié principia á hacer notables adelantos: se ordenan los *peones* en cuadrillas: se usa del *harpon*: se *rejonea* y *parchea*, despues se *meten pares*, y finalmente se mata cara á cara con el *estoque y muleta*, suerte inventada por el famoso Torero Curro Romero *el Rondeño*, que fue el primero que la ejecutó. Dejemos, pues, á los ilustrísimos Toreros de la antigüedad, que por mas que hayan sido los primeros, no pasan de ser unos picadores de mala ley, montados en caballos de batalla y lanza en ristre, dando con ventajas y sin regla mucho *castigo* á las reses, y vengamos á la época en que el Torero es ya Torero, que no es ilustrísimo, sino del pueblo, y que no torea solamente por lucimiento y aficion sino por interés y por oficio.

Como la tarea que se nos ha encomendado se reduce únicamente á tratar del *Torero*, no molestaremos mas á nuestros lectores con la relacion histórica de los espectáculos de toros, y nos ocuparemos de un tipo tan especial, considerándolo primeramente bajo de un punto de vista general, y despues, y con separacion, bajo el de las principales especies en que suele dividirse.

La educacion artística del Torero en general principia en el campo entre las numerosas vacadas que se apacentan en todas las provincias de este privilegiado pais, y en los mataderos de todas las ciudades. Los primeros por su vida salvaje y campesina por el frecuente trato con los *vichos*, adquieren una constitucion robusta, bien trabada y gigantesca, se identifican con aquellos cuanto es dable

á una criatura con un bruto, y se les ve luchar y acostumbrarse á *derribar* y á *tomar por delante* dando algunos *puyazos* en las *tientas* á los becerrillos. Los segundos, ó lo que es lo mismo, los alumnos de los mataderos, se ensayan con las vacas mas revoltosas, ya enlazándolas con la *guindaleta* en los corrales, como lo hemos visto en algunos de aquellos en Andalucía, ya *trasteándoles* cuando una vez enmaromadas *viajan* por el patio, ó ya parodiando *los recortes y galleos* antes de citar la res á la columna para recibir el *puntazo*. Los primeros por las razones que hemos espuesto son mas á propósito para picadores: dirigen tal cual el caballo: tienen el *bulto* á prueba de *encontronazos*; y finalmente, mas *poér pa manejá el palo* que los segundos, que por la ligereza que adquieren y por las suertes que pueden practicarse en un matadero, suelen ser mas útiles para la clase de peones. Generalmente hablando, este es el bautismo tauromáquico que recibe *el diestro* antes de dejarse crecer la coleta ó trencilla para sujetar la airosa moña: estos los principios, únicamente de práctica, con que algunos se presentan en las plazas de segundo y aun de primer órden, de las que es muy frecuente verlos salir para el campo santo, cuando no están dotados de facultades naturales para comprender la teoría del arte sobre el terreno. Repetimos que hablamos en un sentido general, y que no incluimos entre esta gente á aquellos que han recibido una educacion teórico-práctica mas completa en la única escuela de tauromáquia, fundada por el último Rey en la hermosa Sevilla, de la que han salido, aunque pocos, muy aventajados lidiadores, y que en fuerza de sus conocimientos han cambiado estos sangrientos espectáculos en funciones de divertido entretenimiento.

El Torero siempre es andaluz: es cualidad indispensable cuya sola posesion asegura al neófito un puesto delante de la fiera, y ser reputado desde luego como apto y conveniente para el oficio. Con ser andaluz se adelanta la mitad del camino; porque la santa costumbre ha vinculado este ejercicio entre los garbosos hijos del Bétis, y por eso los valencianos, manchegos, murcianos ó estremeños que se dedican al toreo, lo primero que hacen es olvidarse del pais en que nacieron: adoptar, ademas del *uniforme de plaza*, el traje de calle mas comun en los andaluces: imponerse en la jerga técnica de los *compaes*: mezclarse en los calientes *bromazos* que corren de contínuo, y á la vuelta de un año de *trasteo*, ya hay hombre: aunque haya salido de la ribera del Miño, la metamórfosis es completa: ya pertenece á la buena raza, y puede decir *cuadrándose en regla*, con el *estache* sobre el *cliso erecho*, embozado en la *nube*, apoyando la siniestra *bae* en la *caera*, y sosteniendo con dos *langutes* de la diestra un *prajandi de la vuelta de abajo*: — «AQUI HAY UN JEMBRO..... TOA MI CASTA ES DE JEREZ!»

Los toreros fuera de la lidia parecen iguales, de una misma familia, enteramente gemelos. Una hora de vida es vida; y como cada *quisque* suele tener la suya de ocho en ocho dias muy cerca de la *joyanca* procuran amenizarla con todos los goces terrenos que les sugiere su acalorada y brillante fantasía. Rumbosos y decidores por naturaleza, alegres y festivos por la naturaleza del arte, derraman su dinero y su sal con todo el garbo y desprendimiento español; gastan, triunfan

y se ahitan de tal modo, que cuando suene la hora en que un toro de *piernas* los *embroque sobre corto* y les arrime el *achazo* con DOS CUARTAS DE MADERA DE TINTEROS, pueden decirle á la oreja.—«*Espachúrrame, hases bien... que ya estoy arto.*»

Este es el *Torero* en general. Con este género de vida cruza el territorio desde el Guadalquivir hasta el Arga: así recorre todas las plazas del reino; y aunque en el calor de las orgías todos son *echaos pa lantre,* todos tienen inteligencia, y cuenta cada cual alguna *hombrá,* lo que es en el *cerco*, *esapartao é las tablas y con el vicho en jurisdicion*, entonces ya es otra cosa... y aquí principia el Torero á dividirse en especies de mas ó menos importancia, siendo únicamente las que nos darán ocupacion las que mas suelen estar en evidencia.

Así como todos los toros tienen cuatro pezuñas y cuatro orejas, como dice el vulgo, y sin embargo de esta aparente semejanza están debidamente clasificados por los inteligentes, asímismo los Toreros á pesar de que todos son hombres y gastan *chorrera y monteriya y capote* y otras zarandajas, deben entrar á clasificacion, porque todo en los tiempos que corren se clasifica, aunque no se purifica. Como hay algunos Toreros que solo tienen *piés*, otros que carecen de ellos, pero que poseen bastante *cabeza*, muchos que ni *piés* ni *cabeza* y pocos que reunen á la vez *cabeza*, *corazon* y *piés*, es decir, inteligencia, valor y ligereza, forzoso será dividirlos en cuatro clases, especies ó secciones, para mayor claridad, y denominaremos á los de la primera, Toreros *bravucones*: á los de la segunda *de sentío*: á los de la tercera *abantos*, y por último á los de la cuarta de *buen trapío*. Y cuenta toreros del alma, paisanos nuestros, que al aplicaros el nombre que vosotros le dais al *ganao*, no vayais á creer que es por consejo de alguna mala alusion, por aquello de las *cuatro orejas*. Ná de eso! no hay que *amoscarse*, camarás: nosotros no nos metemos en la parte física del *testuz*, tan solo diremos, si decirse puede, que las prendas morales de los *vichos* están muy *arrimás* á las vuestras, y con la mejor intencion y buen deseo entramos en este berengenal, del que vamos á ver si empezamos á salir con el ayuda de

EL TORERO BRAVUCON.

Este *diestro* suele ser bastante torpe; pero lo disimula todo lo posible: tiene una fortuna escandalosa que le hace quedar bien en todas ocasiones, y al dotarle la madre naturaleza de buena figura, donaire y arrogancia, le ha inspirado un si es no es de *asco* á la *diadema cornumental*, que el buen hombre se *pirra* cuando la ve *viajar* hácia él. Desde chiquito y cuando por primera vez se presentó en el *corral*, encontró un *pairino* que le dió algunas lecciones de *trasteo*, le inició en los misterios del arte, y concluyó asegurándole que en los apuros grandes ó pequeños la parte mas importante del *bulto* eran los *alares*, y que sabiéndolos menear bien, no habia que tener *cudiao*. Y esta conclusion de las lecciones del *pairino* se ha quedado tan profundamente grabada en el corazon del ahijado, que cuando su buena estrella le depara el primer ajuste y se encuentra

sobre la arena y antes que la puerta del chiquero dé salida á un *boyante* de cinco años, está diciendo para sus adentros:—¡ay pinrreles!.... *¿pa qué os quiero?*—y encomendándose con todas veras á MARIA ZANTISIMA E LA JANGUSTIAS.—Esteriormente es un héroe: con la barrera por delante *se quié comé* á la fiera.... «*Andresiyo!.... mételo el trapo y yévatelo á los medios porque ese choto ma tomao una tirria que me voy á vé e nel caso.....*"—y hace una *movision* de cuerpo como quien dice..... «do voy á estropeá..... y es una lástima.»

Si es *chulo* nunca mete el capote sino para *destroncar*, y aunque el pobre toro se quede *espatarrao*, y maldiciendo la gracia, lo que es nuestro hombre sigue su *viaje* hasta que se ve al abrigo de los *tableros* donde recibe con cierto aplomo y afectada indiferencia los aplausos de la multitud ignorante que cree que con *cuartear* al *vicho* ha ejecutado una gran cosa.—Cuando le toca banderillear, lo mas que logra meter es un rehilete, y ese de la manera mas fácil y segura, á *media güelta* y *saliendo por piés* con la velocidad de una saeta, fingiendo mucho berrinche porque el oro está *aplomao* y no *ze fué parcá*. Si es *picador* siempre busca á la fiera por el terreno mas largo para dar tiempo á que algun compañero se le atraviese: con achaque del caballo ó del estribo, ó de la cincha, entra y sale en la cuadra, da todas las largas posibles, hasta que llega un alguacil y le dice de parte del presidente.—Señor José, cite usted al toro.—«*Digasté á su señoría que esto no é jaser pasteles.*" Y la multitud que comprende la alusion, da grandes risotadas y muestras de aprobacion *al chiste*, porque á los toros va mucha gente que le gusta ver en ridículo á la autoridad, y sobre todo si hay alguaciles de por medio. El alguacil se guarda bien de ir con semejante embajada al presidente, y por último el *diestro* va á cargar la suerte observando antes si está la barrera bien á mano, y echando *una mirá* á los peones que le rodean.—«*Cabayeros*, ayá voy, *quitámelo presto porque si no va á yevá un castigo que....* ¡Juy!... berrendo!....» Y el berrendo se le *cuela* como de costumbre hasta la *espinillera* ó *mona*, queda el pobre caballo exánime en la arena y el ginete montado en *el jolivo* llamando al toro con el sombrero hasta que dice con la mayor frescura: *Qué..! si lo han corrío ya otra vez... y luego, estos jacos son de cartulina.* Los contratistas de caballos tienen muy pocas simpatías con este *diestro*. Pues no decimos nada si por ventura es *espada* ó *media espada*, ó sobresaliente ó cosa que lo valga. Es todo cuanto hay que ver y oir, cuando situado delante del palco de la presidencia echa el *brindis* con la montera en la mano y apura toda su elocuencia, sin dejar por esto de mirar de cuando en cuando hácia atrás por si es cosa que se le antoja al toro venir á interrumpirle ó á privarle del uso de la palabra. Pero concluye el ofertorio, y tira la montera, y la pisotea y... ¡bravo!... ¡bien!... dicen en el décimo tendido, y el jembro sale con su stoque y su muleta echando espuma por la boca y con los ojos encendidos en busca de la víctima que aguarda con resignacion el golpe mortal en un estremo

de la plaza. *¿Aónde está el vicho? Ea, que toquen á arrastrá.* Y sin embargo de que el *vicho* está deseando que lo arrastren, el matador le mira antes y á lo largo, de frente y de soslayo como quien dice «ya te conozco.» *Echámelo pa cá. Güeno! á la suerte!...* pero al ir á *cuadrarse* se detiene otra vez y dice á la cuadrilla: *Mu escompuesta tiene la cabeza....si lo mesmó es dicarme que se cubre!... Vayá!...échamelo pa ayá y no esapartase.* Carga en fin la suerte; y si repara que en el palco de enfrente hay algun conde ó marqués aficionado, con un espresivo *guiño* le da á entender estas palabras. *¡Por la de osté, Zeñorito!* y conducido por su buena fortuna se larga con los ojos cerrados á la cabeza del toro, el que cansado de la vida y de tanta iniquidad como han hecho con él, se mete por el estoque arriba y él mismo se corta la *herraura* para no servir por mas tiempo de juguete y diversion á tanto vago. Este Torero es el que mueve mas ruido entre los compañeros: es el mas disputador, y siempre su feliz ingenio le proporciona buenas salidas cuando le dan á entender que tal ó cual cosa no la ejecutó con el lucimiento que debia. Raras veces deja de acompañar á los grandes y caballeros á las corridas particulares de novillos que suelen celebrar de cuando en cuando en algunas de sus quintas. Allí, y desde la barrera alienta con su voz á los inespertos Toreros, les marca las suertes mas seguras, aplaude, vitorea y tira el *calachés* con el entusiasmo mas superlativo, y no cesa de gritar detrás del parapeto... *Zeñor duque, no hay cudiao, ca aquí estoy yo!...* Tambien suele este Torero en algunas ocasiones llevar levita, sombrero de copa alta, y pantalon con trabillas; pero raras veces guantes. —Por lo demas es un hombre completo; procura hacer sus huesos todo lo viejos posible, siente de corazon cualquiera desgracia de sus compañeros, á nadie tiene envidia, y es en fin el reverso de la medalla de

EL TORERO DE SENTIO.

El Torero de *sentío* es el fiscal mas severo que tiene el Torero *bravucon*. Es un egoiston de marca, algo gordo y pesado: de suerte infeliz, buena *cabeza*, malos *pies* y entrañas *atravesás*. No puede llevar con paciencia la desmedida fortuna del *bravucon*, ni la agilidad con que salva sus torpezas, ni los aplausos del público cuando se dirigen á algun compañero, ni mucho menos las chiflas cuando se dirigen á él. Ya se ve, esto es muy natural, y por desgracia harto frecuente en lo miserable de la condicion humana. Procura *trastear y trastea* con bastante inteligencia; pero como su inteligencia carece de solidez porque le falta una de las bases mas esenciales, es decir, *los pies*; y como el toro no entiende de retóricas, y si es *revoltoso* en enfilando el *bulto* no lo deja, por eso la inteligencia muy á menudo da en la arena cada batacazo que canta el gallo de la Pasion, sin que le quede al pobre *diestro* el triste consuelo de haber escitado ninguna clase de interés en los espectadores.—Ya se ve!... repetimos, tampoco esto es estraño: el público está muy acostumbrado á ver fuera de la plaza rodar la *inteligencia* por esos suelos de Dios, y como esta escena es cuotidiana ya carece de novedad, y hé aquí la razon por qué en el *cerco* la presencia es muda é indiferente. Pero este no

es argumento para el Torero de *sentio*, y por eso está á matar con sus semejantes, los toros, los caballos y hasta con los que tocan los timbales, que ignoramos á qué reino pertenecen: por eso su sangre no es ya sangre, que es acibar, alquitran, veneno, y por lo mismo es el primero siempre á *largar el trapo* cuando puede echar con disimulo el *vicho* sobre el que está descuidado, y el último que mete el capote para sacar la fiera cuando ésta da alguna cogida. Este Torero se inutiliza pronto ó sucumbe antes entre las marcadas astas de los toros *celosos* y amigos de *ceñirse*. Su genio es irascible, su lengua picante y mordáz, está con frecuencia enfermo, las que mas suelen atormentarle son las *peritonitis*, y nosotros le aconsejamos de buena fe que en vez de torear se dedique á vender fósforos ó á hacer hilas para los pobres, oficios que si bien es verdad son poco socorridos, al menos son descansados, nada espuestos, y especialmente el último muy meritorio á los ojos de la divinidad por el beneficio que proporciona á la humanidad doliente.

EL TORERO ABANTO.

Este *diestro* no es diestro: es el sota-torero, el repartidor de un periódico de literatura. La misma importancia artística tiene aquel que este en la direccion, compilacion y elaboracion de los artículos de alta mision en una redaccion. Pero es el torero feliz: es el que logra ver su cabello encanecido sin ningun contratiempo tauromáquico: es la crónica ambulante donde se encuentra la noticia de todos los acontecimientos de la plaza: es el que nunca pisa los *medios* sino cuando está el toro enganchado, y para cubrir con una espuerta de arena la sangre derramada por las víctimas: reparte banderillas por fuera con mucha precaucion si la fiera está bastante lejos, y si está *encima*, lo hace con estraordinario arrojo por dentro de la barrera. A lo mas que suele ascender es á guarda del *toril*, y entonces tiene la honra de tomar de manos del alguacil la llave del chiquero, con la que cuanto antes y con la mejor intencion dispara á un *vicho* de piernas detras del apurado corchete que á todo escape se mama un sustazo y una chifla que no hay mas que pedir. Pero este Torero debe ser para nosotros lo que para el público los toros *abantos*. Salen, dan cuatro *viajes*, se *escupen de la suerte*, los cargan de *fuego* ó de *perros*, y en cinco minutos desaparecen de la escena. Quitemos tambien nosotros de enmedio y cuanto antes al Torero *abanto* sin echarle perros ni foguearlo y hasta sin darle el *cachete* del ridículo ó el de una sátira poco generosa, y ocupémonos de la cuarta y última clase, procurando abreviar todo lo posible para no cansar mas con esta bataola á nuestros amables y pacientísimos lectores.

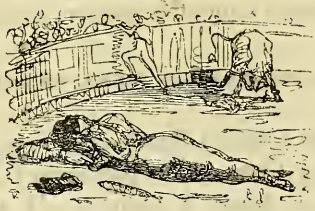
EL TORERO DE BUEN TRAPIO.

Este es el bello ideal de todos los diestros: el *Minuto* y *Jordan* de los peones y banderilleros; el *Hormigo* y *Charpa* de los picadores; y de los espadas, el *Miranda* de los buenos tiempos, y el *Montes* de siempre.—Y ya que hemos nombrado á Montes, porque es forzoso hacerlo tratándose de buenos lidiadores, á Montes con

el mayor placer dedicarémos esta parte de nuestro pobre artículo, porque en el *Zeñon Paquiro* encontramos reunidas todas las buenas cualidades del gran *diestro* y todas las prendas que constituyen á el mas cumplido caballero.—Miradle siempre ejecutar las suertes mas difíciles con limpieza, seguridad y lucimiento, *liarse* con la fiera, arrancarle la *divisa*, y retirarse paso á paso con el *vicho* á la espalda, que mas que toro bravo parece un manso cordero domesticado por él. Vedle sereno, con los *pies sentados* á la cabeza de la res pasarla y repasarla con pulso y conocimiento ó bien desplegar su capote y mostrarse digno sucesor de *Costillares Pepe* (*Hillo*) *Cándido y Romero*.—Si quereis encontrar á Montes, buscadlo en el peligro: notad esa avidez tan marcada en su noble semblante, ese afan por precaver y remediar todas las desgracias, ese instinto y oportunidad en la ejecucion. ¿A cuántos no ha librado de la muerte su capote? Y sin embargo lo hemos visto muchas veces caminar solo á dar la muerte sin mas apoyo que su inteligencia, sin mas amparo que su destreza y serenidad.—Francisco Montes es el Torero de *buen trapío*: es la gloria de Chiclana y de todo el mundo tauromáquico, aunque les pese oirlo á sus muchos detractores.—Pero ¿cuándo no los tuvo el verdadero mérito? No obstante, el lidiador que en su arte de torear á pié y á caballo, superior y mas completo que el de *Novelli, Pepe Hillo* y otros, ha fijado reglas para asegurar la vida de sus compañeros y sucesores, y ha dejado consignados en el mismo los sentimientos francos y puros de un alma noble y desinteresada, merece seguramente un lugar muy distinguido en el aprecio y consideracion de todos los hombres. Y á propósito del arte de torear de Montes, no haria mál nuestro gobierno, ya que es algo *aficionao á los embroques sobre corto*, en echar la *visual* á la parte tercera, capítulo único de dicho arte, que trata de la *reforma de los espectáculos de toros*, tanto porque es muy conveniente para la mejora de esta fiesta nacional, como porque sus productos se suelen aplicar en beneficio de establecimientos de beneficencia y pública utilidad.

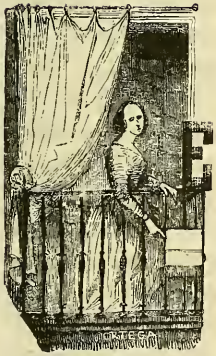
Vamos á concluir con una triste reflexion.—El toro no sabe leer ni escribir; por consiguiente á lo mejor da al traste con todas las reglas, y en un mete y saca iguala las diferentes clases de toreros. ¡Líbrelos Dios, y muy especialmente al *Zeñon Paquiro*, de semejantes trabajos!!

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.



A/D
ORTEGA

LA PATRONA DE HUESPEDES.



El orígen de las casas de huéspedes (estilo coronista), se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando menos, al padre Abraham los honores de la invencion.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos, todavía este uso venerando se resentia de la sencillez evangélica, y no estaba tan refinado como le vemos hoy, los que aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años despues. Entonces todo su mecanismo se reducia á tener siempre abiertas las puertas de la choza paternal (si es que esta tenia puertas), al fatigado peregrino que, sin mas maleta ni silla de posta que el bordón y la calabaza, acertaba á atravesar á deshora por aquellos andurriales; hacerle un ladito en la estera que servia de blando sófa y de mullido lecho; ponerle delante un cenacho de bellotas, ó cosa tal, y su botijo de agua pura y serenada; y si lo queria comer, bueno, y si no, tan amigos como antes. Luego, de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped, para escuchar de su boca la narracion de las estrañas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la habia, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo Vd. estar.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y sino léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí están Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía, y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte; que no consta pagasen patente de hospedaje público ni secreto) hiciéronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones, (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales) y hágote viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y «*Aquí se alquilan salas y alcobas con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano*, etc.;» viendo lo cual los mancebos Eneas y Telémaco, que eran hombres que lo entendian, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Calipso que no podia consolarse de la partida de otro Ulises; y que en el esceso de su dolor (como hubieran traducido mas de cuatro literatos) *se encontraba desgraciada de ser inmortal*: quiero decir, de hallarse viva todavía, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debia haber médicos ni boticarios. Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroina, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguiremos nuestra *indirecta* imitacion ó sea *arreglo á la escena española*, diciendo que las ninfas que la servian no osaban decirla «esta boca es mia.»—(Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y reluciente como tarja de remolacha, y una náyade del Manzanares, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Vírgen del Puerto á sumergir en las ondas sus flotantes túnicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada inmaculados por cierto.)

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitacion todo á lo largo de su palacio, que podria tener hasta unos quince pies en cuadro; y de vez en cuando solia pararse á contemplar el solitario y mal perjeñado lecho, que solia regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, lejos de moderar su dolor, la traia á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que D. Ponciano Pasacalle, nombrado administrador de correos de San Esteban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecia á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amatorios de los zapirones de la vecindad; y todo se la volvia alargar la gaita por entre un canalon y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo lejos el camino real de Castilla, por donde D. Ponciano habia desaparecido, conducido por arrobas en alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luego, porque no habia mas que subir; llaman tres golpecitos á la puerta; abre la gallega, y dos hombres, de los cuales el uno parecia á D. Ponciano como un

huevo á otro, se presentan delante de la viuda.—Por supuesto que esta conoció á la legua que el tal no podia ser otro que el primo hermano de su ausente, que éste le habia anunciado como que debia venir un dia de estos á Madrid para revalidarse de cirujano en el colegio de San Cárlos.—No pudo, sin embargo, conocer quién era el vejete que le acompañaba, y es que el tal vejete era un escribiente memorialista de detrás de Correos, que cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda de la diligencia, y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heróica capital.

Por supuesto que nuestra patrona (á quien ya relevaremos el incógnito, y llamaremos por el nombre de *Doña Tadea de Rivadeneyra*) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del recienvenido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personajes anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó cómo habian sabido su ignorada habitacion y qué ocasion les traia á sus altas y elevadas regiones.—Entonces el mancebo, (que tenia una voz de barítono acostumbrada á modularse al compás de la *jota* y de la *guaracha*) se quitó cortésmente su gorrilla de viajero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado; dióselo á leer á Doña Tadea, por donde esta vino en conocimiento de lo que ya su corazon la habia predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle. Con lo cual, mas en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del colegial, instalóle en su aposento, y marchó á dar una vuelta á la cocina para disponer unas tortillas con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habria de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron, hicieron crecer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y escelente dueña doña Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium;* la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped. Este por su parte, que no era lerdo, bien echó luego de ver el efecto que sus ojos y compostura habian hecho en la huéspeda; y como ella no era todavía ningun vestiglo que digamos, y mas para impuesta sin censo, y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el golfo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que si tal; de suerte que, á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó rascando otras su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del *ay, ay, ay!* acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertáran á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se habia tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal, sino que el bienaventurado mancebo podia hacerse la ilusion poética de

que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas, el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la escitante morcilla estremeña, el delicado queso montañés. Todo se reducia por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual otro juramento en prosa hecho á la manera jesuítica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en el pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!) bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho, pudieran tal vez ser mas calculados que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corria inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla mas y mas en estos temores una sospecha, que aunque nacida á oscuras vino á iluminar su razon, y fué el caso que cierta noche, regresando del sermon de los Dolores, halló qne el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano, y á oscuras, con la moza gallega, que, nueva Eucharis podria tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero, y contribuir con su traicion á hacer mas interesante el argumento del drama. (La viuda habia leido el Telémaco traducido por R..... lo cual es lo mismo que decir que no le habia leido de modo alguno.)

Desde aquel dia, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada doña Tadea no tenia, como suele decirse, el alma en su almario; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots, y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno número 2, huyendo con la otra maula, ora creia ver á esta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacia esperimentar. Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podia sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que aun confiaba recibir, todo se resolvia en protestas y manifiestos del mas sincero y cordial rendimiento, y aun habló de «coronar su amor» y demás frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia, siempre con la condicíon de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prógimo.

Doña Tadea, como muger y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto mas, que el galan por su parte la instaba diariamente á que para apartar el pretesto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hízolo así con efecto; y desde entonces, mas acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fé, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo mas recóndito de sus redes á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuracion el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, item mas, de las fées de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquella rezaba fervientemente el responsorio de san Antonio,

si buscas milagros, mira..... siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurreccion.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto, y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple exposicion de aquella peripecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; baste saber que hoy es, y todavía se encuentra en el hospital de Incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras, en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este mas que razonable ejemplo preambular, se ha atravesado en nuestra pluma, con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los combates de las pasiones, y templar su corazon á prueba de huéspedes, antes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon. El buzo no se sumerge en el hondo de los mares, sin la cámpana protectora; el aeronauta no se lanza á las nubes, sin el paracaida que ha de sostenerle; y el osado ginete no comienza la carrera, hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazán. De este modo, la muger que haya de abrir las puertas de su casa al forastero, ha de haber cerrado y aun tapiado de antemano las entradas de su corazon. El caso de Dido, el de Calipso, y el de doña Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos ¡oh viudas! que conviene meditar.

Por fortuna estos casos forman mas bien escepciones de la regla, que quiere que la *huéspeda*, *patrona*, ó *ama de casa* (que de todos modos podremos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Panléxicos* mas corrientes) frise ya en las cincuenta navidades, edad la mas propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la mas idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero; quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; que el vestido de sarga ó de algodon oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal; que las tocas modestas encubran la rugosa garganta; que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.—Es tambien inmemorial costumbre en Madrid, (donde hablamos) que la tal Patrona, sea viuda legítima y de legítimo consorcio de un empleado en Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pension de doce reales por el Monte Pio, y que éste la deba treinta ó mas mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca, con que acudir al servicio de los comensales; y que, en fin, por su economía, su religiosidad y buenos modales, vea acrecer su reputacion, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán menos de recomendar á todo viniente á la córte la casa y persona de doña Escolástica ó doña Celedonia.

Pero de nada habrian de servirla todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes que quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañía una, dos, ó mas hijas ó sobrinas, de pocos años, alegre travesura, y no desapacible parecer. Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente provecta y asegurada de incendios, v. g. un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que entonces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la constitucion de 12, ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central. Todo lo demas seria llevar fósforos donde hay combustibles, ó poner al gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues qué, si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano, ó de un abogado andaluz; de un jóven millonario de la Habana, ó de un novelesco viajador francés; de un militar brioso y arrogante, ó de un estudiantillo travieso y perspicaz? ¡Patronas las que teneis hijas doncellas! libradlas por su bien de tales peligros; negad la hospitalidad á la pérfida juventud advenediza, y no deis oidos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que intenta solo meter el pié; porque á lo mejor, y cuando menos lo creyéredes veréislos alzarse con el santo y la limosna, y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra mísera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huéspeda, tambien los hay que buscan la huéspeda y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos estrangeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones, dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, apenas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* las suntuosas fondas, acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudiera desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro pais, por desgracia, ofrece aun muy pocos de estos refinamientos, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y aun dejarse caer luego dentro de los muros de la noble capital. Al entrar en ella, y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero, falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores; ni acudirán á recoger su equipaje infinidad de mozuelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo lo contrario: la mas absoluta soledad, la mas completa indiferencia, esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital, antes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por orígen la escasez de viageros, propiamente tales que suelen visitarnos, la falta de estímulo para las grandes empresas industriales, la indefinible arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar. La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilizacion; el interés que sabe levantar en

ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó mas personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederla por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles, y hasta de su mísero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia, se hallan hoy suscritas mas de dos mil casas en Madrid.—El dia en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederías las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales, brinde al transeunte, al celibato, al estrangero, con los goces y comodidades que le ofrecen los hoteles de París, Lóndres y Bruselas, la civilizacion, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán mas visitadas y conocidas; el interés de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de este recurso de existencia; el forastero de este medio de incorporacion á nuestra sociedad; y ésta, en fin, verá desaparecer un tipo que sino es poético, por lo menos tiene no poco de original.

En la dilatada escala de las familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, seria imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos.—Los hay que ostentando aun los restos de una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio: pero el precio de ellos suele esceder por lo menos en un doble al que costaria igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reunen á una mediana comodidad, los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las mas módicas fortunas, ofrecen al desdichado forastero aposento, cama, luz, y alimento, por la inverosímil cantidad de *cuatro reales diarios*. De estos establecimientos solo puede decirse que son una providencia artificial, un problema humanitario, resuelto por algun genio bienhechor.

Las familias vergonzantes y numerosas, acostumbran recibir un huésped solo para conllevar el pago de la casa, limitándose ellas á habitar las piezas interiores. En tal caso el huésped no es huésped; es otra persona mas en la familia. Recibe sus confianzas; asiste con ella á la mesa comun; hace pie en el tresillo; acompaña á paseo, á misa y al teatro; enseña á escribir al niño de la casa; da leccion de guitarra á la señorita; cuida de los tiestos del balcon y de echar alpiste al canario; y prepara el rapé para la mamá. En casos tales, para buscar al huésped hay que pasar á las habitaciones interiores; para hacer visita á las amas, es de rigor que se las busque en la sala principal.—La mas estraña amalgama se establece entonces en el adorno de esta; las botas están sobre el piano; el San Antonio de talla, tiene en su cabeza el schakó del capitan; el ridículo de la señorita, suele servir de bolsa á los cigarros; el nacimiento del niño, viene á

interpolarse en la cómoda con las pistolas y cartucheras; los Devocionarios con las Julias; los jabones y navajas con los pendientes y canesús.—Si el huésped cae malo, no hay género de atencion ni de cuidado que no se le prodigue; se quita la campanilla de la puerta; se encierra al gato; se sahuman con espliego y juncia las habitaciones; se llama al médico de la familia, al barbero, al comadron; se le hace tomar por fuerza al enfermo un caldito de chorizo y morcilla cada cuarto de hora; se le ponen sinapismos hasta en las rodillas; se le buscan apetitos que alarguen la convalecencia dos meses mas. Por último, cuando se marcha de la casa, aquello es una verdadera desolacion; hay llantos, gemidos y patatuses; y no ha llegado el huésped á las Rozas, cuando ya recibe epístolas que pudiera el tierno Ovidio envidiar

Este, por supuesto, es el bello ideal de la especie, el *desiderandum* de todo aventurero viajador. No se dan tan espontáneamente estas familias tiernas, íntimas y simpáticas; ni de tan buena estrella suelen ir acompañados los galanes viandantes, para saber conquistar tan grato homenaje agasajador.

Réstanos ahora, y despues de haber pintado los diversos matices heróicos de que se reviste á veces nuestro tipo, trazar algun rasguño general que ponga de manifiesto, no el lado feo, sino por desgracia el comun de la especie en cuestion.

Generalmente las casas de huésped son tenidas por una matrona viuda ó jubilada, cuya historia anterior suele ser un secreto de su estado. Solo se sabe, por ejemplo, que es vizcaina, por su apellido *Arrevaygorrirumizaeta,* y por sus admirables manos para aderezar el bacalao; que es andaluza, por su gracia parlera, lo aljofifado de los ladrillos, y el tufillo de azúcar y menjuí; que es castellana, por su frescura, su aseo y su franca sequedad. Por lo demas, si su difunto consorte murió en este ú el contrario bando, en la batalla de Mendigorría; si su padre era ó no era intendente de Tlascala en tiempo de Hernan Cortés; si tiene ó no tiene un primo colector de bulas en Avila de los Caballeros; si su hija está ó no casada con un capitan de marina al servicio del Japon; esto es lo que ella sabe, lo que ella cuenta, ó lo que ella calla, lo que nadie cree, ó lo que á ninguno le importa. Baste decir que sus modales, aunque un si ès no es ordinarios, revelan cierto roce de gentes; que sus facciones, aunque añejas, dejan adivinar cierta pasada perfeccion; que su familiaridad con los criados, como que da á sospechar no haber sido siempre estraña á su comunion; que su marcialidad con los huéspedes, descubre al mismo tiempo que no la es desconocida la íntima comunicacion con mas elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de los parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la corte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de San Fernando, y su gracioso delantal; y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no vé, que escucha y que no oye, que sisa, come, calla y no replica. —Las

criadas ocupan la cocina y el comedor; el asturiano la antesala; los huéspedes la sala principal y los dormitorios interiores; el ama de la casa ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó riñe á voces con el aguador: ya acude risueña á coger un boton ó á repasar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita lo introduce á la audiencia de la Señora, la cual en muy breves palabras se pone al corriente de su porte y le clasifica y tasa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la vírgen ó en el de los tiestos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincon. Si dice que comerá fuera, entonces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provision; si permaneciere solos ocho dias, costarále al triste mas que si permaneciera un mes: y así otras reglas de proporcion *ad usum* de las amas de huéspedes. Si es diputado, y ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero; pero tambien pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Mientras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretesto de buscar una llave ó dar cuerda al reloj; pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, pesarle, calcularle y anatomizarle mentalmente; y si tiene vigote y barbas, ó si gasta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto, y á surtir el aguamanil.

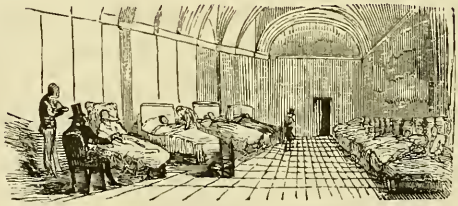
El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chinelas, guantes inmemoriales, cigarros inverosímiles, Gacetas vírgenes, y mártires sombrereras de carton. Muda á vista del nuevo cofrade las sábanas de la cama, por otras no tan amarillas; barre el cuarto á sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello «es un coche parado» (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí «no se siente una mosca» y vé correr á este tiempo tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuadras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

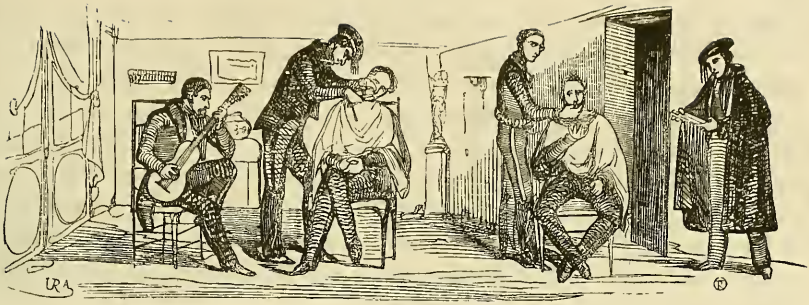
El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedí: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragon; para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos: para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros dias de noviembre, ó se almazarronan los suelos en los últimos de mayo; para ellos, en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal.—Unicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de

aquellas frutas, diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion; que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitacion, se sirve con ellos á *perfetta vicenda* para sus regulares necesidades; que aquel farol á ella tambien la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen, y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amen del estipendio diario, semanal, ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos *in sólidum*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prendería, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

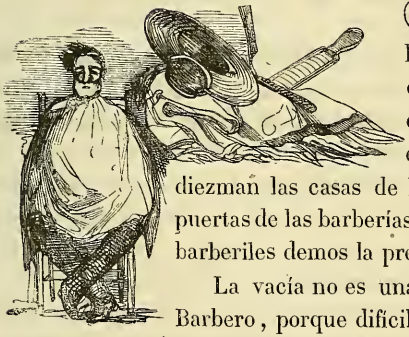
Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos dias la caridad pública en el lecho de un hospital.

EL CURIOSO PARLANTE.





EL BARBERO.



Como que es una cosa indispensable pasar los puntos de la pluma por el suavizador de Lanne, para colocarnos despues á la esquina de una calle y observar con detencion esas hileras de yelmos de Mambrino que diezman las casas de la capital, dando guardia de honor á las puertas de las barberías; nadie estrañará que en nuestras noticias barberiles demos la preferencia á la vacía.

La vacía no es una cosa así como suena, tratándose de un Barbero, porque difícilmente se encontrará un instrumento mas significativo ni tan característico acaso.

La vacía colgada al esterior de los establecimientos en una palomilla de hierro ó de madera (esta distincion indica los humos aristocráticos del maestro sangrador), suele ser de azofar ó de hojalata (esto tambien pertenece á la categoría del establecimiento) podrá servir de *tam tam* á las conteras de los paraguas en dias de lluvia, de blanco á las pedradas de los muchachos, de barómetro á los vecinos cuando los huracanes y aquilones andan robando sombreros, y poniendo de manifiesto las pantorrillas y.....; de piedra magnética á las bayonetas de los nacionales que van de patrulla; y últimamente, de aviso á los que quieran oir *el punto de la Habana* ó decreten la siega de su barba. Pero es mas importante que todo eso la mision de las vacías cuando libres del aire, y los muchachos se muestran obedientes á su centro de gravedad: Cada vacía es un espejo ustorio

de su respectivo Barbero; el elegante que pasea tranquilo é inocente por la calle es el foco del instrumento; los anchos faldones de su frac, ó el ala enorme de su sombrero, se retratan con toda precision en la vacía; el Barbero no quita la vista de su daguerrotipo, y apenas conoce que la moda se ha enriquecido con algun nuevo descubrimiento, tira la navaja ó la guitarra, pues precisamente tendrá una cosa de las dos en la mano, descorre la cortinilla, y llama desaforado al sastre de enfrente que por miedo á las contribuciones tiene su taller en un portal. Llega por fin el profesor tijera, recibe las instrucciones del mancebo, y nosotros que aun no hemos concluido de examinar la parte esterior del establecimiento sabremos despues lo que discurren los dos vecinos.

Las puertas de la barbería gozan de una libertad absoluta, para ser verdes, blancas, etc.; pero ordinariamente son azules con listas amarillas, y una gran estrella encarnada en el fondo del cuerpo inferior que es la parte leñosa de ellas. De medio cuerpo arriba están compuestas de cristales ó vidrios; las mas veces de esta última materia, y cuando son de la primera, imitan tanto á los segundos que parecen una misma cosa.

A la parte interior de estas vidrieras, suele haber unos cartelitos de papel con lazos de colores que dicen:

Acui se uenden sanguiguelas de superior calidad y se da,
Razon de un Maestro de Gitarra por cifra; son estremeñas.

Por el estilo de estos anuncios suele ser la muestra que, colocada entre las dos vacías, sirve de rodapié en el balcon del piso principal. Distínguense todas por su contenido, que regularmente no baja de 100 letras lo menos. Es cuanto pueda saberse antes de diez minutos que vive allí:

D. Ciriaco Lagartos, Profesor.
Aprobado de cirugia. Comadron y Sacamuelas, Afeita y corta a real, y medio riza el pelo.

Mucho antes de ponerse el transeunte á tiro de navaja en las barberías, hiere sus oidos el rascar de la guitarra con que el mancebo entretiene la ausencia de los parroquianos, y consigue tener siempre desalquilado el piso principal de la casa, merced al poco gusto que se observa hácia las filarmonías ratoneras.

Pero ya se va haciendo tiempo de levantar el picaporte de las vidrieras, y á riesgo de interrumpir los acordes del guitarrista, asomar la cabeza por la trampilla y saludar al artista con las palabras del Angel: Ave María!—Adelante, adelante, replicará sin detencion el Barbero. Volveremos á cerrar la puerta, y ya hemos penetrado en el despacho del dentista, en la sala de recibo del comadron, en la agencia de los guitarristas por cifra, en el depósito de sanguijuelas, en el gabinete de consultas médico-quirúrgico-farmacéuticas, y últimamente estamos ya de puertas adentro en la tienda barbería.

En el fondo de este aposento se hacen indispensables dos puertas, la una con

vidrieras, y la otra sin ellas, pero coronadas ambas de unos pabellones que precisamente han de ser blancos, ó cuando mas amarillos, pues son los únicos colores que admiten las colgaduras de estos establecimientos.

La primera conduce á una alcoba destinada para las consultas secretas, y los disparates á oscuras en perjuicio de la humanidad doliente. La otra que carece de colgaduras es pequeña; por ella sale y entra el Barbero toda vez que le ocurre dirigirse á la cocina para calentar el agua, sacar lumbre á los parroquianos fumadores y... algun dia que la muger está lavando los navajeros en el rio, es indudable que el marido espuma los pucheros y pica la ensalada.

Entre estas dos puertas hay un espejo colgado en la pared, cuyo tamaño varía desde seis pulgadas en cuadro hasta poco mas de medio pié, y aun á veces suelen llegar á una quinta parte de vara; lo suficiente para que el parroquiano sepa donde ha de aplicar el pañuelo, que restañe bien la sangre en los dibujos de la navaja.

Debajo de este imparcial retratista del Almaden, hay una mesa parda que todos creen ser de pino, menos el carpintero que la hizo con intencion de adulterar la caoba. Un majo y una maja de yeso, se ven sobre ella, y en medio de estas figuras, una gran jarra de cristal, llena de agua y peces de colores; al rededor un tintero y una salvadera de metal dorado, formando parte de un heterogéneo recado de escribir que termina con una caja de carton donde yacen en armonía las obleas y las lamparillas.

En los cuatro ángulos de la sala-tienda, hay cuatro magníficos pedestales de yeso, que sostienen otras tantas estátuas de la misma materia, á quienes llamó el escultor: *Europa*, *Asia*, *Africa* y *América*.

En la fachada opuesta á la del espejo, se vé una repisa de madera sostenida por unas cuerdas, y sobre ella una magnífica redoma de vidrio llena de agua, y cubierta la boca por un trapo. Allí dentro se agita un centenar de sanguijuelas, maldicientes tal vez, de la sangre que desperdicia su dueño cuando descañona algun prójimo.

Y para no desmentir en nada los anuncios de las puertas vidrieras, no hace falta debajo de esta repisa, un enorme clavo romano, cubierto por un gran lazo de cintas de colores que forman el moño de la guitarra, colgada allí para los usos consabidos.

Dos listones del mismo color y materia que la mesa de pino, se hallan tendidos horizontalmente en la pared. Anchos de seis dedos y largos de una vara, sostienen, ayudados de diez y ocho presillas de cuero, docena y media de navajas, jubiladas las mas y en actual servicio las menos. Por grande que sea la riqueza y elegancia barberil del sangrador jamas esceden de este número los instrumentos cortantes de cada navajero; suele acontecer únicamente, que estos se multipliquen, pero eso sucede pocas veces, y asi se sabe por regla general, que cada barbería tiene un navajero, y cada uno de estos diez y ocho navajas.

Varias estampas iluminadas, con marcos pocas y sin ellos muchas, adornan

las paredes de estos gabinetes, perpetuando la vida, milagros y amores de *Atala* con *Chaptas*, las aventuras de *Robinson*, y tal cual retrato de algun héroe francés, por ser este pais el que espende á menos precio sus notabilidades. Una docena de sillas de Vitoria, con su correspondiente sofá de á siete, jamas hace falta en estos lugares. Dos de ellas están en medio de la sala con un paño blanco cada una, destinado á cubrir los hombros del paciente á quien Dios castiga dándole pelos en la cara y la gente, dicha de buen tono, haciéndoselos quitar.

Con una mano en la cadera, y la otra en el respaldo de una de estas dos sillas, recibe el Barbero á los parroquianos, á quienes hace una reverente cortesía, pasando en seguida á recogerles el sombrero, ó á quitarles la capa en invierno. Y acto continuo los envuelve en el mencionado roquete blanco, haciéndoles tomar asiento en el banquillo del sacrificio.

El Barbero de que nos ocupamos no es el dueño de la tienda, ni tiene nada que ver con las certificaciones mortuorias que su maestro anda firmando por las casas pobres del barrio; ni prueba tampoco los dulces, que recoge muy á menudo el comadron, gracias á que el mundo no tiene trazas de acabarse por ahora. El Barbero, que se ha dirigido por el agua caliente á la cocina, es uno de los aspirantes á la dignidad y prerogativas del maestro sangrador; que este tiene en su casa, y á quienes llama *mancebos* á boca llena.

Estatura regular, pelo castaño, casi incrustado en el carrillo, y formando sobre la sien izquierda un gracioso rizo, que parece participar de la sonrisa que baña á todas horas los labios del mancebo, jóven de unos 20 á 22 años; casaquilla gris cenicienta, ó un dorman verde claro con felpa blanquecina, forma un bello contraste con el chaleco escocés, y la corbata pajiza. Un pantalon ancho de todas partes y muy ajustado de la rodilla, hace alarde de su hermoso color de grana, en cuanto lo permiten las campanas de hule negro, y las franjas de paño azul. Ultimamente una boina de paño negro con una franja de plata, termina el traje barberil, haciendo llegar hasta el hombro de su dueño una magnífica borla del mismo metal que el galon plateado.

La primera operacion del Barbero, apenas tiene á su víctima con el peinador, es sacar del bolsillo de la chaqueta una petaca de cuero, picar un cigarro de los que lleva en ella, hacer con aquellos escombros, otro cigarrillo, forrarlo en un papel, y colocárselo tras de la oreja. En seguida coge una navaja, cualquiera de las que están en la pared, y pasándola una y otra vez sobre la correa que coloca en la izquierda, se dirige al parroquiano con la siguiente:

—Ha visto Vd. qué tiempo!... ya, ya! ningun año se ha conocido cosa por el estilo! Pues de las provincias dicen lo mismo; á mi me escriben de casa que hace un temporal insufrible. Pues al tendero de enfrente... y los periódicos tambien dicen.....

—Vaya, despache Vd., es lo único que suele contestar el paciente.

—Si, señor, al momento; ya tenemos corriente lo principal, que es *dar chuleta* á la navaja. Ahora continúa el Barbero, aunque el parroquiano no conteste una sola palabra, le pongo á Vd. la *charretera* y manos á la obra.

Al concluir estas palabras, desaparece por la puerta de la cocina, volviendo á poco rato con una vacía blanca floreada de azul propia de la fábrica de Talavera, de la cual se desprende gran cantidad de agua en vapor; y asi sin mas ni menos hace que la garganta del infeliz barbudo llene la media luna de la vacía. Entonces echa mano el Barbero al bolsillo de su chaqueta y saca una bola de jabon jaspeado, incrustada de diferentes materias estrañas, gracias á la blandura del jabon, y á las migas de pan y polvo de tabaco, que alternan con dicha bola en el bolsillo.

El agua de la vacía, ha perdido en todo este tiempo mas de 10 grados de temperatura, pero aun se conserva á 80 poco mas ó menos, y el desapiadado Barbero, prueba la incombustibilidad de su mano derecha introduciéndola en este líquido, y jabonando despues la cara del parroquiano. En esta operacion suele gastar el Barbero menos de un cuarto de hora, y mas de trece minutos, porque este, á no dudarlo, es uno de los mejores pasos del oficio. En él regularmente se distrae el Barbero, y pasa y repasa la bola de jabon por el rostro consabido, hasta que consigue cubrirle de espuma desde los ojos abajo; y entonces retira la vacía, preparándose para lo mas penoso del sacrificio.

Acto contínuo, enciende el cigarro que habia colocado tras de la oreja, vuelve á pasar la navaja por la correa, y empieza la formidable, sangrienta y descomunal operacion. El infeliz sentenciado obedece en los giros, las voces ejecutivas del hombre-navaja, que con la menor amabilidad posible, se coloca la cabeza de su víctima debajo del brazo; asoma la suya por encima, y tajo á derecha, tajo á izquierda, humo de tabaco en todas direcciones, varias rociaduras de un líquido viscoso que á no salir de la boca del mancebo, cualquiera tendria por espuma de jabon; todo esto acompañado del enfadoso diálogo sobre el tiempo, y la polìtica, y los chismes de la vecindad aumenta la tortura del agraciado, á quien se le pregunta por añadidura: —Está dura la navaja?... siente Vd. aspereza?...

—Oh! no tal! responde el paciente temiendo la venganza del Barbero; y resuelto á perdonarle el sarcasmo de la pregunta, reprime las lágrimas que saltan de sus ojos, y repasa en silencio todo el martirologio, comparando su vida con la de San Bartolomé y demas santos desollados.

Concluye por fin el Barbero de raspar y manosear al parroquiano, y con la mayor impavidez le dice:—Quiere Vd. que le descañone?

Huya todo el que no lleve la volubilidad al estremo de mudar de cutis, y no dé nunca una contestacion afirmativa en estos casos! Conténtese con lo sufrido, y concluya la operacion dejándose lavar la cara por fin de fiesta, estableciendo sobre todo una aduana entre el corbatin y la vacía, para que no se forme entre el pecho y su camisa, el sumidero del líquido jabonoso. Lleve con paciencia la caricia final del Barbero que le pasará el peinador por la cara, diciendo:—Salud, y mandar. Responda:—Gracias, amiguito, y póngale en la mano seis ú ocho cuartos. Con esto y desprenderse de toda educacion, para poder dejar al Barbero empezando á referir cualquier historieta, dará vuelta á su casa, y allí se podrá aplicar tres ó cuatro telas de araña segun el número de deslices que hubiese cometido la navaja.

La misma funcion se repite con todos los parroquianos, con mas el guiño de ojos que suelen hacerse mútuamente los barberos cuando entra alguno de barba cerrada, y sobre todo *vidriosa*. En estos casos se necesita una órden espresa del maestro ó una reprimenda de la maestra, para que los mancebos cumplan su obligacion.

Por la mañana temprano, salen de cada barbería uno ó dos mancebos, á cumplir con los parroquianos que esperando en sus casas al Barbero suelen perder mas tiempo, del que gastarian en arrancarse uno á uno los pelos de la barba.

En cuanto al momento del sacrificio hacen lo mismo, ni mas ni menos que en las tiendas; lo único que suele ocurrir de nuevo en casa de los parroquianos, es la consulta de la amarillenta y desencajada doncella que cuenta en secreto al Barbero su enfermedad. Este no es hombre aprensivo, y la ordena unos polvos cualquieras, que tras de cinco ó seis meses de hospital, hacen crónica la palidez, y la pobre muchacha acude con su palma al cementerio. Y hénos aquí en un punto de la fisiología que nos obliga á decir algo sobre la posicion social del Barbero, y sus ocupaciones en el resto del dia.

La primer diligencia del Barbero, apenas se ha botado de la cama (á las 6 de la mañana en invierno, y á las 4 en verano), es sacar las llaves de la tienda debajo de la almohada del maestro; abrir de par en par las puertas de la calle, regar la barbería y un trozo de cuatro varas en cuadro hasta el arroyo, barrerlo muy bien todo, limpiar los muebles, sacudir los peinadores, colgar las vacías en las palomillas que, aunque no han pasado la noche con las llaves, no se quedaron al raso por necesitarlas el maestro debajo de la cama; y últimamente, colocar las puertas vidrieras, meter la cabeza en un cubo de l'*eau véritable* de pozo, hacerse el rizo consabido, ajustarse la corbata escocés y, sobre todo, alzarse las mangas de la casaquilla, y puntear un poco la vihuela, que es un reclamo seguro para los parroquianos. A esas horas suelen estrenar la navaja los horteras, los jornaleros y tal cual sacristan de monjas. Mas tarde empiezan á rasurarse los que han vendido en las plazuelas á las cuatro de la mañana, y los nacionales que salen de guardia; los mas perezosos, en fin, suelen ser porteros de oficinas, varios holgazanes y demas gente de la que madruga á las 10 y no se sabe afeitar sola, ni recibir en su casa al Barbero.

Despues de las dos de la tarde apenas acude nadie á las barberias, y entonces, coge el mancebo su capa parda, se emboza bien en ella, mete un libro en cuarto debajo del brazo y dirige sus pasos hácia el colegio de medicina, á donde aumenta el número de mas de 2000 capas pardas y otras tantas boinas, propias de otros tantos mancebos de barbería que acuden allí á lo mismo que el nuestro: á ponerse en estado de ser cirujanos romancistas, aprendiendo á sangrar, á echar sanguijuelas, aplicar ventosas, y en suma á que el pueblo los llame *lanceros*, y estar autorizados para llevar siempre consigo la lanceta y demas chismes cortantes del oficio.

En esta época del dia, es cuando el Barbero se lanza á la política, y se pronuncia contra el catedrático porque comete la necedad de decirle que estudie si quiere

saber cuanto ignora; y en estos casos tiembla el gobierno y vigilan las autoridades, porque los lanceros son un combustible seguro en las revoluciones.

Pero dejando en paz que el estudiante romancista, con cincuenta ó mas de su calaña, vaya encendiendo la guerra por las calles de la capital, cantando el *himno de Riego*, en los tiempos del absolutismo, y la *pitita* en las épocas constitucionales; examinemos sus ocupaciones en la tarde del domingo, y demas fiestas solemnes. Dejémosle pasar en vela la noche del sábado, restituyendo el color perdido en ciertos trozos del frac; dando friegas espirituosas á las costuras del pantalon, y cerremos los ojos por un momento, ínterin el elegante mancebo se afana por encorvar las alas del sombrero, y descose avergonzado las borlas que ha lucido toda una semana, sin que su invencion haya tenido mas prosélitos que el diputado por su provincia, y tal cual cofrade del gremio barberil. Apartemos sobre todo la vista cuando se envuelva en el gaban azul, y no tendremos necesidad de averiguar por qué se le vendió en cuarenta reales el criado del cuarto segundo, mandándole por única condicion de venta, que no le usase sin teñir, y mucho menos sin mudarle los botones. Figurémonos que ya el mancebo está en la calle, y procuremos no perderle de vista, porque apenas haya llegado al Prado se confundirá con los primeros elegantes que pasean allí, y en este caso es imposible reconocerle. Los dias de fiesta por la tarde, hace sombra el Barbero á las mas esquisitas notabilidades de figurin. Las academias de baile y los teatros caseros le abren sus puertas por la noche; de esto resulta que nuestro mocito se enamora de la hermosa jóven que ocupa la silla inmediata; se vuelve loco de alegría al observar la franqueza con que aquella responde á su amor, la ofrece el brazo al salir, y casi está resuelto á decirla: «Señora marquesa, V. se ha engañado; soy... un mancebo de barbería;» pero gracias á una llave que la elegante jóven saca del pecho, para abrir la puerta de su boardilla, conoce el Barbero que no es un obstáculo ser oficiala de modista para vestirse de señora los domingos.

Reducido es, como se ha dicho ya, el número de atenciones pecuniarias que pesan sobre nuestro mancebo, pero siendo algo menores las cantidades que ingresan en sus bolsillos, nos vemos obligados á escudriñar los medios de que se vale para la adquisicion del chaleco blanco, que luce en Minerva y las Delicias, con mas los cuarenta reales de aquel gaban y otras frioleras, que no fundiéndose con los garbanzos en el puchero, gravitan sobre los débiles hombros del mancebito. El maestro le da por único salario la comida, y la maestra le lava grátis camisas y calzoncillos. Puchero y ropa limpia es todo lo que tienen por rasurar á destajo. Los abanicos y pañuelos que de vez en cuando regala á su novia, y las bocanadas de humo habano con que acompaña su amorosa declaracion, son para nuestro propósito del mismo género que los chalecos y las corbatas. ¿De dónde sale el dinero para todo? es lo que pretendemos averiguar, suponiendo que no le paga al maestro tres barbas cuando cobra siete, ó que no recoge el valor de cuatro despues de haberlas entregado todas. El Barbero en general es honrado, aunque pobre, y solo toma lo ageno contra la voluntad de su dueño, cuando saca tres muelas en vez de una, y este precisamente es uno de sus recursos

pecuniarios. El maestro ignora, ó aparenta ignorar, los casos de medicina y cirujía que diariamente resuelven los mancebos porque él hizo otro tanto en sus mocedades, y porque ya de tiempo inmemorial ha sucedido lo mismo: Entre morir de cornada de buey, y ponerse en manos de un barberillo no hay diferencia alguna; la muerte nos hace á todos iguales, y se lleva sus parroquianos como mejor le place. El único consuelo en esos casos es conformarse con la voluntad de Dios, y gracias, que á cada cual le llega su San Martin. Y como este santo se aparece siempre bajo distintas formas, segun la gente á quien visita, el San Martin de los enfermos pobres que tienen asco al hospital, es el mancebo de la barbería inmediata. Su habilidad en la guitarra le proporciona varios admiradores, que á poco mas se llaman sus amigos, y andando el tiempo enferman, porque la sociedad de Seguros generales no llega á prevenir las calenturas ni las tercianas. Esta última enfermedad es la que mejor conoce el Barbero, gracias á los muchos desgraciados que imploran su auxilio cuando sienten el frio de la calentura.

Sea cualquiera la clase de enfermedad que padecen sus parroquianos, los medicamentos que aplica siempre son los mismos. Sangrías, ventosas y sanguijuelas; de este modo cobra por médico, cirujano y barbero á la vez. Lo primero que hace al entregarse de algun enfermo, no es la señal de la cruz, ni otra invocacion por el estilo; se contenta con advertir á la familia del paciente que él no está autorizado para visitar enfermos aunque bien pudiera, pues sabe tanto como cualquier médico, á cuya modesta ignorancia añaden los interesados: —Y algo mas! Con esto basta, para coger la mano del enfermo, hacer con ella lo mismo que hacen los médicos cuando toman el pulso, y decir á renglon seguido:

—Esto no vale nada por ahora; harémos una sangria, para ver si se presenta enfermedad conocida; y no se aflijan Vds., añade dirigiéndose á la angustiada familia, tengo unas pastillas secretas que ya!..... el *panacean universalitatem*, que decimos en la facultad. Si hubiese caido Vd. en manos de algun médico moderno, dice dirigiéndose al paciente, ya la llevaba Vd. larga!

—Como que están interesados en que duren los males, responde en voz débil el desgraciado. Desde que un compañero de Vd., andaluz por cierto, curó á mi compadre una pulmonía que trujo del hospital no tengo fé ninguna en los médicos.

—Pues ea, venga el brazo, replica el improvisado doctor; y diciendo y haciendo toma una cazuela que le presentan al efecto, saca una cinta del bolsillo, y aquí es donde hace la señal de la cruz sobre la vena que ha de rasgar, ó sobre el tendon que ha de romper; pero esto no indica miedo en el operario, ni mucho menos que el enfermo se halle poseido de los demonios; sino que asi lo hacia el Barbero de su pueblo, y «cuando él lo hacia, estudiado lo tendria.» Por lo demas el mancebo aprendió á sangrar en una hoja de berza, y se atreve á sacar la sangre de cualquiera á traves de una toalla, ó con los ojos vendados.

De estas empresas sale casi siempre mal, como se debe suponer, pero como se viene á la mano, lo que está de Dios, y nadie se muere hasta que sufre la última enfermedad; por mas esfuerzos, que de buena fé, hace el Barbero

para quitar la vida al infeliz que la puso en sus manos, deja de conseguirlo algunas veces, y la naturaleza suele triunfar de la enfermedad, y de los disparates barberiles, que precisamente es la parte mas rebelde y el enemigo mas formidable de la humanidad. Y si estos casos no fuesen del número de las chiripas, algo mas lucido andaria el Barbero; porque cuando se pone bueno el zapatero de la boardilla, lo primero que hace es cumplir con el facultativo, aunque para ello necesite destinar los jornales de toda una semana.

Ahora bien, ya parece que con la escrupulosa revista que hemos practicado en todos los pasos de la vida barberil, no debiéramos tener nada que añadir sobre el porvenir de estos señores, apenas han terminado sus años de colegio y establecido su oficina, para cumplir con su lanceta las disposiciones del médico cirujano, y visitar por sí y ante sí á las gentes pobres de su barrio, que no por el deseo de morir mas pronto, sino con ánimo de pagar menos el asesinato, le nombran médico de cabecera. Pero hay una cierta clase de Barberos *apóstatas*, que á voz en grito reclaman un lugar en este artículo. Es muy difícil que entre los diversos parroquianos de barba que tiene el mancebo, no cuente algun marqués, senador, diputado á Córtes, ó tal vez un ministro; y en cualquiera de estos casos, especialmente en el último, ya puede decirse que el Barbero ha tirado la navaja, y que llegará á ser, cuando menos, comisionado de amortizacion en su pueblo. El mancebo, charlatan de oficio y adulador de circunstancias, no amortigua nunca sus palabras en estas ocasiones, y empieza su carrera reemplazando al ayuda de cámara del ministro, ó sirviendo este oficio por primera vez en casa de S. E., porque no todos los secretarios del despacho usan esta clase de sirvientes. Pasa en seguida á ser secretario particular del magnate, se casa con la doncella mas querida de este señor, y marcha á su pueblo con una comision del gobierno, y una doncella... del ministro á quien afeitaba. Esta brillante posicion no la logran muchos Barberos, pero se les presenta á casi todos, y la saben aprovechar algunos.

Hay mas divisiones que hacer aun entre esa clase de gente, que si no vive de lo que rape como otros muchos, vive rapando que es una vida como otra cualquiera, y no de las peores por cierto. Existe un gremio de Barberos *ambulantes*, que nos echaria en cara nuestro olvido, sino diésemos cuenta aqui de sus trabajos, en obsequio del rostro tiznado del carbonero, de la dificultosa patilla del mozo de esquina, y de la evacuacion sanguínea que hace sufrir á los aguadores.

Con una chaqueta de pieles en invierno, y en mangas de camisa los veranos, se ajusta un cinturon de cuero con diferentes bolsas, en las que lleva un par de navajas y otro de tijeras, media docena de nueces chicas con grandes, un trozo de jabon, y media vara en cuadro de trapo, blanco que fué; una vacía de hierro colado debajo del brazo, un *escalfador* del

mismo metal, con agua caliente, en la mano derecha, y un asiento de tijera en la izquierda. Asi sale el Barbero ambulante todas las mañanas, y se dirige á la fuente mas inmediata como teatro principal de sus operaciones. Estiende el asiento, acomoda en él al aguador, le introduce una nuez en la boca, chica ó grande segun el calibre del asturiano; á beneficio de este cuerpo estraño *infla* los carrillos el paciente; le jabona el Barbero la cara, y entre la navaja y el agua hirviendo, saltan las barbas que crecieron en una semana, y se renuevan las heridas que se cicatrizaron aquel mismo dia tal vez. Esta operacion se repite con todos los aguadores que teniendo barbas, pueden pagar tres cuartos al que se las quita, y seis cuando hace uso de la tijera para *pelarle* la cabeza, y cogerle tal cual vez las orejas con el mismo instrumento. Además de los citados carboneros y mozos de cordel, son tambien pasto del hombre escalfador, los aldeanos transeuntes, que sufren los mismos tajos y las mismas cortaduras, á vista y presencia de todo el que pasea por las calles, y tropieza con estos sangrientos espectáculos. De este modo pasea el Barbero ambulante todas las calles de la capital, afeitando gratis á uno de los carboneros para que éste le suministre á igual precio el carbon necesario á mantener caliente el agua del escalfador; y entra en un bodegon, cuando se siente acometido del hambre y puede disponer de dos reales, á dar de baja en el barreño de la mondonguera uno de los pucherillos que humean al efecto.

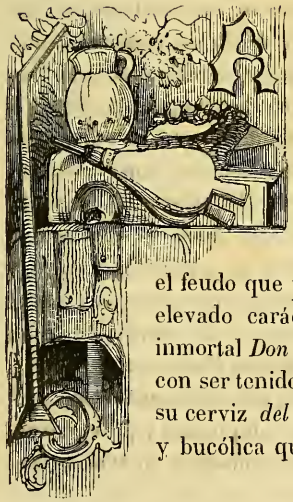
Nada hemos dicho sobre la procedencia de los barberos en cuanto á su naturaleza, ni de su instalacion en las barberías, porque ambas cosas son de poca importancia para nuestros lectores. Aconsejámosles únicamente que rehusen el trato íntimo con los dueños de tienda, porque todos los mancebos se reciben á prueba, y para averiguar su habilidad en la navaja, se estrenan manoseando al parroquiano mas amable y menos exigente. Tauromáquicamente hablando, se diria que la prueba barberil, era la suerte de perros en dia de toros.

Sin embargo, y á pesar de que la elegancia y el aseo interior de las barberías, no cambia en nada las noticias que dejamos apuntadas sobre el Barbero, no será de mas que los nombres de Reigon, Munilla, y otros varios en cuyos elegantes gabinetes de tocador completo se afeita con delicadeza y esmero, nos sirvan para terminar aquí este artículo.

ANTONIO FLORES.

ORTEGA

LA CASTAÑERA.



RBOL nobilísimo es el castaño, si consideramos que con su nombre y los derivados de su nombre se ha formado el patronímico de muchas familias, mas ó menos ilustres; ¡y á buen seguro que me desmientan los *Castañedas*, ni los *Castañizas*, ni los *Castañeiras*, ni los *Castaños*, ni los *Castañones*! Un *castañar* era el feudo que tenia en mas estimacion aquel *García* de *idem*, cuyo elevado carácter y esclarecidos hechos celebró en un drama inmortal *Don Francisco de Rojas y Zorrilla;* aquel que se envanecia con ser tenido por el *labrador mas honrado*, y aunque no humillaba su cerviz *del Rey abajo á ninguno*, contento con la vida patriarcal y bucólica que llevaba, esclamó:

. . . . . .
Que aqueste es el *castañar*,
Que en mas lo estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

Por último, el nombre de *Castaños* representa y simboliza una de las páginas mas bellas de nuestra moderna historia. *D. Francisco Javier Castaños* se llama el benemérito general español que primero humilló las hasta entonces nunca

humilladas águilas francesas cuando en los campos de Bailen fueron vencidas y derrotadas por visoños soldados las aguerridas huestes de *Dupont*; y es fama que á cada tiro y á cada bayonetazo escarnecian *los nuestros* á los *guiris* con un *¡toma para castañas!* ¡Batalla memorable que dió renombre europeo y elevó al primer grado de la milicia y á la grandeza de España, con el título de *duque de Bailen*, á quien ya nació emparentado con ella, y á quien—¡Vicisitudes humanas!—puede hoy un ciudadano tributar justos elogios sin riesgo de que le acusen de quemar incienso en las aras del poder y de la fortuna!...

Frondoso, corpulento, prócer, de bella flor, regalado fruto y apacible sombra, es el *Castaño* uno de los árboles mas beneficiosos. Su compacta madera es utilísima para toda clase de carpintería, escelente su leña para el hogar; bien en rajas, bien reducida á carbon, y de los glóbulos espinosos que el árbol produce sale un alimento que codician los pavos y es la delicia de otro animal.... menos grato de nombrar que de comer. A las *castañas* deben, en efecto, su gastronómica nombradía los ricos y suculentos jamones de *Caldelas y Avilés*; y tambien el animal implume y bípedo que llaman hombre las saborea con placer, crudas ó cocidas, asadas ó pilongas, acarameladas por Navidad, ó en potaje por Cuaresma.

Otra prueba de la justa celebridad del producto susodicho es el haber dado nombre á un color. A cada instante oimos decir pelo *castaño*; esto pasa de *castaño oscuro*. Hasta un autor, que fué *gracioso....*, al menos en las listas de las compañías á que perteneció, fué mas conocido por el apodo de *Castañitas* que por su nombre bautismal. Hay vasijas, y no destinadas para el agua, que por escelencia se nombran *castañas*, y hasta el moño de las mugeres, rubias ó pelinegras, *castañas* ó pías, se ha distinguido y en algunas partes se distingue todavía con la misma denominacion. ¿Qué mas? *Castañuelas* son; esto es, diminutivo de *castañas*, los sonoros instrumentos de la *Crotalógia;* de ese arte sublime, cuyos luminosos principios se encierran en esta sabia y significativa máxima: *ó no tocar las castañuelas, ó saberlas tocar*. Y á la pericia en tocar las *castañuelas*, diminutivo de *castañas*, tanto como á la ligereza de sus piés, á la flexibilidad de sus rodillas, á la morbidez de su talle y á la movilidad de su gesticulacion, debe sus triunfos pantomímicos la famosa *Fanny Essler*, esa Terpsícore de nuestros dias, embeleso de ambos mundos. Por ella; por sus *castañuelas*, tiene ya fama universal la *Cachucha* española, cuyos dengues voluptuosos y provocativos contoneos han vuelto locos de regocijo á los graves descendientes de *Wasingthon* y han inflamado la sangre de los glaciales moscovitas.

Castaño.... Castaña.... No me precio de etimologista, pero tengo para mí que estos vocablos se derivan del vocablo *castidad*. Las mismas letras de que se componen lo están diciendo: *casta*-ña.... ¿Y cómo poner en duda lo *casto* de esta *casta*, cuando la forma y las condiciones del fruto demuestran que Dios lo ha criado para ser emblema *comestible* del pudor y de la continencia? Nace la *castaña* cubierta de un púdico zurron erizado de punzantes espinas, como si el Autor del Universo quisiera con él defenderla de la humana voracidad. Antes

que llegue á sazonarse es la desesperacion de los golosos; fruta inverniza, no se esquilma hasta que el termómetro de *Reaumur* marca pocos grados sobre cero, estacion en que las pasiones no son por lo general muy activas y vehementes. Aun entonces no se desprende de la rama natal sino á fuerza de violentas embestidas y sendos palos; antes de ser desarmada hiere con sus pinchos la mano atrevida que lo intenta; aun despues de mondada de su áspera corteza; aun despues de *exclaustrada*, digámoslo asi, contra su voluntad, esta monja vegetal, esta vírgen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad, vestida de punta en *castaño*, con la doble y tenaz coraza que ostenta; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavía resiste á la vergonzosa desnudez que tanto teme y esquiva, todavia pugna por coherir é identificar á sus carnes inmaculadas aquella tenue película, su postrer refugio, y como si dijéramos *su camisa*. ¡Cándida doncella! ¡Interesante criatura!

Pero si queda demostrada la *castidad* de la *castaña*, no lo está tanto lo *castidad* de la *Castañera*. Entiéndase esto sin menoscabo de la buena opinion de tan benemérita *clase*, á la cual no es lícito atribuir menos virtudes que á las honorabilisimas de piñoneras, naranjeras, buñoleras, rabaneras, etc., etc., etc. Dígolo porque, si bien hay *castañeras* del estado que llaman honesto, las hay tambien empadronadas con los venerables títulos de esposas y madres, y es cosa averiguada que para *asar ó cocer castañas* no es necesario para maldita de Dios la cosa el requisito arriba mencionado.

Dejo á los eruditos y *curiosos parlantes* la meritoria, bien que improba tarea de escudriñar desde cuándo empezó á ejercerse en Madrid la importante *profesion* de *Castañera*, y quién fué la primera que como tal mereció ser inscrita en los registros de la policía: basta á mi propósito hacer observar al pio lector que la práctica de semejante industria data evidentemente de tiempos muy remotos....; acaso del tiempo de *Mari-Castaña*, que, como todos sabemos, fué coetánea de *El rey que rabió* y de *Perico el de los palotes*. Lo que consta por documentos auténticos es que *la clase* llegó al apogeo de su gloria en el último tercio del siglo próximo pasado, y que hasta principios del presente se mantuvo á la altura de la gran reputacion que supo adquirir. Durante el período citado, mas de una heroina de fuelle y tenazas mereció los honores de la escena. Díganlo *las Castañeras picadas*, y otros dramas del nunca bien ponderado *D. Ramon de la Cruz*, *Cano y Olmedilla*, que no por llevar el humilde título de *sainetes* y porque en ellos se peque gravemente contra los dogmas y fueros de eso que llaman *buen tono*, dejan de tener mas mérito intrínseco, y sobre todo mas originalidad y mas nacionalidad que otros de mayores dimensiones, escritos con altas miras filosóficas, terapéuticas y sociabilitarias.

Hoy dia, preciso es confesarlo, no son nuestras *Castañeras* sombra de lo que fueron. Guardan, sí, muchos de sus rasgos característicos, pero aquella fiereza varonil de que un tiempo blasonaron y aquella su procaz elocuencia, que era el embeleso de los barrios bajos y el terror de los altos, pertenece ya en gran parte á la historia; y para admirarla, si no en su orígen, á lo menos en copias

bastante fieles, es forzoso asistir á las representaciones de los ya indicados sainetes del referido *D. Ramon de la Cruz*, *Cano y Olmedilla*.

Verdad es que si en este siglo que apellidan *de las luces* y yo llamaria *de los fósforos*, es muy dificil encontrar á la *muger fuerte*, ni aun en el gremio de las *Castañeras*, no está menos gastado, si del todo no ha desaparecido, el tipo singular del *Manolo*; la fisonomía y virtualidad de aquellos héroes de presidio y taberna que prorumpian en estas enérgicas palabras:

Ú te he de echar las tripas por la boca,
Ú hemos de ver quién tiene la peseta;

ó decian, para pintarlos con una brochada mas análoga al artículo presente:

Los hérues como yo cuando pelean
No reparan en mesas ni en *castañas*.

Con efecto, desde que dejaron de existir zorongos y redecillas; desde que ascendieron á pantalones los calzones de nuestros abuelos ha ido degenerando de dia en dia aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco ó nada conserva de sus antiguos hábitos. Lo que llamamos *pueblo bajo* ha menguado en calidad y en cantidad, como ha decaido en riqueza y en prestigio la aristocrácia. Las clases medias absorven visiblemente á las estremas; fenómeno que en parte se debe á los progresos de la civilizacion, en parte al influjo de las instituciones políticas, y cuyas ventajas é inconvenientes no me propongo dilucidar. Ello es que ya no se encuentran por un ojo de la cara aquellos chisperos cuya siniestra catadura debe de estar muy presente en la memoria de *Godoy*, ni aquellas manolas que santiguaban con una pesa de dos libras á los soldados de *Murat* que osaban requebrarlas. Es cierto que aun hace la *navaja* de las suyas y que hay todavia en cada plazuela varias *cátedras*, no reconocidas por la Direccion de Estudios, donde se enseña *gratis* el arte ameno y persuasivo de esgrimirse á desvergüenzas; pero estas mismas desvergüenzas son ya algo mas cultas y menos peladas que *in illo tempore*, y son, para bien de la moral pública, menos frecuentes los repelones y las azotainas: hasta en la ropa, cuando no se viste el uniforme legal que iguala al rico con el pobre y al noble con el plebeyo, hay cierta arbitrariedad, cierta insubordinacion que se asemeja mucho á la anarquía. Ya no hay traje nacional para nadie, como no se busque en alguna arrinconada é insignificante aldea. Vemos á mas de un señor titulado ataviarse con zamarra y sombrero calañés, como vemos á mas de un proletario menestral proveerse de levita en los portales de la calle Mayor, y tan *lechuguinas* se van haciendo las *Bastianas* y las *Alifonsas* que no pierdo la esperanza de ver á alguna de ellas con papalina. *¡Oh tempora! ¡Oh mores!*

Volviendo á las *Castañeras*, observo entre ellas varias graduaciones, ó llámense gerarquías, que conviene deslindar para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que hay *Castañeras* á quienes humillaria el trato con otras menos calificadas.

En primer lugar, aunque todas tratan en *castañas*, unas las *cuecen* y otras las *asan*: en segundo lugar, unas *asan* las *castañas asi*, y otras las *asan.... asado :* en tercer lugar, hay *Castañeras* de esquina, *Castañeras* de portal y *Castañeras* de taberna.

Las *Castañeras cocidas...*, quiero decir, las *Castañeras* que *cuecen*, son las últimas en categoría, y como el populacho de la comunidad; tanto por la vida nómada y aperreada que llevan, porque regularmente no tienen puesto fijo, cuanto por ser menos codiciada su mercancía y muy escaso el capital que emplean en ella. La misma olla, con honores de cántaro, en que cuecen las castañas, sirve de almacen para guardarlas y de mostrador para venderlas. El anís con que las sazonan vale poco, el carbon que para ello consumen no vale mucho, y el agua que gastan, si la toman del pilon de la mas cercana fuente, como es probable, no cuesta nada. Por lo mismo, suelen dedicarse á este subalterno tráfico muchachuelas de poco *pelo* y mal *pelaje*, ó viejas deterioradas, cuyo calor natural no basta á reemplazar el de las castañas cuando lo pierden por la influencia de la atmósfera, por mas que abracen y acaricien con materno amor el yerto receptáculo.

Las Castañeras *que asan*, ya son gente de otra estofa. Suele ser su comercio, aunque algunas lo ejercen de *ab initio*, decente jubilacion de una *carrera* mas activa relacionada en cierto modo con la de *San Gerónimo*, particularmente en el espacio que media desde el que fué convento de padres *de la Vitoria*, hasta el que lo ha sido de madres de *Pinto*.

Es de presumir que en este invierno crezca considerablemente el número de operarias de dicha procedencia, merced á las visitas domiciliarias y pesquisas callejeras verificadas poco ha por órden de la autoridad superior política; medida cuya constitucionalidad podrá ser disputable, y cuyos efectos llegarian á ser funestos á las *libertades públicas* y al derecho de *propiedad*, si se repitiese y generalizase demasiado; pero á la cual debemos por de pronto la ventaja de tener mas espedito y menos peligroso el tránsito de la calle del *Príncipe*, la plazuela de *Santa Ana*, é islas adyacentes. Pero á los que no somos gefes políticos, ni celadores municipales, ni periodistas, no nos incumbe inquirir y rastrear vidas agenas. Por otra parte, *agua pasada no muele molino;* la Magdalena mas pecadora puede ser con el tiempo modelo de austera santidad; y en resolucion, cualesquiera que hayan sido los *precedentes* de una *Castañera*, por lo que es debemos juzgarla, no por lo que haya sido.

Una *Castañera* de la especie que voy describiendo ha menester para serlo dignamente gastar algunos duros en proveerse de los siguientes utensilios: una mesa con su cajon correspondiente, una vasija *sui generis*, un anafe ú hornilla portátil, un cañon de hoja de lata que dé salida al humo sin molestia de la protagonista y de los transeuntes, un fuelle, unas tenazas para escarbar la lumbre (estas pueden suplirse con los dedos); un cuchillo para hacer en cada castaña la incision con que se facilite despues la separacion de la cáscara; una manta, ó parte de ella, para abrigar la ya tostada mercadería; una espuerta bien

provista de carbon, un tarro lleno de sal, aunque algunas pueden suplirla con la mucha que Dios les ha dado; una silla para la *maestra*; á veces un cobertizo, que á ella y á su hacienda resguarde de la intemperie; y además de todo esto, y de algun otro adminículo que puede habérseme olvidado, tiene que pagar á la Villa la licencia para vender, y acaso á algun casero despiadado ó á algun tabernero sin entrañas, el alquiler del reducido terreno en que pone su tinglado. Es, pues, evidente que, siquiera bajo este aspecto, son las *Castañeras* mugeres *que tienen que perder*. Consideremos tambien que su vida sedentaria y afanosa, la publicidad de sus *funciones*, lo *incombustibles* que llegan á hacerse á fuerza de familiarizarse con el fuego, y lo mucho que perjudican á sus *gracias personales* y á los primores de su *toilette* los desacatos del humo y las insolencias del carbon, son otras tantas garantías de ejemplar conducta propia, y otros tantos preservativos contra los estímulos de la agena concupiscencia.

Sin embargo, como nunca falta un roto para un descosido, y de gustos no hay nada escrito, y los hay que merecen palos, las Castañeras que no son casadas, y tal vez algunas que lo son, suelen tener un chulo que *liquide* en la taberna los productos de las castañas. Lo malo es que á medida que estos en general se aumentan, se disminuyen en particular, porque las tiendas y las ambulancias de este artículo de comercio, no comprendido en la tabla de aranceles, se multiplican prodigiosamente, y ya no solo hay *Castañeras*, sino *Castañeros* tambien. ¡Sí; *Castañeros!* ¡Tanto es el egoismo del hombre, y de tal suerte ha venido á menos la galantería española, que usurpamos al *bello sexo* hasta el ejercicio de las tranquilas y delicadas *labores* análogas á su tierna complexion y blandas costumbres! ¿Qué es ver á un tagarote holgazan manejando el fuelle afeminado en vez de la ruda piqueta?..... Pero, ¿quién sabe si alguno de esos desventurados pertenecerá á las *clases pasivas?*..... !!!

Y los *castañeros* son sin duda los que, por pereza ó por economía, han sustituido la prosáica cacerola, ó sarten sin mango, al poético cantarillo agujereado del siglo de oro castañeril — ¡sacrílegos! — y los que han suprimido el elegante tubo que reprimia y daba conveniente direccion al humo, hoy tan licencioso é indisciplinado. — ¡Vándalos!..... Pero no faltan respetables matronas que, fieles á las buenas tradiciones del *arte*, mantienen y alimentan con loable perseverancia *el fuego sagrado*. Estas heroinas contumaces, que constituyen la *aristocrácia* del oficio, tienen establecido por lo regular su *despacho* á las puertas de las tabernas. Bien saben ellas lo que se hacen, como veteranas que son. ¿Hay aliciente mas poderoso para el vino que las *castañas?* Con solo verlas en las ascuas se codicia el zumo de la vid, y aun por eso dijo, dos siglos ha, mi paisano *Villegas*:

Al son de las *castañas*
Que saltan en el fuego,
Hecha *vino*, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

Hay, en efecto, manjares que convidan mas que otros á beber, tales como

la salchicha, el abadejo, la tarángana, la sardina..., pero si grato con ellos, con las *castañas* es indispensable el *vino*, so pena de morir estrangulado..., ó de beber *agua*, que para muchos hombres de bien es el mayor de los suplicios. Aquella sustancia seca, farinácea, de difícil y laboriosa deglucion, pide *vino* con urgencia, y de ahí viene sin duda el dicho vulgar: *dijo la castaña al vino, bien venido seas, amigo.*

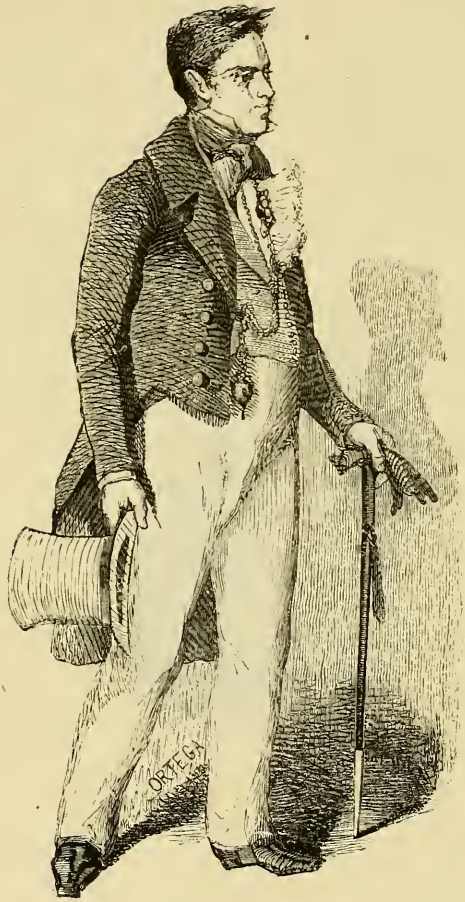
Razones de amor propio, ademas del atractivo de la ganancia, aconsejan á *las Castañeras* el situarse en los peristilos de los templos de Baco, que si los *devotos* apetecen solamente las *castañas* cuando entran, tal vez cuando salen apetecen..... la *Castañera.*

Ni siempre vegeta pasiva y sedentaria al amor de la lumbre y al cuidado de su hacienda; que en las horas de menos despacho suele dejar á cargo de alguna comadre, ó de algun compadre, su portátil mostrador para visitar el de la taberna acreditando con frecuentes libaciones de *Yepes* ó de *Valdepeñas* no ser indiferente al fervoroso culto que allí se tributa al númen de *Anacreonte.* Ya se ve; sus miembros se entumecen de estar tantas horas encogidos; su gañote se seca de tanto gritar: *¡gordales, seis al cuarto! ¡Que se arrematan! ¿Cuántas, que queman?* y es preciso poner alguna vez los huesos de punta y *remojar la palabra.* Por otra parte, si algun cachirulo la *camela* con medio chico en la derecha y pellizcándose con la izquierda el labio inferior, ella, que no es muger de negarse á casos de *honra*, ¿cómo ha de resistir á un brindis tan *macareno?* Tratándose de *echar copas* entre gente de *caliá*, una muger de su *aquel* nunca se escusa de echar *su cuarto á espáas.* Cuando se la convida con mal modo, ó se toma algun *endino* libertades prévias y extrajudiciales, le confirma de lo lindo con las tenazas; pero sabe tambien, en ocasiones, ser agradecida y campechana, y si algun majo llevó su galantería mas allá de lo que su bolsillo permite y su crédito consiente, *¡aparte uste!* le dice, *¡desgalichao!* y plantando sobre el aparador un peso duro, exclama con gentil desenfado y mucha de la fanfarria: *ó semos, ó no semos; donde yo estoy no paga naide.*

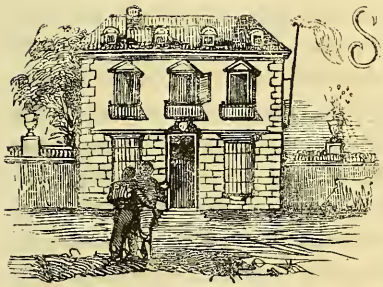
Amen de estos agradables episodios, la *Castañera de taberna* pasa una vida hasta cierto punto envidiable. Su tenducho es una especie de tertulia que frecuentan y amenizan con sus chistes y agudezas los criados de la vecindad, los *simones* desocupados, los comparsas del teatro, y los mozos de cordel. Allí se deletrea y se comenta *el papel que ha salido nuevo* con noticias de las potencias estrangeras que los *ciegos* han recibido por *extraordinario.* Ella pescuda, y husmea, y analiza á las mil maravillas la *crónica escandalosa* de la manzana, y puede dar razon de lo que pasa en ella tanto quizá como el memorialista de enfrente ó el zapatero de la esquina, y desde luego mucho mas y mejor que el *alcalde del barrio.* Es muger de pró, que ejerce en su distrito cierta jurisdiccion moral, y manejando á su arbitrio las pasiones de *escalera abajo* y los afectos de *portal afuera*, asi promueve una camorra como la apacigua, segun el humor que tiene; ó para espresarlo en términos mas castizos, segun *se lo pide el cuerpo.* Sarcástica y decidora, el chisme es su comidilla y la sátira su regodeo; pero sabe soltar sus pullas con tan to disimulo

como oportunidad, y hasta las palabras con que pregona su mercancía suelen ser otras tantas *indirectas del padre Cobos*. Asi, por ejemplo, si con sus guiños y ventaneos, y ceceos y tapujos dan que decir las hijas de la escribana, apenas las ve salir de casa las mira con el rabillo del ojo, y canta en octava mayor: ¡*Ahora salen las calientes!*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.


ORTEGA

EL INDIANO.



Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra: si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un estrangero que mendigára de trono en trono algo de proteccion en cambio de un nuevo mundo, no habria en España á quien aplicar con exactitud la calificacion de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes como podian surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños: Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviáran de las costas; Colon, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velazquez, Hernan Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernacion del territorio de América, preparáran al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes sucesos y de tan altos personajes como el estío al otoño, como la almeja á su concha, como el dolor á la vida.

No teman mis lectores que, prevalido de la voz Indiano, les retrate en bosquejo á un sucesor de Motezuma ó de Atabaliba, que haya bebido en su niñez las aguas del Marañon ó del Orinoco, ni recreado sus ojos infantiles en las cimas del Cuzco ó de los Andes, ni descansado de sus juegos á la sombra de las ceibas ó las palmas. Nada tiene que ver el protagonista de este cuadro con Incas ni con Flascaltecas, ni sabe cosa alguna en sus primeros años de las Antillas, ni de las Californias. Quien aspire á conocer el pais de donde es oriundo, recorra las aldeas de la antigua Cantabria, ó los concejos de Asturias, ó las parroquias de Galicia: tome á su antojo una partida de bautismo, y llámese como quiera de nombre y apellido el sugeto á quien corresponda, se las ha de seguro con el padre, deudo ó amigo de un Indiano, ó con el mismo Indiano en persona. Pocos dias de residencia en cualquiera de esos pueblos le bastan para enterarse á fondo del instinto unánime y vocacion firme del cuajado enjambre de chicos que allí pulula: solo un fanático por la milicia, solo un hombre, cuyos marciales ensueños se balanceen entre broqueles y arcabuces, columbrará en ellos inclinacion á las armas; solo quien delire por la agricultura contará con la robustez de aquellos brazos para el cultivo de las propias tierras. Mas como, por fortuna de la ciencia y por desgracia del individuo, sabe al dedillo todo español que la postracion es el invierno de las naciones, y como esta imágen fúnebre se le presentará mas viva al trasladarse al centro de esos muchachos gallegos, asturianos y montañeses, por cuya circunferencia gira nuestro relato, ha de compararles sin duda á esas bandadas de golondrinas que buscan en mas suaves climas amparo contra las nieves y las escarchas que yerman los vergeles donde fabricáran sus nidos: como ellas emigrarán á centenares apenas consigan á desplegar al viento sus alas, y mientras llega ese dia forman en conjunto un abundoso plantel de Indianos.

A duras penas matareis el tiempo en una aldea, si no pasais tres ó cuatro horas al dia en la esquina de una calle ó en el ángulo de una plaza. De este modo observareis de cerca á esos chicos, y os persuadireis de que cuanto les rodea sirve de jugoso pasto al único pensamiento que les anima y crece con ellos y con ellos se desarrolla. Si descubrís algun muchacho que va por leña, no le perdais de vista: el camino que conduce al monte es mas llano y espacioso que todos los de la comarca, y antes de aprender el Credo, sabia el leñadorcito ser obra de un paisano suyo, que ganó pingüe fortuna á favor de veinte años de permanencia en Lima. Si á la caida de una tarde de verano tropezais con un chicuelo que viene de apacentar cinco ó seis vaquillas y le preguntais dónde se guarece de los ardores de la siesta, os ponderará cuán amena sombra le brindan las tapias de una fértil huerta contigua al prado, propiedad de un pariente suyo, si bien remoto, que regresó á su pais cuando Méjico dejó de pertenecer á España. Acaso, sin apercibiros de ello se os cruce en angosta travesia algun rapaz para quien es árdua empresa sostener la vasija que lleva en la mano, pues si os viniere en voluntad adquirir pormenores sobre aquel encuentro, insignificante segun las apariencias, averiguariais como hace un viaje cotidiano á la taberna en busca de media azumbre que el autor de sus dias, natural de Reinosa, y vecino de Cartagena de Indias, tiene la

humorada de costearle á su abuelo, un si es no es dado al mosto. Si sois observador profundo hasta comprendereis como el muchacho, que por su desdicha pasa la niñez endeble y enfermizo, disfruta como todos los de su edad de ese poderoso estímulo, de ese irresistible aliciente, bajo cuyo influjo merma de dia en dia la poblacion española porque desde el poyo ó tarima, testigo de sus dolencias, tiene fijos sus ojos de continuo en los terrados y chimeneas de un magnífico edificio, propio de un sugeto á quien los ancianos del pais vieron marchar vestido de paño burdo y con almadreñas, para volver con tres millones de reales, amen de un condado.

Aun cuando no llevo escrita ni una sola línea que no sea indispensable para el conocimiento, análisis y estudio del tipo, manantial de mis actuales inspiraciones, circunscribiré el asunto á mas estrechos límites para que sobresalgan como es debido las brillantes formas del Aquiles de mi Ilíada, del Godofredo de mi Jerusalem, del héroe de mi epopeya. Así como de una crisálida sale una mariposa, un montañés se convierte en Indiano; y á fuer de prácticos naturalistas conviene paremos mientes en el incidente mas mínimo que concurra á tan importante metamórfosis.

Si eligiéramos por tipo á un gallego, le trasladariamos desde su hogar á la Coruña: si á un asturiano, forzoso era comenzar por llevarle á Vigo á toda costa; preferimos de buen grado á un montañesillo, y desde su aldea le trasladaremos via recta á Santander. Allí le acompaña su padre ó pariente mas cercano, siendo portador del producto de su última aranzada de tierra, vendida para satisfacer el flete del viajero y para la manutencion de ambos, mientras una velera fragata cierra su registro y sopla viento favorable: en Santander se necesita nordeste hasta para ir á misa. Llegado el instante fiero, el montañés pimpollo, que se columpia entre dos y tres lustros, responde con suspiros á los consejos de su padre, y con sollozos á las exhortaciones de la muger, en cuya casa se hospedan, y para demostrar si serán impertinentes, baste decir que la compungida dueña llevó al cuello por dige una moneda de la proclamacion de Carlos III, solemnidad que coincidió con su nacimiento. Por último, en el muelle y con un pié en el bote, que ha de conducirle á bordo de la fragata, recibe el hijo de manos del padre un escapulario de la Virgen de las Angustias, dos bendiciones, tres abrazos, y cuatro pesetas sevillanas: sentidas palabras y dolorosas frases dan fin á tan patético cuadro. Triste y macilento regresa el padre de familias al seno de la suya: por honda que sea la pesadumbre del chico desaparece de su corazon antes que el mareo de su cabeza: por copiosas y ardientes que broten sus lágrimas, caen, se hielan y confunden entre las primeras olas del golfo de Gascuña. Al doblar el cabo de Finisterre hace crísis la existencia del adalid cántabro: bullen en su mente asombrosas ideas: se ofrecen á sus ojos magníficas ilusiones: pueblan sus sueños nunca vistas imágenes: en perpetuo éxtasis con su porvenir sepulta su pasado en el Letéo: todo lo tiene delante, detras nada. la golondrina engalana ya los espacios con su flexible vuelo: toca ya la crisálida en el primer período de su transformacion: ya se nos presenta el montañés con sus ribetes de Indiano.

A las Indias, como al reino de los cielos, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Todos los que dirigen su rumbo á tan encantados paises van á romper lanzas como paladines de un torneo en que es reina la fortuna, dama voluble en sus gracias para los galanes á quienes concede sus favores, consecuente en sus crueldades para los infelices á quienes miró una vez con faz esquiva y desdeñosa. En tanto que vaga la fragata por esas azarosas y movibles sendas que trazan los vientos en los mares; en tanto que divisa las pintorescas playas de Cuba, descifremos, sin emplear geroglíficos, emblemas ni conjuros, el inmutable sino de los rapaces que van á bordo de ella, escrito, antes que saliera del astillero, en el voluminoso libro de los hados. Oigamos las palabras, estudiemos el carácter, observemos las acciones del montañesillo del escapulario, diametralmente opuestas á las de un primo suyo que come en su mismo plato y duerme en su misma cama; así deduciremos de un modo infalible cuál se halla entre el número de los *escogidos*, y cuál solo en el de los *llamados*.

Mi campeon es alegre y vivaracho; se desliza de noche por la borda del buque á la mesa de guarnicion, donde elige á su estómago por confidente único de cierto hurto consumado en la despensa: solo para hacer alarde de su travesura trepa á todas horas por las járcias hasta la cofa del trinquete, ó monta á caballo en el bauprés: entretiene con sus agudezas á los pasajeros de popa; traduce el Telémaco y las fábulas de Fedro: sabe de historia que los moros vinieron á España despues que los romanos, y que don Castor de Andechaga enarboló en su pueblo la bandera del mal aconsejado príncipe: es el niño mimado de la tripulacion, y como se empeñe en ello hasta tendrá agua dulce para lavarse las manos: lleva recomendaciones para comerciantes, propietarios, tenientes gobernadores y aun para el Intendente de la Habana: no sufre ancas de nadie: si le dan un bofeton devuelve cinco, sin reparar en qué mejilla: posee un mediano equipaje: saltará en tierra con levita de cutí, sombrero de paja, chaleco de piqué, pantalon blanco, corbatin de gró, y borceguíes. Su primo es el reverso de la medalla: siempre está sério y cabizbajo: come tan solo lo que le dan: sumiso á las mas leves insinuaciones del piloto no sale del recinto comprendido entre la proa y el palo mayor: busca un rinconcillo al sol ó á la sombra, segun cumple á su deseo, y se pasa allí las horas muertas: si le veis con un libro en la mano apostad la vida á que es el Bertoldo ó los Doce Pares de Francia: sábese á bordo que entona el romance de la Rosaura, y que cantó en la misa del Gallo de su pueblo los villancicos, pero no hay fuerzas humanas que alcancen á vencer su obstinado propósito de tener oculta su habilidad: á las palabras que le dirigen responde con rústicas sentencias: nadie le hace caso por adusto: si el contramaestre le da un golpe se volverá con mansedumbre del otro lado para que acabe de saciar su furia: si sopla el viento de proa ó sobreviene una calma chicha le tasan el agua hasta el estremo de dársela por el oido de un fusil: cuando desembarque lo verificará con el mismo traje que lleva á bordo, salvo que se mudará de camisa y estrenará un chaleco de percal pajizo y unos zapatos de becerro blanco con cintas verdes: lleva una carta de recomendacion para un soldado del Fijo, y confia

ademas en la benevolencia de un tio suyo, de quien sabe por toda noticia que vivia sano y bueno en Guanabacoa dos años antes.

Ea, amabilísimos lectores, ¿cuál de estos dos séres se os figura que respirará algun dia el ambar de la opulencia arrullado con la música que formen sus onzas de oro al caer en las arcas de su erario, y engreido con el crédito de que goce su firma en todos los mercados? Aun no es tiempo de que lo sepais.

Hasta que el buque echa el ancla en la bahía de la primera ciudad de Cuba puede decirse que los dos primos han seguido un curso paralelo, como dos arroyos que brotan de un mismo manantial y riegan una misma llanura: desde aquel punto se separan para no encontrarse jamás: fuerza es que los sigamos en sus opuestos y en sus revueltas sinuosidades.

El montañesillo jovial y bullicioso es de los primeros que saltan en tierra: acaso transcurran dos ó tres semanas antes que lo verifique el del chaleco pajizo: un mes antes de su llegada ha fallecido su tio en la última miseria: el soldado en quien cifraba su postrer consuelo se halla destacado en lo interior de la Isla, tales son los funestos informes que adquiere el infeliz, hostigando con sus preguntas á cuantos llegan á bordo: no se le alcanza medio de conseguir su licencia de desembarque: se resigna á los rigores de su estrella, y todo lo compone con no decir esta boca es mia. Al fin el capitan de la fragata se conduele de tan triste abandono, y la víspera de tomar la vuelta de Europa le saca á tierra, y se le encarga al dueño de una bodega, sita en la plaza de san Francisco, con quien tiene suma franqueza. «Ahí te dejo ese chico, le dice, atiéndele hasta que se coloque.» Y al hallarse con tan inesperada acogida, da el pobre rapaz la primera muestra de no ser indiferente á cuanto le rodea: un solidificado lagrimon resbala lento y despacioso por aquel rostro de estuco. Su primo está ya en otro rango, es dependiente en una tienda de ropas de la calle de la Muralla: se granjea el afecto de su amo por lo mucho que promete su viveza y desenfado: lee todas las mañanas el Diario y el Noticioso Lucero: se ejercita en la ciencia de vender no permitiendo salga de allí ningun marchante sin aflojar la mosca é irse muy contento: cada semana se le permite una noche de holgura, y el montañesillo va á la retreta: cada mes vá al teatro un domingo por la tarde: cada año gana por de pronto cien duros: aprende la partida doble, se perfecciona en el francés y se impone en los primeros rudimentos de la lengua inglesa. Un muchacho de tan brillantes disposiciones debe subir como la espuma, ó no hay justicia en el universo: tiene fe en sí mismo y se envanece al ver cómo le solicitan, ya el primer socio de un almacen de loza, ya un baratillero de la plaza vieja, ofreciéndole triple salario del que disfruta. ¿Cómo resistir á tan lisonjeras tentaciones? Tambien le sonsaca de su nueva colocacion con el cebo de mejorar de suerte el ferretero cuya tienda está dos puertas mas arriba. Así anda el montañés de Herodes á Pilatos dos, tres, cuatro años, ganando siempre en provecho y categoría, hasta que logra pertenecer al escritorio de una casa de comercio, para llevar los libros ó la correspondencia. Hé aquí la época de su apogeo: en pos vienen el reloj y la cadena del metal mas fino de las minas

del Perú, y el alfiler de brillantes, y la camisa de tela real, y el frac negro, y el abono al teatro, y las suscriciones á los bailes de *santa Cecilia* y *la Habanera*, y los primeros amores: se encuentra como el pez en el agua, y todos sus conatos se encaminan á equilibrar sus gastos con sus ingresos: su principal no tiene de él queja alguna y comerá el pan de su mesa hasta el dia del juicio, si ambos viven y el montañés no se cansa de ello: ocupémonos de su primo y paisano.

Desde que el capitan del buque le deja en la bodega, hace propósito su dueño de formarlo para sí y de amoldarle á sus hábitos: en pocas palabras le traza cuál ha de ser su método de vida; y en su consecuencia el muchacho abandona su catre una hora antes que salga el sol del cristalino alcázar de Anfitrite: en los primeros meses barre, friega y se ocupa en otros oficios de este jaez: luego que aprende, guisa cuanto comen el amo y sus otros dependientes: hasta los dos ó tres años no le dan sueldo ninguno: despues tampoco se le dan, se le señalan: cuando el bodeguero realice sus intereses dejará treinta ó cuarenta mil duros de capital, y la cantidad que sumen los salarios del montañés con el agregado de su industria y trabajo se reputan por un capital equivalente: otro socio deposita en metálico la misma cantidad, y ya entra el cantor de la Rosaura á disfrutar en las ganancias una tercera parte. Por lo general nunca se realiza esto sino despues de haber pasado dos ó tres años bisiestos: en tan largo transcurso de dias, solo ha gozado nuestro mancebo tres ratos de soláz, y son un almuerzo que dió su amo en el torreon de la Chorrera en celebridad de haber sacado el premio grande: cinco ó seis partidas de tute que jugó una noche con un compañero suyo mientras estaban en vela por hallarse enfermo el dependiente principal; y ciertos festivos coloquios que tuvo á hurtadillas con una mulata. Ademas de los cotidianos afanes estuvo á la muerte de resultas de la fiebre amarilla, y por milagro se libró de las garras del tétano de la Isla de Cuba.

Ya tenemos en posicion á los dos primos: de ella han de desprenderse de un modo inmediato sus opuestos destinos: ambos sentirian cerrar el ojo sin pisar de nuevo los maravillosos paisajes donde corriera su infancia: quizá no esté lejos el dia en que vean colmada esa idea de ventura que con tanto esmero acarician en su mente.

El montañés de la bodega avanza que es un portento: trabajillo le costó descubrir el filon de su mina, mas llegó la época de esplotarla, y á fé que le hace con buen éxito, y no se da mala maña: todo le sale á pedir de boca: no hay empresa que no prospere si en ella fijura como socio, ni especulacion que no le reditue siquiera un diez por ciento: tiene en la uña el vocabulario mercantil: sus papeles se reducen á pagarés y letras de cambio: sus libros á los de cuenta y razon, de cargo y data. Al que le pregunte cuándo piensa volver á Europa, le contesta: « ¡Quién sabe!» En tan lacónico período hay mas significacion que lo que pudiéramos darle comentándolo. Pero á fuerza de vogar sus asuntos viento en popa, se determina á soltar prenda. «Así que junte cincuenta mil duros, dice, voy á dar un abrazo á los abuelos.» Se hace el balance por

Navidad, y como resulten á su favor cuarenta y nueve mil duros y pico bregará otros dos meses á fin de completar la suma : entre los Indianos se cuentan real por real los pesos duros, como entre los militares se cuentan los años de servicio dia por dia. Ocurre con frecuencia dilatar el plazo de la vuelta á Europa y duplicar el capital apetecido; porque tambien se asemeja el Indiano al cazador, que sin cimbel ni reclamo se sitúa á la márgen de un arroyo: le costará muchos sudores adquirir elementos tan indispensables para henchir sus jaulas de prisioneros, mas luego que los adquiera caerán pájaros en sus redes como gotas de agua en los campos por la estacion de las lluvias. Todos los afanes, todas las fatigas, todas las contrariedades que afligen al Indiano, duran lo que tarda en poseer los primeros cien mil reales: vencido este inconveniente como la gracia de Dios se propagan las onzas de oro en sus baules, y se declara entre ellos crónica tan salutífera epidemia. Así que cunde lo bastante al colmo de su anhelo, solo aguarda para hacerse á la vela á que pase el equinoccio de marzo.

Con trasladarse á la Habana y con disfrutar mil y quinientos duros cada año no ha hecho el otro montañés sino ensanchar el círculo de sus necesidades, á medida que se ha dilatado el de sus recursos: medio que conduce á no alcanzar medro alguno: todo lo que no sea trazarse dos circunferencias concéntricas y reducir la que represente los gastos cuanto mas se dilate la de los productos, es andarse por las ramas. Su principal arma un buque para la costa de Africa, y á instancias suyas arriesga en la espedicion una de sus anualidades: hé aquí la primera y la última de sus especulaciones mercantiles: corre el mes de diciembre : si los vientos no le son constantemente contrarios en todo abril, dará el barco cima á su viaje. Si desembarca en las inmediaciones del Mariel ó del Batabanó trescientos ó cuatrocientos bozales, en lo cual nada habria de milagroso, realizará nuestro jóven su proyecto, refrigerará la sed de diez y siete años en las deliciosas aguas del Nervion. ¡Ah cuántos suicidios se han consumado por haberse destruido castillos fabricados en el aire! ¡Qué de huéspedes no han admitido en su seno las casas de Orates y del Nuncio, porque una maléfica ráfaga de desengaños vino á dar al traste con las mas arraigadas ilusiones! ¡Preserve Dios al mercader visoño de tamañas desventuras cuando llegue á sus oidos la fatal noticia que le trae un bergantin, señalado ya en las almenas del Morro, por los mismos dias en que, segun sus planes, debia hallarse dando tumbos en el golfo de las Yeguas! La corbeta espedicionaria cayó en las garras del Leopardo marino, y se declaró buena presa en el tribunal de Sierra Leona. Del mal el menos: el montañés ni se suicida, ni se vuelve loco: abúrrese algun tanto, y al fin decide á todo trance volver á la tierra: su principal le indemniza de la última pérdida, y entre unas cosas y otras reune dos mil duros escasos, y algunas alhajas de su uso.

Ya se ha operado la metamorfosis: ni la madre que los parió conoceria á los antiguos montañeses aunque se encontrára con ellos de manos á boca: el dependiente de la casa de comercio viste con elegancia y se presenta en la calle

con el porte de un usía: tambien el bodeguero gasta levita y corbata, y aunque no es airoso ni pulido se ha impregnado su figura en esa especie de barniz que destila la riqueza; maravillosa óptica por cuyo cristal parece mas sútil y delgado su cabello, menos tosco su cutis, y no tan paralela su persona desde hombros á tobillos: ambos pueden caer de sorpresa en la casa paternal solicitando hospedaje al anochecer de un dia nebuloso, ó representando otra inocente farsa que pase á ser anécdota y folletin de un periódico. Aquel montañesillo alegre y bullicioso, que era el Benjamin de sus compañeros de viaje, desembarca en Santander á su regreso de América: trae unos pañuelos de batista para sus hermanas, un cajon de tabacos para su padre, una rueda de cajetillas para el maestro de escuela, y dos cajas de dulce de guayaba para el ama del cura de su pueblo: cumple con todos y todos le agasajan: no llora lástimas á que no ha de proporcionar alivio quien las escuche; y así están sus compatriotas en la creencia de que viene poderosísimo de las Indias: le hacen padrino de todas las bodas, y le llevan en palmas á todas las romerías. No le disgustan aquellas distinciones: si permaneciera allí le nombrarian de seguro alcalde ó comandante de la milicia, y no deja de halagarle lo del uniforme: pero su bolsa vá quedándose sin sustancia, y por lo mismo que le aguija el orgullo, antes seria mártir que confesor. Se halla en el caso de tomar una resolucion decisiva, porque el asunto urge, y la que adopta como menos mala es dar otra vez con sus huesos en la Isla de Cuba, despues de vivir tres meses entre los suyos. Vuelve de nuevo á su escritorio, y acaba por dar lecciones de gramática y geografía á los hijos de un excelencia.

Aquel otro montañés serio y cabizbajo, á quien todos detestaban por adusto, regresa al pais por New Yorck, Liverpool, y las capitales de Inglaterra y Francia: habla pestes de los estrangeros porque no comprenden el español, único idioma que posee, y porque para alternar con ellos en la mesa á bordo del *Greatwestern* tenia que ponerse de punta en blanco: celebra su regreso á Europa calzando guantes á sus manos por la primera vez: nada le pregunteis de la Gran-Bretaña, pues solo se detuvo en Londres el tiempo necesario para hacerse un traje completo y para ver qué hora era: de París os informará mejor; ha asistido una noche á la Academia real de música, ha visto por fuera el cuartel de Inválidos, y compró en cierta estampería una caricatura de Luis Felipe. Procura entrar en su aldea á la sordina: no es portador de ningun regalo: solo trae dinero: nadie sabe á cuánto asciende su fortuna: segun su dictámen en tan graves materias lo que está por decir es la mejor palabra: se lamenta de los tiempos; propiedad de todos los que tienen, llorar para que no les pidan: señala á sus padres una buena mensualidad: edifica una casa de tres pisos mas suntuosa que todas cuantas construyeron sus predecesores en aquellos contornos. ¡Una casa de tres pisos! Pirámide elocuente que atestigüe su victoria, espléndido trofeo de su insigne campaña; gigantesca columna en cuyo pedestal se esculpirá su nombre con letras de oro puro; pirámide, trofeo y columna que servirán de cebo padre por hijo á cuantos montañeses nazcan y se sucedan en el curso

de los años, mientras los años nó corroan sus cimientos y aplanen su techumbre.

Ni obsequios, ni agasajos le hacen olvidar al recien venido que no es solo en el mundo, y que donde él viva ha de vivir su metálico: y acto continuo se le vienen á la memoria las contribuciones estraordinarias y los préstamos forzosos: de aquí las cavilaciones y los insomnios y los cálculos ambigüos. Es español rancio, y si en su pais no anduviera todo manga por hombro, como él dice, se estableciera en Santander ó en la Coruña, botaria buques á la mar, y le nombrarian diputado á Córtes ó senador del reino en las primeras elecciones. Tampoco le desagradaria vivir en España sin traer á ella sus capitales; mas como los refranes castellanos son la norma de su conducta, se le ocurre al punto aquel de «Hacienda tu amo te vea» y decide volver á la Habana, no sin dar antes un vistazo por Madrid, donde permanece quince dias: en ellos conoce á Isabel II, vé la historia natural, pasea una vez en el prado, vá á los toros, asiste á la representacion del *Pelo de la Dehesa*, y frecuenta los ministerios. Merced á estas visitas y á algunos centenares de peluconas, obtiene grado de capitan, ó título de marqués, ó la gran cruz de Isabel la Católica, ó las tres cosas juntas; todo estriba en su desprendimiento. ¡Cómo lo vá á lucir por semana santa en la plaza de armas, en las procesiones y en las iglesias! Esta vez se embarca en la ciudad de Alcides, y al cabo de un mes pisa de nuevo su tierra de promision. Lejos de esperimentar quebranto alguno han crecido sus fondos: se casa con una criolla rica de fortuna y de belleza: administra sus cafetales, beneficia un ingenio en la *vuelta de arriba*, y engrandece su comercio. En seis años le dá su linda pareja seis robústas criaturas: ellas crecerán y darán buena cuenta del fruto de tantos afanes y tan repetidos sinsabores luego que papá cierre el ojo. Mas no le hagais semejante observacion, porque os dejará frios contestándoos: «Por mucho que ellos disfruten con despilfarrarlo, no gozarán tanto como yo guardándolo en mis arcones.»

En España no hay pueblo alguno que no surta de habitantes á Querétaro y Caracas, á Montevideo y Arequipa. Como ya no se aparece la madre de Dios á los pastores, ni se tañen solas las campanas cuando entran los arzobispos en las aldeas, mucho es si de cada ciento vuelve uno á su pais satisfecho de haber hallado lo que le indujo á atravesar el charco: basta ese número para que no se resfrie el entusiasmo de sus compatriotas, y para que á un dos por tres imiten su ejemplo. Contadísimos son los que se trasladan con sus fortunas al suelo natal; de como lo hacian antes son testigos esos edificios que en todos los pueblos de alguna importancia, se conocen con el distintivo de *casa del indiano*: á pocas leguas de la corte y en la lóbrega villa de Tembleque, descuella entre su humilde caserío una suntuosa morada con sus honores de palacio, en prueba de que todo el que trae de las Indias buena porcion de barras de oro dedica un espléndido recuerdo al rincon donde tuvo su cuna. Tan populares se hacen estos sucesos que para enteraros de sus mas triviales pormenores no necesitais sino dirigiros á la mas concienzuda santurrona ó á las mas liviana posadera, al primer labrador de aquellos contornos, ó al último mozo de mulas; segun la persona que elijais

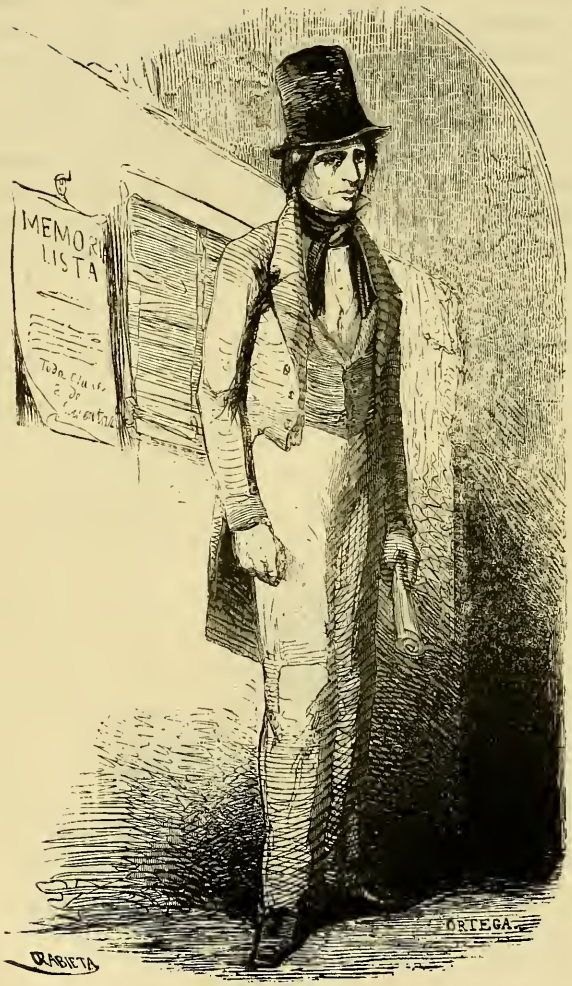
oireis la historia apetecida en son de jácara ó conseja, de tradicion ó de romance.

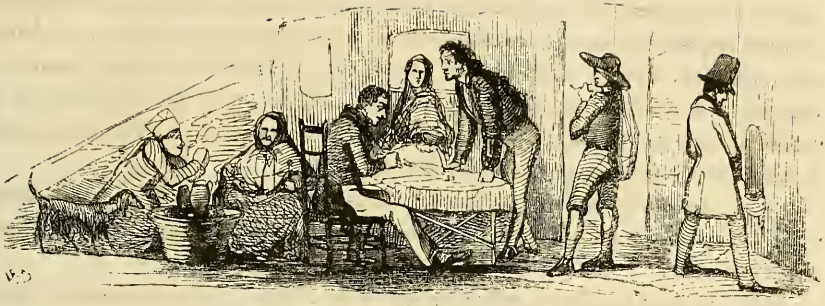
«De luengas tierras luengas mentiras», por eso algunos individuos, enriquecidos en América, vienen al pais creyendo que España voga en un océano de venturas: salen de su error á los pocos minutos de pisar las fértiles playas de Andalucía ó la amena costa de Cataluña, y resueltos á no pasar segunda vez el golfo de las Damas, se establecen en Burdeos, donde si no se avienen del todo con el refinamiento de la sociedad francesa, figuran entre lo mas florido, merced á la preponderancia que ejercen sus caudales.

Costumbre es llamar *Indiano* á todo peninsular que regresa de América. Si se lo llamais á alguno, y se sonrie es porque, no lo dudeis, al oir como le nombrásteis *Indiano*, dice en sus adentros «sin calzones»; pero si su faz permanece inmoble y su lengua muda, le regalais el oido y teneis delante al verdadero *Indiano*, esto es, al que sale pobre de su aldea y vuelve opulento.

Por último, agradecido al lector, cuya condescendencia le haya inclinado á seguirme hasta este punto, es mi voluntad que si no le agradare el epígrafe de mi artículo, aunque es tan propio como ámplio y significativo, le sustituya con otro mas sonoro y denomine al tipo que dejo bosquejado *el montañés de las Indias*.

ANTONIO FERRER DEL RIO.


MEMORIA
LISTA
ORTEGA
D. ARBIETA



EL ESCRIBIENTE MEMORIALISTA.

No es mi intencion, benévolo lector, trazar aquí un cuadro completo de la existencia del Escribiente Memorialista: se necesitarian mas páginas que tiene un Calepino, solo para trazar el cuadro exterior, la existencia aparente, el panorama material del pobre y desdeñado Memorialista; porque si hubiese de penetrar en el caos de esa vida agitada, si hubiese de reducir á palabras todo lo que encierra su alma de dolores, de abatimiento, de proyectos y esperanzas, todo el papel de Burgos y Candelario, no bastaria á contener mis reflexiones; toda tu paciencia seria poca para sufrirme. Así, pues, pasaremos rápidamente por ambas faces, desterraremos el insoportable análisis, y como la abeja volaremos de una en otra flor, salvo que no libaremos miel ni cosa parecida, porque, caro lector, en la vida del Memorialista, apenas hay otra cosa que acíbar y cicuta, amargura y dolor.

Vedle, escondido á medias, detras de su biombo, sudando tinta, derramando el genio á borbotones, poniendo continuamente en prensa una inteligencia no vulgar, y todo á tan módico precio, que apenas basta á satisfacer la menor de sus necesidades. Vedle otras veces cruzar las calles de la corte, ligero como una ardilla, activo como el mas activo corredor de la Bolsa. A veces parece una

sombra, una pesadilla: por todas partes se le encuentra, siempre incansable, siempre impulsado como una máquina de vapor cuyo motor es el hambre. Verdadero judío errante, apenas el cansancio le detiene algunos momentos, cuando la voz de la necesidad, le grita: «¡*Anda!* ¡*Anda!*» y el Memorialista con un sacudimiento que puede llamarse galvánico, se despoja de su flaqueza mortal y vuelve á cobrar vigor para emprender su camino.

¿Y qué necesidad tiene el escribiente, cuya vida parece que debia ser poltrona y sedentaria, de tanta actividad, de tan incansables incursiones, fuera del techo de su vivienda?

Esta es acaso la primera reflexion que se te ocurra, ¡ó inconsiderado lector! ¡ó lector de alma marmórea y berroqueña! ¿piensas tú que el Escribiente Memorialista, escribe las mas veces memoriales ni otra cosa ninguna?

¿Piensas tú que todos los que esta profesion ejercen, saben escribir? Si esto consideráras, conocerias todas las amarguras que el Memorialista sufre, todo el talento que emplea, y el inmenso tesoro de ingenio y de memoria que á veces malgasta, para vivir siempre pobre, para arrastrarse en la abyeccion de la servidumbre y acabar su peregrinacion en el hospital general ó el rincon estrecho de alguna portería. Por mi parte, te lo digo con verdad, creo que el sér mas desdichado de la tierra, el mas combatido por la fortuna entre todos los otros séres, es el Memorialista.

¿Y en qué se ocupa el Memorialista? ¿por qué se llama así? ¿En qué se ocupa? ¿porqué se llama así?—Se ocupa en todo, y se llama así, porque no hay una palabra que pueda significar una profesion tan universal y heterogénea. Podia llamarse *omnibus*, pero por una parte, el Memorialista no es pedante ni sabe latin, y por otra ya está profanada la palabra por asquerosas tartanas é inmundos carro-matos. Otros mil sustantivos podrás encontrar sin duda; pero aun cuando hallases al fin, que no lo creo, la calificacion exacta de este ente universal, reducida á un vocablo, el memorialista no adoptaria la innovacion, porque es enemigo de novedades, y el nombre que lleva, heredado de sus antecesores, es para él mas sagrado, mas noble y respetable, que para un hidalgo de provincia los signos heráldicos de su escudo de armas.

El Memorialista vende cosméticos que vuelven en blanco ó rojo el pelo negro, que quitan el cutis de las manchas y producen otros milagros tan sorprendente ó mas que los dichos.

Proporciona criados *de ambos sexos*. (No seamos rigoristas: quiere decir de uno ú otro sexo.)

Dá razon de casas de huéspedes, donde por seis reales diarios satisfacen todas las exigencias.

Tiene amas de cria. (No para él: para él que las pida.)

Ajusta cuentas *en toda clase de idiomas*.

Enseña á hacer agua de colonia, betun, cerillas de fósforo y otras ciencias.

Tiene amos que colocar.

Hace toda clase de negocios; es corredor universal,

Por ultimo, (y este es el Memorialista privilegiado, el aristócrata, el doctor *in utroque* de la profesion,) escribe cartas y memoriales, da el sér á los villancicos de noche buena, y á los estrechos para damas y galanes, y si no le confian el juicio del año para el calendario, cúlpese á la oscuridad que le rodea, y que no deja descubrir al genio sumido en el rincon en que se oculta, pero del que mal su grado, ha de salir hoy á donde le vean el sol y el mundo.

Así verás, lector, que hago bien en clasificar el Memorialista en dos distintos órdenes.

1.° El Memorialista que sabe escribir.

2.° El Memorialista que no sabe escribir, ni leer.

El primero es desde luego hombre pachon y bien hallado, avaro, sedentario tal como tú le concibes: es por último, el memorialista vulgar, sin poesía, todo carne y positivismo. Y sin embargo, si en su cabeza cupiese una idea de lo bello, si un solo rayo de ilusion cupiese en aquel cerebro macizo y apelmazado, ¿qué felicidad envidiaria? ¿qué existencia correria mas venturosa y risueña en la populosa corte, aun de escaleras abajo, que es donde se anida la felicidad si es que hay alguna?

Considérate tú, lector, sentado en tu cómoda banqueta, mirando tras de tus vidrios y esperando á la fortuna; (es decir, al parroquiano,) figúrate que ves abrirse la portezuela de tu jaula, y que entra una sonrosada muchacha de ojos vivarachos, modestamente vestida con su limpio traje de percal, arrebujada en su negra mantilla, y sustentando en el siniestro brazo la cesta de la compra. Ya te parece que la ves acercarse á tí....

Detente, lector mio, y no arranques al Memorialista la poca ventura que goza. Tú no serias, ademas, tan reservado y prudente como él: Tú no sabrias guardar en tu corazon todo el tesoro de preciosos secretos, de dulces palabras, de amantes propósitos, de frases apasionadas, que se escapan involuntariamente de aquellos dulces labios, con la sonora entonacion de las Maravillas y el Rastro. Tú te sonreirias malignamente, tú la echarias á hurtadillas alguna mirada poco casta, que revelaria al instinto de la muchacha que tú no ejercias de mucho tiempo la profesion de Memorialista, de ese intérprete de sus amores en quien está acostumbrada á mirar un ente bruto, una máquina inanimada, que no ve sino para escribir, que no oye sino para trasmitir sus palabras al papel, como si estas palabras corriesen á manera de un flúido eléctrico desde su oido hasta su pluma, sin dejar el menor rastro de sí. Verias entonces cómo retrocedia asombrada, cómo las palabras se perdian entre sus labios, como no articulaba mas que frases vagas é incoherentes, sin vida, sin calor.

Retrocede pues, y no turbes al Memorialista en su blando somnambulismo, y á la pobre muchacha en las ilusiones de su ausente amor.

Pasemos ahora al memorialista que no sabe escribir, al memorialista activo, emprendedor. Este es el que mas trabaja y el que hace menos fortuna, cosa que no te sorprenderá si consideras que en esta tierra de desalmados, lo mismo nos sucede á todos, desde el patan hasta el covachuelista, desde el zapatero de viejo

hasta el ministro de Hacienda. Nuestro desdichado *escribiente*, necesita vegetar sin escribir; engañar con sutileza al que le encarga un memorial, una carta, un comunicado para un periódico, la copia tal vez de algun drama ó novela original. Discúlpase con algun quehacer importante, oye que le llaman, se mueve convulsivamente sobre su banco, como hombre á quien aguijan urgentes negocios, se da en fin la importancia de un secretario del Despacho, y atrapando ya en borrador, ya en la memoria la carta, memorial, etc., corre como un relámpago á subarrendar el escrito: quédale por consiguiente tan módica ganancia, que es ventura para el asendereado corredor, que no se haya inventado moneda menor que la calderilla.

Le encargas algun criado, nodriza, cochero, mozo para cuidar caballos, etc. No habrá pasado media hora, y tu casa se verá inundada de todos los vagos que en Madrid hurtan pañuelos, de todas las pasiegas de los portales de santa Cruz, de todo cuanto necesites, en fin. Y cuando consideres que el Memorialista ha corrido en este tiempo los 50 barrios intramuros de Madrid, te reirás, como yo lo hago, de todas esas peligrosas invenciones de los caminos de hierro que tú no has visto ni verás en España. Bien puedes apostar por él contra el mejor caballo del lord Sidney, porque yo tengo para mí que el mas aéreo y ligero de cuantos posee el opulento aristócrata inglés, ha de tener huesos y pellejo como el de Gonela, y el Memorialista todo es momia y cartílagos. Tal le ha parado su pasmosa actividad, tal vive siempre famélico y vacío, que si obedece á las leyes de la gravedad, puede agradecerlo al supremo Autor que sujetó á la tierra con una cadena invisible, al aire como al Memorialista. Y solo asi podia tener esa envidiable celeridad: con él es pesada la ardilla y perezoso el gavilan. Si tuviera el olfato del perdiguero, grande seria su fortuna: pero, ¿quién posée juntas tantas perfecciones? á quién no le falta algo para hacer completa su felicidad?

Pero si el Memorialista que no escribe, está flaco y digámoslo asi, evaporado, goza en cambio de una salud á prueba, resiste al frio, al calor, al viento, al agua. Es preciso conceder que el ejercicio es un gran elemento de higiene; es fuerza confesar que la dieta es un gran preservativo, y que no en vano la recomiendan los *Brusistas*. Ahí teneis la prueba, incrédulos! el famélico y activo corredor, desafía á Codorniú y á Delgrás: nunca ha entrado en boticas; jamas ha querido imponer leyes á la naturaleza. Ella que le ha curtido, escudándole asi contra todos los sistemas conocidos de la medicina, ella tendrá cuidado de llamarle á su hora, sin ruido y sin violencia. Esta es una de las pocas venturas que el pobre Memorialista disfruta.

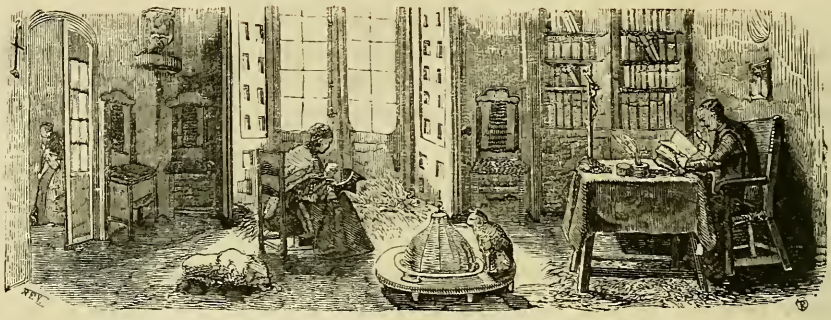
Y ya que hablamos de sus venturas, no las dejemos pasar por alto, pues que de sus desdichas hemos hablado. El Domingo, dia de descanso para todos los que trabajan, (los que no trabajan, no descansan nunca) el Domingo como digo, es el dia de sus mayores felicidades, porque está consagrado al reposo del alma, á las ilusiones risueñas, á la vanidad de que no está exento el mas humilde de los mortales. La mañana está destinada á las obligaciones religiosas: ayuda misas ó acompaña al Viático.

Por la tarde va á Chamberí ó á la Vírgen del Puerto, se pasea gravemente por entre la *canalla*, saluda á las criadas que le deben su colocacion, permite que le den tratamiento, y envuelto en su ancha levita y blandiendo su nudoso baston de encina, olvida por un momento su miseria pavoneándose con ridícula gravedad.

Pero el Memorialista debe al fin envejecer, como envejece todo, como el mundo mismo, como la naturaleza misma. Considera su desesperacion, ¡oh lector mio! el ave encerrada en su estrecha jaula, ansiosa de aire y de espacio no sufre lo que él sufre, ligado por la edad, cogido en el lazo inflexible de la vejez. Entonces empieza el reposo de su cuerpo: su destino regular, es la portería. La portería! lo que él considera como su degradacion y afrenta!

Pobre Memorialista! antes tan activo, libre como el aire, ligero como el águila; ahora encerrado en una angosta celda! antes tan bullicioso y decidor! ahora, tan meditabundo y silencioso! A Dios, esperanzas, proyectos, ilusiones! ya habeis muerto para el viejo Memorialista, que ya no aguarda sino el momento de que le saquen de aquella tumba para encerrarle en otra aun mas estrecha.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.



EL AMA DEL CURA.

Incedo per ignem.
Camino sobre ascuas.

Hallábame asaz embebido en pintar esa singular mujer que nosotros los españoles llamamos figuradamente el Ama del Cura, calificacion que por sí sola suple por un difuso comentario, cuando de improviso fuí sorprendido por una voz que me gritaba: «¡*que te quemas*! ¡*que te quemas*!» No yo, sino ella:» contesté con viveza sin haber reflexionado todo el valor de esta espresion, sin duda porque las delicadas facciones y las gracias del tipo que habia empezado á trazar, escitaron en mi mente ideas demasiado terrenales. Luego, repuesto de la primera sorpresa, y viendo á mi lado un antiguo y apreciable amigo, que era el que me hablaba, retiré pausadamente el guardamano, solté la paleta y los pinceles, y acomodándome bien en la silla le dije:

«En verdad, amigo, que no dejas de tener razon: conozco que he tomado á mi cargo una empresa erizada de punzantes espinas, y rodeada de escollos, pudiendo decir que navego entre Scyla y Caribdis. Ese retrato que aun está en bosquejo, y al que me prometo dar toda la exactitud en las formas, con la mayor perfeccion de coloridos, es el de una española que se diferencia de todas las de su sexo por mas de una circunstancia curiosa é importante de su vida. Ha de representar á la compañera del director de la conciencia de los demas hombres,

y no así como quiera compañera, sino compañera inseparable, depositaria de todos sus secretos, que le consuela en sus afliceiones y le alienta en sus trabajos pastorales. De aquí nace el papel que ella hace en la sociedad, y de aquí tambien procede que en todos tiempos ha ofrecido un problema de difícil resolucion, escitando la envidia de muchas mugeres por mas de un motivo.

«Si se atiende á que el Ama del Cura suele ser por lo regular jóven y bonita, ó por lo menos rolliza y no mal encarada; porque esos benditos señores, con muy leves escepciones, han dado siempre en la terquedad de tomar amas que llegan á los veinte y nunca pasan de los treinta abriles, faltando á lo que se les preceptúa en repetidos cánones eclesiásticos, se descubre un *fomes pecati* que eternamente ha sido piedra de escándalo para la generalidad; digo la generalidad para que no te imagines hablo de lo que llaman vulgo, porque mira las cosas solo por la corteza, ni creas han pensado esclusivamente de esa matrona con mezquindad ó malicia los que se reunen á matar el tiempo en el café ó en la taberna. Papas y Concilios, reyes y legisladores, escritores de moral religiosa, y por complemento muchos poetas, todos, todos se han esforzado en censurar esta costumbre, naciendo contra ella un argumento poderoso del conjunto de estas autoridades.

«De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja
Para que su ajuar gobierne,
¿Qué se infiere?

Asi se espresaba Iglesias, y en verdad que siendo clérigo muy bien podia decirse aquello de que *quien las sabe las tañe*. Pero en honor de la justicia me decido á no dar á esta pregunta el valor de un rapto poético, de una inspiracion del dios del Pindo, teniéndola mas bien por una sugestion diabólica de su *ánima apicarada*, que le dió esa libertad en el decir, segun él mismo confiesa; libertad que degenera en ligereza, y le hace faltar á la veracidad, con olvido de uno de los mejores preceptos de Horacio, pues, si hemos de mirar este asunto con imparcialidad, de que los curas y los clérigos tengan mugeres mozas á su lado, solo puede inferirse que, como es natural, prefieren la edad lozana á aquella en que decaen las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y por consiguiente para darles en esto razon no precisa meterse en mayores honduras. Asi es que se cuenta de un cura que en lugar de un ama de mas de cuarenta tenia dos de mas de veinte y un años cada una, y habiendo sido reconvenido por su superior sobre este particular, le contestó con agudeza: «señor ilustrísimo, en nada he faltado al Concilio porque tengo la obra en dos tomos.»

«Pero no es ese el punto de la dificultad, sino que al paso que tanto se ha escrito contra las amas de los clérigos, como puedes ver si te place en ese gran monton de libros que están sobre la mesa y he registrado con detencion, hay tambien algunos esclusivamente dedicados á hacer su panegírico sin distincion de mozas ó solteras, no faltando quien las compare con la muger fuerte del Evangelio,

haciendo una larga enumeracion de los servicios que han prestado á la Iglesia.

«En medio de este choque de opiniones, solo la filosofía y la propia esperiencia pueden servir de brújula para seguir un seguro derrotero, por lo que me veo precisado á separarme de todas esas autoridades, y tomar el rumbo natural por donde me guia la mas constante y larga observacion, sobre todo cuando ninguno de estos escritores ha tomado en consideracion las diferencias de tiempos, de circunstancias y opiniones que tanto influyen en los hábitos, usos y costumbres de los hombres.

«En paz sea dicho de los encomiadores de las amas de los curas, que tanto nos recuerdan los consejos de san Pablo y las costumbres de los primeros siglos de la cristiandad, lo mismo que de sus exagerados detractores: esa muger no es lo que los unos sostienen ni lo que los otros discurren; es y será siempre una persona misteriosa é indefinible en su posicion social. No es viuda, casada ni soltera, aunque de todo tiene un poquito; es un sér semi-espiritualizado, que por prevision primero, despues por hábito, y siempre por el mas refinado egoismo, se convierte en un rigoroso trasunto de las ideas, genio y carácter del hombre que lo es todo para ella, y cuyo corazon quiere conquistar, como prenda hipotecaria de su bienestar presente y futuro. Por eso se la vé en toda la escala clerical, desde el canónigo ó el opulento patrimonista hasta el cura de aldea ó el aquitivi, imitando minuciosamente al que se ha dignado tomarla bajo su proteccion, y le trasmite la influencia que disfruta. Sigámosla observando en esta escala, que es método analítico y nos ha de suministrar algunos medios de conocerla.

«La primera dificultad que se me presentó cuando empecé á trazar esa figura, fué relativa al traje con que la adornára: Pasaron ya aquellos tiempos en que las amas de los clérigos españoles llamaban por su lujo la atencion del legislador, como lo demuestran varias leyes suntuarias insertas en nuestros códigos, y aunque en muchos pueblos de escaso y pobre vecindario suelen tener reservado en la iglesia, donde debiera desaparecer toda distincion, un lugar preferente, es lo cierto que ni llevan cojines, alfombras, ni cosa que lo valga, ni pueden gastar profusion en el vestir, pues como hoy el abad solo de lo que canta yanta, es decir, que viviendo el cura del pié de altar, consiste lo restante de su renta en esperanzas para cuando el pueblo se encuentre mas adinerado, ó el tesoro haya salido de sus apuros, y como las rentas del patrimonista ó nuevo capellan han disminuido en proporcion del valor de los frutos de las fincas, es lo cierto que sus amas no pueden estenderse como quisieran, y tienen que moderar sus gastos, de lo que se lamentan sin cesar, maldiciendo la revolucion y á los reformadores.

«Malditos de Dios esos judíos fracmasones que han destruido la religion!» decia el ama de un canónigo que habia ido con este á visitar una compañera. «¿Cómo querrá Vd. creer, doña Josefa, que mi casa está toda desarreglada y desprovista despues que empezaron estas revueltas? A don Tadeo parece que le han echado encima cien años: me figuro que se le ha de ir el juicio.

—Y con sobrada razon,» contestó doña Cándida; lo mismo sucede al mio, porque ¿quién puede mirar con paciencia el estado precario á que nos hallamos reducidos todos los que dependemos de la iglesia? Yo no he podido salir estas pascuas porque todos mis vestidos necesitan compostura; unos por tener la manga antigua y otros el talle muy alto ó muy bajo, y no me he atrevido á llamar la modista por no tener para pagarla.»

«Estas quejas son sin embargo algo exageradas, pues las amas de los clérigos, aun los de aldea, se distinguen todavía por la riqueza del traje. En las ciudades se las vé vestir con la mayor elegancia y gusto esquisito, aunque siempre sin entrar en la última moda para no confundirse con las profanas. En los pueblos de alguna estension gastan mejor apostura que la muger del juez de primera instancia, si es que este puede mantener á una muger, lo que ahora anda muy dudoso, ó la del alcalde constitucional, y esto ya sube de punto, por serlo regularmente el propietario mas rico de la poblacion, y disfrutar mayor consideracion que el pobre sacerdote de Themis. En los pueblos pequeños y en las aldeas presentan mas lisura; pero siempre el ama se diferencia de sus convecinas por el aseo, primor y finura de la tela de sus ropas, ofreciendo en todas las localidades por resultado la singularidad.

«Causas muy poderosas han influido ciertamente en esta ostentacion lujosa de las amas: unas traen su orígen de las combinaciones de su propio interés, y otras es menester buscarlas en el modo de discurrir del clérigo. Piensa el ama, y piensa con fundamento, que el traje comun la confundiria con una simple criada, siendo llano y humilde; que el desaliño no es decente en la del estado honesto; y que el luto de la viuda infunde tristeza. Por eso, tomando el consejo de San Agustin, procura adornarse como la casada, para llamar la atencion de aquel mortal de quien depende su ventura, pero siempre acomodando sus haberes á su estado ambiguo y misterioso. El clérigo por su parte, prescindiendo de la natural inclinacion del hombre á ver engalanado el objeto de su aprecio, y de la satisfaccion que produce la presencia de la hermosura con sus legítimos adornos, tiene tambien otros motivos muy graves para desearlo asi. ¡Qué se diria de él si los que viven á su lado no diesen á conocer por su aliño que sabe darles el lugar que á cada uno corresponde, teniendo metotizada y bien morigerada su familia, cuando es el que por obligacion ha de dar ejemplo á los demas! Asi mira por el prisma de su disfrazado amor propio el lujo del ama como una cosa consiguiente, indispensable; como una muestra de prudencia y prevision. ¡Triste humanidad, siempre débil y estraviada!

«En resúmen, el Ama del Cura mientras no llega á una edad provecta, en que pueda considerarse como jubilada, sólo se diferencia de las demas mugeres por el traje, no en sus formas y prendido, sino por su mayor elegancia y riqueza. Cuando para ella ha pasado el tiempo de las ilusiones, cuando raya en los cincuenta años, entonces entran los repulgos, los remilgos y los escrupulillos, que tambien se apoderan del buen sacerdote octogenario. Ya gasta por fin saya y manto, ó mantilla lisa, ó á lo mas con una blondita angosta, segun el uso de

cada pueblo ó provincia; lleva su alfiler en el pañuelo del cuello, colocado allá junto á la barba; sus zapatos son de cordoban ó becerrillo, y en cuanto á las pocas canas que le han quedado, las recoge con un cordon negro lo mejor que Dios la dá á entender. Nada de pendientes ó arracadas, pues no lo permite la enjuta y mortificada oreja, y si en los dedos, que empiezan á padecer igual consuncion, conserva algun anillo, es de cuatro metales para preservarse de un ataque epiléptico, ó el que le regaló su Cura allá en cierta ocasion solemne, y ella piensa dejar en herencia á un sobrinito de aquel en prueba del maternal afecto que le conserva, por haberlo criado, así como está en dejarle el remanente de sus ahorros despues de descargada su conciencia, acerca de cuya arreglada disposicion testamentaria ha hecho mas de una consulta al anciano casuista.

«Pero basta de trapos, moños y perifollos, que aunque tratándose de mugeres tienen siempre su importancia, no es este el punto de vista por donde conviene examinar á nuestra heroina, y lo que ha dado pie á nuestra conversacion... Llegando aquí me interrumpió el amigo, y dijo: «Ya sé á donde vas á parar. El Ama del Cura de cualquier modo que se vista, hará siempre rancho aparte de todas las demas mugeres por sus maneras, sus hábitos y su modo de pensar.»

«Lo hará, amigo, y lo hace en efecto: esto es muy sencillo, y no necesita comprobarse con la autoridad de Séneca ni de ningun otro filósofo. Basta la luz natural para conocerlo. Este es uno de los muchos casos comprobantes de los sabidos refranes (con perdon del buen Sancho sea dicho): «no con quien naces sino con quien paces» «dime con quien andas decirte hé quién eres» quien con lobos anda á aullar se enseña.» ¿Cómo ha de pensar y obrar una muger que continuamente pasa sus dias bebiendo los hálitos de un hombre superior á ella en todos conceptos, ya se atienda á la mayor firmeza de su sexo, ya á la edad, ya á la educacion é instruccion, ya, en fin, porque es su protector, su amigo y su consejero? Ella tiene su dormitorio inmediato al del *Padre*, por si se ofrece algo á media noche hallarse pronta á prestarle todo el servicio que le ha prometido y es de su deber. Por la mañana suele levantarse primero para tener todas las cosas dispuestas y arreglada la casa, en lo que se manifiesta muy solícita. En seguida, si éste va á la iglesia, ó le acompaña ó entra en ella pocos minutos despues, ó le precede para enterarse del sacristan de si hace falta alguna cosa en el recado de decir misa. De vuelta al hogar se desayunan juntos, y los dias que el uno nada tiene urgente que le obligue á volver á la calle, toma parte en los quehaceres domésticos, ya cuidando los pájaros, y otros animalillos, ya regando las flores, ó cultivando las berzas del corral.

«En todas estas faenas ó entretenimientos le acompaña el ama con su acostumbrada complacencia, y llegada la hora del medio dia comen juntos, duermen ambos la siesta, repitiéndose á la noche la misma escena, de suerte que el Ama del Cura puede decir como Xaira en la tragedia de Voltaire: «á Orosman solamente oigo y veo; de su bondad recibo honras contínuas que me esclavizan mas y mas.» Viene pues el Ama á reducirse á un eco del clérigo: piensa como él, siente lo que él, y obra como él, salvas las diferencias del sexo. Por eso

nunca entra en franca sociedad con otras mugeres, á las que se cree superior hallando siempre en ellas motivos de censura. No se acompaña con las mocita porque no saben hablar, como buenas casquivanas, de otra cosa que de novios y las tiene por atolondradas ó insustanciales, esto cuando no las califique de lividinosas ó desenvueltas, que es lo mas frecuente. Si por casualidad concurre alguna vez donde hay casadas, y alguna se lamenta de la mala conducta ó del genio áspero del marido, y otra de lo mucho que los chiquillos le dan que hacer, al instante dice:

«Gracias á Dios que no tengo que pasar por todas esas penalidades! Si tuviese que sufrir, que contemplar á un hombre tan oseo, tan ingrato, me moria á los cuatro dias: por eso no me he casado, y cuenta que no me han faltado proporciones. He tenido la suerte de que el padre es una malva, un almívar, un bendito, un santo, y ademas un pozo de ciencia. ¡Qué orden, qué reposo, qué paz reina en mi casa! No hay mas voluntad que la mia, que siempre es la de él, pues mis complacencias se cifran en obedecerle, asi como él en darme gusto en todo. ¡Cuánto pierden los que pierden la tranquilidad del espíritu! Pues ¿y la educacion e los hijos? ¡qué cargos, qué cargos en la presencia de Dios! ¡Cuántas gracias debo dar á este Señor que me ha librado de tan gran responsabilidad!»

«Si llama á la puerta de su casa una pobre viuda cargada de hijos, que viene acongojada á implorar la caridad de su párroco, ó para que la socorra con alguna limosna que ha sabido se reparte á las de su estado por conducto del mismo, ó para que la consuele ó la alumbre algun arbitrio que la pueda sacar de su indigencia, el ama, informada de su cuita, vuelve á su acostumbrada cantinela. «Cuánto mejor no le habria estado á Vd. no casarse, pues no se veria sola, jóven todavía y cargada de hijos? Vea Vd. por qué yo no me he atrevido á abrazar un estado que trae en pos de sí tan fatales consecuencias.» Por últimos el ama del clérigo es enteramente opuesta á los casamientos, porque con este austero y místico lenguaje procura disimular su posicion equívoca, y llenar el vacío que esta deja en su conversacion con las que por las diversas relaciones de sus respectivos estados solo hablan de lo que mas les punza, y en cuyo, detalles ni puede ni quiere tomar parte; naciendo de aquí y de la envidia que las casadas escitan en las solteras que se han quedado para vestir imágenes, como suele decirse, el general desvío que entre todas ellas se observa.

«No por esto se crea que el Ama del Cura se muestra siempre mezquina y poco compasiva. Nunca incurre en semejante torpeza, tan contraria á su propio interés: este se disfraza con el manto de la caridad, cuando es oportuno ó indispensable, si hemos de creer al sentencioso La Rochefoucault. ¿Qué se diria del Cura y de su Ama si esta no diese limosna, si no socorriese al pobre y al necesitado? Ningun mendigo que llega á su puerta se retira con las manos vacías, especialmente á la hora de medio dia, y en los pueblos pequeños, en que está su casa junto á la parroquia, á la hora de misa mayor. Suelen ser madrinas de bautismo ó confirmacion de los hijos de los pobres, distribuyen el hilado de su lino y lana entre las mas necesitadas, y se encargan de referir al cura l

del braccro enfermo que no puede trabajar. Son pues el dechado de las vecinas, el modelo de la caridad cristiana. Tambien suelen tomar á su cargo el cuidado y aseo de algun altar, y cuando pasan de la edad florida dan á todos buenos consejos, cuentan mil ejemplos, milagros y casos prácticos de conciencia; traen siempre un púlpito en las manos, hablando de los apóstoles y el Evangelio, y repitiendo lo que les ha ido enseñando el cura en el largo discurso de su vida. Esto se entiende cuando el buen señor ha sido lo que debe ser un cura, pues tratándose del que olvida su ministerio pastoral, dice misa temprano el dia que la dice, y se marcha de cacería con el hijo del secretario y el del regidor primero, que son dos buenos nenes; del que pasa el dia entero en el ayuntamiento, disputando con el alcalde y el síndico sobre todos los negocios que allí se ventilan y en que toma una parte activa; ó finalmente del que se asocia al eterno juego de la malilla ó del solo en casa del boticario, claro está que el ama nada bueno ha aprendido, y por lo mismo no puede hacer bien este papel. Con todo, como por lo regular la muger suele ser mas astuta que el hombre, son pocos los casos en que se encuentra fuera del círculo en que se ha colocado. Su casa está cerrada, y ella dentro, entregada á sus labores como Penélope.

«Empero estas mugeres no viven del todo aisladas: en las ciudades y pueblos numerosos forman tertulia varios clerigos, á la que concurren sus amas, haciendo tercio para jugar un mediator ó una malilla. En esta reunion se habla de todo, concluyéndose por dar un repaso general á la vecindad bajo el conocido tema del desarreglo de las costumbres, y la censura del libertinaje que en ellas se ha introducido. Uno de aquellos señores habla de lo mucho que ha padecido el culto con la reforma del clero, y el eco de este buen eclesiástico, es decir, su ama, cita la supresion de las hermandades y rosarios. Otro saca á volar la inquisicion y los frailes, que eran el mas firme sostén de la iglesia; otro se desata en una furibunda diatriva contra los liberales y el gobierno representativo, y alguno mas anciano cuenta sus dolencias, que el ama no se descuida de lamentar, quejándose de la intemperie de la estacion.

«Luego se habla de música, y no falta aficionado que pondere la buena voz del nuevo sochantre, ó la habilidad del organista, como tampoco quien se queje de haberse introducido en los templos una música profana. En fin, se habla de todo lo acomodado á las ideas de los concurrentes, como el cultivo de las flores, la recoleccion de cosechas, de muebles primorosos, de la cria de animalillos, y por último forma la parte mas sustanciosa y recreativa de la conversacion el buen tabaco, los dulces y los casos ocurridos á los conocidos, que es donde esplayan las amas su reprimida locuacidad, separándose todos amigos y contentos, quedando cada clérigo convencido por su parte de que su ama es la mas discreta de toda la concurrencia, asi como esta sale satisfecha de haber sabido lisonjear el amor propio del eclesiástico su protector.

He dicho que el ama no descuida ninguno de sus deberes domésticos, y que lejos de adormecerse en la molicie se levanta antes del dia y se ocupa en la direccion de la casa. En efecto, con dificultad se encuentra una que presente

en lo interior mejor aspecto como la del clérigo, y donde estén mas exactamente distribuidos el tiempo y los quehaceres. Los muebles de todas las habitaciones se hallan limpísimos y colocados en su lugar respectivo, lo mismo que los útiles de cocina y demas oficinas. El perrito, y los gatos, animalillos predilectos de los comensales, tienen señalado el sitio donde han de dormir. La criada y el criado los ha escogido tan al propósito que de puro buenos pueden arder en un candil: la primera por callada, limpia y hacendosa, el segundo porque pasa por todo, siendo incapaz de decir fuera lo que pasa de puertas adentro, escelente cualidad tan rara como el ave fénix. Para ello siempre que tiene que tomar algun sirviente, ademas de adquirir antes los mas minuciosos informes, le hace un largo y prolijo interrogatorio, y concluye con el siguiente catálogo de prevenciones.

«Bien, dice á la que ha de ser criada; en atencion á los buenos informes que me han dado de tí, y á que ni tienes novio, ni piensas tenerlo, es menester que sepas que si te quedas en casa debes no olvidar que esta es un convento, y que has de ser muy humilde. Lo que yo te mande es como si lo mandara el Padre cura, pues aqui no hay mas voz que la mia, y su merced se entiende siempre conmigo, que estoy enterada en todo y sé cómo se le ha de dar gusto. Nada de cuentecillos á las vecinas de lo que pasa en casa, y poco trato con todas, sin reñir con ninguna.» En cuanto al criado le previene que no ha de tener chichisveo con aquella, entendiéndose para todo solo con el amo y con ella, siendo bien hablado y asistente á la iglesia. Tal es el buen órden que el Ama del Cura observa y hace guardar á sus domésticos.

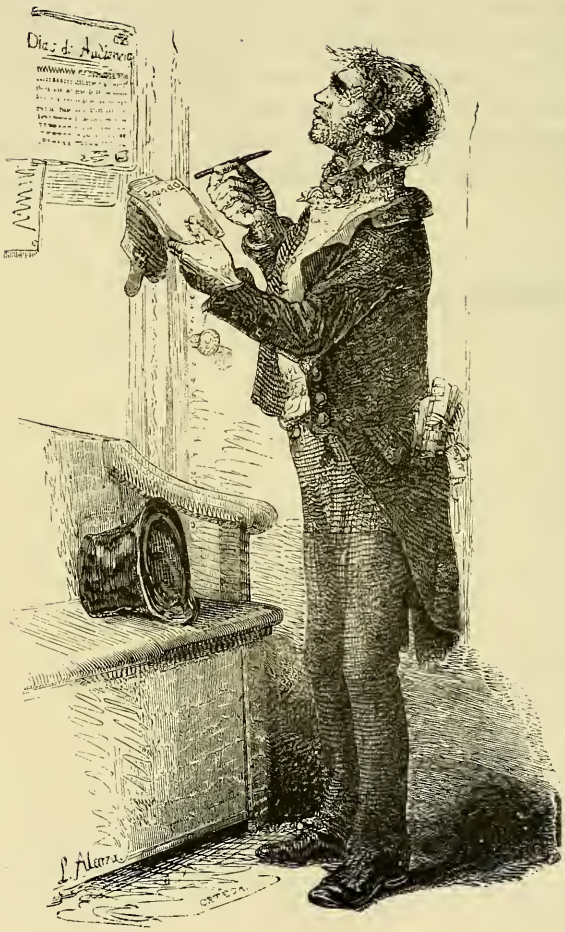
«Mas no es oro todo lo que reluce, ni en el mundo hay felicidad completa. Si el clérigo y su ama son de una misma edad, llegan juntos al fin de una vida pacífica, que han pasado pensando esclusivamente en lo que podrán dejar al sobrinito, único objeto de su predileccion. No sucede otro tanto al ama jóven de clérigo anciano, porque esta, en medio de las comodidades y gustos que disfruta, no vive tranquila. Hay un gusanillo que la roe interiormente, un pensamiento mortificante que la hace temer para lo futuro. La seguridad de su bienestar no solo depende de la vida de aquel sino de su última voluntad, y esta puede no serle favorable, aunque ya tiene hecho testamento en su favor. Hay unos malditos parientes pobres que se han empeñado en heredarle. De aquí su contínuo afan para estorbar todo trato y comunicacion del uno con los otros, y aunque esto lo ha conseguido hasta aquí, mientras su bienhechor goza salud, teme el momento crítico de la proximidad al sepulcro, cuando el hombre vé las cosas de este mundo al revés que todo el discurso de su vida. Asi pasa el ama sus dias entre esperanzas y sobresaltos, recelosa de perder el verdadero precio de tanto sacrificio.

«Llega por fin ese momento fatal tan temido y azaroso: cae gravemente enfermo el clérigo; acuden los parientes, desentendiéndose de anteriores justos motivos de resentimiento, para aprovechar esta ocasion crítica que encubre su sumision ó su bajeza; pero han llegado tarde, y la suerte está echada, porque para ellos ya su pariente no existe. El médico, estimulado disimuladamente por el ama, ha prevenido se acerquen solo al enfermo las personas que le asisten, y ninguno

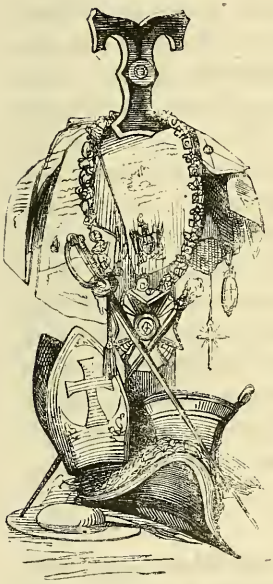
de ellos consigue penetrar en la misteriosa alcoba, de cuyas puertas no se separa el ama un instante. El clérigo atribuye á estremada ingratitud el desden ú olvido que muestran sus parientes; vé los estremos de sentimiento que hace el ama, y muere sin variar su disposicion testamentaria, concluyendo al cabo los temores de la agraciada. Luego que pasan los dias del funeral, despide al criado, conservando solo la criada, reduce algo su gasto, se rodea de su familia, si la tiene, y se dedica esclusivamente á disfrutar los bienes heredados.»

Supongo, lector benévolo, no se habrá escapado á tu sagaz penetracion que eres el amigo á quien he dirigido la palabra desde un principio. Me parece haber satisfecho tu oportuna curiosidad, haber desvanecido tus dudas, y haberte presentado con la exactitud que me ha sido posible, el retrato característico de una española, de cuya misteriosa vida tanto se ha escrito y hablado en todos tiempos, y que en el presente sufre como cada hijo de vecino los embates de la tormenta revolucionaria, que tan rápidamente va alterando nuestras antiguas costumbres, de las que apenas nos quedan reminiscencias.

JOSÉ MARIA TENORIO.


Dias de Audiencia
L. Alonso

EL PRETENDIENTE.



RATANDO de delinear los tipos mas generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podriamos dar en tan vasto campo, sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, *el Pretendiente* nos presenta su atareada figura, *el Pretendiente* nos ofrece su envejecido memorial. Desde el humilde taller del artesano, hasta los aureos escalones del trono, ni una sola clase, apenas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado mas ó menos de esta enfermedad endémica, de este tifus contagioso, designado por los fisiologistas de la sociedad con el espresivo título de *la empleo-manía*; y aunque variados en los accidentes, siempre habremos de reconocer en todos ellos los caractéres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y el desvelo, por efectos consiguientes. El término del mal tambien varía segun los individuos ó segun las circunstancias; los hay que se darian por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos, ó un estanquillo de tabacos; los hay que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo, ó un uniforme ministerial; hasta los hemos visto, que en mas elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmover al pais á trueque de conquistar una corona. Todos son *Pretendientes*; todos están atacados del tifus de la ambicion.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por mas análogos; y estos medios, este sistema, varia tambien frecuentemente, segun los caractéres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion* de cada mes. Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer

hoy ridículos y producir el contrario; los que en el momento presente estan indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad; *la antigüedad*, en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca mas que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del Tiempo viejo y volador.

Tanto mas difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste como el camaleon de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion mas constante, al mas atinado pincel, á la pluma mas bien cortada.

Válgannos para el desempeño mas ó menos acertado de nuestra difícil tarea, los procedimientos velocíferos del siglo en que vivimos; hagamos, en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas; aun así, procediendo con tan rápidos auxiliares, y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejante, ha de haber envejecido antes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito, como acostumbran los modernos dramaturgos, en el cual, alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atrás, podamos observar cuál era entonces el pretendiente cortesano, y cuáles las condiciones á que habia de sujetarse en aquella *clásica* sociedad. Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, siquiera no sea mas que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad mas juvenil; que tambien en retroceder hay progreso; sobre todo, cuando se cuentan diez ó doce navidades de progreso mas.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristan del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabia de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito el *¿Quousque tandem* CATALINA? á todas las Catalinas del pueblo, cuando el padre vicario, ó el administrador del duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, se tomaban bajo su proteccion y amparo; inoculábanle los mas recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la corte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil profundas meditaciones sobre su porvenir, y adiestrado

por las indicaciones de sus maestros, se revestia ya de aquella amanerada compostura, de aquel esterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de sus propios deseos, que al decir de sus patronos le eran necesarios para conquistar las voluntades agenas, para obtener del poderoso el necesario favor.-«No hay hombre sin hombre»-repetíase á sí mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á estenderse en cálculos sobre cuál seria el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próvida fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponia su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ageno, y lo crítico de la edad propia, influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo mas íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del «hombre con hombre» se ponia á pedir á Dios y los santos que aquel hombre, fuese si era posible... una muger.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del vicario al padre guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalito del administrador; con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título espresivo de *gramática parda*; que los rígidos censores apellidaban *falsa mónita*, y que daba en fin al que sabia aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho*.

Un mozo *de provecho*, era por entonces un diligente mancebo, que hacia buena letra, y ayudaba á misa todos los dias; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradías, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol; si servia al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, y ponia los alegatos y respuestas, iba á comprar á la plaza, y agenciaba aguinaldo, por pascuas, ferias, y dulces con cualquier ocasion. Si era al mayordomo de su escelencia, estendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once, y bajaba al portal á ver pesar el carbon, si era en fin ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla, y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mozito, para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion, no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre guardian; ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribanía de cámara; ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E.; ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre, era muger; cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en esta á la mas bella mitad del género humano, entonces el avance en la carrera era por lo regular mas rápido; entonces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor. Verdad es, que el tierno rapazuelo solia aparecérsele bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de palacio, ó viuda de un covachuelo; de una taimada doncella protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre guardian; ó de la mas contrahecha

y antipática de las hijas del mercader. Pero... ¿quién dijo miedo? la ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener muchos apasionados; y nuestro Pretendiente de entonces rendia el mas humilde tributo á la Diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al Pretendiente propiamente dicho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era, que á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de Propios, con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara... en las manos, y enviarle de Alcalde mayor á Móstoles ó á Griñon.—Pero esta variante del *Pretendiente á varas*, merece por sí sola un episodio, que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos característicos de la época en cuestion.

Figúrense pues, (si no lo han por enojo) un hombre grave, ventrudo y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entonces la capacidad y las togas no se concedian sino á los que acertaban á casarse con la hija de una camarista) que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la córte, en solicitud de la consulta de la cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los Consejos, ó las galerías bajas de Palacio, espiando el instante de que suene el coche del presidente de Castilla, ó del ministro de Gracia y Justicia, para colocarse al pie del estribo, con papel en mano, cabeza al aire, y encorvada espina dorsal. Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos antes ostentaba todo el aire de un *capitan á guerra*, y cuyo traje sério y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con puño de oro y su tricornio horizontal, daban muestras visibles de hallarse pocos dias antes colocado al frente de todo un partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoria; esta súbita metamorfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era en efecto una de las mas graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex*; calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro; (porque conviene saber que entonces los ministros y los presidentes lo eran *de veras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbuciar la voz del mas aguerrido Pretendiente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzábase á comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *veremos* de Magistrado, deshaciase á cortesías que pudieran llamarse genuflexiones, quebraba el hilo de su discurso, paralizábanse sus miembros, y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la

Cámara, una línea en la Guia de Forasteros, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Avila ó Alcaráz (1).

Pero al proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era *D. Verecundo Corbeta y Luenga vista*, cuya animada historia ocupó ya el clarin de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavía recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el término que desea no cuenta con mas favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad. Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar dia y noche, y á ver de lejos al ministro ó su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á escuchar los pensamientos del poderoso, á calcular sus próximos deseos, á leer en sus ojos las mas remotas esperanzas; nadie en fin llegó á olfatear de muy lejos las próximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se estendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador, desde una demanda de monjas hasta un deanato de Catedral. Escribia 365 memoriales en cada año y 366 los que eran bisiestos; pero tenia la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y aconteciale á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete, ó una reposada canongía; á una direccion de Rentas, ó á una portería militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y mostraban el semblante risueño, y sin embargo, ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano era solo para darle un empujon. Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito, antes bien reproduciéndose fabulosamente, siempre se le veia de gefe de fila de toda audiencia, de figura marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda antesala, y aun llevó su audacia hasta el estremo de introducirse un dia furtivamente en el coche del Ministro, y esperarle allí á pié firme y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel dia precisamente era el dia 29 de setiembre de 1833, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

---

(1) » ¿Qué es un corregidor en sus tres años?
Es un don Sancho el Bravo en el primero:
es un don Sancho Abarca en el segundo:
es un don Sancho Panza en el tercero.» —ARROYAL.

1833 á 1843.

Un Pretendiente como los que quedan delineados, seria un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social. Ahora los honores y los empleos públicos, no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con mas propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del dia y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion. ¡Papel sellado, cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!..... papeles mojados, viejos de figuron, resortes mohosos y gastados; habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasías, y oratoria de levadura y masas dispuestas á fermentar.

Ademas, ¿á quién pudiera satisfacer como antiguamente un miserable empleillo de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonia para el uno, la de una tisis para el otro, ó calcular en fin sobre la futura boda con una hija recien nacida del gefe? Y todo ¿para qué? para llegar al cabo de muchos años á colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales mas.

Ahora bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógrados abuelos.—Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem* y *ad mulierem*; que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la mas mínima aprension; que escribe en mala prosa y peores versos, discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas, y protestas enérgicas contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este niño, es ser un hombre grande; su mision sobre la tierra, ser ministro; los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma, y su carácter audáz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descúelgase en la córte, que para él no es mas que un teatro donde hacer su primera salida. Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el tráfago de papeles y personages, se deja ver nuestro mozo, colocado primero en los puestos inferiores y armado de una tijera, (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias varias*) ó envuelto humildemente entre las flores del *folletin*. De allí á unos dias, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita, ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del periódico, abrázase á sus columnas, trepa por ellas, tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que afilaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y estasían

de aquel *ex abrupto*; el público aplaude la demasía; los funcionarios atacados, que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, mas tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, lejos de humillárseles y atender á sus bondades, les persigue, les acosa incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreido, con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador. Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces conviccion: todos aquellos insultos, no son odio ni enemistad: todos aquellos apóstrofes no son dañada intencion. — ¿Pues qué son entonces?.....— ¿No lo han adivinado los lectores?..—Súplicas impresas; rebozado memorial.

A los pocos dias de los mas furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose mas ductil y suspicaz; calla luego de repente, y en la semana próxima viene encabezado el Boletin oficial de una provincia con esta alocucion.

HABITANTES DE...

El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirme el mando de esta provincia, etc.

y firmado por el mismo *Pretendiente* en cuestion.—Pero alto ahí, pluma parlera, no hay que salirse del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra mas atrevida y versada en estas materias, el delinear uno de los mas risueños de la época, el tipo de *La Autoridad.*

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aun estrecho el uniforme de covachuelo ó de gefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias de personaje por mil lenguas entusiastas ó comanditarias. Por cuanto á la sazon la dicha provincia suele hallarse ocupada en procurarse un padre que la defienda por tres años en el Congreso nacional *de esta córte*, como dicen los ciegos papeleros. ¡Qué mejor ocasion! Hínchense con el nombre del jóven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heróicos vecinos de Madrid: admiran y encomian su improvisado talento los mismos que há poco tiempo le negaban hasta el sentido comun: dispútansele y le proclaman los propios parientes y amigos que antes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud: lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos: llama en su apoyo la opinion del pais y de la Europa entera; y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad... —Al dia siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el negro banco; y en fuerza de su mágica influencia, cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras, y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el órden y robustecer *su* poder.—No hay como los

teatros parlamentarios para estos dramas *á grande espectáculo*; no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones *á beneficio* de un actor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la córte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien *de la legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir; que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó *influir* con sus consejos en la opinion; el pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérseles al mismo gobierno como una necesidad. Este camino es acaso mas lento, pero mas seguro: los aduladores del poder reciben por premio un insignificante diploma ó una módica soldada: los que sirven al pueblo pueden aspirar á una corona cívica, ó un sillon ministerial.

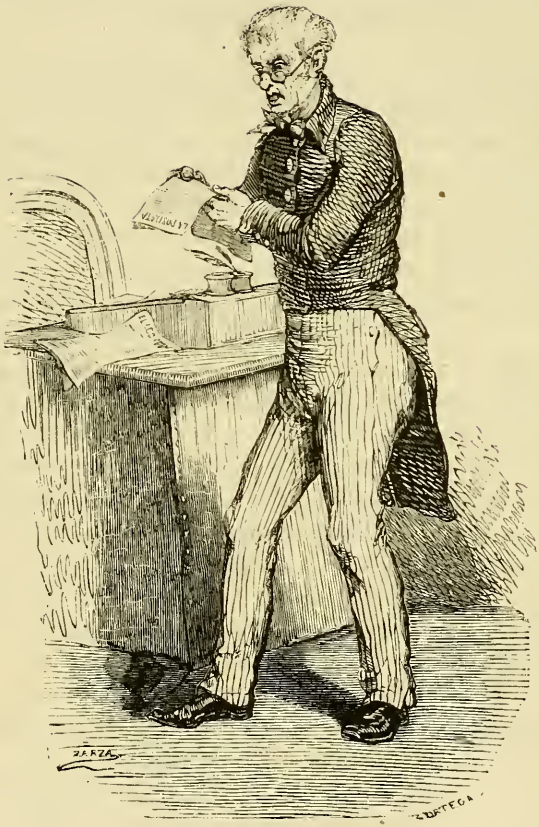
Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de órden superior en favor de una candidatura circular; ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad: ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio, ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial: ora en fin marchan al frente de los mas ardientes agitadores, reunen la fuerza armada y se pronuncian por la anarquía, ora se colocan al lado de la autoridad cuando esta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el órden y la justicia.

Otros por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y mas prosáicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un lejano pariente, de un condiscípulo, de un amigo, ¡y quién en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande! No hay en la estension de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado, que no haya producido un ministro al menos, y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres, nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

Epilogo.—Todos aquellos servicios, todos estos manejos, pueden las mas veces traducirse por *pretension* pura, puro y esplícito *memorial*. La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria, es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el club ha sustituido á la cofradía; al estandarte, la bandera; y á la imágen del santo, la invéterada efigie de algun santon.

El *Pretendiente*, este tipo prodigiosamente móvil é impresionable á quien comparábamos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste como él todos las matices que le rodean; trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que antes bloqueaba; y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension*.

EL CURIOSO PARLANTE.



LA COQUETA.

Si hace cien años, allá en los tiempos en que se gastaban entre otras zarandajas, espadin y polvos, se hubiese pronunciado la palabra que sirve de epígrafe á este artículo, hubiéranse mirado unos á otros los que la oyeran, demandándose su significacion. En el transcurso de un siglo, y quizás mucho menos, se ha vulgarizado de tal modo, que apenas hay quien ignore la acepcion que en nuestro idioma tiene. Hombres y mugeres, jóvenes y viejos, altos y bajos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos conocen ese epiteto, y quizás es una de las primeras voces que el tierno infante aprende á murmurar. ¡Tanto es lo que se repite, y tanto lo que abunda el sér á quien se le aplica!....

¿Deberemos inferir que el tipo sea moderno? No; asi como Bossuet dijo: «Estudiad el hombre y estudiareis los vicios;» tambien podemos decir: «Buscad la muger, y hallareis la Coqueta.» En efecto, parece averiguado que nuestra madre Eva consintió en comer del fruto prohibido, porque Luzbel le aseguró que así agradaria mas á Adan. Véase como de todos los males de la humanidad, tiene la culpa la coquetería de las mugeres.

Dedúcese de aqui que el tipo es antidiluviano, aunque el nombre sea moderno é importado de la Francia, de ese pais de donde nos vienen tantas cosas buenas y malas, como la libertad de imprenta, las modas, las costumbres parlamentarias, los dramas, las coaliciones, los sastres y las telas. Mas todo cargo exige pruebas, y yo voy á aducir algunas no solo para demostrar la fecha del vicio, sino tambien sus funestos resultados.

Elena, la causa eficiente de la guerra de Troya, fué una Coqueta, y algo mas, que se dejó robar por Páris: Dido, la reina de Cartago, con remilgo y monadas, hizo que Eneas olvidase sus deberes y faltase á sus juramentos; Calipso se consoló de la partida de Ulises con la llegada de Telemaco; Cleopatra solo se aplicó el aspid, cuando no tuvo quien la requiriese de amores; Isabe de Inglaterra dió muerte á Maria Stuard, porque le disputaba sus amantes; y la infeliz reina de Escocia pagó en el cadalso sus velcidades y coqueterías.

Aun pudiera alargar mucho este catálogo, si no fuera inútil, porque basta á mi propósito lo dicho, y porque en este punto, gracias á Dios, todos los hombres estamos acordes. Pero cúmpleme asentar que por el progreso de lo siglos, y por el adelantamiento de las ideas, las Circes y sirenas de los remotos tiempos, se llaman en nuestra época Emilias, Serafinas, y hasta Gerónimas.

Falta ahora no mas que averiguar la generalidad de este achaque femenino, y si está vinculado en una ó determinadas clases de la sociedad, ó si es comun á todas. Pretenden algunos que la franqueza es la virtud de los dioses; otros aseguran que es máscara de la impudencia, no faltando quien afirme que mohina y avergonzada la tal señora, ha huido en nuestros dias á los desiertos del Africa Por tanto, yo no me atrevo á resolver la delicada tesis que he sentado arriba, y me escaparé por la tangente diciendo tan solo que si fuese académico ó siquiera autor del *Panlexico*, al llegar á la palabra *Coqueta*, saldria del paso añadiendo: Véase *Muger*, y vice-versa.

Ya concibo la noble indignacion que al llegar aquí sentirá la hermosa mitad del género humano. Mas por Dios que se tranquilice y sosiegue, pues tienen escepciones todas las reglas, y sin duda habrá muchas en la presente. No importa que en el mismo momento que le doy tan cumplida satisfaccion, dirija alguna lectora sus miradas á la calle, donde las aguarda anheloso, el capitan de artillería, mientras en el canapé de enfrente escribe su primito en un precioso album, tiernísimas endechas cantando la constancia y el amor.

Sentado, pues, que la Coqueta es la muger, no nos admirará encontrarla en todas las clases de la sociedad. Lo son, pues, las damas elegantes y melancólicas: las matronas añejas y graves; las jóvenes alegres y pizpiretas; las solteras de treinta y dos, que pasan por austeras y devotas; la hija del comerciante y del tendero que venden terciopelo y garbanzos; la doncella de labor que se pasea el domingo en el Prado; la criada *para todo* que baila los dias de fiesta en la Virgen del Puerto; y hasta la desenvuelta y descocada manola que contesta con un sopapo al que se atreve á mayores. Consiste en que la coquetería no es como la tisis ó el asma, que se adquieren; sino como las enfermedades heredadas, que se nace con ellas.

Existe una diferencia sin embargo, que en prueba de lealtad, quiero notar aqui: en esta clasificacion general hay tres secciones de todo punto diversas; las Coquetas por instinto, las que lo son por estudio, y las que no lo son (vulgo feas.) La cuestion se reduce, pues, á tres estremos: naturalidad, arte é impotencia. En el vasto círculo que abraza y comprende, hay mugeres que aspiran santamente

al matrimonio, y que para alcanzar ese fin ponen en planta todos los medios: algunas (pocas, muy pocas,) que renuncian á la coquetería el mismo dia que al celibato; otras por último, para quienes *el estado perfecto,* como le llaman los teólogos, no es sino un resorte mas con que ejercer, y en mas vasta escala, sus artes.

Resulta que este vicio es la esencia del corazon femenino; que es un gérmen que en todas las mugeres se halla, y en unas se revela espontáneamente, y en otras se desarrolla á favor de constantes esfuerzos.—Sentadas estas bases, fuerza es entrar ya en materia: espuesta la teoría, justo es hacer las esplicaciones necesarias.

La coquetería es un instinto: desde muy temprana edad aparece ya y se formula; ved á la niña que juega con sus muñecas á los amantes; que sin saber por qué, busca y prefiere la sociedad de los hombres; que se goza en adornar su frente con flores del jardin por donde alegre trisca; que se mira en la límpida corriente de los rios; que se envanece y ufana al oirse llamar hermosa; que siente el agudo dardo de la envidia si á otra en su presencia se le otorgan elogios, y que ya ambiciona y codicia galas y atavíos brillantes. Volved tambien los ojos á la sencilla é inesperta aldeana, que escucha amores de los mozos de su pueblo; que se cantonea orgullosa al oir sus piropos; que acepta las músicas que le dan por la noche tres mancebos distintos, y que á todos responde, y con todos baila. ¿Quién puede haber revelado en esas almas infantiles y cándidas las aficiones de otra edad y los refinamientos de la civilizacion? La naturaleza, la naturaleza solamente.

Pero esta propension intuita de la muger, ese gérmen que nace con ella, muere en unas sin desarrollarse, y en otras se engrandece y cultiva, elevándose á la esfera de arte ó de ciencia, que de ambas cosas tiene mucho, aunque hasta ahora no se haya determinado de cuál de las dos tiene mas.

La dama elegante y de alto rango, es la Coqueta por escelencia, porque posee mas medios de que disponer para servir á sus inclinaciones, y porque su vida entera se consagra á perfeccionar el sistema que sigue. Asi se la vé por dias lánguida, vaporosa, sentimental, alegre, viva ó revoltosa; asi combina el traje y los colores con la importancia del papel que vá á representar, adoptando el negro cuando quiere dar á su semblante una espresion grave y triste; el rosa para aparecer fresca y lozana; el blanco cuando desea que se la juzgue candorosa é inocente; y en fin el azul cuando se finje celosa.

Y digo *se finje*, porque la Coqueta no siente nada de lo que espresa; porque todas las variaciones de su carácter son producidas por la índole del carácter mismo; porque acostumbrada á jugar con los sentimientos del corazon, á remedarlos sucesivamente, se hace escéptica y positiva, y en nada cree, y en todo busca un goce material, ó el logro de una esperanza cualquiera.

Hay coquetas que se sublevan á este título; que lo rechazan con indignacion, pretendiendo que solo los merecen las que mantienen relaciones con mas de un hombre á la vez. En muchas puede ser virtud que no hagan esto; en otras es necesidad. Quiere decir que las que tal consiguen, que las que logran engañar verbi-gracia

á cinco á un tiempo, merecen citarse como modelos, y llevar la borla de doctoras en la facultad. Son mas hábiles sin duda, son mas diestras innegablemente las que maña se dan para tanto; pero no son ni mas ni menos coquetas que las demas, ni hay por qué ofenderse de que con ese honroso epíteto se las clasifique y decore.

La Coqueta de buen tono, que es el tipo legítimo y verdadero, y el que me propongo describir, no tiene mas ocupacion, ni mas deberes que los de su coquetería: no hay distincion entre solteras y casadas, entre niñas ó adultas: iguales son sus medios, iguales sus resortes, é idénticos por fin su sistema y su arte.

Emilia, Julia ó Isabel, que de cualquiera de estos modos se llama, se levanta tarde, muy tarde; cuando el sol está en la mitad de su carrera. En la estrecha y suntuosa alcoba, todo revela ya quién es la que allí descansa; respírase una atmósfera embalsamada; arden ricos perfumes en dorados pebeteros; cubre el tálamo de la esposa ó el sencillo lecho de la doncella, ya el terciopelo y el raso, ya la muselina y el gró, de agudas saetas suspendidos, ó por lindas coronas rematados; difunde una lámpara de china un resplandor tibio y voluptuoso, y cobijada entre batistas y encaje, se contempla á la deidad de aquel templo, no sueltas las trenzas de su alisado cabello, sino recogidas en una elegante gorra de tul y blonda. Hasta en el sueño es estudiada la posicion de la hermosa: no está tendida prosáicamente sobre la pluma y la seda; no están descubiertos su albo seno, ni sus torneados hombros; solo se vé una blanquísima mano donde apoya la pura mejilla, ligeramente sonroseada; y asi duerme casta y pudorosamente, con la sonrisa en los labios que nunca la abandona, sino cuando es menester que la abandone, y soñando quizás nuevos triunfos y nuevas glorias.

Toda esta poesía de que se rodea, y de que no prescinde ni con su marido, todo ese arte maravilloso que emplea hasta en los menores detalles, y hasta en las situaciones mas solemnes de su vida, es lo que constituye su fuerza y lo que hace irresistibles sus encantos. El mismo esposo no penetra en el santuario cuando se le otorga tal merced, sino con emocion y con interés; porque nada destruye tanto las ilusiones, nada mata tan presto el cariño como cerciorarse de que el ángel que se ama es una muger como todas; que bajo una capa de oro y seda está encubierto un pútrido cadáver; que el ídolo ante quien nos prosternamos, es un autómata de barro comun y grosero.

Por eso la verdadera Coqueta ni un momento sale del círculo en que se gira, y por hábito y por conveniencia es inexorable en este particular: aun cuando esté enferma, aunque solo vea al médico y á la doncella, no faltará por eso á ninguna de las reglas que se ha impuesto; y recibirá al facultativo sonriendo enmedio de sus dolores, y preferirá morir á que corten impiamente su cabello, ó á que maltraten sus brazos ó su espalda con cantáridas y sanguijuelas. ¿Por qué no hemos de llamar heroinas á las que asi se sacrifican á sus voluntarios deberes, á las que en su afan de conquistar al hombre, prefieren la muerte á dejar de agradarle?

El tocador de la Coqueta es la parte mas importante de su vida: asi se la ve

largas horas casando los colores y los adornos del modo que mejor le parece, estudiando la espresion que cuadra mejor á su semblante aquel dia, y que no variará despues de resuelta, ni un solo instante. Verdad es que en este punto como en varios otros, no tiene opinion propia, y admite las telas, los lazos ó las flores que la proporcionaron mas incienso y mas conquistas. Si uno de sus amantes elogia su palidez, la Coqueta usa esclusivamente el blanquete; si otro menos romántico se pronuncia por unos buenos colores, hace provision de carmin y de papelillos de rosa. Si el adorador es melancólico y sentimental, no hay batistas bastantes para enjugar las lágrimas de su amada; si es un desenfadado militar, mi tipo adopta el tono y las maneras desenvueltas de su víctima: si le gusta á uno la soledad, ella pinta con poéticos colores los placeres del retiro, habla de deliciosos *oasis*, de queseras edificadas en el pico mas escabroso de una montaña suiza, ensalza la vida pastoril, y envidia á los pacíficos habitantes de la antigua Arcadia: si otro pondera los deleites de la vida social, tambien ella es de esta opinion. Y en tal variedad de gustos, y en tal contraste de aficiones, y en semejante laberinto de pareceres, pasa su vida contenta, satisfecho su amor propio, colmada su ambicion; sin pasiones violentas, y sin dulces afectos, verdad es, pero sin dolores ni pesares tampoco.

Esta disposicion para plegarse á todo dócilmente, esta flexibilidad de caracter es mas admirable, cuando á un mismo tiempo tiene que variar de un estremo á otro. Supongamos, pues, que Adela tiene cuatro amantes; el uno es un mozalvete inesperto, uno de esos niños que acaban de salir del cascaron, como vulgarmente se dice, y que por tanto trae un corazon virgen, y una porcion de ilusiones idem; que el segundo es un capitan de caballería, andaluz por mas señas, y de los que declaran á una muger en estado de sitio, y la requiebran y obsequian marcialmente; que el tercero es un abogado rechoncho como su entendimiento, de peluquita rubia, de rostro cándido; en suma, uno de tantos como conocemos por el nombre de *predestinados*; que el último es por fin un *Otelo* pasado de moda, un catalan selvático y feroz, que se encela por un quítame allá esas pajas, que frunce el gesto por la menor cosa, y que jura vengarse á sangre y fuego si se le ultraja ó se le vende. En este contraste de caracteres, en este dédalo oscurísimo y enmarañado, la Coqueta no se aturde ni desmaya: al inocente pipiolo le engaña de cualquier modo; al capitan le deslumbra con sus dengues y gachonadas; al mofletudo jurisperito llamándole su esposo; al terrible catalan desempeñando el papel de víctima, derramando á lo mejor un torrente de lágrimas, ó haciendo uso, en caso de necesidad, de los ataques de nervios. Asi viven los cuatro en una paz octaviana, todos arrullados por blandas esperanzas, adormidos en dulces ensueños, mecidos en gratas ilusiones. La farsa dura hasta que uno de ellos avanza mas que los otros, y pide al papá ó al tio la mano de la inocente doncella, á la que se le da un ardite del dolor del jovenzuelo, y de sus amenazas de suicidio; de los sarcasmos del capitan, de las burletas del abogado (que es las mas veces el preferido) ó de la teatral desesperacion del *Otelo*. A veces suele calmarlos con seductoras promesas para el porvenir.

Tambien puede alcanzar otro desenlace la comedia: un dia el mas inesperto de los cuatro tiene la candidez de enseñar á cualquiera de los restantes un lazo de rubios cabellos: el otro se alarma por el color y por la forma de la prenda, y saca una igual del bolsillo, comunicando sus dudas al mancebo; pero este se irrita con semejante sospecha, llama calumniador al que toma el asunto con tanta frescura, y si aun asi no le hace perder su sangre fria, hasta le apostrofa de cobarde. El resultado es el que puede colegirse: salen con los padrinos correspondientes, y por dónde hace el demonio que sean estos los dos compañeros de la coalicion amatoria, y que al enterarse del motivo de la contienda, saquen otros dos lazos idénticos, finalizando la intriga, con no poco contento de todos, menos del que amaba de buena fé, que se mesa y arranca las barbas, si ya las ha, y que canta doloridas trovas, si el destino le hizo nacer poeta: pero en fin, el lance no tiene mas consecuencias que escribir una epístola que firman los cuatro, y que va concebida en estos ó parecidos términos:

«Temiendo que si sigue Vd. tan pródiga en la reparticion de cabellos, tenga que hacer pronto uso del tuétano de vaca, ó de la grasa de oso; ó que como la de Sanson, su fuerza consista en el pelo, y que quedando calva, pierda las proporciones á que aun puede aspirar; le devolvemos los preciosos recuerdos que de su amor guardábamos, para que los traspase á otros mas inocentes y menos ingratos.»

Tampoco es raro que media docena de amigos se encuentren con seis ediciones de un mismo billete, ó con seis copias de un mismo retrato. En este caso la alocucion de despedida se formula del modo siguiente:

«Habiendo leido y discutido maduramente los que suscriben, la adjunta circular, han resuelto negarle su voto, en atencion al descrédito de la candidatura que propone. Lo que comunicamos á V. para su inteligencia y fines convenientes.» --Dios guarde á V. muchos años.--Madrid, etc.

No piensen mis lectores que la Coqueta se corre ni desconcierta por esto: asi como un propietario no teme ver siempre desalquilada la casa que un inquilino abandona, entonces lo mismo que aquel, Adela pone papeles: es decir, que destina una hora mas al tocador; que si canta dirige sus miradas, mientras entona una *romanza* amorosa, al que mas cerca tiene; que si baila el cotillon, saca tres veces seguidas á uno mismo; que si este ó aquel la contempla un instante, clava en él sus ojos toda la noche. Otras veces se resuelve á atacar el alcázar de la vanidad humana: al tieso y afectado *dandy*, que no piensa mas que en el frac de Utrilla, en el charol de Fortis, ó en las corbatas de Bomel, le encomia cualquiera de sus trajes, y hé aquí la conquista hecha: si es un autor dramático silbado, habla contra las cábalas literarias, se enciende en ira con las intrigas de bastidores, y acaba por decir que no conoce drama mejor que el suyo, aunque no lo haya visto, ó desde el prólogo comenzase á bostezar y á dormirse. Si es un artista, le saca á relucir dos ó tres nombres que leyó en un periódico por la mañana, como Van-Dick y Correggio; hace el elogio del claro oscuro de sus cuadros, aunque sean chillones

y desentonados, y le predice un porvenir brillante. Si es por último un hombre juicioso y racional (porque ni estos están libres de la fascinacion), comienza por hablar mal de las mugeres, truena contra las coquetas, hace el elogio de la que no gusta de saraos ni diversiones, y que limitada á sus faenas domésticas, cumple todos sus deberes dedicando su existencia á su esposo, y á sus hijos. Con esto le basta para armarse en poco tiempo, y para no echar de menos el descalabro anterior.

La arena verdadera en que combate mi tipo, el campo donde hace gala de su talento, donde despliega todos sus inmensos recursos, todas sus facultades físicas y morales, es un baile, es una reunion cualquiera. Allí prodiga sus mejores sonrisas: allí otorga sus codiciados favores: ya estrecha la mano de uno en el reposado rigodon: ya se abandona lánguida en los brazos de otro al lanzarse al rápido wals: ya se deja caer sobre una banqueta exánime y fatigada, mientras este la abanica: ya irguiéndose de pronto como una rosa abatida por el ábrego, deja con la palabra en la boca al que la improvisaba una bien pensada declaracion.

El carnaval es un gran recurso para la Coqueta: sobre la careta natural que lleva siempre, se pone otra artificial: con el traje de valenciana da una cita en un salon de Villa-hermosa; y cuando el anzuelo ha prendido, pónese encima un dominó, y pasa cogida de otro junto al que la busca desalado. Esta operacion se repite diferentes veces, sin mas que cambiar tres ó cuatro disfraces de diferentes colores, y pasando la noche entera en tan inocente ocupacion.

El teatro es otro de los sitios donde tiene erigido su trono: situada en un palco bajo, echa los anteojos al *lion* de la décima fila de lunetas, dirige la vista al que ocupa la galería de enfrente, y de vez en cuando levanta los ojos hácia el infeliz á quien relega á la tertulia con cualquier especioso pretesto. Entonces es de verla orgullosa, de tener en todas partes obedientes siervos: entonces es de verla gozarse con el imperio que ejerce; entonces, por último, es de verla repartir miradas y sonrisas á diestro y siniestro, hacer imperceptibles señas con la cabeza, ó moviendo ligeramente los dedos. Nada mas frecuente que escenas semejantes en los teatros: yo trocaria el nombre de estos, por el de *oficinas telegráficas de coqueteos*. Y forzoso es convenir en que las empresas de espectáculos públicos tienen mucho que agradecer á las Coquetas, y que debieran erigirlas estátuas y aun altares, en muestra de justa gratitud.

Ofrece ademas el coliseo una porcion de ocasiones favorables para que mi tipo afianze y consolide su dominio: si el drama es triste, la Coqueta halla coyuntura para demostrar su sensibilidad; y ¡luego son tan hechiceros unos ojos empañados por las lágrimas! Si es alegre la pieza, al reirse descubre dos filas seductoras de preciosos dientes: si un chiste grosero ó impudente escita carcajadas en el patio, se enciende ruboroso su semblante, revelando asi su pureza: si hay una catástrofe horrible, se cubre la cara con el abanico..... para coquetear por entre las varillas con algun neófito ó inocente. Por último,

si es ópera, se agita, se conmueve, y tiene que aspirar varias veces su frasquito de sales, para no desmayarse con la emocion que siente. Luego á la salida hay mil ocasiones favorables para trocar algunas palabras, para deslizar una cartita, para dejarse estrechar la mano, para regalar el ramillete que aspiraba, *reseco con su hálito y humedecido con sus lágrimas.* ¿Y con qué riquezas se paga ese *bouquet* que ha recibido todas las impresiones de la hermosa por quien suspiran seis ó siete? La moda ha dado un compañero al abanico: este divide sus funciones con el lindo manojo de flores, que á las veces hasta suele asemejarse á la banda con que la hermosura recompensaba en los torneos la destreza del vencedor.

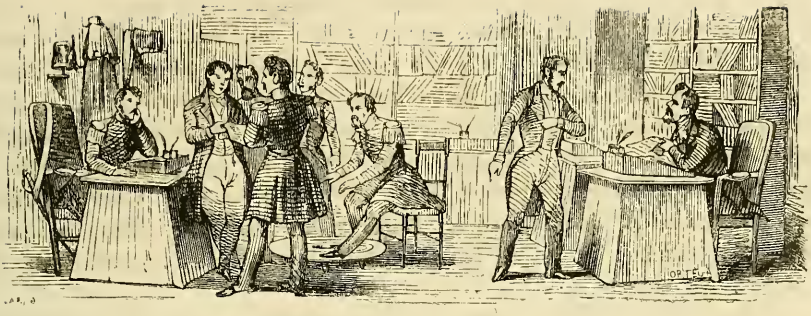
Hay mugeres que son eternamente Coquetas, y estas tiñen sus cabellos cuando comienzan á blanquear, estiran su cutis con cosméticos y menjurges cuando principia á arrugarse, y reemplazan sus dientes con los que construyen Rotondo y Monasterio, cuando los primitivos desaparecen. Esas no son ni solteras, ni casadas, ni viudas, ni madres; no son mas que Coquetas. Sacerdotisas de ese nuevo ídolo, á él lo sacrifican todo; las afecciones lo mismo que los deberes: si son ricas, cuando no obtienen ya obsequios, los compran: si son pobres, se mueren ó se hacen devotas.

A esta última especie corresponden las tias ó las madres severas é implacables, que tienen en duro cautiverio á sus hijas, ó á sus sobrinas; las que declaman contra las costumbres de la época; las ásperas y regañonas, las de gesto avinagrado, y las que cubren su despoblada cabeza á favor del arte de Reigon y de Pelaez.

Ellas, y por aquel adagio de *no hay peor cuña que la de la misma madera*, se muestran inexorables con la coqueteria: ellas, sobre todo si son solteronas, predican fervorosamente contra aquel vicio; ellas en fin, inflamadas en santo celo dan á las jóvenes rectos y saludables avisos..... Pero sin querer, é involuntariamente iba invadiendo un terreno que no me pertenece: de la Coqueta iba pasando á la Devota, tipo no menos abundante y no menos digno de estudiarse y describirse.

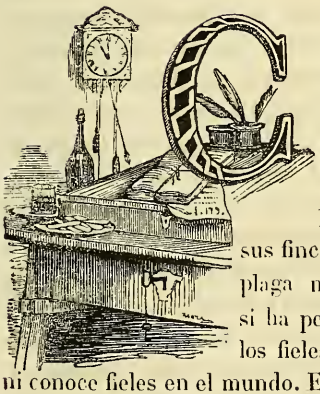
Asi como las obras dramáticas terminaban en otros tiempos con su correspondiente moraleja, que reasumia el pensamiento moral del autor al escribirlas, asi tambien quiero dar fin á este artículo con una reflexion filosófica. En todos estos caractéres de la naturaleza, en todos estos tipos que se distinguen por sí solos, y á los que dá color, por decirlo asi, la mano eterna del tiempo, hay un enlace y una conexion íntimos, hay una semejanza, una identidad asombrosas. De la niña nace la muger; de la muger sale la Coqueta: de la Coqueta se desprenden otra porcion de eslabones, que diferentes entre sí, guardan todos grande analogía con el primitivo, y nos los hace reconocer como los hijos de una nacion, como las flores de una misma planta, como los dedos de una misma mano, iguales aunque desemejantes.

RAMON DE NAVARRETE.



EL EMPLEADO.

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy;
que ayer maravilla fuí,
y hoy sombra mia no soy.



Con efecto: ¿á quién con mas razon que al empleado español puede aplicarse tan sabida y manoseada copla? ¿Dónde se encontrará un dechado mas perfecto de las mudanzas humanas? El zapatero hace ahora zapatos como antaño, y como antaño los cobra, escepto de los tramposos que son de las épocas. El propietario percibe los alquileres de sus fincas, aunque ande á pleito con inquilinos renitentes, plaga muy anterior á las reformas modernas. El cura, si ha perdido el diezmo, tiene esperanza en la caridad de los fieles, mientras el Empleado, ni aguarda caridad, ni conoce fieles en el mundo. En ninguna clase, en fin, ha impreso la revolucion tan profundamente su sello; él es la revolucion personificada.

Aprended, flores, de mí, puede en verdad decir el Empleado; porque el Empleado es ahora flor de efímera existencia, que nace por la mañana y por la tarde ha desaparecido, cuando antes no viene á troncharla inesperado huracan en su mayor lozanía. Antes ¡ay! no era flor, sino una cosa á manera de ostra, tenazmente agarrada á la roca de su destino; ostra que en un mar siempre bonancible, allí vivia, allí engordaba, sin mas movimiento

que el de abrir sus conchas para recibir los rayos de su sol querido, es decir, las mesadas que en su periódico curso volvian con tanta regularidad como el astro del dia en el suyo. ¡Aquel si que era régimen perfecto y sábiamente combinado. Aquella si que se podia llamar constitucion-verdad; y no ahora que solo predomina el régimen dietético, el cual, destruyendo la constitucion física del Empleado, no le enseña mas verdad que una: que su sueldo es una mentira! ¡Tiempos felices de Cárlos III y de su hijo! Vosotros fuisteis la edad dorada de los Empleados. Ahora no nos hallamos siquiera en la edad de hierro: estamos en la de barro, fiel emblema de la fragilidad de los empleos.

El Empleado de antaño, seguro de su inamovilidad, vivia feliz, tendiéndose á la bartola: el de ogaño, espuesto á mil vaivenes, no conoce lo que es paz ni contento. Aquel ostentaba en su rostro una serenidad inalterable: este es la vera-efigies del susto y de la zozobra. El primero era mas cachazudo; el segundo es mas activo. En el uno habia mayor inteligencia de los negocios; el otro vence en travesura. Ambos á dos podrian correr parejas en cuanto á instruccion y conocimientos; pero al menos el antíguo sabia el camino de su oficina, en vez de que el moderno suele ignorarlo; bien que tampoco necesita saberle.

Resultan, pues, dos tipos distintos de Empleados en España: el antiguo, que es el primordial, el genuino; el moderno, que es el tipo reformado. Hablando con propiedad, solo el antiguo es un verdadero tipo; porque el personage á que se refiere es el único que tenia ocupaciones constantes, ideas fijas, costumbres inalterables, circunstancias necesarias para formar un tipo: el moderno es un camaleon que no se sabe por donde cogerle, tanto varía de formas y colores. El tipo antiguo va desapareciendo: únicamente se encuentra alguno en la inmensa masa de cesantes; el moderno puebla toda España; y al paso que vamos, no habrá en breve un ciudadano que no pueda decir como aquel célebre artista *anch'io sono pittore*. Sin embargo, á pesar de la abundancia de este, y de la escasez de aquel, necesitamos principiar por el Empleado de antaño, porque, como ya hemos dicho, es el verdadero tipo: el otro no es mas que una variedad debida á las circunstancias.

Aunque el ser Empleado no era en España antiguamente privilegio esclusivo de ninguna clase, una práctica constante hacia que por lo general el Empleado naciese del Empleado. Apenas el hijo de un oficinista habia salido de la escuela, cuando, teniendo á lo sumo doce años, se le colocaba de meritorio al lado de su padre. Allí se soltaba en la letra, se perfeccionaba en las cuentas, y aprendia lentamente las prácticas burocráticas. Al cabo de seis ó mas años habia por fin una vacante, y entraba el neófito de escribiente de número con sus trescientos ducados de sueldo, habiendo aquel dia arroz y gallo muerto en la casa paterna, refresco en la botillería de Canosa, y palco segundo en el coliseo para ver la comedia de magia. Cáte usted á nuestro muñeco hecho todo un hombre: ya estaba encarrilado; ya no tenia mas que dormirse sobre

su cartapacio, dejarse llevar suavemente, y entregarse al dulce y pausado movimiento que año tras otro le hacia recorrer todos los grados de la escala hasta llegar á escribiente primero: desde allí daba en otro empujon el suspirado salto á la categoría de oficial; y ya entonces, si antes no habia hecho una calaverada, teniendo treinta años, con diez y seis de buenos servicios, y en atencion á que pagaba el descuento para el Monte Pio, elegia esposa entre las hijas de los oficiales primeros, con lo cual ponia un nuevo clavo á la rueda de su fortuna, y tomaba puesto entre los padres graves de la comunidad. El horizonte de sus deseos no se estendia mas allá del círculo de su oficina; aspiraba únicamente, si Dios le daba vida, al puesto de oficial mayor; y cuando al cabo de años le alcanzaba, cubierto de canas, con la dignidad de secretario del Rey, y tal vez la cruz de Cárlos III, teníase por un personage en la sociedad, viéndose acatado por todas partes, honrado en las tertulias, funciones públicas y actos del gobierno, y optando en cualquier ocasion á todas las preeminencias de su distinguida categoría.

Escusado es decir, que en estas transformaciones habia ido tomando el Empleado la fisonomía correspondiente á la situacion que ocupaba. Al muchacho motilon que salia de la escuela para ir á copiar oficios al lado de su padre, se le arreglaba una casaca vieja de este, dejándosela bien larga para que fuese crecedera: su madre le peinaba cuidadosamente, recogiéndole el pelo en coleta, pero sin polvos todavía; y con su ancho sombrero de tres picos, sus calzones cortos, su chupa que no llegaba á los calzones, dejando ver algo de la camisa, sus calcetas arrugadas, y sus zapatos de cabra sin hebillas, iba hecho un hombrecito, encantando á toda la oficina con su aire candoroso y su docilidad. Cuando entraba en la adolescencia, y á esto se añadia un sueldecillo de cuatro reales diarios, ya se vestia con ropa nueva; pero si no le arrastraban los faldones de la casaca, solian por el contrario hacerse cortos, y las mangas harto estrechas, porque la escasez de los fondos, menguados todavía con las sisas paternales, no permitia renovar con la necesaria frecuencia las prendas del vestuario. Pero una vez nombrado escribiente de número, y adquirida de este modo la investidura de verdadero Empleado, ya era preciso presentarse con los requisitos de tal, y desde entonces, procurando imitar á los petimetres de la época, se colgaba el espadin, se clavaba sus hebillas, añadia chorrera á la camisa, vuelos á los puños, y lucia su brillante botonadura de acero sobre el rico paño de Guadalajara; este equipage, sin embargo, no llegaba á su complemento, sino cuando era ya oficial; y andando el tiempo, tomada posesion de los grados altos, se usaba la vicuña, el terciopelo rizado, el encaje en vuelos y chorrera, y la ancha bolsa en el peluquin muy empolvado. Asi al aspecto esterior de un oficinista, podia decirse desde luego sin mas informacion el puesto que ocupaba, y las madres calculaban si habia llegado ya el punto en que era un novio conveniente para la niña.

Pero veamos á este tipo primordial de nuestros empleados en las dos situaciones de su monótona vida, en la oficina, y en el interior doméstico.

El Empleado antiguo era mas matinal que el moderno. A las nueve ya estaba andando para su oficina; llegaba, abria la papelera con calma, aquella papelera modelo donde todo estaba colocado en un órden admirable, ostentando los legajos su perfecta simetría, sin que ningun pliego se atreviese á interrumpir la recta alineacion con sus hermanos, comprimidos todos en amarillentas carpetas mediante el encarnado balduque artísticamente enlazado, y á la vista el correspondiente rótulo en hermosa letra bastardilla. Sacados que eran los papeles, colocados cada cual en el lugar oportuno, cortadas las plumas y dispuesto el tinglado de forma que anunciase la presencia del dueño, echada una ojeada á la gaceta que por fortuna era corta y no diaria, principiábanse los trabajos por la indispensable tarea del cigarro. El cigarro en las oficinas sirve para dos cosas: para dejar de trabajar, y para armar conversacion. Formábase, pues, el corro: y como entonces la política no preocupaba los ánimos, se hablaba de la última corrida, de la caida de Costillares, de la estocada de Pedro Romero, ó bien del admirable paso del puñal hecho por la Rita Luna en la Esclava del Negroponto. No faltaba algun gastrónomo que daba noticia de donde se vendian los mejores jamones de Candelario, ó á qué punto habian llegado los mas frescos besugos; y en tan sabrosa conversacion, daban las once, hora en que se tomaba el refrigerio que de la puntualidad con que entonces se servia ha conservado este nombre. Reconfortado el estómago, hallábase por fin un hombre en disposicion de entregarse al trabajo, y de emprender la lectura de un espediente, formar su estracto, ó redactar algun informe, hecho todo con pausa, circunspeccion y esmero. En aquellas caras no se veia la agitacion del que anhela despachar pronto, ni la contraccion del pensador profundo, ni la animacion del que engendra en su cabeza un pensamiento grande; todo era serenidad, cachaza, imperturbabilidad, como quien trabaja por rutina, siguiendo el camino trillado, y sin dársele un pito de acabar hoy ó mañana. En esto daba la una; de repente las plumas todas se paraban donde las hallaba la campanada: echábanse polvos, se recogia, oyéndose un ruido de papeleras á manera de fuego graneado, y tomando cada cual capa y sombrero, con un «hasta mañana, caballeros», se despedia la gente. ¡Oh vida feliz aquella! ¡A la una cesaba el trabajo!... ¡Cuánto han variado los tiempos! ¿Qué dirian aquellos benditos y patriarcales oficinistas, si alzasen ahora la cabeza, y viesen á sus sucesores salir á las cinco de la tarde? Y ¿qué, si hubiesen alcanzado la diabólica invencion de volver á la oficina por las noches? Pero no os asusteis, venerables sombras de la antigua burocracia española: no es tan fiero el leon como le pintan. Si ahora salimos á las cinco, tambien vamos á las dos, ó no vamos, que es lo mas fijo: si ahora volvemos por las noches, el daño es para las pobres luces que arden sin duda para las ánimas. Hoy dia hay largos y eternos periódicos, novelas de Jorge Sand, discusiones políticas: todo esto ocupa y hace pasar agradablemente las eternas horas, cuando uno es tan concienzudo que sacrifica el teatro ó el liceo á la material presencia en la oficina.

A la una, pues, volvia el Empleado á su hogar: desaparecia el hombre público,

y hasta las nueve del dia siguiente, si no era domingo, fiesta de guardar ó dia feriado, es decir, la mitad del año, quedaba reducido á caballero particular, tan dueño de su persona como el mas ocioso mayorazgo. Comia con calma, echábase á dormir la siesta, salia á dar un paseo, volvia al anochecer á tomar su chocolate, ó le tomaba en casa agena, iba á su tertulia y á las diez ya estaba recogido para entregarse al sueño despues de una parca cena. Ese sueño no era turbado por visiones horribles de revolucion y trastorno; la idea de su destitucion no le atormentaba, hallábase aun por inventar la palabra *cesante*, torcedor contínuo del empleado moderno; y si acaso se trasladaba su imaginacion al porvenir, era solo para contar los años ó enumerar los achaques de los que le precedian en la escala, estendiéndose todo su encono á desear que los jubilasen.

Si el sueldo no era grande, pagábase al menos puntualmente, y habia gajes, regalos y obvenciones; no hablamos de manos puercas, estas son de todos tiempos. La casa del Empleado era por Navidad una colmena. ¿Qué pretendiente no hacia su obsequio al oficial de la mesa? ¿Qué agente no mandaba á los gefes un mozo cargado con frutas de la época? ¿Qué intendente, qué cabildo, qué ayuntamiento dejaba de cumplir con los covachuelistas influyentes? ¡Oh, España era entonces un pais de Jauja para los empleados! Ahora han desaparecido los regalos, aunque suelen subsistir en las cuentas de los agentes; y es en verdad calamitosa la poca generosidad de los que solicitan.

Aun habia mas. Pocos empleados eran los que no acumulaban á su empleo una administracion de fincas, otro destino en casa de algun grande, ó que por lo menos no aumentasen su escaso peculio con los productos de copias, arreglo de papeles ó liquidaciones de cuentas; y si á esta nueva ocupacion querian añadir la respetabilidad, se hacian nombrar síndicos de alguna cofradía, cuyo pendon llevaban en la procesion del Corpus; ó bien pedian en las calles para el pecado mortal, entonando con voz sonora sus agudas saetillas.

¿Y qué dirémos del alto Empleado, del oficial de covachuela? ¿Le pintarémos con su uniforme, yendo tarde á la secretaría, no para trabajar, sino para presentarse al ministro y despachar con él; no ensuciándose nunca los dedos con la tinta de su escribanía de plata, ni con el polvo de su papelera forrada de tafilete; teniendo un escribiente que le hacia el trabajo; respondiendo al humilde pretendiente con desdeñosos monosílabos; citando á su casa al agente de Indias, que se insinuaba cual conviene; y corriendo en seguida á hacer su córte al ídolo de la época de quien esperaba conseguir una plaza de camarista ó ser nombrado asistente de Sevilla? Pero el espacio nos falta para tanto, y tenemos que venir á los tiempos modernos, tiempos calamitosos, en que los españoles hubieran renunciado á la empleo-mania, sin los gratos antecedentes que ha dejado, y si no fuese una plaga incurable en esta patria favorecida del cielo.

No sé si el hambre habrá dejado todavía vivo á algun empleado del tiempo de Cárlos IV. Si este fenómeno existe, él podrá decir las revoluciones que su clase ha padecido desde entonces, y como ha variado hasta el aspecto esterior del oficinista, que tampoco el oficinista está libre del imperio de la moda, aunque

por motivos independientes de su voluntad, suele seguirla de lejos. Este venerable y escuálido resto de la antigua burocracia diria como se apartó del costado el espadin, reemplazado hoy con el sable de miliciano; como se abandonaron las casacas redondas para substituirlas con el frac y la levita; como el calzon corto que resistió mas tiempo, se alargó en fin hasta caer en pantalon sobre el tobillo; y como perecieron los peluquines, cayeron las coletas, y las calvas se cubrieron trayéndose hácia delante el pelo de atras que ondeaba á veces en guisa de penacho, á pesar del artístico batido. Tal ha sido, en fin, la revolucion, que hoy ya se ven empleados con trabillas, guantes amarillos, cabello largo y rizado.... y hasta con barbas: con barbas, si, que hubieran horrorizado á sus antecesores, y fueran suficientes á ocasionar su destitucion en un tiempo en que esta ominosa palabra solo se encontraba por lujo en el Diccionario de la lengua castellana.

Pero, ¿que ha de suceder, si todo ha variado á tal punto, que una oficina, símbolo antes de la paz y suavidad de costumbres, ofrece ahora el aspecto de un cuartel lleno de uniformes, armas é insignias militares? ¿Si en vez de las palabras *espediente*, *legajo*, *estracto*, *minuta*, *órden*, solo se oyen las de *batallon*, *compañía*, *fusil*, *guardia*, *formacion y ejercicio*? ¿Si á la palabra *señor mayor* han sustituido los subalternos las de *mi capitan*, *mi comandante*? ¿Nos hemos vuelto todos guerreros? Sí; porque los destinos no se consiguen ahora por escala, ni á fuerza de años de servicios, como antiguamente; sino que se asaltan, se ganan en buena ó mala lid, y se quitan al que los tiene para colocarse uno en ellos. Este es un nuevo método que hemos inventado mucho mas espedito y cómodo, porque en estos tiempos de máquinas de vapor, queremos tambien carreras al vapor que en un periquete nos alcen á los cuernos de la luna.

Con efecto, ya no existe el meritorio, aquel tierno y cándido novicio que, con la leche en los labios, iba á aprender el oficio al lado de su padre. ¿Donde hay paciencia ahora para esperar seis ú ocho años hasta obtener una miserable plaza de escribiente? La táctica es otra. ¿Se halla Vd. sin oficio ni beneficio? ¿Aspira á una placita en rentas ó en un gobierno político? ¿No es Vd. en fin, mas que un pretendiente de escalera abajo? Pues se mete Vd. miliciano, alborota y chilla en su compañía; se hace nombrar sargento; la echa de patriota; arma alguna bullanga; se luce en un pronunciamiento; y mal ha de andar la cosa para que al fin no se *calce* (esta es voz nuevamente inventada para significar que se ha alcanzado un destino.) ¿Tiene Vd. mas ambicion? ¿Apetece una intendencia, una gefatura política, una magistratura, un ministerio? ¡Oh! entonces, segun la categoria del destino, adelanta Vd. mas en la milicia, se hace capitan ó comandante, se cuela en un ayuntamiento, se injiere en una diputacion provincial, se arroja á la tribuna parlamentaria, ó bien se constituye miembro de alguna junta revolucionaria, y ya no necesita mas: por poco que se mueva, que charle, que farolee, ó que, segun convenga, haga la oposicion ó apoye al ministerio, no hay falencia, á los dos meses, cate Vd. á Periquito hecho

fraile; y el que no ha mucho era paseante en corte, manda á toda una provincia, dirige un vasto ramo de la administracion, en una palabra, tiene cuarenta ó cincuenta mil reales de sueldo, que es el problema que habia que resolver.

Pero ¡O vanidad de las vanidades humanas! Apenas se ha llegado al suspirado término; apenas se ha satisfecho la ambicion, ó se ha matado al hambre que mataba, cuando se entra en un mar tempestuoso, en un piélago de inquietudes, en fin, en una vida de perros. Y no porque abrume el trabajo: gracias á Dios, esto es lo que da menos cuidado, lo que menos ocupa; pero el mónstruo de la *cesantía* se le pone á uno delante, con faz torva y desabrida, le sigue á todas partes, le acosa en los paseos, envenena las comidas, altera el sueño; y haria caer la pluma de las manos, si alguna vez la pluma se cogiese. Ved al Empleado sentado en su silla, delante de su papelera, no aquella papelera antigua, modelo de órden y simetría, sino revuelta, desarreglada, confusa, símbolo de la época y del alma de su dueño: ved, decimos al Empleado, inmóvil, aunque la procesion anda por dentro, pálido, mirar sombrio, meditabundo. Cualquiera dirá que piensa en los negocios que le están encomendados, que se hilvana los sesos por despacharlos con acierto; nada de eso: piensa en su destino, en el tiempo que le tiene, en el tiempo que le durará, en los medios de conservarle. Calcula, lee los papeles que tiene delante, que no son espedientes, sino periódicos: repasa los sucesos del dia, procura adivinar los de mañana; desearia tener al lado una sibila (si es que sabe lo que es una sibila) que le descorriese el velo del porvenir; se afana por averiguar de qué lado ha de soplar el viento. ¿Triunfará la oposicion? ¿Vencerá el Ministerio? ¿Habrá mudanza, crisis? ¿Conviene ser todavia fiel, ó es tiempo ya de virar de bordo y pasarse á los contrarios? Dispuestos estamos á una defeccion; pero ¿ha llegado la hora de la defeccion? ¡Terrible problema! ¿Quién le resolverá? Se levanta: va á charlar por lo bajo con otro camarada que se halla en la misma disposicion de ánimo.—«¿Que hay?—Hombre, esto se pone de mala data.—¿Habrá mudanza?—Peor.—¿Pues qué?—Pronunciamiento.—¿Que dice Vd.?—Está reunido el consejo: la sesion de mañana será borrascosa.—¿Que haremos?—Estemos á ver venir.—¡Válgame Dios! ¡Qué situacion!—No, pues yo.... esto de quedarme apeado....—Deje Vd. conozco.... Sobre todo, ¿no es Vd. de *aquello*?—Sí, pero hace tiempo que no he asistido.—¿Quién diablos deja eso? Esta noche es preciso que Vd. venga.—Sin falta, sí, veremos de qué se trata; allí se sabrá algo; se tomará un partido..... —Cualquiera, con tal de tenernos firmes.—Yo por mí, no me importa que me quiten de aquí..... como me lleven á otra parte mejor.—Toma, entonces no tenemos caso.» Dicho ésto, se amontonan los papeles, se arrojan barajados dentro de la taquilla, se cierra, se toma sombrero y baston, se lanza uno á la calle, se va á la Puerta del Sol, luego por la tarde al café, se charla, se patriotiza; llega la noche, se acude á aquella parte, los cofrades echan cuatro arengas, se alborota el cotarro, se toma una resolucion enérgica, y cada uno sale á ocupar el puesto que le ha sido señalado. Hay bullanga: se grita á favor del que vence,

se brama contra el vencido, se aprovecha la ocasion, y si es posible, se sube un escaloncito.

¡Vida de tribulaciones y amarguras! Y ¡si á todo esto se comiese! Pero las pagas van atrasadas: nos deben ya treinta meses: el tesoro está exhausto: no se hablá siquiera de una nueva distribucion; el ministro de Hacienda es un hombre sin entrañas. El ciudadano empleado va á su casa, y encuentra que aquel dia no se ha encendido lumbre, y que el casero ha estado por la mañana á reclamar los alquileres de seis meses, y que el sastre apura para el pago de la única levita que tiene. ¡Pagar la levita cuando ya está raida, cuando los ojales se niegan al servicio, servicio necesario para ocultar el mal estado de la camisa. Y ¡para esto ha de haber andado en seis pronunciamientos! Y ¡esto se saca de haber mudado otras tantas veces de partido! ¡Mas le valiera haberse quedado en la antigua obscuridad!

Pero ¿qué es esto? ¡Han pasado solo seis meses, y al mismo hombre, tan tronado antes, le veo ahora hecho un milor, vestido con la mayor elegancia, habitando una casa magníficamente alhajada, teniendo opípara mesa é insultando en su bombé al que no ha mucho se paseaba con él, oyéndole el triste relato de sus miserias! ¿Cómo se ha verificado tan estraña mudanza? ¿Ha heredado? ¿Ha contraido el Estado algun empréstito y paga ya corriente? No señor: no se le ha muerto ningun pariente millonario: la nacion está cada dia mas pobre y atrasada. Pues ¿qué milagro es este? Recóndito misterio que no nos incumbe profundizar: bástanos dejar consignado como única cosa que hace á nuestro propósito, que el empleado de ogaño está destinado, ó bien á pasar miserias y penalidades, ó bien á escandalizar con su repentina fortuna. Sobre todo, aconsejarémos y no dirémos por qué, á los que quieran ser empleados de provecho, que dejen la córte y se vayan á una provincia. Lo que hay que ser es empleado de provincia, y si es posible, en alguna aduana. No deslumbre el oropel de la córte que solo procura indigencia: en la provincia se halla lo positivo, y seis reales de sueldo en ella, dán mas de sí que sesenta mil en el tribunal supremo de Justicia.

Diré mas; aun ese oropel que antes existia, y que satisfacia la vanidad, ha desaparecido. Y sino, trasladaos á una audiencia. Antes salia el oficial de la mesa á darla muy finchado, con uniforme bordado de oro, la mano derecha metida en el pecho, y el brazo izquierdo apoyado en la espalda. Su mirar erguido se dignaba apenas caer sobre el trémulo pretendiente que se acercaba con el sombrero en la mano, inclinándose hasta el suelo, y atreviéndose apenas á preguntar con voz desmayada acerca del estado de su espediente. Ahora ha variado la posicion: el oficial parece ser el pretendiente, y este el que da la audiencia. Aquel, vestido con sencillez, toma una actitud humilde á fuerza de querer mostrarse amable: él es el que se encorva, mientras el otro se erguie: la sonrisa afectada del Empleado contrasta con el ceño adusto del solicitante: su voz melíflua apenas se oye apagada por el eco imperioso de la del peticionario que vestido de miliciano, con enormes barbas, retorcido

bigote y facha de patriota crudo, se olvida tal vez de quitarse el chacó y acaricia con áspera mano, en aire de amenaza, el puño de su sable.

Pero lo que hay que ver es una secretaría del despacho en dia que se muda el ministro. ¡Qué semblantes tan largos y macilentos! ¡Qué miradas tan inquietas! ¡Qué afan, qué desasosiego! Las mesas están abandonadas; los espedientes amontonados sin despachar. en todas las piezas corros y conversaciones misteriosas. ¡Qué ir y venir! ¡Qué informarse! ¡Qué hablar de las cualidades y de los antecedentes favorables ó contrarios del nuevo gefe! De repente viene un portero. «Señores, que se sirvan usías pasar á la subsecretaría.» Este es el momento de la presentacion; todos acuden cabizbajos; se reunen, y con el subsecretario al frente, pasan al despacho de S. E. colocándose en círculo, y observando con inquietud el semblante del árbitro de sus destinos, con el fin de adivínar en sus ojos la suerte que les espera. Pero el taimado, con una sonrisita nacida, mas bien que de afabilidad, del contento de su reciente elevacion, los desorienta y los recibe afectuoso, maravillándose tal vez de la numerosa grey que tiene á sus órdenes, y habiendo ministro que en semejante ocasion ha esclamado con estúpida candidez: «¡Oh! ¡oh! parece esto una comunidad!» Oye el balbuciente cumplido que le dirige el subsecretario en nombre de sus subordinados; y en seguida responde que se ha visto precisado á aceptar aquel puesto; que se sacrifica al bien público; y que solo la cooperacion, las luces de los que están presentes, podrán sacarle airoso del árduo empeño, y ayudarle á llevar la pesada carga que han arrojado sobre sus débiles hombros. «Espero, dice, (son palabras históricas) que con los brazos *unísonos* me ayudarán ustedes á tirar del carro.» En seguida le hacen todos una profunda cortesía, y la comunidad se larga silenciosa por la puerta, quedando el ministro ocupado en nombrar á otros para tirar del carro, y los oficiales haciendo comentarios sobre la entrevista, hasta que reciben la órden de irse con la música á otra parte.

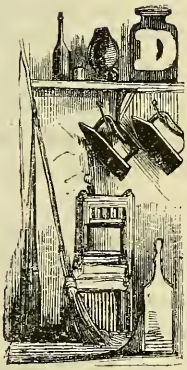
¡Irse con la música á otra parte! ¡Caer en el inmenso panteon de los cesantes! Triste suerte; pero suerte infalible de todo empleado moderno. El empleo no es mas que un pasadizo que lleva desde la nada á la cesantía, es decir, á otra nada peor que la anterior, por estar llena de recuerdos y de esperanzas burladas. burladas, digo, pero no perdidas; porque el cesante siempre espera. Puesta la vista en el destino que ha dejado, aguarda una nueva revolucion que le reintegre en su prístino esplendor, para perderle de nuevo, y recobrarle otra vez, y otras veinte en el espacio de pocos años. Como los arcaduces de una noria, los empleados actuales suben y bajan alternativamente, y se sumergen, y vuelven á aparecer, y están llenos unas veces, y otras vacíos, y nunca quietos, porque la rueda á que van atados los arrastra en su incesante movimiento; y como los mismos arcaduces, solo sirven todos para agotar el manantial por donde pasan, es decir, la nacion, á la cual, ya en activo servicio, ya cesantes, arruinan y sirven poco. Agentes, mas bien que del gobierno, de la revolucion, ellos y los aspirantes á serlo, son los que alimentan nuestras revueltas, y nos tienen en

perpétua alarma. Antiguamente, al menos, si trabajaban poco, hacian mucho mas y no eran tantos; y sobre todo, pacíficos y morigerados, servian con fidelidad y no armaban trastornos. Ahora.... Pero basta, basta, ya es tiempo de acabar, que harto he dicho y harto he murmurado de mis carísimos compañeros; pues por si lo ignora el benévolo lector, yo tambien he sido tres ó cuatro veces Empleado y cesante, y soy esto último ahora, y mientras escribo este artículo, estoy pensando en cuándo volveré á las ollas de Egipto, aguardando, como tantos, que haya una nueva revolucion, ó que suba al ministerio un amigo que bien me quiera. Por desgracia del pais, lo primero es mas fácil que lo segundo.

ANTONIO GIL DE ZARATE.

C. Miranda
ORTEGA

LA CRIADA.



DICHOSO el mortal, que cansado de la vida bulliciosa y arrastrada, de los placeres fáciles y de la dependencia paternal, da entrada en su mente á graves reflexiones que fijan de una vez el firme propósito que ha hecho de mudar de estado y condicion. Este mortal precisamente piensa en casarse, y desde el instante en que lo piensa, establece por alto un balance general de sus fondos, con el objeto de arreglar la cuenta corriente de su casa. Ya se entiende que esta operacion tiene lugar en la imaginacion de un hombre prudente y económico, ó que se empeña en serlo, luego que asciende á la clase de cabeza de familia: si se propone seguir como hasta allí, dado á la disipacion ó á los vicios, nada establece, ni cuenta corriente, ni balance, pues que solo se casa por variar, por probar de todo, como él dice, y á salga lo que saliere.

Esto no quiere decir que el pretendiente á marido, por mucho juicio que abrigue su mollera ó por grandes que sean sus deseos de convertirse en hombre de bien, no padezca estraordinarias equivocaciones en el arreglo de los cálculos que forma para la acertada marcha y sábia distribucion de las domésticas urgencias que comienzan á acosar su corazon y su bolsillo bastantes días antes de aquel afortunado en que recibe la bendicion nupcial. Padécelas

en efecto, y la prueba está á la mano. Sabe por ejemplo que la casa le cuesta *dos mil novecientos reales anuales* á razon de ocho diarios; que la plaza, la tahona, el vinatero, el lonjista y el carnicero le consumen un duro largo; que tiene que aflojar entre carbonería y aguador dos ó tres duros mas mensuales: item otros dos ó tres de lavandera, con la añadidura del gasto de costurera y aplanchadora, y de *cuatro* reales al mozo de la compañía á que pertenece, si es miliciano nacional. Sabe tambien que ha de llevar de vez en cuando á su esposa al *Príncipe*, al *Circo* y á la *Cruz*, porque al fin no se casa ella para meterse cartuja, y que la ha de llevar de modo que no desmerezca en su porte, de las demas señoras que se dejan ver en público: si hay angelitos es forzoso que el presupuesto vaya ascendiendo en progresion del número de ellos que van asomando las narices al mundo, empezando por la casa y acabando por el ama de cria, por la niñera y por el maestro de primeras letras. Agréguense á estas partidas las sueltas del sastre, del zapatero, de la modista, de la *fábrica de guantes* y otras por el estilo, y tendremos que un honrado marido cree inocentemente que sus desembolsos anuales ascienden poco mas ó menos, á tanto ó cuanto.

Pero el honrado marido ha echado la cuenta sin la huéspeda; quiero decir, sin la Criada, sin esta perla de todas las provincias de España, sin este tipo hermoso, feo, sucio, reluciente como plata, fiel, vendido, siempre murmurador, siempre alegre, respondon, cariñoso, atrevido y de rompe y rasga. El cabeza de familia comprende muy bien que tiene Criada en su casa, porque se vé obligado á destinar para este renglon cincuenta ó sesenta reales; llega asimismo á su noticia que la tal se llama Manuela, Juana, Ignacia ó cosa semejante, y por conversaciones que casualmente ha presenciado, habidas entre su cara mitad y la vecina del otro cuarto, se ha convencido de que para que sus asuntos de puertas adentro y aun de puertas afuera continúen bajo un órden regular, es absolutamente indispensable mudar de Criada todos los meses.

A estas semi-noticias se reducen los resultados de las investigaciones del hombre casado: la muger casada ya es otra cosa con respecto á la Criada; la observa en sus manejos interiores de cocina; cuenta los minutos que tarda en los recados, y se informa minuciosámente de sus amistades y de sus amores de calle. Cuando la recibe, la sujeta á un exámen riguroso; la primera pregunta se reduce generalmente á averiguar las casas en que ha servido; despues entran el pueblo de su nacimiento, el nombre, la habilidad, las personas de categoría que la abonan, si es que no vá recomendada por agencia ó por memorialista, y por ultimo, los honorarios que pide.

Para entender esto algo mejor voy á copiar un diálogo de los muchos de esta especie con que pudiera entretener al lector.

Lorenza es una muchacha alcarreña, novicia en las calles de Madrid, que sin embargo no ignora donde le aprieta el zapato: solo ha servido en casa de un empleado, habiendo dejado la colocacion, porque andaba el pan debajo de llave y la soldada por las nubes. Cansada de contar sus cuitas á sus

compañeras, y de bailar en *Chamberí* los domingos, se decide á presentarse en el cuarto de Doña Engracia, muger de un cesante, cuya Criada ha sido despedida por devanéos con un cabo de no sé qué regimiento, y por chismosa.

Entre Doña Engracia y Lorenza se entabla la conversacion de este modo, despues de los *buenos dias*, y el *cómo está usté* de ordenanza:

—Me han dicho que necesita usted Criada y venia....—«¿Tiene usted personas que la abonen? Doña Engracia, al hacer esta pregunta, fija sus ojos inquisidores en la fisonomía de Lorenza; esta se mantiene en una actitud que indica no haber roto un plato en toda su vida. Despues de su respuesta afirmativa prosigue el exámen de conciencia:

—¿Qué sabe usted hacer?—«Yo, Señora.... todo lo de una casa: sé barrer, comprar, hacer las camas, fregar, limpiar el polvo....—¿Y guisar?—Guisar... tambien: Vamos... quiero decir.... no sé hacer *primores* que digamos, pero así, lo ordinario.... en fin, arrimar un puchero, y espumarlo, y preparar una tortilla ó freir un par de huevos, ú otra cosa por el estilo.... ¡Oh! En cuanto á eso, sí Señora. En cá el señor de loterías no habia mas que yo para la cocina y en jamás tuvo que regañarme la Señora porque los garbanzos salian duros. ¡Pues no faltaba mas!—No, pues si nos convenimos, aquí no tendrá usted mucho trabajo: por la mañana.... eso sí; me gusta que las criadas madruguen mucho; en este tiempo, me parece que á las cinco es una hora regular.—Sí Señora.—Y ademas, yo padezco mucho de debilidades y necesito tomar el chocolate temprano. Mire usted: en cuanto usted se levante, me enciende usted la lumbre; en seguida baja usted á buscar la leche y un panecillo; luego hace usted mi chocolate; despues el del amo; mientras yo me levanto barre usted la sala, el gabinete, el comedor y el recibimiento.... ¡ah! y me tiene usted mucho cuidado de limpiar bien los cristales; concluido esto, viste usted á los niños, les dá el desayuno y los lleva á la escuela; á la vuelta compra usted lo necesario en la plaza, dispone usted el almuerzo, que ha de estar en la mesa á las once en punto, para que el amo no refunfuñe, y entre tanto se pueden hacer las camas y lo demas de la casa. Para la comida ya lo sabe usted; nosotros comemos á las cinco, despues que traiga usted los niños de la escuela: ese es poco trabajo, porque aquí no comemos principios; eso sí, un cocido abundante y santas pascuas; lo que es hambre no pasará usted en mi casa, y tampoco le faltará lo suyo todos los meses.—Ya lo sé, Señora, que á no ser así, tampoco hubiera venido, porque en algunas partes.... en *cá e mi ama* me daban el pan por alquitara y...—Lo demas, se escusa hablar; el fregado y los recados que ocurran.—Eso ya se sabe.—Yo quiero mucha fidelidad en mi casa, porque ya conoce usted que en una casa anda á veces todo tirado, y es preciso que uno sepa á quien mete dentro, por los contínuos chascos y desengaños que se llevan.—En ese punto no hay entodavía quien pueda decir en el mundo de mí la menor queja; pobre, sí Señora, pero mas honrada que pobre tambien: pregunte usté á la Pepa que está sirviendo ahí en esa casa de

la esquina, y que es de mi mesmo pueblo, y á la ama en donde he servido y á otras personas de categoría que puedo presentar, y todas dirán mi buena conducta y que no trato de engañarla á usté, y sino usté misma lo verá.—Tambien hay que jabonar en casa, y hay que ir al rio algunas veces.—Bien, Señora, por eso que no quede.—¿Y cuánto piensa usted ganar?—Yo Señora.... en *cá el Señor* de loterias me daban cuarenta reales; con que es decir que lo mismo.—Es mucho, hija mia.—Pues por menos... ya vé usté.—Ni por un ojo de la cara viene una Criada hoy dia menos de cuarenta reales; parece que todas se han dado las manos.—Es que el trabajo.... los zapatos se rompen, y luego hay que salir mucho á la calle y llevar y traer los niños.—Vaya, pues si usted merece los dos duros, no reñiremos.—Quiero ademas los domingos por la tarde libres.—Eso si que no puede ser, porque tiene usted que salir con los niños.—Pues bien; quiere decir que los llevaré conmigo.—Si, pero á buenos sitios ¿eh?... ya sabe usted que hay mucha corrupcion, y á mi no me gusta que las criaturas.... por lo demas, yo no me meto en nada: usted cumpla bien con su obligacion, y Cristo con todos.—Pierda usté cuidado, Señora, que ya verá usté que no soy ninguna loca.—Corriente: venga usted desde mañana, y si usted se porta tendrá casa para años.

Poco mas ó menos tal es la admision de la Criada en todas las casas: unas vuelven al dia siguiente para disgustarse á los ocho y despedirse ó ser despedidas á los quince; otras no vuelven y se evitan el trabajo de correr una casa mas; pocas son lo que parecen á primera vista; muchas parecen desde luego lo que son.

La Criada perfecta ha de tener, cuando menos, dos amantes; uno en su pueblo, y otro en el pueblo en que sirve: con el primero se cartea, sirviéndole de escribiente y lector el zapatero del portal, mediante una retribucion de salchicha que ella sisa de la despensa ó de la olla, y un traguete diario de vino cuando lo compra en la taberna, déficit que le es facil cubrir en la botella con el líquido de la tinaja. Con el segundo arma palique en todas sus salidas de casa, circunstancia que la espone sin cesar á reprimendas y alborotos, á causa de la tardanza con que hace los recados, ó porque durante su ausencia se ha ido el puchero ó se ha quemado el pollo. Cuando he dicho que estos dos amantes son necesarios á la Criada, no he establecido que sean los únicos; puede tener tres y hasta media docena, si encuentra seis hijos de Adan que le plazcan, que sí encontrará por poco tiempo que emplee en buscarlos. El inconveniente mayor que para la Criada puede resultar de esta séstupla intriga es que el dia mas bonito del año la trate uno en la plazuela de *arrastráa*, otro en el Rastro de *perdia*, este en los toros de *toas caras*, aquel en el Retiro de *pavera*, el quinto en el Manzanares de *chupona*, y el sesto en la Fuente Castellana de..... lo primero que le ocurra, que nunca ocurre cosa buena al amante de una Criada, celoso con motivo, y desesperado sin por qué. Pero inconvenientes son estos que la Criada sortea con admirable destreza y habilidad, por poco que le ayuden la adquirida práctica y la natural malicia de su oficio, profesion,

arte, recurso, pasatiempo, ó sea lo que fuere aquello de revolver platos y sacar por las noches espuertas de basura. Al primero de sus amantes le dice que está desesperada con la casa que le ha cabido en suerte, y que á él solo le adora: aquí entra de cajon el quitar el pellejo al ama, asegurando que mientras el señor se despepita buscando empeños para el ministro, á fin de que le vuelvan al destino que perdió por falsos informes, ella (la susodicha ama) se entretiene en escribir billetes amorosos que ella (la Criada) se vé en el caso de llevar al oficial H..... y al encargado del negociado Don N.... sugetos sumamente amables, que no se desdeñan de hacer á la conductora de la correspondencia, si á pelo viene, cuatro fiestas y un como medio regalo. Jura y protesta al segundo de los referidos amantes que es mentira todo lo que ha llegado á oler del primero, y que el caramillo de sus pendencias se ha armado por envidias y malquerer de Tomasa, que es, como si dijéramos, otra Criada amiga de la nuestra y tan Criada como ella. Al tercero le vuelve á jurar lo que mejor le parece, echando siempre á vanguardia su honradez y su aquel, que nadie delante de su cara es capaz de poner en duda, so pena de un bofeton ó de un escándalo, percances de que todos tenemos buen cuidado de huir en esta tierra de lágrimas. La misma táctica observa la Criada con el cuarto, quinto y sesto de sus amantes. Vaya Vd. á averiguar las protestas que les hace: el resultado es que los deja á todos mas suaves que una malva, ó descompadra con algunos de ellos, ó parte peras con los seis. ¿Qué le importa el resultado? En el primer caso, ya que son noveles, sigue engañándolos con buenas palabras y malas obras; en el segundo, por lo mismo que han dado en la necedad de mantenerse en sus trece, los reemplaza. ¿Y cuándo falta reemplazo de amantes á la Criada? Era preciso que en España no hubiese quintas para el reemplazo del ejército.

Mientras sucede toda esta barahunda de cortejos, de quejas, de satisfacciones, de contentamientos y de riñas, que es justamente el tiempo que debe transcurrir sin apelacion para que la Criada vaya y venga de la lonja con un cuarteron de fideos, ó una *panilla* (1) de aceite, sucede tambien que se chamusca el guisado ó que llega la hora de comer y los cubiertos estan por fregar: allí es Tróya. El ama grita por la tardanza; la Criada se escuda con la muletilla de que en la tienda habia mucha gente y no la han despachado á tiempo; vuelve á reproducir el ama aquello de *no me replique Vd.*, y torna la Criada con lo de *si Vd. no está contenta, la casa es de Vd. y la calle es mia*; y el paciente esposo se pasea por la sala esperando con evangélica resignacion el momento deseado en que le avise su cara consorte que por fin han cesado los inconvenientes que le impedian sentarse á la mesa á la hora acostumbrada. Se sienta en efecto de mal humor y de peor gana, y ó come poco, ó no come, ó come muy mal, que es lo mas comun, por aquello de

(1) Como los *Españoles pintados por sí mismos* no son en mi humilde opinion los Madrileños pintados por sí mismos, se me ocurre advertir al lector que en Madrid se llama panilla al cuarteron ó cuarta parte de una libra cuando se habla de aceite.

A Criada loca y ama entretenida,
Cruda comida.

Esto del amo paciente se entiende cuando no median relaciones particulares entre él y la Criada, porque en este caso varía tanto la escena que la segunda se convierte en ama con aprobacion del que manda, ó del que paga, que es una cosa misma, y el ama se encuentra, si van mal dadas, en disposicion de ponerse á servir, de divorciarse ó punto menos: ejemplos palpitantes, como dicen los escritores políticos, hay en nuestra España de estas miserias, los cuales prueban irrecusablemente la moralidad de los nobles tiempos que alcanzamos.

El lector que no conozca á la Criada (¿habrá algun lector tan negado en España)? imaginará que este tesoro nacional es una mina de cobre, que solo acarrea gastos á los accionistas, ó un cuadro de Lucifer que no presenta lado hermoso por donde se le mire, por bella que sea la pintura. El tal lector, se lo aseguro, se engaña miserablemente. La Criada es en nuestra nacion un personage tan útil, tan patrióticamente interesante como un diputado á Córtes, ó cuando menos como un ministro.

¿De qué apuros no saca la Criada á unos amos pobres? Verdad es que en desquite se vuelve mas orgullosa, menos sufrida para los regaños, un tanto perezosa y discola y pone mala cara el dia que su señora no se muestra comunicativa con ella. Esto consiste no precisamente en su condicion de Criada, sino en que ha ascendido desde Criada á amiga, ó al menos á confidente de los trabajos de la familia. ¿Y por qué no hemos de sufrir el orgullo, el quietismo y las malas respuestas de una Criada, que nos proporciona recursos para comer quince dias, probándonos así su buena ley, cuando á todas horas tenemos que bajar la cabeza delante de personas, que en vez de premiar, cual deben, nuestras tareas ó servicios, nos insultan con su fausto ó nos obligan á ser testigos de su ridícula vanidad? ¿Cuándo besamos manos que quisiéramos ver cortadas? ¿Pero cuáles son esos méritos que la Criada contrae ó puede certificar y que le dan un derecho incontestable á la gratitud de sus amos?

Ahí es nada. Consideremos á la mencionada Lorenza, que á pesar de las impertinencias de Doña Engracia, la esposa del cesante, y de las pesadas travesuras de los niños, se mantiene en la casa; considerémosla á las siete y media de una horrorosa mañana del mes de enero, con la cesta debajo del brazo, abrigada con una mala saya de percal, en pelo ó con mantilla, arrastrando unas chancletas viejas, y recogiendo con una mano las puntas del agujereado pañuelo de muleton, ó levantando por detrás los pingajos del zagalejo para guarecerlos del espeso fango de las calles: sigámosla los pasos hasta cualquiera de las plazas de Madrid; observemos lo que hace en el puesto de la verdulera y en la tabla del carnicero; sin duda compra..... No lo creais; no compran, á lo menos al contado, todas las criadas que van á la plaza. Lorenza conoce á la tia Jesusa, conoce á Estéban, y saca de este la carne y de aquella el repollo, los nabos, el peregil y las cebollas, con promesa de pagarlo todo á la primera paga que reciba su amo

el cesante: como esta garantía no hace hoy fé en España, figuraos la cara que pondrá Estéban á la primera proposicion, pero la cara de Lorenza la suaviza, y un *bendita sea maldecia*, que ella admite acordándose de la familia menesterosa, y una pasa lita de mano por aquel soberano rostro, ó tal cual beso rezagado en él que el carnicero roba, completan el contrato, y por consiguiente ya tiene la casa carne fiada. En cuanto á la tia Jesusa es mas sorda que un deudor moderno, y por lo tanto permite á Lorenza sin desconfianza escoger lo mejor y mas maduro de las verduras; como Lorenza se sonrie al mismo tiempo y no le paga, entiende la tia Jesusa que ya le pagará al dia siguiente ó al otro; lenguaje, sí bien mudo, espresivo, que entre verduleras y criadas equivale á la cuenta corriente del mas acreditado comerciante.

¡Y qué! ¿No contarémos por nada el servicio que á costa de un beso y de una sonrisa hace á sus amos la Criada, proporcionándoles los víveres con que no cuentan? Pues ¿qué dirémos de los consuelos y recursos que inventa para mitigar las amarguras de su señora que se desespera porque no tienen sus hijos un pedazo de pan que llevar á la boca?—Vaya; no se aflija Vd. por eso, que no todos los dias son iguales, y tras de uno malo viene otro bueno; á mas de que Dios aprieta, pero no ahoga, y la mala suerte se ha de cansar. ¿Qué le hemos de hacer?.... ¡Ah! Mire Vd.: me ocurre ahora mismo..... Si Vd. tuviese algunas cosas que darme, unos pendientes ó algo de ropa blanca, se podrian llevar á empeño al *Monte de Piedad*..... justamente es mañana sábado.....—Hija, pero yo no estoy acostumbrada á eso; me da tanta vergüenza ir allí á que me miren las gentes. —Es que si Vd. quiere iré yo; á mí no me conocen, y no le dé á Vd. cuidado que nadie necesita saberlo.—Siendo así, estoy pronta.

En estos casos es la Criada un ángel doméstico, por mas demonio que en otros parezca; ya está contenta porque va á buscar dinero para seis dias, carga con el lio de ropa ó con las alhajas escapadas como por milagro del furor del hambre *cesantil*; llega al *Monte*; disputa con el contraste tasador porque señala poco precio á lo que lleva; envuelve en un papel el dinero y la papeleta ó billete al portador que el establecimiento otorga á su propio nombre y no al de su ama, y vuelve volando á casa, tan alegre, como si hubiera sacado un terno á la lotería. Volando, sí señores, porque en semejantes urgencias es cuando la Criada, por enamorada y pizpireta que la consideremos, tiene en la punta de la lengua para cualquiera de sus amantes el *luego hablarémos que voy de prisa*, palabras que sabe muy bien pueden ahorrar á sus amos una ó dos horas de crueles tormentos.

Entre las buenas cualidades que adornan á la Criada, debe contarse como una de las principales el ser buena cristiana, pues mas quiere sufrir un regaño por tener la cocina sucia que detenerse á barrerla cuando oye tocar á misa: sabe por esperiencia que el santificar las fiestas es una obligacion, y que por lo mismo no necesita permiso de nadie para cumplirla: lo único que hace es soltar la escoba, calzarse los zapatos y coger la mantilla para ponérsela en la escalera ó en el portal, diciendo al salir: *Señora: voy á misa, qué están tocando.* A estas palabras se humilla toda autoridad doméstica, asi como quedan postergados los

mas indispensables quehaceres, las obligaciones profanas mas perentorias.

Por otra parte, y aun cuando sean sumamente capitales los defectos y nulidades de la Criada, no pesa sobre nuestros frágiles hombros como una carga insoportable, supuesto que con motivo ó sin él somos dueños de deshacernos de ella cuando nos acomoda: pero esto se entiende tocante á la Criada que nosotros mismos recibimos y pagamos: mas claro; tocante á la Criada que no hemos conocido en casa de nuestros padres. La que nos ha visto nacer se convierte con el tiempo en una verdadera plaga; por lo mismo que nos ha manejado como muñecos, cuando gateábamos por sillas y baules, ha llegado á adquirir sobre nuestra imaginacion una especie de predominio que nos humilla y encocora; su presencia en nuestro estudio, si somos abogados, ó en nuestros aristocráticos salones, si por dicha nos hemos convertido en marqueses, es un anacronismo insoportable: si á esto se añade que nos tutea delante de nuestros menos íntimos amigos, y que nos detiene en la calle para informarse de nuestra salud, aun cuando vea que nos apeamos de una elegante carretela en compañía de la dama mas encopetada de la córte, vendrá cualquiera en conocimiento de las mortificaciones, del fastidio, del enojo que debe causarnos á todas horas la Criada vieja que nos narraba cuentos de duendes y aparecidos en nuestra infancia, en pago de lo que la haciamos rabiar.

La Criada es una crónica de todos los chismes de la vecindad; tercera de los amores de la señorita, lleva y trae sus amorosos billetes, y siempre retozona, siempre cantando, pasa la vida de casa en casa, como el pájaro burlon de árbol en árbol, hasta que la pesadez de los años la conduce á vender palillos en un portal ó á meterse á ama de gobierno, si es que no llega á contraer matrimonio con algun oficial de cerrajero que andando los dias hereda el obrador de su amo. Ni aun asi olvida la Criada sus habituales ocupaciones, pues se la ve madrugar, ir á la compra con su cesta, y al Manzanares con su lio de ropa, por muy ama que sea de su casa.

JOSÉ MARIA DE ANDUEZA.

EL CESANTE.

El *Cesante* es una de las que en España se llaman *clases pasivas*, nombradas sin duda así porque *padecer* es su destino. Estas clases toman diferentes títulos, como *jubilados*, *cesantes*, *retirados*, *escedentes*, *ilimitados*, *indefinidos*, *viudas*, *huérfanos*, etc. etc. etc., segun su orígen y derechos; y todas convienen en un carácter general que es el *tener señalada* una pension sobre el Erario público, con obligacion de no hacer nada. Decimos *tener señalada* para ser exactos; pues si usáramos del verbo *cobrar*, dariamos una idea muy equivocada de este carácter especial y distintivo que tiene mucho mas de aparente que de sólido y verdadero. Aquí sobre todo viene de perilla aquel refran que dice: *del dicho al hecho hay mucho trecho*.

Podríase escribir una obra tan voluminosa como promete ser la Enciclopedia Española del presente siglo, con solo tratar de estas diferentes clases y sus especies, obra que, á falta de otra utilidad, tendria la de ser un archivo de todas las flaquezas, injusticias y arbitrariedades humanas. Pero tan inmenso trabajo no es para nuestras débiles fuerzas, reduciéndose nuestro encargo á dar una idea de lo que propiamente se llama *Cesante*, es decir, aquella variedad de las clases pasivas que procede de los empleados civiles, aptos todavía para el servicio activo, pero que en virtud de una reforma, de un capricho ministerial, de una recomendacion parlamentaria, de la indicacion de un club subterráneo, ó del decreto de una junta revolucionaria, han quedado, como se suele decir vulgarmente, *en la calle*, espresion propia, puesto que muchos

de estos individuos suelen de resultas no tener otro domicilio que la via pública.

Asi como el hombre ha sido lanzado al mundo para *trabajar*, el Cesante, por el contrario, es arrojado á la sociedad para que *no trabaje*. No es esto decir que se le impida el ejercitar sus fuerzas en las faenas que á bien tenga; nada de eso; le es muy lícito ponerse á peon de albañil, á memorialista, á repartidor de periódicos: en una palabra, no por ser Cesante, está exento de la maldicion que Dios echó sobre la humanidad cuando dijo á nuestro primer padre: *Ganarás tu sustento con el sudor de tu frente*. El Cesante deja solo de trabajar en aquello que sabe y puede: fuera de esto, cualquiera ocupacion le es permitida, lo que vale tanto como no permitirle ninguna. El Cesante es, pues, un sér entregado á una holganza forzada.

En esto conviene con las demas clases pasivas, pero se distingue de ellas en cuanto á la pension asignada sobre el erario, pues hay Cesantes que la tienen, y otros que carecen de ella. El que ha ocupado un empleo, aunque no sea mas que un solo dia, y al otro queda apeado, ese lleva ya la honrosa denominacion de Cesante, quedándole en recompensa dos papelitos firmados por dos distintas personas, y á veces por una misma: el uno que dice: «S. M. se ha servido nombrar á Vd. para tal ó cual empleo»; y el otro con un «S. M. ha tenido á bien exonerar á Vd.» Ambos papelitos se guardan cuidadosamente como oro en paño, sino por lo útiles que son, por los recuerdos que dejan.

Ahora bien; la distancia entre las fechas de uno y otro no es cosa indiferente, puesto que si esa distancia no llega á quince años, el empleado desposeido queda *cesante sin cesantía*; y si pasa, es *cesante con cesantía*. Para entender esto conviene advertir que la palabra *cesantía* tiene dos acepciones: primera, el estado de Cesante, que es la genuina; segunda, la pension ó sueldo que segun los años de servicio le queda señalada al Cesante. Ambas cosas vienen á ser para los efectos materiales una misma, pero establecen una diferencia grande en cuanto á los derechos. La *cesantía con cesantía* da derecho á ser inscrito en una nómina; para la *cesantía sin cesantía* no hay nómina; es decir, que queda este cuidado menos, pues siquiera entonces el Cesante no se desespera, esperando el santo advenimiento de una paga que tarde ó nunca llega.

Esplicado ya lo que es Cesante, resta saber de qué causa procede, cómo se forma y qué variedades ofrece.

La causa primordial de la cesantía está en aquella propiedad de la materia llamada *impenetrabilidad*, la cual, como todos saben, consiste en que dos cuerpos no pueden ocupar á un tiempo un mismo lugar en el espacio, de donde resulta que cuando un cuerpo estraño quiere colocarse en ese lugar, tiene que decir al que le ocupa aquello del consabido juego: *ese puesto le necesito yo*. Ahora bien, medite el benévolo lector sobre todos los pretestos que puede haber en el mundo para quitar á un hombre del lugar que ocupa, y otros tantos tendrá de producir un Cesante. Sin embargo, aunque todos se tienen generalmente por buenos, existen dos principales que son los que mas se emplean.

1.° Estincion de una dependencia, supresion del destino, ó arreglo de

la oficina para darle nueva planta. Este es un pretesto decoroso y contra el cual no puede haber reclamacion alguna, puesto que lleva siempre por objeto aparente la economía, aunque en realidad resulte lo contrario. Si se estingue la dependencia, renace con otro nombre, y claro está que los empleados en la antigua no tienen derecho para entrar en la nueva: si es el destino el suprimido, á poco tiempo se reconoce su falta, y se rehabilita, aunque no á la persona que le ocupaba: si hay nueva planta, se dice á los pacientes que no caben en ella, y se dice con razon, puesto que los huecos han sido ya ocupados por otros. Es verdad que en todos estos casos se le hace la gracia al Cesante, para optar á cesantía, de no exigirle mas que doce años de servicios, en vez de los quince que deberia acreditar si hubiera sido meramente exonerado; y tambien es preciso hacer justicia al ministro: nunca deja de poner en la órden que «se tendrán presentes los servicios del interesado para colocarle con arreglo á sus méritos y circunstancias;» lo cual no deja de ser buen consuelo de tripas para el pobrete que se queda in albis, y sabe muy bien el valor que debe dar á semejante frase.

2.° Opiniones políticas. Este es el pretesto mas cómodo, el que está siempre á la mano, y sobre todo, el mas elástico, puesto que en él cabe toda clase de pretestos y de personas. Con efecto, ha sido el mas general en estos tiempos que alcanzamos. Desde el carlista mas fanático hasta el mas furibundo republicano, no hay color político que no sea materia dispuesta para formar un Cesante: todos han pasado por el tamiz, yendo uno tras otro, y á veces todos juntos, á poblar el inmenso panteon destinado á la clase. Aquí sí que han metido el brazo hasta el codo ciertos ministros; y á fé que no les ha de pedir Dios cuenta de lo que han dejado de hacer en obra tan meritoria. Pero en honor de la verdad, se han quedado todos niños de teta en comparacion de las juntas revolucionarias, que, con varios y pomposos títulos, han desgobernado á España en los muchos pronunciamientos que para bien de esta heróica y pronunciada nacion hemos tenido desde que corren revoluciones. Es tal la maña que se dan las tales juntas en esto de quitar empleos, que parecen como nacidas para este solo objeto. Reúnense unos cuantos patriotas para salvar á la nacion, y el primer espediente que se les ocurre, por no decir el único, es el hacer un regular desmoche por todas las dependencias de que tienen noticia: cumplida esta faena, no sin provecho propio y de los suyos, tendiendo la vista por su obra, esclaman como Dios al acabar el mundo; «¡Bien hecho está!» y en seguida, como él, descansan y no hacen mas, y quedan coronados de gloria.

Cualquier pobrete á quien se le alcance poco en esto de cesantías, creerá cándidamente que el verdadero motivo para dejar á un hombre apeado, ha de ser solo su ineptitud, su inmoralidad ó su mal comportamiento. En creerlo asi demuestra su falta de cacúmen, y prueba que de achaque de empleos no entiende nada. ¿Qué es un empleo? ¿Es por ventura una ocupacion, un servicio que se hace al estado, un medio de ser útil á la patria, y para

lo cual se necesita aptitud, talento, aplicacion y probidad? Asi era en otros tiempos; pero ahora, con las reformas, lo hemos arreglado de otro modo. Un empleo en la actualidad, es pura y simplemente un medio de tener una rentita al año sin necesidad de trabajar ni molestarse; ni mas ni menos que como, en otro tiempo, le sucedia á un mayorazgo; y asi como al mayorazgo no le obstaba para cobrar sus rentas y gastarlas, el ser tonto, ignorante, ocioso y mala cabeza, sino que al contrario, estas cualidades parecian requisito indispensable de la clase, del propio modo le vienen tambien de molde al empleado moderno. Y á la verdad, para cobrar y gastar un sueldo no se necesita haber inventado la pólvora: por cuya razon, y conforme á esta teoría, la única verdadera, hemos declarado los modernos que la probidad, la aplicacion y el talento no hacen falta para ser empleado; que mas bien estorban, y por lo tanto, para dar ó quitar un destino es inútil contar con semejantes fruslerías, debiendo ser la única norma la conveniencia del individuo. Asi queda muy simplificada la cuestion; y reducida al solo punto de si el que ocupa un empleo es ó no amigo, se le quitan al ministro ó junta destituidora muchos quebraderos de cabeza.

De aquí ha resultado que el Cesante es un bicho que se ha multiplicado de un modo prodigioso en España, y va cubriendo toda su haz como las hormigas cubren un campo en el estío. Cesantes hay de todos colores, de todas edades, y hasta las amas de cria han quedado cesantes. Véanse las aldeas allí cesantes: recórranse las ciudades populosas; allí cesantes: éntrese en los cafés; allí cesantes: penétrese en los establecimientos fabriles, comerciales y literarios; allí cesantes: visítense los hospicios y hospitales; allí sobre todo cesantes: España no tiene ya españoles; todos son cesantes: España va á perder su nombre; y en vez del que ahora lleva, olvidándose hasta las antiguas denominaciones de Iberia, Bética, Castilla, Aragon, etc. etc.; no conservará mas que el de *Cesántia* ó patria de los cesantes. Con efecto, semejante casta no es conocida mas que en este pais privilegiado: es peculiar de nuestro suelo; ninguna otra nacion del mundo la posee, y para ella sola hay en el dia Pirineos. Por lo mismo, y para que los estrangeros, si llegan á leer estos tipos, adquieran una idea exacta de tan rara y nueva especie, vamos á manifestar aquí sus caractéres y variedades.

El Cesante es, por lo visto, un animal bípedo, bastante parecido al hombre, y que participa mucho de la naturaleza del camaleon: como éste, vive en gran parte del aire; y merced á su forma esterior, se pasea entre los humanos, con los cuales alterna, las mas veces á guisa de sombra ó espectro, que á tal suele reducirle el leve elemento de que se mantiene. Esta especie no fué incluida por Linneo en su clasificacion del reino animal, porque fundado su sistema únicamente en los caractéres esteriores, la confundió aquel célebre naturalista con el hombre; ó mas bien, porque viviendo en pais donde no existia, no tuvo ocasion de observarla.

Divídese esta especie en variedades que se multiplican al infinito, pero cuyas

principales son las siguientes: el *Cesante acomodado*, el *industrioso*, el *literato*, el *económico*, el *mendicante* y el *revolucionario*.

El *Cesante acomodado* es aquel que teniendo algunos bienes de fortuna, ya patrimoniales, ya adquiridos (aquí no se trata del cómo), no necesita para vivir mas ó menos decorosamente, ni del sueldo de su empleo, ni de su mal pagada cesantía. Este Cesante conserva buen aspecto; sus carnes no han padecido disminucion notable; su vestido es aseado y su habitacion elegante: se da todavía los aires de hombre de alguna importancia, sobre todo si guarda el carácter de secretario de S. M., con su tratamiento al canto y su cruz de Cárlos III ó de comendader. Concurre infaliblemente de dos á tres de la tarde á la calle de la Montera; no ha dejado de ir á tomar su taza de café á *los Dos Amigos* ó á *Gaspar Amato*; y al anochecer, en el buen tiempo, se le vé sentado en las sillas del Prado, formando corro con otros muchos de su especie. Por la noche tiene su tertulia en el *Casino*, ó el *Ateneo*; es individuo del *Liceo*, y hace siempre un esfuerzo para suscribirse á las funciones estraordinarias de *Rubini* ó de cualquier otro artista estrangero. La funcion nueva que llama la atencion en el teatro, le tiene fijo á la tercera ó cuarta representacion (cuando ya ha cesado el saqueo de los revendedores), y por supuesto en luneta, que no ha de rebajar todavía nada de su dignidad y decoro. En suma, á primera vista, es su porte el mismo que cuando ocupaba su poltrona, y no falta quien en el despecho ó el asombro de no verle abatido, dice para su capote: «bien se te conoce, bribon, lo que has robado.»

Sin embargo, para el observador atento y escrupuloso no es oro todo lo que reluce, y no dejan de advertirse en este Cesante señales de decadencia. Al fin y al cabo, aunque se tenga algun caudal, veinte ó treinta mil reales de menos al año no son moco de pavo, y su falta obliga siempre á muchas economías aunque disimuladas. Si lo necesario no falta, han dejado de tenerse aquellas gollerías á que daba márgen la no escasa mesada, y que constituyendo la ostentacion de la persona, hacen la vida mas regalada y gustosa. El pastelero de al lado no guarda ya para su vecino, como antes solia, la rica anguila del Ebro, ni el esquisito salmon, ni el pastel de Perigord, ni mucho menos el *dindon truffé* por el que antaño le llevaba sus diez y doce duros. Las visitas al sastre son mucho menos frecuentes, y aun se ha reñido con él bajo pretesto de haber echado á perder la última levita. El aseo de la persona es siempre grande, y si cabe, mayor que antes; pero la ropa no sigue ya la volubilidad de las modas, se hace antigua, las costuras blanquean y se mantiene lustrosa á fuerza de cepillo. Todas estas privaciones, si bien no atacan la existencia del individuo, si bien no obligan á buscar trabajosos recursos, sostienen y avivan la ira del Cesante; y como pasa todo el dia en santa ociosidad, se distrae de ella, hablando mal de los ministros; lee esclusivamente los periódicos de la oposicion, arrullándose con los insultos que se prodigan á sus contrarios; va á todas partes por noticias, las lleva, las trae y las inventa en caso necesario: en una palabra, el Cesante acomodado no conspira, no obra directamente contra el gobierno, pero es el que mas trabaja con su contínua charla en desacreditarle.

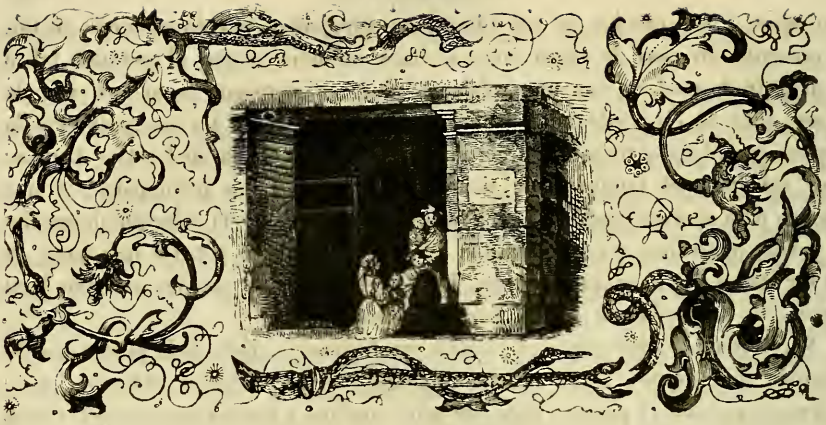
El *Cesante industrioso* no tiene bienes de fortuna, pero posee un genio activo y emprendedor. En vez de amilanarse con la desgracia, saca fuerzas de flaqueza, busca ardientemente los medios de subsanar lo que ha perdido, y lo consigue á menudo con creces y ventaja suya. Su principal objeto es que no le vean decaer un punto de su esplendor antiguo, y antes bien procura aumentarle para dar en rostro á sus enemigos. Su misma actividad le ha hecho adquirir, siendo empleado, numerosas y útiles relaciones; su perspicacia le ha descubierto medios de fortuna que antes ignoraba y que beneficia ahora. Ya se convierte en agente de negocios, sirviéndole los conocimientos burocráticos que posee, los amigos que en las oficinas conserva, y los porteros que siempre le respetan y atienden en la espectativa de que pueda volver á su destino; ya consigue administrar los bienes de algun grande ó de un rico hacendado; ya un comerciante le coloca en su escritorio, poniéndole al frente de sus negocios; ya se introduce en la Bolsa, observa el alza y baja de los fondos, se hace amigo de los especuladores y agentes, arriesga algunas operaciones, y con prudencia y maña saca al cabo del año su regular ganancia; ya encontrando apoyo en un capitalista amigo, se lanza en el ramo de suministros y anticipaciones al gobierno, ó emprende alguna especulacion productiva; ya, en fin, trocando en oficio lo que hasta entonces fué diversion, saca producto de su habilidad al tresillo, al golfo, al billar, ó de su fortuna á la banca. Su porte es brillante; no hay en él señal alguna de decadencia como en el empleado acomodado; gasta, triunfa, se divierte y pasa con desdeñosa altanería al lado del que le ha sustituido en el empleo. Come en el Casino, no falta al Liceo, asiste casi todas las noches al teatro, va siempre en coche propio ó ageno; habla mal del gobierno por costumbre; y sucede al cabo de algun tiempo una de dos cosas: ó que da un batacazo y desaparece dejando colgados á sus acreedores, ó que hace realmente fortuna, logra vivir independiente, y se olvida del gobierno, de la política, y hasta de que hay empleos en el mundo.

El Cesante literato. Esta variedad es rara, pero existe. Como no suele ser el talento poético, ni la vasta erudicion lo que entre nosotros conduce á los destinos, tampoco abundan los que desposeidos de ellos pueden fundar su nueva subsistencia en ocupaciones literarias. Sin embargo, muchos jóvenes, al salir de la Universidad, han preferido el servicio del Estado al ejercicio de su profesion, y en las oficinas se encuentran infinitos abogados y no pocos médicos. Algunos vuelven á su primitiva carrera, tal vez con harto provecho y gloria suya; pero los mas, faltos de práctica en ella, y habiendo tomado gusto á esto de manejar la péñola, tienen por mas socorrido el meterse á escritores públicos. Ya se vé, el escribir bien ó mal, es cosa de que todos presumen entender un poco; y no se necesita, en estos tiempos que corren, ser un Garcilaso ó un Cervantes para llamarse literato. Por mal que vaya, no ha de faltar alguna novela que traducir, ó algun rinconcito de periódico donde un hombre pueda echar á volar por el mundo sus pensamientos. Si escribir para la gloria es privilegio de pocos, hacerlo de pane lucrando está al alcance de muchos. La libertad de imprenta es una

mina que con un poco de maña puede beneficiar el mas zote, pues no son tan escrupulosos los lectores ni libreros; y si el producto no es grande, al menos se vive y se va pasando hasta que abra Dios otro camino.

Lo malo que hay para el gobierno es que en esta clase de *Cesantes literatos* es donde encuentra sus mas acérrimos y temibles enemigos. La ira literaria fué siempre la mas rencorosa de todas. ¿Qué será, pues, si á la saña natural de la especie, se añade la venganza? Apodérase el Cesante del arma que mas daña al gobierno, es decir, de un periódico; y aqui te quiero, escopeta. Cada mañana lanza contra el poder un par de articulitos capaces de poner en combustion el mismo reino de los cielos, y que levantando ampollas al malhadado ministro, no le dejan comer ni dormir pensando en su antagonista. Asi, pues, la mayor parte de los periodistas de oposicion son siempre empleados cesantes, jóvenes ardientes, que no solo combaten por el triunfo de sus ideas, sino tambien por reconquistar una posicion política, con la fuerza que les dan su ilustracion é indisputables talentos. Ellos creen ser dueños del porvenir; escriben, menos para alcanzar riquezas, que para arrebatar el poder, la reputacion y la gloria; y tal vez entre ellos se ocultan futuros hombres de estado, en cuyas manos caerán algun dia los destinos de la patria.

El *Cesante económico* es generalmente algun antiguo empleado con veinticinco ó treinta años de buenos servicios. Acometido el infeliz de improviso por el duro golpe que en su vejez le priva de subsistencia, acostumbrado á una vida pacífica y metódica, no siendo útil á otra cosa mas que á lo que desde la infancia ha sido su ocupacion constante, se encuentra como el pez fuera del agua, y desmaya y perece. Sin embargo, tiene muger, tiene una hija; necesita vivir para sostenerlas, y se resigna con su suerte. Reúnese el consejo de familia, á fin de decretar las medidas estraordinarias que la situacion exige. A pesar del escaso sueldo, tantos años de vida arreglada, le han dejado algunos ahorrillos que, puestos á ganancias, aumentaban el anual peculio. Se echará mano de este fondo destinado para dote de la niña? No es bella, y aunque bien criada y hacendosa, sin aquel aliciente se quedará tal vez sin novio. Vence el amor paternal, y se resuelve no encentar el depósito. Sus réditos llegan á tres mil rs.; si se cobra una tercera parte de la cesantía, resultarán otros tantos: con dos mil que copiando y haciendo ajustes de cuentas podrá ganar el papá, ascenderá todo á ocho mil rs., cantidad mezquina; pero con la cual ninguna familia se muere de hambre. Hecho este cómputo, se deja el cuarto de la calle del Príncipe, dándose un salto á otra habitacion modesta del barrio de Afligidos: se despiden los criados; la madre guisa; la niña cose, aplancha, y tiene aseada la casa; la comida se reduce al puchero; se renuncia al teatro; nada de refrescos en la botillería; cuando mas, los dias que repican recio, se estiende el esceso á un chico de michi-michi; fuera galas supérfluas; pero se conservan cuidadosamente las antiguas, á fin de no hacer mal papel, ni ahuyentar á los novios; y de este modo, mediante la mas estricta economía,



LA NODRIZA.

Ay! no siempre una madre cariñosa
te cabe en suerte, malhadado infante,
que en su seno te abrigue
y á tu labio anhelante
dulce néctar solícita prodigue.
No por tu cara linda
es justo que prescinda
del baile doña Flor, del coliseo,
del público paseo,
de visitar las tiendas de la plaza,
ó tal vez de la cita misteriosa,
do en adulterio torpe se solaza.
«¡Criar y mas criar! ¡Jesus, qué empacho!
¡Compadézcanme ustedes!
Una muger de tono entre paredes
no ha de pasar su juventud amena.
¡Pues no faltaba mas! ¡Y este muchacho

CRTESA.

que mama sin conciencia! Yo me seco.
¡Eh! que se desgañite enhorabuena,
ó que le den gazpacho.
No he de morirme yo por un muñeco.»
Así razona, y razonando engulle
ya el cangilon de pingüe gelatina,
ya la perdiz sabrosa ó la gallina,
ya la pintada trucha,
ya un piélago de espeso chocolate
con esponjado bollo, ó con tomate
luenga magra se embucha
del animal grasiento que abomina
el pueblo de Israel. El apetito
del cuitado angelito
con lacónico sorbo satisface,
y, mármol á su queja,
prénd̂ese la mantilla
y eternas horas huérfano le deja.
En tanto al jugo del materno pecho
de insípida papilla
el glutinoso pábulo reemplaza,
que ha de tragar el nene á su despecho,
aunque su llanto el alma despedaza.
¡Vieras allí la reiterada pugna
de la fámula hedionda que la embute,
y del lábio infantil que la repugna!
¡Vieras allí de su grosera boca,
que no es tan infernal la de una foca,
á la del puro y cándido retoño
trasegar la bazofia Maritornes!
Y si la arroja el desgraciado y chilla,
¡erre que erre, y vuelta á la escudilla,
y á la carga otra vez!—Crudo tormento,
¡oh Tántalo! en castigo de tu crímen
te depara de Júpiter la ira
cuando á tu lábio hambriento,
que por ella sin término suspira,
te defiende llegar la rúbia poma
que de fácil arbusto se desgaja;
mas tal vez en crudeza le aventaja
la bárbara porfía
de forzar á que coma
contra su gusto al prójimo ó sin gana,

aunque le den olímpica ambrosía.
Otras madres, y abundan en la córte,
yo pudiera citar una cohorte,
nacidas entre el oro y los placeres,
desde que nace el niño —¡Qué mugeres!....—
como odioso embarazo
le arrojan sin piedad de su regazo.
Empero de otras madres...., ¡me horripilo!....,
más feroces quizá compran el quilo;
que arrebatadas de codicia inmunda
y con el rostro enjuto,
el que dieron á luz mísero fruto,
ya de casta coyunda,
ya de torpe concúbito, almacenan
en público hospital, y al fruto agene
despues alquílan el ingrato seno.
¡Siglo de vanidad y de miseria!
¿Qué diria á las madres de la Iberia
una madre de Sparta ó de Corinto,
si de Madrid se alzára en el recinto
desde la yerta losa
do su ceniza secular reposa?
No cual vosotras en serviles manos
sus hijos entregaban;
y no valian ellos
menos que valen hoy los castellanos.
No sus pechos al párvulo negaban
por conservarlos túrgidos y bellos.
¡Santa naturaleza!
embelesada en su materno arrullo,
les inspirabas tú mas noble orgullo,
y en mengua de su nombre y su memoria,
de efímera belleza
abreviar no temian el imperio,
si el público respeto granjeaban
y á la virtud robustos y á la gloria
los Leonidas, los Héctores criaban.
No entonces cual enjambre
esguizaros con faldas se veian
infestar la metrópoli opulenta
que su sangre y su afrenta
al que mejor pagaba revendian.
¡Qué es ver á la prolífera Cantabria,

desde Irun á la Puebla de Sanabria,
cual allá de sus mares
acarrea besugos, y salmones,
madres acarrear al Manzanares!
¡Qué es ver tan mofletuda y tan rolliza
ostentar en landó por ese Prado
áureo galon sobre la verde falda
la pasiega Nodriza,
que ocho arrobas ayer sobre su espalda
de coton ambulaba y de terlices
en público mercado,
y á riesgo de romperle las narices
un robusto mamon de añadidura
en el cuévano inmenso postergado!
¡Qué es ver sobre su seno exorbitante
sonreir á un infante
que otra muger parió, y el dulce nombre
prodigarla de madre, y de la propia
algun beso tardío
con desdén rechazar y con hastío!
¡Oh de las *Amas* pernicioso flujo,
trampas de la infeliz naturaleza,
cual si hartas ya no hiciera en esta córte
al crédulo marido
la pérfida consorte!
¡Oh mundo corrompido!
¡Oh del soberbio, estravagante lujo
desvarío fatal, plaga ominosa!....—
Pero hablemos en prosa
y dejemos el tono de Cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este artículo, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amamantan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. Tambien puede haber algo de ficcion poética, ó de hipérbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo mas perverso que otros, y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido *burras de leche* y *Amas de cria*; y si es innegable que algunas de estas aciertan á ser algo mas *racionales* que aquellas, por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo asi, cualquiera daria la preferencia á las primeras; esto es, á las *amas cuadrúpedas*. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título de una comedia que no tiene mas de bueno que el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazon humano un sentimiento mas profundo, mas legítimo, mas desinteresado, ni mas capaz de inspirar acciones heróicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el mas inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al nocivo influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán mas *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educacion de sus hijos, aun estas mismas, ó no nacieron para amar, ó es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüírseme diciendo que la multitud, todos los dias creciente, de Amas de leche, que hormiguean en la capital, atestigua contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confian con harto dolor sus niños á zafias y descastadas pasiegas, no por punible desvío hácia ellos, ni por conformarse á las absurdas leyes del *buen tono* y de la *elegancia*, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoismo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que, obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida; eso sí, pero mas frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas del quebranto de su salud las que la lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturon, por los escesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algun otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartos afanes lleva consigo el embarazo sin hacerlo mas penoso sujetándose á molestas privaciones, y que por estar *en cinta* una dama no se ha de incomunicar como una lechuza, ni ha de consentir que su mórbido talle rebose indisciplinado, y que *los orbes depositarios del jugo lácteo* (no cabe nombrarlos con mas pulcritud) por falta de sujecion se desordenen y *traslimiten*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas ó no tener pizca de consideracion y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegacion hasta de los mas inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos no teniendo *víveres* mas que para uno, ó lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanicion. Semejantes trabajos no suelen afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mugeres de los sastres *sin ejercicio*, de los empleados escedentes, ó de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!!!

Infinidad de mugeres de esta muy heróica Villa necesitan, pues, por varios

motivos delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de Nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y gerarquías.

El litoral de nuestro Occéano cantábrico provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía, cuya casta mas aventajada se produce en el famoso valle de *Pas*, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos á todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que proceden del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero haya pacido las yerbas del Septentrion, ó las del Oeste de la Península, es forzoso que la Nodriza sea montañesa para aspirar á la honra de dar teta al mamon que nació en dorada cuna; y aun asi no está segura de conseguirlo si el médico no certifica despues de un prolijo exámen, ¡diantre de médicos! que el *Ama* carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quince y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podria en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocrácia de las pasiegas el tener facciones regulares, ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrilludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomunales y se les permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas á la clase media y otras á la plebe de las Nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo; las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de ésta frase) agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la *tela* y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y asi como la leche de estas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta mas barata; asi tambien aquellas; quiero decir las madres de alquiler, estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con mas equidad. Entretanto, hilan, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chiquillo para dejarse chupar por el ageno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante enjundia y osadía para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas y por un módico salario á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con sendas tazas de nauseabunda y salcochada papilla, la mayoría, sino la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales pasiegas y otras tales que no son pasiegas, y que, solo por no serlo, para obtener colocacion se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia,

ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redaccion del *Diario de Avisos* con este ú otros anuncios semejantes:

NODRIZAS.—*Encarnacion*
Valmojado, natural
de la villa de *Alcobendas*,
busca cria. Abonará
su conducta *el limpia-botas*
de la calle de la Paz.

Hay tambien Nodrizas clandestinas y vergonzosas como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo mas de una vez que la flaqueza de la una sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la otra. Los cirujanos comadrones y los administradores del *Refugio*, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarian sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso sigilo á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y Nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡vaya!... sino de su credulidad é inesperiencia.

Una vez instalada la Nodriza, (hablo de las que crian en casa agena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes) una vez posesionada de su empleo, ejerce, no solo sobre su cria, sino sobre toda la familia, y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado*. Empieza por ser *Ama de leche* únicamente y acaba por ser *ama* en toda la estension de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavía para equiparse; ó á fuer de veterana conserve en su pais dentro de un apolillado arcon tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condicion que se la vista de pies á cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje, que muchas quieren otro mas fino y lujoso para los dias de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro, ó por hacer ostentacion de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las *Amas* con insaciable avaricia y desvergonzada inconsideracion; pero el lujo de unas pasiegas escita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer contínuos y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultas den mala leche á los inocentes chicuelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *bendicion*, ó porque con una prógima de *Pas* no haya entrado todavía la *maldicion* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas á la *hidrofóbia*. Ni basta muchas veces á domesticarlas la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa expiacion de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun así acostumbran á responder con un par de coces

á las mas inofensivas amonestaciones, y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces.... , regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los dias tienen las consabidas un pretesto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario, mas ó menos plausible, que no esploten en su provecho. ¿Llegan los dias ó cumpleaños del Señor, de la Señora y de cada uno de los señoritos? Regalo. Asciende el amo, ó le nombran senador, ó gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. Pero la mina inagotable para una Ama de cria es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas adealas. Que se ríe: que dice: *ajó, ajó*; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que menea el sonajero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operacion de la vacuna; que le confirma un Obispo *in partibus infidelium*; todos son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre alquilona. ¿Y la denticion? A cada huesecillo que cuaja en las tiernas encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva peticion de la importuna montañesa; ó en otros términos; á cada *diente* que le nace al heredero es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras *heroinas* se presentan en las casas, que no tardarán en mirar como pais conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admision y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinuan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rústica estraccion y su insolente obesidad; y llega dia en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la córte para satisfacer su *voraz* inapetencia. ¡Cuántos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota*, *caballo y rey*, gimen en silencio viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demas criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un dia prometieron, los mandan con mas autoridad y urgencia que los amos, con chismes y peloteras y calumnias les roban la confianza y afecto de que son tal vez mas dignos que su tirana, se desdeñan de alternar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas á la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas á tan horrible calamidad! Pues ¿qué diré si el *pobre ciudadano* es ademas *ciudadano pobre*? No hay ahorros y economías que basten á sufragar tantos dispendios. El *Ama* es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no se redime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, asi como todas las susodichas saben al dedillo la *gramática parda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulejo, ó se lo oyeran leer á algun oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya mas lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las Nodrizas en general no obsta para que algunas en particular sean mugeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré mas: estoy íntimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen á encariñarse con los chiquillos á quienes crian tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvedad, y para no moler mas á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticinio*, confesaré tambien que aun las *Amas* de mas áspera condicion se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisonjero momento del destete, mansedumbre que tiene el doble objeto de prorogar cuanto puedan su *dictadura* y el ser á la despedida mas liberal y generosamente remuneradas.

Pero la Nodriza de raza y de *buen trapío* no permanece mucho tiempo cesante. O despues de criar á un niño conserva todavía bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del almo licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar que en un rapto de filantropía contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individua de esas en la situacion *interesante* que la Providencia suele deparar á las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar *excéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra y Cristo con todos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona;—y tambien alguna vieja maligna que mas adelante ajuste con nímia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.

—«Pero, tia fulana, responde la tia mengana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente.....»—«No hay tu tia, replica la otra tia. ¡Son habas contadas! O al chico de Geroma le faltan cinco semanas para ser *sietemesino*, ó el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la *coartada*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Alenza
CREG.

EL ALCALDE DE MONTERILLA.

CONFIESO yo pecador, que acabo de tomar la pluma para escribir de lo que dice el epígrafe, y al segundo renglon me encuentro en mayor aprieto que el que acaban de pasar los empleados electores; porque obligado por el título de la obra, y como español que soy (con perdon de la nacional independencia) á pintarme á mí mismo, y comprometido en el presente artículo á retratar un *Alcalde de Monterilla*, que ni fuí, ni soy, ni seré, como no me den un cetro para trocarlo por la vara de mi lugar, dudaba en qué términos daria principio á mi tarea, hasta que me he desembarazado del comienzo con el parrafillo que aqui acaba.

Allá en tiempo de antaños, cuando el señoron de mas alcurnia se honraba con los títulos de regidor perpétuo y de alguacil mayor: cuando todo viviente en los dominios de España é Indias nombraba al monarca el *Rey nuestro señor*, y cuantos lo escuchaban decian, descubriéndose la cabeza: *Dios le guarde*, si comia y bebia; ó *en gloria está*, si yacia en el panteon del Escorial: cuando la familia alcaldesca era tan numerosa que se conocian

Alcalde de Hijosdalgo,

Alcalde de Casa, Córte y Rastro,

Alcalde del Crímen.
Alcalde de Obras y Bosques,
Alcalde de Alzadas,
Alcalde de Sacas,
Alcalde entregador de la Mesta,
Alcalde Mayor,
Alcalde Ordinario,
Alcalde Pedáneo,
Alcalde de la Hermandad,
Alcalde de Cofradía,

y hasta Alcalde del Tresillo, entonces sin duda les vino en voluntad á los chuzones literatos ó á los rufianes palaciegos de aumentar el catálogo con la denominacion de *Alcalde de Monterilla.*

Es preciso ser tan ciego como un ministro tonto para no advertir desde luego que este título era ilegal, inconstitucional y escepcional, porque ni le reconocian las leyes, estatutos y constituciones vigentes, ni se leia en el órden norma alfabético de los vocabularios, ni existia en otra parte que en la república ideal de las fantasías románticas, en las novelas y en los dramas. Solamente el uso, ese dictador de vocablos, ese rey absoluto de las lenguas ciudadanas, ese tirano que prescinde de las reglas parlamentarias ó parladorescas, es el que ha podido sostener la alcaldía enmonterada, no digo á la par de tantos alcaldes ilustres del antiguo régimen, sino hasta en lo mas democrático de los ayuntamientos constitucionales.

¿Y qué han querido espresar con Alcalde de Monterilla? ¿Qué significa esta frase? ¿Qué es un Alcalde de Monterilla? Puto de mí, que voy á retratarle, y asi tropiezo con el original como con el ave Fenix, ó la cuadratura del círculo. Pues no, sino irlo á buscar en el Diccionario completísimo de la Academia, que á lo sumo nos encontrarémos con un *Alcalde de palo*; que los españoles estamos destinados siempre á ser regidos como los rebaños, ya por académicos que dan palo por montera, ya por hacendistas que dan gato por liebre, ya por gobernantes que dan bombazos por razon. Pero héte aquí á dos señoras mias, cuyos pies beso, que vienen á sacarme de la duda y á presentarme la *vera efigies* del Alcalde de Monterilla.

Doña Etimología.—Alcalde de Monterilla es aquel alcalde que gasta montera, y si Vd. gusta, montera pequeña.

Doña Acepcion.—Alcalde de Monterilla designa un alcalde lego, liso, llano y abonado; un Alcalde comun de pueblo ó aldea.

Vive Dios que las dos señoras catedráticas me dejan tan confuso como antes, si ya no redoblan mis dudas sus encontrados pareceres como embrollan la inteligencia de las leyes las aclaraciones covachuelísticas. Porque una de dos; ó el hábito hace este monje, es decir, ó alude la denominacion á la prenda de vestuario, y entonces es Alcalde de Monterilla el que la gasta, aunque sepa mas leyes que Gregorio Lopez, y ejerza su jurisdiccion en la ciudad mas culta, ó

atañe á la rústica simplicidad del juez, á su torpeza innata, y en este caso hay Alcaldes de Monterilla con birretes y bandas, aunque estén aposentados por arte del Diablo en el consistorio de la córte. Mas haciendo una coalicion de las dos opiniones antedichas, se encontrará la solucion del enigma, el voto de la mayoría parladora.

Entiéndese en esta España de conejos y gazapos por *Alcalde de Monterilla* un Alcalde zote, sin carrera literaria, que necesita asesor para actuar en negocios graves, que obra á tontas y á locas cuando le guia su instinto zopenco, ó que cede á las inspiraciones de un Mentor petulante y enredador; un Alcalde labriego mas ó menos burdo. Y como esta rudeza se ha creido propia de los Alcaldes campesinos de chupa y garrote, que ordinariamente usaban montera, se dió el apodo de *Alcalde de Monterilla* al que hace alcaldadas de patan, aunque tenga mas sombreros que las fábricas de Leza, y mas condecoraciones que un via crucis. Y nota bien que no dijeron *Alcalde Montera*, sino diminutivando *de Monterilla*, modo despreciativo, usual en los cortesanos orgullosos, siempre que han de tratar de las cosas y de las personas, de los lugareños paganos, antes plebe, y ahora masa inerte de la sociedad.

Entre tanto que la gente de letras se ocupaba del distintivo capital de los Alcaldes, la moda caprichosa que todo lo lleva por delante, como el espíritu reformador del siglo, hizo en nuestras provincias un pronunciamiento general contra las monteras. Asi debia de ser á fé. Las cabezas constitucionales no era razon que continuasen cubriéndose con el aparato que cobijara las testas del servilismo. A la *sombra* del árbol de la libertad progresaron los *sombreros*, y las fanáticas monteras fueron á esconderse avergonzadas con los señoríos y los diezmos, con las vinculaciones y las santas hermandades. Coincidencia fué, que oriundo el régimen constitucional de la Andalucía, vino tambien por Sierra Morena la inundacion de calañeses, gachos, chambergos y de chozo, que tan pronto como los sarracenos, se apoderaron de Castilla, sin dejar cabeza con montera.

Deducirás de aquí, lector benévolo, que hoy puede caer bajo el dictado de Alcalde de Monterilla todo mandarin municipal simple y atestuzado, ora le cubra un pavero, un tres-candiles, ó un copudo sombrero, ora vista al modelo del último figurin de Paris. Tan variados y multiformes son en nuestros dias los Alcaldes de Monterilla como los rateros de corte y los esbirros de policía. Si entre político y naturalista me propusiera hacer una clasificacion botánica lineana del reino alcaldesco monterillal, verian ustedes cuantos órdenes, géneros, especies y variedades. A pintarlos todos era cosa de alquilar conventos para formar galerías y museos. Iré describiendo algunos, y por ligeras que sean las pinceladas no será dificil al curioso observador el cotejarlos con ciertos originales de los que funcionan por estos mundos de Dios, si es que este mundo no está dejado de su mano, y entregado á mandones del otro.

La escena es en un lugar de trescientos vecinos, entre Alcarria y Mancha. El protagonista es un labrador de la medianía, de genio apacible y zonzo,

y obeso á fuerza de comer mucho y pensar poco. Sus cinco compañeros de ayuntamiento son: un mayorazguillo simplote, que tiene un par de mulas flacas y bastantes tierras eriales; un cultivador rentero, viudo y con dos hijastras; otro labrador de primavera que gran parte del año se ocupa en la arriería; un tintorero codicioso, escogido para procurador del comun; y un sacristan maestro de escuela y fiel de fechos en una pieza, pendolista de mal gusto, practicon confuso, pero ducho en los enredos de cuentas, libretes y manejo de Propios. Acostumbrados los concejales á fiarse en el Alcalde, y no pudiendo este fiarse de sí mismo, preciso es un resorte privado que mueva la máquina municipal. El secretario es el alma de la corporacion, los pies y las manos de su presidente; como si dijéramos la camarilla que se oculta tras los ministros responsables. Bueno será conocer bien á este favorito, para comprender los actos de su dirigido.

D. Deogracias Langarica, es un vecino, natural del pueblo, oriundo de Vizcaya, cuyo padre picapedrero se estableció aquí con el ama de un clérigo. Este cuidó de la educacion del hijo de su padre, que llegó á reunir los tres cargos, eclesiástico, literario y municipal, que le rinden al año doscientos ducados y manos puercas. Soltero de por vida, á fuer de escarmentado no tiene mas familia que una criada anciana, tan gruñidora como sucia. La casa es un zaquizamí con cuatro taburetes de pino, y una mesa vieja de nogal, sobre la cual se halla todo el archivo de la Villa, que se conocerá por el índice: «un monton de papeles confusos, llenos de manchas del candil: otro brazado de pedazos de pergamino, medios pliegos rotos, salpicados de gotas de flor baja: y varios papeles, oficios, tiras y retazos dispersos, jaspeados de moscas y de chinches.» Unas veces en la estancia angustiosa, y otras en el corral al sol, se ocupa en escribir las cosas del ayuntamiento, interpolando los renglones para las planas de los chicos, y las cuentas de la fábrica, á mas de invertir algunos ratos en el libro de caja del obligado de la carne, y en las listas de lo que fia el abacero. Este es el asesor, el oráculo, el todo de nuestro Alcalde de Monterilla: el que sabe hacer que su merced salga siempre alcanzando á los fondos de Villa y de Propios; el que entiende como se confeccionan dos subastas de los puestos públicos, una secreta y verdadera para cobrar, y otra aparente mas baja para las oficinas y menos repartir; el que liberta al juez de los sablazos que quiere darle un cabo de escuadra, porque no le suministran un bagaje mayor por cada dos soldados; y el que en los sorteos de quintas acierta á combinar las cédulas de modo que siempre saca números altos el hijo del cacique su protector.

¡Qué mucho que el buen Alcalde no acierte á respirar sin el soplo de tan afamado entonador! Si viene una órden de la capital ha de leérsela y esplicársela á su modo el secretario: si pide justicia una mozuela, atropellada en el campo por un zagal incontinente, responde que tiene que consultarlo con su secretario: si el guarda del monte trae un dañador penado, lo envia al fiel para que lo absuelva ó condene: si han de correrse novillos en la

esta del patron, es preciso saber que lo aprueba D. Deogracias: y si se trata de cualquier negocio que exige ver papeles ó recordar costumbre, debe oirse *in voce* al secretario para que instruya el asunto con antecedentes. No hay dia en que su merced no vaya un par de veces á casa del fiel de fechos, y en que no le envie al alguacil mas de otras tantas: se guardaria de llamarle como de azotar á un Cristo; que la supremacía inteligente, sabe aquí como en otras partes, hacerse necesaria y respetable.

Figúrense mis leyentes que se hallan presenciando una sesion de nuestro cabildo, en que amen de los seis municipales hay cuatro repartidores nombrados por el mismo ayuntamiento, y son, un ganadero, un labrador ricote, otro mediano, y un bracero acomodado. La sala capitular en donde están reunidos, sobre ser estrecha de suyo, se halla ocupada por un arcon viejo de tres cerraduras, que servia en lo antiguo para guardar los caudales que ya no hay; por dos bancos de respaldo carcomidos y rotos; por una mesa travesera de aspa; por la marca para tallar los mozos; y principalmente por un montoncillo de tranquillon que llaman el Pósito. Abre la sesion D. Deogracias, sentado á la derecha del Alcalde; se cala las antiparras de muelle, y lee un presupuesto de contribuciones y gastos para el año entrante. Advierte á los oyentes que el ascender á trescientos ducados mas que en el año anterior consiste en que quedó un déficit por partidas incobrables, en las costas de causa criminal del que dió de navajadas al Monito, suplidas por la Villa á falta de bienes del reo; y en que el pliego de cargo aumenta mil quinientos reales para indemnizacion de daños causados por las facciones. Y mientras el secretario se pone á estender la cabeza del acta con una pluma de pabo, mojada en tintero de vidrio del Recuenco, se entabla entre los repúblicos la siguiente discusion.

El procurador síndico dice, que todos los años va subiendo el presupuesto como la espuma: que cuando se reparte se escluye á los pobres, viudas y vecinos inútiles, y no debe haber fallidos si se quiere cobrar: que el autor de las heridas tiene un solar de casa, y no es justo que pague la Villa sus delitos: y que el recargo para indemnizaciones es indebido, porque todos han esperimentado daños en la guerra, y se trata de indemnizar á los embrollones agibilibus, que han supuesto lo que no hubo, y centuplicado lo que perdieron. Esfuerza un repartidor lo espuesto por el preopinante, añadiendo que si no se pone coto al desórden que hay en las gabelas será cosa de abandonar el pueblo: que antes se escusaban las derramas con la guerra, y ahora que no la hay (gracias al Dios de los cielos, y á los Dioses de la tierra, que de valde y de bobilis bobilis nos han dado la paz) se saca lo mismo y mas, no se sabe para quién; porque, segun dicen los papeles católicos que lee el señor cura, todos estan rabiando de hambre, y el dinero se desaparece entre los músicos y danzantes que andan por Madrid y por las oficinas de Mortizacion. Al llegar á este punto, Don Deogracias interpela al Alcalde para que haga guardar el órden, increpando

duramente á los que sin saber critican á las autoridades, y amenazando á los que vierten doctrinas republicanas contrarias á la regencia del reino y á la religion de nuestros padres. Concluye con decir, que alli son llamados á hacer el reparto, y que todo lo que se hable fuera de esto, es nulo y de ningun valor con arreglo á la ley de febrero. El Alcalde se conforma; el regidor decano es de la misma opinion, y los demas se encojen de hombros dándose por cachiporrados.

Sale el librete cobratorio del año anterior para que vean lo que cada vecino tiene de cuota, y regulen si está alta ó baja, si ha decaido ó medrado desde entonces. Generalmente se opina por la subida, porque á escepcion de los diez presentes todos parecen beneficiados, y sobre todo los forasteros. Echarle á ese mas, que le ha caido dos veces á la lotería, dice un repartidor. Ese otro bien puede pagar ogaño, replica el síndico, que heredó un buche de su señora. Por todos lados suenan las voces de—Fulano paga poco, que nunca le tocó quinto á su hijo.—Citano sacó mucho de su tierra de la vega, que primero tuvo un gran alcacer y luego un patatar.—Mengano no deja de comprar lo que sale, y cuando adquiere sobrado estará.—Zutano bien le chupa á la hija que tiene con el administrador del duque.—Perengano fué muy perseguidor cuando marras, y luego ha estado con los Palillos cogiendo lo que ha podido, que bien le luce; echarle de firme. No en mis dias, repone el secretario, que por el convenio de Vergara se echaron pelitos á la mar, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Pues al Majo bien se le puede meter mano, objeta el regidor segundo, que cuando se dividió la dehesilla se puso á la par con los ricos; no haya una medida para tomar y otra distinta para el pago. Por este órden van siguiendo la tarea, y si al concluir salen algunos miles de mas, el Alcalde, con acuerdo de su D. Deogracias, alega que siempre conviene dejar algun sobrante, para cosas estraordinarias é imprevistas, que son los fondos secretos de la diplomacía aldeana. Un tanto gruñen los de la junta; pero como es engorrosa la rebaja partida por partida, estan, como los diputados á última hora de sesion, por irse á comer, y queda aprobado el *statu quo*. La opinion de no hacer, y de ruede la bola, tiene mucho adelantado en este perro mundo.

Todos los alcaldes bozales no estan dominados por el escribano; hay variedades en este tipo. Véase un Juan Lanas por el estilo, subyugado por su muger, que es á lo paleto la Ana Bolena del pueblo. Y no se crea piadosamente, que la tal hembra le ha cautivado el corazon con sus gracias, cual aquella de quien se canta.

Un juez dijo á una moza
¿Como se entiende
Que siendo yo justicia
Usted me prende?

La alcaldesa de nuestra historia es una arpía en condicion, y en figura

un basilisco, una sátira. Varonil y dominante, ni admite superior, ni aguanta contradiccion: tiene los calzones en su casa, y el mero y misto imperio en la poblacion.

El dia de año nuevo van, segun estilo, á darle la enhorabuena de alcaldía; y entre los tragos de vino y de rosoli, y los escitantes cañamones y torrados, gira la conversacion sobre el motivo de la visita. Los ministeriales, que adularon al Alcalde colado, y ven lucir otro sol en el horizonte, se desatan en declamaciones contra el desgobierno del año que fina, en el cual á decir de los tornadizos, ni se ha guardado el campo, ni ha habido órden en el riego, ni igualdad en las cargas, ni justicia para el pobre; pero ya ha llegado el dia, añaden mirando al ama, de que todo se enderece, con la buena eleccion que acabamos de hacer.

Doña Eduvigis, pavoneándose con los requiebros generales y particulares, en estilo mordiente y aire rabanesco, jura y perjura que no se han de reir de su hombre como de otros, y que en buenas manos está el pandero para que quede la vara mal puesta. El escribano aprovecha el momento para celebrar las buenas partes de la señora, refiriendo á los circunstantes lances de su teson de cuando fué Alcalde, por el estado noble su primer esposo, que le hizo quemar el banco de la iglesia porque se habia sentado en él un pechero. Mientras estos diálogos, el Alcalde bonachon, está pensativo y cabizbajo, dando señales de que no sirve para el caso en que le mete su muger.

Quedan al fin solos los dos cónyuges, y madama Eduvigis comienza á dar á su Oyes la primera leccion de lo que debe hacer, si ha de haber paz en la casa, y no ha de andar la de Dios es Cristo: y entre los preceptos acalorados y fervientes de la Dómine, se halla el siguiente razonamiento:

«Mira, bruto, (no es errata la *b* mínúscula, porque no es nombre de bautismo), un Alcalde es el rey de su pueblo, y le deben temblar como las hojas en el árbol. No seas tan bragazas como sueles. Al que no te dé el tratamiento, ó deje de descubrirse á tu presencia, ó te desobedezca de pensamiento, le has de dar una calabozada que lo deshuese. Los dias de tribunal que te busque el que te necesite; y en los feriados has de ir á misa al banco de la señora justicia, con tu acompañamiento de dependientes; y no seas tan llano que dejes sentar á nadie cerca de ti, ni consientas que el cura dé agua bendita á otro primero que al soberano del lugar. Cuando vayas á las oficinas á llevar caudales, cuida de que no te desprecien los mequetrefes empleados, como suelen; que sobre ser tu autoridad y ellos criados de la nacion, contribuyes á pagarles el sueldo y á que sus mugeres gasten moños. El maestro de escuela ha de venir á dar leccion á los chicos en casa, que no son los mios menos que los del Indiano, y no quiero yo que vayan á oler á pobre mezclados con los hijos de los jornaleros. Por lo que á mi toca, el sacristan me ha de tener bien limpio el felpudo junto al presbiterio: en los novillos se me ha de aderezar el paleo de órden: el escribano no ha de despachar cosa alguna sin mi consentimiento: y el alguacil ha de estar de ordenanza

junto á mi cuarto para lo que yo le mande; pero cuidado con que tenga á montera en la mano y se esté de pié, que estos plebeyos sirvientes se toman licencias si no se les trata con imperio, y si las señoronas del lugar quieren darme en ojos con su lujo, páguenlo sus bienes en contribuciones y multas, que yo no me caso con nadie, y el que me la haga me la ha de pagar, aunque sea el lucero del alba. Cuidado conmigo.... y no digo mas.»

Regida la aldea conforme á los estatutos femeniles preinsertos, calcúlese como andará la justicia, el gobierno económico, y el órden público. Los paniaguados de la alcaldesa cuentan con carta blanca para hacer lo que gusten; cazan sin licencia hasta en tiempo de veda; no van de bagajes ni con pliegos; usan pasaporte de gratis; sacan el trigo del alori; riegan cuando quieren; apenas pagan libros; se traen la leña del vedado; son cobradores, alcabaleros y espendedores de bulas; hacen de peritos y hombres buenos; y pueden dejar sus bestias sin bozal para que pasten por los erreñales agenos, por mas que murmure el pópulo bárbaro. Por el contrario los que no estan bien quistos con Doña Eduvigis, ó por tener muger mas joven y bonita, ó porque no le hacen el zalamelí, ó porque no convidaron los chicos á un bautizo, ni pueden usar armas, ni reciben las cartas á tiempo, ni rondan por la noche, ni venden vino al por menor, ni son de la milicia nacional.

Poniendo en miniatura este boceto resulta un alcalde andrógino, cuya parte hominal corresponde á las autoridades provinciales y á los protocolos en los encabezamientos y en las firmas, quedando la parte femenina en la region de los hechos que presencian los vecinos. El varon suena, la muger obra: el marido suscribe, la esposa dicta: el Alcalde lleva la vara, la alcaldesa tiene la autoridad: en suma lo masculino es una abstraccion, que reina y no gobierna, y Doña Eduvigis ejerce en nombre de este autómata el gobierno supremo. De aqui debió sacarse la teoría constitucional de la inviolabilidad del monarca y la responsabilidad de los ministros. Semejante administracion suele proporcionar al Alcalde enemistades, choques, cuentos y chismes; pero sus intereses materiales ganan comunmente: porque como vale mas ochavo de muger que real de hombre, queda equipada la casa, renovada la labor, repuestas las paneras, y aumentado el terrazgo con alguna haza adquirida en las glorias del reinado.

Otro género bastante comun de Alcaldes de Monterilla es el que se funda en un carácter bronco, crudo, y aferrado, cuya suprema ley es el capricho Sea para lo bueno ó para lo malo, lo que aprende sostiene y lo que se propone lleva adelante, sin que le retraigan de su empeño ni influencias, ni dificultades. Este puede reputarse el prototipo del Alcalde de Monterilla; el que mantiene la fama de la entereza concejil; el que aun sirve para hacer el coco á los muchachos, y á los gobernantes débiles; y el que ha dado lugar al proverbio de

Señor Alcalde, vinagre
¿se vende en este lugar?

Uno de estos Alcaldes tremebundos hubo en un pueblo del partido de Alcalá, provincia de Madrid. Habia reunido bienes de fortuna con su actividad y natural despejo; que instruccion maldita la que tenia, pues la señal de la cruz era su firma y no conocia la Q. Tomó la manía de no dar cumplimiento á las cédulas y pragmáticas, y la lógica de Lesmes Cabezudo era esta. Leíaselas el escribano; escuchaba atento la retaila cancilleresca de *rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Sevilla, de Valencia, de Murcia, de Jerusalen etc.* y notando que no decia *rey de Daganzuelo*, mandaba cesar al secretario y que archivara la órden, porque era visto que con ellos no hablaba.

Con la misma frescura que obraba en tiempo del estinguido Consejo Real, se resistió á obedecer órdenes de la Diputacion y del gefe político, siendo Alcalde por la Constitucion de la Monarquía. Tres veces seguidas negó el cumplimiento al juez de primera instancia, que venia comisionado para presidir las elecciones municipales, en ocasion de hallarse el pueblo dividido en bandos. Decia, y decia como un angel, que él era el presidente nato, el esclusivo por la ley: y como se mantuvo tieso en sus trece, presidió, escrutó, ganó la votada, á pesar de superioridades y de adversarios. Pedirle el gefe político partes diarios de las elecciones de diputados estando él en la mesa de su distrito, era lo mismo que pedir peras al olmo: contestaba á S. S. que la ley electoral no le marcaba otro deber que fijar al público el resultado, y que allí podia verlo si gustaba. Cuestar en su jurisdiccion nadie lo hacia impunemente: á dos pedigueños italianos, con bulas del obispo de Rimini, con pasaporte en regla, y garantidos con suscriciones de todos los prelados y magnates de España, me los sopló en la trena, les siguió causa, les sacó los cien mil y mas reales que llevaban de ofrendas, y tuvieron que largarse á contar en Roma lo que es un Alcalde de Monterilla en los dominios del Rey Católico. Y para decirlo de una vez, nuestro D. Lesmes fué el Sancho de la ínsula Daganzaria, el Abdon Terradas de la Campiña, el *non plus ultra* de los alcaldes tozudos é indomables.

Reverso de esta medalla es D. Caraciolo Benavides, Alcalde de un pueblo andaluz, que guarda su atestuzamiento para ser ministerial incansable, de todos los gabinetes presentes y futuros. Da por razon de esta conducta, que los Alcaldes deben atender á las mejoras materiales de sus localidades, y que el gobierno amigo las concede y el enemigo las niega: que por haber ayuntamientos hostiles, han tomado tirria contra ellos los doctrinarios, y piensan en poner Alcaldes reales: y que el buen liberal debe ayudar al que manda, para que no le derriben los serviles y carlistas. Con estas bases prévias, es un constitucional furibundo, del movimiento rápido, progresista legal, y tan exaltado, que al escribano su secretario le tiene hechas estas prevenciones terminantes: 1.ª Que jamás use en los escritos *real* de vellon, sino *nacional* de vellon: 2.ª Que no ponga ni por pienso *real* órden, sino órden *nacional*: y 3.ª Que en las escrituras públicas en vez de empezar invocando la Santísima Trinidad, sustituya esta cláusula: «*En el nombre de las inspecciones de infantería y de*

milicias, y de la secretaría de S. A. que son tres cosas distintas regidas por un solo hombre verdadero etc.» Y al que no abunda en estos sentimientos, lo tiene por absolutista, moderado, afrancesado y mal patriota.

Con las pinceladas, rasguños y brochazos antecedentes, creo haber pintado Alcaldes de Monterilla de fisonomía bien marcada: concluiré dando por via de epílogo algunas reglas para conocer las pertenencias de sus mercedes.

Si veis á una lugareña oronda de vanidad que grita á otra vecina: *tú pagarás la desvergüenza!* tened por seguro que es la alcaldesa la que habla.

El jóven labriego á quien llaman de Vd. los ancianos de su misma clase, ó es Alcalde en la actualidad, ó lo ha sido en años precedentes.

Cuando entre los niños que juegan en la plaza oigais á uno que esclama ofendido: *mira que se lo he de decir á mi padre!* aquel es hijo del Alcalde.

La zagala, que apesar de su desgraciada figura sale la primera á bailar, y recibe el primer mayo de los mozalvetes, cuéntala por hija de su merced.

Ves aquel gañan, que con imperio exige de otro labrador que le haga lado para pasar con la yunta sin detenerse: criado del Alcalde sin falta.

Aquel forastero viajante, que cerca del pueblo y á la vista del guarda entra con desenfado á coger uvas de las viñas, es huésped del Alcalde y lobo de su camada.

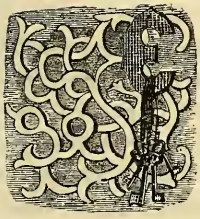
Si ves un cerdo andar suelto por do quiere, que en todos los portales entra sin recelo, y que tiene una gordura extraordinaria, cree á pies juntillos que es el cochino de San Anton, ó el marrano del Alcalde.

Ultimamente, si leeis el último renglon de este artículo escrito con letras mayúsculas, contad por averiguado quién es el retratista del *Alcalde de Monterilla.*

FERMIN CABALLERO.

EL AMA DE LLAVES.

D. Diego.—Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios.—MORATIN: *Si de las niñas, esc. I.*



STA baraja de figuras que lleva el título de *Los Españoles pintados por sí mismos*, no se publica solo para los españoles, sino para todos los que gusten de verla: maldita la pesadumbre que le dará al editor el saber que se la manosean el inglés y el chino, el francés y el moro, el portugués y el brasileño, siempre que para entretenerse con ella, se la compren á su legítimo propietario. Todo español sabe lo que significan las palabras *Ama de Llaves ó de Gobierno*; pero en manos de tal estranjero pueden caer nuestras páginas, que fijándose en el distintivo de *las llaves*, vaya á figurarse que la persona á quien se aplica es una portera; ó que descaminado por la voz sonora de *Ama*, piense que se trata de una muger casera, de una consorte hacendosa por cuya mano corren todas las llaves, inclusa la del dinero, en fin, de una *Ama de casa*. No señor: por Ama de Llaves se entiende acá en nuestro pais (que es como si dijéramos en toda tierra de garbanzos) lo que dice el Diccionario del idioma: «una criada encargada de

las llaves y economía doméstica,» una criada á quien se fia la ropa, utensilios y provisiones.—«¿Con que es una *sirvienta*, y le dan ustedes el nombre de *Ama*, (esclamará aqui alguno de nuestros melindrosos lectores de estrangis)? ¡qué contradiccion! ¡qué rareza!—Amiguito, ¿qué quiere usted? ¡Cosas de España!

Ese dictado de imperio ó dominio cuadra perfectamente á la que por él se designa, porque hay Amas de Llaves que tienen á sus órdenes doncella, criado, cocinera, y aun quizá otra ama tambien, la de cria: estas aristócratas de la servidumbre, estas sultanas validas, ya se vé que son señoras durante la época de su inseguro reinado. Otras hay, por ejemplo, que viven con un solteron ó viudo sin otro vicho viviente en su compañía: que guisan, que cosen, que friegan, que en nada se distinguen de una criada comun sino por su mayor edad, saber y gobierno, que inspiran mas confianza al que les da el salario: estas, claro es que no tienen á nadie bajo su inspeccion, y por consiguiente podria decirse que no les conviene el título de *amas*; con todo, les conviene en efecto, y lo son, porque mandan al amo. Regla general: la criada única de un celibato, de un ex-marido, de cualquier hombre que vive aislado, mondo y lirondo, sin hermanos ni tias, sin sobrino, cuñada ni suegra, (que son para el mundo sirviente los enemigos del alma y del cuerpo), no solo es el Ama de las Llaves, sino el ama de todo, en el mismo y aun en superior grado tal vez que una esposa.

Si este artículo hubiese de ser, no una copia lo mas fiel posible, sino una caricatura deforme, la tarea del escritor estaba reducida á desleir ó amplificar un poco las espresiones del célebre poeta dramático arriba puestas por epígrafe, las cuales son muy dignas de notar por haber salido de la pluma de un solteron, que por lo mismo hubo de vivir siempre entre amas, y debia conocerlas á fondo; pero como lo que aqui se pretende es retratar al Ama de Llaves, cual si ella hiciera el cuadro por sí misma, principiaremos por suavizar ó esplicar aquellas espresiones presentándolas á la luz á que deben verse. Condicion general, aunque no sin escepciones, es en achaque de amas que han de ser solteras ó viudas; cláusula importantísima, aunque no sin dispensa, es que hayan de contar una edad razonable: ahora bien, la muger que haya cruzado la línea equinoccial sin haber celebrado primeras ó segundas nupcias, ¿qué ha de ser en general sino fea? Y siendo vieja y fea, ¿qué ha de ser sino amiga de la comodidad, habladora y entremetida? Por consiguiente no hay que echar en rostro al Ama de Llaves lo que forma sus cualidades constitutivas. ¿Queria el D. Diego de Moratin por Ama de Llaves á una buena moza, calladita y sana? No era mal gusto; pero niñas de esos requisitos dificil es que se libren de ser casadas ó cosa equivalente. Amas de Llaves se usan tambien jóvenes y bonitas; pero estas pertenecen á una especie bastarda: la raza pura, el tipo original, la verdadera Ama de Llaves debe ser jamona, gruñona y feotona. Siendo pues en su mas genuina forma una muger de cuarenta á cincuenta, y hallándonos actualmente en el año 1843 de la era cristiana (4087 de la poblacion de España segun el calendario); esta hembra ha debido nacer á principios del siglo presente ó fines del próximo pasado: es decir su educacion, carácter, lenguaje, atavío y hasta su busto, han de resentirse

forzosamente del influjo de aquella época: es decir que una Ama de Llaves en el apojeo de su saber y esperiencia es una sirviente del siglo XVIII. Antes de tirar en el lienzo trazo ninguno de la figura que ha de bosquejarse, importa dar á conocer qué cosa eran en España las criadas antiguamente, y qué rasgos de estas conserva aun el Ama de Llaves en su singular y variada fisonomía. Sin esta esplicacion, sin este conocimiento de las causas, podria creerse que tales y tales rasgos característicos eran individuales y caprichosos, cuando lejos de entrar en el número de las escepciones, son cabalmente distintivos forzosos y genéricos.

Hubo un tiempo en que la condicion de las criadas en España se diferenciaba poco de la servidumbre. Las costumbres galantes y caballerescas de la edad media nada tenian de suaves ni de benignas. Hasta el siglo XVII inclusive, el látigo era el que dirigia la enseñanza pública, el que afianzaba la obediencia filial, el que mantenia el órden doméstico. Un maestro en teología azotaba en la universidad á un discípulo tonsurado, aunque contase ya cuatro lustros; un mayordomo de grande zurraba sin misericordia la piel á los pages de su señor, aunque tuvieran medianamente poblado el bozo; el padre hartaba de soplamocos al hijo por quítame allá esas pajas, y la mamá, cuando se le ponia en el moño, echaba mano al de la señorita y la arrastraba por el suelo, el abofetear, repelar, mesar ó dar una vuelta de cabellos, como solian decir, era entonces pan de cada dia. La tal propension al zarandeo, que se ha conservado hasta nuestros dias, era naturalísima en unos tiempos en que hasta los reyes se disciplinaban: ¿cómo habia de respetar la costilla agena el que se mosqueaba la propia? Pues bien: en pais donde tan duro trato recibian los hijos é hijas de los amos, ¿cuál deberian recibir las criadas? Oigámoslo de una mozuela desenfadada de los últimos años del siglo XV, platicando muy de propósito con la insigne madre *Celestina*. (1) «¡Oh y qué duro nombre, y qué grave y soberbio es *Señora* contino en la boca! mayormente de estas señoras que agora se usan. Gástase con ellas lo mejor del tiempo; y con una saya rota pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen; y cuando ven cerca el tiempo de *la obligacion de casallas*, levántanles un caramillo; pídenle celos del marido; ó que hurtó la taza, ó que perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y échanle la puerta afuera diciendo: allá irás, ladrona: no destruirás mi casa y honra. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos: *obliganse á darles marido*; quítanles el vestido. Nunca oyen sus nombres propios en boca de ellas, sino: ¿qué heciste, bellaca? ¿por qué comiste esto, golosa? ¿Por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿Quién perdió el paño de manos, ladrona? Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes.»—«¡Y aguantaban eso las criadas de antaño!» saltará aquí echando fuego por los ojos alguna doncella de labor de estas elegantitas y pizpiretas de ahora —«Salero,

(1) La Celestina, acto 9.°

¿no ha oido Vd. que los amos de entonces ponian en estado á las mozas de servir? ¿Por qué se dijo el refran de que *todo lo compone un buen dote?* ¿Qué no sufrirá una muger por casarse» ?—Las pobres Amas de Llaves que por ser cuerpecitos mayores ó malos cuerpos, no tuviesen esperanzas de salir de penas á favor de una boda, esas sí que debian sufrir el infierno en la vida.

Pero pasaron años y siglos y costumbres; dejaron los señores á las criadas que cuidasen por sí solas de establecerse con dote ó sin él; emancipóse la criada: y ¿qué sucedió? Que no teniendo ya freno que la sujetase, toda la soberbia indómita de la clase baja y sin educacion, se desarrolló á sus anchas, y la sirvienta que antes era sufrida, se hizo insufrible. Vayan para hacer contraste con el trozo anterior esos otros, copiados de los sainetes de D. Ramon de la Cruz; y no se imagine que por tomarse de obras de invencion no merecen crédito: el que estiende este artículo, que ha tratado Amas por espacio de muchos años, ha presenciado una porcion de escenas análogas, que hacen muy creible lo que va á leerse y mas todavía. En el sainete de la *Presumida burlada*, la cual es una sirvienta que por el matrimonio ascendió á señora, ella y la que la sirve se dicen las lindezas siguientes.

EL AMA. Friega otra vez mal, vea yo
alguna mota en los platos,
y verás si te los tiro
á la cabeza.

LA CRIADA. Despacio,
señora de poco acá;
que un poco mejor fregados
están que cuando usiría
manejaba el estropajo.

Pero de fregoncillas de mala muerte no se debe hacer cuenta: escuchemos á una Ama de Llaves, persona que como constituida ya en cierta dignidad debe espresarse con mas miramiento y decoro. Escuchemos en *los hombres solos á la Señora Lucía*, Ama de D. Pedro y D. Lucas, caballeros que tratan de hacer un obsequio á unas damas. Toman parte en el diálogo, ademas de los dichos, un barbero, un peluquero y el criado Juanillo.

D. PEDRO (á D. Lucas.) Digo, ¿y has contado con
nuestra muger de gobierno?

D. LUCAS. Hará lo que se le mande.

D. PEDRO. Conforme la coja el viento.
¿De qué humor se ha levantado
hoy, Juanillo?

JUANILLO. De perverso.
Yo me estoy sin almorzar

por no decírselo; y eso
que la tengo dadas pruebas
de que soy buen compañero.

EL BARBERO. Porque yo quise poner
el escalfador al fuego
mientras Vd. se vestia,
agarró un tizon ardiendo,
y si me descuido un poco,
me afeita ella á mí primero.

D. LUCAS. Sin embargo, llamalá.

(Juanillo va á llamarla, y Lucía se presenta hosca y ceñuda.)

LUCIA. ....¿Qué quiere el concejo,
que necesita en persona
mi asistencia?

JUANILLO (Aparte.) ¡Aquí te quiero!

EL BARBERO. Pocas criadas hay de estas
en las casas donde afeito.

JUANILLO. Pues yo en las mas que he servido
las encontré de este genio.

D. LUCAS. *Señora Doña Lucía,*
es preciso echar el resto
de los primores de Vd.,
y que tenga con aseo
prevenida una salvilla,
los vasos y los cubiertos,
porque vendrán unas damas
quizás á favorecernos,
y es preciso quedar bien.

LUCIA. Pues muy mal dia escogieron
de venir esas señoras.

D. PEDRO. ¿Y por qué?

LUCIA. Porque yo tengo
que salir precisamente
esta mañana.

D. LUCAS. ¿Podemos
saber á qué?

LUCIA. A visitar
tambien á otro caballero,
que me tiene prevenido
chocolate con pan tierno.

D. LUCAS. ¿Y quién te ha dado licencia
de que salgas?

LUCIA. En no haciendo

cuenta de volver aquí,
para irme yo me la tengo.

D. LUCAS. Ni la tienes ni te irás,
y harás cuanto te mandemos.

LUCIA. ¿Yo? ¡Qué gracioso es Vd.
¿Y me lo dice Vd. serio?
Si me he puesto yo á servir
en casa de hombres solteros
por no aguantar amas, ¡vean
cómo aguantaré cortejos
de mis amos, y servirles
para que vayan haciendo
burla de mí, y esta noche
se publiquen mis defectos
en la tertulia! ¡Un demonio
para ellas, y cuatrocientos
para ustedes!

. . . . . .

EL PELUQUERO *(que está peinando á D. Lucas).*
Un petit morçeau de sebo,
madama.

LUCIA. Por la otra oreja,
que por esta no lo entiendo.

D. LUCAS. Un poco de sebo pide.

LUCIA. No le hay.

D. LUCAS. Anda ves á verlo.

(El peluquero dirige aquí un cumplimiento en francés á Lucía, que se enfurece como si la hubiesen llamado bruja.)

LUCIA. ¡Esto nos faltaba ahora!
¿Qué apuesta Vd. que le peino?

EL PELUQUERO. *¿Qué dis vusté?*

LUCIA. ¿No lo entiende?

EL PELUQUERO. *Non.*

LUCIA. Pues óigalo mas recio.

(Dale un manoton y vase.)

Aqui se ve al Ama del siglo XVIII, provocativa, feroz y ágil de manos, haciendo el papel de una señorota del siglo XV: en esto habian venido á parar el sufrimiento, la mansedumbre y la esclavitud antigua. Pues de esta ferocidad y de aquella sumision participa hoy el carácter del Ama de Llaves; de la una por efecto de la pésima crianza que recibió, de la otra por efecto de los años y los reveses sufridos, como tambien por el conocimiento de su interés personal. Una muger de edad cuando ha tropezado en una casa con unamo bueno,

conoce que su porvenir depende de su permanencia allí, de su perseverancia en tenerle contento; pero no siempre puede tanto consigo misma, que por no aventurar su suerte renuncie al gusto de soltar una insolencia ó hacer una trastada. Esta irritabilidad depende tambien de los incidentes que han traido al Ama de Llaves á serlo, y del pais á que pertenece: las Amas naturales de Cataluña por fuerza han de ser mas desabridas que las gallegas y valencianas; las aragonesas mas tercas que las andaluzas, y estas mas picudas y perezosas que las vizcainas: las de los pueblos inmediatos á Madrid compiten en lo záfio y desvergonzado con lo peor de la península. Nadie sirve sino porque es pobre; pero de distinto modo influye la pobreza en una muger que nació destinada á servir desde luego, que en la que nacida en mejor fortuna hubo de abrazar el servicio doméstico porque se quedó sin padres ó sin marido: aquella será mas grosera y alegre, y esta mas civilizada y quejumbrosa. Y como diversas y aun contrarias han de aparecer forzosamente en su modo de pensar, obrar, hablar y vestir el ama vieja y la jóven, la que sirve en un pueblo y la que habita en una capital, la que vive con un soltero sin hijos y la que ha dado vida á los hijos de un soltero; el espediente mejor para que se comprenda todo lo que por término medio cabe en este brevísimo vocablo de Ama, será referir sencillamente dos biografias de dos Amas, estremadas las dos en su línea, entre cuyas individualidades se encuentra la verdad genérica del tipo: advirtiendo que en lo que vamos á referir todo es cierto menos los nombres de las heroinas, los cuales significan puramente para el lector «Fulana yo no sé como, Zutana ¿qué sé yo cuantos?»

Cándida Rosa Rosalia Robledales, hija del remendon titular de un tríste villorrio, se crió chiquituela y endeble, morenuzca, gangosilla y zazosa. Malas lenguas dicen que su padre, infatigable hablador cuando bebia un trago mas (y bebia á todas horas porque no podia menos), influyó no poco en el gangueo y ceceo de su hija: como charlaba sin cesar, le incomodaba sobremanera que le interrumpiesen; y un dia en que nuestra *Rosa Cándida* le atajó su palabra honrada tres veces seguidas, el prudente padre para correjir á la niña del resabio de bachillera, le tiró una horma á la cara que la dejó para siempre con las narices apuntando al juanete izquierdo. Con este y otros avisos del tirapié igualmente misericordiosos, comprendió Cándida lo que le importaba no desplegar los labios, de lo que resultó que no aprendiese á pronunciar bien por falta de ejercicio. Con un padre tan amoroso, claro es que la criatura consideraria el salir á servir como la mayor felicidad: acomodáronla de niñera en otro pueblo, y de niñera pasó á criada. A fuerza de oir decir por unanimidad que era fea y simple, hubo casi de llegar á creerlo; á fuerza de observar que se le reian en sus bigotes (tenia este adorno tambien) casi siempre que hablaba, hubo de tomar la resolucion de callar; á fuerza de notar que siempre que se presentaba á vistas producia su nariz un efecto nada favorable, trató de neutralizar la impresion de su fealdad con la limpieza y esmero del traje; y como para vestir bien era

menester ganar buen salario, hízose aplicada y laboriosa para merecerlo. Humilde Rosalia, callada, limpia y trabajadora, valia un Perú para criada, si Dios la hubiese dotado de un poco mas de capacidad; pero en apartándola del fogon ó de la mesa de planchar, no habia muger para nada. Llamaba á la puerta un sugeto á quien el amo deseaba hacer un recibimiento amistoso; y Cándida, ó le despedia ó le hacia esperar un cuarto de hora á la puerta: venia un acreedor ó un pegote, y se los encajaba hasta en la alcoba. Por esto hubo de perder buenos acomodos, cuando por su traza y esplicaderas no le era fácil hallarlos. Dió por fin con un ricacho sesenton, que harto de amas bonitas se prendó de la cara de Rosa, la mas á propósito para espantar importunos, y ella le desquitó esta vez á la susodicha de todos los malos oficios que le habia hecho en otras ocasiones: el ser fea le habia impedido entrar como criada en algunas casas, y por fea ascendió en aquella al segundo grado de la escala servil femenina, es decir, á ser Ama de Llaves. Entonces descubrió nuestra heroina una cualidad que aun no habia tenido proporcion de manifestar, y fué un amor á la economía que rayaba en miseria, dote que le valió la confianza del amo en términos de hacer á Cándida depositaria del numerario. Pasaba esto en tiempo de la guerra civil: un susto que dió una partida al pobre sesenton, le dejó medio lelo; Cándida aunque simple, conoció que debia poner el dinero á buen recaudo, y por sí propia lo escondió en paraje seguro sin decir nada al amo: fuertes tentaciones habia sentido siempre hácia la sisa; pero siempre la habia contenido la idea de que si aun siendo fiel le costaba trabajo acomodarse, teniendo malas mañas ¿quién la sufriria? Por el contrario, si se portaba honradamente con el viejo, natural era que este se acordase de ella al testar. Desde que se le ocurrió á nuestra simple tal pensamiento (que no era una simpleza á la verdad), empezó á mirar aquel dinero como suyo en parte, y como no sabia la parte que habia de ser suya, claro es que debia custodiarlo todo con igual celo. Pronto dió de él una prueba heróica en grado sublime: vuelven los facciosos al pueblo, entran en casa del anciano y le sorprenden en la cocina al amor de la lumbre, y por contribucion estraordinaria le intiman que apronte hasta el último ochavo. El viejo se remite al Ama de Llaves; el ama afirma que no tiene en su poder un real; los huéspedes rejistran la casa y no dan con el nido: ¡cuál fué la cólera de aquellos cristianos guerreros! Colgada de las llares estaba en el hogar una caldera de agua cociendo: dos de los contribucionarios cojen de los brazos á Cándida y la amenazan con sumergírselos en la caldera si no declara; Cándida se mantiene firme; y por tres veces la zampan de manos aquellos sayones en el líquido, á 80 grados justos del termómetro de Réaumur. Suena generala; «los cristinos estan ahí» es la voz que cunde; los verdugos de Cándida llaman á talones, y el pobre viejo, reciamente conmovido por tal escena, tiene que llamar al escribano, de camino que traen al barbero para la fidelísima Ama de Llaves. El viejo testa y se muere; Cándida se cura

y hereda la mitad del tesoro salvado con su silencio: la otra mitad pasa al único pariente del testador, otro viejo de pocos menos años, que se casa con Cándida, la cual feliz y llena de comodidades, goza hoy el premio que ganó con sus manos. Esta muger pasaba por simple, por tonta: á fé que en todo el trascurso de su vida de sirvienta pudo apostárselas á la mas hábil y honrada.

Múdase la decoracion. Armengola Chirivia ni fué pobre ni simple, ni era tan fea, ni llegó al puesto de Ama de Llaves por escala rigorosa: hija de un labrador, y dotada de anchos hombros y talle, pies atroces y boca desahogada, amen de ser un poco bizca de un ojo y algo mas del otro, en época en que era desconocida la operacion nueva del estrabismo; todavía pudo agradar á un zurdo su paisano, á quien sedujo sin duda la imponente mole de la bizca, la cual por su parte hacia lo imposible por mirarle con buenos ojos. El padre, que queria casar á su hija á derechas, la traspuso á un convento de monjas, donde aprendió á confeccionar mantecados y rosquillas, hojuelas, tortas de chicharrones y demas artículos *ejusdem farinæ*: del monasterio se trasladó ella á los brazos del zurdo, y de ellos á la vicaría; y asi los amantes pasaron á novios, y ascendieron á consortes, y descendieron luego á indiferentes, y pararon en enemigos mortales, porque el zurdo era un vago, jugador y pendenciero, que traia á la bizca desnuda y hambrienta; y del suegro no habia que esperar mas que su maldicion. Consolábase el zurdo con la esperanza de alcanzar en dias al viejo; pero se dió tan mala maña con las suyas, que hubo de morir de mano airada en un garito, dejando viuda á Armengola, que lloró de veras cuando supo que ni aun por esas le perdonaba el padre su aciaga boda. «A servir», dijo entonces la valerosa viuda; y en pago de lo que habia sufrido en su matrimonio, le deparó el cielo una buena casa donde *debutó* (estrenarse se decia en tiempo del antíguo régimen) por Ama de Llaves; y en poco tiempo se impuso en todos los primores de la profesion. Acostumbróse á cuidar la dentadura térreo-metálica del ama, y á despertar con la aurora para abrir la puerta al trasnochador señorito: constante espía de las revoluciones de la moda, no se descuidaba en prevenir á la señora que á los dos meses de uso ya no se podia llevar decentemente el vestido A ó el pañuelo X ó la mantilla Z; todo lo cual refluia en creces y plenitud de su cofre ó su bolsillo. Llegó á ganar cuatro duros mensuales; pero era tan generosa la viuda del zurdo, que afirmaba serviria de balde á sus amos; y era capaz de hacerlo por las circunstancias siguientes. En aquella casa nadie tomaba chocolate sino el ama propiamente dicha (la cual tenia tan estragado el paladar como la dentadura) y nuestra doña Chirivia que estipuló en su ajuste la condicion de que habia de asistírsele con chocolate por mañana y tarde. Suprimíase ella voluntariamente las dos onzas de desayuno y merienda, porque realmente comia muy poco, (ya sabremos la causa); y como ella era la que compraba el dicho género,

ahorrábase en ocho dias una libra, que á diez reales le redituaba dos duros cada treinta y dos dias, viniendo á juntar una mesada de seis pesos fuertes. Agregábanse á esto veinte reales mas, porque de una onza de chocolate hacía dos jícaras para la poco delicada señora, espesando el líquido con harina tostada; y ya la mensualidad resultaba de siete duros. Item mas: aunque no corriese por su mano la compra del aceite, carbon, tocino y demas cochinerías, jabon, garbanzos y otros artículos por mayor, siempre tenia ella un conocido de su tierra que recomendar al ama, garbancero ó choricero ó cosechero de vino; y por el corretaje de parroquia percibia del vendedor la bizca su tanto por ciento, que no podia estimarse en menos de otros dos pesos al mes: cero y van nueve. Mas: el producto de la venta lícita anual de sendas arrobas de papel de periódicos, flanqueados de prospectos y anuncios; mas, las docenas de frasquetes vacíos de aguas de olor y dentríficos, los guantes y zapatos del ama que Armengola no podia usar porque los necesitaba de triple tamaño; la ceniza del fogon y braseros que le compraban en los tintes; la retribucion del señorito por la porteria matutina, y una limosna mensual tambien, que habia tenido la habilidad de sacar á la señora en favor de una religiosa esclaustrada, y la esclaustrada era ella misma: partidas todas que componian mas de un doblon al mes, de manera que nuestra industriosa viuda se embolsaba doce duros cada treinta dias, sin tener que gastar en vestirse. Gracias á los deshechos útiles que hacia desechar al ama, con seis pares de zapatos al año y un añadido para el pelo (que ponia gran empeño en que no se le conociese, y siempre se dejaba fuera el cordon del tronco), estaba la buena de Armengola aviada de pies á cabeza.—¿Qué hacia esa muger de tanto dinero?—La cuarta parte la empleaba en dulces y golosinas que le estropeaban el estómago y la traian siempre sin apetito, y el resto lo imponia á ganancias en las administraciones de Loterías.—¿Ganó alguna vez? —Un terno de diez mil reales, que se puede decir fueron dos, porque al mismo tiempo heredó á su padre. Entonces dejó de servir; entonces la obsequió un agente de cierta empresa de minas, que no era zurdo; se apoderó de los cuartos de la viuda, mina única que él se habia propuesto esplotar; desapareció el dia menos pensado, dejando á Armengola sin ausilio y enferma; y conducida al santo Hospital, espiró por gran favor en la sala de clínica, y su cadáver fué abandonado al cuchillo anatómico.

Casi á estos dos ejemplares puede reducirse el nacimiento, vida, pasion y muerte de la generalidad de las Amas: las que por instinto ó reflexion se portan con prudencia y rectitud, que son las menos, alcanzan una descansada vejez, las demás son infelicísimas. A muy pocas cabe la suerte de morir jubiladas gozando una pension, premio de haber servido bien largos años á un señor poderoso; muchas menos se jubilan por sí, porque el ahorrar es costumbre que no ha cundido nunca mucho en España, y el imponer en la caja de ahorros es cosa harto nueva todavía. Entre el porte, mañas, carácter y aspecto de Cándida y Armengola está el de todo el resto de las Amas de

Llaves, participando mas ó menos ya de la torpeza y fidelidad mazorral de la una, ya de la destreza poco laudable de la otra. Ambas á dos carecieron del distintivo mas general del Ama, que es el mal genio; la una por ser un ave zonza, que hasta para dar bufidos carecia de espíritu; la otra porque su mal humor no hubiera podido fundarse en el orgullo que inspira una buena conciencia: callaba porque tenia por qué callar. Entre la sisona y la limpia de manos está la que ni es del todo fiel, ni del todo digna de desconfianza; entre los dos estremos del silencio por incapacidad y por culpabilidad está la mediana impertinencia de la medianía de capacidad y honradez; entre la lugareña y la ciudadana de provincia, una y otra bastante cerriles é ignorantes, se halla el Ama de Llaves hija de Madrid, de mas disposicion que las otras, pero menos amante del trabajo; mas instruida, pero mas quisquillosa, mas murmuradora y antojadiza; entre los dos límites de la fealdad están las fealdades de menor cuantía, hasta ir desapareciendo del todo, y quedar en medio la flor de la hermosura. En efecto, hasta ahora solo hemos hablado de Amas feas: ¿y las bonitas? Las bonitas no tienen carácter general propio, porque son pocas, porque no son precisamente Amas de Llaves, y porque gozan de todas las esenciones concedidas á la belleza. El Ama de Llaves bonita está dispensada de ser hacendosa y madruguera, y aun de ser obediente, porque sea como sea, no le ha de faltar acomodo. El Ama bonita no tiene necesidad de apropiarse lo ageno sin contar con la voluntad de su dueño, porque su asignacion por lo regular es crecida, y aunque no lo sea, le importa poco: sabe hacerse regalar y siempre le sale la cuenta. El Ama bonita suele gastar buen genio, pues como se la mima y regala, no hay motivo para que se le exalte la bilis. El Ama bonita, como está mas desocupada que las otras, tiene mas proporcion para cultivar su entendimiento: lee periódicos, novelas y dramas, asiste al teatro, y se escandaliza de los equívocos y no puede sufrir á las damas de comedia *que han olvidado su virtud*. Su lenguaje es culto, su pronunciacion pura y clara; sus antecedentes juveniles no suelen ser muy claros ni puros. Todas han nacido en buenos pañales; todas han quedado huérfanas; y desde catorce años á veinte ó veinticinco, esto es, desde que perdieron á su madre hasta que hallaron su conveniencia... . «¡lo que ha pasado por nosotras (dicen) solo Dios lo sabe!» Las Amas bonitas son por lo comun solteras, pocas hay viudas, mas hay casadas, emancipadas del marido: caras son todas las Amas bonitas, pero esta última es la mas cara de todas, porque de continuo hay que echar una torta al consabido Cancerbero. El Ama bonita solo es para ricos: verdad es que ellas saben convertirlos en pobres: algunas suelen casarse con el amo *in articulo mortis*; otras se retiran á tiempo con sus ganancias que de ordinario les lucen poco. Por fin las Amas bonitas llegan con el tiempo y los achaques á ser viejas y feas, y entonces sufren la ley comun: vejez miserable y muerte en el Hospital.

Ensayada la parte anecdótica y moral del género, y bosquejados los principales distintivos de las especies, veamos obrar al Ama de Llaves bajo el aspecto comun á todas: considerémosla desde el dia en que va á vistas hasta que se pierde de

vista para sus señores. Las criadas se ponen para esta solemne ocasion el mejor vestido; el Ama se contenta con ir decente: el calzado, eso sí, tiene que ser nuevo. Hábito ó vestido negro, liso, de tafetan, con manga de jamon ó de fraile, y cuyo vuelo no ahueca el miriñaque engañoso, pañuelo imitado á manta ó de crespon, mantilla de tafetan, guantes de seda ó los naturales, y un precioso abanico, regalo de alguna de sus amas, componen el ornato esterior de la pretendienta, si habita en la córte ó en alguna capital de provincia; en las demas poblaciones, jubon capilar, basquiña y mantilla redonda. El tocado con igual atraso respecto de la ley vigente; por delante una raya, y cogido el pelo á cada lado, formando un nudo ó rodaja mucho menor que la que usan ó usaban criadas y manolas; por detrás un rodete alto y su peinetita: en provincia el pelo echado atrás y moño de aldabon. La prenda mas característica del vestido del Ama es la que no se ve: un par de faltriqueras tamañas como alforjas. La candidata pregunta por la señora cuando la hay, se anuncia, y si la encaminan á la sala, insta modestamente que la señora no deje sus ocupaciones, y que la reciba en cualquier parte: y todo es porque el Ama sabe ya en virtud de su práctica que mejor se conoce el estado rentístico de una casa por el comedor que por el gabinete. En esta sesion preparatoria, el Ama de Llaves se distingue notablemente de la criada; esta charla por los codos y murmura de sus amos anteriores; el Ama no habla mas que lo preciso, y los elogia, porque tiene mas conocimiento de mundo. Al contar el aprecio que hacian de ella en su última colocacion y lo que la queria la señorita mas jóven, el Ama no puede contener las lágrimas, y saca un pañuelo planchado en complicadísimos dobleces, que lleva de intento para dar casualmente una muestra de sus habilidades. Si el amo es soltero ó viudo sin hijos, el ajuste es cosa de un momento; si hay señora y es jóven, agraciada y elegante, tambien se contenta el Ama con un corto salario, porque damas de circunstancias tales nunca inspeccionan la cocina ni la despensa; si la señora es de las que llaman *caseras*, especie ya casi desconocida, si hay además muchachos de cinco años á catorce, el Ama de Llaves pide doble remuneracion, porque le consta que se le preparan mucha brega y contínuas disputas. Hecho el tratado á satisfaccion de ambas partes, y traido el baul á la nueva casa, el Ama se entrega de su negociado. El acto de pasar lista á la ropa, suele ser bastante pesado, porque el Ama no elegante, si lee, lee muy mal el manuscrito, tal vez no conoce los números, y hay que hacerle delante de cada artículo tantas rayitas como piezas comprende. Aqui suele caer en la tentacion de murmurar de su antecesora, si el estado de los efectos que recibe da lugar á ello; indica reformas y anuncia el programa de su gobierno, desde cuyo punto principia ya á funcionar. Es la primera que se levanta y la última que se acuesta, esfuerzo no muy penoso para quien por su edad suele ya tener poco sueño. Si está encargada de la compra, coge el talego ó manda coger el ceston al criado, á quien procura tener contento, porque no hay cosa mejor que la buena armonía entre compañeros y compinches. Las Amas de Llaves místicas y rezadoras que son de la hermandad de Servitas y de otras cuatro ó cinco, porque una sola no basta á su ardiente devocion,

nunca se acomodan sino en casas donde hayan de salir á comprar ellas solas; y no se crea que es con el objeto de monopolizar libremente el ramo de sisas y alcabalas (¿y la conciencia?) es para poder oir las misas que tienen de obligacion por los estatutos de las hermandades. En ellas por cada individuo que muere hay que hacer ciertos sufragios: los hermanos son muchos, las muertes menudean, y ninguna devota se contenta con oir las dos ó tres misas que previenen las ordenanzas por cada difunto, sino que duplican á lo menos la cantidad, y de esto resulta que no hay dia que no tengan que emplear hora y media en la iglesia. Por eso es axioma inconcuso en materia de economía doméstica, que toda Ama de Llaves que sea santurrona es muy cara de carbon en Madrid: mientras ella va á conversar con los santos, queda ardiendo en balde la lumbre que dejó encendida para encontrar á la vuelta una hermosa brasa, á favor de la cual despache en un abrir de ojos los almuerzos. Al dar los buenos dias ó el chocolate á los amos, nunca deja de darles tambien algun consejo higiénico en órden al mayor ó menor abrigo con que deben vestirse segun el estado de la temperatura. Por la noche ó en algun rato desocupado se calza en la nariz los anteojos, y se ocupa en deletrear el Diario para saber si ha llegado ya aquel arriero que trae las remolachas tan gordas, y á qué precio corren las medias negras *para señoras de estambre.* Este ameno y variado periódico, el libro de confesar, la lista de la ropa de que se hizo cargo y la tabla en que se apunta la que lleva la lavandera, son las únicas lecturas del Ama. Toda es celo y diligencia durante los primeros cuarenta dias; pasada la cuarentena es de ley que ha de haber una cuestion mas ó menos suave, segun el genio de los interlocutores: la tal disputa puede adelantarse ó atrasarse, pero nunca suprimirse, porque es una necesidad, un secreto del oficio: el Ama que la ha promovido adrede, conoce por ella el aguante del amo ó ama, y calcula cuántos años ó meses podrá pasar en su compañía. La invencion de esta táctica se atribuye á las Amas gallegas: las alcarreñas la han adornado de variaciones. Si la prueba ha salido á satisfaccion del Ama, su celo que hasta entonces era un poco facticio, se convierte en real y verdadero: vigila y estimula al criado, riñe con la lavandera y el carbonero, lleva la condescendencia hasta ir á paseo con los chicos por donde ellos quieran, y compra de su mismo peculio un par de libras de membrillos que distribuye en las diversas tablas del armario de la ropa para que huela bien, y cuando se pasan, se los abandona generosamente á los muchachos. El Ama entonces se amolda al carácter del amo; pone buena cara á las visitas no femeninas que á él le son agradables, y despide á los que sabe que le importunan; se inquieta si viene tarde á casa; se asusta si no come con apetito: si cae enfermo, suspira, se angustia, entra una docena de veces por hora en el dormitorio á preguntar al paciente cómo se halla; con lo cual y con andar gritando todo el dia á los chicos, al criado y á la vecindad que guarden silencio, consigue que no lo haya nunca. Corre á la botica, y de allí al herbolario, y luego á la posada donde se venden las mejores sanguijuelas, finas y á prueba; y de camino dice en la lonja, y en la cacharrería, y en todas partes que el amo está muy malito y que ella va á caer mala de pesadumbre:

todo por tener el gusto de oir alabar su celo y cuidado. Entonces es ver al Ama en todo su esplendor, en el centro de su elemento propio.—Que se necesita una sábana:—á oscuras, á tientas la encontrará al golpe en el guardaropa.—Que hace falta una bayeta amarilla.....—«¡Jesus! lavadita la tengo de la semana pasada: parecia que me daba á mí el corazon que pronto habia de necesitarse: ¡si una no estuviera en todo!....»—Pide el cirujano trapos para cataplasmas.—«¿Los quiere usted de lienzo fino, de coruña, de vivero? Mire usted, ¡qué de lios hay en la escusabaraja! cada uno es de su clase. Estos están casi nuevecitos; pero no, que el lienzo es tupido y gordo y hace mucho peso sobre el vientre; no señor: trapo á medio usar es lo que corresponde, ¿verdá usted? Aqui los hay que ni pintados, y sin un pelo de algodon.»—«Pongan ustedes al señor un botijo de agua caliente á los pies.»—«¿Ven ustedes?» prorumpe el Ama, dirigiéndose á los niños, que con la boca abierta rodean el lecho de su padre, «ven ustedes cómo hice yo bien en no dejarles jugar á la calva con el botijo del verano pasado?"—«Si se le habian roto los pitorros y el asa» contestan los chicos.—«Mejor para ahora, que asi no le incomodarán á papá en los pies: voy á buscar tapones de los que conservo de las botellas de cerveza.»—El ama va y viene, se afana, trasnocha, y cuando el amo cura, ella con mas razon que la mula del coche

.....s'en attribue uniquement la gloire.

Autorizada por estos servicios va cobrando satisfaccion y alas, y haciéndose áspera y regañona. Generalmente la petulancia de las Amas es relativa á su fidelidad, laboriosidad y limpieza: el amo que da con una de las que tienen, como ellas dicen, la casa hecha un cielo, tiene un infierno contínuo con ella. Riña porque la servilleta está mal doblada, riña porque la puerta se cerró con sola una vuelta de llave; riña porque el panecillo de hoy vino muy tostado y el de ayer casi crudo; riña porque no se le hace caso; riña porque se consulta con ella; riña porque se la riñe, riña porque se la deja. En estado tan violento y hostil, tres ó cuatro peleonas en grande preparan la dimision ó espulsion del Ama, aunque generalmente ellas son las que toman la iniciativa. El motivo de despedirse suele ser una grandísima friolera; pero como ya llueve sobre mojado, es el grano de arena que hace inclinar la balanza. Murió hace algunos años una Ama devota como ninguna y colérica como ella sola, muger que rezaba matando un pollo y pelando un pavo, muger que rezaba todas las horas que no empleaba en regañar, la cual vivamente irritada una vez con los hijos del amo, hizo venir á un hijo suyo, alguacil y voluntario realista nada menos entonces, para que amenazase á los muchachos que les pisaria las tripas si no guardaban respeto á su madre: no hay que preguntar cuál habria sido la opinion política del padre, cuando los chicos no se atrevieron á darle cuenta de la amenaza. Pues esta santa matrona que mandaba en gefe en casa del amo, la dejó porque la cumplieron un gusto. Tenia ella el encargo de la compra de provisiones, era su memoria infeliz, todas las noches al dar la cuenta se le olvidaba alguna partida, y por consiguiente

le faltaba dinero. El amo que sabia que aunque soberbia y soez, era incapaz de engañarle, decia que le entregase el sobrante si lo habia, y se dejase de entrar en pormenores: empeñábase ella en que la cuenta se habia de ajustar cuarto por cuarto, y al ver que salia alcanzada, concluia todas las noches rogando al amo que la exonerase de aquel empleo. Harto una vez de oirla, tuvo la debilidad de creerla, y mandó al criado que desempeñara desde el dia siguiente las funciones de la perpetua dimisionaria: el mismo dia por la tarde, la señora Hermenegilda Cambrones, con grandísimo placer de los referidos chicuelos, sacaba el padron para casa de su hijo el corchete, quejándose de que el amo ya no hacia confianza de ella. Otra se despide alegando que el amo le dijo tres veces *ya*, ó *sí*, ó *pues* con retintin, y al tiempo de marcharse no deja escapar la ocasion de ingerir una docena de iguales monosílabos retintinados. Otra oye decir á la señora que en verano se debe gastar menos combustible; y á poco rato el Ama y su baul han desaparecido, y se encuentran apagada en la cocina la lumbre y puesto el puchero al sol en una ventana. Amos y amas quedan recíprocamente contentos de haber salido de maulas; ellas con marcharse y ellos con que se marchen: el amo recibe otra; el Ama se acomoda con otro; y todo es patilla y cruzado y vuelta á empezar.

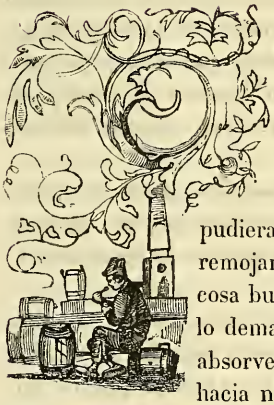
Tal es la vida del Ama de Llaves: su porte y conducta son el resultado de la educacion que ha recibido, de la influencia del carácter nacional, del suyo propio, y demas circunstancias que han agitado su existencia. Como en España se educa mal; como no se quiere comprender que hay una educacion para cada gerarquía social; como se desconoce que cada estado y condicion es una carrera con su enseñanza privativa, sin la cual es un puro acaso que el pobre sepa ser pobre, y el rico acierte á ser rico, pues una cosa y otra tienen que aprender mas que parece; el Ama de Llaves, ignorante de los límites de sus obligaciones y derechos, pocas veces es lo que debe ser; y tan pronto aparece la esclava temporal del siglo XV, como la majota procaz del siglo pasado. Esta especie salvaje va desapareciendo, al paso que nuestras turbulencias políticas van formando otra, compuesta de mugeres de modo y principios, á quienes la guerra y demas calamidades han reducido á la servidumbre. De estas, la que de buena fé se resigna á su estado, es la mejor de todas las Amas: instruida y pundonorosa, amante de su deber y capaz de respetar los agenos, se eleva á gran altura sobre la línea de sirviente y se convierte en amiga: esta no compra, ni vende ni difama ni golosea: viste como sus amas y es la compañera de las señoritas, que encuentran en ella juntamente doncella y aya. Ella y el ejemplar con que concluirémos son las que forman el Ama de Llaves tal como debiera ser, y como se ve raras veces. Hablamos de aquellas respetabilísimas mugeres, rara y noble herencia del siglo pasado, que como vástagos ingertos en una familia entraron niñas en una casa, y firmes é inseparables de ella, han visto pasar tres generaciones sucesivas, tratadas de tú por el abuelo, el hijo y el nieto; pero queridas y respetadas de todos, y cuya pérdida se llora como la de un pariente, la de una hermana. Una de estas crió á la madre del que escribe estas líneas; ella la acompañó á la casa de

su esposo; en sus brazos nací yo; en sus brazos, dos años despues, murió la que me dió á luz; en su honesto regazo creció mi infancia; en la casa de mis abuelos acabó sus dias; y su cariño dulcísimo fué el que desenvolvió en mi corazon el gérmen de ternura que me trasmitieron mis padres.

J. E. HARTZENBUSCH.

Alenza

EL AGUADOR.



Esto de beber agua es tan antiguo como la sed, y la sed es tan antigua como el hombre. Adan y Eva que diz que fueron nuestros primeros padres, es decir, nuestros padres, porque en èsta materia no hay mas que ser ó no ser, lo mismo que en otras muchas cosas, debieron beber el agua de bruzes, esto es, absorviéndola de las fuentes del paraiso como pudieran, poniéndose boca abajo y mojándose las narices pára remojar la boca. En verdad que yo hubiera dado cualquier cosa buena por ver al venerable Adan con la cabeza baja, lo demas empinado y las rodillas entre húmedas y arenosas, absorver agua de uno de aquellos arroyos, y cuando lo hacia no dársele un pito ni de su consorte ni de la creacion. Cuando se bebe agua nadie se acuerda de nadie; es un acto espontáneo que puede llamarse de *Soberania nacional*, de esos actos libres que prueban la esclavitud del hombre, pues todo sér que tiene necesidad de beber agua es esclavo de la sed La libertad del hombre es la piedra filosofal, el Ave Fenix que nadie la encuentra; nos engañamos con ficciones y adelante con la música. Esto de engañarse es muy filosófico. La verdad, bien mirada, es en el mundo una atrocidad.

Es mas todavia, es el espejo en que las miserias humanas se ven en toda su desnudez, y el hombre que asi se vé tiene que sentir por necesidad no haberse muerto al nacer. Si los aguadores fueran hombres que pensasen, no serian Aguadores. Sin embargo, ese oficio como todos los demas tiene sus contras y sus ventajas.

En suposicion de que el agua se necesita para muchos usos de la vida, y sobre todo para beberla, era natural, lo mas natural del mundo, que hubiese hombres que surtiesen de agua á otros hombres que pagasen el agua y el trabajo de traerla. Hé aqui el origen de los Aguadores. De que provincia fueron los primeros que cargaron con un cántaro ó cuba al hombro, no se sabe, y es uno de aquellos puntos que la historia deja en tinieblas. La historia es como la luna; tiene sus manchas, y manchas que nadie sabe lo que significan. Hasta cierto punto es una ventaja que la historia tenga sus paréntesis, porque como el mundo siempre ha sido malo, cuanto menos se cuente de él, tanto mejor, y cuanto menos de él se sepa mucho mejor. El agua en este mundo miserable, ruin y baladí, es artículo de primera necesidad, y como las fuentes no estan por lo general á la puerta de la calle, hay que *trasegarla*, operacion (se entiende lo del trasiego) que los economistas creen que es una de las principales causas de la riqueza, en un mundo tan bien organizado que solo los tontos tienen dinero, y no solo tienen dinero sino que tienen razon, porque este mundo es de los tontos y no de los malos como decia S. Pablo. Con permiso de su santidad y sabiduria, no estamos enteramente conformes; la opinion es libre. S. Pablo tenia la suya y yo la mia. El era apóstol; yo no puedo serlo; pero eso de santo quién sabe si lo seré y si los dos discutiremos este negocio en el otro mundo. Y en verdad que seria cosa divertida vernos y oirnos á S. Pablo y á mi en el cielo discutir con la debida formalidad sobre los asuntos de la tierra. Nuestros lectores dirán ¿y qué tiene que ver el cielo ni S. Pablo con un Aguador? pues tiene que ver, porque con la cuba al hombro y su chaqueta parda, un Aguador es un hijo de Dios y heredero de su gloria como cualquiera hijo de vecino, segun la doctrina del padre Ripalda.

La igualdad entre los hombres es la fábula mas consoladora que ha inventado la filosofía moderna, y el sueño mas delicioso de las constituciones que estan en moda. Algo es algo; aunque no lo seamos, bueno es que nos lo figuremos. Al fin y al cabo esta vida se compone de *figuraciones*.

Nace en Asturias ó Galicia que tanto monta, un muchacho rollizo, carnudo y dormilon (la robustez dá sueño) y este chico se cria como todos los del mundo, llorando mucho, mamando mas y privando del sueño á sus padres que es una de las gracias del matrimonio. ¡Oh! esto de casarse es la mayor de las felicidades. Es una locura mas de las que hacen los descendientes de Noe, condenados (y no sé la razon) á pasar este rio de la vida entre padecimientos y tribulaciones.

Pues señor, como íbamos diciendo, ese chico se cria pobre y miserablemente, pero sano y guapote como una manzana. Cuando ya tiene doce años el ciudadano, cuida de una vaca, duerme á su lado sobre un lecho de paja de centeno y de

yerba á medio secar. Llega á fuerza de leche de vacas y pan de maiz á ser hombrecillo, y entonces entra en cuentas consigo mismo y trata de ser algo en esta nada del mundo. Este es el momento en que la suerte decide de su miserable situacion. La diosa del hambre le inspira y se resuelve á venir á Madrid en busca de una cuba, objeto de todos sus deseos y emporio de su felicidad. Pero ocurre que el ciudadano independiente, pasados algunos años de su ambicion aguadoresca y sus deseos de ver la córte de España, en donde su abuelo trayendo y llevando cubas hizo el suficiente capital para ser alcalde, quiere serlo en su lugar, imponer multas á la gente decente y jugarla de plancheta, por aquello de si quieres ver á Periquillo, dale un mandillo, y presidir la misa en los dias de fiesta con su capa reverenda y su reverenda estupidez adornada con el sello de la justicia. ¡Pobre justicia! Desde la caja de Pandora y mucho antes, segun mi opinion, anda esta desgraciada señora por esos andurriales como muger perdida y de quien no hacen caso sino los malos.

Verdad es que en estos felices tiempos que corremos, la justicia ha invadido las casas de los hombres honrados para cometer con ellos iniquidades, como le sucedió no hace mucho á este pobre descendiente de Adan que sin comerlo ni beberlo tuvo que tragar la píldora y *viva la libertad.*

Eso de ser alcalde gusta mucho á los tontos. El mandar es propiedad de esa gente favorecida de la fortuna, que siempre favorece á lo peor. Vuelvo á la carga; este mundo es de los tontos. Pero anudando el hilo aguadoresco, pintemos, con la verdad en la mano, lo que sucede y lo que es en sí ese ciudadano á quien la Providencia destinó para llenar de agua las *heróicas* tinajas de la villa y córte de Madrid. No estrañen nuestros lectores el epiteto de heróicas aplicado á las tinajas, porque en Madrid son heróicos hasta los pucheros de Alcorcon, que se venden en la bajada de Santa Cruz. Aqui todos somos héroes, desde los pucheros hasta las cazuelas que son una de las mejores invenciones del entendimiento humano (salvo el asador).

El ciudadano aspirante á Aguador ronda por las noches á las marusas de su lugar y aun de su concejo, y encuentra con alguna que le fija y será en adelante su amada esposa. Despues de los preliminares del matrimonio se casan en paz y en haz de la Santa Madre Iglesia. Ya tenemos á nuestro hombre hecho un ciudadano completo, un benemérito de la patria, que un hombre casado bien merece ese título y aun algo mas. Luego que estan en su casa (vulgo choza) se encuentran los dos esposados con que no encuentran nada. La miseria, patrimonio esclusivo de ese ser que se llama hombre, porque en este globo sublunar ni las águilas, ni los elefantes, ni las hormigas padecen de semejante achaque, pone en discusion *parlamentaria* á los dos esposos, y el maruso le dice á la marusa, poco mas ó menos lo siguiente: «mira chica, lus dos estamos mal. Nu tenemos dinero ni que cumer. Asi no pudemos vivir, con que es precisu que tomemos alguna determinacion. Yo estoy ya determinadu. Me voy á Madrid. Mi abuelo y mi padre hicieron lo propio, y encontraron convenencia. Tu te puedes bandear por aqui de espigadera ó de otro oficio

mas sublime. Si tenemos succesion puedes ponerte á ama de cria y entonces nos veríamos los dos en Madrid, sin que los amos lo supieran. Yo diria que era primu tuyo y cuando lus señores salieran á paseu trataríamos de nuestros negocius. Me guardarías un poco de pucheru, y tan ricamente. Si esto no sucede, te aconseju que trabajes por que el trabaju, segun decia en la cuaresma pasada el padre Ciriaco, es una virtud y todos estamos condenados, á esta virtud por el pecado de Adan. Luego que yo esté en Madrid y haya encontrado la convenencia debida, te enviaré las sobras, y con ellas podrás remediarte hasta que Dios permita que yo al cabu de algunos añus pueda ser alcalde del lugar, se entiende por mi dinèru.»

Pasado este coloquio y despues de las lagrimitas y suspiros de la esposa, el aspirante á Aguador, con un palo en la mano derecha, unas alforjas de cáñamo blanco en el hombro izquierdo con tres ó cuatro remiendos, y unos cuantos zurcidos por añadidura, calzoncillos limpios, camisa sucia y zapatos de siete suelas forrados en hierro, toma las de villadiego y se encamina á la villa y córte sin otro pensamiento que el del agua de las fuentes de Madrid y las *sobras* que ha de mandar á la querida esposa, que toda mohina y acongojada llora y se lamenta sobre el hogar, mientras un gato hambriento, peludo y galgui-flaco huele con la avaricia del hambre el pote de nabos, berza y su cacho de manteca rancia que cuece á borbotones y como si en su murmullo ostentase el poder de su soberanía. Y cuidado, que no lo digo de broma. Yo no conozco nada mas soberano que un puchero que está cociendo. Es el rey del fuego, del agua y de la tierra, teniendo al aire por ayuda de cámara.

Entre tanto, el ciudadano Aguador *in fieri*, con un pie tras otro, mejor dicho con una maza tras otra, sudoroso y pulverulento, sigue su jornada como un Cid; con la misma tranquilidad de ánimo que da audiencia un ministro de hacienda que no paga á nadie.

Entrada ya la noche, y embozado con las alforjas de cáñamo, llega á una venta, en donde despues de saludar al ventero con aquello de «buenas noches nos dé Dios» se sienta á la lumbre, echa las alforjas atras, se abre de piernas y presentando las palmas de las manos á cuatro dedos de las llamas, dice en su interior «aqui hay un hombre.»

A puro tragar judías á medio cocer, polvo en crudo y agua de posada, que es la peor de todas las aguas, llega el pobre hombre á Madrid, en cuyas puertas lo primero que le piden es el pasaporte que por señas de cuatro reales de vellon le espidió el fiel de fechos de su lugar, con una cruz del Alcalde, por no saber firmar. Alcaldes de esta ilustracion se encuentran á puntapiés por cualquier parte de la Monarquía española. Eso vá en aprensiones, y yo tengo para mi que es mas feliz el que menos sabe, porque de este pícaro mundo no llega uno á saber nunca mas que picardías. Despues de aquello del pasaporte, el registro y todas esas garantías sociales de que felizmente disfrutamos los españoles, consigue atravesar una

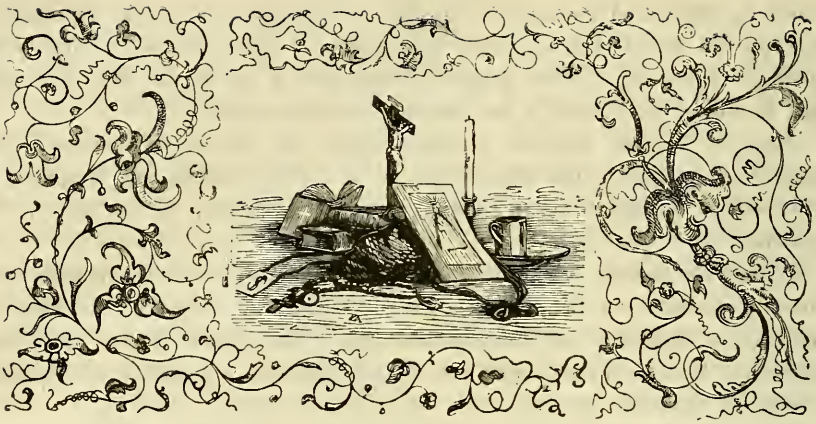
puerta de Madrid el ciudadano Aguador, y andando de fuente en fuente, llega por fin á dar con un primo que tomó el oficio dos años antes y á quien le sobra una cuba porque compró dos y no puede mas que con una; lo mismo les sucede á los maridos de mala conducta.

Pero es el caso que no teniendo plaza, se ve en la necesidad de comprarla, y aqui entra ella. El primo no tiene dinero, él tampoco, y para ponerle en calzas, es menester descalzar á la mitad de un concejo de Asturias.

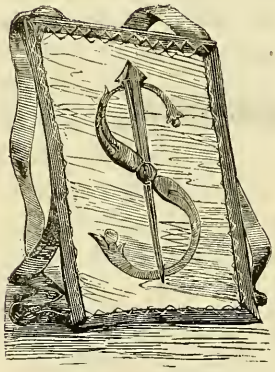
A fuer de paisano y del oficio logra por fin el derecho de henchir una cuba, y llevarla en triunfo por las aceras dando cubazos á diestro y siniestro, y despertar por la mañana no solo á los criados de las casas sino á los amos, tocando la campanilla con el mismo imperio y magestad que pudiera hacerlo el dueño de la casa.

Una cosa notable hay en los aguadores, y es el ruido que forman con los zapatos. Hasta los gatos se asustan y no hay perro que no les ladre. Son sin embargo honrados y esto debe decirse en honor de tan miserable oficio, y que si Asturias y Galicia no existieran, no habria aguadores. Un puchero de reserva, para las sobras de lo que en las casas donde sirven quedan, es para ellos el ángel tutelar que les libra de las miserias y necesidades humanas. Para dormir en el invierno no necesitan mantas, porque duermen muchos juntos y se arropan los unos con los otros; en el verano duermen al raso y los cobijan los luceros. En una palabra, el Aguador de Madrid, es una especialidad humana. Deja su tierra para ser alcalde en su tierra. A fuerza de sudores, remojaduras y mal comer, logra un capitalito que se emplea en dos vacas preñadas ó en la vara de la justicia.

ABENAMAR.



LA SANTURRONA.



I alguno de esos escritores graves á medias, y filósofos de los pies á la cabeza, estuviese encargado de bosquejar este tipo, empezaria diciendo: que la educacion era la madre de las costumbres, y no se olvidaria de añadir que las inclinaciones eran nietas de aquella respetable señora. De distinto modo que este padre-santo moderno desempeñaria su comision, otro escritor, grave tambien, pero discípulo por desgraciada añadidura del doctor Gall. De esos que arreglan los cráneos á rigorosa escala y pasan su vida buscando protuberancias en forma de instintos ó vice-versa, ni mas ni menos que si anduviesen calando melones y calabazas. Para esta clase de sabios Labateres, toda educacion es inútil, apoyándose en aquello de que, la madera que nace para cuñas no admite pulimento. No faltarian tampoco escritorzuelos festivos que creyendo á las Santurronas entes jubilados por Terpsícore, las clasificasen segun las gracias de menos ó las deformidades de mas; subdividiéndolas en *feas*, *semi-feas* y *asi-asi*. Pero nosotros que no somos graves, ni festivos, ni filósofos, ni mucho menos frenólogos, guardamos silencio sobre este punto, porque el caso era empezar este artículo y ya... Los lectores que hayan llegado hasta aqui, letra por letra

ZARZA
ORTEGA

como Dios manda y en las escuelas se enseña, podrán decir, si dado que esto no sea exordio lejítimo, no ocupa por lo menos el lugar de tal.

Resta únicamente, y asi conviene á nuestra natural franqueza y buena fé, dar un silvido-señal para que como telon de embocadura de este artículo aparten las Santurronas el velo de sus rostros, y alcen los ojos para mirarnos frente á frente sin ningun género de hipocresía; cuanto mas claros mas amigos. Y aunque beata sin velo y sin miradas rastreras, no deja de ser un fenómeno mas que mediano, por hoy es preciso que asi suceda; y para la necesidad no hay leyes; cuanto mas que nosotros somos muy ligeros en estas investigaciones, y antes que los lectores se aperciban del compungido semblante que se ocultaba tras de la mantilla, ya habremos pasado una revista escrupulosa á todos los actos semi-mongiles de la vida santurrónica. Tenemos la diabólica intencion de asistir á su exámen de conciencia, y acompañarlas de iglesia en iglesia, para encenderlas la vela en las procesiones y apagársela luego en las sacristías. Esto no quiere decir que las abandonemos en sus vigilias y privaciones; estamos resueltos á todo; y aunque no creemos que coman gato por liebre, ni dudamos que sea escabeche lo que huele á perdices, y está dentro de la empanada que come los viernes de cuaresma, bueno será que nuestra pluma ande en todo, introduciéndose en los alimentos, como pincho del resguardo para preguntar despues si llevan algo que pague derechos. Y por si alguno (que nadie está libre de una mala voluntad ó un testigo falso como dicen los ciegos) creyese que tratábamos con estos preámbulos, de dar treguas á nuestra tarea, á renglon seguido puede salir de su ansiedad.

La virtud, dicen unos, está en el medio; los vicios, añaden otros en los estremos. Sea enhorabuena, y vitor por los primeros y los segundos; y si el lector conviene con nosotros en la impertinencia de estas líneas, concedido y táchense. Donde diga lo que no debió decir, léase lo que se pensó poner, y fué: Que es tan cierta la existencia de un Judas en todas las familias como la de una Santurrona en cada casa. Sea cualquiera la educacion que adopten para sus hijas los padres de familia, dificilmente evitan que unas se den á los devaneos y travesuras del amor, y otras á las novenas y procesiones. Hasta aquí todo va bien, y da gusto ver á la niña de 12 años obediente á cuanto dispone su madre, y leyendo ansiosa la vida de los santos y otros libros, ínterin su hermana, que apenas tiene once abriles, coquetea en las tertulias, responde á su madre, la tutea; aprende de memoria las novelas de Jorge Sand, y se distrae de este trabajo con el *Diablo mundo* de Espronceda. De la primera de estas criaturas diria Gall que tenia muy desarrollado el órgano de la veneracion, de la segunda diríamos nosotros, á ser gallos (plural legítimo) que no tiene órganos desarrollados, ni por arrollar. Pero como esas averiguaciones no hacen al caso, y la coqueta de 11 años nada tiene que ver aquí, seguiremos de cerca á la virtuosa niña que quedó leyendo el *Año cristiano*.

A pesar de lo mucho que agradan á su madre las piadosas inclinaciones de la niña, y su aversion á las galas y pasatiempos frívolos, la insta varias veces

á que se componga, y la acompañe á esta ó la otra diversion; pero la muchacha va creciendo en edad, y no mengua nada en escrúpulos y ridiculeces, desobedeciendo tal cual vez las órdenes maternales: Cuando yo te haga asi.... es que vengas.—Cuando yo conteste asá.... es que no me da la gana. Poco menos se espresa la niña, aunque esta traduccion es un poco libre, dando lugar á que su padre se formalice, diciéndola con palabras dulces y cariñosas, que no se opone lo uno á lo otro, y que la prenda mas recomendable en una jóven bien educada, es la obediencia y la humildad. Nada de esto es suficiente para que la niña desista de lo que una vez se propuso, y llega á tanto su obstinacion, que compromete la autoridad paternal, hasta el punto de recurrir á las amenazas en vías de hecho. Pero la muchacha, ó es de Aragon, ó es ingerta, y ya se pronuncia mas á las claras, diciendo terminantemente que Dios la llama por el camino del claustro, y que quiere ser monja. Y aunque allá en sus adentros, sabe que el autor de sus dias no es gentil de nacimiento, y que no se llama Diocleciano ni Maximiliano, teme, que asi como ella se dedica á imitar vidas de santos, y hubo un D. Quijote que resucitó la andante caballería, le dé á su padre por seguir las huellas de aquellos emperadores; y casi cree que la persiguen por cristiana, cuando por el contrario, solo tratan de que lo sea con toda perfeccion, purgándola de varios escrúpulos y ridiculeces.

Consigue por fin tomar el hábito de religiosa, y en el año de noviciado se logra lo que no habian podido conseguir las amonestaciones paternales, y antes que llegue el dia destinado para la irrevocable confirmacion de los votos, que tanto ansiaba pronunciar, conoce que si Dios la llama hácia sí, no es precisamente por caminos cubiertos; y aun le parece que al aire libre hay mas motivos de alabar al Señor. Esto, sin embargo, no es lo que responde cuando la interpelan sobre su salida del convento; el mal estado de su salud fue lo único que la pudo traer de nuevo á su casa, sin la hermosa trenza de pelo, que la cortaron cuando vistió el sayal. Tal vez por esto la llaman los muchachos *la pelona*, y por lo otro seguramente es conocida del vulgo con el nombre de *monja rebelde*. Tiene derecho á todas las atenciones de jóven cesante, ó muger jubilada, y todos la consideran como una viuda escedente, ó una Solterona de oficio. Sufre varias chanzas, pesadas y picantes las mas veces, sobre si ahorcó ó dió garrote á la estameña; pero despues de algun tiempo nadie se acuerda de la ex-monja; á escepcion de nosotros, que previo su correspondiente exámen, practicado de puertas adentro para no molestar á los lectores, la ponemos una basquiñita de merino negro, un pañuelito blanco sobre sus hombros, y una mantillita de tafetan negro, con un velito de tul liso. Y no se crea que usamos á nuestro antojo los diminutivos, porque ni nosotros hemos de pagar la cuenta del mercader, ni se gasta mas tinta para decir grande que chico; pero aquí, lo primero es la verdad, y faltariamos á ella si no dijésemos, que las Santurronas apenas cogen en sus vestidos; aunque caben muy bien en su pellejo porque no suelen estar muy gordas. Si á lo dicho se añade una correa pendiente de la cintura, y una bolsa obscura menor que

un cofre, y mayor que un saco de noche llamada con toda propiedad *ridículo*, podemos sellar el traje con un corazon de plata, y siete espadas al rededor, (valor intrínseco, dos reales) que coseremos en la manga izquierda.

Innecesario seria decir, y tal vez se ofenderia el lector, si se le advirtiese que no todas las Santurronas tienen la misma procedencia. Militan muchas viudas bajo esos mismos escapularios, y no se deja de hallar alguna casada que abandone sus obligaciones viviendo mas tiempo en las iglesias que en su casa; pero vista una están vistas todas, y mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Sírvanos de tipo la pelona, y ahora cabalmente que son las cinco de la mañana y Reaumur señala 7 bajo cero, veámosla salir de su casa sola, y sin otra defensa que su ridículo, célebre por mas de una vez que se ha visto en letras de molde, cuando decia el Diario que se llevase á la sacristía de Jesus, un ridículo verde bordado de abalorio, y con borlas de lo mismo, que contenia tres libros medianos y cinco pequeños, con dos rosarios, una corona, tres cruces, dos medallas y una oracion manuscrita para las tercianas, con 500 dias de indulgencia.

En el umbral de la puerta se santigua tres veces, y escupe cuatro; deja caer el velo sobre su rostro, y emprende su cotidiana peregrinacion, susurrando varias oraciones, y haciendo rodar un rosario de á quince entre los dedos de la mano derecha. Pasa por delante de varias iglesias, cerradas aun, sin cuidarse al parecer, de lo que hay á la puerta de todas ellas, y es un grupo de Santurronas contando por minutos la pereza del sacristan. Sigue marchando y gruñendo hasta parar en la iglesia mas distante de su casa; porque es cosa sabida que la devocion de estas gentes está en razon directa de las distancias, y nadie duda que si la feligresa de Maravillas tiene devocion á la virgen de Atocha, la que vive en S. Cayetano refiere sus cuitas á S. Antonio Abad. Reúnese allí con otras damas madrugadoras, á quienes saluda, y toma parte en la piadosísima tarea que aquellas cándidas (1) aves de rapiña desempeñan á la puerta del templo santo de Dios. Durmiendo se hallan á semejante deshora los dueños de cuantos nombres se pronuncian en esos círculos de sociedad matutina. Reuniones tenebrosas, porque á la hora en que se verifican están de relevo el astro del dia y el de la noche, y ni alumbra la luna cuando entrega la guardia, ni el sol calienta hasta que la recibe; para los faroles del alumbrado suele amanecer á la una, y se les concluye el aceite á las doce y media del dia anterior; este combustible da guardia á medias con el público, y las ensaladas de los celadores y farderos.

» Aquí yace una beata
» que no habló mal de ninguna;
» perdió la lengua en la cuna. »

(1) Esto de la candidez, no está en el traje con que ol pondrémos en el corazon; la rapiña tampoco se infiere por las manos, pero se delata por la lengua. La murmuracion de estas gentes es la picadura de la sanguijuela; ente raquítico que ni se le ve venir, ni se le oye chupar, y sin embargo no deja gota en las venas.

Este epitafio del célebre poeta granadino Martinez de la Rosa, no serviria para ninguna de estas caritativas mugeres que ya murmuran del sacristan, diciendo que no es la pereza la única causa de que se le peguen tanto las sábanas; ó hablan del mismo modo sobre la misa del dia anterior, conviniendo todas en que el celebrante se comió una oracion y parte de otra, y asegurando algunas que habia rezado el evangelio de S. Juan por el de S. Lucas. Pero lo mas notable es ver como se dan cuenta mútua de cuanto hicieron, hacen ó piensan hacer sus respectivas vecindades; ni mas ni menos que si se hallasen á los pies del confesor con plenos poderes para representar agenas conciencias. Y como la mayor parte son tiples de dos octavas, *do* sobre agudo, cuando refieren chismes estraños, se les oyen lo suficiente para referir á nuestros lectores lo que charlan entre las pausas de los *pater-noster*.

—Pásmense Vds. amigas, dice una de ellas haciéndose escuchar con terror de las otras. Qué escándalo!... el Señor me lo reciba en descuento de mis culpas y pecados.... Anoche al acostarme, acababa de hacer exámen de conciencia y me habia *puesto en Dios* como nunca: se arma una riña en el cuarto segundo donde vive el canónigo que ya.... Al principio no pude entender nada, pero luego conocí que el ama reñia con el criado sobre el precio de la ternera.

—Ternera en dia de vigilia!... replicó la ex-monja, seria la cuenta del dia anterior!

—Aunque asi fuese, contestó la escandalizada dueña, era viernes, y el hablar de carne en esos dias, puede inquietar la conciencia de los que escuchan, como me ha sucedido á mi, que á pesar de haber escupido diez ó doce veces desde que me levanté, aun me parece que huelo á ternera.... Deseando estoy que baje el padre para contárselo todo y desahogarme.

—Pues qué me diran Vds. añade otra interlocutora, de la inmoralidad de mis vecinos, que se retiran á las tres y las cuatro de la mañana, y jamás los veo en la iglesia por mas que miro!... Mis palabras no les ofendan... Ave Maria purísima!... pero yo los tengo por herejes... Cuando salen al balcon las jóvenes de enfrente las hacen unos guiños tan feos!.... Pues y ellas!... Jesus!.... perdonadlas Señor... tal para cual! Son dos hermanas, dicen, solteras con una muger que llaman madre... pero qué madre!.. á la plazuela va hecha un pingo, y vuelve cargada como un burro, ínterin las señoritas descansan, sabe Dios como, del bailoteo que tuvieron hasta mas de las dos. Solo van á misa los domingos, y para eso á la de la tropa, y á qué van?.. mejor seria que no fuesen...

—Y diga Vd. que tiene mejor vista que yo, interrumpe una vieja, que habia callado hasta entonces, ¿quién se ha mudado al cuarto principal de la casa nueva?

—No lo he podido averiguar aun... Siempre estan corridas las persianas.... Solo sé que hay una niña de pecho porque el angelito llora algunas veces. Y por las mañanas, añade con aire de reserva pero con voz atiplada y sonora,... sale uno muy embozado con anteojos verdes... El otro dia se le cayó el embozo, y tiene unos bigotazos retorcidos que parece un Lucifer! Su alma en su manga, y allá se las avengan, que no sirva esto de murmuracion, pero esa casa es misteriosa.

Eterna seria la conversacion de esas mugeres, triste fraccion de la preciosa mitad del género humano, si no se oyera de pronto un ruido, como arrastrar de cadenas, y crugir de grillos. Sonido metálico que los presidiarios distinguen de otro cualquiera, y que las Santurronas no confunden tampoco porque ese ruido es el mismo que oyeron al anochecer del dia anterior, cuando el sacristan agitaba un manojo de llaves, y ellas desocupaban la iglesia.

El sacristan es uno de los niños mimados que por egoismo tienen las Santurronas; pero él por su parte las trata muy mal, y empieza diciendo ínterin abre las puertas del templo y ellas se agolpan para entrar:—Ténganse las brujas, que tiempo tienen, y esto no es ningun aquelarre. Yo no sé que hacen las pulmonías, añade, que no dan una carga á estas momias.—Callan todas, y esparciéndose por la iglesia, atienden únicamente á tomar por asalto los confesonarios; esperando en ellos, no á pié firme, ni rodilla en tierra, sino sentadas en el suelo y sobre los talones, la llegada del confesor á quien importunan con diferentes recados, y varias toses coreadas. Hasta este momento y nada mas nos es permitida la observacion, pues aunque algo pudiéramos decir de lo que pasa entre la Santurrona y su padre director, el delito estaria en haber escuchado, y no estamos decididos á publicar nuestras culpas por tan poco. Y como esta gente suele descargar su conciencia, empezando por los pecados agenos, y concluyendo con los estraños, sin ocurrirles nunca deshacerse de los propios; y entre los refranes que parecen sentencias hay uno que yo sabia cuando muchacho, y dice: «que oye su mal el que escucha....» Y yo he sabido embrollar este párrafo pero no acierto á concluirlo ni á seguirlo embrollando siquiera; porque no sé como hemos venido á estos chismes para decir, que por fortuna de nuestra religion, y honra de sus ministros, no todas las beatas hallan *á primeras de requisa* un confesor que se preste á dirigir á sus caprichos, sustentando sus ridiculeces. Sucede en alguno de estos casos que el confesor levanta la voz algo mas de lo regular, y *velis nolis* le oimos decir.

—Mejor seria que fuese Vd. á cuidar de su esposo y de sus hijos, y se dejara de venir á estos sitios con los mismos chismes de ayer, profanando un dia y otro la cátedra de la penitencia..... ¡Creen Vds. que es posible ser buena esposa, yendo todo el dia de iglesia en iglesia, y que será mejor madre de familia la que rece mayor número de rosarios al dia!

Pero esto no produce los efectos que eran de esperar, porque la conversion de una beata es casi imposible, y por toda contestacion suelen santiguarse asustadas, diciendo que aquel padre tiene la manga muy ancha y mal genio por añadidura. ¡Condicion humana creer que solo dice verdad el que nos engaña adulando!

En el tiempo que pasa desde que amanece hasta las once pueden celebrarse diez ó doce misas, y otras tantas oye la Santurrona todos los dias, abandonando luego la iglesia de su devocion, el santo de su confianza y el altar favorito de su padre director para dirigirse á otro templo en que haya funcion, y en su defecto á las *Cuarenta horas*, que es un recurso permanente. Cuando el inmenso gentío

que acude á esas grandes funciones no se advierte desde el cancel de la iglesia, es porque tiene su primera línea en descubierto junto al arroyo. Lo cierto es que la Santurrona encuentra defendida la entrada por una muralla inespugnable para cualquiera que careciese de los remos que ella se forma con los codos, y son á las gentes, que tuvieron la desgracia de llegar temprano, lo que las agallas del pez á las partículas del agua donde pasea y vive. Apoyando el codo derecho en el estómago del distraido elegante que allí se encuentra las cosas antes que se pierdan, y cerrando herméticamente con la punta del izquierdo, un ojo derecho, propiedad legítima de una jóven que está de rodillas, logra avanzar un paso, y otro y otro, siguiendo de este modo su remolque hasta llegar al punto que se propone poco distante del altar mayor. En esta travesía tropieza algunas veces, y no besa la tierra cuando mal de su grado cae sobre los obstáculos de carne humana que se le presentan, porque su boca no da en el suelo y sí en la peluca del compungido anciano que obedece al vaiven de la beata, derribando por su parte una muger que cae del mismo modo sobre un hombre. Esto produce un levantamiento general que sabe aprovechar muy bien la Santurrona para seguir nadando, sin darla un bledo que el predicador cambie el tema de su sermon, apostrofando á los libertinos que escandalizan en las iglesias. Y al dia siguiente cuando venden los ciegos: «El desacato cometido en la iglesia de N...» se olvida de su caida hasta el punto de santiguarse y decir:—¡Qué profanacion!

Estas escenas no serian tan frecuentes si marchase derecha por medio de la iglesia; pero tuerce siempre hácia la pila del agua bendita, para bañar en ella el rosario, y contramarcha luego hácia la sacristía; trayendo en la mano un ruedo que la suele reservar el monaguillo. Y donde parece que apenas hay sitio para una persona, estiende su rodela de esparto crudo, con algun detrimento de los rostros que estan *circum-circa*. Y si descubre alguna compañera que viene jadeando como ella por entre la multitud, la hace una seña invitatoria que equivale á decir: Aqui hay donde estar; respondiendo con afectada humildad, si las gentes á quienes oprime critican la oferta:—Tanto así que tuviésemos de gloria. Y aqui venia como de molde una «nota del autor» que dijese: «Buena estaria la gloria donde entrase esa gente á codazos.»

En las procesiones, es mi amantísima Santurrona una de tantas mugeres como pululan entre las varas del palio ó las ruedas del coche que cierra la comitiva, y en estas solemnes ocasiones lleva un escapulario sobre los hombros de color diverso, segun es: *El Dios de S. Ginés*, *el de S. Pedro*, ó *el de Santa Maria*. Por las tardes asiste á las novenas donde canta los gozos y la letania, siendo esta la primera vez en mi vida que me aqueja el sentimiento de no ser músico ó copiante al menos; porque si yo pudiese escribir á renglon seguido la parte de tiple-caricata que desempeña nuestra Santurrona cuando canta el estribillo en los gozos, era un rato de risa para los lectores que valia tres docenas y media de *semi-fusas*. De otro modo es imposible darles una idea de sus gorgoritos, falsetes y trasportaciones. Y aunque la mayor parte de los lectores tendrán una de estas mugeres por vecina, de nada servirá encargarles que escuchen cuando

ensaya, porque solo paran en sus casas el tiempo necesario á reparar su estómago y el del gato, evitando que se muera de hambre el perro dogo. La calceta y la aguja son tareas profanas, como ellas dicen, que roban el tiempo á las divinas. Ya se ve, no se las puede prohibir que lean en latin, y es dificil evitar esas bastardas versiones que hacen del libro sublime de los Evangelios.

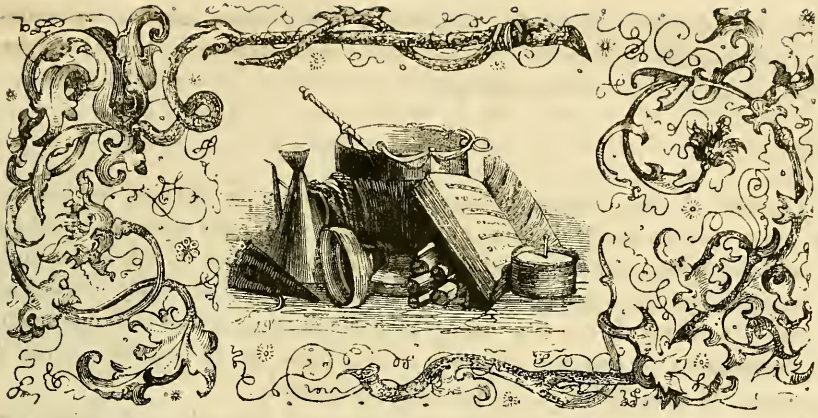
De los aposentos de las Santurronas no puede decirse nada, porque varian segun el rango de cada una de ellas. Generalmente viven solas, en un cuarto interior modestamente alhajado, las paredes están cubiertas por una multitud de papeles impresos, que en casa de un artista serian diplomas, y alli son patentes, cartas de hermandad, y sumarios de indulgencias. Por ellos se sabe que la Santurrona es sierva de la Virgen, esclava de Jesus, hermana de S. Francisco, súbdita de S. José, congreganta de Maria, archicofrade de varias sacramentales, y que pertenece, en suma, á todas las cofradías de la capital. Sobre la mesa tiene una urna de cristal, llena de reliquias y escapularios, y en la rinconera hay una bandeja donde se conserva medio bizcocho y un mendrugo de pan, que á través de los años son testigos de la primer jícara de chocolate que tomó el padre confesor en casa de su hija de confesion. No menos significativo es un pañuelo sucio, pendiente de un clavo con el cual afirma la Santurrona que se limpió el sudor, predicando las siete palabras, el único predicador á quien ella escucha con gusto, y apellida *piquito de oro*.

Ea pues, (santurrónicamente hablando) carísimos lectores; ahí teneis la vida de nuestra Santurrona; ignoro si habeis hecho conmigo lo que las beatas con los *picos de cobre* cuyos sermones presencian durmiendo, y cuyo sueño llaman éxtasis de *profundis*. De cualquier manera que hayais leido este artículo, no pretendais que á la *vida* sigan los *milagros*, porque no creo que Dios se valga de ellas para manifestarnos su poder; lo que no niego es que dando el Señor acierto al médico de cabecera que cura los pechos á una vecina de la beata, esta pide en sus oraciones á Santa Agueda, cuando aquella está convaleciente, y compra luego unos pechos de cera que con un lazo de color de rosa hace colgar en la capilla de la milagrosa imágen. Tambien pide á Dios buena cosecha en el año presente, y lleva á los monumentos unos vasos donde sembró trigo y algarroba, y en cuyos sitios creció lozanamente, porque la piedra que asoló los campos, no pudo penetrar en los tiestos de las alcobas y gabinetes. Y ahora que hemos llenado el hueco de los milagros, y este artículo ha seguido el mismo órden que las aleluyas del *hombre universal* ó las del *hombre malo*, razon será que á imitacion de aquellas, digamos algo de la hora en que les acomete el último gesto y mueven las mandíbulas por última vez.

Todas las hermandades y cofradías á que perteneció acuden con diferente número de sufragios y oblaciones, segun el rango que ocupaba la difunta, las mandas del testamento, y las simpatías de los testamentarios á quienes se les dijo: «Todo por mi alma.» Una palma y cera *blanca* (circunstancia precisa) indica que aquella ochentona á quien amortajan, con una soga de esparto al cuello en cumplimiento de su última voluntad, era soltera.

Y como aquí ponemos todo lo que se nos ocurre, sin perjuicio de poner en otra parte lo que despues nos vaya ocurriendo, y ahora nos ha venido á las mientes una cosa muy esencial, encargamos á los montes pios y sociedades de socorros mútuos, que á las pruebas sanitarias, añadan una informacion de testigos que acredite estar el aspirante libre de hijas santurronas, plaga mas temible que las incurables. Hoy dia es inmenso el número de beatas que cobran orfandad á los ochenta y tantos del pico; porque (eso es otra cosa) como precepto hijiénico son muy buenas las costumbres santurronianas. Yo no sé si se vive bien ó mal con ellas, pero se vive mucho, y algo es algo.

ANTONIO FLORES.



EL SACRISTAN.

ICE la fábula, que Proteo era un buen señor, hijo natural y legítimo de D. Oceéano y de la señora Tetis, el cual tenia el privilegio, atributo ó cosa tal, de mudar de formas, segun se le antojaba. Yo digo que el buen Proteo era un niño de teta en eso de cambiar de formas y mudar de oficios, respecto del Sacristan español. A la verdad; de Proteo no se sabe á punto fijo que se transformase en otra cosa que en arroyo y en culebron, aunque autores muy graves afirman que tambien sabia hacer el oso, al paso que el Sacristan español se transforma todos los dias de mil modos, y se nos presenta, segun es la urgencia, bajo las formas de organista, maestro de niños, fiel de fechos, *almotacen* ó veedor de pesos y medidas, muñidor de cofradías, estanquero, memorialista práctico, y mayordomo del duque, en los pueblos de señorío. Hay ademas otras mil y mil circunstancias aun mas eventuales, que varían este tipo hasta lo infinito, viniendo de este modo el Sacristan á ser una especie de *omnibus*, como si dijéramos, el *hombre universal* de su pueblo.

Reuniendo pues del mejor modo posible tan diferentes atribuciones y tan inconexos oficios, podremos considerar al Sacristan bajo tres aspectos; á saber, sagrado, artístico-literario, y administrativo. Si á fuer de rancios peripatéticos

quisiéramos dividir y subdividir, pudiéramos formar otras muchas fracciones, segun son las diferentes formas bajo las cuales se tergiversa y se nos escurre de las manos este moderno *proteo español*.

I.

La iglesia de Dios, decian los antiguos, va siempre por delante. No seré yo por cierto quien se aparte de esta antigua fórmula y por ende pláceme considerar al Sacristan bajo su aspecto sagrado y semi-eclesiástico. Bien mirado este asunto, el Sacristan es el eslabon, ó punto de contacto, que une el estado eclesiástico al seglar, y lo sagrado con lo profano; asi como el orang-outan es el intermedio del cuadrúpedo *al bipedo desplumado*, vera-efigies de un español, como si dijéramos, el gallo de Morón sin plumas y cacareando.

En otros tiempos el Sacristan era un compuesto de hombre y de sotana con mangas, y como tal un papel obligado en sainetes y tonadillas. No ha muchos años, que á nuestro deseado monarca, se le caia la baba al ver los sainetes *del santo y del soldado exorcista*, y el público se repartia á pescozones los billetes de teatro, para tener por centésima vez el gusto de oir aquellas manoseadas coplas en boca de un Sacristan.

De profundis clamavi son mis intentos
y de *requiem æternam* mis pensamientos.

Pero no es enteramente cierto, que el Sacristan gaste siempre sotana. En muchas partes se contenta con el sobrepelliz ó roquete *en pelo*, si es que la chaqueta lo tiene, pues por lo que hace á la sotana, por sabido se calla, que siempre es calva. En tal caso el Sacristan sin sotana tiene una magnífica ocasion de lucir sus pantalones, y hasta los puntos corridos de las medias, si es que la renta alcanza para comprar esta prenda de su equipo, ó no ha tenido la precaucion de darse tinta en los parajes *iluminados*.

Tampoco el bonete es prenda de absoluta necesidad para el Sacristan, pero cuando se decide á llevarle es de una forma tan ambigua y con los picos tan aplastados, que parece gorro griego, ó casquete de ajusticiado. Lo mas comun es que no gaste bonete y de este modo se ahorra la molestia de quitarselo en la iglesia á cada paso, para hacer á los santos los saludos de ordenanza. Bien es verdad, que en esta parte el respeto del Sacristan por las cosas de iglesia es proverbial. Acostumbrado á sacudir el polvo de los retablos, encaramarse sobre los altares para colocar las velas y *vestir imágenes*, (privilegio esclusivo de sacristanes y solteronas) llega á familiarizarse con los objetos del culto, hasta el punto de identificarse con ellos y hacer vida comun. Su chaqueta está forrada de túnicas de santos y mantos de virgen, algo mas suaves por cierto, que los carteles de teatro, con que forraba sus ropas el cómico Melchor Zapata. A veces tambien remienda sus camisas con lo que sobró del alba nueva, pero en cambio no tendrá inconveniente en un caso de apuro de remendar un alba casi nueva con un pedazo de su camisa vieja y todo queda compensado Esto proviene de

una especie de contrato de los que llaman los juristas *inominados*, porque si bien los santos prestan al Sacristan sus túnicas, (como prestó Apolo la suya de pedrería al emperador Caligula), en cambio el Sacristan presta á los santos servicios de policía y seguridad, y si es necesario les da animacion y vida, aun cuando para ello haya de reproducir los oráculos de Serápis, ó escenas *de cabeza encantada.*

Todo esto contribuye á estrechar mas y mas su familiaridad, de modo que al salir de la sacristia con el gorro calado hasta las orejas, las mangas del sobrepelliz echadas hácia atrás, como las alas de un genio, ó la cola de un cometa, y llevando en una mano el apagador y en la otra el hisopo y la caldereta, emblemas de su dignidad, ni dobla la rodilla al pasar frente al sagrario, ni inclina la cabeza ante el crucifijo mas devoto.

Otro de los puntos de vista mas curiosos que ofrece el Sacristan son su canto y sus gorgoritos: asi como por el sistema económico, que usa con la lámpara, se le llama *chupalámparas*, y por su comercio de cera, *rascacirios*, asi tambien por sus gorgeos el Sacristan es llamado por antonomasia *gori-gori.* A la verdad es cosa de alabar á Dios oirle como estropea la lengua de Horacio y del misal romano. Unas veces acuchilla la prosodia, y al entonar el introito, que dice *cógito videre*, dice con mucha gracia *cojito*, á riesgo de tener un lance pesado con algun cojo espadachin: otras veces junta las palabras y donde dice *lava*, *riga*, entona todo junto la barriga, escandalizando á toda la iglesia y asustando á las recien casadas. Si fueramos á referir todos los *quid-pro-quos* de este género, y todas las heregías que por este mismo estilo se le escapan diariamente á un Sacristan seria cosa de no acabar.

Pero aun es mas original el modo que tiene de cantar el Gregoriano.

Id sino á misa mayor, principalmente en aquellos pueblos donde componen la gente de iglesia el cura y el Sacristan. Este no abandona la sacristia hasta que el señor cura se halla revestido, y entonces sale frotándose las manos rápidamente y repartiendo cabezadas y cortesías al alcalde y á la alcaldesa, al mayordomo de fábrica y á la *mayordomesa.* Si el cura es vivo de genio entona el *asperges* antes que el Sacristan se haya encaramado al coro, pero este sin detenerse responde desde la escalera el dómine *guisopo*, y si esta es interior, viene á causar sobre poco mas ó menos el efecto que un coro subterráneo en una ópera seria.

Sigue el Sacristan impávido en su canto, suceda lo que quiera, pues todo se reduce á ingerir por via de recitado y sin perder compás algunas advertencias redactadas en pequeñas cláusulas espresadas con una rapidez y volubilidad, que le son peculiares. Si al monago, por ejemplo, se le cae una ascua del incensario, el Sacristan sin interrumpir el *Gloria in excelsis*, se lo advierte á voces desde el coro en esta forma:

—¡Recoge esa ascua, bárbaro!... *Lau... damus te.*
—¡Maldito, que se quema la alfombra!... *Bene... dici... mus-te.*
—¡Yo te aseguro que en bajando!... *Gracias agimus t bi.*

Llega por fin el momento de la epístola, que pertenece al Sacristan, de rigor, cuando la misa no es de *tres en ringla*. Aquel momento es delicioso para el Sacristan: deja el órgano, se asoma á la barandilla del coro, y lanza una mirada escrutadora sobre todo el concurso, *que tiene á sus pies*. A veces la mirada escrutadora de que vamos hablando contiene revelaciones interesantes para el Sacristan, que por supuesto está al corriente de toda la chismografía de la parroquia: á veces tambien estas revelaciones no suelen ser muy satisfactorias. Al hojear, v. g. la epístola de una vírgen y mártir observa, que el alguacil está haciendo muecas con mucha devocion á la bizca su vecina, la cual tiene empeñada al Sacristan la cuarta parte, nada mas, de una palabra de casamiento. Al mismo tiempo la presunta novia mira hácia el altar, pero el Sacristan que conoce muy bien las miradas de las bizcondesas, se penetra al punto de que no es al altar lo que realmente mira, sino mas bien la esquina del banco de la justicia. Abrasado de celos ni aun encuentra la epístola, pero como sabe su principio entona con voz temblorosa y campanuda el consabido *¿mulierem fortem quis inveniet?* y sigue repitiendo lo mismo entre dientes y en tono epistólico. En esto el alguacil tose, la bizca responde con un estornudo violento, el cura dice por lo bajo *Dominus vobiscum*, Dios os tenga de su mano, (traduccion libre) y el Sacristan no pudiendo ya sufrir mas, cierra el libro de un golpetazo y concluye en el mismo tono con voz sepulcral, ¡*ego mulierem fortem non invenio!*

Este canto del Sacristan nos conduce por la mano á juzgarle bajo su aspecto artístico, si es que ya no estamos en él, prescindiendo de otras cosas, que tocan y atañen al Sacristan, para considerar mejor las cosas que el Sacristan toca y atañe.

II.

De músicos, poetas, pintores y locos, dice el refran, que todos tenemos un poco: si esto es cierto todos tenemos algo de artistas. Para mí este refran es una verdad como un templo, aun prescindiendo del dictámen de los que llaman á los refranes *evangelios chicos*. ¿Quién hay que no sepa echar una bomba, (no de las que aplastan) disfrazada en décima, ó redondilla al fin de un convite de boda, ó cumpleaños? ¿quién será el que no sepa pintar un soldado *de carbon*, en la pared de un cuerpo de guardia, ó las narices del profesor en el encerado del aula? ¡pues aqui de los pintores! De música no se hable: en cogiendo una guitarra, á poco que Dios asista, cada hijo de vecino es un trovador.

Pero por lo que hace al Sacristan es indudable, que tiene los tres elementos de la locura (con perdon sea dicho) algo mas desarrollados, que el resto de los profanos, es decir, que los no iniciados en los misterios artísticos. Por de contado es músico (de eso cabalmente estábamos hablando) y no como quiera sino vocal é instrumental: digo mas, que la música *es su fuerte*. Tiene visos de compositor y maestro de capilla, arregla *ave-marias y gloria-patris* á duo y á coro para el rosario, dirige sus ensayos y preside á su ejecucion,

Para ello tiene á sus órdenes dos chicos de la escuela, á quienes gratifica con algunas cortaduras de hostia, y para los bajos engancha dos ó tres *ecos*. Desígnase con este nombre á los aficionados al canto llano, que en algunos pueblos acompañan al Sacristan en la salmodia, haciendo de capiscoles ó sochantres. Pero como por lo comun aquellos becerros no saben leer de corrido, ni menos en latin, se contentan con repetir la última sílaba; de modo que cuando el Sacristan al principio del Credo arroja con todo el vigor de su pulmon el *patrem omnipotentem*, ellos zumban por lo bajo *tente*. De este modo vienen á ser unos verdaderos *orechiantes*.

El Sacristan es ademas músico de viento, porque el órgano, ya ve V.... y tambien de cuerda, porque las campanas se tocan con ella.

El modo de tocar el órgano es original en muchos de los Sacristanes: algunos de ellos no parece sino que aprendieron por ciencia infusa, sin necesidad de maestro, segun es la melodía de su incomprensible contrapunto. En tales iglesias no debe haber ratones, pues huirán de tan estrepitosa armonía. Por lo que hace al órgano suele reducirse su mecanismo á un armatoste de pino sin pintar, con unos embudos á manera de trompetas (ó trompetas á manera de embudos) cuyos bajos, semejantes á los de la guitarra del P. Isla suenan *piton*, *piton*, y los agudos, *cuerni-cuerni gay*. El Sacristan suele echar al órgano la culpa y este en cambio parece que se venga del artista despidiendo unos gemidos acatarrados, que dan idea de lo que pudo ser el concierto de los gatos, que enseñaba el italiano. Para evitar esto el Sacristan suelta con frecuencia toda la lengüetería, que no solamente llena, sino que repleta el ámbito de la iglesia, verificándose aquel latin macarrónico: *quod défecit in scientia supletur in trompetis*.

Por desgracia el patriotismo ha metido las narices hasta en las sacristías, lo cual hace temer que el tipo sacristanesco vaya bastardeándose. En algunas partes el cura, que está diciendo misa en ayunas, por razones de disciplina y de alta economía, tiene al ofertorio el gusto de ser obsequiado por su Sacristan, con un *pot-pourri* de patrióticas al órgano, y el *trágala* por añadidura. De modo, que el pobre cura que apenas tiene, no digo para tragar, sino simplemente para comer, se ve precisado á escuchar aquel sonsonete, tan agradable para él, como los chirridos de una lima, que adelgaza los dientes de la sierra.

Réstanos considerar al Sacristan como músico de cuerda. ¿Pues qué, no hay sino tocar las campanas de cualquier modo, á guisa de somatén? Nada de eso: el Sacristan se muestra en esta parte rígido observador del método tradicional, que siendo monago aprendió de su predecesor. Con mas facilidad abdicará quizá el órgano, que las campanas en manos inespertas. Una imprevision de esta clase puede comprometer la tranquilidad de un pueblo, haciendo correr para apagar el fuego, en lugar de venir para acompañar el viático.

Aun cuando el Sacristan español no sea un *Cuasimodo*, en eso de tocar las campanas; ni la gravedad del pais le permita improvisar contradanzas ni rigodones en las altas regiones de la iglesia, (literalmente el campanario) como

hacen los campaneros de Bélgica y otros paises, siempre necesita tener alguna práctica para atemperarse á las circunstancias. Esta diferencia se echa de ver principalmente entre el funeral aristocrático y el entierro de *gori-gori*. En el primer caso, el muerto tiene el gusto (á pesar de lo sério que suele estar) de ser obsequiado con un clamor magestuoso y pausado, que entre una campanada y otra da tiempo para mojar la palabra: pero en el segundo apenas logra el difunto una especie de *tin-tán*, *tin-tán*, presuroso como un alegro y semejante al fuego de guerrilla de una mitad de cazadores. ¡Ni aun los muertos logran igualdad ante el Sacristan!

En las grandes festividades permite subir á la torre á todos los chicos del barrio, para que diviertan á la vecindad echando las campanas á vuelo. Esto no tiene mas inconveniente, sino que á veces los improvisados campaneros suelen remedar el final del *vuelo de Icaro*, yendo á parar ya que no al archipiélago, cuando menos al tejado de la casa de enfrente.

Pero el Sacristan no es solamente artista por lo que hace á la música, sino que lo es tambien por lo que tiene de pintor. El es quien pinta el rodapie de la iglesia con cal y carbon de sarmiento molido, y si algun niño Jesus está bajito de color, le da en los carrillos un poco de minio ú bermellon. Retoca los bigotes á los judíos del monumento, restaura los cuadros de la iglesia poniéndoles por detras parchazos de papel con engrudo, y con figurin, ó sin el, será capaz de vestir á las tres Marías de beatas y al Cirineo con zaragüelles de papel.

III.

Con las bellas artes van íntimamente enlazadas las bellas letras, de lo cual podriamos alegar muchas pruebas, si no bastara el susodicho refran, que pone á los poetas entre los músicos y pintores, y un poco antes de llegar á la casa de locos. Aun con todo algunos llamaron á la poesía *divina locura* y puede que sea cierto, segun que muchos poetas ven visiones.

En vista de esto no parecia regular, que la divina Providencia dejase al Sacristan desprovisto de tan interesante ramo de conocimientos. Asi es que el Sacristan por lo comun es poeta y no como quiera sino improvisador. Obligado á intervenir en compañía del cura en casi todos los actos mas solemnes de la vida, haría seguramente en ellos un papel harto triste, si careciese de tan brillante requisito. En tales ocasiones, principalmente en comidas y refrescos (de lo tinto) con motivo de bodas y bateos, es cuando el Sacristan despliega de lleno su talento y se deja llevar de su estro poético. Hágánle enhorabuena los convidados blanco de su buen humor y de sus pullas, díganle, si se quiere, que ha estado purgándose por espacio de siete dias, para prepararse al banquete nupcial, él sigue impávido en su destrozo hasta poner su plato como boquete de cueva de zorra. A un mismo tiempo encuentra palabras para responder á todos, y bocados para ocupar su dentadura, y de este modo las palabras tropiezan con los bocados y los

bocados unos con otros. Si esta no es prueba de ser poeta, venga Dios y véalo. Pero cual si este furor gastronómico no bastara para manifestar, que arde en su pecho *el divino fuego de los vates*, el mismo se encarga de sacarnos de esta duda aceptando poéticamente los brindis que se le dirigen:

Bomba, bomba repite el numeroso
concurso, y cuatro décimas vomita
con pie forzado el bacanal furioso.

Porque cada bomba le vale un *trinquis*, y el Sacristan á fuerza de improvisar, hace que estos se sucedan unos á otros con intérvalo de cinco minutos.

La materia de gozos y villancicos es propia y peculiar del Sacristan y en ellos se ve campear la poesía en todo su vigor natural, sin reglas ni trabas, como debió ser allá en tiempo del romántico Tersites. No, sino andaros con escrúpulos de monja y repulgos de empanada. Por la muestra se conoce el paño: salga pues á lucirlo aqui el Sacristan de *Garganta-la-olla* con los gozos del santo de su parroquia (1).

Glorioso S. Martin,
catecúmeno soberano,
todos las gracias te damos
por tan grandes beneficios.
Las aguas parece cesan
á tu amparo paternal.
Estribillo. *Porque fuisteis concebida*
sin pecado original.

En los pueblos donde el Sacristan reune á los demas cargos el de maestro de escuela (sigue el aspecto literario) su ocupacion es mucho mas complicada. Ya que tiene que asistir á la misa mayor, por no abandonar la escuela entretanto, se encamina á la iglesia con los chicos, que llevan delante una cruz con el cristo de los doctrinos, y van entonando saetillas, ó la prosa rimada del P. Ripalda. Luego que entran en la iglesia tiene buen cuidado de ponerlos en el sitio acostumbrado y á distancias regulares para que no se empujen y caigan unos sobre otros, como soldados de plomo.

Pero esto mas bien que al Sacristan pertenece ya al maestro de primeras letras.

IV.

Los empleos del Sacristan referidos hasta el presente tienen alguna relacion entre si, ¿pero que tiene que ver nuestro proteo con la administracion pública? ¿Cuál es el punto de contacto entre la sacristía y la oficina?

Y con todo es indudable, que el Sacristan es en el dia una de las personas

(1) Heraldo del año 1843, número 106.

influyentes en la administracion. En los pueblos pequeños donde carecen de escribano, el Sacristan es el representante de la fé pública y desempeña el cargo de fiel de fechos. Como tal autoriza los actos de justicia, es corresponsal obligado de las autoridades de la provincia, suscritor involuntario del Boletin oficial, á espensas del pueblo, y refrendador de pasaportes. Bien que en esto último comparte el destino con el mozo de paja y cebada del meson, á no ser que el viagero les ahorre la molestia al uno y al otro refrendándoselo él mismo.

Este empleo de fiel de fechos tiene sus ventajas y tambien sus percances, y es muy probable que preponderen estos últimos. Llega, por ejemplo, un cabo de escuadra destacado á un pueblo con cuatro soldados, para que convierta la torre de la iglesia, en atalaya, ciudadela ó cosa que lo valga. Se le antoja al cabo en virtud de sus imprescriptibles derechos, tener noticias exactas acerca de los latro-facciosos, que recorren el pais: en tal caso dirige una circular á los pueblos de las inmediaciones mandando que le den cada cuarto de hora parte de lo que ocurra, pues de lo contrario jusilará al alcalde y al escribano, *por la esparda*, y al cura por respeto á su dignidad se contentará con suspenderlo por el pescuezo del badajo de la campana. En este caso el fiel de fechos tiene el honor, el placer y la satisfaccion de ser fusilado en lugar del escribano. Esto es percance, al menos por tal le tengo.

Otras veces al dar cuentas, omite poner como documento justificativo el recibo de suscricion al Boletin, y á vuelta de correo la Diputacion provincial, rígida observadora de la ley, le devuelve las cuentas con multa y apercibimiento. Tambien esto es percance.

Pero en cambio de este y otros muchos, que seria prolijo enumerar, tiene tambien la ventaja de poder ejercitar con mas frecuencia su mision de memorialista práctico. A la verdad, todos los cargos de maestro de escuela, fiel de fechos, administrador del Duque, idem de la fábrica de la iglesia, estanco y estafeta, pueden muy bien ser desempeñados por personas que no sean el Sacristan, pero por lo que hace al empleo de memorialista, dificilmente se podrá desempeñar por otra persona mas á propósito, que por el Sacristan mismo. Es el caso que el memorialista es una especie de confesor lego, y él mismo no deja de advertirlo asi á los que vienen á valerse de su auxilio, si andan algo rehacios en declarar la culpa.—Mi pecho, les dice es un pozo sin suelo, donde Vd. arroja su secreto, un cofre con siete candados (alusion al libro del *Apocalipsis*) de los cuales Vd. solo tiene la llave: haga Vd. cuenta, *que se está confesando.*—Ahora bien, el Sacristan es, como dijimos al principio, un medio entre lo sagrado y lo profano, entre sacerdote y lego, y por consiguiente el mas á propósito para este cargo semi-confesional.

Los que tienen bastante práctica en los asuntos de Vicaría y poseen un tacto delicado en materia de memoriales, olfatean á la legua, los que son de Sacristan. Uno de sus distintivos peculiares ó señales características es el mezclar palabras de la misa, testos de escritura y latinajos, vengan ó no á

pelo, como tambien el ser muy breves en el fondo del memorial y acumular en la súplica á fuerza de gerundios, todas las razones que antes omitieran. La conjuncion *empero* al principio de los párrafos es muy usada de los sacristanes.

El memorial mas raro que haya salido de manos de Sacristan, es el redactado por el célebre de *Apatueca*, del cual dicen los libros viejos entre otras lindezas, que tocaba á las oraciones con tanta pausa, que tenia á los fieles por espacio de un cuarto de hora *descaperuzados*. Este tal presentó á un obispo cuando vino de visita al pueblo un memorial, á nombre de dos viejas samaritanas, que habian dado su carne al diablo, y guardaban para Dios el hueso: el cura anterior por mantenerlas en su buen propósito les habia señalado una pequeña pension, pero el sucesor se negó á continuar aquel dispendio. En vista de esto el Sacristan les redactó el memorial en estos términos.

Illmo. Sr.

El cura anterior era un *agnus Dei*,
pero este otro es un *qui tollis*,
y pues no valemos para *peccata mundi*
miserere nobis.

V.

Réstanos solamente considerar al Sacristan como particular, ó padre de familia, aunque bajo este aspecto no es mas que un ciudadano como otro cualquiera. Pero como el carácter y la ocupacion rara vez dejan de influir hasta en las acciones mas indiferentes de la vida, de ahí es que el Sacristan en muchas de las escenas de su vida privada, descubre su carácter, ó hablando en lenguaje figurado, enseña por debajo de la capa, su raida sotana. Asi es que en su conversacion con frecuencia interpola alguna frase del misal romano. Si la muger es despilfarradora la reprende con las palabras de la colecta *conservar el dineri (conservare digneris)* y si los chicos asaltan los perales de su huertecillo les acusa de pecado mortal, porque dice el himno de vísperas, *quiten peras raras veces (qui temperas rerum vices.)*

Por una razon contraria en los actos religiosos le acosa el prurito de injerir sus cláusulas legas. Si reza, por ejemplo, el rosario en ocasion en que su hijo aun no ha regresado á casa desde que salió á dar el toque de ánimas y *perdidos*, se interrumpe á cada ave-maria para hacer alguna reflexion sobre esta ausencia.—¡Paca!... bendita tu eres, ¿donde estará ese demonio de chico?... entre todas las mugeres, etc. Otras veces pregunta por la cena á tiempo, que la muger rezando el padre-nuestro dice con todas las veras de su corazon, perdónanos, Señor, nuestras deudas... Porque es de notar que el Sacristan padece bastante de achaque de deudas, lo cual ha dado lugar al refran, que dice:

Los bienes del Sacristan
cantando se vienen, y cantando se van.

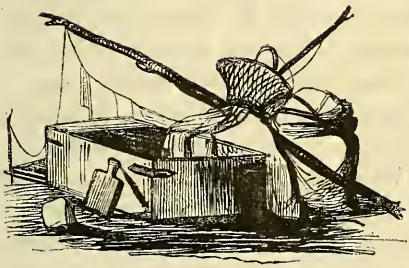
Por lo comun todos los oficios y transformaciones de nuestro proteo español, apenas le dan lo suficiente para sostener una familia mas numerosa, si cabe que la del rey Priamo.

Pero ya es tiempo, que dejemos descansar al Sacristan, y formar los mas sinceros votos, porque tarde muchos y largos años *en tener que hacer con nosotros*, y obsequiarnos con su melodioso *gori-gori*, que Dios dilate y los médicos no aceleren.

¡Amen! que es palabra de Sacristan.

VICENTE DE LA FUENTE.

LA LAVANDERA.



Pero, señor don Ignacio de mi alma, ¿es posible que en todo sér humano haya usted de ver un *tipo* digno de ser perpetuado por los tipos de su imprenta? ¿Qué quiere usted que diga yo ¡pobre de mí! de una pobre *Lavandera*? Si me pidiera usted la biografía de aquella *Felipa Catánea*, la famosa *Lavandera de Nápoles*, que tanto dió que hacer y que decir en las márgenes del Sebeto, me veria yo menos embarazado para complacer á usted; pero usted dirá que no ha ofrecido al público tipos napolitanos, sino españoles, y que su obra no ha de componerse de individualidades, sino de clases y categorías. Tiene usted mucha razon; ¿pero dónde están los rasgos distintivos de una *Lavandera* española? La lejía, la paleta, la tabla, el jabon ¿bastan, por ventura, á imprimir carácter en una muger? Y dado que yo tropiece en lo característico de la especie, ¿ha meditado usted bien las consecuencias de las observaciones físicas y morales á que me provoca? Ya me ha enemistado usted con las *Castañeras* y las *Nodrizas*; ¡y tambien quiere echarme encima la tremenda animadversion de las *Lavanderas*, obligándome *á sacar sus trapitos á la colada*!.... En fin, lo haré porque usted me lo ruega; pero sea de usted toda la responsabilidad. *Me lavo las manos*, como dijo Poncio Pilato, y entro en materia.

Hubo un tiempo en que la *honrada* profesion de Lavandera (y vaya por delante este encomiástico adjetivo para predisponer en favor nuestro á las que

la ejercen); hubo un tiempo en que la susodicha *profesion* fue desconocida. primero; porque, haciendo el gasto del humano vestuario las hojas de los árboles ó las pieles de los animales, nada habia que lavar, y despues porque cada hija de vecino se lavaba lo suyo..... Su ropa y la de su familia, quiero decir; ¡y ya empiezan las rectificaciones y salvedades! ¡Cuándo le digo á Vd. que es peligroso y resbaladizo, si los hay, el asuntillo que me ha propuesto! Sí, señor; en aquellas edades, venturosamente incultas y dulcemente patriarcales, todas las mugeres, cualquiera que fuese su gerarquía, y lo mismo las hijas de *Laban* que las encumbradas princesas, ora se llamasen *Penélopes* ó *Nausicáas* (estas debieron de ser algo nauseabundas), hacian por sus propias manos todos sus menesteres. SS. AA., mas ó menos serenísimas, cargaban con el lio de la ropa pecadora, llevábanlo al arroyo mas inmediato, y allí con amable llaneza y sin sombra de vanidad ni de etiqueta lavaban, aclaraban y torcian; ó, lo que es lo mismo, *purificaban en primera, segunda y tercera instancia*, pálios y tocas, túnicas y peplos.

Pero andando los siglos se fue domesticando y puliendo la sociedad, os progresos de la industria y del comercio crearon cada dia nuevas comodidades y placeres; estos progresos de la civilizacion engendraron necesidades, antiguamente ignoradas, que aguzaban el entendimiento del hombre para satisfacerlas con posteriores adelantos y refinamientos fabriles; mas como todas las inteligencias no se desarrollaban en la misma proporcion, ni para todos soplaba igualmente bonancible y próspero el viento de la fortuna, resultó de todo esto un desnivel y desbarauste social que en vano pretenderian ya corregir los que sueñan con leyes agrarias y otras utopías tan lindas como impracticables. Hubo, pues, y sigue habiendo, y es probable que haya siempre nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y criados..... y por consiguiente, hubo, hay y habrá *Lavanderas*, y el número de estas fue creciendo paulatinamente conforme se fue aumentando el ajuar doméstico y complicándose las vestiduras esteriores é interiores de ambos sexos, y á medida que las gentes se han ido convenciendo de que pueden mudarse impunemente de camisa y calzoncillos mas de una vez á la semana.

Ahora será bueno el hacer la debida clasificacion entre las *Lavanderas públicas* y las *privadas*, distinguiendo asimismo entre estas últimas las que jabonan sus propias *profanidades* y las que lavan *pecados ajenos*.

Respetemos á las que se sirven á sí mismas por no tener quien las sirva; respetemos tambien y compadezcamos á algunas que pueden tener motivos *reservados* para no aceptar semejantes servicios, y sigamos al rio ó á la fuente á la moza de servicio, sea manchega ó valenciana, andaluza ó madrileña, sea, si usted quiere, asturiana, siempre que sea moza.

Confesemos, señor don Ignacio Boix, que no es hombre de gusto el que prefiere los dengues, y los cosméticos, y el corsé, y el *polisson*, y los nervios de una damisela insustancial y epiléptica al donoso, aunque agreste desenfado con que una de esas zagalonas se despoja sin melindre del pañuelo de muleton y hasta

del corpiño de estameña ó de percal, si el tiempo lo permite, y se remanga hasta el hombro, y deja que flote á su albedrío sobre la morena espalda la no comprada trenza, y sentada sobre los talones, y medio de bruces sobre la tabla de jabonar, presentando al oriente su cara trigueña, que el sol, el aire y la fatiga animan y enardecen, y al viento contrario el poderoso reverso, estraño á los *miriñaques* y peregrino á las hemorroides, se columpia, se cimbrea, se descoyunta, sin duelo de la ropa ni de si misma, hasta que á fuerza de inmersiones, y paletazos, y jabonaduras y estregones restituye al lienzo su eclipsada limpieza y su prístina blancura. ¿Qué *Ratel* ni qué *Auriol* imitarian los variados ejercicios de aquella singular gimnástica? Y para que nada huelgue en ella, la lengua suele trabajar tanto como las manos.

Verdad es que, como se juntan muchas mugeres en un mismo lavadero, no puede faltarles materia en que ejercitar la sin hueso. ¿Cuál de ellas no tiene su cacho de novio? Quién celebra la constancia amartelada del suyo; quién las coplas con que en la noche anterior regaló sus oidos el jaque de su particular devocion. Otra llora en secreto *y rabia de celos aparte* recordando la mala partida que le ha jugado su cachirulo plantándola por otra hija de Eva, pero no da su brazo á torcer, y si alguna maliciosa la interpela acerca de las lágrimas que vierte á su despecho, achaca al chisporroteo de los ojos del jabon el nublado de los suyos. Otra, cuyo galan, *héroe por fuerza*, sacó la suerte de soldado en la última quinta, se desespera hoy al contemplar que su pobreza no le ha permitido poner un *sobrestuto*, salvo el firme propósito de hacerle ella *sustituir* mañana, no en el rancho, en el cuartel y en el destacamento, sino en el corazon vivo y palpitante, de que le envia *copia auténtica* en las cartas que cada correo le escribe *de mano agena*. Mas afortunadas que las anteriores Ambrosia y Ceferina, tienen en su presencia á sus correspondientes cuyos, que el uno es fámulo desacomodado y el otro tambor de la Milicia nacional, al paso que los otros tormentos adorados trabajan á la *santimperie* en la obra del Maragato, no sin riesgo de hacer contra su voluntad el salto del trampolin desde un piso tercero, ó *cautivando la tierra*, sudan lo temporal y lo eterno.

Pero si las envidias de las unas y las pullas de las otras ponen término á las sabrosas pláticas amatorias antes que concluya el tragin y el tejemaneje del lavado, los mismos paños, menores ó mayores, que bautizan y desentecan, les dan sobrado tema para charlar mas de lo justo y preciso. Y, en efecto, si las sábanas, y los camisones, y las chambras, y las papalinas y otras zarandajas supieran hablar ¿qué de cosazas no dirian? ¿Qué de usurpadas reputaciones no naufragarian? ¿Cuántos ídolos no caerian derrumbados al pie de sus dorados altares, erigidos por la lisonja, la credulidad, el interés y la mentira? ¿Cuántos individuos, asi del sexo hermoso, como del fuerte, que otros llaman feo, habiendo obtenido falsa patente de sanidad, habrian de ser relegados á *sucio lazareto*? Por fortuna, la ropa ex-blanca, culpable de pecados secretos, todavia no ha dado en la gracia de *espontanearse*, como en época no muy lejana lo hicieron algunos beneméritos ciudadanos, descubriendo con las suyas las adversidades y flaquezas

de sus prójimos. ¡Loor á la circunspeccion de la holanda y la coruña! ¡Bendicion al silencio de la muselina y el elefante! Su reserva nos ha escusado tal vez una revolucion mucho mas espantosa y *radical* que las veinte ó treinta que van consumadas en el presente siglo, y las que aun serán precisas hasta labrar la completa ventura de esta nacion privilegiada. Pero si callan los trapos, todas las *Lavanderas* domésticas y algunas de las públicas sáben interpretar, como otras tantas Sibilas, el sentido de los revesados caractéres y misteriosos geroglíficos con que los susodichos trapos consignan la parte mas recóndita y curiosa, si bien no la mas inmaculada y púlera de la crónica contemporánea. El agua se lleva pronto en su corriente, ó el fuego de la colada extingue esos testimonios *periódicos* ó sean *hojas volantes* de la miseria humana, y tambien se lleva el aire una parte de los discretos é incisivos comentarios á que dan ocasion entre la gárrula turba femenil que se familiariza con lo puerco; mas siempre conserva, y de ordinario exagera la tradicion lo mas precioso de la historia, y si muchas amas de casa reflexionasen un poco sobre el asunto, antes que poner sus pingos, y con los pingos *su hoja de servicios* en manos de *Lavanderas*, se resignarian á imitar el laudable ejemplo de la modesta princesa *Nausicáa*. No, empero, todas las *Lavanderas* son chismosas y parlanchinas: algunas se limitan á tal cual indirecta inofensiva y á alguna que otra socarrona reticencia; otras no dicen esta boca es mia, quizá porque las prendas de su uso personal tienen tambien *mucho por qué callar*; y por tanto, menudeando los paletazos y economizando los puños, no se atreven á destrozar, amén de la ropa, la negra honrilla de sus amos.

Estas y otras amenas conversaciones, con cuyo aliciente se les hace mas tolerable la faena, suelen ademas sazonarse con alegres y por lo regular espresivos y epigramáticos cantares, entonados unas veces en coro, otras á solo, otras á duo y por el son mas popular y corriente en sus paises respectivos, ya sea jota ó fandango, caña ó muñeira, habas-verdes ó playeras, seguidillas ó zorcicos.

A propósito de zorcicos, el que haya viajado por nuestras provincias Vascongadas, sobre todo por la nunca bien ponderada de Guipúzcoa, no podrá menos de confesar que allí está la flor y la nata de las *Lavanderas*. Ellas aventajan en hermosura, generalmente hablando, á las del resto de la monarquía, sin serles inferiores en brio y desparpajo. Son mugeres que profesan su *arte* con verdadero entusiasmo, y no gastan melindres, ni se andan por las ramas, ni piden gollerías. Vigorosas como los robles y los castaños que crecen en sus montañas, desafian denodadas al viento, venga de donde viniere, y arrostran los rayos del sol.... en los quince ó veinte dias que durante el año osa amanecer por aquellos andurriales el padre de la luz. Nada de acurrucarse tímidas ó pudorosas dentro de un cajon, como *Kelinigique* en el *Circo* ó como las *Lavanderas* de Madrid en el sediento Manzanares. Nada de estacionarse sobre los céspedes y entre los juncos de la cenagosa orilla. Antes quieren ostentar la libertad y el descuido del plateado pez que la cobardía y negligencia de la verdi-negra y asquerosa

rana. Diriase que son *impermeables* segun se las apuestan al húmedo elemento. Justamente confiadas en las robustas *bases* de su edificio corporal...., *piernas*, que dice el vulgo, no temen que las bañen las ondas lascivas, y con su pan se lo coma el transeunte que, al ver tan inicitativo espectáculo, tenga envidia de las lascivas ondas. La gala de una provinciana es no mojarse las sayas, y ella se ingenia para conseguirlo; lo demas, como decia el otro, ¡*que lo parta un rayo*!... Es que, vamos, ¡aquello tiene que ver! Sobre que no cabe mas perfectibilidad en la parte mímica y arquitectónica de la industria! En otras provincias las *funciones* de las *Lavanderas* son prosáicas en estremo, pero alli...., ¡alli hay *poesia*! No me atreveré á comparar á aquellas criaturas, (hablo de las jóvenes; ¿quién mira á una vieja?... ¡y desnuda!) no me atreveré, digo, á compararlas con Diana y su séquito en el baño, ni con Anfitrite y su corte en sus diáfanos camarines; pero algunas de esas mugeres-peces, especialmente si son ciudadanas de *Azpeitia* y *Azcoitia*, bien pudieran entrar en parangon con las *náyades* fabulosas. ¡Y vea usted lo que es el mundo, Señor D. Ignacio! En aquella tierra, por tantos conceptos excepcional, y salvas algunas aberraciones á que hayan dado lugar los desafueros de la guerra civil, las mugeres se precian de muy morigeradas, y aun muchas hacen alarde de esquivas hasta rayar en salvajes; y no se les ocurre que las piernas sirvan para otra cosa que para andar; y los nombres del pais no hacen mas aprecio de dichos adminículos que de las nubes de antaño. Ya se ve; nadie da valor á lo que no se le escatima y regatea.

Ahí tiene usted, señor editor, en la breve, y acaso un tanto cuanto hiperbólica descripcion que antecede, un tipo de *Lavanderas* asaz pintoresco y apetecible. ¿Quiere usted otro que le sirva de contraste? ¿Quiere usted que le muestre la *Lavandera* en todo el *bello ideal* de la *fealdad* y en todo el apogeo de la inmundicia? Pues este tipo, con limitadas, pero honrosas excepciones, es la *Lavandera pública de Madrid*. Entienda usted que por *Lavandera pública* entiendo yo la que tiene este solo medio de vivir; y, en tal concepto, está á la disposicion de todo el que la ocupa, encargándose de volver limpia la ropa que sus pocos ó muchos parroquianos le confian en otro estado menos grato á los ojos y á las narices.

Antes de reseñar las cualidades positivas de esta clase de *Lavanderas*, es necesario indicar sus dotes *negativas*. Este *respetable gremio* excluye principalmente en la que haya de pertenecer á él las circunstancias de aseo personal, juventud y belleza, con todos los adherentes y condimentos de la última; á saber, la gracia, el garbo y la presuncion. Las hembras del pueblo que no carecen de tales requisitos se dedican en Madrid á otro género de manufacturas, ó ejercen el *comercio* á la menuda, ya ambulantes, ya sedentarias; ora vendan naranjas y limones, *toito ágrio*, ora *torraos* y pasas, *muñuelos* y piñones, ora ramilletes, avellanas y *raaabános;* ó bien, por un efecto de su nunca desmentido patriotismo y de su ardiente caridad, recorren entre dos luces las calles principales de la corte ofreciendo

consuelos á los *tristes*; ó ya, á fuer de filantrópicas y hospitalarias, practican en sus casas la obra misericordiosa de *dar posada al peregrino*. Otras se someten á la condicion de criadas, dando no poco que hacer con sus mudanzas de domicilio á los amos, á los memorialistas y á los alcaldes de barrio. Otras, en fin, son reclutadas, mal de su grado, para los talleres de la casa de beneficencia, vulgo *hospicio*. Téngase, pues, por *intrusa* á toda *Lavandera de oficio* que cuente menos de cuarenta navidades, y á toda la que no se presente cada lunes pingajosa y desgreñada á recoger de casa en casa los repugnantes *mapa-mundis* acumulados durante una semana en oscuros retretes.

Sin embargo de su fealdad y vetustez, rara es la *Lavandera de parroquia* que no tenga un *querido*, cuando su mal *sino* le ha impedido proveerse de un esposo; que este último *artículo de consumo* no se obtiene asi como quiera; pero cuando se trata del primero, nunca falta un roto para un descosido. La guarnicion de Madrid es numerosa, el estómago del soldado es *la romana del diablo*, y cuando *faltan* las *sobras* ¿con qué no apechuga un granadero? ¿Qué pierde él en dejarse querer por una *prójima*, de cuya cuenta corre el escusarle reprimendas y lapos en las revistas de policía, de cuyo plato de callos es *partícipe lego* en los ventorrillos de la *Virgen del Puerto*, cuya munificencia le facilita algunos realejos para fumar, beber, jugar y demas gastos religiosos, y á cuyas caricias puede impunemente responder con ultrajes y ternos y cintarazos?

Pero estas ya son personalidades reprensibles, y no es lícito á un escritor por satírico que sea el entrometerse en la vida privada. Respetemos las debilidades de la muger, aunque no pertenezca al *bello sexo*, y volviendo á la *Lavandera*, confesemos que la de *Mantua Carpentana* no es peor en punto á lavoteo que la de Sevilla ó Zaragoza. Sea que lo denegrido y demacrado y fiero de su rostro y el mal perjeño de su vestimenta haga resaltar mas la blancura de la ropa que le fué encomendada, ó que realmente se esmere en agradar á los que la dan de comer, ello es, que no cumple del todo mal con su obligacion. Mas aunque alguna vez suceda lo contrario y por esta ú otras razones se la quiera despedir, no se logra fácilmente; que una *Lavandera* veterana sabe tomar muy bien sus medidas para evitar, ó cuando menos diferir tan funesto contratiempo. Apenas habrá una que no cobre cuarenta ó cincuenta reales adelantados á cuenta de lo que vaya ensuciando la familia; ó, para decirlo con mas decoro, á cuenta de lo que ella vaya lavando: antes que se amortice completamente un empréstito halla medio para empeñarse con otro, y cuando se le niega pretesta que la han robado un mantel, ó que la avenida se ha llevado una sábana; mientras la paga en lavaduras, forzosamente han de seguir admitiendo sus servicios; vuelta á las andadas algunas semanas despues, ó torna al empréstito ó lleva á una casa la hacienda de otra, y *vice-versa*, y asi sucesivamente. Con semejantes estratagemas se convierten algunas en censos irredimibles de las personas que las emplean, y si antes no las destituye de mano airada una

pulmonía, llegan á ser inevitables confidentes de las *interioridades* de una familia en tres ó cuatro generaciones consecutivas. Por otra parte, no son muy raros los casos en que hace una *Lavandera*, con mas ó menos buena fé, lo que hacen en España cada diez ó doce años los ministros de hacienda; es á saber, *corte de cuentas*, ó por otro nombre, bancarrota. Piérdese la colada entera, lo cual siempre sucede cuando está mas llena; declárase entonces insolvente la operaria y.... sabido es que al que nada tiene el rey le hace libre.

Tambien hay sus diferentes graduaciones ó categorías entre las protagonistas de que vamos hablando: unas son plebe, otras clase media, y otras en fin, dentro de su esfera, tienen humos de aristocracia. Corresponden á la plebe, y es escusado decir que son las mas numerosas, aquellas que, por tener poca *clientela*, acarrean ellas mismas y sobre sí mismas los talegos de *peccata mea*, de cuyo *munda me* son responsables: comprenderemos en la clase media á las que ganan lo bastante para endosar la carga, *á falta de acémila*, á un mozo de cordel; y por último, no serán impropiamente llamadas aristócratas de la profesion las que prosperan tanto en ella que necesitan para desempeñarla el auxilio de una acémila borrical, *á falta de mozo de cordel*. Estas *próceres* residen y trabajan en ambos Carabancheles y otros lugarcillos de la comarca, y se guardan muy bien de asistir á los lavaderos de la capital, que si lo hicieran, ¡pobres de ellas! Correrian mucho peligro de volver á sus hogares sin ropa, sin pollina, y probablemente sin moño y sin orejas. ¡Pues apenas es crecida y formidable la legion de *lavanderas* que puebla las orillas de Manzanares desde *Pórtici* hasta el embarcadero del Canal! Y si á la falange femenina agregamos la de sus parientes, amigos y paniaguados, y los figoneros y las buñoleras, y la soldadesca y la estudiantina ¿quién osaria provocar su terrible saña? Y esta saña terrible ha estado á punto de dar un estrepitoso estallido que hubiera sido causa de una espantosa conflagracion en tus afueras y en tus adentros, ¡oh heróica villa del *oso y el madroño*!

El *vapor*, ese omnipotente resorte de la moderna civilizacion, ese maravilloso agente universal de la novísima industria, defraudador manifiesto y declarado enemigo de las masas proletarias, amenazó no ha mucho de lastimosa y subitánea muerte á la industria inmemorial del lavado *en detalle*. Una sola máquina, manejada por pocos brazos, iba á dejar sin pan de Meco y sin vino de Arganda á infinidad de máquinas vivientes. Una *empresa* (las empresas son el bú de la gente menuda) iba á monopolizar la *decencia pública*, y ni las costureras ni las planchadoras se hubieran salvado del inminente cataclismo; que los *fabricantes de limpieza al vapor* prometian ¡oh escándalo! restituir al vecindario matritense su sucia y deteriorada ropa blanqueada en un *santiamén*, recosida por ensalmo, y aplanchada y saumada por arte de birlibirloque. Por fortuna para la comunidad de *Lavanderas* matriculadas, ó los empresarios temieron que estas se declarasen en abierta y desesperada insurreccion, como ya lo anunciaban significativos y alarmantes síntomas, ó los primeros ensayos del nuevo sistema no correspondieron á las esperanzas del público, y aun de la misma empresa; ó, lo que parece mas

verosimil, el espíritu de rutina ha prevalecido en este asunto, como casi siempre prevalece en la patria de Pelayo al de toda novedad mas ó menos ventajosa. Ello es que la tal empresa no da ya, segun tengo entendido, señales de vida, y que sus fundadores se abstienen por ahora de aventurarse á las temibles consecuencias de la impopularidad, sin que hasta hoy se haya turbado seriamente á las *ninfas* del Manzanares en la omnímoda posesion de sus fueros, inmunidades y privilegios.

Y en paz sea dicho, y aunque me acusen de retrógrado, yo que en este artículo he juzgado acaso con escesivo rigor á las que viven de limpiar á costa del suyo el *sudor del prójimo*, felicito sinceramente á esas pobres mugeres cuando veo disipada la nube que estuvo próxima á tronar sobre ellas, seguro como estoy de que, si bien la mayor parte de las *Lavanderas á precios fijos* blasonan de patriótica adhesion á las actuales instituciones, ó cuando menos reconocen y acatan los *hechos consumados* en la presente *década feliz*, ni mas ni menos que acataron y reconocieron los de la *década ominosa*, no se consideran por eso obligadas á acoger sin exámen toda casta de *reformas*. Es decir, están por el *progreso* y le aceptan.... pero *á beneficio de inventario*. Y ¿no es verdad, señor D. Ignacio Boix, muy señor y editor mio, que Vd. y yo conocemos á muchos fervorosos progresistas que piensan y proceden del mismo modo?

Digamos, ademas, en apoyo de las jabonadoras madrileñas, que estas merecen por su parte ciertas consideraciones sobre las que deben guardarse á toda *Lavandera* española. Las de la metrópoli son bastante equitativas en la remuneracion que exigen por su ímprobo y afanoso trabajo, atendida la carestía del jabon y *demas comestibles*, como he leido en la muestra de una tienda, el calzado que rompen por la mucha distancia que hay entre las casas á que acuden, y desde cualquiera de ellas al rio, y debiendo tener en cuenta los cuartos que pagan á los arrendatarios de los lavaderos y á los administradores de la colada pública.

Rio dije, y si Manzanares me oyera pediria la palabra *para rectificar un hecho*. En la mayor parte del año se ve el infeliz poco menos *exhausto* que el erario público, y como si harto no le agotasen los ardores del estío, todavía le hacen despiadadas sangrias para una cosa que llaman *baños* por antífrasis, quedando tan estancados y exangües los lavaderos que raya en prodigio la habilidad de las que en ellos consiguen desencanijar la ropa. ¡Asi queda aquello que da grima!

¡Es mucho cuento el rio de Madrid! Sobran puentes, sobran pingajos, sobran *Lavanderas*, sobran meriendas, sobran bodegones, sobran garrotazos.... Solo falta alli una bagatela.... ¡el *rio*! Y á pesar de eso, todo se lava en él tarde ó temprano, y bien ó mal, menos los *lavaderos* y las *Lavanderas*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

CRTEGA.

EL CHARRAN.

Los que han disputado negando la necesidad del *Panléxico* y saliendo á la defensa del Diccionario de la Academia, reconocerán su error al leer el epígrafe de este artículo: la palabra Charran, no se encuentra en ninguno de los diccionarios conocidos hasta el dia. Y sin embargo, esta palabra es castiza, esencialmente española, y por mucho que se profundice su etimologia no se le encontrará ningun parentesco de afinidad con las lenguas estrangeras.

El Charran es un tipo, que sin pertenecer esclusivamente á nuestra sociedad moderna, por perderse su origen entre las sutiles arenas de las playas del Tirreno, no por eso deja de existir ignorado de la mayor parte de sus contemporáneos, y ni aun aquellos mismos que de él se sirven todos los dias pudieran esplicarnos lo que es, ni cuáles son sus hábitos y porvenir, porque en su pais natal, fuera de los estudios que tienen relacion con el comercio, lo demas es considerado como supérfluo y de todo punto inútil para la existencia

Asi el Charran nace y muere ignorado: sus padecimientos y sus goces á nadie interesan ni á nadie satisfacen: su nombre no figura en la historia de las revoluciones políticas de los imperios, y la ciudad de Málaga que en estos últimos años de disensiones y trastornos, ha sido una de las que mas han fijado la atencion de los gobiernos; la ciudad de Málaga, cuna y sepulcro del Charran, ninguna mencion honrosa ó innoble, grata ó afrentosa hace del que grita siempre ¡viva! cualquiera que sea el vencedor.

Muchos confunden al Charran con los vendedores de pescado de todos los puertos de mar de Andalucía, y este es un error crasísimo. El Charran solo existe en las playas de Málaga, y cuando llega, si es que llega á vender pescado, pierde su nombre y se confunde con las clases vulgares, sin que ningun signo característico le distinga de sus compañeros. El Charran lo es desde que nace hasta los diez y ocho ó veinte años; pasada esta edad, el original ha desaparecido.

Necesariamente el Charran tendrá padres, pertenecerá á una familia, llevará un nombre ademas del del bautismo; pero todo esto es una problema que se resuelve en el órden físico y natural, pero no en el moral: el Charran se vé, no se conoce: su familia, su domicilio, sus apellidos y su genealogía ni él mismo los sabe. Pasa el dia en los parajes públicos donde son útiles sus servicios, y la noche en el que le depara el acaso. Libre, en toda la estension del término, no reconoce ley alguna, porque tampoco tiene necesidades: las inmensas privaciones que le rodean son para él desconocidas, y feliz como Diógenes, lo poco que llega á disfrutar, lo saborea con mayor delicia que un amante el primer beso de su querida, ó un ambicioso la posesion del poder supremo.

El Charran no usa traje: se viste á retazos y nunca se encontrará uno que lleve equipo completo. El que tiene camisa, carece de chaqueta: la cabeza y los pies rara vez van cubiertos, y los miserables andrajos con que encubre lo que ofenderia á la moral pública, son debidos á la munificencia de sus parroquianos ó á la *industria* particular de sus ejercicios recreativos. Pero cualesquiera que sean las prendas de su vestuario, jamás las lleva nuevas, ni aun remendadas: aquellas por venderlas en el momento de recibirlas ó *recogerlas*, y el Charran está dotado de suficiente dosis de filosofía, para ocuparse del adorno de su persona, ó enagenar la mas mínima partícula de omnímoda libertad ó de sus reducidos intereses en cambio de algunas puntadas que no tienen valor á sus ojos. Tampoco lo tiene el agua, cuyo uso esterior repugna y apenas cree pueda ser útil en el interior, habiendo vino abundante y á un precio en armonía con sus facultades. A pesar de todas estas circunstancias, el Charran en nada se asemeja al pordiosero, y con todos sus andrajos, que participan del carácter de sus movimientos, seria fácil distinguirle en medio de una reunion de pobres, tan bien vestidos como él. Esta diferencia, que es natural al individuo no puede esplicarse, sino por el constante estudio del tipo que nos ocupa, tan original en su esencia, como vario en su forma; que semejante á las tribus del pueblo de Dios, con todas las clases se mezcla y con ninguna se confunde; que sin pactos ni leyes escritas, vive sugeto colectivamente á unos usos nunca quebrantados, y que se perpetuan de generacion en generacion: que sin orígen, sin oficio, sin porvenir, ocupa sin embargo un lugar reconocido en la sociedad, lugar que ni se le disputa ni se le envidia, á cuya posesion no puede aspirarse sin haber nacido en él, que se ignora cómo se ha creado, y cuyo término nadie puede preveer ni fijar.

La vida del Charran aparece á primera vista monótona y erizada de sinsabores. Con efecto, el Charran apenas amanece, sacude sus andrajos, como

un perro de aguas sus lanas, y recogiendo sus únicos utensilios que consisten en media docena de *senachos* de esparto de diferentes dimensiones, y graduados para que unos vayan dentro de los otros, se coloca á la puerta de las carnicerías esperando la llegada de los parroquianos. Las carnicerías se llaman en Málaga, no solo las tablas en que se despacha la carne, sino todo el ámbito de la plaza donde está el mercado mas céntrico y al pormenor de la ciudad. Muchas personas tienen designado á un Charran favorito para la compra, y ellos fieles á sus amos de una hora, esperan á pie firme su llegada, y raro es el que abandona el puesto llevado por el aliciente de la ocasion. La mayor parte de las cabezas de familia acostumbran comprar por la mañana temprano el *avio*, que asi se llama la compra diaria, y como la generalidad no se sirve de hombres en el interior de sus casas, las mugeres de un pueblo madrugador, como buen comerciante, ocupadas en los quehaceres domésticos no acompañan á sus amos. Estos hacen seña con la cabeza al grupo de Charranes fijo en la puerta de la carnicería, y en un momento se vé rodeado de servidores que se disputan el honor de su utilidad y.... de los ocho cuartos.

El comprador designa al Charran que mas le place, y el afortunado muchacho, con un tacto que le es peculiar, sin contrariar, al parecer, la voluntad de su señor provisional, le dirige á los puestos de verdura, frutas y demas comestibles cuyos dueños le favorecen de cuando en cuando, con los restos que no pueden espender. Hecho el avío le conduce á la casa del comprador, llevando en el mayor senacho que sujeta á la cabeza, las verduras y berzas, y en los otros, colgados de los brazos, el pan, los huevos y demas comestibles mas delicados. El precio de este servicio suele ser de seis ú ocho cuartos, segun las distancias. Cuando el Charran ha adquirido confianza se va á la casa del comprador desde el mercado, sin que aquel le acompañe, y entrega intacto lo que se le confia: ademas le emplean en la casa en ir por aceite, carbon y otras menudencias, á la tienda de enfrente, y por todo el oro del mundo no sisaria valor de un maravedí, al contrario de nuestros compradores asturianos que constituyen un derecho de la sisa y que se forman con el tiempo un capital decente, á costa de nuestros estómagos y de nuestros bolsillos. Pero si el Charran no toca á lo que se le confia, en cambio no desprecia nada de lo que no se somete á su custodia, y mientras que, siguiendo á su amo, cuida con la vigilancia de una madre que no se caiga de los repletos senachos ninguna de las mercaderías que contienen, saca con la mayor sal del mundo el pañuelo del bolsillo de su señor, ó al atravesar una estancia, arregla en un abrir y cerrar de ojos, un efecto mal colocado. Estas ideas de moralidad peculiares del Charran no se hallan consignadas en ningun catecismo, y sin embargo, recorriendo la escala social en una línea mas elevada, la vemos puesta en práctica, sobre todo en política; lo que nos hace concebir que si el Charran recibiera, despues de sus naturales inspiraciones, la educacion conveniente para ocupar empleos de república, llegaria á eclipsar la fama de muchos grandes hombres, á quienes se apellida así, porque han sabido prescindir de escrúpulos.

Las ocupaciones del Charran terminan á las nueve ó las diez de la mañana,

segun la estacion, y desde esta hora hasta las cuatro de la tarde en que su presencia es necesaria en la pescadería como ya lo fué en el mercado, el tiempo es enteramente suyo para dedicarse al ocio ó á la industria. La esplanada del muelle es el teatro designado por el Charran para ejercitar sus talentos. Los efectos de embarque y desembarque hacinados á orillas del mar ofrecen demasiados alicientes para dejar de aventurar algo por su posesion. Ya es un bacalao el que sustraen de un fardo poco apretado; ya una sombrerada de arroz de la saca que se reventó al caer ó que se agujerea al pasar; ya es la abultada cebolla que se rodó á impulsos de un puntapié dado con el objeto de acercarla al monton, ya el melon, ya el botijo de aceitunas, ya el porron de pasas, en una palabra, cuantos objetos se importan y esportan de nuestro suelo divididos en piezas, pagan diezmo al Charran. Y cuánto no ha de ser el ingenio de este, su sangre fria, su destreza y su presencia de ánimo, para burlar al amo, al patron, al carabinero, al arrumbador, al curioso paseante y al infinito número de personas que le rodean y custodian el objeto ambicionado! Cuán exactos no deben ser sus cálculos, prontas sus retiradas, atrevidas sus respuestas y originales sus argumentos, para evitar ser cogido infraganti, paliar su accion y librarse del castigo, interesados todos en aplicar á un miserable ratero, mientras que los monopolistas y usurpadores de inmensas fortunas, son á veces los que pronuncian la fatal sentencia! Y no se crea por estas ligeras reflexiones, que nos revelamos contra los usos establecidos: reconocemos que la sociedad no puede estar organizada de otra manera: todo cede á la ley física, y asi como los grandes peces se engullen á los pequeños, el derecho del poderoso se hará sentir siempre sobre el mas débil. Empero, el mas débil suple con la astucia lo que le falta para dominar y poseer, y la eterna lucha del talento contra la fuerza, establece la balanza y nivela los poderes sociales.

El Charran suele salir airoso, por lo comun, de sus empresas: las antiguas repúblicas de Grecia se honrarian si hubieran poseido muchos individuos adornados con sus talentos escamoteadores, ciencia que si se reconocia necesaria en los remotos siglos, en los modernos es el primer elemento de un gobierno que aspire á su conservacion. Luego que el Charran ha hecho su pacotilla se retira para deshacerse de ella, y con su producto y el de su trabajo de por la mañana, atenderá, creemos, al cotidiano alimento. Sin embargo, este es otro de los problemas aun no resueltos acerca del Charran: cómo come, dónde y qué. Generalmente almuerza en la casa donde lleva el avío, y suelen guardarle las sobras del dia anterior, cuando las hay: mas las demas comidas, nadie se las ha visto hacer, y ni en los bodegones se ven Charranes, ni las hosterías los consintieran, ni menos las fondas y cafés, donde nunca entran. La opinion mas general es, que el Charran compra una rosca y unos cuantos manojos de pescado frito ú otro equivalente, y con ello satisface su apetito.

Por la tarde, como hemos indicado ya, se sitúa en la pescadería con un solo senacho, y lleva á las casas el pescado, cena indispensable á los habitantes de un puerto de mar, y cobra cuatro cuartos por el mandado. En seguida, se reune en el paraje público donde acostumbra dormir con otros compañeros, y despues

de calentarse al rededor de una hoguera en el invierno, formada con birutas de carpintero, se tiende á descansar sobre el duro pavimento, ó se acuesta sobre el escalon de un portal, sin temer que le inquiete la ronda ni la policía: porque el Charran disfruta del privilegio de no necesitar domicilio, y cuando un alcalde de barrio encuentra una *piara* de Charranes durmiendo al abrigo de los cuatro vientos, luego que reconoce la especie de ciudadanos que infringen los reglamentos urbanos de la poblacion, continúa su interrumpida marcha en busca de algun vecino á quien aburrir con preguntas capciosas y sacar de sus confusas respuestas pretesto para no perder en la noche mas que el sueño. Y véase aqui otra vez, esa compensacion que nos reconcilia con los usos sociales y las leyes de proteccion y equidad establecidas.

Por la pintura de un dia se conocen todos los demas de la vida del Charran, salvo que en las festividades acostumbran frecuentar los paseos, vestíbulos de las iglesias y entradas de los teatros para aligerar á los concurrentes del peso de los pañuelos, relojes y aun los sombreros, sirviéndose de ingeniosísimos espedientes, y para cuya enumeracion necesitariamos muchos volúmenes. Pero en todo lo que hemos referido hasta ahora solo se notan muchos trabajos y pocos goces, y hemos reservado espresamente estos para lo último, porque los goces del Charran no se parecen á los de ningun otro sér.

Todos los vicios le son familiares, y de ninguno abusa hasta el estremo de ofrecer escándalo. Por casualidad se encontrará un Charran ébrio por las calles, si bien es frecuente hallarlos en un portal jugando á los naipes, con media baraja tan mugrienta y estropeada, que solo ellos conocen los puntos, los palos y las figuras. Las chapas, ó cara y cruz, es tambien otro de sus juegos favoritos, y en las correspondientes estaciones el trompo y la pelota. Para sus juegos eligen el lugar que mas les acomoda, sea pasajero ó solitario, y como por lo regular terminan á puñadas luego que se les acaban los metales, los transeuntes tienen que apartar á palos á los combatientes para abrirse paso en las calles estrechas. Estas frecuentes luchas ocasionan rencores y odios entre ellos, los cuales terminan en *pedreas*, ó combate á pedradas en el torrente de Guadalmedina, costumbre que merece ser descrita, y que ha comprometido muchas veces la dignidad de las autoridades.

Málaga se halla dividida en barrios, cuyos habitantes se profesan mútua antipatía, siendo distintas sus costumbres, sus oficios y hasta el modo de vestir: los tres barrios principales son los de la Victoria, el Perchel y la Trinidad, y en sus radios se comprenden diferentes *distritos* con su particular nomenclatura. Los Charranes, que salen de todos los barrios, pero que se acogen á la proteccion de aquel de donde proceden, son las guerrillas avanzadas que con sus pullas y motes empiezan picando el amor propio de sus contrarios respectivos, y cuando el sufrimiento llega á su colmo, numerosos grupos de combatientes provistos de hondas se dirigen al cauce del Guadalmedina, seco las dos terceras partes del año, y se saludan con peladillas del arroyo con grave detrimento de los transeuntes y de las casas inmediatas. A veces llegan á tomar parte en estas contiendas trescientas ó cuatrocientas personas: resultan contusos, heridos y

aun muertos. Las autoridades tienen que presentarse en el lugar del combate con alguna fuerza de caballería, única que impone á los *pronunciados*, habiendo acontecido con frecuencia unirse los dos partidos beligerantes para combatir y derrotar á los mantenedores del órden público. Estas escenas tienen lugar los domingos ó dias festivos, que en nuestro religioso pais cada cual santifica á su manera, y como en las ciudades de provincia solo en semejantes dias pasea la generalidad de la poblacion, y los apedreantes y apedreados emprenden la retirada haciendo fuego, resulta que muchos pacíficos vecinos que salieron de sus casas libres de todo mal, vuelven á ella con la cabeza entrapajada, un ojo de menos ó la nariz hecha una plasta. Hay temporadas en que las pedreas se repiten periódicamente y con la debida solemnidad, cada ocho dias tomando en ellas parte chicos y grandes, mozos y ancianos: los bandos prohibiéndolas y marcando terribles penas á los contraventores son inútiles, y las autoridades civiles y militares con el correspondiente ausilio, tienen cada ciento noventa y dos horas que tomar la iniciativa práctica en el negocio, hasta que pasa el furor de divertirse á pedradas.

Pero volvamos á nuestro Charran: entre los vicios que le adornan no podia faltarle el de fumador, pero original en todo ha reducido este vicio á la mitad, contentándose con el consumo del tabaco sin esponerse á comprarlo. Su frágil caudal no resistiria á semejante ataque, y asi se procura cigarro del mismo modo que los traperos las primeras materias para elaborar papel. Cuantas puntas encuentra, otras tantas recoge, y luego que ha reunido la cantidad suficiente para formar un cigarrillo de papel, lo saborea solo, ó en comunidad, participando de su aromática fragancia cuantos han contribuido á su creacion. Cuando son varios, el método para apurar un cigarro es el siguiente.

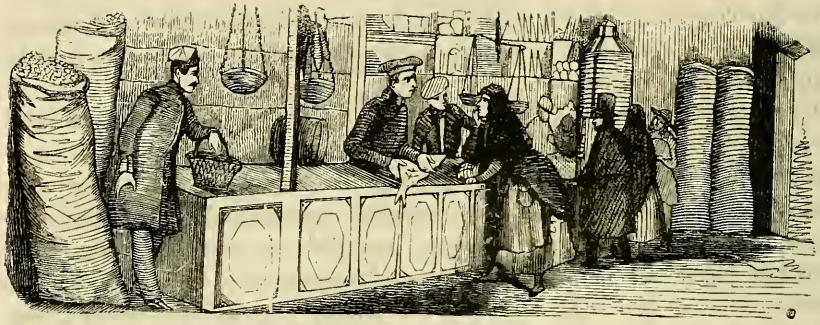
Se colocan en fila por órden de antigüedad, y echando suertes, el último á quien toca la china, coge el cigarro y lo enciende. Toma una bocanada de humo, y acercándose al primer compañero, junta con la de este su boca, y le echa el humo, practicando igual operacion hasta el último; y esto se reproduce hasta que se consume el cigarro. Muchos que no acostumbran tragarse el humo, devuelven á otro compañero la bocanada que reciben, y una misma *chupada*, sirve á veces para deleitar las fauces de media docena de fumadores.

El Charran toma parte en todos los acontecimientos que producen bulla y algazara: forma la vanguardia en todos los regimientos que entran y salen de la ciudad: asisten á todos los bautismos; acompañan á todos los entierros; saben cuanto ocurre de notable en la poblacion y sus alrededores: tiene en la memoria todos los aniversarios: es el que grita en todas las proclamaciones y el que victorea á los héroes y á los que no lo son. Cuéntase, que en la guerra de la Independencia, cuando los franceses se presentaron delante de Málaga, salió á combatirlos toda la poblacion, armada en su mayor parte de entusiasmo y cuchillos de cocina, pero como de costumbre precedida de una cohorte de Charranes que gritaban «Viva Fernando VII!...» Sucedió lo que no podia menos de suceder: la metralla de los gabachos decidió la cuestion, y los franceses entraron en Málaga, precedidos de la misma cohorte de Charranes, que gritaban:

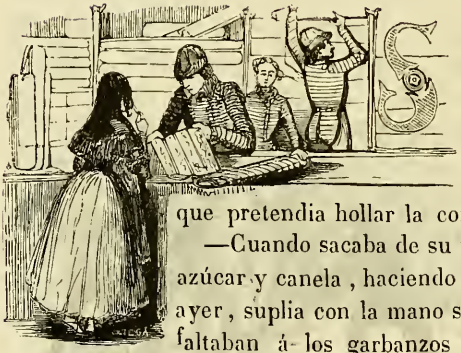
«Viva Napoleon!!...» ¿Dónde estuvieron durante la desigual batalla? Cómo se arreglaron con el vencedor? La historia de aquellos sucesos solo ha consignado el que acabamos de relatar.

Por último, el Charran es una individualidad única en su género que solo pertenece á la ciudad de Málaga: ningun matiz le liga con la clase en que entra despues, cuando la edad le arroja fuera del gremio. Entonces, por violenta que la transicion parezca, se confunde sin estrépito ni oposicion: la palabra Charran, lejos de envanecerle le ruboriza entonces, porque es una espresion denigrativa: repudia su orígen, lamenta su juventud perdida en el ocio: si su fondo es bueno, toma un oficio, se casa, llega á ser padre de familia y ciudadano honrado; mas si el vicio endurecido y fomentado con la ociosidad pesa mas que la buena índole, se dedica á maton ó pillo de playa, tiene cuentas con la justicia y acaba sus dias, ó viajando en Africa, ó á manos de un compañero, ó en el elevado puesto en que la sociedad satisface sus venganzas mutilándose á sí propia.

RAMON DE CASTAÑEYRA.



EL HORTERA.



Será todo lo que Vd. quiera, señora, pero yo no puedo faltar á las órdenes de S. E., respondia con gravedad cierto portero del ministerio de Hacienda, á una enlutada matrona que pretendia hollar la consigna ministerial con estas palabras:

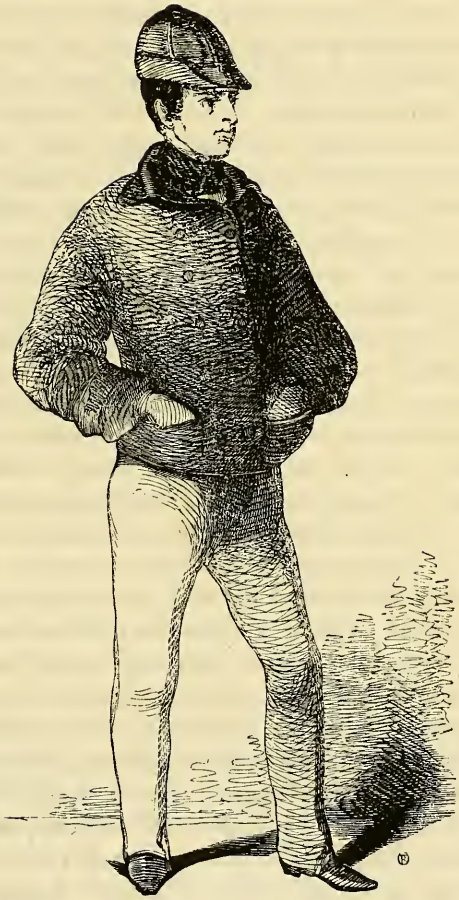
—Cuando sacaba de su tienda.... si señor, tienda, ó lonja de azúcar y canela, haciendo la vista gorda ínterin el *Escelencia* de ayer, suplia con la mano sobre el platillo, las cuatro onzas que faltaban á los garbanzos para equilibrarse con la libra de hierro.... entonces mucha parola y..... Luego el Pavonazo en el chocolate, que mi difunto no murió de otra cosa.... Vaya un ministro integro!

—Señora! Señora!

—Pues no hay mas, clarito!.... Un *Hortera* en el ministerio!!.... No faltarán contratas por partida doble!

—Oh! mengua! murmuramos nosotros, apenas hubimos escuchado la jaculatoria de la parroquiana. Ministro nada menos ese Hortera, cuando el nuestro aun no ha salido de las montañas que le vieran nacer! Y llenos de vergüenza con tan escandalosa inaccion, abandonamos la antesala ministerial, y tomando la pluma con resolucion, juramos no dejarla de la mano hasta que el protagonista de este artículo llegue á ser prestamista de su cofrade el Excmo. Señor, que gracias á su «conciencia de mercader» cobraba un veinte y cinco por ciento de ganancias estraordinarias cuando pesaba garbanzos.

Pero apenas hemos empezado nuestro viaje hácia las montañas de Santander,



y ya nos sale al encuentro una recua de diez arrogantes mulos que conducen con toda resignacion 19 fardos de Escocia y Llin, suficientes para formar nueve cargas y media, que haciendo tercio con un muchacho de 12 á 14 años de edad es para nosotros lo que el diamante en bruto para el artista que lo ha de tallar y pulir. Este fardillo de carne humana, grueso y colorado, con el pelo sobre los ojos, y una boina de yesca de chopo, andará muy en breve rodeado por una docena de agentes de bolsa, que le harán hacer un millon de operaciones al contado, ó será Director del Banco y tratante en bienes nacionales, y tomará en arriendo el derecho de puertas, y la sal, y el papel sellado... y tal vez llegue dia en que se saque á pública subasta el total de las rentas públicas, y ¿quién sino el poderoso comerciante ha de tomar la contrata de mantener á rancho la nacion Española?... Lo cierto es que ya le han desliado del aparejo y tenemos al recien venido entre los brazos de su tio, propietario y lonjista de Ultramarinos en la calle de A.....a El Horterita apenas sabe devolver los saludos del tio, de los primos y hermanos que hace poco tiempo llegaron á Madrid con el mismo pelo de la dehesa, bajo el cual encubre nuestro mancebito ciertas habilidades que aprendió en la aldea, entre ellas la circunstancia esencial de leer muy bien toda clase de manuscritos, y deletrear con bastante torpeza los impresos.

Y aqui por via de nota, y para evitar un rato de *Panlexico* á los lectores de provincia, decimos que el *Hortera* de Madrid, es el *Cajero* de Sevilla, el *Factor* de Valencia.... y en suma: Este artículo habla con todos los dependientes de almacen, que á beneficio del mostrador, son figuras de medio cuerpo eternamente.

La primera operacion que sufre el Hortera es una especie de saturacion sacaróidea, á fin de asegurar los sacos del azúcar, y demas géneros golosos de cualquier apetito desordenado de gula: consiste esta en dejarle comer, de chocolate por ejemplo, una, dos ó mas libras hasta que se resienta el estómago, y el recien llegado aborrezca los géneros coloniales y ultramarinos. Oh! este es un antídoto escelente para los ratones domésticos, y está fundado en ciertas leyes de química-económica indestructibles. Pasan en seguida á enseñarle todas las aplicaciones que tiene la mecánica en las trastiendas, y alli es donde aprende á introducir la mano en un saco lleno de legumbres rancias y secas, para sacar el único puñado que haya de granos frescos y gordos. Entra despues la parte de geometría aplicada á los cubiletes, y en esta seccion le manifiestan las diferentes clases de cucuruchos que se conocen, su estructura y medios de construccion mas ó menos cónicos segun la cantidad que deban aparentar contener, y la que en realidad contengan. Apenas ha pasado el Hortera quince ó veinte dias haciendo cucuruchos de todos calibres y ya tratan de ejercitarle en la difícil tarea de la tecnología comercial, ó de puertas adentro, y en la vulgar ó de mostrador. Consiste esta última en los diferentes nombres, sinónimos para los que estamos en el secreto, qne emplean los consumidores al solicitar las mercancias; y la primera está reducida á que el espendedor sepa que los depósitos de azúcar designados con los títulos de 1.ª, 2.ª y 3.ª ó mas clases, son tres substancias distintas desde que se emanciparon del saco en que se hallaban todas juntas. Lo mismo sucede con el té de la China y el café de Moca (véase cascarilla de cacao

tostada); todos estos géneros viven democrativamente en las cuevas ó en la trastienda, y luego que pasan á la pieza de recibo cada cual toma la aristocrática elevacion que le depara la casualidad. Si hubiera otros Esopos y Samaniegos, que se ocupasen de hacer hablar á estos objetos inanimados, no quedaria impune la desfachatez del Hortera cuando pregunta á los parroquianos si quieren el cacao de Caracas, de Guayaquil ó Soconusco, siendo asi que el único que tiene designado con esos tres nombres, merced á la division que todos sabemos, no ha tomado carta de naturaleza en ninguno de esos lugares. Pero supongamos que ya se ha concluido el noviciado horteril, porque seria eterno referir todos los agios y evoluciones que en ese tiempo se enseñan (la vara de medir solamente necesitaba un tomo en folio) y veámosle colocado detras del mostrador en el almacen de Ultramarinos.

Estraordinaria y vasta podrá ser la táctica comercial de puertas adentro segun indicamos en la parte de cubiletes y mecánica, pero nada es comparable con la diplomacia horteril, y pocas cosas hay tan sublimes como el aire de reserva que imprime á todos sus actos esteriores. La manera que tiene de presentarse al público, encastillado entre los sacos del arroz, parapetado con los fardos del bacalao, y presentando entre su persona y la de los parroquianos un enorme tablon, pintado de azul ó de amarillo, es una cosa digna de notarse si se atiende á la masoneria que observan todos los dependientes del almacen.

Apenas abre su tienda, por la mañana temprano, y ya la encuentra invadida por el Albañil, el Carpintero, el Zapatero, y toda clase de jornaleros que saliendo de sus casas para sus respectivos trabajos, acuden presurosos *á echar la sosiega* con una copa de aguardiente en casa de nuestro lonjista, que saluda á todos con el mayor agrado y les sirve con no menos esmero. Esta reunion de bebedores heterogénea ya, por los distintos oficios á que cada uno se dedica, no lo es menos por las diversas opiniones políticas que cada cual profesa, ó cree profesar. En los tiempos que el Albañil se dedicó al oficio, era indispensable llevar gorra de voluntario realista para encontrar trabajo, y como no se podia usar este distintivo sin pertenecer á la regimenta, entró en las filas todo el qué no quiso morirse de hambre. El Zapatero es algo mas jóven, y se ha encontrado con un gobierno constitucional, que tiene ciudadanos armados, pero que los llama M. N. y unos maestros de obra prima que exigen gorra de cuartel para hacer zapatos; ¿pues qué remedio sino ser miliciano y llevar gorrita? El Carpintero es hombre de chispa: á la muerte de Fernando VII persiguió á su padre por carlista y le dieron trabajo en la Casa Real; pero le han quitado el destino los santones y ahora dice que es republicano. Pues siendo tan imposible amalgamar los pareceres políticos de estas gentes, como evitar que discurran sobre la contestacion que dió el gobierno al Embajador inglés, y digan que es un majadero el general de division en haber atacado por la izquierda, etc., no es nada facil tampoco que la noche anterior al aguardentoso desayuno faltasen retenes y patrullas ó cuando menos algun estraordinario ganando horas; cualquiera de estas cosas es suficiente para que se entable una acalorada discusion política, en la que suele tomar parte algun escarolero, ó tal cual lego esclaustrado ayudante

de cocina en casa de algun marqués y senador por añadidura. Ultimamente disputan y todos desocupan sus respectivas copas abogando el uno por la república, el otro por el gobierno representativo, quién por el absolutismo, á cuyo parecer se une gustoso el asturiano, y aun hasta el lego, pero este último quiere que se añada la inquisicion sin telarañas. Llega ya el lance terrible de ser interpelado el Hortera, y en esta embarazosa y dificil posicion es donde mas luce la diplomacia de mostrador: con todos sonrie, á todos trata de dar la razon, y jamas se conmueve aun cuando parezca que la discusion se decide por un partido ó por otro; su principal y casi único cuidado es el de no distraerse en el cobro de lo vendido.

Mas no consume el Hortera toda su charla y agrado con los jornaleros, y mozos de compra: las criadas de servicio son recibidas con no menos agasajo y atencion, mediando varios requiebros de una y otra parte con tal cual apreton de manos, cosa muy admitida entre los Horteras, y que no puede dar celos á nadie que conozca las leyes penales de estos individuos mercantiles. No haya miedo que se enamore ninguno pesando azúcar ó envolviendo té; serán muy vehementes en sus pasiones, pero en los actos del servicio las tienen paradas, ó cuando mucho á media cuerda.—Apunte Vd. que le quedo á deber los 12 reales del chocolate y los ocho cuartos del almidon, dice una muger al abandonar la tienda.—Vaya Vd. con Dios, vecina, y no se burle, replica el Hortera á voz en grito, y repitiendo por lo bajo doce y uno trece.—Gracias, responde la deudora, ahora lo bajará el muchacho. Y apenas ha quedado solo el lonjista saca un gran libro azul y escribe: «Es en deber Doña Fulana la vecina lo siguiente.....»

Asi ocupado en lances de esta naturaleza consume los dias el lonjista, sin que ningun hecho notable le haga distinguir el lunes del martes ni este de todos los demas de la semana, hasta la mañana del domingo inclusive, porque la tarde..... Oh! la tarde de los dias festivos merece un párrafo esclusivo, y no seremos nosotros ciertamente los que nos opongamos á que el Hortera pase su visita de ordenanza á las fieras del Retiro y demas accesorios de tan saludable medida higiénica. Y como en esta caminata nos ha de acompañar tambien la *aristocracia horteril*, no será del todo inútil dar un corte á la pluma que ya parece estar algo cansada, y echando á la espalda la mochila del café hacer unos cuantos giros comerciales con la vara de medir. Para esto, no tendriamos necesidad de trasladarnos á este ó el otro punto de la capital porque la profecía de San Vicente Ferrer se ha cumplido, y ya tiene Madrid mas tiendas que compradores; pero sin embargo, la escena pasa en la calle de Postas, ó séase *boulevard* de coruñas y viveros. A la derecha se ven tantas tiendas á piso bajo, como balcones de entresuelo; á la izquierda cada ventana tiene debajo de sí un almacen de lienzos; y en ambos lados y bajo toda clase de gobiernos, se despachan géneros del *Reino* y estrangeros.

Trabajo cuesta penetrar la muralla de gente que á todas horas defiende estos almacenes, pero nosotros hemos resuelto llegar hasta el mostrador para tener mano á mano un rato de parola con el Hortera, y lo conseguiremos fácilmente marchando detrás de una jóven elegante y hermosa (con menos letras se dice

fea, pero está lleno el tintero!....) que desde el umbral de la tienda es saludada por el comerciante. Esta apreciable señorita habrá madrugado á las once de la mañana, si por casualidad no estuvo de *sarao* la noche anterior, (aqui no hay *soirée* que valga) y no teniendo amigas á quien visitar, ni esperanzas de que saliese el sol para bajar al Prado, abandonaria la casa paterna con estas palabras.—Mira, mamá, estoy fatal de los nervios; que me acompañe el muchacho y *voy de tiendas*.—Pero, hija mia, si estás llena de ropa!—No tengas cuidado, mamá; lo hago por divertirme... no he de comprar nada, pero los haré revolver un rato. Pasaré primeramente por casa de Ginés á ver lo que han recibido de nuevo, y luego voy á sublevar toda la calle de Postas.—Anda con Dios, responde la madre satisfecha con las económicas diversiones de su hija, sin reflexionar que los guantes estorban para conocer la calidad de los tejidos, que el Hortera tiene mucha franqueza con las parroquianas, y..... en fin, lo menos era que cogiese la blanca mano de la niña entre las suyas, si no las tuviera llenas de sabañones en invierno, y un tanto ásperas en verano.

Llega por fin nuestra jóven á descansar sus brazos sobre el mostrador, y todos los Horteras se acercan á recibir órdenes, apoderándose, uno del abanico, otro del pañuelo, quién examina los guantes, adulándola todos á porfia, hasta que una manola que está comprando terciopelo para una mantilla, dice al mocito que la despachaba:—Oiga usté, Don Cachucha, sábe usté que mi monea es tan rial como la de cualquier señorona; y que tengo dos onzas en el bolsillo, y algunas mas en casa para sacarlo á usté de probe!—Alsa, Manola!—Quiá!.... si me llamo Juana, so escocío!... si no tie usté mas gracia con las usías está abiao! Estas palabras dan á conocer al principal del almacen la gravedad que pudiera tomar aquel lance, y reflexionando que la manola paga mejor, ó por lo menos mas pronto que la señorita, acude á despacharla él mismo, dejando que uno cualquiera de los dependientes desplegue ante los ojos de la caprichosa niña cien piezas de tela de cien varas cada una;

—Este *chaconá* es muy claro, y tiene un hilo muy grueso.

—Oh! no señorita; es de lo mas fino que se hace, y estos colores son eternos, aunque se laven con agua hirviendo. Hemos tenido un despacho horroroso; ayer se vendieron cien cortes, y tenemos pedidos treinta para Mad. Victorina, que escasamente.....

—¿Y me quedaré yo sin nada?

—¡Oh! no tal, para Vd. siempre hay una pieza!....—Pero ahora no, porque mamá no quiere; pagó ayer dos mil reales de tres sombreros á Madama Capot y está que trina.

—Mejor, replica el Hortera, entregando un lío al criado de la jóven..... Ya saben Vds. que todo cuanto yo tengo..... (quisiera venderlo sin regatear como esto, añade por lo bajo)

—Y tienen Vds. una tela para vestidos de calle que llaman!..... llaman!....

—*Ilusion*.—No.—*Palmeriana*.—Tampoco.—*Poplin*, *Chalin*, *Clarin*, *Smirna*, *Fantasía*, *Damasquina*, *Rua-celin*.....

—Eh! basta,,,,, Fantasía quiero.—Pues, sí señora; vea Vd. qué cosa tan

preciosa..... parece imposible el adelanto que se observa en nuestras fábricas de Cataluña..... Tú que tal dijiste, desventurado comerciante! Apenas oye la niña que se trata de géneros nacionales, vuelve la vista, y dice:

—Quite Vd. allá, hombre! á la legua se conocen los géneros catalanes! qué cosa tan ordinaria!—Pues crea Vd...—Mira, interrumpe el dueño del almacen, todo asustado con la patriótica franqueza del compañero, sácale á esta señorita la fantasía inglesa.—Pero, si!....

—Ahí la tienes debajo de la catalana; y guarda esa hasta que venga alguna lugareña con poco dinero.....

—De valde es cara, interrumpe la caprichosa compradora.

—Ciertamente, contesta el principal, añadiendo *sotto voce*:

Ella lo ha de pagar, y será justo
Bautizarlo de inglés por darla gusto.

De este modo consiguen vender á doble precio las peores piezas de tela que por esta circunstancia suelen estar las últimas en los almacenes, y la ignorante jóven sale muy satisfecha de su fantasía inglesa.

Sin notar que en su exótica manía
Está la verdadera fantasía.

Y ahora que la fantástica niña se retira del almacen, apartamos nosotros la vista de los *Chaconás* y los sabañones, para preguntar al lonjista de Ultramarinos por aquel comerciante en bruto, que trajimos de Santander, y dejamos en la lonja, haciendo cucuruchos. Pero vétele busca al sobrino de su tio. Apenas descubrió el vasto porvenir que la carrera mercantil le presentaba, se emancipó de la tutela, estableciéndose por sí en la misma calle, no sin haber estudiado antes un año de partida doble en el Consulado. Lo primero que se descubre á la puerta de su casa-lonja, junto á la muestra del algodon y las ballenas, es un farolito de cristal que indica la residencia de los padrones vecinales entre las cajas del café; pero el alcalde de barrio no está sin embargo al mostrador, porque como capitan de la fuerza ciudadana se halla de guardia en el Principal. En la tienda le esperan varios señores, entre ellos uno que pretende ser diputado á Córtes, y solicita la influencia horteril; otro que le va á ofrecer dos mil duros por una accion en el gran molino de chocolate, y fábrica de azucar que el lonjista ha establecido en comandita con unos primos suyos; y el resto de personas está compuesto, casi en su totalidad, por agentes de bolsa que acuden á ofrecerle sus trabajos noticiándole las operaciones del dia. Todos estos negocios distraen al lonjista de su primitiva profesion, obligándole á cambiar el mostrador por un magnífico bufete, á poner carretela, traspasando los sacos del arroz por otros tantos lacayos; y si antes tenia á la puerta de su tienda un hombre que vendia buñuelos y le daba conversacion á ratos, ahora tiene un aristócrata portero, que niega la entrada á todo el que no lleva dinero, ó lo solicita á un cincuenta por ciento; y últimamente, se pone en pie cuando sale ó entra su señor, y le dá usía mientras sube á la carretela.

Las anécdotas y cuentecillos, andan por la calle.—Chica, se dicen las mugeres del barrio unas á otras, sabes tú de quién es esa casa?—Toma, de

mismo que tiene toa la manzana!—Te acuerdas que escurrio andaba en el almacen! parece imposible que dé tanto de sí el bacalao!—El bacalao es lo de menos, chica! donde está el busilis es en el chocolate!—El Chocolate!!!

Y como quiera que el nuevo capitalista, está ya fuera de nuestra tutela, y libre por sus aristocráticas pretensiones del nombre con que le hemos señalado hasta aqui, renunciamos á ser en adelante sus cronistas, y concluimos dando un vistazo, con arreglo á lo ofrecido, por las diversiones horteriles en los dias festivos:

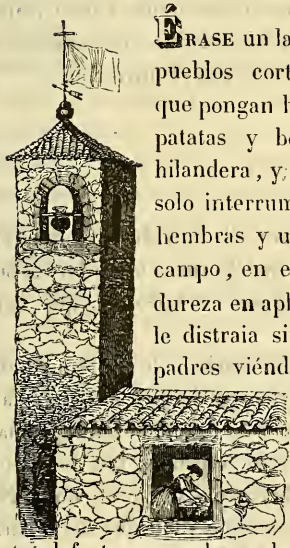
Son las dos de la tarde en verano y se abren tres puertas de la calle de Postas para dar salida á otros tantos dependientes de almacen; (en estos dias es un poco arriesgado decir Hortera). A este triunvirato mercantil se reunen dos mancebitos de la calle del Cármen, igual número de la de Toledo, y cuatro ó cinco delegados de otros puntos. Las dos y cuarto son cuando la caravana horteril rompe su marcha atravesando las principales calles de Madrid para dar con las levita-sotanas de sus individuos nada menos que en el real sitio del Retiro, adonde satisfacen su curiosidad, viendo las fieras, y desocupan sus bolsillos echando á los patos unos mendrugos de pan. La puerta de Alcalá los brinda en seguida á dejar la Córte, ofreciéndoles una hermosa pradera donde jugar á los bolos, y en esto ocupan la tarde hasta las cinco, á cuya hora vuelven á sus respectivos almacenes, no sin entrar primero en una botillería cualquiera, para apagar la sed con un cuartillo de leche amerengada, y el hambre con un puñado de bizcochos.

En los domingos y fiestas solemnes del invierno no juegan á los trucos, ni ven las fieras, pero suelen ir al teatro, porque aunque ellos no pidan para esos dias precisamente la *Pata de Cabra*, ni los *Polvos de la Madre Celestina*, el empresario sabe que no le honrarian con su presencia, si diese otras funciones, y no se espone jamás á semejante disgusto; cuando mucho se atreve á sustituir esas comedias con la *Redoma encantada* y el *Naufragio de la fragata Medusa*. Y aunque el sainete no sea *Paca la salada* es con precision *merienda de Horterillas*.

Lo único innegable, pero cuya causa nadie ha podido esplicar aun es la facilidad que tiene toda clase de personas para reconocer á golpe de vista los Horteras. Séase que cuando la ropa no ajusta al cuerpo, indica poca legitimidad de pertenencia en el que la lleva, y que un muchacho de quince años con una levita-sortú que se hizo para un hombre de cincuenta, nunca será otra cosa, sino una máquina que hace andar una levita; ó bien que los enormes picos de la camisa vayan retozando con el sombrero, y que este tenga tantas pulgadas mas de diámetro cuantas se necesitan para cubrir el cogote ó parte de la oreja. En fin, sea de ello lo que quiera, lo cierto es que en cuanto se ve alguno con todas ó parte de esas cualidades, involuntariamente se dice: *Ahí va un Hortera!!!*

ANTONIO FLORES.

EL CLERIGO DE MISA Y OLLA.



Érase un labradorcillo de mediana fortuna (que medianía en los pueblos cortos es tener pan moreno que comer, seis gallinas que pongan huevos, y un pedazo de tierra donde coger algunas patatas y berzas), casado con una aldeana misticona, buena hilandera, y en estremo hacendosa. Vivian en una paz sepulcral, solo interrumpida por los lloros de los chiquillos, que eran dos hembras y un varon. Este se dedicó de tierna edad al cultivo del campo, en el cual despuntaba por sus fuerzas hercúleas, por su dureza en aplicarlas, por su asiduidad de yunque, y porque nada le distraia sino el azadon ó la esteva. ¡Qué pesar sentian sus padres viéndole en la pubescencia sin medios para librarle de la quinta! Porque ni él daba muestras de inclinarse al matrimonio; ni podia ordenarse á título de insuficiencia; ni contaban recursos para ponerle un sustituto (caso de que entonces existiesen empresas y comercio de sangre humana); ni tenia hernia ni otro defecto corporal que le eximiera de ser soldado.

Mas la Providencia, que hasta de los pájaros cuida, vino á proporcionar un consuelo á esta familia predestinada. Cayóle al chico una capellanía colativa, por muerte de un Clérigo su pariente, y cátate abierto un ancho campo de esperanzas risueñas á los ancianos padres y á las desvalidas hermanas. Ya se creian en el goce

de prebendas y de diezmos; ya se repartian de memoria la copia y los derechos de estola, y ya se figuraban á su neofito todo un capellan de honor, un abad mitrado *vere nullius*, ó un obispo *in partibus infidelium*. El muchacho tenia encallecidas las manos, y no menos entumecido el cerebro para estudiar lo mas preciso; pero no era cosa de abandonar el beneficio real, positivo y palpable, por cosas meramente ideales, abstractas y de pura imaginacion. Bueno fuera que despreciaran la fortuna que se les metia en casa por miedo de la ignorancia! Si el ser tonto no arredra al que logra una toga, un ministerio, una mitra ó un capelo ¿qué mucho que el paleto se atreva con una capellanía? Pecho al agua dijo, y dijo como un angel.

Empezó á aprender las primeras letras con el maestro del lugar, que al cabo de tres años le dió por suficiente en leer el catecismo, y en firmar sin muestra. Continuó sus estudios con el padre cura, que le procuró instruir en deletrear el latin, y le enseñó de memoria unas cuantas reglas de Nebrija. Ora que le pareciese bastante para ser Capellan lo que le habia enseñado de gramática, ora que llegado el mozo á los veinte y cinco años no consentia demoras su ordenacion, pasó á darle algunas lecciones del Lárraga, novena vez ilustrado, y antes de que cumpliese treinta años se aventuró á aconsejarle que solicitase la tonsura, los grados y las órdenes mayores. Contaba el párroco, su director, con que la rudeza ostensible del discípulo, y su hablar balbuciente, serian un motivo de compasion para los sinodales; y confiaba todavía mas en la bondad acreditada del prelado, que por no causar penas á las familias, ni privarlas del que miraban como sustentáculo de su vejez y orfandad, ordenaba sin escrúpulo á todo yente y veniente que llamaba á sus puertas. No dicen los anales si este suceso acaeció en el obispado de Santo Domingo de la Calzada, pues segun el proverbio,

En Calahorra
Al asno hacen de corona;

ó si tuvo lugar en el episcopado de Solano, sucesor de San Julian, que en esto de dar órdenes era tan franco, como el diputado Don Francisco en dar cartas de recomendacion. Nuestro héroe logró aquellos tiempos anchurosos, que han traido á la iglesia estos otros de estrechez.

Hízose en efecto Clérigo de corona y de menores, á beneficio de la indulgencia sin límites de los examinadores y del diocesano; empero quedó el pobre Capellan tan fatigado y aturdido del sínodo, que por su voluntad (si es que la tenia propia) fuera *capigorron* eterno, antes que presentarse otra vez á prueba tan terrible. Solo el aguijon del cura y los llantos de la madre y hermanas pudieron obligarle á que pretendiera ordenarse *in sacris*. Las misas en seco que tuvo que decir para adiestrarse en las rúbricas, los sobos que dió á la hoja del *Te igitur* y á las páginas del Padre Paco que le concernian, y las angustias que pasó hasta contarse en el presbiterado, solo él y Dios lo supieron, si no es que su torpeza y falta de memoria reservaron á Dios solo este conocimiento. Por fin, llegó, sufrió el exámen, le ordenaron de epístola, evangelio y misa, y recogió el título para ganar una

peseta diaria con la intencion (que la tenia como un toro), y para invertir en su cóngrua sustentacion las rentas de la capellanía, y demas bienes eclesiásticos que adquiriese. ¡Albricias ilustrísimo señor! ¡Victoria por Mosen Zoilo, ó el Licenciado Cermeño! ¡Sea enhorabuena, familia bienaventurada! feliz tú que has logrado meter por las bardas de la iglesia á un hijo, que puede llegar á ser Papa; pues de menos nos hizo Dios!

Aqui tienen Vds. lo que propiamente se llama en Castilla un *Clérigo de misa y olla*; porque es un presbítero sin carrera, un clérigo en bruto, un capellan que no sabe de la misa la media, un eclesiástico raro, un cura de los de su misa y su doña Luisa, un clérigo echado en casa, un *curalienzos*, un *cantacredos*, un *saltatumbas*, un *clerizonte*, en fin, por su vestimenta y modales, y un *aquitibi*, por servir mejor para alquilon de pasos que para preste de procesiones, Trasladando esta definicion á otras profesiones y materias, para compararlas, resulta que *el Clérigo de misa y olla* es el maestrante de la milicia cristiana, pues viste el uniforme sin ir á la guerra; es el esbirro de la iglesia militante que cobra el sueldo por soplar y oir chismes; es el editor responsable de lo que hacen canónigos y prelados; es el burro de la viña mística, que únicamente sirve para los oficios mas bajos y groseros; y es el májico de los bienes temporales, porque espiritualiza con su solo contraste los edificios, las tierras y los olivares.

Tenemos á nuestro Clérigo misacantano, esto es, preparándose para hacer el primer sacrificio, que vulgarmente se llama *cantar misa*, y en términos técnicos decir la *misa nueva*. El dia señalado para esta ceremonia aparatosa ondea sobre la picota del campanario una bandera encarnada, que suele ser un pañuelo de seda toledano, regalado al dicente por una monja compatriota. Y además de llamar la atencion por la vista se escitan las sensaciones del oido con repiques, gaitas y festejos; las de ambos sentidos juntos con voladores y carretillas; las del olfato con las yerbas y flores que adornan la iglesia; y para el gusto se preparan abundantes comidas por el estilo de las bodas de Camacho. Los curas de la contorna convierten la parroquia en una colegiata, por todas partes se encuentran gentes forasteras, y todo el pueblo anda revoloteando y de jolgorio.

Acabada la misa, en que don Zoilo ha lucido su voz de sochantre, se celebra el solemnísimo besamanos. En una zafa de Alcora muy rameada sirve el padrino lego el lavatorio al celebrante, no sé si para evitar que las chuponas beatas tomen alguna partícula sagrada, ó para que acaben de limpiarse las escamas campesinas, y queden propiamente manos de cura. Por primera vez se lavan las palmas del Capellan con agua de colonia; y como si se le quedaran yertas con tan desusada ablucion, tienen que suspenderlas los padrinos eclesiásticos, ínterin que el pueblo fiel toca con sus labios donde tantas veces se limpiaron las narices del patan.

Llegado el cortejo á la casa clerical empieza la enhorabuena, cumplida, interesante, tierna. La madre rompe la marcha, abrazando cordialmente á su prenda, y embargada de alegría, hace esta esclamacion: ¡quién me lo habia á mí de decir que mi Zoilo meteria barba en cáliz y seria padre de las almas! «A las hermanitas se les van las aguas sin sentirlo, y al oir que su mayorazgo

se ha casado con la iglesia, arden en deseos de matrimoniar aunque fuera con el sacristan y por detras del coro. Cuál pariente se promete que á la sombra del nuevo Capellan estudiará el sobrinillo y le sucederá en el beneficio: otro celebra lo bien que le cae la casulla y el bonete y la gracia con que se maneja: y los mozallones, antiguos compañeros de fatigas, recuerdan lances del boleo y de la barra; y alguno que piensa que el campo espiritual se cultiva á fuerza de puños, asegura que no ha entrado operario mas tieso que Zoilo en la viña del señor.

El nuevo estado produce mudanzas marcadas en el héroe de nuestra historia. La primera es en el traje, porque desde el principio cuida de que olviden las gentes lo que fue y le presten el homenaje de lo que es. No se quita el alzacuello ni aun para dormir la siesta: el sombrero de canal le acompaña por todas partes aunque vaya de chaqueta: al color de la lana y á todo otro color sustituye el lúgubre negro; y en la casa suele revestirse de un raido talar que fue balandran de su difunto tio. Huye del trato con los profanos, ya por aparentar retraimiento del mundo y ocupaciones de su ministerio; ya por evitar que le recuerden bromas y simplezas pasadas; ya por quitar la confianza á los que le tuteaban. Pasea solo por los parajes mas estraviados, y camina con los ojos bajos, aunque al soslayo y á hurtadillas guste de enterarse de todo y especialmente de las perfecciones de las criaturas.

Lo comun es separarse de la familia y poner casa á parte; y á pesar del empeño de una y otra hermana por emanciparse á título de cuidarle, él prefiere para sirvienta á la hija del tamborilero, que es una muchacha rolliza, desenvuelta y de disposicion para todo. En los antiguos cánones se llamaba esta ayuda de parroquia, compañera y barragana del Clérigo: hoy se titula *el ama* por decencia clerical, pero jamás se confunde ni en el trato, ni en el porte, ni en el nombre con la simple criada.

Otra variedad causa en Don Zoilo el cambio de estado. Antes embotaba sus potencias el ejercicio corporal: ahora si bien no ha ganado mucho en despejo, suelta algunas sentencias tradicionales contra libertinos y filósofos, aunque ignora qué casta de pájaros son: habla de duendes, brujas y ánimas aparecidas, y contradice todo lo que suena á invenciones y novedades. En una palabra, se considera tan otro desde el dia en que se abrió la corona y se vistió los hábitos que por inmunidad entiende que ningun juez del mundo tiene que ver con él, sino el obispo ó el papa; y al príncipe temporal le considera como un pobre penitente rendido á sus pies, que espera humildemente su absolucion ó que le envie por ella á Roma, si no ha comprado la bula de la santa cruzada.

Andando el tiempo va volviendo el Capellan, sin sentirlo, á su pristino sér, como la cabra que siempre tira al monte. Su única obligacion es decir los dias de precepto misa de alba en la sementera y de once en los agostos; y aunque el resto del año nunca deja de celebrar, estando sano, ni tiene precision de madrugar, ni de estarse en ayunas hasta el medio dia. En veinte minutos hace su deber y su negocio, y como dos horas le bastan para comer y diez para dormir, el resto del dia en algo ha de ocuparlo. Ya le cansa la conversacion perpetua de su sirvienta: no le satisface su esclusiva privanza, y se aburre del

retraimiento por los andurriales. Empieza á salir de la monotonía entrando en alguna casa de mas confianza: va por las tardes y noches á echar un truque con la gente de su estambre, y anuda relaciones, que los humos clericales habian interrumpido. Recobra la anterior franqueza, tira el cuellecillo, reservándolo para los oficios eclesiásticos; sale en mangas de camisa durante l a canicula; se detiene á hablar con las mugeres que lo merecen, mirándolas de hito en hito; y si le enfadan los muchachos, ó el ruido de los perros, ó las rondas á deshoras, echa sus tacos y votivas, como un hombre de carne y hueso. El genio bravío y los resabios de la educacion no le abandonarán hasta la fuesa; y guarte no le duren, como diz que dura el carácter sacerdotal, hasta en los infiernos.

Este es el periodo álgido de los goces clericales, supuesto que á la compostura afectada y al aparato esterior ha sucedido la naturalidad grotesca y sin aprension. El ama procura por todos los medios que en su casa encuentre el señor lo que necesite, y que le parezca mejor que lo ajeno: ni la madre Celestina seria mas diestra en aderezar tónicos, corroborantes, escitantes, dulcificantes y sustancias suculentas. Del agua no prueba mas gota que la que destila con la cucharilla en el cáliz; pero todas las vinageras del vino le parecen chicas, y golosos todos los monaguillos que le ayudan. Para él está demas el sumidero, aunque le caiga en el sangüis un mosquito ó una abispa, que con los alcoólicos todo pasa por sus tragaderas espaciosas; y si en vez del pan ácimo le dieran un hornazo ó un ojaldre de á libra, se lo engulliria en un santi amen, sin que los fieles conociesen si consumia una hostia. En resúmen, come como un eleogábalo, bebe de lo tinto á boca de jarro, duerme como un liron, engorda como un tudesco, huelga placenteramente, y deja rodar la bola de este diablo mundo.

No se vaya á juzgar por lo referido que el Clérigo de misa y olla es el hombre feliz por escelencia. Momentos llegan de zozobra en que tiene que poner en tortura sus embotadas potencias, y volver á arrastrar las hopalandas. Un año y no mas le duran las licencias de celebrar y confesar, y con esta frecuencia ha de solicitarlas de nuevo, previo el exámen correspondiente. Si de recien eleccionado habia tantos trabajos para el sinodo ¿cuanto crecerán los apuros con el tiempo perdido en la molicie y en el embrutecimiento? Si no ha vuelto á abrir un libro ni á tener conferencia¿ qué mucho que haya olvidado lo poco que sabia? Del idioma latino no conserva otras palabras que las vulgarizadas entre los labriegos: el *busilis*, el *intringulis*, el *cum quibus*, un *quidan*, un *agibilibus*, la *vita bona* la *pecunia*, de *facto*, y de *populo barbaro*. Baste saber que habiéndole rogado unos cazadores amigos que les dijera misa de madrugada, encareciéndole la ligereza con la frase de misa de palomas, pasó lar go rato buscando por el misal este oficio, hasta que tropezando con la *Dominica in palmis*, que él leyó *in palomis*, les encajó la pasion entera del Redentor, dejando á los cazadores crucificados.

Las interminables abreviaturas del Añalejo eran para nuestro letrasgordas, como lo son para algunos canónigos, mas obscuras que el siriaco y el rúnico. Tomando la cartilla por almanaque de Torres, ó por Piscator sarrabal, cuando veia que las lecciones del primer nocturno eran *Justus si morte*, decia que aquel

era buen dia para morirse en gracia de Dios: cuando señalaba *Mulierem fortem*, retraia á los hombres de que se casasen, porque era dia de muger testaruda: y si en el rezo se prevenia el salmo *Confitemini*, abreviado *confit.*, aseguraba que era el dia propio para comprar dulces en las zuclerías. El siete de marzo tuvo una petera escandalosa con el sacristan, obstinado en que le habia de poner el altar en medio de la nave, porque el añalejo decia *Missa In medio Ecclesiæ*; y la *Dominica in albis* se empeñó en celebrar sin casulla, tomando al pie de la letra lo de *en alba*.

En tan lastimoso estado de ignorancia era matarle inhumanamente hacerle comparecer á exámen. Asi es que se valia de certificados de los facultativos para escusar el viaje, y comprometia todas las relaciones de los curas y caciques de la comarca para lograr *remisiva* cerca de un párroco conocido y asequible. Y si á pesar de los pesares no alcanzaba eximirse y comparecia en sínodo, aquello era un alubion de disparates, que anegaba en barbarismos á los examinadores hasta las melenas y cerquillos. Si le preguntaban por el *título colorado* de supuesta jurisdiccion, respondia con el *lege coloratum* de los rubricistas. Interrogado sobre si se podia decir misa con hostia de papel, contestaba con un *distingo*. Y escudriñándole acerca de la confesion *auricular*, decia cándidamente que en su tierra no se estilaba esta confesion, sino la de pascua florida. Los jueces, ó lo tomaban á risa, ó tenian compasion, ó le dejaban por incorregible.

Toda la vida de Don Zoilo fué un tejido de chistes y de anécdotas, capaces de enriquecer una Floresta. La historia refiere lances curiosísimos, y muchos se han hecho proverbiales en España, corriendo de boca en boca, de generacion en generacion. Aqui le pintan diciendo misa, y al ver por una ventana contigua al altar que un chicuelo gateaba por un donguindo de su huerto para robarle las peras, dice alzando la hostia (que este era el momento de la observacion) ¡ahora sube el hi de puta! Allá le recuerdan rezando la novena de Dolores, y al llegar á la adoracion de las llagas, anuncia la del pie izquierdo en estos términos: «A la llaga de la *pata zurda*.» Acullá refieren que no queriendo recibir la primera y única carta que le llevó el balijero, este le objetó que para él venia dirigida, pues decia en el sobre *A D. Zoilo Cermeño, presbítero*, pero obstinóse en la negativa protestando que Cermeño sí se llamaba, mas que el apellido *presbítero* no era de ninguno de su casta. Finalmente, nuestro Capellan era de los que niegan todo lo que no entienden, porque le es mas fácil negar que comprender, y por eso á un criado que le hizo una diligencia de bastantes leguas en pocas horas, creyéndole brujo, le ajustó la cuenta y lo despidió diciendo, que no queria en su casa criado tan listo. Que no rezaba las horas canónicas lo evidencie un curioso, pues viéndole el Breviario empolvado se lo sustrajo, y en muchos meses no lo echó de menos. Lo que es misas sí, decia regularmente 365 en año no visiesto; porque á cambio de las cuatro que dejaba en semana santa, ensartaba los dos ternos de los Santos y de Navidad, y salian pie con bola. Esto por lo que toca á celebrar, que en tomar limosna era mas amplio. ¡Sobre celemin y medio de garbanzos se hallaron á su muerte en un arcon, donde habia depositado uno por cada peseta que no aplicaba!

Hasta aqui la descripcion acompasada y prosaica del tipo que me he propuesto delinear, pero quiero tambien echar un cuarto á espadas, trazando algunos rasguños románticos y pinceladas goyescas, que sirvan como de epílogo, ó sea miniatura del cuadro.

El Clérigo de misa y olla con relacion á los demas hombres, presenta anomalías misteriosas dignas de ocupar una imaginacion ardiente y un genio filosófico: su estudio puede ayudar á conocer ciertas notabilidades políticas y literarias. Nuestro ejemplar presenta estos caractéres:

1.° *No es capacidad y el vulgo le mira como inteligente:*—Le creen un calendario vivo si anuncia temporales.—Le juzgan adivino, si predice acontecimientos.

2.° *No es propietario, ni mayor contribuyente, y le rinden homenaje debido á la aristocracia de riqueza.*—Pídenle limosna, aunque él la necesite.—Sin sólida hipoteca alcanza su crédito á los bolsillos agenos.—Todos los vecinos y allegados son sus sirvientes voluntarios.

3.° *Es del estado general, clase pechera, y goza del fuero de hidalguia.*—En los padrones ocupa un lugar aparte como los nobles y capitulares.—Tiene tratamiento de *don* y de su merced.—Ni sufre alojamientos ni cargas concejiles.

4.° *Nació aislado, no ganó un amigo, y por todas partes halla afiliados y protectores.*—El organista, el acólito, el niño de coro, el campanero, el salmista, el sepulturero, y hasta el pariente del vecino del sacristan, que se considera gente de iglesia, se creen obligados á defenderle á capa y espada.

5.° *Es de naturaleza flaca, y le veneran santamente.*—Le quitan el sombrero mejor que al alcalde.—Los muchachos le besan la mano al encontrarle.—Se le levantan las mugeres cuando pasa; y aqui me ocurre una

Nota. Esta diferencia del bello sexo, que ni con autoridades ni principales se tiene, que ni los caballeros, ni los tios admiten, en obsequio á la beldad; que en nacion alguna consiente la virilidad de la débil muger, de la bella mitad, de la femenil flaqueza, de la diosa de las gracias, del ídolo del amor, de la compañera inseparable, del depósito de las confianzas, del objeto de las consideraciones humanas ¿será porque los clerigos gastan faldas y se visten por la cabeza como las hembras? ¿Ó será que no teniendo los eclesiásticos libertad de galantear en público, ellos y las mugeres guardan la etiqueta para la calle, y la franqueza para dentro de casa?

Este es el tipo comun, el característico del Clérigo que se llama de misa y olla, porque no sabe mas que mal decir una misa y tragar; pero hay tambien escepciones y variedades.

El Clérigo ramplon de que hemos hablado, se abre una corona frailuna como un plato, ostentando vano lo que no merece. Otro la toma por la inversa: y se la deja como real de vellon para que no le conozcan la clerecía ni con microscopio.

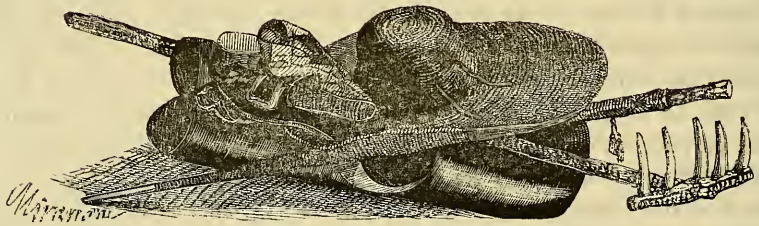
En lugar de una capellanía miserable logra otro majadero un pingüe patronato; y en vez de la vida mojigata y de padre quieto anda de feria en feria, de banca en garito, con perros, con caballos, en cacerías, fumando puros habanos, y cortejando viudas, casadas y doncellas.

Si aquel sigue el precepto de ser cauto, este se echa el alma atrás, abraza la vida airada, hace alarde de ir con su dama á las funciones y espectáculos, y riñe en público con ella sobre celos y sobre otros asuntos casi matrimoniales.

Por último, tal hay que enreda todo el pueblo á fuerza de chismes é intrigas solapadas, sin descubrir el cuerpo á estilo de policía secreta; y cual que desaforadamente se pone á la cabeza de un bando, promueve pleitos, maneja ayuntamientos, dirige elecciones y atrae sobre el vecindario las plagas de Faraon.

Réstanos observar una diferencia cronológica. Ejemplares como el del Clérigo, que dejamos pintado, han existido hasta hoy en número crecidísimo: en adelante ó no los habrá, ó serán mas raros: llegará á ser este tipo una entidad histórica. Como nacia y medraba en tiempos de absolutismo, la libertad, la ilustracion y la imprenta, le resisten, le matan. Entonces sabia mas el Clero; ahora dan lecciones los legos. Entonces la iglesia adquiria muchos bienes; hoy los ha perdido. Entonces un fanático con un crucifijo conmovia las masas: ahora no las mueve contra su interés ni un terremoto. Entonces, en fin, daba consideracion la ropa talar y encubria las miserias, y al presente se aprecia la diferencia que hay del saber y de la virtud á un Clérigo de misa y olla.

FERMIN CABALLERO.



EL ESCRIBANO.

PÉSAME, lector amigo, no poder introducirte desde luego en la amistad y confianza del personaje que pretendes conocer. Supongo tu impaciencia por sondear las secretas sinuosidades, los tortuosos y prolongados subterráneos que á tu parecer va formando su pluma en la agena heredad, cuando esplota el precioso *filon* que le hace subir en breve espacio de la pobreza á la medianía, y de aquí á la opulencia aunque sin alterar su posicion social. Paréceme tambien, que ya tienes observado como traza su plano en aquel enroscado é indefinible rasgo que llama *signo*, y lo es en efecto de sus torcidas intenciones; como siempre coloca sobre él la cruz, para que los buenos cristianos á su vista encomienden á Dios á quien allí se encuentra, avisando al propio tiempo que en aquel punto dejó de existir. Todo esto te trae inquieto y aumenta tu curiosidad, siendo lo peor que llegas acostumbrado á encajarte sin rodeos ni antesalas, en las tiendas del sastre, del barbero, del mercader, y de otros muchos que sin duda has recorrido, en donde habrás visto lo que pasa sin quitarte el sombrero ni aun desliar el embozo; pero ya conoce tu buen juicio la enorme diferencia entre esa clase de gentes que han de vivir á *puerta abierta*, y un escribano que no la puede tener sino muy cerrada. Aguarda pues la ocasion de examinarle que en retardarla te sirve la fortuna.

Pienso yo ademas llevarte por de pronto á visitar uno, establecido no ha mucho en la corte, porque sea mas fácil la entrada. Ni sus multiplicadas ocupaciones le impiden aun recibir salvo á los que tienen hecha informacion de pobreza, ni ha perdido todavía los modales sencillos del pueblo en que actuaba.

Allí reina la candidez de costumbres y por lo mismo el Escribano ha de ser honrado y fiel, mal que te pese lector; si no quiere atraerse la abominacion general; puesto que en los lugares son conocidos hasta los actos mas reservados de la vida. Es ni mas ni menos que un hombre público; y respetando su posicion como ellos, ha de cuidar mas bien de cautivar las voluntades que los intereses de los particulares. Así le verás constante en su empeño de hacerles felices aun á costa de su propia felicidad, no exigir contribuciones, esto es, nunca exigir que le contribuyan ni aun con sus *legítimos* derechos, á los ricotes y bien acondicionados; ni jamas perdonarlo á los pobres. Verdad es que como amigos los primeros, no pueden negarse á ciertos adelantos ó empréstitos que la austeridad de tales principios le obliga á reclamar en repetidos apuros, y de cuya amortizacion nunca se trata. En sus salidas tampoco exige dietas algunas sino es las puramente precisas por *via de alimentos.*

De suponer es que tan escesiva delicadeza le tiene siempre en un pie de economía poco comun; y solo en fuerza de su aplicacion y buen manejo en el oficio, puede al poco tiempo procurarse con que ir pasando, y hacerse con una yegüecita torda que va manteniendo lucida y bien enjaezada; y asi es que desde entonces todo queda para la condenacion de costas, donde presentados en globo los derechos de los *elaborantes* no se echa tanto de ver el esceso en su cuenta parcial. Agradecidos en cambio los aldeanos, envíanle de cuando en cuando regalos de diversas especies, que en hombre tan de provecho pueden suplir sin esfuerzo la manutencion de amo y jaca por la mitad del año. Con esto y con dar fé de que los bienes de cada vecino valen su diez por ciento cuando llega el reparto catastral, que los Propios han invertido todos sus fondos y muchos mas en el mantenimiento de presos pobres, y que el hijo del alcalde no se halla en casa cuando le buscan, pasa por el hombre mas recto, mas íntegro y mas cabal de cuantos han conocido hasta su tiempo. Ni puede ser de otra manera, porque es ademas un cristiano viejo *temeroso de Dios y de su conciencia*, con sus ribetes de devoto, que nunca se ha presentado sin capa en la misa mayor, ni ha dejado secar la pila de agua bendita á la cabecera de su cama.

Por otra parte, como persona de mucho prestigio, no teme la murmuracion de aquellos que nada tienen que perder, y se quejan á veces de hallarse en aquel estado, merced á un embargo que se prolongó mas de lo justo, y en el cual por consiguiente el escribano con los demas funcionarios cobraron á razon de 60 reales diarios (con arreglo á arancel) mucho mas de lo que correspondia. Y no por falta de licitadores, sino por guardar los bienes al abastecedor de carnes, quien manifestó desde el principio que le convenian.

Su estrecha amistad con el señor cura, cirujano y boticario (los tres poderes le garantizan tambien contra el pulmon de un hacendado mal avenido con que el escribano haya de vender el grano que comienza á llamar de sus ahorros, á un

tercio menos que el de su cosecha; y dice que está falta su medida porque nunca se la requisa el Almotacen. Mas no repara que en buena economía, los productos toman su precio del gasto que ocasionan al especulador: y el bobo del notario no hace mas que espender buenamente lo que le va sobrando en las recolecciones de los otros. El solo sabe que de esta suerte convierte á dinero hasta el último desperdicio en su verdadera piedra filosofal, y no se cuida del daño que causa a los propietarios en cuyo número no se le considera para el pago de adeudos á la Hacienda.

Con estos elementos cuenta para ensanchar la esfera de su poder; y por si pudiese ocurrir que alguno se descompusiera, no olvida de vez en cuando ostentar su valimiento, dejándoles sin percibir sus honorarios *devengados*, en aquellas causas cuyos fondos no alcanzan para todos. Así es como lleva siempre la voz y decide con su voto los interminables altercados que entre ellos se levantan diariamente, cuando se reunen por las tardes á tomar el chocolate y jugar al *solo*. Allí se dilucidan los mas interesantes puntos de moral, botánica, medicina y legislacion; se solventan las cuestiones mas delicadas de política y aun de derecho internacional; y en fin no hay dificultad de ningun género, que pudiendo caber en el escaso círculo de sus conocimientos esquive el ser controvertida y allanada en aquella Academia: pero entiéndase sin escepcion sujeta al fallo superior del Escribano, quien no siempre se conforma con las máximas de la Biblia, con los sistemas de Linneo, ni con los aforismos de Hipócrates.

Sin embargo debemos confesar que no es por estremo exigente: con tal de que el cura apriete bien la mano á sus feligreses sobre los *juicios temerarios*, que el cirujano le dé exacta noticia de los lances á que asiste por si conviene mejor el otorgamiento de dote, ó la demanda de esponsales, y que el tercero y demas se adapten á sus consejos en las declaraciones periciales, elecciones de ayuntamiento y votaciones de diputados, su ambicion queda satisfecha por esta parte. En cambio pueden contar sin recelo con su proteccion para dictarles pedimentos, redactar acuerdos y asesorar en los casos dudosos: para esforzar el cobro de sus créditos reservándose la tercera parte por *décima y costas*.

De esta manera su posicion se va cimentando, y consigue en pocos años reunir un caudalejo mayor ó menor segun su habilidad en utilizar las ocasiones; pero siempre en buena moneda *usual y corriente*, y libre de toda *carga gravámen* ó *mala voz*. Entonces ya sus pretensiones mudan de rumbo: se queja de la escasez de negocios; los pocos que hay son criminales, de mucho trabajo y compromiso, pero de ningun producto; por tanto es preciso tratar de ascender, y si posible fuera pasar á la corte.

Esto exactamente sucedió con nuestro protagonista quien desde luego tropezó en el inconveniente de estar mandadas suprimir las vacantes que resultaron; mas votando diputado al primogénito de un rico ganadero, reciente doctor en derecho y acérrimo de la oposicion; pudo al cabo conseguir entrometerse en el *Ilustre Colegio* como *Notario del Reino* y *del número de esta muy heróica villa*. Despidióse de sus simpatías, y aunque á su parecer fué muy sentida su ausencia, nadie sin uplicó que la dilatara.

Hoy ya le tenemos en Madrid donde los crecidos gastos de habilitacion, traslacion y establecimiento le han detenido por de pronto en un piso tercero de la izquierda y en una de sus calles de segundo órden. Pero el despacho á pesar de esto, se halla montado al estilo de corte: la antigua gaveta y estampa de San José con su marco de cinta azul y su media caña de cabos dorados han desaparecido de la estancia. En su lugar se han colocado el retrato de Isabel II y un espejo de tercia en cuadro que ocupan los dos frentes. Una docena de sillas de Vitoria, la mesa y tres rinconeras por haberse suprimido la del ángulo menos notable, completan el adorno de la habitacion. Hay ademas un sillon ambulante ó sea presidencial, monumento y recuerdo perpetuo de los conventos estinguidos. Aquel está destinado á la estatua animada de la fé que los cristianos conocemos despues de emancipados de la dominacion romana: y he aqui por donde viene á apoyarse la fé humana sobre la fé divina, ó al menos sobre sus asientos, con mucha mas propiedad que por los singulares motivos que han alegado los Escribanos escritores.

Sobre todo, obsérvase desde un principio que ni los documentos, ni las diligencias, ni aun la correspondencia particular fueron ya de *su puño y letra*, sino que tiene un practicante, aprendiz ó escribiente como corresponde á su categoría, que *corre* con los negocios, salvas la revision y direccion propias del superior.

En aquel *sacro scrino* se encierra el buen muchacho desde las siete de la mañana, para trabajar despues de haberlo hecho durante toda la noche anterior, hasta las nueve poco mas ó menos, hora en que sale el dueño preguntando:

—Ola, Simplicio ¿se ha trabajado mucho?

—Así, así, señor D. Judas. ¿Ha pasado Vd. bien la noche?

Esta cariñosa interrogacion suele pasar desapercibida por el señor D. Judas, quien responde secamente.

—Me alegro: y ahora ¿estás parado?

—Sí señor, para preguntar á Vd. á cuántos estamos del mes.

—¿De qué se trata?

—Estendia una notificacion al reo: la providencia tiene ya fecha del quince; hace diez dias.

—Bueno. Estamos á..... diez y seis. No importa, en esta causa no hay embargo: otra cosa.

—Esta minuta del auto de ayer sobre el inquilinato de aquel de los embozos verdes.

—Es preciso rasgarla. Pon ahí, «no há lugar:» la fecha de ayer mismo.

—Pero, Señor; si dice lo contrario.

—Calla y escribe; «no há lugar.» Esto se llevará á la firma pasado mañana: sí; en tres dias, añade á media voz, ya vacila la memoria. Luego prosigue; ese caballerete ha preferido el dictámen del abogado al mio: pues bien, proceda ó no, yo le haré conocer que nunca me equivoco, que soy infalible.

Y tomando los espedientes D. Judas y colocándose así en el lugar de la Providencia, alarga ó cercena la vida de los séres subordinados, mientras el jóven

Simplicio que es muy aplicado y celoso de su obligacion, anota en su cuaderno por abreviaturas los autos desconocidos, y con estension sin omitir una letra las doctrinas de su maestro. Antes alguna vez añade sus comentarios sobre los compromisos que pueden producir, ó los diferentes casos que pueden abrazar. Piensa revalidarse dentro de un año, y es necesario ir bien preparado en los rudimentos.

—¿Firma Vd. este definitivo de posesion á favor de don Donato Sintasa?

—A ver, á ver, ¿pues qué ya se acabó este pleito?... y hojeándolo atrás y adelante, continúa: me olegro, es un buen amigo que nunca olvida las navidades y dá que hacer. Verdad es, añade dirigiendo una mirada significativa, que como apoderado nada posee suyo; pero en fin me ha hablado algunas veces de una escribanía de plata, y todo ello es de agradecer... Ola, has hecho muy bien en no cerrar con la fecha.... Dos puntos... Ahora, «y se reserva....»

—Pero si no dice mas el auto! Aquí está su...

—Silencio.

—Es que podria Vd. creer que un descuido....

—No, ya sé que jamás te descuidas; ese es el mal. «Se reserva... al Prieto... su derecho, para que le ejercite en la *via*, *modo* y *forma* que viere convenirle.» Vé tú Simplicio como este asunto ya concluido, puede darte aun sendas travillas. Yo siempre me acuerdo del necesitado.

Claro es que esta filantrópica leccion, merece un lugar escogido y aun llamada en las apuntaciones del atento discípulo, quien no puede menos de admirar allí y propalar por todas partes la sagacidad, ciencia y compasivo celo de su principal.

Y no se limita á esto solo: entre los infelices encarcelados es donde halla ancho campo para desplegar su proteccion. No hay uno siquiera que por su consejo deje de hacer repetidas instancias solicitando la libertad; ninguno á quien no comprendan los indultos: ninguno en fin que no ensaye justas reclamaciones contra su juez: ¡es tan triste el cautiverio!... Sin embargo su rectitud se ofenderia, despues de pintarles la agradable idea de conseguir su intento y antes de que se arrojen á practicar los medios para ello, no les advirtiese que toda actuacion á *solicitud de parte, devenga derechos*, y ha de estenderse en papel de 40 maravedises.

—¿Y lo demas, Simplicio, está corriente?

—Si señor, y arreglado para marchar cuando Vd. quiera.

—Pues vamos, que ya es hora.

Diciendo y haciendo el señor don Judas, toma el sombrero y se envuelve en su capa nueva, bien á despecho del satélite que murmura interiormente porque no le ofrece otra que le queda allí ociosa y sin destino. A falta de ella sube y estira el cuello de su levita, abrochando los botones del pecho que todavia lo permiten; cálase el sombrero y los guantes de estambre y colocando debajo del brazo izquierdo dos resmas de papel escrito, parte á carrera en seguimiento de su principal, que ya va doblando la esquina.

Bajo este sistema de *correr con los negocios* dirígense el Escribano y su educando hácia el tribunal en que sirven, donde se representa una escena muy diferente si bien calcada por el mismo modelo. Siempre la celeridad en las acciones, siempre

la austeridad en el semblante y la circunspeccion en las palabras; pero allí es preciso disfrazar mucho mas las ideas. Y no se crea que por respeto: el juez es para nuestro Escribano como la aguja eléctrica, que si atrae sobre sí los rayos liberta del destrozo á quienes al lado se cobijan: como el arma de fuego, objeto de terror para quien la mira y de confianza para quien la tiene: es la linterna sorda con que se oculta deslumbrando las miradas de una curiosidad atrevida: la túnica ensangrentada que envia, cual otra Deyanira, para envenenar y desesperar á su salvo á los ingratos que le olvidan y no *pagan* sus beneficios. Asi lo sabe bien y atento, sin descanso á su interés propio, se pliega y se violenta en su presencia para mas fácil y seguramente manejarle.

En efecto, él jamás se vé en compromiso: ¿quejarse un infeliz procesado de que no le cumplan promesas aseguradas? el juez es el engañador, el fementido: ¿se lamenta otro al ver cómo se pierde sin fruto la voz del sufrimiento? el juez es el injusto y cruel: ¿agravia la sentencia notoriamente á quien condena? el juez es el ignorante, el imbécil y el obstinado. Mas el infeliz actuario tiene la fatalidad de que siempre la esperanza se desvanezca despues de una benévola indicacion despreciada; el favor huya despues de una sugestion mal entendida, y castigue el agravio despues de un método recorrido sin constancia. Véase como el maligno vulgo murmura sin razonar, y como la funesta combinacion de circunstancias casuales, tuerce contra la honradez los tiros que provoca la malicia.

De poco sirve que en multiplicadas ocasiones haga conocer al ganancioso que el auto favorable es totalmente debido á la influencia escribanil; en vano que haga mérito del resultado feliz (acaso contra su intencion); en vano tambien que se descargue de las culpas con el pretesto de la obediencia: el mundo es necio; no sabe estimar tales razones, y en su concepto aunque la opinion de los jueces vacile, la reputacion del escribano nunca mejora. Este es un daño y de grave trascendencia, porque tal vez obstruye el paso á un sincero arrepentimiento: asi lo reconoce don Judas á cada paso esclamando con la mas buena fé «¿de qué sirve ser justo? las gentes siempre han de pensar mal»....

En cambio, y persuadido como manifiesta estarlo de la inutilidad de sus esfuerzos para bienquistarse con la opinion pública, los dirige á la privada del tribunal, y procura asegurar su apoyo. Pensando va en la entrevista durante su tránsito veloz, y ni apenas le dejan tiempo sus cavilaciones para responder á los corteses saludos que se le dirigen, «voy sumamente ocupado.» Y de cierto lo está, combinando la salida de las correcciones que se ha permitido hacer, si por acaso fueren advertidas.

Preciso es confesar que no se pierden sin fruto estos derechos, pues en el juzgado pasa por hombre asíduo y diligente, lleno de probidad, de inteligencia y atento en demasía. A tal grado se estiende el prestigio que á las veces es consultado su dictámen; pero su modestia jamás le permite indicarle sino *salvo el mejor parecer* de su señoria.

Por fin, él llega antes que ningun otro; y dejando en el recibimiento á su pupilo, entreabre cuidadosamente la mampara de la audiencia, y pregunta si puede pasar.

—Adelante: responde una voz oculta con tono magistral.

—A las órdenes de V. (porque á puerta cerrada se escusa el tratamiento.) ¿Esta V. ocupado, ó quiere V. que despachemos?

—¿Hay mucho?

A esta espresiva interrogacion sale don Judas con la velocidad de una saeta, como que es necesario aprovechar las coyunturas; toma de Simplicio el fajo de papeles, y vuelve á entrar diciendo:

—Nada mas que esto.

—Ea, pues, vamos. ¿Aguarda alguno?

—No sé; pero dos compañeros bajaban detrás de mí. Por supuesto que no hay tal; mas la precipitacion interesa.

Con este eficaz aunque breve exordio empieza D. Judas á dar cuenta alargando los procesos con la mano derecha y escamoteándolos con la izquierda; pero con una rapidez tan escesiva, que en la mayor parte de las rúbricas, se corre el final del rasgo por no dar tiempo á levantar la pluma. A cada providencia acompaña vuelta del revés su borrador; aunque poco se arriesgaria en que fuera naturalmente colocado: hay sin embargo alguna que por si acaso no le lleva. Precede ademas á su presentacion, la esplicacion sucinta del contenido.

—A instancia de doña Concepcion Bienvista, sobre estupro: confiriendo traslado á la contraria: D. Sandalio Berruga y D. Primo Miraflores; denegando la solicitud del segundo.

—¿Quién es este?

D. Judas frunce las cejas: es justamente el que no queria recordar hasta pasado mañana; sin embargo ha de responder.

—Ese petimetre que se niega á pagar los alquileres (ó su curador por él) so pretesto de haber obrado en la casa. Fórma artículo de incontestacion por ser hijo de militar.

—Me parece, si mal no recuerdo, que mandé otra cosa.

—No señor; hablamos de ello: pero al fin se resolvió no haber lugar. ¿Estuvo Vd. anoche en el teatro?

—Sí... A ver, á ver el borron de este auto.

—Aqui le tiene... calla... pues no parece... se habrá traspapelado... pero estoy bien seguro. Supongo que sabrá Vd. el cambio que se trata de hacer en el ministerio.

—Sí, lo he visto en los papeles. Pero hombre, estoy mirando que este auto...

—Señor, Vd. no se acuerda sin duda de la esplicacion que dije haberme hecho el mismo interesado. Esto no es precisamente lo que parece; y por tanto corresponde aqui. Ah; me olvidaba decir... ¿Sabe Vd. que en aquella causa de los palos la Audiencia exige al Juzgado la responsabilidad?

A estas palabras el color del juez se altera; suelta la pluma en el tintero, y levanta del papel la vista para fijarla en su interlocutor.

—¿Qué me dice Vd.?... ¿Está Vd. loco?... Vamos, esto es cruel, insoportable.

—No quisiera equivocarme; pero... voy si Vd. quiere en un instante por el proceso.

—Bien, D. Judas, y vuelva Vd. pronto.

La chispa eléctrica no da un resultado mas veloz: D. Judas por medio de un rápido giro y una corbeta, se halla ya fuera de la habitacion: mas contramarchando luego con el mismo afan, vuelve á entrar fingiendo no acordarse que lleva el sombrero en la cabeza.

—Digo, que si Vd. firmara eso, lo podia notificar de paso porque me coge en camino: tiene ya doce dias de retraso, y como el superior está tan exigente..... esto es, si á Vd. le parece.

—Sí, sí, tiene Vd. razon.

Parte don Judas con el escabroso espediente, y el juez se queda diciendo allá en su interior: «no tengo uno mas puntual ni mas celoso.» Pero la ausencia es corta, segun conviene á su acreditada presteza, el semblante risueño contra costumbre, y el aire satisfecho: ya queda el auto notificado; y en cuanto al compromiso fue en efecto una equivocacion, una lectura precipitada; y se limita todo á un simple mandato bajo la mas estrecha responsabilidad de quien lo haya de ejecutar. Como quiera, su cuidadosa atencion le vale agradecimiento, y aumenta su preponderancia para en adelante. Desvanecida la zozobra, continúa el despacho hasta concluir.

—¿Tenemos hoy algo? pregunta la autoridad.

—La declaracion de esos testigos que se llamaron antes de ayer.

—Si han venido, que entren.

Aun no ha acabado de sonar la órden, y ya don Judas ha derribado la silla y vertido la salvadera por salir cuanto antes: pregunta, grita, reconviene á todo el mundo, y por último llega de nuevo con un aldeano que tiembla de pies á cabeza. Al entrar no se olvida la advertencia de «suelte Vd. el palo y que no se pase el tratamiento.» Todo esto aumenta la turbacion del sencillo jornalero que va por la vez primera á declarar *ante u juez*. En efecto, asi lo cree en lo íntimo de su conciencia; asi debe de ser, y asi parece que se verifica recibiéndole aquel funcionario el juramento que le acaba de aterrar, y dirigiéndole en seguida varias preguntas: no recuerda muy bien á qué conciernen, porque no puede ser en el cúmulo de negocios que le rodean; pero sabe sí que las tiene escritas en las apuntaciones que don Judas le acaba de poner delante. Por su parte el rústico ni entiende lo que le dicen, ni es capaz por entonces de ordenar sus ideas para responder: una sola le domina «que no se pase el tratamiento» y á ella reduce su atencion. Entretanto don Judas que ya profetizó al reo la deposicion de aquel testigo *citado*, va escribiendo en una mesa inferior el estracto de lo que dice, para traducirlo despues afuera, y estenderlo á lo que *quiso decir*.

En efecto, terminadas asi las restantes indagaciones, sale nuestro Escribano á la pieza inmediata con los deponentes; y en ella con mas sosiego transcribe á los autos sus dichos. Mientras lo hace, y por no perder tiempo se encaja otro en el gabinete de Themis con su *lío* de espedientes y su manojo de enredos, y borra de la imaginacion judicial hasta el último recuerdo de cuanto acaba de oir.

—¿Con que Vd. ha dicho, pregunta don Judas en la antesala, que á la hora en que se cometió el delito, estaba en la taberna?

—Yo, señor, no puedo afirmarlo, serian sobre las cuatro.

—No sale la cuenta, á ver, Simplicio, aguarda. Quiere decir que segun la estacion estaba la tarde al caer ¿no es esto?

—Aun quedaba buen rato de dia.

—Corriente; pero en aquella hora se empiezan á desuncir las yuntas el dia de labor.

—Segun y conforme, señor, yo sí porque trabajo muy largo de casa.

—Perfectamente: escribe, Simplicio, escribe: «á la hora en que se acostumbra desuncir.»

—Señor, yo solo; y eso porque estoy lejos.

—Eh, hombre, esas son circunstancias accidentales: *nullius momenti*, que decimos en el foro.

—Sí será, señor, eso que Vd. dice.

—Abrevia, Simplicio, que el buen amigo tendrá que hacer. Y llevaba pantalon azul ¿es verdad?

—No puedo decirlo; sí, repito que no se detuvo mas que un momento.

—Dále bola con la ambigüedad..... Pero ¿no era dia de fiesta?

—Sí, señor.

—¿No usa pantalon azul en tales dias?

—Sí, señor.

—Pues claro está que le llevaria.

—Sí, señor, sí, le llevaria.

—Escribe, Simplicio: «con pantalon azul *á su parecer*» ¿es así?

—Ya se vé que es lo regular.

—Concluye, Simplicio; «y en ella leida que le fué, se afirmó y ratificó, etc.»

—Se me figura que no ha puesto aquello de que entró descolorido y.....

—Vaya, vaya, eso es *impertinente á la gestion.*

El pobre jornalero que oye lo de *impertinente*, se apresura á tomar su vara para marchar, pidiendo mil perdones; mas todavía es detenido por don Judas que jamás omite requisito alguno, cuando cumple á su propósito.

—¿Sabe Vd. escribir?

—Pongo mi nombre muy mal, llevándome la mano.

—No importa, aguarde Vd. en aquel rincon.

Asi van pasando sucesivamente los demas, que á su vez son detenidos para presentarse de nuevo al tribunal. Leidas allí las rectificadas declaraciones, se les pregunta con tono severo, si en ellas se afirman bajo la religion del juramento prestado: y cada cual dejando á un lado en su conciencia lo impertinente, contesta que sí, y lo autoriza tranquilo con su nombre y rúbrica. Firma tambien el juez, da fé el escribano, y queda ya la declaracion con todo el carácter que se prometió la ley en el rigor de sus formalidades.

Hecho asi, y precediendo una silenciosa reverencia, se retira don Judas hasta el dia siguiente en que vuelva á repetir igual funcion. Retíranse tambien los tres llamados, conversando satisfechos del duro trance que vienen de apurar, como pudiera hacerlo el victorioso Horacio con sus capitanes, despues del famoso

combate que decidió la suerte de Roma. Ellos tambien acaban de decidir la de encausado que instintivamente les citó, bajo la ciega confianza en su Dios tutelar. Por último han salido del aprieto; pero convienen todos en que el actuario es por estremo delicado en las indagaciones, y no deja circunstancia por escudriñar resuelven de comun acuerdo no acudir á otro, si necesario les fuese, y envidian no tenerle en su pueblo.

Al salir don Judas descubren respetuosamente sus cabezas, y fijan en él sus sorprendidos ojos, contemplándole de hito en hito mientras pueden descubrirle. Aquel por su parte les contesta con un ligero movimiento de cabeza y con la diligencia acostumbrada, corre á dar una vuelta por la escribanía.

La escribanía!!.... nombre fatídico y misterioso que mucho mas complicado que el enigma de Thebas, nadie acertó debidamente á descifrar. En aquel *estanco* de negocios, en aquel laberinto de las solicitudes, en aquel telar de providencias, almacen de justicia y sumidero de derechos, en aquella caverna de las inspiraciones, plantel de curiales y brocal del averno mismo, en aquel recinto oscuro y estrecho con sus murallas de legajos y sus parapetos de pergamino, se encierra nuestro Escribano á dar audiencia por pocos minutos.

Esta audiencia nada tiene de análogo con la imponente severidad de las que celebran los tribunales superiores, nada de comun con el frio sosiego de las ministeriales; en ella todo es actividad, movimiento y vida. Todos entran ó trabajan con el sombrero calado, preguntan sin saludar y la abandonan del mismo modo: nadie se mira y todos se observan; nada se investiga y todo se sabe. Al entrar don Judas, no se nota la mas leve alteracion. En el banco de la izquierda prosiguen tranquilamente su diálogo los abonados á aquel asiento, litigantes de profesion que nunca dejan de pedir la formacion de *ramo separado* en sus pleitos, ni desperdician coyuntura de *incoar* otros de nuevo. Posible es que pierdan los bienes, la tranquilidad y aun el juicio, pero jamás que abandonen *su derecho*: este es el pasto de sus almas, el norte de sus deseos y la pauta de sus acciones. Para ellos cuanto pasa fuera de allí es indiferente, despreciable; y si de noche se reunen en el café, es sin mezcla de cuerpo estraño que interrumpa su perpétua conversacion de los propios litigios, y á falta suya de los agenos. Con semejante abstraccion de las cosas del mundo, fácil es comprender que jamás se sujetaron al imperio de la moda, y asi cómodamente se distinguen por sus largas levitas de manga rizada, y sus mugrientos sombreros de cubilete, salva tal cual escepcion de calzon de charretera ó pantalon de travilla, segun los tiempos que alcanzó cada uno. En aquel banco se encuentra constantemente don Donato el administrador.

A su frente los procuradores con sus plumas de ganso anotan la entrada y salida de los negocios y la constante merma de los bolsillos: la turba de querellosos ambulantes que salen y entran, haciendo tiempo á la llegada del principal, llenan el escaso ámbito de la pieza ó tienda, y forman el resto del cuadro. Al través de aquel tropel, y no sin trabajo, logra introducirse don Judas hasta su trípode de baqueta, y en el instante se le agrupan en torno aquellas mal aconsejadas criaturas. Diríase que despachaba billetes de teatros en dia de

beneficio. Quién repite las preguntas sin obtener respuesta, quién regaña; éste suspira, el otro, dándose mas importancia, le dice no sé qué al oido, lo cierto de ello es que produce una sonrisa: don Judas imperturbable en medio de la confusion y estruendo que ocasiona aquella continua agitacion, puede no obstante lo que se llama despachar.

Pero las grandes tormentas se desvanecen en breve; y asi calmado el primer furor y desahogada la escribanía de la muchedumbre, queda espacio para atender á los de casa.

A este tiempo afortunadamente, acierta á llegar un dia don Primo Miraflores recogiendo su elegante capa verde, porque no la ensucie el polvo del pavimento.

—Mi curador me encarga que pase á informarme del estado de aquel asuntito sobre la casa.

—Justamente esta mañana se despachó.

—Y qué hay?

—Salió negado como yo presumia.

El lindo jóven patea y jura, sin observar que sus botas de charol se cubren de una densa nube; reniega del momento en que se vió precisado á habérselas con tales gentes, y protesta en fin que vá en seguida á consultar á su letrado.

—Hará Vd. muy bien; replica reposadamente D. Judas; pero estos abogados de ayer, no siempre aciertan en sus dictámenes; ¡es falta lo principal que es la práctica.

Don Primo que esperaba por única respuesta un guante de desafio, y desconoce por completo este modo de lidiar, decae instantáneamente de su furibundo ardor, cambia el concepto que tenia formado de su interlocutor, y le pregunta con interés qué debe hacer y á quién puede acudir. La opinion de D. Judas es que se conforme con el proveiedo por no paralizar un negocio que le es favorable; y en cuanto al consultor, su delicadeza le impide dar consejo: pero cuida de añadir.—Ya se vé, no quieren Vds. hacer caso de lo que uno dice....

Entretanto su ojo observador no pierde un punto los del sencillo Miraflores que está muy próximo á arrojar en sus brazos el éxito de aquel asunto: pero un lance imprevisto lo impide por entonces, interrumpiendo el diálogo. D. Judas se ha quitado respetuosamente el sombrero para saludar á una desconocida que á lentos pasos se adelanta, oculto el rostro entre los pliegues de su primoroso velo. Lo natural en cualquier persona cuya espalda da á la puerta, es volverse á conocer la causa de tal movimiento; y lo natural en un muchacho despues de vista la misteriosa dama, acercarse afablemente para rastrear por lo menos los grados de su hermosura: mas no bien lo hizo así D. Primo, cuando la belleza soltó un ¡ay! penetrante de sorpresa, y sujetando con ambas manos el velo y dando un paso atrás, vino á reclinarse en el banco mas próximo. Acudió D. Judas al socorro; y aun cuando en la escribanía no hay agua, ni vinagre, ni otro específico alguno para ocurrir á semejantes casos, hállanse por ventura bien cerca tiendas de comestible, confiterías y hasta un café donde su galantería pueda desplegarse. Pero nada de esto llega á ser necesario, porque la hermosa incógnita se levanta de nuevo por su pié cortada desde un principio la afeccion nerviosa con la rápida desaparicion del jóven.

—Sosiéguese Vd., Señora, y tome asiento si gusta, la dice don Donato recogiendo al mismo tiempo el faldon de su levita.

—Tantas gracias, caballero; no puedo detenerme, y voy á hacer una pregunta al Escribano si tiene Vd. la bondad de decirme quién lo es.

—Servidor de Vd.: responde don Judas. La dama sin embargo no rompe el silencio ni hace otra cosa que mirar en derredor.

—¿Es secreta? vuelve á instar el notario; entonces puede Vd. pasar adelante.

Adelante en una escribania, no indica que haya una pieza destinada á las personas ó casos de distincion; sino solo que puede retirarse á alguno de sus ángulos harto cercanos, donde en voz baja y á manera de confesion, se esplican las cosas reservadas.

—Usted no me conoce ¿es verdad?

—Únicamente para servirla.

—Gracias. Pues mi nombre escusará una relacion que me abochornaria demasiado. Yo me llamo Concepcion Bienvista, soltera; hija de un américano....

—Señora mia; tanto bueno por aquí.... tome Vd. una silla (y esto decia acercando la suya) vendrá Vd. á saber el estado de su querella.... y es contra este muchacho!..... vaya vaya.....

—Nada de eso; para saber su estado mi agente bastaria. Vengo á consultar con Vd. qué podriamos hacer para obligarle al casamiento; porque segun tengo entendido, todo lo que por justicia puedo conseguir es un castigo si no quiere aceptarle ó una dote; pero esta no me es necesaria, y aquel no me satisface. Mi honor está en descubierto, y ahora..... Los sollozos no la permiten continuar; y alzando un poco el velo, aplica á sus ojos un finísimo pañuelo de batista para ocultar sus lágrimas.

—¿Pero Vd. tiene pruebas ciertas?.. ..

—Tengo un niño ya crecidito que es el vivo retrato de su padre. No, no podrá negarlo.

—Pues entonces ¿cómo se resiste? Las familias tal vez....

—No por cierto; ambos somos libres: él tiene un curador como Vd. sabrá, y yo un padre viudo que nada me niega, y le ofrece en dote todos sus bienes.

—La diferencia de clases.....

—Tampoco: pretestos frívolos.... celos.... es muy inconsecuente.

—Celos!... ¿y de quién?

—De un capitan de caballería con quien tuve sencillas relaciones antes de conocerle.

Una ráfaga de luz alumbra á don Judas que pregunta con sorna.

—Diga Vd.: y el niño ¿tiene hermanos?

—Si señor; otros dos mayorcitos.

—Calla, calla: el negocio va presentando dificultad.

—No tal; si todo el mundo es testigo: él mismo diferentes veces ha confesado... en fin, yo no soy para estas cosas; y crea Vd. que no me empeñaria en obligarle, si no fuera... pero ahora mismo, ahora mismo señor, acabo de

perder una escelente proporcion por la publicidad que tiene esto; y.... vamos, las perderé todas.... es preciso.

—Bueno, bueno: dése Vd. una vueltecita mañana, y pensaremos el modo de arreglarlo. Digo, y sinó yo pasaré por casa; como Vd. guste.

—Como Vd. disponga; aquí están las señas de mi habitacion.

—Hasta mañana pues; éh, Simplicio, acompaña á esta señora.

Don Sandalio Berruga el casero, y don Arcadio Prieto, acuden tambien como otros muchos á asesorarse en la escribanía; y cada cual escucha una opinion; sino siempre conforme á la suya, porque don Judas es imparcial, al menos consoladora: bien que ocasione *doble trabajo* á la curia solamente por servirle. Y no se sospeche que don Judas trata de prolongar los espedientes por miras siniestras; eces y cuando las circunstancias lo exigen, aconseja de todas veras una transaccion amistosa. No há mucho que lo hizo así con dos tenaces litigantes del banco izquierdo que se veian ya en el caso de hacer informacion de pobreza: y no solo les indicó por su propio interés que transigiesen, sino se brindó ademas á formalizar la escritura, que ya no podia ser muy costosa, haciéndoles observar que una persona tan bien iniciada en los antecedentes como él, podria combinarlo todo de manera que no hubiese lugar á nuevos disturbios.

Por fin la mañana concluye, la escribanía se cierra, Simplicio recoge la llave de la calle, y marchan á comer. Así han transcurrido los dias, los meses y los años desde tiempo inmemorial, sin alteracion ni aun en el local del despacho, se van sucediendo las personas como en un vínculo.

Seria demasiado prolijo el presentarle en todas las posiciones diversas á que su destino le conduce; en las subastas estendiendo proposiciones aparentes que no tienen otro objeto sino el hacer destilar gota á gota los fondos que cuidadosamente guarda y en vano economiza el verdadero postor: en los jurados, trastornando el sentido de las oraciones, desvirtuando la energia y aun la verdad de los periodos que le mandan copiar, con su eterno *acto continuo*, *la precitada frase*, el *susodicho* defensor, y demas fórmulas de estilo; á la cabecera de los moribundos agonizándoles sin descanso con el *pio legado* y *las mandas forzosas* que ha de dejar en su testamento, para catequizar despues al heredero por ley, *vendiéndole* la fineza de haberle procurado lo que no le pudo raer: en los embargos judiciales, haciendo *la traba* en el cazo y gorro de dormir, con la ordinaria protesta de *ampliarle* y *mejorarle* hasta la cantidad suficiente, luego que el avisado deudor haya estraido de su casa todo lo que merezca algun precio: y en fin en todas partes representando el primer papel, y dominando las voluntades de los demas con su incontrastable *doy fé*; sin que á nadie le haya ocurrido nunca hacerle la natural observacion de que á la primera vez que *la dió* se quedó para siempre sin ella.

Su mesa, sin ser opípara, pasa por una de las mejor servidas en la clase media á que pertenece. En efecto se dá buen trato en esta parte, y mas desdice si acaso por su vestido y traza, que por sus privaciones en la gula. Por la tarde, acostumbra dar un paseito acompañado de Simplicio ó de algun otro amigo, pero siempre en paraje solitario y distante. El Prado para él carece de atractivos: y en verdad

¿qué va á hacer en el Prado? Su traje no es á propósito para llamar la atencion, ni la suya se fija mucho en los agenos: la elegante pesadez con que allí se pasea, no está en armonía con su carácter: la fatuidad que todo ello respira, no se aviene con la gravedad de su ministerio: solo un incentivo podria atraerle; el encanto de la hermosura: pero un Escribano enamorado seria la escepcion mas sorprendente que se pudiera idear. En esta materia como en todas, la fria razon preside á sus cálculos, y el hábito constante de apagar sus impresiones, acaba por estinguirlas. Nada hay pues en el Prado que convide á don Judas, si no es que vaya alguna noche en el estío, á respirar la frescura de los árboles, y tomar un esponjado con su cuartillo de agua bien medido en los puestos que le adornan.

Las primeras horas de la noche, se consumen en algun café que no sea de *tono*, y el resto de ella en arreglar trabajo para el dia siguiente. En general la vida de corte le ofrece poca distraccion, y le parece insípida en sus diversiones y repugnante en sus planes: á nada aspira satisfecho con su estado, y á nada se aficiona en la aridez de sus costumbres.

Hasta la devocion, como resorte inútil en la capital, se ha ido disminuyendo gradualmente; y ya la reduce á oir misa los dias de precepto cuando sus quehaceres se lo permiten. Pero en cambio no descuida el inscribir su nombre en cuantas sociedades filantrópicas se hallan establecidas. Este sistema le proporciona relaciones y prestigio, que han sido siempre los grandes objetos de su desvelo; y para alcanzarlos no desdeña el figurar como modesto contribuyente á San Bernardino de una peseta mensual.

La última vez que le ví fué en aquel asilo de beneficencia, recorriendo sus galerías y enterándose de su régimen interior. Me dijo que se habia casado con la hija de un americano viudo, compadecido de sus desgracias; porque él no se cuidaba de las preocupaciones del vulgo. Pedíle las señas de su habitacion, y me dió las del cuarto mismo en que vivia, pero con el agregado de casa propia. Ya mi natural curiosidad iba á sondear la esplicacion de tantas novedades, cuando un estrepitoso ruido de voces llamó nuestra atencion hácia el patio de entrada; y dirigiéndonos á él acertamos á distinguir hasta cuatro dependientes del establecimiento que altercaban con calor. Era el uno jóven, de gallarda presencia, y sus modales desembarazados descubrian una esmerada educacion: los otros tres de edad media, le sostenian la disputa.

—Repito, decia el jóven cuando á cierta distancia llegamos á oirle, que si vuelven ustedes á usar la palabra de infamia, les he de arrancar la lengua que la pronuncie.

Confieso que me interesó su gentileza, y acercándome á donde estaban quise indagar el orígen de aquel acceso de cólera. Mas ¿cuál fué mi sorpresa al reconocer entre ellos á don Donato Sintasa? hiceme el desentendido por no aumentar su confusion; y el mas anciano me respondió.

—Yo lo diré brevemente. Hace poco que estamos en esta casa nos encontramos hoy por la primera vez. Yo me llamo Arcadio Prieto: nada tenia que ver con el señor; pero sobre un asunto de una novia, me buscó para fiador suyo proponiéndome ventajas en el negocio. Ventajas han sido que yo he tenido que pagar una

pingüe dote, (por cierto que se la ha llevado el mismo que medió entre nosotros) y entre ella, y un pleito que sostuve con este otro de mi derecha, me han arruinado hasta ponerme en el punto que Vd. me vé.

—La tenacidad de Vd., repuso vivamente el aludido, me ha costado mi fortuna y acabará con mi vida; pero, voto á tal que no lo he de pagar solo.

—Harto mas motivo tengo yo, esclamó el tercero, que he perdido mi casa por reclamar sus alquileres.

—Yo los negaba con justicia, interrumpió el jóven, al menos así me lo decia el *Escribano.*

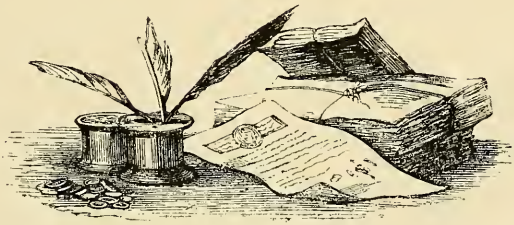
No es posible describir el tropel de gritos, la multitud de imprecaciones que se levantaron al oír este nombre, asaltábanse los unos á los otros, y pugnaban por sobrepujar en energia. Todo eran voces, confusion y desconcierto: el nombre de don Judas andaba en sus bocas, como la pelota en manos de jugadores; si mal parado le enviaba el uno, peor trecho le devolvian los demas; hasta que por fortuna llegó el director y restableció el órden tan deseado de mi pobre cabeza que ya no podia soportar el ruido, sacándome al propio tiempo de la embarazosa posicion que me procuré yo mismo. Quise buscar á mi compañero, mas habia desaparecido, corrí á encontrarle y al fin le alcancé junto á la puerta de Madrid, cuando mohino y taciturno se dirigia hácia ella para ganar su casa por el camino mas breve, y dándole unos golpecitos en el hombro, le dije:

—Qué tal, amigo mio, la trompa de la fama lleva el nombre de Vd. hasta los lugares mas recónditos y olvidados de la tierra.

—Qué quiere Vd.; me dijo alargando el paso; ese es el modo de agradecer el bien que les dispenso. Yo no tengo culpa en sus cuitas: *el brazo de la justicia á todos les hace iguales.* Y esto añadió frotándose por rara coincidencia un poco de yeso en la manga de su levita. Su accion y su respuesta trajeron, sin querer, á mis labios aquella tan sabida y discreta redondilla.

El Señor Don Juan de Robres, etc.

BONIFACIO GOMEZ.



EL ESCRITOR PUBLICO.

Todos sabemos lo que significa en una nacion la palabra *vulgo*; y aunque en España se han convertido en *vulgares* muchos hombres renombrados, esto no se opone á que la palabra *vulgo* sea una palabra baja y mal sonante: por eso sin duda la han usado no poco los mandarines en ciertas y ciertas épocas; por eso, sin duda en otras no tan seguras para ellos, la palabra *vulgo* se ha convertido en la palabra *masa*; porque nadie ignora que con las épocas se cambian las palabras, y tal era buena y castiza en tiempo de Cervantes, que hoy no la toleran los oidos menos delicados; así como los hombres que frisan ya en los sesenta no pueden tolerar las ocuras de los jóvenes de diez y ocho, por mas que las de estos solo sean una reproduccion de las que ellos hicieron en sus floridos abriles. La razon de este fenómeno está en la naturaleza de las cosas, es decir, en que todo se gasta y desaparece con el tiempo en nuestro pobre, antiguo y desvencijado mundo, lo mismo el elegante vestido de raso de la dama, que la saya de percal de la oficiala de sastre; lo mismo las rosas del rostro virginal de la púdica doncella, que el atolondramiento del atrevido calavera que la persigue; en una palabra, lo mismo los hombres que las cosas. De aquí, pues, la necesidad incesante de nombres nuevos, ya que cosas nuevas y nuevos hombres no se dan todos los dias: de aquí tambien el furor que á todos domina de correr en pós de esos nombres, de repetirlos por exóticos é incomprensibles que sean, y de moler con ellos al género

humano, tan solo por el prurito que nos aqueja de darnos *aire* de importancia. Y hé aquí tambien la palabra aire aplicada de un modo tan poco español como significativo.

Sea de esto lo que quiera, no puede negarse que de vez en cuando, allá entre los muchos nuevos nombres y las pocas cosas nuevas, suele aparecer alguna especie de individuos, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos, para cuya descripcion serian escasos los tomos que ocupan las obras de BUFFON añadidas por CUVIER, y cuya vida tiene mucha semejanza (perdónenme la comparacion) con la de aquel bandido que ponia especial cuidado en mantener siempre en perfecto equilibrio la balanza de su conciencia.

De uno de estos individuos, mitad cosa y mitad nombre, me he propuesto escribir hoy; y así dejando en el tintero á los nombres cosas *Autor dramático* y *Muger literata*, que pertenecen á la misma familia, aunque á distinto género, digamos algo acerca de la cosa-nombre *Escritor público*.

El *Periodista* es una fruta que ha pretendido varias veces aclimatarse en España; ignoro hasta ahora si le ha sido fácil conseguirlo. Su procedencia para nosotros es inglesa, francesa y americana, aunque el sábio CONSTANTINO WOLF, si no miente JOUY, atribuye su orígen al patriarca PHOCIO, echándosele, no obstante, encima, para asegurarnos que el Adan de los periodistas europeos fue incontestablemente MR. DE SALLO, consejero del parlamento de París, quien con el nombre de HÉDOUVILLE publicó el primer número del *Journal des Savans* el dia 5 de enero del año de gracia 1665. Ni se crea que con esto hemos salido de dudas acerca del primero que inventó tan ingenioso método de contribuciones directas y de ponerse en berlina, porque los bibliógrafos y bibliófilos han disputado larga é inútilmente, ya en favor del carmelita JACOB, á cuyos pobres huesos achacan el crímen de la primera nomenclatura de libros que comenzó á salir en 1652, ya en honor del médico TEOFRASTO RENAUDOT, que si bien nada legó á la posteridad en el ramo de los hijos del hambre, imaginó al menos en 1631 el título de *Gaceta de Francia*, para una *hoja* ó *folleto* que habia pensado dar á luz, dedicado exclusivamente á la política de su tiempo. Y como si en esta cuestion se tratase de disputar la pertenencia de algun MANCO DE LEPANTO entre Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena, Esquivias, Alcázar de San Juan, Consuegra, y Alcala de Henares, los husmeadores de fechas, en que han sido descubiertas las mayores plagas de la humanidad, se han lanzado mútuamente epígramas y tinteros á la cabeza, por el empeño de inmortalizar tal vez á costa de su inocencia, al primer pobre diablo, que dió en la mania de divertir á tontos, de chuparles sus blancas con cuatro parrafillos insulsos ó desvergonzados, y de abrir el camino á la murmuracion impresa, á los vaivenes políticos, al establecimiento de la censura, del Jurado, y de leyes restrictivas.

Poco nos importa á los que no aspiramos á dejar fama á costa de nombres agenos, que el polvo de sus cenizas sacudido por sacrílegos anticuarios, haya subido hasta las nubes: en cuanto á mí, que tengo por costumbre reirme de toda pretension erudita y de borragear tipos españoles buenos ó malos, me basta saber que en España hay *Escritores*, y me curo muy poco ó nada de indagar quien fué su primer padre.

El *Periodista* español se compone de dos entes distintos: uno moral, aéreo, inapreciable, abstracto, irresponsable; espíritu sin forma ni color, que pasa desconocido é invisible por delante de nuestros ojos: otro físico, material, sujeto á exámen y calificacion, concreto; hombre de carne y hueso, á quien todos vemos y designamos con el dedo. De las dos contradicciones resulta que el *Periodista-moral* concibe las cosas de diferente modo que el *Periodista-físico*, á quien á pesar de esto se halla subordinado, á quien por lo mismo obedece siempre, y á quien deja el cuidado de sacar de apuros á la conciencia por medio de la moderna fraseología, ó arte de decir lo que no se siente. De modo que en buena lógica debemos deducir que el verdadero Periodista no tiene opinion propia, independiente y segura, porque es un *cata-viento* que se dirige al rumbo, hácia donde le impelen la fuerza de las circunstancias y los apuros de la situacion. Y como en todo caso sea mas fácil presentar un bosquejo de hechos que de intenciones, entremos desde luego en casa de *Don Rufino*, periodista de profesion y colaborador de un Diario que hace la oposicion al gobierno con el título de La Salvaguardia.

Don Rufino (os lo diré en tanto que se presenta en su modesto despacho) es hombre de veinte y siete á treinta años, cesante por supuesto, enemigo de los que mandan, aunque poco mas ó menos de sus mismas ideas, y sobre todo celoso defensor de las leyes vigentes, desde el instante en que fué apeado de la secretaría del gobierno político de..... Mañana, esto es, cuando caiga el ministerio, solicitará su reposicion del entrante, y segun este proceda con él, así le defenderá ó le hará la oposicion, aunque sea el mejor ministerio del mundo: pero no hay cuidado de que en sus artículos aparezca el verdadero móvil de su conducta; en todos ellos irá por delante la muletilla de *la felicidad del pais* Pero aquí llega.

Buenos dias, *Don Rufino*.—«¡Ola, amigo! ¿Qué milagro? ¿Vd. por aquí? (1) —«Preciso: si en la redaccion no se le puede hablar á Vd.—«Verdad es. ¡Está uno tan engolfado en esas cuestiones de interés general! Y luego hay que atender tambien á medidas particulares, y tampoco podemos dejar de la mano la guerra justa y franca que hacemos al poder; y despues es preciso continuar las polémicas pendientes con los Diarios ministeriales, y las que nos suscitan los de nuestro mismo partido, que no ven las cosas como las vemos nosotros: esto sin descuidarnos de estar al corriente de la política esterior, tan interesante y trascendental para nosotros, por las graves y complicadas cuestiones que se agitan en la diplomácia europea (2), y de la interior, que presenta síntomas alarmantes para el porvenir de la pátria.—«Eá: dejemos á un lado la patria y todo ese barullo de interés general, que no comprendo, de interés particular, que comprendo algo, de guerra al poder, de polémicas y de cuestiones, y dígame Vd. lisa y llanamente qué hay de noticias.—«De noticias..... poco ó nada: los periódicos de las provincias vienen desnudos este correo, pero no hay duda en

(1) El Periodista tiene dos estremos ó es muy orgulloso ó demasiado comunicativo.
(2) Para el Periodista siempre son graves y complicadas las cuestiones que se propone explotar.

que se adelanta: el gobierno está en pugna con todos los partidos (1) y tiene que caer sin remedio.—«¿Sí? Pues caiga bendito de Dios. ¡Ah! Entéreme Vd. de esa operacion financiera.....—«Eso es muy largo, y tengo mis minutos contados: la prueba es que ahora mismo me ha ocurrido variar una palabra en el artículo de fondo de mañana, y voy volando á la redaccion. ¡Oh! es un artículo fuertísimo, de esos que hacen eco en las *masas del pueblo*; en una palabra, *contundente*. En él he puesto la voz *traidores* que al fin es denunciable, y voy á sustituirla con otra: *apóstatas*, por ejemplo, ó *inmorales*, ó *dilapidadores de los fondos públicos*..... una cosa por el estilo: ello es igual, y no choca tanto. Con que... hasta otro dia, eh? Y déjese Vd. ver, hombre.... ¡Qué diablos! Aunque afiliados en opuestos partidos, siempre somos lo que debemos ser; hombres honrados y esto basta.—«Tiene Vd. razon, *Don Rufino*; tiene Vd. razon: hasta otro dia.

Al menos *Don Rufino* es un Periodista laborioso, por mas que ignore la mayor parte de las materias sobre las cuales escribe. Pero ese otro que nunca falta á los teatros en la primera representacion de una pieza, ni á las soirés de tono, ni al café de *Sólito*, ni.... en una palabra, á nada ¿quién és?—«¡Oh! Un redactor del *Vigia del Pueblo*, periódico tambien de la oposicion, periódico bilioso, *radical* concienzudo, para el cual todo es malo, salga de donde salga, con tal que salga del gobierno. Oigámoslé.

No hay duda; el triunfo es nuestro: los desaciertos de los mandarines coronarán la grande obra del pueblo..... Se necesita sangre, porque es preciso regenerar la España, esta infeliz España, llamada por la Providencia á tan altos destinos....

La improvisacion del radical es interrumpida por una carcajada. Vuelve el rostro, y se encuentra cara á cara con un colaborador del *Cetro*, periódico absolutista, y le alarga la mano. Esto es lógico, porque todos los periodistas de España anhelan la felicidad de la patria, aunque por opuestos rumbos: así nos lo aseguran ellos todos los dias.

Pero cata que en medio del absolutista y el demócrata, se nos planta un tercer personaje, periodista tambien, sin opinion propia política ni literaria, articulista de encargo, cuyo único provecho son cuatrocientos reales mensuales que le valen sus artículos de teatros, insertos en la *Epoca*, periódico de todas las opiniones y de ninguna. Entre estos tres personajes y otros que figuran en la escena, que se me antoja fijar en el ya citado café de *Sólito*, se arma la zambra siguiente:

—¿Han leido Vds. mi artículo acerca de la comedia de anoche?—Sí: me gusta.—A mí no, y lo digo francamente: hay en él un poco de amistad, y los actores están tratados con sobrada blandura.—Hombre..... ¿qué quiere Vd.? Estoy persuadido que la comedia no es buena; es decir, tampoco es mala: tiene algunas escenas regulares, y nada mas: pero yo tengo amistades y relaciones entre bastidores, y si uno no los elogia..... además la empresa me regala una luneta..... y luego he presentado dos producciones *arregladas* á nuestra

(1) Todos los partidos están en pugna con todos los gobiernos.

escena, y se me ha dado palabra de que se harán en este invierno.....—Ya.....

—¡Qué zurra les doy á los ministros: vamos; no hay mas que pedir: si son hombres de carne y hueso, deben ahorcarse ó ahorcarme..... ¡Já! ¡já! ¡já!.... Pero la incapacidad está en su punto..... No se atreven..... Para nada tienen resolucion.—Oiga Vd. (esto lo dice un viejo marrullero) hay que distinguir dos cosas: el gobierno es muy capaz de ahorcar á Vd., pero dudo que se atreva á ahorcar al Periodista.—¡Toma! Eso ya lo sabia: como que yo soy dos hombres distintos.—Y un solo tonto verdadero, repone el viejo tomando un polvo.

—¿Saben Vds. la noticia?—¿De qué se trata? preguntan todos.—Formacion de nuevo ministerio.—¿De veras?—He bebido la noticia en buenas fuentes, y puede publicarse con toda seguridad: yo respondo.—No me coge de susto.—Ni á mí.—Ni á mí.—Ni á mí.—Mi artículo del lunes..... pues....—Y el mio del martes..... digo.....—Y el mio del miércoles..... apenas.....—Hemos conseguido la victoria.—De seguro.—¿Quién lo duda?—Caballeros, esto no quita que en otras cuestiones nos hagamos la guerra.—Por supuesto: la conciencia ante todo; lo principal es que hemos derribado al gabinete.—Una duda me ocurre, señores Periodistas: (aqui habla el viejo por segunda vez) ¿qué ministerio nos darán?—¡Vá! Cualquiera..... ¿Qué nos importa eso? Le harémos la oposicion.—Preciso: nosotros nos oponemos á todo.—Con qué..... yo voy á la redaccion á poner un parrafillo.—Y yo á escribir un artículo de tres columnas sobre la caida.—Y yo á discurrir algun insulto contra los que han bajado, y algun otro contra los que suban.—Todos estamos en nuestro derecho.

Al dia siguiente estampan todos los periódicos de la oposicion: «*Se asegura que anoche fue aceptada la dimision que de sus respectivas secretarías hicieron los señores.....* (aquí los nombres).» Con la misma fecha sale la Gaceta, diciendo: «*Las voces que han corrido estos dias acerca de un cambio ministerial carecen de fundamento.*»

Este es el ridículo de los Periodistas de la oposicion. Hagamos una corta visita á los que defienden al gobierno.

No hay remedio, esclama el director de la Legalidad: Vd. entiende la materia, y es preciso que escriba un artículo prodigando elogios á manos llenas al decreto del ministro de Hacienda.—No tengo inconveniente, pero advierto á Vd. que nos van á llamar vendidos, aduladores, y qué sé yo qué mas.—Deje Vd. chillar, que mas padeció Cristo por nosotros: además, se está preparando un golpecito de Estado..... chist..... en secreto..... ya verán Vds. como el

gobierno marcha.—De modo que eso ya es otra cosa; si el gobierno nos sostiene.....—¿Qué es sostener? Premiar, amigo mio, premiar. Detrás de ese artículo hay un empleo; lo sé de buena tinta, y le tengo á Vd. muy recomendado: no ignora Vd. que todos los dias veo á S. E.—Basta, basta: haré un artículo que pueda arder en un candil: si lo critican y critican el decreto, me encargo de sostener la polémica, y nos verémos las caras.—Es decir que puedo descuidar.... —Lo dicho, dicho: este negocio corre por mi cuenta.

El Diario ministerial elogia un decreto, cuya aplicacion no sabe ó no puede apreciar: la nacion entera se resiente de los perjuicios que el decreto ocasiona.

Este es el ridículo de los Periodistas del gobierno.

Hay Escritores que no son políticos, y que abrigan el orgullo de llamarse tales, porque escriben en periódicos; folletinistas de profesion, traductores de oficio, que revuelven colecciones enteras de la *Presse*, y de la *Revue de París* para divertir al público con cuentecillos estrangeros á razon de sesenta ú ochenta reales por cuadro. Poco, muy poco es lo que gana esta pobre gente por dos sencillísimas razones: la primera porque en España hay mas novelas mal traducidas que aficionados á leerlas: la segunda porque todos los muchachos que aprenden en la escuela por casualidad á leer y á escribir, se creen con derecho para aspirar al rango de literatos-periodistas. Esto último con especialidad ha abaratado el género de un modo asombroso, y ya no se pagan los folletines como se pagaban años atrás: al contrario; se encuentran hoy por todas las esquinas de Madrid folletinistas á méritos, que ofrecen *gratis* sus servicios á todos los periódicos nacidos y por nacer; por lo mismo, no cuentan las empresas con la seccion literaria para su presupuesto particular de gastos.

Además de lo espuesto, el que con justo título se llame en España Escritor Público, ha de ser un hombre general; debe escribir de política, de modas, de administracion, de teatros, de economía, de música, de instruccion pública, de bailes: profundo pocas veces, ligero y satírico las mas; cortés un dia, mordaz el siguiente, prudente y reservado, provocador y altanero; frio, caliente; blanco y negro. Cuando pierde su sueldo en los periódicos de un color, se pasa á los contrarios, y con cuatro palabras sobre *la injusticia con que se han calificado sus honradas intenciones*, sale del apuro y deja bien puesto el honor del pabellon. Si se incomodan con él los actores de un teatro y los que á los actores sostienen, una de dos, ó *canta la palinodia*, medio infalible de quedar bien con ellos, ó en defecto cuenta con otro teatro, con otros actores y con otros que á los actores sostengan, y que á fuerza de porfiar le indemnizan de sus pérdidas. En una palabra, la conciencia del Periodista es una gran almoneda de donde se lleva los géneros el comprador que mas paga por ellos (1).

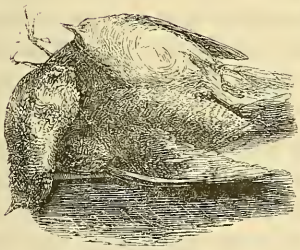
Con lo dicho en estas mal pergeñadas líneas, y con añadir que el Periodista es el primero en abrazar las últimas modas de París para su traje, el último quizás que puede disponer de un duro de cuantos entes figuran en la sociedad,

(1) Hay no pocas honrosas escepciones que pagan la pena del descrédito general de la clase, sin haber cometido la culpa.

y el mas generoso de todos en el café ó en la fonda; con asegurar que conserva en el fondo de su corazon una esperanza imperecedera, que nunca cobra al corriente sus mensualidades, porque siempre las cobra adelantadas, que vive para un dia y no para la posteridad, como él se figura en sus momentos de entusiasmo, y que en todo caso está pronto á dar la vida y el alma por un amigo, creo que podemos formarnos una idea aproximada de lo que es entre nosotros un tipo, cuyos originales en su mayor parte trabajan para comer, que han heredado los vicios y virtudes de estrangeros originales, y que miran el cielo con la alegría de los desengañados, con el empeño de los valientes, ó con la indiferencia de los muertos.

JOSÉ MARIA DE ANDUEZA.

EL CAZADOR.



La caza, es desde luego un ejercicio activo, una distraccion del ánimo, y á veces una ocasion terrible de peligrosas aventuras. El marqués de Mántua en la comedia de Don Gerónimo de Cáncer, titulada: *La Muerte de Baldovinos*, dice, con motivo de andar á caza de grillos:

Oh caza, viva imágen de la guerra!

y muchos poetas y no poetas, han dicho lo mismo, antes y despues de Cáncer, de manera que lo que á muchos parecerá una atrevida hipérbole, se ha hecho un axioma irrecusable.

En efecto, el Cazador de profesion, el Cazador montaraz (quiero decir, el que caza en monte) se ve no pocas veces espuesto á romperse la nuca, á perder la vida entre los colmillos del jabalí, ó entre las garras del oso, sin otros mil riesgos que el Cazador va á buscar por el placer de arrostrarlos.

Habrá tal vez quien en este valor temerario encuentre algun mérito: yo por mi parte, confieso que el perseguidor cruento del inofensivo ciervo y del honrado jabalí, me ha merecido siempre la mayor aversion: me horroriza el nombre manchado con la sangre de sus semejantes. No hablo del cobarde Cazador de liebres y conejos, de chochas y perdices: este, asesino sin riesgo, este no merece que se le tome en cuenta.

El Cazador de mi eleccion, el que yo prefiero y sublimo sobre todos los Cazadores posibles, es el que sale los domingos al Canal, armado de todas

piezas, con provisiones de boca y guerra para una semana. Por lo regular de algun mancebo de tienda, algun estudiante de Farmacia ó escribiente de alguna oficina. Suele llevar escopeta de dos cañones, gran percha, botin cordobés, todo el lujo, en fin, del Cazador perfecto. Antes de salir por la puerta de Atocha de Toledo, toma las provisiones para su comida de campo, abundante, pero modesta, y reducida por lo regular á medio queso manchego y una cesta huevos duros, porque hay que advertir que él no cuenta para nada con lo que ha de cazar, y luego se verá como hace bien.

Por lo regular, este Cazador elige un buen dia; sale de su casa tres horas despues que el sol abandona el regazo de Anfitrite, y paso á paso, sin fatigarse y haciendo fuego contra todo volátil que acierta á pasar á doscientas varas de él, llega por fin á la primera esclusa del Canal, término de su carrera. Aqui se sienta, come con envidiable apetito, bebe del primer vinagre que encuentra, y vuelve á emprender de nuevo su terrible y ruidosa marcha. Si quisiéramos oir y creer al Cazador del Canal, sus tiros son generalmente mortales: á cada disparo cae una víctima: siempre queda alguna pluma, alguna gota de sangre que acrediten los crueles estragos del plomo y la exactitud matemática del Cazador.

Pero en honor á la humanidad, en obsequio á la exactitud, no le creamos: esa sangre no caerá sobre su cabeza: esas plumas son hijas de su voladora fantasía. Si alguna vez cae á sus pies herido y palpitante el inocente pajarillo no se haga ilusiones, no crea que ha sucumbido á otro golpe que al de su destino; no crea sino que la fatalidad ha escogido de su bolsa de perdigones un grano de mostacilla como instrumento de sus rigores.

Asi es que nada hay mas inocente, nada mas inofensivo que el Cazador del Canal; pero tampoco le hay mas vano y presuntuoso. Lo que le distingue entre todas sus cualidades es la tenacidad: alcanza á ver en la copa de un árbol algun pajarillo que retoza y revolotea, sin figurarse en su bien fundada modestia que puede ser blanco envidiado de la codicia del hombre, pero nuestro Cazador que hacia fuego contra una mosca, encárase el mortífero instrumento, dirígele contra el ave descuidada, y quédase por espacio de dos ó tres minutos mas inmóvil que la muger de Lot despues de haberse vuelto á mirar el incendio de Sodoma. Cuando se cree seguro de acertar, aprieta vigorosamente el gatillo, el cañon de la escopeta describe un cuarto de círculo, y el tiro sale ruidoso y fulminante. El corazon del Cazador late con violencia y apresuradamente: sus ojos desencajados miran ávidamente caer una por una las hojas de las ramas desprendidas por el tiro, y en todas ellas cree ver bajar la víctima inmolada, En vano da una y otra vuelta al rededor del tronco: inútilmente levanta sus ojos tristes para ver si ha quedado el pajarillo suspendido de alguna rama. No se convenceria al cabo, si dirigiendo mas allá sus miradas, no viese al ave incorregible columpiarse en las ramas de otro árbol, insultando con su intempestiva alegría la cólera que le hierve en el pecho. Adelántase paso á paso, búscale la espalda, apunta, dispara..... Nuevas sensaciones, nuevas esperanzas, y por último, nuevo desengaño. Asi corriendo tras el blanco de su encono.

atraviesa por sembrados y zarzales, destruye cuanto al paso encuentra, y no pára hasta que habiendo terminado el sol su carrera, se despide el inquieto pajarillo, y vuela presurosamente hácia su nido. Aqui empieza á sentir el Cazador su cansancio y abatimiento: aqui la tristeza se apodera de su corazon, al mismo tiempo que la noche avanza magestuosamente cubriendo la tierra con su velo. La alondra cruza los aires chillando tristemente, en busca de la perdida compañera: el fatídico vencejo vuela á acogerse al campanario de Atocha: todo lo demas calla con sombrío silencio, y el Cazador contristado se dirige rápidamente á la coronada villa, descorazonado y abatido. En cada árbol, en cada mata, cree ver escondido un hombre de colosal estatura, que le pide limosna con lo boca de un trabuco, á semejanza del ladron de Gil Blas. Carga la escopeta con bala, se estremece con el movimiento de su sombra, y si logra llegar al fin sano y salvo á las pu ertas de la córte, se cuenta por un momento el mas dichoso de los mortales.

Y á decir verdad, los recelos del Cazador, son bien fundados: desgraciadamente muy fundados. Si llegara yo á ser algun dia Gefe Político de Madrid, (figúrense Vds. si es fácil) toda mi policía no se habia de ocupar en otra cosa que en la seguridad de los Cazadores domingueros. Desde luego puede creerse que protegia á tengamas inofensiva y pacifica que Madrid encierra.

Hemos dejado á nuestro héroe á las puertas de la villa, postrado, pero libre de todo percance. Dirígese en derechura á su casa, cena con voraz apetito, obsequia á algun tremendo gatazo con el pobre botin de aquel dia, y en seguida se tumba patriarcalmente en el mullido lecho donde duerme con el sueño de los justos.

Y ahora creerán Vds. sencillamente, que porque el Cazador ha depuesto la escopeta en el rincon de su alcoba, y ronca tranquilo entre sábanas, ha llegado la hora de abandonar mi penosa tarea. No, amados lectores, no: desgraciadamente para mi, no todos los que cazan gustan de hacerlo con la escopeta, arma algunas veces peligrosa. No todos gustan de hacer las cosas con ruido: cada Cazador tiene su genio y sus particulares inclinaciones. Los hay que prefieren el reposo, caractéres sedentarios y metódicos, para quienes el ejercicio corporal tiene sus límites, y que tienen bastante amor á sus piernas para no trazarles su línea de conducta. Estos, apasionados tambien por la caza, suelen hacerla generalmente con redes y reclamos; no buscan al pájaro, sino que lo esperan, y tendidos á la sombra en el verano y al sol en el invierno, pasan el dia, embriagados en las delicias del *dolce farniente* que tanto adoran los italianos y tanto idolatramos los españoles.

Verdad es, que el Cazador de red, (llámase en lenguaje técnico, el Cazador de alforja) es un tanto cuanto traidor y sanguinario; que ha de tener el corazon endurecido como el diamante. Seguramente que si, por eso lo he pospuesto al Cazador de escopeta: por eso me ocuparé de él lo menos que me sea posible.

Este, como hombre de mas dañinas intenciones, madruga con el alba: lleva sobre sus espaldas un descomunal jaulon, destinado á encerrar en él sus víctimas. Una porcion de pequeñas jaulas, que encierran otras tantas aves

traidoras y que han de servir de reclamo, embarazan su marcha. Una red, un ciento de palitroques, y un celemin de trigo, natural golosina del incauto pájaro, completan los preparativos de la cacería.

Elegido el sitio, tiende el Cazador su red, la afianza cuidadosamente, ata media docena de gilgueros á otros tantos hilos, de modo que dejándolos revolotear á distancia de un palmo de la tierra, engañen mejor la confianza de las otras aves. Todo su trabajo está reducido á esto: cuando la tarde empieza á declinar, recoje apresuradamente los trebejos, y el sol no ha empezado á ocultarse tras de la ermita de los Angeles, cuando el Cazador de red, hombre prudente y precavido, ha saludado ya sus lares.

Réstame el Cazador con liga, casta dejenerada y con justa razon perseguida. Este lleva por lo regular un feo y soñoliento mochuelo al que ata á la rama de un árbol: siéntase frente á frente de su triste compañero, y allí escondido, aguarda á que los burlones pajarillos vengan á picotear al terrible enemigo nocturno. A veces el mochuelo bosteza, y el Cazador bosteza, y ambos se quedan dulcemente aletargados, sin cuidarse del ave inocente que revolotea cojida en la liga, y que á veces logra escapar á costa de la mitad de sus plumas.

Este Cazador, tiene por enemigo natural, aunque involuntario, al Cazador de escopeta, (no el de profesion.) Si por desdicha alcanza este á ver al cuitado mochuelo, agitándose en la rama del árbol, triste de él; entonces, y solo entonces es su puntería fija y mortal, por cuanto la dirige contra su bolsillo, regularmente pobre. Cuando llega este caso, los dos Cazadores se encuentran cara á cara, como dos enemigos terribles, como el tigre y el leon encerrados en una misma jaula. Afortunadamente estas reyertas acaban sin esplosion: á las amenazas suceden las razones, al furor el convencimiento: el matador paga el daño causado, desata la víctima, y colgándola de la percha entra con ella triunfante en Madrid.

He concluido por fin esta breve reseña, y ya ven Vds. que no me he estendido en reflexiones generales, que he preferido contar las cosas lisa y llanamente, asi como yo las he visto cuando fuí tambien Cazador, cuando esperimenté todas las dulces y amargas sensaciones que con tanta sencillez os he narrado. Ahora me permitireis que os dé un buen consejo: si alguna vez os tienta la aficion á la caza, no salgais de los alrededores del pueblo, no dejeis remontar vuestras ambiciosas esperanzas mas allá del gorrion ó la alondra. Esta es la sola caza pacífica y sin riesgos: la única que conviene al ciudadano tranquilo y bienaventurado.

Mas allá de estos límites, están los peligros, las terribles aventuras que rodean comunmente á la caza mayor. Mil ejemplos históricos podria presentarte en apoyo de esta verdad, empezando por Endimion y acabando por *Arco-Agüero*. Nada, honrados lectores mios; todo lo que sea pasar de la primera esclusa del Canal, es llevar la inclinacion hasta el vicio, agraviar á la humanidad, ya sobradamente vilipendiada, y gastar el sentimiento en vuestros corazones con el continuo espectáculo de escenas sangrientas y feroces.—Vale.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL CHORICERO.

UENTA la historia, y no la profana que tiene el *imprescriptible* derecho de mentir lo que le acomode, sino la sagrada, que ni miente ni puede engañarnos, que en el arca de Noé hubo y se conservaron para servicio de ese miserable ser llamado hombre, todos los animales, que no hay pocos en este mundo, y que están derramados por la superficie de esto que llaman globo y nadie sabe lo que es. Dejando aparte lo ideal que (échele Vd. un galgo) y viniendo al terreno de lo positivo, que es lo único que hay de cierto, hubo en el arca de Noé un animal útil para el género humano, y que sin duda por su escelencia (es un escelentísimo señor) tiene mas nombres que ninguno de los cuadrúpedos conocidos.

Este animal útil, gruñon, suculento y grasoso, se llama cochino, cerdo, gorrino, guarro, marrano y puerco. Con esto se prueban dos cosas, la escelencia del animal, y la riqueza de la lengua castellana.

El tal ciudadano de oreja en ristre, cola enroscada y paso de senador, fue el primero en quien la especie humana analizó cuanto á la pitanza pudiera ser provechoso. No se conoce en toda esa inmensidad de brutos que andan por esas calles, uno de quien mas provecho se saque, ni cuya anatomía haya sido mejor hecha. El cadáver de un cochino es una *notabilidad* quirúrgica. Un antiguo poeta español, decia:

Y dijo un cortesano,
entre todas las aves el marrano.

escepto los pelos, que un proverbio castellano dice que se cogen á puñados, las pezuñas y alguna otra cosa menos limpia, todo lo demás del cerdo se aprovecha.

Fue un regalo que Dios hizo á la humanidad hambrienta, que esto de tener hambre la humanidad es otra de las gracias de la creacion. Estámos plagados de felicidades.

Pero volvamos á los marranos, que es lo que importa. Desde que un cochino ve *la luz pública*, esto es, desde que nace, es ya un ciudadano recomendable á todo gastrónomo. Entonces no se llama cerdo ni compañía, sino *lechon*, y los asadores son buenos testigos, que no me dejarán mentir, de que un cochinillo, ó sea lechon, asado con su manteca correspondiente, es un bocado esquisito y alimenticio como ninguno. Las orejas sobre todo, no hay mas que pedir; esos organos destinados á oir y admirar el ruido del trueno, el susurro del agua y el bramido del huracan, de dos bocados se los engulle un literato ó la mas apuesta dama. ¡Desgracias de la cochinería! Cosas del mundo.

Les sucede á los marranos lo que á los hombres (todos nos vamos allá) y es que hasta que llegan á la edad madura, esto es, á ser ciudadanos independientes, no están en todo el lleno de la soberanía.

Para llegar á esta feliz situacion, se ve un marrano en el caso de atravesar á nado el rio de las necesidades de la vida, que no tiene fondo. De pequeños comen poco y malo, y el porquero les mortifica á silbidos, maldiciones, pedradas y latigazos.

Sin embargo, á fuerza de frios y calores, y de comer bellotas, el lechon echa colmillos (no es decir que los arroje, sino que le crecen), y viene un dia en que el ciudadano gorrino es persona formal y de diez á doce arrobas de peso.

Aqui entra el imperio del Choricero. Ve al marrano, le mira con ojo avizor, calcula cuánta manteca podrá dar de sí, repara en el rabo y en las orejas, y meditando allá en su inteligencia grasosa y choricesca sobre el grave cuadrúpedo, dice para su angüarina: este amigo me da lo menos cuatro duros de utilidad, limpios de polvo y paja; y sin mas alegatos, ni pruebas judiciales, le sentencia á la pena de muerte, aunque el pobre animal tiene la fortuna de que no haya por aquellos andurriales ni juez, ni escribano que se la notifiquen.

Muere el cerdo (Dios le haya perdonado) y muere contra su voluntad, porque hasta el dia de hoy en todos los anales de la cochinería, y en lo mas recóndito de la historia, no hay noticia de que ningun cerdo se haya suicidado. Son filósofos á prueba de cuchillo.

Si Vds., lectores mios, han reparado bien en ello, habrán observado que un cochino que se halla ya en el caso de la metamórfosis, esto es, de que le conviertan en cuerpo y alma en chorizos, morcillas, butifarras y compañía, es un ciudadano respetable; no hay ninguno de ellos que como he dicho yo en otra parte, no sirva para presidente de un consejo de ministros.

Aquel paso mesurado, aquel mirar entre enojoso y soberbio, aquel ondular *ad libitum* del suculento rabo, todo indica gravedad y mesura, esa gravedad del que manda para morir en la opinion pública, como el marrano al filo de un cuchillo, cuando á cada uno le llega la suya.

Pero ¡cosa rara! el inventor de los chorizos debió ser (porque á punto fijo no se sabe) algun lego de los conventos que ya no existen, y si algunos quedan

están convertidos en teatrillos de mala muerte, museos, institutos, salones de máscara, y todas esas zarandajas de la moderna filosofía. Ahora sabemos mucho: andan los sabios tan abundantes y baratos como los fósforos. Es un género de consumo que ha venido á menos, como tantos otros. ¡Vicisitudes humanas!

He sentado (esta espresion es abogadesca y propia de un bachiller de Alcalá ó Salamanca en aquellos gloriosos tiempos en que Ulpiano era el rey de la sabiduría. ¡Todo sea por Dios!)

Pues como iba diciendo, he sentado que un lego debió ser el inventor de los chorizos, y para ello tengo mis competentes presunciones, ya que no esas pruebas legales, en que sin probar nada, se despoja á un ciudadano de sus bienes y aun de su vida.

Los primeros que comieron cochino, debieron hacerlo en folio, es decir, en pedazos de á media libra. Andando despues los tiempos, la carne magra de cerdo debió entrar en las albondiguillas, y esto de albondiguillas nadie como los legos de los conventos las entendia.

De una albondiguilla á un chorizo la transicion es fácil, y es natural, lo mas natural del mundo, que los frailes que solo pensaban en el coro y en el refectorio (vulgo comedor) inventasen los chorizos, y que los legos, cocineros de cámara de los conventos, hiciesen el embutido.

Despues de la invencion, los vecinos de Candelario, pueblo situado en la sierra de Avila que es la que desde Guadarrama levanta su frente erguida, y tendiéndose despues, como si estuviera cansada, como si tuviese calor baña sus pies en las agitadas aguas del Occéano, se apoderaron de ella, esto es de la invencion, y se dedicaron á esa industria cochinera en la cual han hecho progresos dignos de que la trompa de la fama los publique por el universo mundo.

En esa sierra habia pocos marranos, porque naturalmente en las sierras hay poco de todo, escepto frio, nieves, buen espliego y perdices de cascabel. Este epíteto requiere su esplicacion. En los paises frios y montañosos las perdices son mas sabrosas y robustas que en los cálidos; tienen mas fuerza para volar, y cuando se levantan chocando las unas plumas de las alas con las otras forman un sonido parecido al de los cascabeles. Cada pais tiene sus especialidades. En materia de perdices las de la sierra.

Pues señor, y como ibamos diciendo, (estas frases castellanas no tienen precio) los vecinos de Candelario se apoderaron de la cochinería, y esa conquista no puede disputárseles por ningun pueblo de los veinte y cinco mil que dicen que forma la monarquía española. Yo hé hecho una cruz á esta monarquía, como quien se la hace al diablo, y á pesar de haber dado la vuelta á este pícaro mundo, todavia no sé el número fijo de los pueblos en que canta el gallo, cacarean las gallinas, gruñen los cerdos y rebuznan los burros, que, con perdon sea dicho, son los animales mas graves, reverendos y útiles de la creacion. No comprendo yo porqué un jamon de borrico, que tanto abundan, no habia de tener su parte como cualquiera hijo de cochino en el embutido de los chorizos. La leche de burras la toman precisamente las personas mas finas y cultas de la sociedad; es verdad que las

burras no son borricos, pero son sus hembras y de una burra á un burro no hay mas que la diferencia del sexo. Todos son hijos de Dios y herederos de su gloria.

Pero vengamos al Choricero. Despues de muerto el cochino, hecho pedazos y mezclada su carne con la de una vaca que tal vez fué una bienaventurada, ó con la de un buey, que como Juan Lanas está harto de trabajar, se hace la operacion química del embutido con su sal, su pimiento de la Vera de Plasencia y todo lo que los chorizos llevan consigo.

Luego que están secos y en disposicion de venderse al respetable público, el Choricero dispone sus mulos, por supuesto alimentados con un cuartillo mas de cebada por barba, porque no hay nada que haga tratar mejor á los hombres y á los mulos que un interés presunto; y provistas las alforjas y las cargas hechas se despide de su amada consorte y de los chicos que pululan por entre la manteca y los pelos de cochino, y montado en las ancas de un mulo cargado de chorizos y de los jamones y orejas correspondientes, desciende desde las sierras de Candelario á las anchurosas llanuras en que dá con una carretera que se dirige á la heróica villa y corte de Madrid.

Los chorizos, en la primera noche de su peregrinacion, sin decir esta boca es mia, descansan con la tranquilidad del justo, arrimados al poste de un meson, de esos que se estilan en la patria de Pelayo, en donde todo se estila menos comodidad y abundancia, á no ser que sea de incomodidades y falta de todo humano sustento.

El héroe Choricero, que tambien puede serlo, porque aqui á cualquiera se le llama asi, con tal de que tenga la habilidad de hacérselo llamar, se sienta al rededor de la lumbre, y estendiendo las manos hácia el fuego á manera de pantalla, traba conversacion con la mesonera sobre las contribuciones que están en moda, las que vendrán despues y la libertad de que gozamos los españoles.

Entre tanto comen los mulos, sin dárseles un pito por los derechos imprescriptibles, y despues de bien cenado se acuesta con la tranquilidad de un hombre que no espera de los otros mas que pesetas á cuenta de sus chorizos. Llega, por fin, á Madrid, y en las puertas le hacen soltar á cada chorizo una cuarta parte de su sustancia. Nuestro sistema de Hacienda es admirable. El que quiera algo que lo pague, y sino que tome soleta.

Llega á la posada, se entiende dentro de Madrid, saca sus chorizos de las banastas, pone en las alforjas los que caben, y aqui tienen Vds. un ciudadano que de en cuarto en cuarto va vendiendo *la rica hacienda*, y aconsejando á las madres de familia que acostumbren á sus hijos á comer chorizos porque es un alimento muy sano y sabroso.

Señora, suelen decir, si Vd. no me los quiere pagar ahora, (pero esto siempre lo dicen á quien saben que ha de pagarles) será despues y por eso no reñiremos.

Resultado final; que los chorizos de la sierra de Avila se convierten en plata madrileña, y cuando el Choricero ha logrado un capitalito tira las alforjas y logra hacerse Alcalde de su lugar.—

ABENAMAR.

Medina
ORTEGA

EL ESTUDIANTE.

UESTROS antiguos escritores hicieron un gran uso de este tipo, que figuran en casi todas sus novelas de costumbres, las cuales por lo comun dan principio con estudiantiles aventuras. Así lo vemos en el Bachiller de Salamanca, en Gil Blas, Marcos de Obregon y la vida del Gran Tacaño. Tampoco se quedó atrás Mateo Alemán en su Guzmán de Alfarache, y hasta el mismo Cervantes sacó á relucir al bachiller Sanson Carrasco y al hijo de don Diego de Miranda: y en su novela de la *Tia fingida* dió pruebas de estar bien al corriente de las costumbres estudiantinas y del carácter peculiar de los jóvenes cursantes de cada provincia. De modo que para los escritores de aquella época era tan preciso un estudiante en su novela, como la tarasca en la procesion del Corpus.

Con todo, á pesar de lo manoseado que ha sido este tipo, en todas ellas se presenta con admirable variedad. Don Querubin de la Ronda y Gil Blas, copia de aquel, representan al estudiante aventurero, Obregon al miserable sopista de Salamanca, el Gran Tacaño al fámulo pícaro y travieso, Guzman de Alfarache al estudiante viejo y semijuicioso de Alcalá. Porque es de notar que en aquella época Alcalá y Salamanca eran esclusivamente el teatro de las aventuras estudiantinas. Ahora uno de aquellos teatros se ha venido abajo y el otro tiene tan poca entrada, como compañía de la legua.

Siguiendo pues la antigua costumbre, no podemos dispensarnos de presentar al estudiante entre los demas tipos españoles. Por desgracia este ha perdido ya mucho de su carácter original, y quizá dentro de pocos años el furor *galo-filo* que invade todas nuestras instituciones habrá concluido por despojarle de todo lo que tiene puramente español. Entonces para describirlo no habrá mas que tomar á buena cuenta un folleto francés y refundirlo al español, es decir, echarle una remonta de tacones y medias suelas y hágote nuevo. ¡Qué gusto será en tal caso ver la calle ancha de San Bernardo convertida en *pais latino*, y á los estudiantes en buena paz y compaña con las manolas que son las mismísimas grisetas (¡quién lo duda!) hasta en el zagalejo y la mantilla!

Uno de los golpes que mas han contribuido á despojar al estudiante de su carácter peculiar, ha sido la abolicion de los manteos. Los buenos estudiantes lloraron por largo tiempo al verse precisados á orillar la ropa de San Pedro con la que se hallaban familiarizados desde tiempo inmemorial. En vano algunos pocos aspirantes á lechuguinos, sacaron á lucir sus fraques y levitas, y otros siguiendo la moda del año 35 adornaron sus pantalones de pieles, sustituyeron el capote al manteo, pusieron en sus zapatos espolines de cangrejo, y dejando crecer en sus caras patillas de chuleta, escobillones y guarda polvos, conquistaron el título de *estudiantes de caballería*. Pero la generalidad de la estudiantina empeñada en ridiculizar aquella órden, la desairó en cuanto pudo, continuando con el manteo y sustituyendo á los antiguos tricornios gorras de fuelle, invencion que no le ocurriera al mismo Vulcano.

La reforma llevó de paso en algunas universidades las golillas de los bedeles, los trajes arqueológicos y monumentales de los timbaleros y chirimias, los mantos y becas de los colegiales, y hasta los mismos profesores, que se desgañitaban por entonces en las cátedras predicando igualdad, dieron al traste con el manteo nivelador y prefirieron asomar las charreteras de estambre amarillo por debajo de la muceta encarnada, haciendo una figura, que era cosa de alabar á Dios.

Pero á pesar de eso el furor estudiantil contra la órden, que los volvia ciudadanos por la fachada, ha continuado y sigue todavia tratando de adquirirse un traje peculiar y característico. A estos conatos es debida la invencion de *los hongos*, con que algunos de ellos trataron no há mucho de adornar la cabeza vistiéndose de máscaras, sin respetar los tiempos que corrian. Pero la sociedad silbó á sus inventores, la mayor parte de la estudiantina se les rió en sus barbas y designó con el apodo de *monicongos* (monos con hongos) y hasta las autoridades tuvieron la bondad de chulearse con ellos, dando á los presidiarios sombreros de aquella hechura, come sucedió en Zaragoza. Está visto que el manteo y el tricornio serán siempre el emblema y geroglífico de la estudiantina, como la selada es el distintivo de la nobleza sobre los escudos y blasones por mas que las antiguas armaduras hayan caido en desuso.

Otro de los golpes qne ha sufrido el carácter estudiantil ha sido la traslacion de universidades de las poblaciones subalternas á las capitales. En las grandes ciudades el Estudiante muere. Las grandes distancias, el aislamiento y falta de

roce entre los condiscípulos y la sujecion de familia, contribuyen á que no haya entre los Estudiantes aquel trato intimo, aquella union que se necesita, para que resalte un carácter entre los otros que le rodean. A la verdad estas son ventajas para la educacion que en el dia exigen las circunstancias de la sociedad, pero como en este mundo todo está compensado, á vueltas de estas ventajas vienen no pocos percances. Es verdad que en las grandes poblaciones hay mas finura y trato de gentes, pero tambien la disipacion se reviste de mas brillantes colores: es verdad que en las grandes poblaciones se encuentran con mas facilidad establecimientos científicos y buenos profesores, pero tambien abundan mas las insinuantes profesoras.

Sin que sea visto que tratemos de abordar la cuestion sobre establecimiento de universidades, no podemos menos de confesar que para conocer el carácter estudiantil es preciso estudiarlo en las poblaciones subalternas. En ellas el Estudiante es esclusivamente Estudiante: el teatro, el villar y las tertulias están enteramente á sus órdenes.

Por de pronto el teatro en poblaciones universitarias ofrece no poco que observar. Segun las antiguas leyes y usanzas los rectores de universidad gozaban una influencia inmensa en tales poblaciones. Compartian y disputaban sus prerogativas con las autoridades civiles, y á veces las condenaban á llevar zurra, como sucedió al corregidor de Salamanca, siendo maestrescuelas Alfonso de Madrigál, el célebre Tostado. Los Estudiantes defendian su fuero académico ó escolar con el mismo teson que los militares y eclesiásticos el suyo respectivo, y aun afectaban no quitarse bonetes ni sombreros á los corregidores. Uno de los sitios sobre que mas influencia ejercian los rectores era sobre el teatro. En unas partes tenian palco á guisa de autoridad, en otras impedian las representaciones en tiempo de curso, y cuando no alcanzaban á tanto rondaban por las casas de pupilaje ó prendian á los estudiantes al regresar á ellas, y los arrestaban en la cárcel de la universidad.

Todo esto caducó ya desde fines del siglo pasado, y desde entonces los Estudiantes procuran desquitarse del hambre dramática que debieron padecer sus antecesores. En el dia en los teatros frecuentados por Estudiantes no hay cosa segura desde la lucerna hasta el tornavoz. Si se deja el contrabajo junto á los atriles se espone su amo á que un Estudiante le unte de sebo todas las cuerdas y se limpie los dedos en la bayeta verde. Si es instrumento de aire se lo atascará con papeles ó con una bala de plomo, y le untará la embocadura con acibar, ó cosa peor. A veces en lo mas patético de una escena no falta un entretenido que se divierta en tirar perdigones al tornavoz, y á los músicos y actores garbanzos con cerbatana. Si se presenta en las tablas algun cómico que no sea del agrado estudiantil, se espone á verse bombardeado con patatas ó zanahorias, ó encontrar en las lunetas algun interlocutor sarcástico que interrumpa su monólogo con alguna ocurrencia picante, ó sostenga con él un diálogo harto animado á despecho de la autoridad y del autor.

Pero aun mas que en el teatro es en el villar donde el Estudiante desplega

su carácter, porque aquel sitio es su terreno, su centro y su cuartel general. En billares estudiantiles no se juega mas que guerra: ¿quién se pone alli á jugar una partida y servir de blanco á la mosquetería de veinte ó treinta estudiantes? Allí no se conoce el taco de suela mas que de nombre: el dar jaboncillo es pedantería. El Estudiante necesita taco fuerte; de cada tacazo hace á las bolas correr la posta por la mesa, ó que saltando la baranda vayan á despertar al prójimo, que duerme pacíficamente en el rincon del billar. Asi es que los chiripones, las billas puercas, retruques y carambolas de sopetón se suceden con una rapidez increible, y cuando nada de esto se logra, el Estudiante esclama con voz ahuecada y atusándose las barbas:—¡*Ba!... ¡si esta mesa es un arteson!*

Y efectivamente es asi. No hay cosa mas desvencijada que un billar estudiantil. El paño parece estampa de matemáticas con tantos sietes y triángulos, las bolas picadas, la mesa desnivelada, los tacos hechos añicos, y hasta los quinquets sin un tubo sano.

En las pocas horas del dia en que el villar no está concurrido, es decir, durante las clases, nunca falta un veterano de sesto ú séptimo de leyes, que con permiso del mozo ensaya algunas jugadas y se entretiene en falsear las barandas y calcular sus protuverancias y vacíos, su resistencia y desnivel con una exactitud *plus quam* matemática.

¡O tu Estudiante de primero de jurisprudencia que acabas de salir del colegio y con los dineros que te dió tu padre para pagar á la patrona, y los que te dió tu madre, *de ocultis*, para gastos de guerra, te dirijes al billar, en vez de ir á cátedra, guárdate de esa harpía con frac raido que está haciendo como que no sabe dar bola!

Apenas abriste la celosía, cuando de una mirada leyó tu corazon y adivinó tu bolsillo diciendo en su interior ¡*pobre pipiolo*!... No te fies aun cuando dé pifia en lugar de hacer una billa puerca, y aunque se deje ganar la primera y segunda partida. Te ganará las restantes sin dejarte dar bola y cuando tú hayas descubierto la superchería, te dará 26 para 30 y jugará por debajo de la pierna, con la izquierda, con tu baston y hasta con los dientes; ¡y tu infeliz irás sacando una peseta sobre otra por ver tales habilidades, y al último te hallarás con 24 reales menos y lo que suban las mesas!

Y vosotros profanos, tampoco os arrimeis por el billar estudiantil, porque vuestro sombrero corre peligro de transformarse en orinal, y al ir á recoger la capa nueva, os hallareis una tornasolada de color de ala de mosca, tan raida como la conciencia del que se llevó la vuestra.

Las tertulias frecuentadas por Estudiantes tienen tambien su carácter peculiar y son como se deja suponer el teatro de la galantería estudiantil. Los amoríos universitarios son por lo comun un si es no es picarescos. No son de *cala cuerda* como los militares, ni tampoco sentimentales y soporíferos como los de un elegante, sino que participan de uno y otro. Tienen ademas mucho de romántico, tal como besuqueo por las rejas, escalamiento de balcones, conciertos y serenatas

de guitarras y flautas, escondites en alacenas, palizas, desafios, y todo lo que contiene el arte de mas dramático.

Por lo que hace á las tertulias, en ellas ó se juega ó se canta ó se desuella al prójimo. Bien mirado, ¿qué recursos no suministra á la imaginacion juvenil de un estudiante amartelado un juego de prendas? ¿cómo dejará él de perder media docena de ellas á trueque de que le manden *contentar* á las señoras y tener ocasion de irlas cuchicheando al oido? A la verdad esto de los juegos de prendas es una mina á medio esplotar, pero de la cuál muchos Estudiantes han sacado algo en pura plata. Si es durante la conversacion, ¿cuántos recursos no suministra igualmente la mesa cubierta de bayetas verdes para el teje-maneje de pies y manos? Por su parte las damas universitarias no suelen ser gazmoñas, y las hay que colocadas entre dos Estudiantes, á uno dán con el pie y al otro la mano. A veces el de enfrente resentido de la deferencia que obtienen los *ad-lateres* trata de hacer el papel de tercero en discordia, y estirando el pié se prepara á saludar á uno de los favorecidos con un taconazo, vulgo *estocada de cuadra*; pero desgraciadamente yerra el golpe, mete el pié en el brasero, y al ir á sacarlo con violencia balancea la mesa, cae el quinquet y queda la escena á buenas noches.

Si en la casa hay piano entonces el amo no gana para cuerdas, porque el Estudiante no gusta de andantes ni moderatos: mas bien propende á los alegros y estos estrepitosos. De cada teclazo salta una cuerda y desafina cuatro. Luego para concluir toca una marcha á toda orquesta, es decir, alzando la tapa del piano y con el apéndice de bombo y chinesco.

Pero el instrumento mas usual del Estudiante es la guitarra. Un Estudiante sin guitarra es un cometa sin cola, y rara será la universidad en que no haya cuando menos media docena que la toquen con primor y todos los restantes asi, asi. Aquellos conciertos de tertulia, improvisados sin programa ni convite tienen mucho de originales. Despues de varios preludios mas ó menos grotescos, principia la hija de la casa con la inevitable Atala, diciendo ¡*Triste Cartas*! etc. y en pos del hijo de Ontalisi, nieto de Miscou, salen á lucirlo el Chinorrí, el Trovador y otras canciones, á las cuales por su fecha es probable que las obligue ya el ayuno. En los intermedios el Estudiante entona alguna cancioncilla picaresca á veces de su cosecha, acompañada de muecas y visages y con tales modulaciones que es cosa de despepitarse de risa.

Cuando la tertulia se compone esclusivamente de Estudiantes, no hay que preguntar lo que se hace: se estudia en el libro, que paga la bolla. El Estudiante en el juego es un jugador como otro cualquiera, pero en las bancas estudiantinas hay sus diferencias, que no es del caso omitir. En ellas á falta de dinero se apunta con capas y pantalones, y ante todas cosas con libros. Dice un autor comparando los caractéres de las naciones, que el francés lo último que vende es la camisa y el español la capa. Sobre eso hay mucho que decir, pero por lo que hace al Estudiante lo primero que vende es la capa. Todo se reduce á concurrir á la universidad con la ropa del mes de agosto, y aunque esté helando asegurar que

hay blandura. En tales casos el Estudiante se echa sobre poco mas ó menos la cuenta del mendigo y dice (para su levita , á falta de capote) *todo mi cuerpo es cara.*

Por lo comun quien mas pierde en tales ocasiones son las patronas, y en el último resultado las madres: porque las madres tienen sobre si la incumbencia de cubrir los deslices de sus hijos Estudiantes. Uno de estos que viene á vacaciones *con el diablo*, (1) jamás confesará á su padre, que ha jugado, pero no tendrá inconveniente en decir á su madre de buenas á primeras, que la patrona se ha quedado con la ropa á cuenta de las mesadas que jugó. Esto da lugar á escenas sumamente patéticas. La madre se sofoca, se irrita y reprende al jóven tahur con la mayor acrimonia. Este permanece taciturno y cabizbajo y escucha con religiosa modestia la maternal reprimenda, contando las baldosas que tiene el pavimento. Tose la rígida madre, y aprovechando el Estudiante aquel momento, le dice con acento acaramelado.

—¡Si viera Vd., mamá, qué bien le cae ese lazo de la papalina!.....

—¡Bribon! ¿asi atiendes á lo que te digo?

—No se enfade Vd., mamá, que se pone fea.

—Toma, pillote.... y se prepara á tirarle las melenas; pero el Estudiante aparentando abrazarla sujeta sus brazos.

—¡Esto tambien!.... yo se lo diré á tu padre.

—¡Vaya! no haga Vd. tal cosa, si todo ello es una bicoca: cuatrocientos ochenta reales con doce maravedises es lo que debo, pero deme Vd. quinientos que yo economizaré para cubrir los maravedises.

El mejor año que tiene el Estudiante para jugar es el del grado, por lo mismo que tiene mas que estudiar. Ademas, aun cuando pierda tiene el consuelo de que en los gastos del grado pondrá las cuentas del gran capitan. Estudiante hay que en un grado de bachiller á Claustro regular, que incluso el depósito sube á 500 rs. puso partidas de música, cohetes, dulces, comida y refresco: total 2342 rs. Por esta razon los padres de estudiantes, jamas suelen pedirles la cuenta antes bien les señalan una cantidad mensual. Si el Estudiante la pierde se retira á vivir en una *leonera*, y vive de patatas ó de *pegote* de compañeros. Desde que falta la sopa de los conventos esta vida tiene muchos percances.

Tales son en globo las cualidades del Estudiante en general: hay ademas algunas peculiares de cada facultad, que conviene ver por separado, pues constituyen casi diferentes tipos.

EL FILÓSOFO.

El Filósofo es en la estudiantina lo que el recluta en la tropa, y el novicio en religion. Es verdad que cuando vino del aula á la universidad ya sabia *hacer*

(1) En lenguaje estudiantil *tener el diablo* significa estar sin un cuarto, y *santiguar el bolsillo*, adquirir dinero.

novillos, poner mazas, andar á bolsazos con los libros, y aun tenia una tintura de la táctica de guerrillas, que aprendió en las pedreas de las eras de su lugar, en alguna de las cuales tuvo el honor de ser *canonizado*. Pero al pasar á facultad mayor y luego que pisa los patios de la universidad, el Filósofo debe abjurar todos aquellos malos hábitos para adquirir otros mas escolares. Una cosa es silbar á todo vicho viviente que pasa por la calle al salir del aula, y otra cosa es silbar al mismo profesor dentro de la cátedra. A un Filósofo lo mas que se le permite es lo segundo..... sin perjuicio del derecho que le asista para lo primero. Una cosa es poner mazas, echar carretillas, atar la mesa de un bollero á las ruedas de un coche que va á echar á correr, ó meter un pedazo de yesca debajo de la albarda de un pollino en una plazuela llena de cacharros; otra cosa es llevar á cátedra ratones, soltar pájaros, hincar agujas en la silla del catedrático y sonar cascabeles y aun cencerros durante la esplicacion. Un Filósofo no hace lo primero..... sino cuando tiene ocasion, y con mas frecuencia lo segundo: en tal caso al profesor condenado á pasar el purgatorio en vida acosado anualmente por 50 ú 80 diablejos, no le queda mas recurso, que esclamar lo que en igual ocasion de cencerro, dijo el célebre Mureto á sus discípulos: «*ya estrañaba yo que en esta manada de bestias no hubiese algun cabestro.*»

La invencion de los fósforos ha sido una calamidad para las cátedras de filosofía: desde entonces nada hay seguro en ellas, no digo las maderas, sino aun los bisognés de los catedráticos. A veces tambien mientras ellos esplican la teoría del vidrio convexo, sus discípulos ensayan en las levitas (las de los profesores) la práctica del espejo ustorio.

El Filósofo es por lo comun muy puntual en asistir á cátedra, mucho mas si vive sujeto á sus padres y sale poco de casa. Tiene un miedo cerval *á las quince faltas*, pero se va curando de esta debilidad segun va ganando cursos. Por desgracia esta asistencia es muchas veces material y se reduce á responder cuando el catedrático pasa lista, y contestar por algun ausente: pero si el catedrático tiene la humorada de preguntar la leccion al asistente discípulo, allí son los apuros. Cuando llegan estos lances tan apurados el Filósofo tiene siempre á mano un dolor de muelas, ó jaqueca para escusarse, y á último recurso, si el catedrático aprieta mucho acuden las lágrimas en su ausilio. Pero este recurso es de muy mal tono, y tan solo echa mano de él algun Filósofo que huela á faldas. El que se ha criado en colegio es mas aguerrido.

Por lo demas no dejaremos de observar, que las cátedras de filosofía han sido por lo comun las peor dotadas, lo cual alejaba de ellas á los buenos profesores, porque es imposible que por un pequeño estipendio se decidieran estos *á lidiar con filósofos*.

EL TEÓLOGO.

Este género se vende algo caro en el dia, desde que la iglesia española va adquiriendo el lustre y esplendor que tuvo allá en los primitivos tiempos, cuando

los clérigos eran de oro, los cálices de palo y los procónsules de hierro. En cambio el tipo teologal se ha dividido y subdividido creando entre otros un género nuevo, que podemos mirar, como *fruta del tiempo*. Tal es *Teólogo injerto*, otros llaman *apóstata* y *recalcitrante*. Con estos nombres se designa al Teólogo, que no hallándose con suficientes fuerzas para aceptar el lisonjero porvenir con que le brinda la iglesia española, vuelve pasos atrás y se decide á estudiar jurisprudencia, farmacia ó veterinaria.

Las vicisitudes que desde principios de este siglo han agitado sin cesar á nuestra patria han dado tal fomento á este tipo del *Teólogo injerto*, que por todas partes bulle y se le encuentra, ora en los escaños del Congreso, ora en las filas del ejército, unas veces en las entrañas de la tierra, convertido en *Teólogo-minero* (que es lo que hay que ver) y con mas frecuencia junto al espacioso bufete despachando espedientes, *simpliciter*, y *secumdum quid*. El año 8 el Teólogo se convirtió en guerrillero nada mas que por ensayar las virtudes evangélicas. El año 20 el Estudiante de teología, que ahorcó los hábitos se casó (esto es de rigor, el exteólogo mira con horror el celibato) y en seguida se dedicó á las ciencias naturales y sus aplicaciones inmediatas, es decir, que abrió tienda de *herbolario*, ó tintorero químico quita-manchas. Los que picaron por la abogacía han llegado á ser en estas últimas hornadas de padres de la patria, inquilinos del santuario, hácia donde Cervantes saca el brazo manco. Y como en estos tiempos de gracia que corren, á lo que hay que aspirar es á ser diputados, y lo demas dejarlo venir, y para ser diputado es un escelente medio el ser *jurisconsulto teórico-práctico acreditado* y *con estudio abierto*, de ahí es que la mayor parte de los Teólogos á quienes el señor Becerra dió con la puerta de la iglesia en los hocicos, se injertaron á sí mismos en leyes, y siga la broma.

Entre estos Teólogos injertos los hay de mas ó menos fortuna y que forman diferentes categorías. Los hay que hácia el año de 1836 conmutaron cursos de teología por leyes, pelo á pelo, y dejando los impedimentos, se pusieron sobre la marcha á tirar pedimentos. Otros de voluntad ó por fuerza tomaron las armas aquende ú allende el Ebro, y al fin de la guerra pasaron su olvidada teología por jurisprudendia flamante (que hubiera sido por medicina, pase) y lo que faltaba para completar se suplió á balazo por leccion y año de servicio por curso de carrera. Pero otros mas desgraciados no llegaron á tiempo de cazar tales gangas y vejetan en las Universidades, y por su antigüedad en ellas vienen á ser una especie de Estudiantes *fosiles* ó *antediluvianos*. Un teólogo de esta última clase es un consumidor abonado de papel de 40 mrs. y debe ser *mutatis mutandis* (cuidado con equivocarse) lo que el capitan Chinchilla de Gil Blas. En sus incesantes memoriales recorre como aquel sus 20 años de carrera, y tiene el placer de ser tan atendido como el capitan al escribir la relacion semanal de sus campañas. ¡ O si al menos estos *Chinchillas* pudieran pasar por tios postizos de alguna *Sirena*, otro gallo les cantará.

Por lo que hace al Teólogo propiamente tal (*ut talis*, ó *simpliciter theologus* como diria él) baste decir que por lo comun es modesto y laborioso.—En los

tiempos en que andaba por las Universidades la 1.ª 2.æ de Santo Tomás, el Teólogo necesitaba una memoria de hierro para echarse diariamente al cuerpo dos artículos por mañana y uno por tarde. Ahora como la ilustracion ha cundido tanto á Dios gracias, el Teólogo no necesita estudiar tanto, y con un articulo de *Lugdunense* destrozado del latin al castellano está un Teólogo fuera del paso. ¡Progreso teológico!

Pero aquel trabajo ímprobo no quitaba que el Teólogo tuviese sus desahogos y sus puntas de Estudiante: mas en tales casos procuraba siempre evitar el escándalo encubriendo sus fechorías. Asi es que cuando salia de tuna ó maquinaba alguna travesura estudiantil, procuraba pasar por jurista, para no dañar al buen nombre de su facultad, mucho mas si trataba de quemar incienso en las aras de Cupido.

Concluiremos observando, que el Teólogo es el antípoda del Legista, y unos y otros se acosaban frecuentemente con dicterios é insultos latinos, que no es del caso reproducir. En el dia todo esto ha cesado, por la sencilla razon de que ya no hay quien estudie teología.

EL CANONISTA.

El Canonista era en las universidades una especie de anfibio sin carácter peculiar por lo que escusaremos el tratar de él. Dice Alvaro Gomez, en la vida de Cisneros, que con mucha dificultad les dió este cabida en su universidad de Alcalá, y viendo un dia que uno de los profesores de cánones salia temprano de cátedra, dijo el Cardenal á los que estaban á su lado «*lo que es por mi estais de mas.*» Lo mismo casi dijo el Gobierno al suprimir esta carrera en 1.º de Octubre de 1842.

EL LEGISTA.

El Legista principiaba su carrera estos años pasados por donde ahora la concluye, es decir, por el Derecho natural y de Gentes. Para ello le ponian al neófito en las manos un librote original de Mr. Felice, salvo lo que tenia de Burlamagni. No hay mal, dice el refran, que por bien no venga, y la desaplicacion de los Legistas en este año era un gran bien pues se ahorraban de aprender á ser embusteros por principios y otras lindezas por el estilo, y si lo aprendian eso tenian adelantado para el foro. En seguida se les enseñaba en cuatro paletadas lo necesario para ser padres de la patria y fabricar leyes con cargo y data bajo los auspicios de Jeremías Bentham.

Cansado nuestro joven alumno de oir cosas, que para él eran jarabe de pico y música celestial, se echaba en el surco y asi se cuidaba él de asistir á cátedra como por los cerros de Ubeda, lo cual no es de rigor que sucediera en el primer año de leyes, y bien podia suceder en otro ú otros de la carrera. En esto llegaba á su noticia por conducto de un condiscípulo, que despues de haber cumplido

30 faltas (dobles de las que abona el reglamento) el catedrático le habia borrado de la lista. Un estudiante de pro no se apura por tan poca cosa: en último resultado todo se reduce á perder un curso. En tal caso indaga las señas de casa del profesor y se dirige allá pertrechado con una certificacion del médico, de la que consta haber padecido calenturas intermitentes, y ademas de varias cartas de recomendacion de algun alto funcionario, de doña Sirena la de Albarracin, ó de su tia doña Amparo.

—Deo gracias.

—A Dios sean dadas.

—¿Vive aqui don Triponiano In-digestum, catedrático de la Universidad?

—Servidor de V.

—El Estudiante haciendo una profunda cortesía.—Venia con objeto de avisar á V. S. que estos últimos dias no pude asistir á cátedra por haber estado enfermo. —Y al decir esto entrega la certificacion.

—¿Ha estado V. algun dia en cátedra?

—Si señor, cuando me lo permitian las tercianas.

—¿Pues como no me ha conocido V. antes?

—Es que soy algo corto de vista.

—¡Lástima de jóven! procure V. el curso que viene estudiar con buenas luces.

—Pero señor, ¿por qué he de perder curso habiendo estado enfermo? Vea V. S. esta carta de su señora tia doña Amparo, y estas otras para que V. S. se convenza de que no hay maula.

¿Qué hace un catedrático en tal apuro? ¿ha de echar á pique á un jóven, en quien quizá fundan sus esperanzas las futuras diputaciones provinciales de su tierra? Nada de eso, mas bien Antonino que Tiberio. Queda pues nuevamente incluido en lista bajo las condiciones de no entrar á exámen hasta el estraordinario de octubre, de no hacer mas faltas, y repasar lo atrasado, apercibido al mismo tiempo de que se le preguntará la leccion con frecuencia. Eso no quita para que si falta algun dia responda por él otro condiscípulo, y si le pregunta la leccion la dice atisbando al libro del vecino (y eso que era corto de vista) ó con ayuda de Espíritu Santo, porque entre los estudiantes hay apuntadores que ni los del teatro,

Por lo demas el jurista es el verdadero tipo del estudiante y al que mas de lleno le corresponden las cualidades que apuntamos al principio. Cuando se usaban los manteos el Legista era conocido en el garbo con que los arrastraba y en el braceo que llevaba dentro de ellos. En la sotana se retrataba el alma del Legista á la manera que la corbata representa (segun dice el manual del buen tonto) el interior de una persona. Los Legistas juiciosos la usaban completa á lo teólogo, los elegantes muy estrecha por delante de modo que dejara ver el chaleco y la botonadura del frac, y tan corta que apenas llegaba á las rodillas, y por fin los calaveras llevaban en vez de sotana una especie de mandil, aprovechando la parte posterior para echar mangas negras á un frac de color de pasa ó cuchillos á los pantalones ambiguos.

En el dia la nueva generacion jurista, que no alcanzó los manteos, procura revocar lo mejor posible la fachada esterior de sus individuos, y los hay, ¡ó tiempos! ¡ó costumbres! que gastan corsè y visten por figurin.

EL MEDICINANTE.

Hay dos clases de estudiantes de medicina: unos que cursan en las universidades y otros que estudian al mismo tiempo la cirujía en los colegios de Madrid, Barcelona y Cádiz. Estos segundos forman un tipo aparte que comprende con ligeras escepciones toda la gente de curar inclusos los romancistas, farmacéuticos y veterinarios que llevan el título de colegiales, de los cuales se dijo ya en gran parte (ubi supra del barbero).

—Los primeros tienen principalmente su asiento en Zaragoza y Valencia, y usaban en su tiempo de manteos y demas adminículos estudiantiles.

Siempre se ha ridiculizado en los médicos su prurito y comezon por usar sus términos facultativos á diestro y á siniestro, pero esto es aun mas notable en los aprendices de curar. Uno de estos, por ejemplo, que pide horchata avisa al mozo que traiga un vaso de *lok*, y en lugar de conserva pide á su patrona *lectuario* de guindas: la aplicacion no puede ser mas exacta. Dios les libre á los amigos del aprendiz de curar de hincarse una espina ó cortarse con el cortaplumas si el dicho aprendiz ha estudiado ya el tratado de apósitos y vendajes.—Venga un trapo de una cuarta en cuadro, esclama al punto, y cogiendo unas tijeras improvisa una cruz de Malta la cual rodea al dedo del paciente, con no poca admiracion de este al ver que se lo ata sin hilo ni cinta, dejándole el dedo en figura de maza de tambor mayor.—¿Te admira eso? pues ahora verás lo mejor—y tirando de una punta lo deslia en un momento, pero arrancando un ¡ay! al paciente porque el trapo se habia pegado ya á la herida.

El Estudiante de medicina propende siempre á los tratamientos fuertes. Para curar un constipado, receta cuatro sangrías de á onza y una cantárida que cubra toda la espalda con objeto de llamar allá la destilacion. Lo que hace con los cadáveres en el anfiteatro lo quiere imitar en los enfermos y ¡válgame Dios lo que pasa en los tales anfiteatros! No sé como hay quien tenga humor para morirse en el hospital, aunque no sea mas que por no bajar al anfiteatro.

Por otra parte el estómago de nuestro *matasanos* es tambien á prueba de anfiteatro; asi es que suele llevar los cigarros y aun la merienda en el mismo bolsillo en que sacó por la mañana los huesos de un difunto á medio mondar. Y sino, ¡pobre del aprendiz que sea melindroso! porque todo se reduce á convidarle á merendar y cuando esté bien cargado hacerle echar los bofes avisándole, *¡que ya es antropófago!*

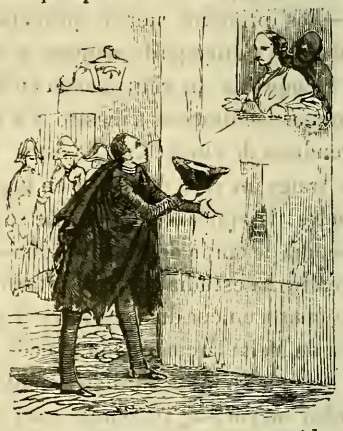
EL ESTUDIANTE DE LA TUNA.

Antes de concluir no podemos menos de rasguñar siquiera ya que no bos-

quejar al Estudiante de la tuna, tipo enteramente español, y que para si solo merecia un artículo. Quizá los que vengan en pos de nosotros aprovecharán este tipo, cuando haya concluido de perderse, á la manera que en el dia se saca partido de los juglares, que en sus tiempos fueron asaz mal vistos.

¿No cís á lo lejos el ruido de la pandereta? ¿no veis cual salta el que mas bien que tocarla, golpea su pergamino en sus rodillas, con sus narices, con la punta del pié ó con el codo? Ora la arroja en alto y la obliga á voltear en rápido giro sobre la punta de su dedo, ora golpea con instantáneo movimiento y sin perder compás las cabezas de los chicos que le miran con la boca abierta. Por de pronto el es quien mas llama la atencion en todo el cerço de guitarras y acatarrados flautines.

Pero volved la vista mas acá y vereis ese que precede la cuadrilla con el desvencijado tricornio, y el manteo terciado y la escuálida levita que dá paso á la camisa por los codos: ese es el *moscon*, ó el postulante como dicen otros: oid cual dirije estudiados y picarescos requiebros á las damas, que pueblan los balcones y á las viejas que asoman la jeta por las ventanas. Recoje con desenfado la plata que le echan y volviéndose á los músicos les dice con precipitacion: — ¡pronto, compañeros! á la señorita de lo verde (y Dios le dé mucho que dar), un



cancion de las que valen á peseta. Y tú, señorita del albornoz, que seguida de tu doncella vas á pasar por esa calle huye, huye, antes que te atisve el *moscon* y se pegue á tu lado para hacerte reir con sus diabólicas ocurrencias, aunque vayas muerta de verguenza. No te servirá que abras tu ridículo y le alargues una moneda, porque á continuacion te pedirá de limosna una mirada, hincará la rodilla en tierra, tenderá el manteo para que pases por encima y besará ¡ó picardía! donde tu pusíste el diminuto pié.

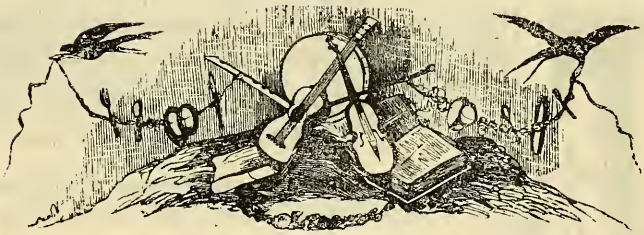
Decian los antiguos que no habia juglar sin trovador y tambien el Estudiante de la tuna reune ambas cualidades, y se ejercita en improvisar sin perjuicio de su inmenso repuesto de canciones de circunstancias sembradas de alusivos latinajos. Su sociedad es como otra cualquiera y al entablarla estipulan y forman sus bases. Cuando el *moscon* es hábil, (que los hay de una prontitud mugeril) puede contar con la cuarta parte del producto y á este tenor los restantes segun sus cualidades. A veces para evitar fraudes (¡si entre bobos anda el juego!) no hay postulante fijo, sino que antes de salir á la calle se subasta la ganancia y el que mas puja hace de *moscon* y se guarda el producto.

Entre los Estudiantes de la tuna, los hay unos por necesidad y otros por vagancia: aquellos solo tunan cuando no hay curso, para estos siempre son vacaciones. Antiguamente los Estudiantes ricos solian tener la humorada de correr

una de estas caravanas, y el tuno actual aprovechando esta tradicion suele darse á conocer en los pueblos (por supuesto con mucha reserva) como hijo de un marqués á quien su padre queria de buenas á primeras hacer regente de la audiencia, siendo así que él tiene vocacion de médico. A las viejas se les cae la baba y las mozas lloran de ternura al ver á todo un futuro marqués tan estropeado y entre tanto nuestro *baron de Illescas* saca la tripa de mal año.

Concluirémos, pues, confesando, que la vida estudiantina, si bien se mira, constituye una de las épocas mas felices de la vida, y si no fuera por atender al *modus vivendi*, era cosa de echarse á Estudiante, de profesion. La edad juvenil, la compañia de Estudiantes vivarachos y de buen humor, la independencia y franqueza, que da el solo nombre de Estudiante contribuyen á prestar á este tipo un colorido, que á no verlo pareceria ideal. Bajo este concepto no tiene duda que deben agradecer mucho al gobierno su buena suerte *los Estudiantes antediluvianos*, á cuya clase tiene el honor de pertenecer S. A. S. S. Q. S. M. B.

VICENTE DE LA FUENTE.



LA MUGER DEL MUNDO.

. . . . . .

—Estas, pues, son desta niña
Las partes y calidad,
Archivo de todo achaque
Y albergue de todo mal.
Las que privais en el mundo
Con el pecado mortal,
Si no perdeis coyuntura,
Las vuestras se perderán.

(QUEVED.)

Un poeta lloron principiaria este artículo con las siguientes palabras, ú otras equivalentes.

—¡Pobre muger.....!! ¡Ay....! flor delicada.....
marchita y mústia y sin color y ajada.....

Un furibundo ascético, severo y bilioso, tal vez anunciaria su discurso con este virulento desahogo.

Miseria y corrupcion, torpe hermosura:
fragilidad, fragilidad mundana.....
todo se vende ya en la tierra impura;
ya no hay virtudes en la raza humana.....

Pero yo que á estas horas no se lo que soy, porque nada tengo de sentimental ni de ascético, pláceme descorrer el velo de lo que mi editor quiere que sea retrato, con las palabras que todo fièl cristiano debe decir al principiar una obra buena,—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

ZEYA
ORTEGA

Necesario es santiguarse y ponerse bien con Dios, al bosquejar el perfil..... nada mas que el perfil de la *Muger del mundo*, como la víctima que marcha hácia la hoguera, como el que por primera vez se embarca, como el que asciende á la silla escelentísima; porque realmente en los tiempos que corren, es un martirio moral, un sacrificio de reputacion para el que ofrece un cuadro pecaminoso ante la vista de las gentes, cuadro que á unos parecerá pequeño, á otros proporcionado, y á muchos monstruoso.

Y ¿qué dirán los pseudos moralistas, los meticulosos y rígidos censores de las costumbres de esta época? Dignos de ver serán los aspavientos, las horripilaciones y las siniestras miradas que arrojarán sobre este vergonzante articulejo, cuando libre y en alas del repartidor de esta obra famosísima, se les entre por las puertas y vuele á sorprenderlos en medio de la virtuosa calma que aparentan disfrutar en el fondo del hogar doméstico.—¡*La Muger del mundo*....! ¡qué horror! ¡qué inmoralidad! ¡qué aberracion!. ¡qué anarquía!!!.... Y ¿esto se escribe y circula entre multitud de séres inocentes que yacen en la mas feliz ignorancia?.... ¿no basta que exista el vicio, sino que se ha de llamar la atencion sobre él, se ha de contaminar el casto oido de las vírgenes con la descripcion de..... Uf.!... af.!..... ¿Qué hacen esos fiscales de la imprenta? Y esa llamada benéfica institucion del jurado, ¿por qué no pone un dique á este torrente de papeluchos inmorales, aquí que no hay compromisos..... aquí que no peco..? Pero, está visto: la sociedad se disloca y bambolea; la Constitucion es una bella mentira; y el Gobierno, el Gobierno es el primer criminal, y las Cortes, y Luis Felipe.... ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!!!!!!...

Y vosotras purísimas doncellas, cándidas, delicadísimas flores del jardin terreno, ¿os rebelareis tambien contra la *libertad del pensamiento*.....? ¿me condenareis sin mirar estos pobres, pero verídicos renglones cuando en la tertulia sirvan de sabroso pasto al aguzado diente de algun canibal literario, aunque despues procureis leerlos á hurtadillas? tal vez, tal vez.... porque

Si el alma un cristal tuviera
(como cierto Dios queria)
menos traiciones hubiera,
Pues cada cual temeria
que su infamia se supiera.

Esto lo dijo el doctor Juan Perez de Montalvan muy oportunamente en la comedia «Cumplir con su obligacion» y aunque no os parezca muy oportunamente citado, habeis de saber tiernísimas palomas que la hipocresía desde los tiempos mas remotos tiene establecida su morada en todos los corazones, en todos con mas ó menos fuerza ejerce su poderío, y como al Supremo Autor no le plugo colocar en lugar conveniente el consabido cristal, acaso por ser materia quebradiza y muy espuesta, he aquí la razon porque alguna de vosotras delante de las gentes desdeñará fijar sus bellos ojos en *la Muger del mundo*, aunque vaya luego á

buscarla en el fondo de alguna papelera, burlando la vigilancia del timorato papá o del tutor espantadizo. Pero anticipadamente os advierto que sin peligro podeis satisfacer esta curiosidad: vuestros castísimos oidos no deben ofenderse con las palabras de la triste cuanto amarga historia de la Muger profana..... porque en verdad, en verdad os digo que las que sean á toda prueba candorosas, puras é inmaculadas no me entenderán, y las que me entiendan..... será porque teórica ó prácticamente conocerán las vicisitudes del mundo pícaro, y para estas nada habrá aquí nuevo, nada que las escandalice y que no hayan escuchado alguna que otra vez. Esto supuesto, allá vá la representante de un tipo *universal*. .... y entiéndase que al valerme de esta frase no trato de aplicarla en toda su portentosa latitud; sino porque no saliendo al paso otra que determine y califique mas cumplidamente al tipo de los tipos, al gremio que reune mayor número de afiliados, al robusto tronco del que suelen ser vástagos una buena porcion de los tipos femeninos, la estampo aquí con la protesta de variarla tan luego como pueda sustituirla con otra que diga mas..... pero que asuste menos.

La Muger del Mundo, es, como si dijéramos, una obra que se publica *por entregas* y se reparte entre un número indefinido de suscritores: es la colmena-abeja de la que no es todo miel lo que se saca, así como no es oro todo lo que reluce, y es en fin la digna consorte de uno de los enemigos del alma. Nada hay en la inmensa estension de los orbes tan completamente aislado que pueda considerarse como único en su especie. Tan admirable, tan pasmosa es la combinacion de la gran máquina del universo que no hay pieza independiente de otra: no hay ente ni ser que carezca de otro ser, ó ente para atender á su fecundidad y multiplicacion, ni, mas claro y como vulgarmente se dice, no hay cual sin su cada cual, ni obeja sin su pareja. Y ¿á que viene aquí, direis bellísimas lectoras, toda esta contemplacion filosófico-metafísica envuelta en una lluvia de refranes? Oooh!.... viene á preparar, á disponer vuestros ánimos para que sin violencia podais recibir una gran nueva: viene á revelaros un secreto de alta importancia; secreto que en el trascurso de los tiempos ha estado escondido entre el mas profundo misterio, pero ahora que todo se analiza, inquiere y averigua, ahora que todo se sabe, porque, no hay duda, hemos llegado al *complemento del saber*, ya no hay arcanos que resistan á la humana investigacion, ya facilmente se despeja la incógnita: ya estan resueltos todos los problemas.

—Pero ¿y el secreto?

—¿El secreto?..... teneis razon; basta de preámbulos y circunloquios: allá va: pasmaos, estremeceos, santiguaos..... el secreto que desde ahora será el secreto á voces, es que el mundo tiene su *cada cual*, que el mundo tiene su *pareja*, que el mundo está casado!!! Casado, sí; como cada hijo de vecino, y casado con el peligroso tipo que os presento; porque sino, ¿qué quiere decir *la Muger del Mundo*? Lo m smo que la muger del secretario tal.... del alcalde cual..... y del boticario, qué se yo. Y esa dilatada progenie de Sirenas que los antiguos llamaban meretices, y las modernas cortesanas, y algo mas ¿que son sino hijas del mundo, hijas de ese matrimonio rebozado, de ese terrífico consorcio celebrado

indudablemente entre las tinieblas de los tiempos primitivos? Y no hay que sospechar por esto que tan singular enlace ha producido únicamente hembras, porque ahí está el moderno continente, robusto y muy cumplido mancebo, cuyo nombre de pila es *nuevo mundo*, el cual se presentará á su tiempo, para recojer toda la herencia del mundo viejo, ó para presenciar las particiones segun la última ley de mayorazgos. Quede, pues, establecido que el mundo está casado: que es uno de tantos maridos traviesos y coquetones que á menudo vemos circular por esta Babilonia, maridos sabandijas que por do quiera se introducen, zumban, pican, levantan ampolla y desaparecen, y saquemos á relucir, pongamos en evidencia la buena ó mala catadura, la *vera efijies* de la que por antonomasia cualquiera podrá llamar la *Muger fuerte*.

Autores respetabilísimos, porque entre ellos los hay sagrados, me inclinan á creer que *la Muger del Mundo* tiene casi tanta edad como su marido. A 5896 años hacen subir las siete edades de este los mas famosos cronolojistas, desde la creacion hasta nuestros dias, y sin embargo, ¡oh portento maravilloso! hé aquí una muger que cuenta sus años de existencia por millares sin que haya podido el tiempo destructor marcar una arruga en su semblante, ni deslucir la brillantez de su hermosura. Verdad es que en esta lucha abierta con el tiempo no suele quedar siempre bien parada; pero nuestro tipo tiene inmensos recursos, poderosos aliados, y con reclamar la intervencion, el artístico apoyo de Pelaez ó de Rotondo, del agua de Venus ó de las innumerables falanjes de cosméticos, se queda como nueva y vuelve á salir á campaña erguida, fascinadora, para continuar su no interrumpida carrera de triunfos. *La Muger del Mundo*, generalmente lleva al tiempo encadenado á su carro victorioso como el enemigo mas rebelde y contumaz que la persigue; pero por mucho que este se afane por derrocar su imperio, jamás podrá estirparla de la tierra, porque la Muger del Mundo es como el trigo que por cada grano que se siembra brotan ciento, es como el fabuloso Fenix, pero un fenix Proteo que al reproducirse como aquel toma todas las formas de este operándose en ella tres distintas pero capitales metamorfosis. Ya resuelta, orgullosa, deslumbradora conduce su carroza por las altas regiones y huella con su planta las matizadas alfombras de los palacios y aspira el perfumado ambiente de la flores y la lisonja: ya con modesto atavío, sin carroza y sin orgullo, se desliza brevemente por las calles entre las sombras del último crepúsculo..... hora precisamente en que el honrado murciélago sale á caza de alguno que otro mósquito y demas insectos infelices, y ya por último, abandonada sin casa ni hogar, sin Rey ni Roque, sin pudor y sin zapatos recorre alegremente las plazas antes y despues de los crepúsculos, y tiene la humorada de ir á pernoctar de vez en cuando bajo el alero hospitalario de algun cuartel. Pero orgullosa, modesta y abandonada, siempre es igual, tanto vale una como otra, como las acepciones de una misma palabra; porque siempre es la Muger del mundo, enredadora, coqueta, que muda á cada paso el traje y antifaz para sostener las ilusiones del veleidoso marido. Fuerza será considerarla tambien bajo estas tres distintas acepciones y sacarla á bailar ante la pública espectacion, ya como *primera*

bailarina absoluta, ya como de *medio carácter*, y ya como *grotesca*, aunque en el fondo, en la esencia de las consideraciones coreográfico-mundanas todas tres sean bailarinas á *perfeta vicenda*.

No nos detendremos en profundizar las causas que obligaron á nuestra heroina en la pubescencia á aceptar uno de los primeros papeles de la brillante farsa que representa, porque seria el cuento de nunca acabar si nos lanzáramos en ese laberinto de novelas que tiene estudiadas y dispuestas para referirlas al que las quiera escuchar, en las que vulgarmente suelen figurar como protagonistas y origen de toda una vida de escándalos, un D. Juan Tenorio, ó un viejo opulento y libertino ó una madre desnaturalizada y especuladora. Generalmente, y diga nuestro tipo lo que quiera, el verdadero y principal motor que la arroja en los brazos del mundo no es otro que la falta de sólidos principios de buena moral y Religion, y la sobra de una ambicion desmedida por los gozes terrenos, el lujo y las riquezas, sin que jamás recuerde el ¡*qué dirán*! sino para olvidarlo con el ¿*qué se me dá á mí*? Dotada de hermosura, buen talle, natural despejo y diestramente gobernada por alguna *doña Rodriguez*, sibila de las sibilas, nada mas fácil que ver en las aras de la gentil deidad profusamente apiladas las ofrendas sirviéndoles de base la colosal fortuna del banquero, el simbólico baston del magnate, la espada del Conquistador, los cetros y las coronas. ¡Delicioso sueño al que la muger del mundo se abandona confiada en sus efímeros encantos sin que puedan los hondos gemidos de la olvidada virtud, ni la estentórea carcajada de las gentes, desvanecer tan dulcísimo letargo!.... porque la virtud no es otra cosa ante sus ojos que una fantasma ilusoria, un ente ideal y acomodaticio creado por los hombres, que vale tanto como cualquiera otra invencion humana, y la befa de la sociedad un rumor leve que se pierde en el espacio sin eco ni potencia para trepar hasta el encumbrado solio donde la adoracion de unos cuantos idólatras la colocaron. Ella vé á la sociedad bajo sus plantas: la vé como un hormiguero famélico que bulle en derredor de un grano de avena, y de vez en cuando se entretiene en arrojarle semillas que suelen bajar convertidas en togas, gobiernos, canonicatos, diputaciones y en sillas episcopales. Cuando la Muger del Mundo en sus floridos años tiende el vuelo y logra remontarse á tan elevada region, no hay imperio mas robusto ni dominacion tan cumplida como la suya. La debilidad del hombre la hace fuerte en sus venganzas, temible en sus intrigas, espléndida, derrochadora con los que la ofrecen incienso....., y de aquí suele llegar al complemento de la ambicion terrena apoderándose de los bienes temporales, siendo árbitra de los altos y supremos destinos de toda una monarquía. Pero tambien llega el tenebroso invierno de la vida, y solo con anunciarse las heladas brisas del otoño, el astro rutilante se apaga, el robusto imperio desaparece, el ídolo se derrumba con estrépito del encumbrado pedestal. Entonces la muger del mundo si fué algo *positiva* mientras duró su brillante apogeo, se retira á vejetar con su númeroso ejército de reserva, y para acallar escrúpulos funda un hospital ó capellanías, ó cosa que lo valga; pero si de su pasada gloria conserva únicamente recuerdos y nada mas que recuerdos..... se

hace devota y hermana de la caridad y de la *camándula*, y abjura y se pasa, y renuncia generosamente á toda clase de pompas y entra en el redil de las innumerables ovejas descarriadas y arrepentidas.

Preciso es confesar que nuestro tipo considerado en esta su mas lucida metamórfosis no es esencialmente español. Otras naciones, donde la cultura, la civilizacion, pero no la moral, han hecho mas progresos que en nuestra rezagada España, nos lo pueden disputar en gracia del mayor número de ejemplares que ofrecen sus respectivas historias; y por mi parte no hay inconveniente en cedérselo, todo entero, porque en nada se amengua el honor del pabellon nacional, ni vale la pena de armar camorra por la posesion *in solidum* de un objeto de tan pobrísima importancia. Algunas puntas mas tiene de españolismo la que hemos anunciado como de *medio carácter*, aunque bueno será tener presente que la *Muger del Mundo* no es un tipo local, sino un tipo patrimonio *in partibus* de todos los paises, dejando salva alguna que otra leve particularidad ó rasgo característico del suelo en que tiene establecido su laboratorio.

Veamos ahora á la Muger del Mundo aparecer nuevamente sobre el retablo. Considera pio lector á mi cliente en esta su segunda metamórfosis asomada con cierto desdeñoso descuido á la reja de ese cuarto bajo, ó maliciosamente escondida detras de la entreabierta persiana de aquel cuarto principal. Esa tos seca que de cuando en cuando llega á nuestros oidos, no vayas á creer que es producida por alguna irritacion bronquial, no; es el canto de la sirena, es el redoble que ejecuta el tambor cuando el baston del ayudante le da á entender... *llamada y tropa*. Ponte detras de mi para que no seas blanco de sus ávidas miradas, y esclama en un momento de filantrópico arrebato. ¡Cuán digna de compasion es esa Muger en medio de la abominable senda del pecado! ¡Cuántas víctimas sacrificadas por la imperiosa ley de la necesidad en las aras del hambre! Y con efecto, esa infeliz será tal vez una huérfana, bien educada, que perdió su único apoyo cuando le era mas necesario: tal vez desvalida en la peligrosa edad de las pasiones aspiró sin sospecharlo el ponzoñoso aliento de la seduccion, y al separarse imprudente, sin cautela del hermoso camino de la virtud, de un desliz se arrojó en otro, como el peñasco desprendido de la cumbre de una roca que no cesa de rodar hasta el fondo del abismo. Sin embargo, esta desgraciada no suele prostituirse ni desmoralizarse hasta el punto de hacer gala públicamente del sambenito. Siempre hay un si es no es de modestia y pudoroso recogimiento en su modo de vivir que, ya natural, ya con afectacion ó cuidadosamente estudiado, dá mayor realce, mas fuerza de claro oscuro á sus hechizos. Generalmente pasa el tiempo en hacer y recibir visitas: da audiencia á todas horas y tambien las pide particulares si para mayor desgracia figura como pensionista en las primeras nóminas del monte-pio de oficinas. ¡Fatal y hasta inmoral pension que obliga á la infeliz á abrazar el celibato á trueque de no perderla! Verdad es que si las pagas andan un tanto cuanto atrasadas, no es siempre la *Muger del Mundo* la que suele estar comprendida en esta calamidad, porque á veces cobra adelantado por los fondos secretos de tal ó cual secretaría. Una audiencia particular la consigue una muger

de ciertas circunstancias..... y no se que diablo de instinto es el de los encopetados porteros que jamas cierran el paso á esta clase de pretendientes. Abrese la mampara, descórrese el encantado velo que oculta á la deidad financiera de la vista de los profanos, y la timida suplicante se adelanta y con ensayada humildad y candorosa turbacion pronuncia estas palabras.

—Sentiré molestar..... interrumpir.....

—Eh?... qué es eso?..... (Aparte S. E. estirando las cejas y poniendo una deliciosa cara de pascuas ó de voto de confianza) ¡linda vasalla!

—Señor.....

—Tome Vd. asiento, señorita; aquí..... mas cerca..... deje Vd., yo mismo.... así, á mi lado..... perfectamente.

—Cuánta amabilidad!.....

—Ooooh!.... usted es muy digna..... y bien, ¿á qué debo el placer de.....

—Soy Serafina Cortés y Miranda.....

—Ah!... ¿la recomendada por mi amigo el comendador de..... con efecto, es usted un serafin.....

—Y V. E. tan indulgente.....

—Oh!.. no.... pero deje Vd. á un lado el tratamiento; ante el poder de la hermosura caducan todos los poderes.

—Me tengo por muy feliz si logro parecer á V.....

(S. E. con gesto asaz significativo le dá á entender que es así: ella despues de flecharlo con una dulcísima mirada continúa.)

—Su estremada galantería me hace olvidar el objeto que hasta aquí me ha conducido.....

—Tiene Vd. razon, hija mia.... yo tambien me olvidaba.... con que Vd. solicita...

—El pago de las mensualidades atrasadas de la pension que disfruto.... carezco de otro elemento para atender á mi subsistencia, y.....

—Vd. es huérfana, no es así?

—Si señor.

—Y no tiene Vd. familia.... ó parientes.....

—Nada, estoy sola en la tierra.

—Y permanece Vd. en el estado honesto.... eh?

—No señor.

—Cómo?

—Quiero decir que aun estoy soltera.

—No entiendo..... ¡Vd. se contradice!.....

—Pues ahí verá Vd.

—Yaaaa!!!

(Momento de pausa en el que se oye la voz del portero mayor que dice desde afuera.—«No puede Vd. entrar; S. E. está muy ocupado.)»

—Muy bien, me quedo con las señas de la habitacion de Vd., se pasará órden.... se la atenderá.... yo haré que se estienda inmediatamente.... porque ¿quién no ha de hacer justicia cuando piden con tanta gracia?

—Es que yo quiero gracia porque pido con justicia.....

—Sí, sí; comprendo hermosa niña....(y aquí S. E. le dá todas las seguridades posibles de buen éxito en la pretension y.....) nada, nada señores Fiscales; no me deslizo, no quiero ser pacífico habitante de las *Peñas de San Pedro*; termine cada cual á su manera esta audiencia particular, pues por mi parte la concluyó en esa última -y- que como todos saben no es mas que una *conjuncion copulativa.*

Esta clase, seccion ó parte del tipo que describo, no está tan protegida por la veleidosa fortuna como la que mas arriba queda perfilada. Generalmente suele estacionarse en el *mezzo término* de la escala ascendente de la ambicion terrena: siempre hay para la infeliz un *mas allá* al que nunca llega; y si anticipadamente el brillo de sus ojos se oscurece, ó asoma alguna cana importuna y precoz, entonces se retira triste y paso á paso de la escena pública, y establece con los ahorros una casa de huespédes ó una pension de señoritas donde la juventud del bello sexo recibe una esmerada educacion.

Me resta bosquejar á la Muger del Mundo en su tercero y mas temible disfraz. Descarada, picante, tremenda acomete al mundo, á su carísimo cónyuje con una resolucion que pasma, y en una misma noche se la vé aparecer con mantilla de blonda, y de tira y sin una y sin otra, con vestido de seda, y de muselina y de percal segun las exijencias de la situacion; porque no faltan almas caritativas, que proporcionan trajes de *situacion*, trajes de *crisis*, alquilados por horas y por un moderado tanto por ciento sobre un capital próximo á realizarse. Esta pobre muger suele ignorar completamente el nombre de los autores de su existencia; pero tanto mejor, menos cuidados, así puede, como ella dice, divertirse sin estorbos. No hay fiesta nacional, romería, ni bailoteo donde no se presente, menos cuando la baja de fondos se lo impide; pero entonces se va á jugar al *alza* colocándose á deshora al lado de una esquina.... y tal vez lo consigue cuando ve cruzar al mundo y le dice:—«*A Dios hermoso.*» Va á los toros á pié; pero vuelve en calesa bien acompañada y cantando alegremente el ay, ay, ay.... ó la manola, y al pasar por delante de algun café manchego suele interrumpir su canto para remojar la larinje con un medio chico de lo caro. Tambien á veces se busca la vida vendiendo flores en el Prado, y ¡naranjas y ¡imones! ¡calentitas!... ¿cuántas?—almendritas del Pardo y otras frioleras; pero cuando desciende á este mecanismo dejenera de la índole de nuestro tipo, ya pertenece á una raza bastarda que no es de mi incumbencia analizar.

En cuanto á la Muger airada, su habitacion favorita (al menos por lo mucho que la ocupa) es la cárcel; su alcoba, el hospital; su salon de descanso, la casa nacional de la Galera.

Ahora bien, benditísimos lectores, este bosquejo se acabó: no estoy dispuesto á añadirle la mas leve pincelada; pero yo sé que dirán algunos que he usado de tintas muy calientes, y otros dirán que son frias; estos, que he dicho demasiado; aquellos, que aun se pudiera decir mas.... y acaso todos tendrán razon. Y ¿qué hacer?—No ocuparse de asuntos tan peligrosos y resbaladizos.—Es verdad, así lo hubiera hecho yo á no haberme comprometido la amistad de una persona á

quien nada puedo negar. Solamente me falta sincerarme con aquellos que de buena fé creen que todo lo que se escribe es porque se sabe *prácticamente* ó aconsejado *por la esperiencia*. Este caso es una escepcion: si ahora se levantara un nuevo Heródes, yo seria tal vez el primer inocente que sacrificára. Cuanto dejo dicho es fiel traslado de lo que un amigo me contó, amigo anciano ya; pero veterano, hombre de mundo y muy profundo conocedor sin segundo de la *Muger del mundo*.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

EL ALGUACIL.

Pronto has dado la vuelta, Felipe.

—Pues no crea Vd. mi amo que ya he entregado el escrito.

—El diablo sois los rústicos. Da mil vueltas un cortesano para conseguir por todo resultado una audiencia reducida á pocas palabras de su parte y ninguna de la del ministro, y vosotros con vuestro ignorante arrojo, todo lo allanais en breve: tú especialmente que nunca has estado en la corte me dejas maravillado.

—Pues si señor, como soy del campo, allá me zampo. Toma, y sino dormios, que como dice el dicho: «el que está en la azeña muele, que no el que va y viene.»

—Pero vamos, ¿cómo te has compuesto?

—Como no hay sino hacer intencion; y así fué, que la primera que tuve fué colarme en la taberna á probar el vino de por acá: y cate su merced que conforme estaba bebiendo, salta el ama y dice: «por ahí vá el ministro.» Tu que tal oiste; salgo yo y le hago una seña que si puede oir una palabra: él se llegó, y zás, le entregué mis papeles que para eso los llevaba.

—¿En la taberna?.... hombre tu deliras. Pero ¿no te dijeron que ministro era?

—Si señor; el ministro noventa y uno.

—Tá, tá, tá, dije yo al oir la simpleza de mi aldeano huesped; pues no te remontas á mala época..... ese debe ser alguno de los innumerables ex-ministros que por ganar popularidad no habrá esquivado el oirte en lugar tan descortés. ¿Te há hablado de elecciones?

—¿Que es perder tiempo en bagatelas? lo que há hecho ha sido echar sendos tragos á mi salud, y porque salga bien mi asunto, riendo mucho de mis chistes y buen humor.

—Hombre, eso es ya demasiado: ó yo estoy loco, ó tu te hás embriagado y no sabes dar razon de tu persona. Pero su nombre, sus señas, ¿no hás averiguado algo?

—Yo no sé como le llaman ni creo que eso haga mucho al caso, porque le conoceré entre todo el mundo si se juntara. Sus señas si diré porque vea su merced que no estoy bebido. Iba que no hay mas que ver: gran plumage: guantes mas blancos que la nieve: sombrero de teja; media de seda y zapato: su alzacuello de blonda.....

Confieso que no pude menos de soltar una estrepitosa carcajada que interrumpió su descripcion, al oirle pintar el trage de un Alguacil. Entonces conocí el chasco que habia sufrido mi buen recomendado, y tambien que le había comenzado la casualidad por un equívoco, concluyéndole la malicia en una entretenida burla. Pero me acordé de que el lance podía traerle graves consecuencias si perdía aquellos documentos, algunos interesantes; y esta idea entretuvo á mi imaginacion: porque estimo á Felipe en tanto grado como merecen sus escelentes cualidades. Cuando ya sosegado pude espresar mis pensamientos, le hice conocer todos los que habia recorrido; le patenticé su engaño y le consolé al propio tiempo lo mejor que pude, diciéndole que pues sabia el número fácil cosa era encontrarle al dia siguiente.

En efecto, apenas amaneció cuando poniendo en práctica nuestro plan nos dirigimos al ayuntamiento: mas fué lo malo que el número era fingido, y así habiéndonos acercado á preguntar supimos que no llegaban á tantos. Procuré indagar de mi compañero el paraje en donde estaba la mezquita de su devocion, pero tampoco dimos con ella. No nos queda otro recurso, le dije entonces, que correr las plazas, acudir á las fiestas, rondar las calles, perseguir á un Alguacil y á todos los Alguaciles; pues buena tarea hemos emprendido. A la mano de Dios, me contestó Felipe, y conversando para entretener la ociosidad del camino, nos dirigimos en busca de nuestro objeto.

—Por fortuna, le dije, el trabajo te parecerá divertido. Si no es que el nublado que amenaza descargue, y nos ponga como no deseamos.

—No hay cuidado por ahora. Pero pregunto ¿donde iremos á buscar Alguaciles?

—Buena dificultad te ocurre cuando no hay cosa mas *de sobra* en todos lados. Los Alguaciles, amigo Felipe, están como Dios en todas partes y son tan conocidos como la ruda. Los verás en las plazuelas ocupados en ordenar y alinear los

géneros sueltos; porque en la corte mas ó menos, todo se reduce á la perspectiva. Allí están con su levita de cuello verde, y numerados de oro; sombrero de picos; borlas y botones dorados, y su sable de ceñir en tahalí de charol, que mas bien los tomarías tú por mayores de plaza ó tenientes de rey, que por dependientes de justicia gubernativa. Sin embargo, para los que vivimos aqui, hay una circunstancia que á la legua los descubre, y es la mala traza que se dan para llevar el uniforme. Se ha tomado empeño en dar á todo cierto barniz militar que no siempre sienta bien: y estos son unos de los militares improvisados que mas enseñan la oreja por debajo de la piel. Es ademas chistoso el ver á todo aquel aparato arrastrando un barril de escabeche, ó amontonando naranjas que les viene lo mismo que á Isabel la Católica el dormir al sereno, y á los reyes godos presidir los bailes de Oriente.

Los encontrarás en las calles y paseos, *recogiendo vicios*, persiguiendo á los menesterosos, cazando mozas, tomando la filiacion á los mozos, rastreando baratos, corriendo á chicos, espantando á viejas y *oliendo á beodos*; limpiando en fin á la sociedad de toda su escoria é inmundicia: porque has de saber que son como los barrenderos de las costumbres y faroleros de la moral.

Los tropezarás en los teatros mirando á los cómicos sin ver la comedia, colgados siempre de los ojos del alcalde que preside; gruñendo cuando aplauden y palmoteando cuando silban: calculando la llegada del momento en que la autoridad les envia de apremio para que el actor cumpla con su deber. Durmiendo en la representacion y despertando en los entreactos para ver si hay quien juega con el mondadientes, y acudir luego diciéndole que apague el cigarro: mirando al telon cuando se levanta para advertir al descuidado que se quite el sombrero; cuidando de conservar el orden en la cazuela.....

—¿Cómo es eso de cazuela? interrumpió Felipe.

—Tienes razon, le dije sonriendo, que no tenia presente con quien hablaba. La cazuela es un local que hay en el teatro, aplastado, lóbrego y estrecho donde solo se permite entrar á las mugeres.

—Señas cabales del infierno. ¿Y los que van con ellas?

—Esos, amigo Felipe, se han de volver atrás desde la puerta, y marchar á su asiento ó á donde les parezca hasta la conclusion; que asi está dispuesto por razones de decoro.

—Santa María me valga! esclamó Felipe; ¿con que por fuerza desvían á los maridos de sus mugeres y á los padres de sus hijas como si en esto hubiera algun daño, y se las entregan allí solas á un Alguacil? pues si dice el refran que el hombre es fuego y la muger estopa y llega el diablo y sopla ¿cómo ha de ir bueno arrimando á la estopa unos hombres que *prenden* por oficio? Ahora sí digo que los Alguaciles están de sobra, y que tenia Vd. mucha razon en ello.

—No fué esa mi intencion, Felipe; y te advierto que no has de ser malicioso en interpretar mis frases.

Tambien los hallarás en el *Repeso*; nombre escesivamente mitológico para designar el paraje donde se administra justicia. En aquel lugar es donde están

mas en su centro. Ellos son los encargados de acomodar á los que esperan, advertir á los que han de entrar en la audiencia y á los que han de seguir aguardando aunque hayan llegado primero: de acechar desde la puerta quien se desmanda: de obligar al cumplimiento de las providencias; de autorizar la conduccion de los presos, pidiendo auxilio á la fuerza armada cuando no hay temor de fuga, ó bien confiándola á sus propias fuerzas segun convenga: de hacer las citaciones, exigir las multas y acarrear á los morosos; en fin, ellos son el eje en la carroza de la justicia, y el pilon de su romana. Pero allí cambian el traje, porque sin duda les parece que no ha de cuadrar muy bien el sombrero de tres picos entre los atributos de Astrea; y solo se distinguen por la importancia que dán á todas sus palabras y acciones. Escuchan con desden, y responden sin alzar del papel la vista. Emplazamiento verás que por la direccion de sus renglones se ha de leer de alto á bajo como los caractéres chinos: solo en los números se ajustan al uso comun, porque los números han de ser entendidos por todos.

Pues no hay funcion de ceremonia en que no dés con los Alguaciles antes que otra cosa alguna, tanto que si se tratara de erigir una estatua á semejante deidad, podria simbolizarse muy cómodamente en un Alguacil de traje. Cuando sale el ayuntamiento *en cuerpo*, ellos le preceden de capa; montados siempre en sendos rocines con ilustres jaezes de terciopelo carmesí, bordados de oro mate á fuer de sucio, que demuestran en su antigüedad su nobleza, y contrastan admirablemente con la taciturna oscuridad de los atavios del ginete, y con la tosca espresion de sus facciones. Y gracias á aquellos arneses; pues mucho mas que la carne y aunque la piel de los enjutos bridones, contribuyen á disimular el atrevimiento de ciertos huesos que asoman comtemplando lo que sobre sí llevan. Mucho me alegraria de que llegaras á verlos, cabizbajos y pensativos como quien medita cuales serán sus culpas, para haber de sufrir aquella carga de apremios sobre las costillas: y es cosa de risa ver como alguna vez les hacen salir al olvidado trote (que tanto pueden los aguijones de la justicia) alargando el pescuezo mas que conviene, para llevar fuera de la ley toda la parte de cuerpo posible de salvar. Encima van en arrogante postura los caballeros del junco; con su valona engomada y su herreruelo flotante; peto entre chupa y jubon, calzones estrechos de hebilla en la charretera. media de seda, zapato de oreja, y el todo coronado por un sombrero que participa del antiguo chambergo y del clerical: de manera que su vestido de gala es una enciclopedia bastante completa de trajes, y una perfecta crónica de las modas desde el buen alcaide Hernando Alarcon hasta nuestros dias. Yo no sé qué manía reina sin oposicion de llevar delante en los actos mas solemnes ó que mas debieran serlo, aquella especie de grifos por adorno, y aquellos estraños batidores para abrir camino, modelos arquitectónicos de órden compuesto, y verdaderos anacronismos en las costumbres contemporáneas. Si es por dar prestigio á la ceremonia, en verdad que se ha errado la cuenta de medio á medio, porque mas escitan el ingenio que la admiracion; y cuanto mas graves se presentan, saltando sin poderlo remediar al movimiento de sus trotones,

tanto mayor se observa cierto bullicioso regocijo en las fisonomías de los circunstantes. Si es para obligar al comedimiento tampoco se ha herido en la dificultad; porque mal infunden temor aquellos despojos de los vetustos haces, á donde parece que han acudido cada cual á recoger su varita, como al manojo de blandones los convidados repentinos de iglesia.

Pero entre todas las funciones, la de toros es la que mayor brillo y realce da á la clase, y mejor revela la importancia de su mision.

Apenas se vé colocada en torno del circo la numerosa concurrencia, y despejada la plaza por el reten, cuando el sonido marcial de clarines y timbales, anuncia la pomposa llegada de alguna persona principal que viene á dar sus órdenes para comenzar la lid. Una descarga de silbidos, voces y palos que chocan en los tablones de la barrera, matizada de imprecaciones y denuestos, responde sin detencion á la señal belicosa; y crece el estruendo, la gritería y confusion á medida que los instrumentos guerreros redoblan sus toques, saludando todos acordes la venida del anunciado. La turba de dependientes se pone en accion; las engalanadas mulas agitan sus campanillas y banderolas; el tumulto y algazara atruenan á los lidiadores que despliegan sus alegres capas, mudando pausadamente de sitio, y se cruzan y preparan; todo cambia de forma, todo aumenta el ruido que se estiende en oleadas por el espacio, con violenta y repetida vibracion: conmuévense al esfuerzo las puertas que han de ser arco triunfal, rechinan sus quicios, ábrense por fin; y entonces montado en un brioso corcel ricamente aderezado con penachos y bordaduras, ondeando en magestuoso compás sus crines, batiendo el suelo y salpicando espuma, corta el viento á media rienda Santiago matando moros.... es decir, un Alguacil.

Escaso es el ámbito que mira, pequeños los hombres, débil el clamoreo; su plumaje tremola en medio de los dicterios y aclamaciones que en todas partes resuenan, triunfante y vencedor. Su diestra empuña una llave por trofeo, adornada con un gracioso roseton que forman rizadas y vistosas cintas compitiendo en gallardía por la diversa brillantez de sus colores. Un hombre del pueblo respetuosamente descubierto, se acerca á salteados pasos, y levanta su sombrero en actitud de recogerla. Avanza el Algualcil hasta la mitad del circo, y sin emplazarse la suelta con desden: tuerce instantáneamente su carrera, y avivando el galope le dirije á repasar el arco de entrada. El chulo tambien se apresura, y sin darle tiempo, suelta un robusto y gallardo toro que en desigual y precipitada marcha, sale rasgando la arena hasta el sitio mismo de la transmision; pero allí olfateando el rastro de un Alguacil, se para y medita cambiar de rumbo.

Vamos despacio, interrumpió Felipe, porque á decir verdad, cuanto mas se esplica su merced, menos le entiendo; y á fé mia que si todos hablan por aqui en esa gerigonza, van á dar conmigo en alguna casa de locos. Todo lo que yo saco en resumidas cuentas es que el Alguacil sale muy majo, y dá una llave para abrir la puerta al toro.

—Así es cierto, y lo has comprendido perfectamente.

—Acabáramos de una vez: pues entonces bien podian ahorrarse tantas palabrotas y decir que hace el oficio del caracol sacando los cuernos á la plaza.

Hizome reir la ocurrencia del villano, y observar al propio tiempo que entretenidos en la conversacion llegábamos yá á la plazuela donde nos dirigiamos.

No bien nos internamos algun tanto en ella, cuando vimos un grupo de gentes que se amontonaban al derredor de un puesto ambulante de pescado. Luego nos acercamos tambien á ver que fuese; aunque en vano lo hubiera yo rehusado, pues el curioso Felipe para quien cada incidente era un suceso, ligeramente se entremetia por medio de la turba. Quejábase un hombre de que le daban la libra de sardinas muy cercenada y que la falta estaba en el peso; sobre esto era la disputa pero pocas razones se cruzaron, sin que apareciese abriéndose calle un Alguacil. «Ahí le tienes» dije á media voz á Felipe que se habia colocado en primer término; mas él no me comprendió. No lo estrañé por ser la tal casta de un género ambíguo y comun de tres, que así se amolda á la clase militar ó á la togada, como á la ordinaria de las personas segun el traje que viste. Aquel llevaba uniforme; y es sencillo que quien le confundió con el ministro por su traje de ceremonia, no sospechase siquiera un punto de analogía entre el monumento histórico y el soldado moderno.

El histrion se acercó con desembarazo, y preguntó el motivo de aquel ruido: contóselo el agraviado y denunció el peso como falso por tener dos onzas de menos uno de los platillos, merced á la plancha ó remiendo zurcido con gruesos clavos que se hallaba en su antiquísimo contrario, tapando una multitud de agujeros que del fondo hacian un cedazo. El pescadero buscaba disculpas diciendo que habia procurado igualarle; pero Felipe con aquel desenfado tan natural en los paletos, cortó la conversacion y dijo: «dos onzas.... dos duros las pesan justas; si los tiene Vd. á mano, ya está compuesto el asunto:» y volviéndose hacía donde yo estaba se salió de entre la concurrencia. Todos se le quedaron mirando: algunos reian de la agudeza, otros se la glosaban; entretanto el Alguacil atravesaba con sus miradas los ojos del vendedor, y el querelloso se marchó confuso. En qué pararia ello, no lo sé; porque dando yo alguna prisa á mi compañero nos marchamos con intencion de abandonar la plazuela.

Cerca estábamos de su fin; pero nos faltaba atravesar todavia el estrecho que en aquel piélago forman las cordilleras de banastas cargadas de huevos, frutas y otros géneros diversos. El paso estaba cerrado por tres formidables verduleras, como si dijéramos las tres fauces del Cancervero que altercaban sobre que la una tenia su desmandada banasta cuatro dedos fuera de la linea; y para acreditarlo hubo aquello de «la muger del ciego ¿para quién se afeita?» con los dichos de pascuas y otras lindezas de su tenor: mas antes de deducir la consecuencia, viéronse atajadas por el mismo sutil corchete que en la anterior pendencia figuraba. Por dónde ni cuándo llegó no lo pudimos comprender; puesto que no le vimos pasar ni habia otro camino que allí dirigiese sino el canal que ocupábamos. Lo cierto de ello es, que estaba delante de nosotros, sin duda por lo que tienen de duendes y nigromantes, de espirituales y volátiles los que á

tal comunion pertenecen; y que sin necesidad de apelar al tacto como el apóstol, quedamos bien asegurados de ser el propio cuerpo, en su propio uniforme.»

Pero su presencia no dió aquella vez tan saludables resultados; las mugeres lejos de aquietarse redoblaban sus gritos y alharacas, dirigiéndolos alternativamente al esbirro, y haciendo con él causa comun. Achacábanle que daba la razon á una de ellas, porque era su compadre: que siempre la visitaba de traje completo para infundir miedo con la gola: que si llevaba el junco y por acaso estaba el marido, podia decirse con toda propiedad que habia en el aposento *toros y cañas*. Otras le daban voces tomando parte en la contienda y diciéndole si queria igualar la banasta confiscando los géneros que sobresalian con aplicacion á los *Propios*. Tal hubo, que le disparó con un huevo, y quebrándole sobre el número del cuello que le clasifica, hizo de él un sér anómalo en el órden natural de los alguaciles; sin prévia degradacion. Felipe llamó mi atencion para decirme: mugeres y ministriles, entre bobos anda el juego.»

Por último, tanto le acosaron y le aturdieron, que tuvo que apelar á la fuerza, gritando al propio tiempo «favor á la justicia:» algunos acudieron al socorro; mas viendo el engaño manifiesto por ser la ayuda á un alguacil, cosa tan fuera de lo que gritaba, se volvían tranquilamente celebrando la ocurrencia. Hasta que por fortuna asomaron dos militares; los cuales viendo que en la pendencia habia mozas, llevados de su aficion, y sin cuidar de quien los llamase, empezaron á repartir entre ellas reveses y puñadas que en breve apaciguaron la confusion. Lo que mas admirado dejó á mi protejido, fué la incomprensible facilidad con que todo aquel alboroto y baraunda, vino á parar en la mas apacible concordia que se entraron á confirmar en la taberna. Bien hubiera querido seguirles, mas no lo permití yo; sino que aprovechando la coyuntura le hice doblar el promontorio. Cuando al paso miramos, los soldados y las harpías se requebraban mútuamente y el Alguacil ataba las cuatro puntas de su pañuelo para llevar con mas comodidad las prendas de aquel tratado.

Proseguiamos nuestro rumbo preguntando yo á Felipe si habia reconocido al ministro, y asegurándome él que ni aun le habia mirado con tal objeto, cuando nos hizo volver la cabeza el ruido de algunas personas que corrian en nuestra propia direccion. Apenas nos quedó tiempo de hacerlo, sin que un muchacho de hasta catorce años, descalzo y enseñando su curtida piel entre los destrozados remiendos de su vestido, viniera á guarecerse entre las piernas de mi compañero apretándole con fuerza ambas rodillas para impedirle el movimiento. Pasmado y trabado quedó el aldeano sin accion para preguntar que era aquello, mientras se acercaba con fiereza un matachin que le seguia, llevando empuñada y abierta una navaja de mas que medianas dimensiones. No sé si el miedo, la accion del truhán, ó mejor las dos causas á una, dieron con mi buen rústico de rodillas en tierra, y en aquella postura suplicante empezó á contestar á los insultos que el desalmado perseguidor le dirigia, suponiéndole cómplice en el robo de un conejo que á su presencia habia tomado el raterillo.

Asi estaban en vistoso aunque violento grupo, cuando por el lado opuesto

salió doblando una esquina y dirigiéndose á todo correr hácia nosotros, el alguacil de la taberna y del pescado, ó por lo menos su sombra. Confieso que me alarmó esta tercera aparicion; pues aunque no creo en fantasmas, recordé aquello de Quevedo, «no soy hombre sino alguacil,» teniéndolo por seguro: y eso de verme perseguido por entes de naturaleza distinta y enigmática, no podia menos de alterar mi serenidad.

—Alto todos á la justicia; dijo colocándose entre el agresor y el acometido. El trujamán cerró muy despacio su navaja, y la guardó en el bolsillo de su bombacho; pero dejando á la vista como acostumbran toda la contera, y parte de las cachas; despues de lo cual contestó pausadamente.

—Déjese de altos ni bajos, señor ministro; aqui lo que hay es que todos nos conocemos y cada uno busca lo suyo. Mi hacienda nada debe á nadie, con que asi que me la vuelvan y desocupo el puesto.

—Tiene V. mucha razon, dijo el alguacil, mirando mas á la navaja que al rostro de quien le hablaba: y ¿dónde está?

—Aqui este hombre de bien la lleva debajo de la capa; contestó el perdonavidas señalando con el dedo á Felipe.

En efecto el muchacho habia retirado la cabeza de entre sus piernas, con la prontitud que la esconden las tortugas al contacto de un cuerpo estraño, y permanecia oculto y casi aplastado detrás de su antemurál.

—A ver, amigo; fuera la capa: mandó el alguacil con tono arrogante. Y obedeciendo Felipe, ofreció al círculo de espectadores aquel grotesco dibujo que fué celebrado con una risa general. Pero hacerlo, asirle el esbirro del cuello de su chaqueta é intimarle la órden de prision, fué obra de un momento. El aturdido aldeano juraba á Dios y en su ánima que nada sabia de todo aquello: pero protestas inútiles, el alguacil le impelía hácia el lado de la cárcel, mientras el jayán arrastraba de una oreja al muchacho por el mismo camino.

Viendo yo el carácter que iban presentando las cosas, hube de vencer la repugnancia que me costaba el tomar la palabra delante de aquella escojida asamblea. Hícelo en efecto, y saliendo al paso les dije: «señores; la Constitucion no permite que se viole asi la seguridad individual: nadie puede ser encarcelado sin motivo suficiente, y aqui no aparece el cuerpo del delito.»

—¿Con que eso es decirme que miento? acudió el maton apoyando el pulgar derecho sobre el adorno que se miraba rebosar en su bolsillo: pues sepa su mercé, señor caballero, que basta media palabra mia para hacer verdadera á la misma mentira; y ya lo saben todos.

Este lenguaje tan antiparlamentario me desconcertó sobre manera: creí mas cauto retirar la proposicion que defenderla contra argumentos tan groseros, y asi dando otro giro á la idea respondí entre amostazado y corrido:

—Qué, hombre; yo no digo tal cosa: sino que pareciendo la pieza, mal se puede devolver, y será mejor pagarla.

—Eso ya tiene otro ver, y yo tambien me pongo en la razon: en dándome cuatro pesetas por ella, ya no pierdo

El alguacil le hacia señas de aprobacion; y conociendo yo que era inútil reclamar su auxilio, le dí lo que pedia, y se retiró no sin gran contento por nuestra parte.

—En cuanto á Vd., dije al esbirro, quisiera tambien que se persuadiese de la sinceridad de este buen hombre; yo respondo de él.

—Y á Vd. me preguntó, ¿quien le conoce?

—Aquí llevo un documento que garantiza mi persona; respondí haciéndole un guiño. Sin duda me entendió pues mudando de tono dijo:

—Ademas, estos señores habrán visto si el muchacho se le abrazó contra su voluntad como el afirma.

—Es verdad: así ha pasado; contestaron algunos de ambos sexos. Miserable condicion de las personas que se inclinan siempre hacia donde ven inclinado al poderoso! Retiráronse todos, y nosotros tambien á la taberna, á pesar de mi repugnancia. Allí le mostré cierto retrato (y no de mi familia) que acabó con sus escrúpulos; y Felipe se desquitó soberanamente de la agonía pasada. En este intermedio la calma dió lugar en mí á la reflexion, y por entretener el hastío pregunté qué se habia hecho del conejo, pues el muchacho protestaba haberle soltado en la carrera.

—Oyendo está la conversacion; respondió el alguacil.

—Cómo ¿aquí se encuentra? acudió Felipe regocijado.

—Cuando yo salí por la esquina, repuso el ministril, ya quedaba en depósito.

—Somos felices, esclamó el rústico; porque ó yo no sé donde tengo mi mano derecha, ó habiéndole pagado ha de ser nuestro y nos vendrá para cenar como de molde.

—Eso nó, replicó el alguacil con énfasis: las cosas desde que nosotros las ocupamos, se empiezan á considerar como bienes *de mostrencos*, *vacantes ab insensatos*, y se aplican á ciertos objetos piadosos.

No me parecio mal el *quid pro quo*; y así sin entrar en mas debates, nos despedimos para continuar nuestra pesquisa, dejando al pobre muchacho que siguiera su suerte. Poco anduvimos sin que una recia lluvia nos obligase á guarecernos como otros muchos en un portál, donde permanecimos buen rato mirando la prisa con que la gente se retiraba dejando la calle desierta. Nuestros compañeros tambien fueron desfilando poco á poco, cansados de aguardar, y ya no veíamos alma viviente. Felipe, dije yo entonces, esto no lleva camino de cesar y aquí no estamos bien; para no perder el tiempo podrias llegarte en dos saltos á esa tienda del frente, y preguntar si saben que viva por estos contornos algun Alguacil: indagariamos con despacio quien fuese el que se llevó tus papeles, y entretanto podria ser que escampara. No le disgustó el pensamiento y embozándose bien en su capa atravesó el arroyo y se colocó delante de la puerta, empezando su acostumbrado preámbulo de *avemaria purísima*; *alabado sea Dios*. Mas apenas hubo concluido la piadosa salutacion, cuando con la certera velocidad del hierro atraido por el magnetismo, salió de lo interior un corchete, y le agarró con firmeza de la solapa.

Amedrentado Felipe con el lance que acababa de sufrir, y engañado tambien por la identidad del uniforme, imaginó sin duda que era el mismo de la plazuela; y confuso de verle salir sin haberle visto entrar, comenzó á santiguarse ligeramente, y á suplicarle uniendo ambas manos que no le persiguiera.

—A San Bernardino, gritaba el esbirro desaforado; venga Vd. á San Bernardino.

El temeroso Felipe apenas tenia aliento para esclamar «pero señor que han de prender á un hombre honrado porque alabe á Dios!...

—¿No sabe Vd. que está prohibido el pedir?

—¿Y qué pido yo, pecador, sino que Dios tenga misericordia de los Alguaciles, y no mire á los muchos conejos vacantes sino á su infinita bondad?

—Amigo mio, dijo resueltamente el Alguacil; nosotros olfateamos de lejos, y esas letanías sentarán muy bien en los claustros de la Santa casa. Vd. venia á pedir limosna, y yo tengo que cumplir mi obligacion.

Cuando ví que el asunto se formalizaba, pasé á reunirme con ellos sin reparar en el agua que me habia detenido; y entrándoles en la tienda hice segunda vez de mediador para libertad á mi protegido de las alguacilescas garras.

—¿Pues qué, me replicó el ministril, ignora Vd. la responsabilidad que tenemos, y que por cada uno que presentamos abonan una peseta?

—Ahora doy en la dificultad, contesté yo; pero ¿cuánto mejor sería para Vd. recibirla aquí mismo, y no irse á poner como una sopa en tan largo paseo? yo prometo que él irá á presentarse de su buen grado; y cuando no si Vd. le vuelve á hallar pidiendo podrá llevarle por fuerza y será doble la propina.

No diré si el peso de mi raciocinio ó mi buen aspecto persuadieron al Alguacil; pero sí que nos dejó marchar libremente satisfecho de haber llenado su deber por aquella ocasion. Felipe caminaba con rapidez para alejarse de allí, y no se queria detener en parte alguna sin embargo de que yo se lo ordenaba porque la fuerza del turbion era irresistible. Por fin cuando estuvimos bien distantes, logré hacerle entrar de nuevo en un portal.

Limpiando estaba con mi pañuelo el sombrero y terciopelo de mi gaban, cuando un penetrante grito de mi compañero, me obligó á volver despavorido la cabeza. Un Alguacil le tenia asido de la esclavina de su capa y decia á grandes voces «presos son ustedes á nombre de la justicia.» Es indudable: la costumbre de vencer los riesgos, inspira confianza en ellos; y así fué que sin turbarme le pregunté que nos queria. En esta casa, respondió, no hay mas que cuarto principal, (y así era verdad); ese cuarto principal es una casa de juego: luego ustedes vienen á una casa de juego. No negará Vd., le dije sonriendo, que ha cursado teología, conque siguiendo la gradacion diremos: todo el que viene á tales casas es preso por la justicia; luego nosotros.....

—El antecedente niego yo, interrumpió el Alguacil; que no todos los jugadores han de ser presos, sino los que se conducen en términos de merecerlo. Convenidos, le contesté, no hay daño en el jugar si cada uno sabe hacer su juego: por mi parte, añadí mostrándole el único duro que llevaba, no vengo

con ese fin; y la mejor prueba es que no traigo sobre mí mas que esta pieza. Entonces alargó la mano sin duda en señal de amistad; y yo *le pagué con la misma moneda.* Desde aquel punto fuimos creidos, y nos dejó en paz.

—No parece Felipe, dije cuando estuvimos solos, sino que hemos tropezado hoy con algun tuerto en ayunas.

—Con un Alguacil en ayunas debió de ser; pues tengo para mí que los Alguaciles son como los lobos, mas fieros y mas rapaces cuando están en ayunas.

—Hombre no es eso; estando en ayunas nosotros quise decir, que lo tenemos aquí por mal agüero.

—Sea como quiera, Señor, convendría que nos fuéramos á casa; y por mi parte me retiro aunque vaya solo y preguntando.

—Los dos iremos, Felipe; que la hora de comer se acerca, y aun estamos con el chocolate; pero ya que nos hallamos á la inmediacion de un juzgado, llegaremos á preguntar, pues me da pena volvernos tan sin fruto de nuestra pesquisa.

No era empresa tan fácil el hacer convenir á mi compañero en la idea de meterse nuevamente entre Alguaciles: protestaba que no accedería aunque le valiera conseguir el destino; me aconsejaba ¡que fuera yo solo y pretendia aguardarme debajo de llave: mas por último logré persuadirle á que me siguiera. Subimos pues, y en medio de la confusion que reina á última hora, tratamos de cautivar la atencion de un Alguacil para preguntarle cual podria ser el que guardaba los papeles de Felipe. No era la cosa de poco empeño en aquel instante: este preguntaba á los curiales, aquel firmaba notificaciones en blanco, quien recibia órdenes y quien daba cuenta de su cometido. Un escribano gritaba desaforadamente, «aquí hay un mandamiento de prision que se ha de ejecutar con el mayor sigilo y prontitud.» Ya sabe Vd. que no estoy de turno respondió un Alguacil, y murmurando añadió encargos de mucho riesgo y ninguna utilidad. A este nos dirigimos por tenerle mas á mano, y yo empecé á informarle del objeto que allí nos guiaba, mientras el escribano conversando con un litigante decia á media voz «mañana mismo despacharemos el apremio, pero no se á quien tocará, pues el que creí de turno.... Colgado me dejó mi interlocutor con la palabra en la boca, como suele decirse, y acudiendo con presteza á los que hablaban, repuso; «el que está de semana soy yo; sino que la pasada servi por mi compañero, y justo es que se repartan los trabajos; por lo demas 24 reales diarios no son de perder:» y volviendo en seguida á nosotros, me preguntó que le habia dicho. Húbelo de repetir, y cuando llegó á enterarse esclamó ¡Qué picardía! pero si Vd. quiere no se reirá de la burla: en dando parte al juzgado, luego tiene un Alguacil de vista hasta que los suelte: y no diga Vd. quien se lo aconseja, porque entre compañeros....

—Hombre de Dios, acudió Felipe, eso seria echar la soga tras el caldero; si yo me contento con saber quien es para buscarle y.....

—Yo le buscaré, yo, y le encontraré, pierda V. cuidado. Conque fué ayer

¿eh?... y dice V. que iba de ceremonia ¿no es esto?... bien: no hay remedio añadió entre dientes; era dia de toros... precisamente es él.

—Ah torpe! dije yo entonces dándome una gran palmada en la frente; ¿pues cómo no he dado en que ayer habia corrida, y allá debia de ir segun tu me le pintabas? Tiene razon Felipe, tiene razon; y vámonos ya que mañana con mas acierto le buscaremos.

—¿Qué es marcharse? replicó el corchete; mi responsabilidad quedaria en descubierto..... retencion dolosa y forzada..... es preciso dar parte... voy en un momento... al instante entra V. á declarar. Y diciendo y haciendo se dirigia precipitadamente al gabinete de la autoridad.

Tuvimos que perseguirle y afianzarle por la capa, para lograr que se detuviera, y por último á fuerza de ruegos y *otros argumentos*, se consiguió que no tomara tan vivo interés en nuestros males.

Luego que le pude aquietar me fué preciso atender á Felipe que tembloroso y asustado me suplicaba que nos marcháramos de allí. La condescendencia era un deber; y por otra parte halagado yo con la idea de encontrar los papeles al dia inmediato, empezaba á sentir el hambre mas que quisiera. Fuimonos pues sin despedirnos, y tomamos á paso acelerado el camino de mi habitacion.

No lejos estábamos de ella, cuando un alguacil nos detuvo brúscamente; y encarándose á mi protejido, recorriendo de hito en hito su figura, prorumpió al cabo de pocos momentos.

—Usted se llama Felipe Alcornoque; de apodo el tio Fanegas, ¿no es verdad?.... sí, si, recien llegado a esta corte... que vive V. con este caballero hace tres dias sin haber dado parte al alcalde..... no tengo duda: usted ha venido a pretender una plaza de mozo de oficio por no hallar trabajo en su pueblo.....Vamos hombre, responda V. si es cierto.

Un poco inmutado quedé yo al oir semejante arenga; porque de hecho habia olvidado la formalidad de avisar al alcalde del barrio la llegada de Felipe: pero en cuanto á este, hubiera sido necia obstinacion querer que articulase una sola palabra. Estupefacto y sobrecogido no hacia sino abrir mas y mas los ojos retirando el semblante, á cada pregunta que le dirigia el ministril.

—Animo, buen amigo, prosiguió este observando nuestro silencio y dando á Felipe un espaldarazo mas que amistoso; recobre V. su serenidad que ningun daño le quiero.

Reanimóse un poco el espantado rústico, y pudo romper preguntando:

—Pero.... pero..... ¿cómo me ha conocido V?

—¡Que pregunta!... Amiguito los alguaciles somos grandes fisonomistas, y aun tenemos puntos de gitanas en cuanto sonsacamos de lo pasado, y de astrólogos porque leemos en lo futuro. Ea, déjese Vd. ahora de escudriñar los secretos del arte, y vengan albricias que le traigo buenas nuevas.

—¿Cómo es eso? acudí yo, ¿tal vez se han encontrado sus papeles?

—Baste lo dicho, y síganme Vds. á casa de otro compañero que allí se aclarará todo.

Hicimoslo como ordenaba, y despues que anduvimos largo rato por callejuelas y cruceros, vinimos á dar en una calle desusada casi á la estremidad de la poblacion, y nos introdujo en una casa de estas que tienen el patio delante de la escalera. Subimos á un corredor estrecho de vecindad, donde se hallaban en intermitente y prolongada reunion las inquilinas, cantando y conversando desde sus respectivas puertas. A nuestro paso, ninguna se levantó ni aun devolvió el el saludo, pero todas se sonreian maliciosamente diciendo á media voz «ese es.» Al remate del claustro ó solana, tocó nuestro guía en una puerta que por su traza en nada se diferenciaba de las otras; y abierta sin detencion, dimos vista al cuarto del alguacil. Componíase de una pieza, una alcoba y una cocinilla, que se comunicaban por medio de dos huecos, sin mas vidriera ni mampara, que su escasa cortina de coton, guarnecida de lo mismo. Sin embargo, los adornos no guardaban analogía con el mezquino esterior, y revelaban desde luego la filosofía de su dueño: no lo digo precisamente por el menage, que á pocos y groseros muebles se reducian; sino por una preciosa coleccion de historia natural que llenaba el aposento, y descubría que los reinos animal y vegetal, dominaban particularmente su aficion. Aves de diversas familias, caza y pescados se ostentaban en informe conjunto por todas partes: víanse pendientes del techo los frutos de la vid; festoneaban las paredes enormes ristras de ajos, y cubrian el pavimento las producciones de la tierra: y todo ello colocado en descuidada simetría, como denotando el armonioso desórden con que la sabia Providencia lo regala.

El alguacil nos saludó con aire afable, y dirijiéndose á Felipe, le preguntó.

—¿Recuerda Vd. haberme visto alguna vez?

—No por cierto, respondió el aldeano: ni quisiera haber visto Alguaciles en mi vida.

—Pues yo soy el ministro á quien Vd. entregó su solicitud.

Felipe se quitó respetuosamente el sombrero, y los tres nos echamos á reir.

—Nada hay que estrañar, les dije: el nombre por sí solo le causa veneracion; y ademas viene el pobre tan escarmentado de Vds.!...

Nuevamente sonrieron al oirme; y entonces tomando la palabra nuestro conductor, repuso.

—¿Qué quiere Vd. que le diga? nos tienen por de mal agüero, pero consiste en que no nos tratan de cerca. Los alguaciles son como las tronadas; buenos ó malos segun hallan dispuesto el terreno. Algunos les llaman polilla de la sociedad, siendo por el contrario los que la quitan de raiz, y aun el peligro de volver á criarla. Otros les hacen torpes y faltos de instruccion, cuando no hay en el mundo erudito ni pedante que sepa hacer tantas *citas*. Otros avanzan hasta poner en duda su salvacion, pero han trocado los frenos; ellos se han de salvar de la clase, que el alguacil por *salvado* puede tenerse. El acompaña á los reos en su última hora; que de ahí se debió decir *la compañía del ahorcado*: nunca falta en las procesiones por aquello de que tras de la cruz viene el diablo; y siempre vá delante de las indulgencias, aunque por lo mismo nunca le

alcanza la bula. Si es en el cumplimiento de su deber, ¿qué se les puede echar en cara? ¿están encargados de hacer guardar el órden? pues si no choean con los alborotadores, es porque *harto guardado* le tienen: ¿de evitar engaños? por eso encarcelan á los buenos; porque sería el mayor engaño tropezar con un hombre de bien: ¿de perseguir á los criminales? claro es que si los prenden dejarán de perseguirlos: y sobre todo ¿por qué se les llama Alguaciles *de vista*? Pues para aliviar dolencias tienen mas virtud que todos los recursos de la medicina; y así vemos que el actor ó torero que no se mejora con ventosas, luego sana con aplicarle un par de Alguaciles. Si hablamos de los juicios de paz ¿cuánto no sirven allí? y sin embargo al pobre que por falta de acompañado les elige como *hombres buenos*, bien se le puede decir que *lleva perdido el juicio*. Ellos siempre abren paso á la justicia, y siempre la llevan á la espalda. Ahora les han quitado la peluca, porque á la ocasion la pintan calva: pero les han dejado la *chupa*, como signo muy propio y distintivo que les caracteriza; y el guante tambien es de ceremonia pues mal podrian echarle si no le llevaran. Por último, ellos se semejan á los duendes, porque mudan de forma, mudando de trage: á los remordimientos, porque *escarban* en las conciencias: á Dios, porque *piden cuentas* el dia *del juicio*: y al diablo, porque tientan á las mugeres. ¿Qué mal hay pues en los Alguaciles, sino el de no saber aprovecharlos?

Embelesado escuchaba yo las graciosas razones del Alguacil, en términos de olvidar casi nuestro principal objeto; pero Felipe llamó mi atencion preguntando que se habian hecho sus papeles.

--No lo sé, (dijo el interrogado) alargando uno al propio tiempo; pero aquí tiene Vd. su nombramiento.

--¿Qué escucho? esclamé.. ¿será posible? ¿y cómo ha sido esto?

--Muy sencillo. Yo los dejé en la taberna, sin mas intencion que devolverlos á la primer coyuntura. Mas ayer era domingo; tocaba salir á una de las criadas del ministro, y aprovechó la tarde yéndose á los toros con *su primo* y entrando despues á tomar cerveza en aquel establecimiento. La dueña contó la aventura; ella preguntó el nombre del héroe, y salieron los papeles á relucir: dijo que era paisana de Felipe, y se encargó de presentarlos á su amo con recomendacion: sin duda le cayó en gracia la simpleza de este rústico, á quien por otra parte no faltan méritos que alegar, lo cierto es que esta mañana fuí llamado por mi superior, y recibí esa órden con la de buscarle y dejarla en su poder.

No es posible describir el alborozo de Felipe, que tambien participábamos los demas: preguntó el nombre de su paisana, mas no lo pudo averiguar porque lo ignoraban. En fin calmada la primer impresion nos despedimos dándoles una propina; y el mas ladino le dijo al salir.

Vamos compadre, que sea enhorabuena: y aprenda Vd. por mis compañeros á cobrar ánimo para lo sucesivo, pues le acaban de enseñar que en todos los lances de la vida tiene lugar aquello de «mas vale llegar á tiempo que rondar un año.»

BONIFACIO GOMEZ.

EL EJECUTOR.

L encontrarse mis lectores con este epígrafe tan genérico, apuesto á que lo primero que les ocurre es la duda de quién será el protagonista del artículo. Pues voy á sacarlos de ella, mas por caridad que por obligacion, diciéndoles ante todo quienes son el *Ejecutor* de que yo trato, para venir á parar en quien sea este. ¿Os disgusta el método? Paciencia, y conformarse con las aprensiones del autor; que tambien sufriré yo la crítica de mis benévolos, y me espongo á que arrojen mi escrito por nécio y empalagoso, los que no encuentren en leerle ni utilidad, ni deleite.

No es mi héroe el *fiel Ejecutor*, ó el regidor del reposo; porque en lugar de ser individuo de ayuntamiento, es el mayor contrario de los ayuntamientos presentes y pasados, y de cada uno de sus individuos.

Tampoco es el *Ejecutor de la justicia*, ó el verdugo; pues en vez de hacer justicia, ejecuta á las justicias; en lugar de dar muerte á los reos, priva de los medios de vida á los juzgadores; y en vez de dar á cada uno lo que merece, quita á muchos lo debido, y algo mas.

¿A qué todavía no aciertan algunos de quien hablo? ¡O vosotros cortesanos, que para entender bien una palabra castellana teneis que apelar á la conciencia laxa de la Academia, de Taboada, ó de Peñalver, y os engolfais en diccionarios y Panléxicos, y disputais sobre sentidos y acepciones! si un año siquiera hubierais sido concejales del mas despreciable villorrio, sabriais de coro lo que vale la voz *Ejecutor* en su sentido autonomástico, genuino, usual y corriente: y al oirla pronunciar, no solo la comprenderiais, sino que sobresaltado vuestro ánimo temeriais perder la fortuna, empezando á empaquetar los intereses, cual si

amenazara ejército invasor, ó revolucion espantosa! Mas supuesto que se hace preciso que yo describa al *Ejecutor* con pelos y señales, lo he de hacer en forma magistral, con definicion, clasificaciones, comparanzas, notas y todo cuanto conduzca á determinar este español tipo, sus cualidades esenciales, sus glorias, y sus penas. No vayan Vds. á decir que procedo sin órden ni concierto.

DEFINICION.

Ejecutor se llama la persona enviada por las autoridades de las provincias á los pueblos de su mando, para que por medio de escitantes poderosos y de apremios irresistibles, reduzcan á los ayuntamientos en monton, y á los capitulares en detalle, á que paguen lo que dicen que deben al erario. Esta palanca rentística alcanza mas allá de lo que pudo imaginarse Arquimedes: este crisol hominal ofrece resultados á que jamás llegaron los físicos y químicos, pues que todo cuanto absorve, sea la materia que fuere, lo convierte en moneda sonante y contante. Podemos figurarnos que el *Ejecutor* es el médico que la vigilancia esquisita de la autoridad superior manda á los pueblos, cuando los considera pletóricos y torpes en sus funciones, á fin de que los cure segun las reglas del arte. Pero este facultativo trae prescrito un recetario del que no le es dado separarse: y como la clase de gefes en España profesó de inmemorial el sistema antiflogístico, antes que los estrangeros Brousais y le Roy nos robasen la gloria de pasar por inventores, las medicinas predilectas..... he dicho poco, las esclusivas, son sangrías, sanguijuelas, purgas, lavativas, cantáridas, vejigatorios, vomitivos y vomipurgantes.

Dícese *Ejecutor*, porque pone por obra lo que se le ordena con la obediencia pasiva de un suizo (1); porque precisa al pago á deudores remolones; y porque va á los alcances de los segundos contribuyentes que retienen lo de los primeros, ó no fueron bastante crudos para estrujarlos. Una aclaracion es necesaria para no agravar la conciencia histórica. El nombre *Ejecutor*, por mas que el uso lo haya vulgarizado entre los paganos, no tiene la sancion legal y burocrática; y los interesados lo resisten como depresivo de su carácter. Ellos no se llaman Ejecutores, sino *comisionados* ó jueces comisionados. Asi los apellidan tambien las oficinas en sus credenciales; pero los lugareños *Ejecutor* por arriba, *Ejecutor* por abajo, y *Ejecutor* siempre. Hacen bien los palurdos en tener este justo desahogo, pues ya que les sacan el quilo, harto poco es que se gocen en nombrar á sus contrarios del modo que mas les escuece.

Sucedele al *Ejecutor* lo que á todos los que ejercen cargos y oficios repugnantes, odiosos y mal vistos; que se avergüenzan de ser lo que son y de que se les llame por sus títulos. De aqui la sinonimia de *maestro de obra prima* por zapatero; *fabricante de harinas* por molinero; *cazador* de librea por lacayo; *tendero de vino*

---

(1) Si en vez de *suizo* quiere poner el lector *soldado*, vendrá de molde á nuestros ordenancistas modernos; y si sustituye *empleado*, tanto mejor para los mandones del dia.

por tabernero; *oficial de la tabla* por cortador; *ministro de justicia* por alguacil; *voz pública* por pregonero; *Ejecutor de la justicia* por verdugo; *agente de proteccion y seguridad* por esbirro, y *comisionado* por Ejecutor. A tal punto llega la mania de desconfirmar los nombres bautismales, que el mesonero, por no llamarse tal, abusa de los que se albergan en su casa, robándoles hasta el nombre de *huéspede*: que no cabe mayor propension á utilizarse de lo ageno. Iba á comprender al *artista* entre los sinónimos, y me duele asociarle á tan malas compañias; pero aguante el pujo el señor cómico, que en las tablas tan acostumbrado está á hacer de juglar como de rey, de sacerdote como de traidor.

Definamos de una vez zoológicamente al ser de la naturaleza que llamamos *Ejecutor*. *Es cuerpo*; porqué choca á la vista cuando se presenta, y cuando hacia nosotros viene se siente. *Pertenece al reino animal*; pues medra por intussuscepcion y goza de gran facultad locomotriz. *Es mamífero perfecto*; porque lo mismo chupa la cabra, que la burra, que la vaca, que todo lo que da leche. Últimamente, *debe pertenecer al género humano*; por cuanto perfecciona y adelanta mas que las instituciones libres. Al opinar asi desechamos las dudas de los autores que han sospechado ver en el *Ejecutor* analogias con el toro, el mono y el ganso, fundándose en estos tres caractéres: 1.° cuatro buches ó estómagos como los rumiantes, cual lo persuade su voraz aficion á engullirse cuanto encuentra: 2.° agilidad de pulgares como los cuadrumanos: y 3.° que abarca mas que si tuviera membranas entre los dedos como los anfibios.

PROCEDENCIA.

El *Ejecutor* hombre nace y se cria en los pueblos, se avecinda despues en las capitales, y vuelve contra la tierra que le sirvió de cuna, viejo, gruñon y avaro. Emplea en beneficio de los habitantes de las ciudades la lozanía de su juventud y la entereza de su adolescencia; para los lugareños son las suciedades de la infancia y los achaques de la decrepitud. Amamántanle los labriegos cuando es desvalido y huérfano; pero en llegando él á vivir por sí corresponde á los beneficios obligándolos á que le mantengan por fuerza, á que sostengan su holganza y sus vicios. Ni mas ni menos hace que los malos diputados de la nacion: los pueblos los forman y los elevan á la córte, y alli se convierten en padrastros de la patria, con olvido ó prescindimiento de su orijen.

El *Ejecutor* juez es un vicario ambulante de la autoridad estacionada, ó un destacamento movilizado del ejército financiero. Procede de varias causas ocasionales y eficientes; pero siempre toma como el agua el color y el sabor de las sustancias que toca. Pasan de ciento los motivos y pretestos que suelen tener los mandarines para enviar un apremio á los pueblos; porque esceden de este número las contribuciones, gabelas, tributos, impuestos, derramas, exacciones y arbitrios con que los españoles juegan á la hacienda; y porque no embargante lo decretado en las córtes de Alcalá de Henares, y contra lo mandado en la

Instruccion de 1816, y en otras infinitas anteriores y subsiguientes, y á pesar de los clamores de celosos economistas (1), es costumbre que se mantengan los innumerables martirizantes de los que sufren y pagan, que eran cincuenta mil (los ejecutores) en tiempo de Jacinto Alcázar, y hoy han subido mas que las listas electorales. Los que tienen facultad de crear estos emisarios fatídicos son:

1.º Los intendentes de rentas de las provincias.

2.º Los fomentadores gefes políticos.

3.º Las protectoras diputaciones provinciales.

Ademas gozan del derecho de iniciativa para reclamar la aplicacion de tales ventosas.

1.º Los administradores de los partidos.

2.º Los comisionados de amortizacion.

3.º El arrendador del aguardiente.

4.º Los rectores de las casas de espósitos.

5.º Los jueces de primera instancia por los presos pobres.

Y siendo tantos los que producen y reproducen Ejecutores, solo tienen precision de aguantarlos los contribuyentes, y nadie mas.

La jurisdicion privativa de hacienda es una monstruosidad inícua, reconocida hace siglos, y por siglos sostenida. Las córtes de 1348 dispusieron que «el oficial que obiere parte en la renta non fuere juzgador de ella;» pero váyales Vd. á los hacendistas con acuerdos de córtes y con presupuestos. En el contrato bilateral que ellos celebran con el ciudadano, se obligan á dar de palos, porque el otro dé las pesetas. En el litis que siguen con el deudor, ellos son juez y parte; la otra parte siempre es reo. El demandante ordena, juzga, falla, multa, exije y percibe; el demandado no tiene que hacer otra cosa si no pagar princípal y costas. El *Ejecutor*, agente del poder financiero, del gobierno económico político, de la soberania asoldada, toma por sí cuanto estima necesario para hacer efectivos los sueldos de sus principales, y el que le atañe por ende, por mas que asi no suene. Se dice que sin recursos no puede gobernarse; que sin gobierno no hay sociedad posible, y que todos deben dar medios al que manda para que mantenga el pais en paz y justicia: y entre tanto pululan los ladrones si no los estingue el contribuyente, y para alcanzar la razon se necesita sobre tenerla de sobra, tener muchas medallas y saberlas gastar.

ANALOGIAS Y DIFERENCIAS.

En España hay muchos moscones de la especie del Ejecutor, pesados,

---

(1) Un escritor dice que el uso de los apremios en el último siglo «oriijuaba suma perdicion á los súbditos y al real patrimonio, imposibilitado de su servicio estando ellos pobres.» Otro calculaba que se habian sacado al pueblo mas cantidades por dietas de Ejecutores y despachos, que lo que habia ingresado en las arcas.

estrajantes, incómodos y costosos, y hemos de señalar los rasgos que los distinguen y los que constituyen la semejanza.

Al *veredero* se parece en que ambos llevan mandamientos de pueblo en pueblo y ambos cuentan caros; pero difieren en que el Ejecutor es autoridad delegada, y el veredero un peanton ó propio borro, y en que aquel goza crecido salario (1) y este se suele contentar con dos pesetas.

Seméjanse al *planton* en que uno y otro apremian á los presumidos deudores; mas el Ejecutor no siempre es militar, y mientras aquel punza con la bayoneta este pincha con autos, notificaciones, trabas y requerimientos.

Del *centinela de vista* solo se diferencia en que obra como juez, y en que no está siempre encima del paciente, y casi la propia variedad presente (salvo el fuero de guerra) con el *alguacil de apremio*.

Tiene bastante analogia con el *juez de residencia*, porque viene á fiscalizar á las justicias, pidiéndoles cuenta de sus actos; pero el Ejecutor solo repara en actos económicos que versan sobre guarismos, solo quiere dinero, y mas que los alcaldes hayan azotado á un cristo.

La misma semejanza y diferencias pueden establecerse entre el Ejecutor y el *pesquisidor*, á mas de la consonancia: este indaga delitos ocultos; aquel reclama descubiertos: este busca reos, aquel reales.

Finalmente, guarda analogia, por lo que afecta los intereses pecuniarios, con el *repartidor* que receta para que él cure y aplique; con el *recaudador*, *cobrador* y *cogedor* de Tributos, aunque estos piden solo lo corriente y sin creces, y el Ejecutor busca hasta los atrasos de Felipe V, con los ribetes de costumbre, que con frecuencia duplican y triplican la verdadera deuda.

Los aldeanos están muy duchos en apreciar á la simple vista estas varias castas de pájaros. Apenas ven acercarse un forastero, por el trage, por la cabalgadura por el olor conocen si es *Ejecutor* ó cosa semejante. Oh! los azotes hacen aprender demasiado.

CUALIDADES.

Para ser un *Ejecutor* de provecho se requieren como indispensables estos precedentes.

1.º Tener rostro sereno, color que no pierda, ni se altere por cosa de este mundo.

2.º Estar apurado de medios de fortuna, ó sea andar á tres menos cuartillo.

3.º Aborrecer el trabajo corporal, ya por ser hidalgo pelon, ya por haber vuelto duro de coyunturas del servicio militar, ya por haber perdido las riquezas

---

(1) ¿A quién le ocurriria llamar *dietas* al sueldo del Ejecutor? O entonces solo ganaban para no morirse de hambre, ó si ya devengaban 12, 20, 30 y 36 reales diarios como ahora, fué una ironia completa suponer dietética la glotonería.

heredadas en la holganza y el despilfarro, ya por defecto físico de manquéz, cojera, giba ó constitucion endeble, ya en fin por natural aversion á cumplir la condena de nuestros primeros padres.

4.º Ser casado, y con muger agraciada.

5.º Saber firmar se requiere por lo comun, aunque no es absolutamente preciso.

No hay ley, real órden, ni reglamento que estas cualidades exija en los Ejecutores; pero las ha sancionado la esperiencia, y forman un código consuetudinario, mas observado que la Constitucion de 1837.

¿Qué valdria un *Ejecutor* sin pachorra y frescura suficiente, que á las primeras de cambio se avergonzára de los denuestos del apremiado, de las injurias de la familia que persigue, y de los insultos del pueblo en que mora? Su deber es hacerse el sordo, tener cara de baqueta, alma de caballo y corazon de pedernal, rebuscar, embargar, vender y cobrar.

¿Qué persona acomodada y con medios propios se espondria á los azares y sinsabores de la vida que arrastra el *Ejecutor*? Preciso es que la necesidad apremiante le estimule á ser codicioso, á ver impasible los males agenos, á pasar por todo á trueque de ganar sin trabajo, á mostrarse cruel con los desgraciados, y hasta á gozarse en la destruccion que á él le fomenta.

¿Quién que tenga horror á la ociosidad, que estime ganar su vida honradamente, ha de acomodarse al oficio de paseante en aldea y de holgazan eterno? y el que goce de robustez corporal y tenga sanos sus miembros, ¿cómo no ha de preferir ocupaciones decorosas y pacíficas al vilipendiado ejercicio de azote de los pueblos y verdugo de los deudores? Solo un lisiado, que dificilmente halla ocupacion que bien le cuadre, puede arriesgar la pérdida de lo que conserva sano, metiéndose en los enredos de un lugar.

Por último, ¿quién sin el apoyo de una compañera se iria por esos pueblos. abandonando su casa y sus agencias de la capital? y si esa necesaria mitad no tiene aquel para ganarse la benevolencia de los desalmados oficinistas, ¿qué valdrian los ruegos de un barbon celibatario y pobre?

Véanse pues justificadas por la observacion y por el uso las condiciones mas precisas del que haya de ser Ejecutor en regla: los que no las tienen jamás pasarán de la categoría de zurupetos, de Ejecutores de capa y espada, ó de ciento en boca.

VENTAJAS.

Maldita la que reportan los ejecutados ni la sociedad de este sistema vandálico de recaudacion; el ejecutante las tiene muy grandes. En primer lugar, como el oficio no es incompatible ni imprime carácter, el *Ejecutor* reune otras varias profesiones; y aun siendo *Ejecutor* mero no está atenido á un solo despacho. Si logra tener mano ó piernas con los empleados saca á la vez dos ó tres mandamientos para pueblos contiguos; los presenta respectivamente; y cobra dietas en todos á un mismo tiempo, á pesar de las leyes sobre duplicidad de

sueldos y de beneficios. Si la amalgama se hiciese distribuyendo á prorata el haber del *Ejecutor* entre los diferentes deudores, nada mas racional; pero como en nuestro pais todo va á la diabla, cobra dietas enteras en cada parte, y goza él solo lo que podia sustentar otras familias de la profesion.

De otra regalia se aprovecha cuando trae dias marcados para su comision, veinte por ejemplo. Toma el cumplimiento del alcalde, se presenta al deudor, se ajusta con él por diez ó quince salarios, segun la blandura ó dureza del paciente, y al segundo dia se marcha á su casa ó donde le conviene, con el bolso tan repleto como si hubiera pasado el tiempo, y estuviera donde le enviaron. Otras veces que no puede celebrar contrata alzada, hace las ausencias que quiere sin decir oste ni moste, vuelve y se vuelve á marchar, y la renta sigue como si tal cosa. Entretanto se ocupa en otros negocios de lucro, y cuando no se divierte recorriendo casas de parientes y compadres, echando el ojo á los negocios que penden en los pueblos, para pedir nuevos despachos, cuando los que obtiene concluyan.

En ocasiones hace contratos mas ventajosos para él, que lisongean al deudor por el momento. Dícele sin ambajes: «Usted no me ha de pagar el descubierto en dos meses; durante este periodo adquiero contra sus bienes un crédito de sesenta ó setenta duros; deme Vd. un par de onzas, y me largo, cubriendo el espediente con la tercería de la mujer, y poniendo diligencia de que no se le conocen bienes al deudor.» Este método tan perjudicial para la hacienda pública no libra al que dió las dos onzas de posteriores apremios sobre si tiene ó no tiene, sobre si ha de pagar él ó los compañeros de concejo, ó sobre si ha de ir mas adelante la rebusca hasta los electores que nombraron el tal ayuntamiento. Pero al *Ejecutor* que en dos dias atrapó 640 reales de pico, le importa un bledo que á los capitulares, á sus nominadores y al vecindario entero se los lleve Satanás.

Olvidábase la principal ventaja; pues aunque no parezca tal en lo económico, es el fundamento de todas las utilidades materiales del *Ejecutor*. Cuando sale á sus correrías queda la costilla recomendada á persona de categoría, que la ayuda en sus necesidades, la proteje en sus apuros, y le sirve de escudo y amparo. Seguro puede estar el marido de que nada le falta á su consorte, y de que cuando acabe la comision habrá aquella grangeado otra y otras, que incesantemente le ocupen fuera de casa. Y si es sobre agraciada lista... sorbe el seso á los empleados, tiene vara alta en tesorería y administracion, y hasta lleva la pluma al oficial del negociado.

QUIEBRAS DEL OFICIO.

¿Cuál no las tiene en esta pícara bola en que rodamos? En sus intereses, en su familia y en su persona sufre el *Ejecutor* quebrantos y embates.

Empiecen mis lectores por hacerse cargo de lo que les cuesta el asegurar que no le falte trabajo. Los empleados de la intendencia que se lo proporcionan, algo han de merecer por preferirle á tantos otros que con necesidad y recomendaciones

solicitan. Pues una de dos, ó le cuesta al *Ejecutor* esta primacía el partir con e oficial los derechos, ó que vaya á la parte en el alzamiento de cargas matrimoniales. En el primer caso gana para que otro lo luzca, en el segundo luce su muger mas que él gana; y si de un modo pierde intereses, de otro suele esponer honra y provecho. Que no divida la presa con el protector, ó que en ella haga la coqueta, y á Dios mi dinero; queda apeado, como si hubiera sucedido una crísis ministerial, ó elecciones generales de diputados.

Otra quiebra esperimenta cuando por equivocacion del oficial de la mesa, ó por los embrollos de la contabilidad, ó por malicia refinada va encargado de pedir lo que ya se pagó; lo cual no es muy raro en nuestras oficinas de hacienda. Entonces si da con un alcalde de humos y de chola, le niega el cumplimiento, y le envia con cajas destempladas y sin pagarle una blanca á que desande el camino que tan torcido trajo. Esto á mas de decirle mil pestes de los empleados, que no saben lo que tienen entre manos y que pasan las horas fumando y leyendo periódicos. ¡Friolera es lo que sirven estos trastrueques de los hacendistas para envalentonar á los contribuyentes agobiados! De cada uno de estos lances se hace platillo de conversacion con naturales y forasteros, y tal vez se pone un comunicado en el *Eco del Comercio* diciendo que los tales empleados son unos holgazanes ignorantes, ó unos bribones que andan á ver si se pierden con el tiempo las cartas de pago, para volver á cobrar y metérselo en el bolsillo. El hecho es que de escarmientos semejantes cuidan tanto los ex-alcaldes los documentos de resguardo, que primero darán un ojo de la cara que un recibo de contribuciones, y lo guardan hijos de padres, y nietos de abuelos, porque al cabo de dos generaciones suele reclamarse lo que se pagó en tiempo del rey Marica.

Pero la contra mayor de los Ejecutores está en lo que contra sus humanidades se conspira. No hablemos de que los lugareños los apodan y maldicen en sus barbas, los insultan y hacen el objeto de escarnio: el peligro de que pasen á las vias de hecho es tan inminente, que el Ejecutor no sale de la posada en anocheciendo, ni pasea por los parajes estraviados. ¡Aun andando con la mosca á la oreja y sobre aviso le suceden lances tan graves, que otro no sufriria por odo el oro que suma la deuda de España! Por via de broma le envuelven un dia entre la paja de las eras; otro le mantean, ó le zambullen en el pilon; ya le montan á pelo en un burro picado; ora le sacuden el polvo detras de una esquina' ó le apedrean por encima de una barda.

Pues échese Vd. á pensar que la justicia es un tanto traviesa, ó los perseguidos desalmados, ó el objeto de la comision antipopular, y que se proponen deshacerse del Ejecutor con una diablura. Este punto merece un aparte, y que se refieran algunos casos originales acaecidos en pueblos, que no nos dejarán mentir.

El tio Juan Camándulas era un Ejecutor báquico, que le gustaba codear hasta aplanarse. Los vecinos del lugar que molestaba, apenas le conocieron su flaqueza, le convidaron obsequiosos á una bodega, donde despues de verle hecho un cuero y completamente averiado por la parte superior, cargaron una

culebrina embólica y por la parte postrera le suministraron multitud de ayudas del mismo licor, hasta que pusieron en accion desordenada todas las vias ordinarias y reservadas. No murió de esta terrible prueba de capacidad; pero luego que pudo enderezarse y conocer su posicion, tomó las de Villadiego, sin acordarse de recoger el despacho ni de cobrar los salarios, y el pueblo quedó libre de Ejecutores por mucho tiempo.

Don Judas Azufaifas, comisionado en un lugar de la Mancha, era pacato, medroso y crédulo, cualidades de perdicion para un hombre de su oficio. Los apremiados se prevalieron de estas debilidades. En el meson donde se hospedó entraron dos ó tres, fingiéndose forasteros que venian de viaje, y de acuerdo con el posadero usaron la siguiente estratagema. Llegó al anochecer con campanilla plañidera uno que pedia limosna por el que iban á ajusticiar al dia siguiente. Uno de los supuestos caminantes dió algunos cuartos para alivió del alma del que habian de ahorcar, y preguntó al demandante, oyéndolo el Ejecutor, quien era el pobre por quien pedia y que delito le llevaba al cadalso; á lo que respondió que el reo era un Ejecutor que con papeles falsos venia á perder al pueblo. Disimuló don Judas por el pronto, mas apenas vió ocasion favorable salió del lugar aquella noche, y jamás supieron de su paradero.

De estos y como estos han sucedido tantos lances, que se necesitaria para referirlos una fábrica de papel contínuo; y no queremos esponernos á que se tenga este artículo por arte de perseguir ejecutores, y tengamos desgracias á cargo. Baste para concluir la reseña de desgracias las que toman orígen de las circunstancias políticas.

Segun el viento que reina es harto comun mover al Ejecutor un caramillo que le envuelva en una causa criminal. Vaya una muestra de las fechas, y de los pretestos.

1811. Que bebiendo en la taberna dijo elogios del rey José y de su hermano el emperador.

1815. Que habló contra los jesuitas y la inquisicion.

1821. Que dió noticias favorables de los feotas.

1824. Que alabó la Niña Bonita, mofándose de S. M. y sus aliados.

1835. Que gritó viva Cárlos V.

1843. Que esparce las caricaturas de *Guindilla* y de la *Posdata* contra el primer magistrado de la nacion.

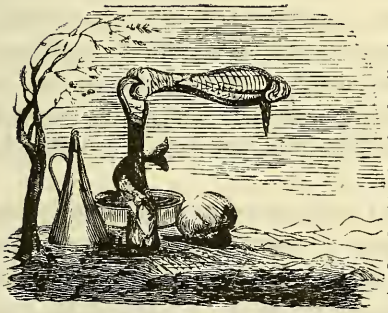
Por supuesto que el buen comisionado es ministerial de quien ministra y partidario de quien vence; y aunque no ha soñado en el disparate que le acumulan como lo meten en chirona, y sobran testigos que declaren haberle oido decir lo que no dijo, teme una mala vuelta y ansia salir del compromiso. Déjanle como al descuido entornada la puerta de la cárcel, él se apresura á huir, y ellos le hacen puente de planta, seguros de que ni este ni otro de la profesion se atreve á volver mientras dure la fama del hecho.

¿Y todavia hay Ejecutores? Sí, pupulan por todas partes como la mala yerba, porque el interes y la codicia en nada reparan. Hay Ejecutores, como hay

comerciantes avaros que se arrojen al mar embravecido; como hay mineros que vivos se sepulten en las cavidades de la tierra; como hay areonautas que asalten el cielo; como hay ministros de todas las situaciones, por apedreadas y silbadas qne sean. Y habrá Ejecutores mientras los pueblos deban: y deberán interin que les pidan mas que pueden: y pedirán mucho mientras mucho se gaste: y gastaráse mas cada dia que crezca la inmoralidad: y crecerá en tanto que el gobierno sea injusto: y lo será mientras el pueblo lo consienta: y lo aguantará interin los hombres pobres sean tan pobres hombres; es decir, por los siglos de los siglos.

FERMIN CABALLERO.

LA CANTINERA.



ACILMEN Se conoce que la palabra Cantinera se deriva de cantina, que es el puesto ó la tienda de comestibles que con este nombre existe en algunas poblaciones dentro de los cuarteles ó al lado de ellos, asi como en los campamentos militares y presidios. La voz Cantinera no se diferencia de la de vivandera ó sea proveedora de víveres, pero es de un uso mas vulgar y generalizado que ella. Quien haya pasado por cuarteles, ó haya recorrido los campos de batalla, puede muy bien haber visto en los patios de los primeros y en un punto indiferente de los segundos, un puesto de comestibles y licores, y detras del mostrador á una muger de aspecto varonil, pocas veces hermosa, y con cierto aire de natural desenfado; ataviada con trages de colores vivos y con pañuelos afelpados de algodon y sedas, en que resaltan tambien, entre otros colores relumbrones, el amarillo, naranjado y verde, formando flores, cuadros, ú otras combinaciones de dibujos simétricos y poco agradables. Esta muger, aun siendo casada, se abroga por costumbre antigua el dictado y la parte activa de su profesion, oscureciendo á su marido aunque la ejerza tambien: asi es que no decimos con tanta frecuencia el Cantinero ó vivandero como la Cantinera ó vivandera, sin embargo de estar designados en las leyes militares por el género masculino. Pero esto no altera en lo mas mínimo

el equilibrio social de la benemérita clase, y no impide al que el marido ejerza, sea ó no militar, esté ó no en campaña, su correspondiente autoridad, no pocas veces dura y tiránica, sobre su familia.

Los maridos de las Cantineras son por regla general tambores, soldados, músicos, cabos, sargentos, en actual servicio ó cumplidos, y chalanes; y se hacen ricos en pocos años si sus mugeres son de conducta y despejo, sin que por su parte hayan tenido mas incumbencias que la de ajustar algunas cuentas, de sumar y restar en lo perteneciente á los ramos de su comercio, y la de oir con paciencia gran copia de ternos y conjuros mezclados con invocaciones á los santos, en medio de las innumerables rencillas que indispensablemente ha de presenciar todos los dias entre los soldados mas viciosos, truanes y pendencieros del cuerpo.

La Cantinera tiene, segun su estado de desahogo y prosperidad, una muchachuela ó criada que la ayuda á despachar en su cajon ó mostrador, y la sisa, si es de ley, y un criado que de granuja en sus principios va aprendiendo á acarrear agua (que no es poco) y á servir á los parroquianos en sus juegos y merendonas, con el mayor aseo y agilidad; viniendo á parar algunas veces en tambor ó presidiario, cuando su buena estrella no le conduce (lo cual no es comun) por el camino de la prosperidad hasta poner una cantina por su cuenta Las utilidades de algunas Cantineras son exorbitantes, pues aunque tienen obligacion de dar un tanto á la plaza y otro al regimiento ó presidio con que comercian, fácilmente se deja conocer que los dos ó tres cuartos de que puede disponer cada uno de los miles de hombres acuartelados, forman una cantidad respetable que viene á emplearse casi por completo en los vinos, licores, sardinas, escabeches, bacalaos, legumbres, quesos, frutas y otros comestibles, que la Permitan reunir en su tienda, por una parte los recursos de su capital, y por otra los productos del pais que ocupe, ó que se hallen en puntos poco distantes y de facil comunicacion con él.

Si observamos atentamente á la Cantinera, hallarémos que hay dos personas que despiertan todas sus simpatías, y estas son el ayudante y el abanderado. No hay medio de seduccion que no ponga en planta para ver de captarse su benevolencia y aun su amor si es la Cantinera jóven, hermosa y agraciada, y el pueblo en que reside no tan grande que pueda hacerla temer poderosas rivalidades. De manera que si el honor militar no inspira á aquellos recursos con que defender su integridad y su energía de los tiros certeros de tan astuta y peligrosa enemiga, puede asegurarse que fumarán los mejores cigarros y beberán los mas esquisitos vinos, amen de adquirir grande y cariñosa intimidad con las tentadoras hijas de Venus, que por una estraña coincidencia vienen á encontrarse siempre dispuestas á la buena armonía é íntima amistad que la Cantinera les ofrece desinteresadamente en las poblaciones en que se encuentra. Pero estas finezas no se hacen á los oficialitos solo por su hermosura y buen talle; nada menos que eso: la Cantinera teme al ayudante y al abanderado, como pueden temer el monedero falso y el ladron á a vara de la justicia; asi es que clava sus ojos en los de aquellos, espiando si

s us miradas escudriñadoras se dirigen, al pasar por su tienda, á su provision de comestibles; porque.... ¡ay de ella si encontrasen fraude en su peso, medida ó calidad, y se les pusiese entre ceja y ceja aplicarla todo el rigor de la ordenanza! Ella sabe que las leyes militares son en ocasiones muy severas, aunque no se cumplen muchas veces en lo que hacen referencia á la profesion, y no lo acomodaria que á mas de perder sus géneros, fuese su marido seis años al presidio de Africa con su correspondiente grillete, quedándose sin bienes y aun sin vida, solo por haber vendido faltos de peso ó maleados, algunos alimentos que el incauto soldado se traga como ruedas de molino, sin darse cuenta, hasta que se lo dicen, de si han sido alubias ó granos de veneno, por las que se ha chupado los dedos de gusto al verlas condimentadas con la sabrosisima salsa que tan bien sabe preparar la Cantinera.

Muchas veces hace los oficios de lavandera, de planchadora y aun de prestamista; y es de ver como por medio de este último recurso, mas lucrativo que los demas, y mas usual en las poblaciones que en campaña, aumenta considerablemente sus capitales, compensando con las usuras que exije á los unos los desfalcos que la hacen sufrir otros, á quienes no bastan los rigorosos castigos y temida autoridad del sargento á hacerles entrar en su deber y á estirpar la artería y desvergüenza con que se acostumbran á tumbones y petardistas. Asi es que despues del abanderado, los sargentos primeros ocupan el lugar preferente á los ojos de la Cantinera, y se hacen acreedores á sus miramientos y agasajos. En ciertas ocasiones la son muy necesarios porque pueden prevalerse de la prepotencia que tienen las categorías militares entre sí, é imponer penas prontas y arbitrarias que hagan entrar en su deber á la tropa, la cual tendrá que resignarse siempre que su culpabilidad pueda quedar probada de una manera tan palpable, que la haga digna de castigos mayores que los arbitrarios impuestos por los sargentos en estos casos escepcionales.

Las cantinas son, generalmente hablando, y sobre todo en tiempo de paz, núcleos de donde salen todas las maquinaciones torpes del soldado; en ella se murmura y maldice de los superiores desde cabo á general, sin escepcion alguna; ellas son el asilo de los rezagados que llegan á horas desusadas al cuartel, y el garito en que se juegan los cuartos y las prendas de vestuario, con barajas del tiempo del rey que rabió, y que han venido á vincularse en el establecimiento, tomando parte del olor, color y sabor; de las oscuras paredes del sombrío edificio caverna, que con el nombre de cantina se conoce en algunas poblaciones.

Su perspicacia femenina, aunque tosca, no puede menos de ejercer grande influencia entre hombres sin ninguna cultura, y la constituye naturalmente en una especie de soberana con su parodia de corte en que todos anhelan sus agasajos y distinciones. Pero suele haber soldados, andaluces principalmente, que consiguen inspirarla un cariño maternal ó bien una verdadera pasion amorosa segun sus edades, y entonces á Dios ahorros; ya no hay prosperidad ni porvenir que no quede espuesto á los caprichos del afortunado amante ó del hijo adoptivo, que, por regla general, y por efecto de las inconsecuencias humanas,

la paga en desengaños y aun en desapiadadas palizas su generosa abnegacion y constancia.

La venganza subterránea y caprichosa, propia del sexo débil irritado, la hace señalar no pocas veces con su ojeriza á algunos de estos pillos, ó á otros que poco afortunados no tuvieron tal vez gracia para hacerse estimar, ó méritos que oponer á sus trampas y rapiñas; de lo cual provienen ódios y rencillas con todo su séquito de maquinaciones y asechanzas de baja escala, que suelen sancionarse con la autoridad del sargento, ó quedar terminadas con una solemne paliza dada á la buena Cantinera, sin respeto á su sexo, y acompañada de su correspondiente amenaza para lo sucesivo; la cual la precisa á verter algunas lágrimas, á sellar sus lábios y á hacer cruz y raya, aprendiendo un nuevo desengaño para el porvenir.

Distinguirémos dos especies de Cantineras que son Cantinera de ejército y Cantinera de presidio; y nos detendremos principalmente sobre la primera, subdividiéndola en dos variedades, segun que habite en poblaciones en tiempo de paz ó siga á los ejércitos en campaña.

CANTINERA DEL EJECITO EN TIEMPO DE PAZ.

Necesita una licencia del Teniente de rey de la plaza y del comandante de batallon, para poder ejercer su oficio sin verse espuesta á que ningun individuo la incomode ni exija estipendio ni cantidad alguna. Esta licencia se da por cierto precio que ingresa por mitad en la tenencia de rey de la plaza y en la caja del regimiento; y por ella queda facultada la Cantinera para vender todo género de comestibles, vinos y licores de lícito comercio, dentro del cuartel ó en una casa contigua. Ahora bien, figurémonos que una criada de las señoras de la oficialidad tiene los necesarios ahorros, ó que un soldado ó tambor ó músico del batallon, se casa con una mozita despierta y emprendedora, ó que el tambor mayor ó un cabo cumplido lo hacen con una tendera de aceite y vinagre de la ciudad. He aquí, digo, que cada una de estas individuas ú otras infinitas en casos análogos, hacen su pretension, acreditan su conducta moral y buenas costumbres, y llega por fin una de ellas á ser admitida en la profesion de Cantinera. Conforme á su capital, empezará poniendo una mesita con aguardiente y licores, y seguirá tomando ascendiente hasta que, si la fortuna la sopla viento en popa, presente al público no solo varias clases de legumbres, carnes de cerdo, bacalao y vinos, sino otros artículos de mas precio como ostras, frutas y pescas delicadas, y aun algunos géneros ultramarinos.

Ya hemos insinuado lo indispensable que es el que la Cantinera sepa captarse la benevolencia del ayudante, abanderado y sargentos; sin este paso no hay prosperidad, no hay fuerza moral, no hay nada. Despues de esto suelen tener algunas la habilidad de atraer á sus miras á los barateros y camorristas del batallon, para conseguir por su medio la fuerza material y bárbara que juzgan no las está demas, y ejercer un poder ilimitado sobre los hábitos é intereses de

la tropa. La Cantinera, segun su indole particular, puede ser la zurcidora de todos los petardos que se dan por los soldados viejos á los reclutas, ó simple espectadora de ellos. Tambien puede muy bien emplear los recursos estratégicos de su magia amorosa en dar cuenta de los bolsíllos de los quintos que vengan bien repletos. Todas sus tramas, todas sus maquinaciones de amor, suelen llevar por norte al interes; y no es aventurado asegurar, hablando en general, que el cálculo instintívo preside siempre en sus acciones mas sencillas, aun en los momentos en que á primera vista puede parecer desinteresada y generosa. Así por ejemplo, si busca al ayudante y abanderado buena costurera y planchadora, si regala cigarros á los sargentos, si da del mejor vino y aun dinero contante á los barateros y veteranos, es porque todo se puede temer de ellos, es porque la autoridad de los unos, hija del prestigio de su empleo y el renombre de los otros, adquirido en camorras, pendencias y escesos de todos géneros, les da una superioridad reconocida en el cuerpo, é influencia por lo tanto, á los unos para disculpar sus amaños, y á los otros para encarrilar á los incautos por los senderos de su perdicion, cuales son los de acostumbrarles á gastar en su cantina los dos ó tres cuartos de plus y cuanto dinero puedan haber licita ó ilicitamente adquirido.

En toda cantina, bien esté colocada dentro, bien á las inmediaciones del cuartel, suele haber una trastienda reservada á los juegos de azar y especialmente al cané. Alli se fuma, se juega, se rabia y se riñe instantáneamente, y sin que por lo comun muestre la Cantinera la menor sorpresa de los gritos y desórdenes á que por precision tiene que familiarizarse si quiere tener utilidades grandes y tan seguras. En la habitacion mas desahogada de su casa, se suelen tener algunas veces bailes los domingos ó dias feriados, á que concurren los mas frecuentes y festivos parroquianos del regimiento, que en tales casos llevan á sus resalaas á tener un ratito de fiesta al son de las panderetas, sonajas, hierros y castañuelas. Pero á todas estas bromas no asiste la Cantinera con gusto á no estar enamorada (lo cual ocasiona grandes pérdidas á sus intereses) ó ser muy jóven; y cuando lo hace es por órden regular como mera espectadora, no en busca de distraccion sencilla sino de oro; no en busca de alegria y concurrencia para mezclarse y gozar entre ella, sino del crédito de su establecimiento y de la mayor variedad de los juegos y regocijos de los parroquianos, para que su asistencia sea mas continua y mayor el consumo de los objetos de su comercio.

Algunas Cantineras suelen ser usureras crueles, con infinidad de maquinaciones y amaños, que las proporcionan réditos muy crecidos de las cantidades que prestan á la tropa, y aun á parte de la oficialidad, en situaciones críticas, por conducto de sus ingeniosos y leales asistentes. Mas toda su torre de maquinaciones y de usuras, viene naturalmente abajo siempre que se enamora, lo cual sucede pocas veces en tiempo de paz; entonces ya no hay cigarros, ni bebidas, ni dineros que basten á saciar las caprichosas francachelas del privilegiado amante; quien rescata de este modo el

dinero que pagaron en petardos y usuras, los reclutas, como gente novel y poco esperimentada.

La Cantinera toma al poco tiempo el acento provincial del cuerpo y alguna de sus cualidades morales, pero cuando se trata de trasladarse á otra poblacion se desprende de todas sus afecciones, y meditando únicamente sobre sus ganancias ó perdidas, consulta con su marido, si le tiene, si les será mas conveniente seguir al regimiento ó quedarse, lo cual resuelven calculando los desembolsos del nuevo viaje y las utilidades seguras que ya consiguen en la poblacion con las que puedan hacer en otra, mas ó menos cara, mas ó menos populosa. Si se deciden por la estancia, vuelve la Cantinera á dar sus pasos con el comandante del cuerpo que llega, y forma su nuevo plan de estratagemas y sobornos, hasta que viene á conocer el terreno que pisa, y consigue entre los recien llegados crédito y estimacion, que les hacen dejar espontáneamente y con gusto toda la plata de sus bolsillos en la cantina.

En este género de vida sigue los trámites que las situaciones la van indicando, y amen de algunos percances personales y pecuniarios, nada estraños á su profesion, y que de modo alguno deben causar la sorpresa; si ha sido diestra y ha sabido aprovechar sus desengaños, y si la pasion del amor no ha venido á desbaratar sus invariables cálculos y sus sabias medidas económicas, dando con ella en una casa de caridad, concluirá precisamente por ser rica. Despues, aunque deje su tienda, lo que no es probable, y se haga propietaria, tomará la costumbre lucrativa de dar dinero á réditos, no ya bajo palabra de honor ni por prendas insignificantes como en el ejército, sino sobre alhajas para poder aumentar impunemente sus usuras, y ver en sus últimos años el incremento rápido del oro de sus arcas que hace toda su dicha. Su vida de prosperidad la compensa con ventaja las contrariedades que pueda sufrir, preservándola de la irritabilidad á que de otro modo podia estar espuesta por el trato frecuente y continuo de gente por lo comun averiada y escandalosa, cual son los soldados que se dan mucho á los vicios de la bebida y del juego. Si la Cantinera no es tan poco venturosa que, una quiebra, ó una intriga de cuartel, ó una camorra sangrienta en su cantina, la desbaraten sus empresas, se considera muy feliz y olvida buenamente los insultos, los anatemas, y aun los golpes que recibe, al contar el oro que suele ser en ella el verdadero bálsamo de Malás con que cura las heridas de su asendereado y encallecido corazon. Pero si los petardos se repiten, y los insultos son violentos, y las deudas no se pagan, y menudean los ultrajes; como no hay paliativo á la hiel que se la va aglomerando hora por hora, y dia por dia, como las pesetas de á cinco y los realitos y la moneda de calderilla no vienen á distraer su vista, su oido, ni su pensamiento, de una idea fija que es la injusticia de la pobreza á que se va á ver reducida sino medra; llega el momento en que al requiebro del cabo Juan Cazorro, contesta una fresca, á la cual replica el con un terno y ella con un conjuro, y el de nuevo con una varada y ella con un cachete, y el con un puntapié que la hace bailar como perinola, y ella con una navajada de á tercia que lo lleva á él al hospital, y á ella á la

galera, á concluir de una manera trájica el resto de sus dias, contando sus hazañas, y sus contiendas, y sus preferencias, y las sales chocarreras de los cabos andaluces, que no puede borrar de su memoria, por mucho que se esfuerza á ello, asi como no puede acostumbrarse á la nueva monótona vida, despues de haber pasado tantos meses ó años entre las sardinas y el bacalao y los pimientos, y las pesetas isabelinas nuevecitas y relucientes, que iba separando á un rincon de su armario para revisarlas y gozar en su aumento y halagüeña perspectiva. Las cajas y las músicas del regimiento aun suenan en su oido, y las tardes de campo con las hermanas del sargento A. y la muger del brigada R., y los bailes de pandereta que hubo en su casa los domingos, vienen á atormentarla diariamente con los recuerdos de lo pasado, entre el remordimiento de su irritabilidad, que como todas las irritabilidades del mundo, sean justas é injustas, vienen á convertirse en perjuicio del que las padece, y pierde al fin los estribos por no saberlas enfrenar con la resignacion ó la prudencia.

De forma que en el carácter de la Cantinera de tiempo de paz, se suelen ver reunidas una gran flexibilidad que la permite acomodarse con todos aquellos con quienes tiene que chocar de frente, y una gran dósis de paciencia para ver y disimular en ocasiones sin quejarse la desvergüenza y el robo de algunos soldados, á trueque de que acrediten su establecimiento para que esté siempre animado y concurrido de los incautos reclutas, que como el pez al anzuelo acuden á contaminarse de las malas mañas, y diplomacia de baja ley ó sea gramática parda, de los soldados viejos, la cual aprenden á costa de disgustos y de dinero. En toda riña suele ser indiferente por sistema la Cantinera, y sabe por tanto evadirse de dar su opinion, á no ser que los contendientes sean soldados nuevos, sin conciencia propia, y de tal sencillez de ánimo que no deba creérseles capaces de temeridad ni de rencores profundos, que pudieran á su vez volverse en contra de ella. Como simple espectadora, no hace mas en tales escenas que templar con gran cautela el calor de las disputas, evitando que en su cantina lleguen á darse de navajadas, y la compliquen en una causa poco agradable, y que no la ha de dar honra ni dinero. Desde detras de su mostrador, con un ojo en los capitales adquiridos y otro en los que espera, recuerda sus desengaños y aprende á conducir su débil y combatido barquichuelo, al puerto seguro de la felicidad y desahogo en que puede prometerse acabar los últimos años de su vida, esplotando los descuidos de los demas y aun sus maldades sin comprometerse nunca en ellas. Esta es toda su ciencia.

CANTINERA DEL EJÉRCITO EN CAMPAÑA.

Es un tipo enteramente distinto del precedente; la base de sus acciones, sus hábitos, sus sentimientos, se parecen tan poco, que dificilmente podremos hallar un punto de semejanza, entre uno y otro. Por un efecto sin duda de que la vida del campo dilata el ánimo y engrandece los afectos del corazon, al mismo tiempo que aumenta la robustez y agilidad del cuerpo, ó de que en medio de los grandes

peligros de la vida se enaltece el espíritu de algunos séres dando ocasion al desarrollo de las pasiones nobles y grandes que no se abrigan con tanta facilidad en tiempos normales y en las poblaciones muy populosas, la Cantinera de campaña, á poco que haya seguido los ejércitos tiene de generosidad, de valor, de abnegacion, en fin, franqueza y desprendimiento, lo que la otra suele tener de calculadora, de cobarde, de egoista, de astuta y usurera. La Cantinera de ejército en campaña no hace mas que bienes, la de las poblaciones no suele ocasionar mas que males; y ¡triste destino de la condicion humana! la Cantinera de campaña en pago de su grandeza; si grandeza podemos llamar sin exageracion; en medio de su grandeza decimos, suele quedar muerta en el campo sin consuelo alguno y de una manera desastrosa, ó acabar sus dias en un hospital, sin que las dulzuras de la gratitud vengan á mostrarla el reconocimiento de sus servicios, endulzando las últimas amarguras de su existencia; mientras que la otra despues de haber muchas veces contribuido á pervertir la moral del sencillo recluta, y de no haber perdonado agio ni bajeza, para el aumento de sus utilidades, suele morir en cama propia, y rodeada de sus hijos ya crecidos, y en vísperas de tener entrada en las profesiones mas honrosas y lucrativas del Estado.

La Cantinera de campaña empieza su carrera de diferentes modos. Suele dejar la poblacion en que estaba avecindada, y ya admitida en un cuartel en tiempo de paz, al salir su regimiento á campaña, y acompañarle despues en ella; puede reunirse al ejército desde las poblaciones inmediatas al teatro de la guerra, sin haber ejercido en tiempo de paz esta profesion: generalmente suele ser gallega ó catalana. Segun su capital serán los ramos de comercio que abarque: muchas empiezan llevando tan solo una cubita debajo del brazo y una cestita con vasos, y progresivamente van adquiriendo cigarros, y variedad de vinos, fiambres, legumbres, etc., que acarrean despues en un borriquito, y mas tarde en un mulo, y al cabo en dos, si las ayuda la fortuna en sus empresas.

En el campamento componen su puesto con cajones y un toldo, único resguardo que las es posible usar contra la inclemencia del viento y de las lluvias; y alli despachan sus comestibles á la oficialidad y á la tropa, prestándoselos generosamente muchas veces, y aun desprendiéndose otras del dinero que ganan á costa de tantas penalidades y peligros, y que suele quedar sin retribucion alguna. Su trage suele ser el de su provincia, pero despues se reforma algun tanto; y visten con suma variedad, aunque siempre son dadas á los pañuelos de colorines y ringorrangos. En algunos ejércitos estrangeros tienen las Cantineras ó vivanderas su uniforme particular, lo que no sucede en los nuestros. Los vestidos mas usuales y generalizados entre las españolas, puede decirse que son: un sombrero de paja muy ancho, ó un pañuelo á la cabeza, un corpiño, una saya corta de mucho vuelo, pantalones y botin. Este trage suele estar bien á las que tienen aseo, hermosura y airoso talle; y con él ó con cualquier otro resisten muchas veces larga serie de años á las penalidades de la intemperie y de una guerra desastrosa y no interrumpida.

La Cantinera de campaña es lavandera, planchadora, enfermera y amiga

desinteresada de individuos de todas las gerarquías militares, desde el general al tambor; sin que deje de tener ademas sus afecciones particulares, y á veces vehementes, por uno ó mas individuos determinados del ejército. Al poco tiempo se van desarrollando en ella una porcion de sentimientos varoniles, hijos del trato y de la comunicacion frecuente con la oficialidad y con la tropa: asi es que en las batallas socorre con tierna solicitud á los heridos, y es de ver como á veces, cometiendo graves errores, y sin otro guia que su generoso corazon, aplica á la boca de los soldados exánimes su jarrita de aguardiente, pensando reanimarles; ó se apresura, otras, á restañar sus heridas, ó á pedir ayuda á sus compañeros, ó á estrechar entre sus brazos un cadáver hierto, creyendo poderle comunicar su calor y darle alivio con remedios ya tardos y de todo punto inoportunos.

Muchas Cantineras acompañan con la mayor serenidad á las compañías de cazadores en sus descubiertas y guerrillas, sin abandonarlos nunca, aun en medio de los mayores peligros, y de oir silbar las balas que pudiera despedir á quemarropa el ejército contrario; y á veces escita la compasion general el espectáculo que ofrecen sus tiernos pequeñuelos envanastados sobre los mulos, trepando riscos inaccesibles y bajando inmensos barrancos por medio del enemigo, sufriendo sus tiros certeros, sin prorrumpir en lágrimas y quejas, que fueran de todo punto inútiles en aquellos momentos de desolacion y humana carnicería.

En ocasiones de grande escasez de víveres y dinero, atraviesa el pais contrario, á riesgo de su vida, para traer lo que la es posible, y muchas veces nada mas que algunas frutas y verduras que reparte generosamente á muy poco precio, cuando conoce que la falta de recursos impide á sus compradores el pagarla conforme á los riesgos y penalidades que ha sufrido para adquirirlos. De esta manera se grangea el cariño de los gefes de graduacion y aun de los generales que no pueden ser indiferentes á tan repetidas pruebas de generosidad, valor y constancia, tanto mas de admirar en un sexo débil y delicado por naturaleza y que tiene que quebrantar necesariamente antes de llegar á familiarizarse con tal vida todos los instintos y hábitos de la infancia. Hay muchas de un temple tal, que ningun corazon de hombre puede superarlas en rasgos de humanidad y desprendimiento, al mismo tiempo que en entereza y valentía; y si su atrevido desenfado y los vicios que no pueden menos de ir anejos á su género de vida nómada, no empañarán justamente á los ojos de las personas de una moral severa, las bellas cualidades del tipo que vamos describiendo, no titubearíamos en asegurar que es uno de los que mas rasgos bellos, sublimes, inimitables, ofrece á la contemplacion del observador y del filósofo, en esos momentos estremos en que la humanidad, ciega de orgullo, se olvida de sí misma para encomendar, al derecho del mas fuerte la razon de sus rencillas ambiciosas é interminables. Tanta constancia, tanta generosidad, tanto sufrimiento, cuando no van seguidos de una rápida fortuna mercantil, no suelen tener otra recompensa que la de que el general en gefe pase un dia á su lado y la de una palmada en el hombro, diciéndola públicamente algunas palabras cariñosas y laudatorias, que la hacen prorumpir en lágrimas de gozo y respetuoso reconocimiento. Quien haya visto

en un campamento una cantina rodeada, en momentos de escasez, de oficiales y soldados, que acuden ávidos á comprar los escasos alimentos que suele encerrar aun en ocasiones de hallarse recientemente aprovisionada; y haya contemplado á la Cantinera repartiendo sus géneros con equidad y justicia, guardando el órden de rigorosa antelacion sin reconocer en aquellos momentos de hambre general las gerarquías militares que con tanto rigor como necesidad se diferencian, acatan y obedecen en los ejércitos; si ha participado del peligro, de la escasez, del hambre, tal vez haya recogido un momento sus ideas y meditado en el estraño contraste que ofrece una muger, muchas veces sumamente hermosa y agraciada, que aunque endurecida y varonil, no ha podido desprenderse de la ternura y afabilidad de su sexo, en un acto tan benéfico, equitativo, y muchas veces generoso y desinteresado, entre hombres belicosos y tostados á la intemperie y al humo de la pólvora, y encallecidos en los sufrimientos y privaciones de la guerra, que alzan sus brazos hácia ella, como pudieran hacerlo los ejércitos griegos al invocar á la diosa de la abundancia.

Sin embargo de esto, á su tránsito por las poblaciones la Cantinera suele tener el peor alojamiento, no hay consideracion para ella, y muchas veces que no puede colocar á cubierto sus mulos ni darles pienso de cebada y paja, como los demas; los saca al campo á lo que ella llama *estudiar*, y es pacer la miserable yerba que ha podido preservarse de las escarchas y heladas del invierno ó del sol abrasador del verano.

El marido de la Cantinera es un ser enteramente estraño á los quehaceres de su profesion, suele ocupar un puesto en su fila como soldado, músico ó tambor, y cuando es paisano sabe por punto general hurtar el cuerpo del peligro, encargándose de hacer provisiones de mantenimientos en los almacenes y plazas mas inmediatas al teatro de la guerra. Mal pensaria Quevedo que podrian venir á nuestro propósito estos versos de un romance suyo

Mi marido aunque es chiquito
al mayor de otra muger,
le lleva del pelo arriba
dos dedos puestos en pié.
No dice esta boca es mia
sino al tiempo de comer;
sin saber de donde viene
todo le sabe muy bien.

No hay para que decir que en concluyendo la guerra se acaban los riesgos de nuestra heroina, y empieza para ella una nueva era de sucesos prósperos ó adversos, segun haya tenido la fortuna de hacer un caudal y mejorar de posicion, ó la desgracia de volver del ejército de operaciones monda y lironda como fué, y teniendo que resignarse á recorrer los puestos de guardia de los puntos á que llegue para buscar su sustento. A esto suele al cabo venir á acostumbrarse por hábito y

por la natural simpatía que la puede muy bien inclinar á preferir el trato de la gente de guerra, á cualquiera otro partido ó modo de vivir tranquilo que pudiera proporcionársela.

CANTINERA DE PRESIDIO.

La Cantinera de presidio reune naturalmente y por punto general todas las peores cualidades de las demas Cantineras conocidas. Paga un tanto al gefe del presidio por establecer su cantina dentro de él, y es facil imaginarse las escenas y los cuadros que se referirán en su presencia por hombres que suelen hacer gala del crimen, y conceder cierta especie de supremacía al que mayores y mas frios atentados haya cometido en sus tiempos de libertad.

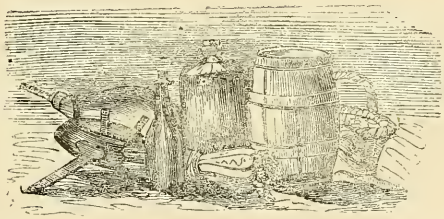
Ella, por su parte, aprovecha todas las ocasiones que se le presentan de hacerse con géneros averiados, porque para tales hombres todo lo juzga bueno, y porque teniendo de su parte á los capataces no hay gran riesgo de que se descubra su fraude ni de sufrir por consiguiente los castigos que le están señalados.

Su riqueza es tanto ó mas segura que la de la Cantinera de ejército en tiempo de paz, porque no tiene que temer tantas rivalidades, intrigas ni competencias en una profesion que necesita de suyo un temple de alma, un si es no es rebajado y tibio, para resignarse buenamente al trato continuo con hombres corrompidos y desalmados, que presentan en su mayor parte la imágen de una completa é incurable relajacion moral. La Cantinera puede ser muger de algun presidiario ó de algun soldado de la guarnicion, y en este caso es mas digna de respeto y consideracion que si fuese una simple aventurera interesada en sus ganancias y nada mas.

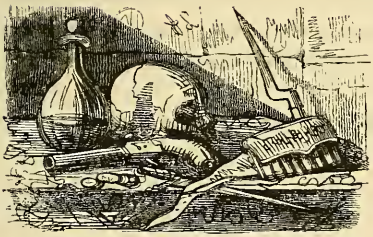
Andando el tiempo tal vez puedan vigilarse mas y arreglarse mejor los puestos de Cantineras que lo que se hace en el dia, preservando la moral del recluta de los malos ejemplos que allí se le ofrecen, y evitando en los presidios este medio libre y franco de comunicacion, entre otros muchos que tienen los hombres muy criminales, y cuya estraviada imaginacion se figura un mérito á su manera la consumacion de los mas horrorosos atentados.

Pero como la Cantinera no puede menos de ser necesaria, especialmente en los cuarteles, no creemos que deba ocurrirla el menor recelo acerca de la estabilidad de su profesion. Si asi no fuese, desde luego la aconsejariamos que desechase toda sombra de temor, imitando, sí, para hacer méritos, y para descanso de su alma en la otra vida, algunos rasgos de la Cantinera de campaña que la hagan perder parte del carácter duro y egoista que generalmente la distingue.

JOSÉ DE GRIJALBA.



EL GUERRILLERO.



Como el racimo á la cepa, como el grano á la espiga, como el contramaestre á su buque, como los harapos al pordiosero, como el hambre al esclaustrado..... como todas estas cosas se pega el Guerrillero á España; entre nosotros nace y entre nosotros muere, sin que nadie haya podido hasta ahora traducir á otro idioma ni á otras costumbres estrañas ni la palabra ni el tipo que ella representa.

El que haya visto alguna vez á un moceton de pelo en pecho atravesar con la nieve á la cintura las mas ásperas quebradas de las Amézcuas, las escabrosidades del Maestrazgo, la cima del Monserrat ó las áridas montañas que producen el tan sabroso como poco célebre queso del Cebreiro; el que haya visto á ese moceton desafiar tranquilo la constancia de cien valientes perseguidores y el furor de seis inviernos, sin mas defensa que un fusil roñoso no limpiado en toda la campaña, y una canana vieja atestada de húmedos cartuchos, sin mas abrigo que el pantalon y la chaqueta, el gorro catalan ó la bóina navarra, las alpargatas y para casos de apuros la parda y fementida anguarina; ese tendrá una idea aproximada del primitivo Guerrillero español; del soldado de fortuna; del hombre que al primer grito de guerra contra propios ó contra estraños sacude la pereza, estira los miembros, lanza un voto y cuatro ternos al aire, y abandona el taller ó la labranza, dice un alegre adios á los padres, á la muger, á los hijos

y al miedo, y trepa á los montes y merodea por cuenta y riesgo propios, todo el tiempo que tarda en reunirse á un cuerpo irregular compuesto de otros independientes como él.

Pero no basta conocer el trage y las armas de nuestro aventurero de montaña, porque estas y aquel sufren notables variaciones, á medida que se prolonga la vida errante: para no equivocarlo con otros guerreros, que aprenden el ejercicio en línea antes que la táctica de guerrillas, es necesario estudiar sus costumbres, que conservan sin alteracion; y esto no es tan fácil como parece, porque al cabo ningun Guerrillero se presenta á todas horas en público, para que los diseñadores de tipos le tomen por modelo cuando se les antoje: por esto mismo se hace indispensable que sigamos á nuestro querido compatriota por las tortuosas veredas que conducen á sus guaridas, aunque nos espongamos á rodar hasta el fondo de un abismo; que le contemplemos haciendo cara al enemigo, parapetado detras de alguna tapia, ó desapareciendo sin saber como de las manos y de la vista de sus contrarios; que nos riamos cuando enamora al patron de su alojamiento para que este no oiga el cacareo de sus moribundas gallinas, víctimas inocentes del hambre golosa de un atrevido compañero, y por último que nos admiremos de su ignorancia y de su paciencia.

El Guerrillero no es catalan, ni aragonés, ni vascongado, ni andaluz, ni gallego: el Guerrillero es español, y siempre que en España haya discordias intestinas ó guerras de potencia á potencia habrá españoles en las montañas. Ademas, el Guerrillero es el hijo predilecto de nuestras provincias, porque todas le consideran como un reflejo de su propia gloria, por lo mismo que todas son guerrilleras.

Eranlo ya siglos atrás, y un hombre célebre, VIRIATO, que

Pasando de pastor á bandolero,
Y de aquí á capitan el mas famoso,
Fué gefe á los romanos ominoso,

fué asimismo, no solo el primer Guerrillero, el primer héroe faccioso de la Península ibérica, sino tambien el verdadero, el único original de todos los facciosos, de todos los guerrilleros audaces que, como él, han sabido despreciar la muerte, y adquirir gloria.

Pesada y fastidiosa es la erudicion histórica para traida á cuento en artículos como el presente, pero á la historia tenemos que acudir muchas veces, con riesgo de pasar por eruditos á la violeta los que apetecemos escribir de cosas sabidas de todos y por ninguno examinadas. VIRIATO, faccioso contra Roma y de Roma vencedor, es el espejo de PELAYO, faccioso de las montañas de Asturias y restaurador de la monarquía goda, así como lo es de MINA, faccioso contra NAPOLEON, y de NAPOLEON triunfante en mil encuentros. Y MINA no habia leido la historia en 1808: pero ¿qué importa? MINA y el EMPECINADO y LONGA y SANCHEZ eran españoles como VIRIATO, y como él fueron herreros

y pastores, y como él pelearon y vivieron. Corrieron los años, y en pos de 1808 llegó 1823, y renació el Guerrillero lusitano en JUANITO y en MERINO y en SANTOS LADRON; pero ya no era pastor VIRIATO, porque se presentaba en la tercera ó cuarta edicion de su vida airada, y porque 1823 no podia convertirse en 148 antes de la venida de Jesucristo. Despues hemos tenido nuestro 1836 en que VIRIATO ha vuelto á trepar por las montañas desapareciendo como un meteoro bajo los pseudónimos de ZUMALACARREGUI y de CABRERA. ¿Quién sabe los años que andando el tiempo tendrán nuestros hijos? Esta es en reducidísimo compendio la tradicion histórico-guerrillera de España; pero siempre aparece en ella puro el tipo, no ha degenerado; el mismo ahora que en su orígen, aunque sugeto á la influencia mas ó menos pronunciada de los siglos; tan activo, tan emprendedor, tan resuelto antes del V. como en el primer tercio del XIX.

Ningun hombre apocado sirve para Guerrillero: la vocacion se revela desde los primeros años por un espíritu de independencia, por un prurito de contradicion y de descontento, que impelen al español neto á murmurar de todo el que manda: así que, aquellas provincias que tienen fama de mas antojadizas ó de menos sufridas son las que mejores Guerrilleros producen: ellas son en todo caso las que dan la señal, arrostrando las primeras consecuencias de un levantamiento; á su ejemplo se alzan las otras y envian sus arrojados hijos á los montes, que son siempre teatros de sangrientas hazañas y de venganzas inauditas.

El aspirante á Guerrillero, que teme ver cortadas sus alas antes de haber podido desplegarlas, desaparece de su casa y de su pueblo, sin mas equipaje que el encapillado, á fin de no esperimentar embarazos en su ligera marcha. Todos sus planes para lo futuro se reducen á no ignorar que hácia tal parte (unas dos leguas de su pueblo) ha aparecido, no se sabe si bajada de las nubes, una partida de *voluntarios*, defensores de.... en esto no está muy seguro el aspirante, pero se hace prudentemente el cargo de que tendrá tiempo de sobra para conocer la bandera que ha elegido: el hecho es que hay *voluntarios* en el pais, y esto le basta.

Bebe un trago en la primera taberna, y como posee una dósis muy regular de astucia, primera condicion que debe adornar al Guerrillero, se informa de *si hay ladrones en el camino y en donde estén poco mas ó menos*. Si conoce que nada tiene que temer en la taberna, se declara en ella *voluntario* y pone el establecimiento en contribucion, asegurando que no tardará en llegar el gefe con la partida. El tabernero empieza á meditar las consecuencias que indudablemente acarreará para sus pellejos la irrupcion de los *voluntarios*, y ruega al aspirante con las lágrimas en los ojos que beba cuanto quiera y que se marche pronto, á fin de evitar compromisos con las autoridades. Entonces dá príncipio el mozo á un reconocimiento formal de la taberna; pide aguardiente, pan y un cacho de queso para hacer boca; pasa la mano por la cara á la tabernera, la cual por el bien parecer le devuelve un bofeton, mientras el marido lo toma

á risa, tambien por el bien parecer; en seguida escribe cuatro garabatos fechados desde el *campo del honor*, y manda que, *so pena de la vida*, sea entregada aquella carta á su madre, *por convenir asi al real servicio*; repara luego que en un rincon se consume una arma vieja sin pié de gato, aunque la bayoneta está corriente; asegura que es un fusil famoso, y se lo apropia con intencion de cambiarlo por otro á la primera coyuntura; pica un cigarro, echa la espuela con el último medio chico de aguardiente, vuelve á pasar la mano á la tabernera, que esta vez no se ofende de la gracia, alarga los cinco al esposo estupefacto, que pone una cara de arcángel al contemplar tan simultáneas operaciones, y toma, sin pagar por supuesto, la vereda del monte, entonando el *Mambrú se fué á la guerra.*

Al llegar al punto en que cree encontrar la partida de *voluntarios* dá de manos á boca con una rolliza aldeana, que compadecida de su error le informa de que en el pueblo hay tropa.—¿Cuántos son? Esta es la primera pregunta del aspirante.—Mas de veinte contando con el comendante, responde la mozuela. —¿Y los *voluntarios*?—Se han ido ispersaus.—Ea, pues venga un abrazo por el aviso, salerosa.

Y quiera que no, arroja el fusil á tierra, me la pesca por la cintura, y entre chillidos y juramentos, y traspieses y carcajadas, le espeta un par de besos tan sonoros y redoblados como un castañeteo de dedos en tiempo frio: ella se limpia los abrasados carrillos con el delantal y huye hácia el pueblo á todo escape: nuestro voluntario se oculta entre las quebradas del monte y acecha el instante de la salida de la tropa. El oficial que la manda ha olido que anda algun moro por la costa y dispone una batida: el voluntario ni se mueve ni espira en su escondite; agachado, con la bayoneta armada, observa cuanto pasa, y cuando ve que los soldados están á veinte pasos, se desliza monte abajo como una culebra, sube á otro repecho y dá un silbido para escarnecer á sus adversarios: estos continuan el alcance, y él los lleva de monte en monte y de quebrada en quebrada, hasta que el comandante convencido de la inutilidad de sus esfuerzos reune la tropa medio estropeada de subir y bajar cuestas y oprimida con el insoportable peso de la mochila y el correaje.

El *voluntario* cada vez mas ligero y dispuesto á nuevas correrías vuelve por lo regular al mismo punto de partida, y entra en el pueblo abandonado una ó dos horas antes por el enemigo. Allí, sin encomendarse á Dios ni al Diablo llama á la plaza al señor alcalde, y en medio de todos los muchachos que le rodean pide alojamiento, tres raciones de pan y carne y un cuartillo de vino. Sorbe este de un solo embite, manda á la patrona que le prepare un guisado, se lo tragela, guarda las sobras del pan en una funda de almohada de la misma patrona, que ha tenido la habilidad de convertir en morral interino, cuenta á quien quiere escucharle cuatro bolas acerca de sus campañas, y se marcha socorrido para dos dias. Como no hace aun veinte y cuatro horas que falta de su casa, prosigue su aventurera ruta con la camisa que de ella ha sacado: pero si tropieza con el ama ó con la sobrina de algun cura ó con el mismo cura, es de

cajon que ha de mudarse todas aquellas prendas del vestuario compatibles con la carrera profana que ha emprendido. No comete un robo supuesto que permuta, dejando su camisa basta y sucia y sus raidos pantalones por los pantalones nuevos y por la camisa delicada y limpia del cura. Verdad es que por las gallinas, por los chorizos y por los jamones nada deja, pero en desquite agasaja al cura, y al ama, yá la sobrina, con los sabrosos manjares que á la iglesia regalan las bellísimas devotas del contorno. En honor suyo es preciso confesar que nunca toma chocolate, ni es aficionado al dulce, porque estas golosinas enervan el valor del hombre y dan muy poca consistencia al estómago: fuerte trago y razonable pitanza de volátiles y cuadrúpedos componen la cocina del *voluntario*, cocina que está seguro de encontrar todos los dias á su disposicion, por muchos obstáculos que se opongan á sus irregulares marchas y contramarchas.

El aspirante se matricula de Guerrillero desde el momento en que pide raciones á un alcalde, ó en que se vé perseguido por la tropa. Llegado cualquiera de estos casos, se deja crecer el bigote y las patillas, porque ya tiene á mengua el ocultar su profesion, y se convierte de la noche á la mañana en un soldado tan temible y tan agradecido que ni olvida un favor ni perdona una injuria. Pero no siempre puede permanecer aislado, y se hace para él cuestion de vida ó muerte el formar una partida y constituirse su gefe ó el ingresar en otra ya formada. Como son menos en todos los estados del mundo las notabilidades que las individualidades, y como este no es un artículo escepcional, dejemos á un lado los genios de la profesion, ó sea el Guerrillero organizador, y concretémonos al Guerrillero en general, al soldado montañés de infanteria, que es el Guerrillero puro de España, sin tener en cuenta las combinaciones políticas y diplomáticas que de poco tiempo á esta parte intentan abrir una brecha en los ráncios hábitos guerreros del tipo que nos ocupa.

Una partida de Guerrilleros, por numerosa que sea, nunca ataca en campo raso á tropas disciplinadas, si su gefe sabe la obligacion: lo que hace es sorprenderlas cuando puede, y aunque se encuentra precisamente organizada para la ofensiva, las ventajas de la táctica que observa, cansando al enemigo, son portentosas para su conservacion y aumento. Por eso el Guerrillero nunca tiene plazas que guarnecer; por eso resiste en un punto, no porque el punto le interese, sino porque en él causa mayores pérdidas que las que recibe; por eso lo abandona y vuelve á recobrarlo cuando le conviene; por eso, en una palabra, no puede ser jamas vencido, aunque casi siempre anda disperso en sus reveses.

Una de las principales obligaciones del Guerrillero, tal vez la mas importante, es conocer á palmos el pais en que opera: pocas veces traspasa los límites de su provincia natal para combatir en otras. De aquí resulta que siempre es dueño de fijar á su capricho el campo de batalla: desde que el éxito se manifiesta contrario, grita el gefe: *muchachos, á dispersion*; *dentro de dos dias todos en tal parte*. Y las guerrillas desaparecen en cinco minutos, y avanza el vencedor, y por mas que se empeña, no logra dar alcance á cuatro hombres reunidos: es decir, que ha peleado tres horas para apoderarse de una posicion, que tiene que abandonar

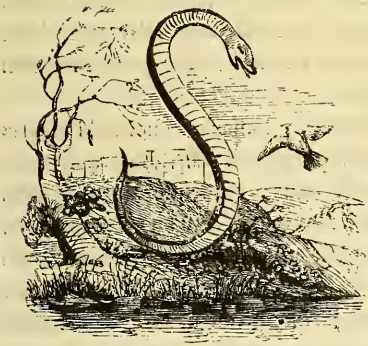
sino quiere perecer de hambre. El Guerrillero entretanto merodea por los pueblos y caseríos que casi siempre le protejen, se informa de cuanto hace el enemigo, penetra muchas veces en sus acantonamientos, y á los dos dias se incorpora infaliblemente á sus compañeros, para continuar aquella série nunca interrumpida de encuentros, escaramuzas, sorpresas, retiradas, victorias, descalabros, dispersiones y emboscadas. Pierde una accion, pierde seis, veinte: nunca padece de aprensiones, nunca se cree en mala situacion, porque está seguro de la bucólica, y engaña el tiempo ocioso en pelar la pava con sus patronas, gente que se paga mucho de aventuras y de proezas: si vé la cosa demasiado apurada, se esconde en cualquiera parte, por ejemplo, en casa de sus mismos padres, porque sabe muy bien que es imposible que en ella le busquen, y á fuerza de atrevimiento se burla de la mas esquisita vigilancia. Mejora el tiempo, ó se hace menos activa la persecucion, y ya le tenemos otra vez en campaña sacando raciones, tiroteándose desde un ribazo, arrastrándose á guisa de reptil, para caer de improviso sobre un soldado que dos minutos antes le encaraba el arma, entonando canciones alusivas á la causa que defiende, asistiendo á las romerías con riesgo de quedar prisionero, aporreando alcaldes y mojándose hasta los tuétanos.

Los aguaceros, la nieve, el hielo, las ventiscas de diciembre, las polvaredas, el abrasado sol de agosto... hé aquí los mas terribles adversarios del Guerrillero, adversarios que no consiguen domar su brio, ni enfriar su resolucion de vivir y morir defendiendo, malo ó bueno, el partido que ha abrazado. En el invierno camina, se bate, come, bebe, fuma, saquea, enamora, y duerme empapado hasta los huesos: en el verano no se limpia el sudor para ninguna de estas operaciones. Cuando oye á media noche el toque de generala, salta del lecho, y por muy cruda que sea la estacion, acaba de abotonarse los pantalones en la calle: se restrega los ojos, echa dos cuartos de aguardiente, y ya está dispuesto para lo que quiera ordenar el señor comandante.

El Guerrillero jamás hace traicion á su bandera, es inaccesible á la seduccion y aborrece los finos modales; nunca acepta gustoso por gefe suyo á un oficial del ejército; gana sus ascensos á balazos, y cuando se acaba la guerra vuelve satisfecho á su taller ó á la labranza de sus tierras, si tal es la voluntad del gobierno, seguro de la gratitud y consideracion de sus compatriotas. Si le toca la desgracia de caer prisionero y ser fusilado, muere como ha vivido; es decir, que las últimas prendas que le abandonan en el mundo son el valor y la conformidad. Si al contrario llega á ser general, el estado se procura en la persona del Guerrillero una adquisicion preciosa, porque su ruda franqueza, su talento, hijo de la esperiencia y del infortunio, y la noble vanidad con que se complace en referir diariamente sus plebeyos principios, son una garantía segura contra la adulacion cortesana, contra todas las emboscadas que los ambiciosos preparan sin cesar al hombre elevado, de quien en alguna manera dependen la administracion de justicia, el decoro y el brillo de una nacion.

JOSE MARIA DE ANDUEZA.

LA GITANA.



¿Quieres, lector benévolo, presenciar el nacimiento de esa muger que se conoce con el nombre de Gitana, segun unos, porque desciende de Egipto, y segun otros, porque se dió en llamar *Egipcios* ó *Gitanos* á todos los que no quisieron abandonar las tierras españolas cuando la espulsion de los moriscos; si deseas conocer una de las ceremonias mas importantes que los Gitanos celebran en el curso de su vida aventurera y vagabunda, hazme el gusto de seguirme hácia los arcos de aquel puente, porque al pie de ellos hemos de topar con lo que buscamos.

¿No ves arremolinada en derredor de la bienhechora lumbre hasta una docena de personas contemplando con ávidos ojos la racion de carne que va cociéndose lentamente dentro de una gran marmita de cobre? ¿No observas, ahora que te vas acercando, que esos hombres con su tez aceitunada, con sus abultados carrillos, con sus gruesos lábios, con sus negros, vivos y rasgados ojos, con sus largos cabellos, y sus blanquísimos dientes, revelan su origen estrangero, y que mas parecen hijos del Africa ó la Arabia que de Andalucía ó Cataluña? ¿No adviertes que sus gestos y su movilidad contínua dán á su conversacion y á

la vivacidad de su fisonomía cierta espresion penetrante y característica? No reparas, amable lector, que el rostro de esas mugeres presenta un aspecto melancólico, y que sus actitudes lascivas, su color, la soltura de sus miembros, su movimiento y agilidad, recuerdan un clima abrasador, donde hombres y mugeres se entregan á ejercicios que desarrollan el vigor corporal, y dan fuerza á ciertas facultades morales? Pobre raza! condenada por su infeliz destino á una vida errante, vaga un dia y otro, porque así lo quiere la estrella de su nacimiento, y rechazada de la sociedad, busca un albergue debajo de los árboles, al pié de solitarios castillos ó en el fondo de una quebrada. Pobre raza! sin patria y sin hogar, dispersa há cerca de mil años, inquirió un asilo en el Mediodia de Europa, y la Europa la repelió de su seno, arrojando sobre su frente el sello del oprobio, y vertiendo en su corazon el veneno de la amargura. Pobre raza! combatida por todas las causas que disuelven una nacion, las tiránicas y absurdas leyes promulgadas en su contra no han podido destruir su nacionalidad, y si no muere donde nace, nace y muere imitando las costumbres del Oriente, porque Dios y su destino no quieren que estreche los lazos sociales con los demas pueblos!....

Dirige ahora, carísimo lector, una mirada á esa docena de personas sentadas en torno de la lumbre, y conocerás que se hallan preocupadas con alguna cosa importante, pues hablan en voz baja y de vez en cuando vuelven sus ojos hácia un rincon del aduar, do yace cubierta con unas mantas y tendida sobre un monton de paja una pobre moza, cuyos dolorosos ayes, arrebatados por el viento, van á herir tus oidos, conmoviendo tristemente tu alma. Mira como se agrupan al rededor del mezquino lecho tres ó cuatro mugeres, y con qué afan recibe una de ellas en sus brazos á una robusta niña, de rostro atezado como su madre, y como ella de marcada y característica fisonomía. Oh! esta débil criatura es un pequeño anillo de esa larga cadena de Gitanos, cuyo primer eslabon no se sabe á ciencia fija donde ha sido forjado.

Si examinas con atencion á la desnuda Gitanilla, y tomas en cuenta la alegria de todos los que se hallan á su al rededor, no toparás con el padre, porque se parecen los unos á los otros como dos gotas de agua, y porque tanto el viejo como el mozo, lo mismo el casado que el soltero arrullan en sus brazos á la recien nacida, prodigándole palabras cariñosas en una jerga ininteligible. Sin embargo, no te será dificil dar con el padre de la pobre niña si reparas en un jóven de agraciado aunque moreno rostro, que *garla* sin ton ni son, celebrando los *fanales* del tierno *aguilucho*, su erguido *chapitel*, sus *gentes* ú orejas, sus *nares* y, en fin, todo su *chuche* ó semblante. Luego arroja sobre la cabeza de su hija un poco de *clarisa* cogida en el próximo *corriente*, y la entrega á una de las Gitanas, la cual *arroscándola* en unos trapos la coloca en un monton de *picosa*, poniéndose todos á *muguir* con el mayor apetito junto á la *lucerna*. Y como el agua es muy *crua*, y no ayuda á la digestion, pasa de mano en mano una *bujia* llena de buen *caramo*, alegrando mas y mas á los vagabundos gitanos, y dando mayor animacion á sus elásticas facciones, doble movimiento á sus azogados miembros. Despues el padre de la niña reparte unas cuantas *plantosas* de *peñascaró*,

y mientras los mas *piaores* se ocupan en *potar*, un mozo ojinegro toca la guitarra en rasgueado son, otro, tenido por gran *guillabaor*, entona unos cantares llenos de malicia, y las mugeres bailan en círculo, separándose ó confundiéndose segun su capricho, si no es que siguen las reglas de ciertas danzas, cuyo modelo es preciso buscarlo en otras regiones. Pueblo singular que en medio de la miseria se entrega á la alegría, olvidando sus privaciones con las ruidosas castañuelas, y la guitarra que ha pasado por quinientas manos de generacion en generacion...

Y aquí es preciso, lector mio, que, pidiendo perdon á los clásicos dramaturgos, quebrantemos las unidades de lugar y de tiempo, para llevar á nuestro *aguilucho*, ya convertido en *chaborro*, á cualquier pueblo de España, á fin de conocer sus costumbres de adolescente. Sin embargo, como ni por necesidad ni por buen corazon estamos obligados, cual los gobernantes, á tender un velo sobre lo pasado, podemos alzar un pico de la cortina, diciendo á los profanos algunas palabras acerca de la Gitanilla que vió la luz en su presencia, y ahora vá á ofrecerse á sus ojos radiante de juventud y aun de belleza.

Como nuestras leyes han puesto á los Gitanos en guerra abierta con los pueblos por donde pasan; como en vez de morigerar sus costumbres han hecho lo contrario; como, para decirlo sin rodeos, como el envilecimiento y degradacion que sobre ellos pesa han llevado á sus corazones un gran desprecio hacia las instituciones sociales, no siéndoles permitido para vivir hacer lo que los demas hijos de Adan, se ha dedicado á engañar á sus semejantes, quitándoles todo lo que pueden, estafándoles de un modo simulado, y ejerciendo contra ellos, no el derecho del mas fuerte, sino las prerogativas de mayor astucia y doble disimulacion. Una de sus mayores industrias es el robo, no el robo á mano armada que espone al ladron á recibir un escopetazo á boca de jarro, sino un robo tímido, furtivo, que si no revela arrojo indica sagacidad y cierto talento, que no dejaría de brillar mejor empleado.

Bautizada ó no nuestra Gitana, segun el antojo de sus padres, es conocida entre los suyos con el nombre de la *pelra*, y apenas empieza á articular algunas palabras de esa gerigonza tan espresiva le hacen repetir una y mil veces *choro*, *chorar*, y si la muchacha es un tanto *aguileña*, es decir, si notan en su rostro cierta propension al hurto, entonces todos se convierten en sus maestros, y como las teorias reciben su sancion de la práctica, y la niña no es *estropeáa* del entendimiento, escusado es decir que á la vuelta de seis años es una perfecta *birlaora*, ejecutando á las mil maravillas las lecciones que ha recibido en esa escuela constante de socaliña y artimaña. Ella, cuando la banda establece su vivac en las afueras de un pueblo, asalta las huertas y *arrobiña* frutas y hortalizas; ella trepa por las paredes de un *corrincho;* invade el gallinero, y si no puede atrapar al *capiscol*, echa mano á una *coba*, torciéndole el pescuezo para que no cacaree, y aun suele coger un par de *albaires* ó sean huevos frescos. Otras veces penetra en la poblacion, corre por sus calles, y se llega á la puerta de una casa, diciendo con voz dolorida:

«Zeñó, deme zu merzé una limoznita por Dioz, que eztoy *gandía* de jambre.

—Perdona, muchacha: le responde con tosco acento un señorito de lugar que se ocupa en dar de comer á una perdiz.

—Zeñó, replica *la chulama* entrando en el zaguan; po loz clavoz é Crizto, que ya jase doz diaz que no he probao el *jarton*. Azí el divel de loz cieloz le dé á zumersé cuanto decea..... ande ozté, zeñorito, que lo pio con mucha neseciá..... por eza cara tan germoza y eze cuerpo tan bien formao.»

Y se va introluciendo mas y mas hasta que se llega al mancebo renovando sus *floraynas* y sus gatatumbas. Si, apiadado este de la infeliz Gitanilla, se marcha á la despensa en busca de alguna cosa con que socorrerla, la Pelra *ase* lo que está á mano y es trasportable, lo guarda entre la ropa, y cuando aquel vuelve la encuentra en el sitio donde la dejó tan serena como si nunca hubiese roto un plato. Así recorre todas las casas llevando á su aduar, como producto de su *jarrama*, una *paloma* ó sábana, dos *caronas* ó camisas, un lardo de *murceo* ó tocino, varios mendrugos, los cuartos recogidos de limosna y tres pesetas, que como buena *tomaora del din caló* del bolsillo del ama del cura al besarle la faldamenta en señal de gratitud.

Entretanto va corriendo el tiempo, y la *Pelra*, libre en sus acciones y en sus gustos, azotada por la lluvia y combatida por los vientos, arrullada por las tormentas y adormecida por los huracanes, crece en medio de sus privaciones flexible y esbelta como el pino á cuyo pié reposa, se cria ágil y fuerte como el corzo de los montes, y si el sol de los campos dora mas y mas su atezado semblante, tambien da mas brillo á sus ojos de azabache, y desarrolla completamente entre todas sus formas, imprimiendo en sus labios un sello de voluptuosidad, y sobre su frente la marca de violentísimas pasiones. Cuando la *Pelra* llega á tener quince años es hermosa, porque no hay muger fea á semejante edad, y porque las Gitanas llevan en el pecho un volcan, cuyo calor se siente á muy razonable distancia. Entonces es fácil perder el juicio y volverse locos por ellas como el Cuasimodo de Victor Hugo, ó abandonar las ciudades y seguirlas al fondo de los bosques, como el ilustre mancebo de nuestro inmortal Cervantes. Nosotros, benigno lector, iremos tras de la *Pelra* á donde quiera llevarnos, armándonos antes de indiferencia y de desden, y cubriendo nuestro pecho con el escudo de la mas helada frialdad. De otro modo nos abrasariamos en la viva lumbre de sus ojos, y no nos seria dado bosquejar en calma el lindo retrato de nuestra Gitanilla.

Supersticiosa como todos los pueblos del Oriente, aficionada como ellos á la astronomía, esa raza de Gitanos que cual los árabes del desierto no duerme dos noches en un mismo sitio, como le conviene engañar á cualquiera costa, hace que estudia las vicisitudes humanas y las constelaciones celestes ¡y cosa estraña! esas tribus errantes, esas familias nómadas y vagabundas, condenada como los judíos á una proscripcion eterna, y que no pueden aliviar su propia suerte, creen conocer el destino de los demas hombres, dando asenso á sus mismos oráculos. Nada mas frecuente que oir á las gitanas la *buena ventura*, queriendo persuadir á los bobos ó *blancos* que conocen los arcanos

de lo futuro en la misteriosa disposicion de las rayas de una mano.

Bailando la *Pelra* unas veces, pidiendo otras, ya cantando con libertad *desenfadáa* descompuestos y lascivos cantares, ya narrando sus propios infortunios ó los de su familia con lastimera voz y gesto dolorido, segun las personas con quienes trata y los lugares donde se encuentra, recibe no pocas limosnas, adquiriendo dinero de los unos, zapatos de los otros, refajos de algunos, y pañuelos de no pocos. Pero lo que mas produce á la ingeniosa Gitana son sus nigrománticos ardides, siendo muchas las cábalas de que se vale para hacer que algun inesperto mancebo de los que nunca faltan oiga su futuro destino, anunciado en campanudas frases y enigmático estilo. Cuando resuelto el jóven á escuchar su sentencia, tiende la mano á la pitonisa, esta se apodera de ella con gravedad, clava los ojos un momento en las rayas que cruzán la palma, y en tono solemne y profético esclama de esta suerte, despues de haber consultado la *genitura* del mozo.

»Eztoy viendo en zu mersé un jóven muy esgrasiao po laz calaberaz dotroz y po laz zuyas propiaz.... Ay! Zeñó, ¿por qué daz á laz criaturaz un *navio* tan gayardo, zi laz ejaz á ozcuraz de zentío, y lez conzedez muy poca *chichi*?... Probe moso! juya, juya zu mersé é laz mugerez hazta que loz añoz haigan madurao zu juisio, y ze zienta baztante juerte pa zofrí laz perreriaz de eza *já* que le trae reguelta la zezera... Mañana alumbrará la luna, con purízimo rezplandó, y obliará zu mersé loz espresios de eza dama que corre traz zu ribal como yegua zin freno.... Luego que zu mersé güelba lo jombroz á zu *chulama* lusirá en toa zu clariá la eztreya é zu nasimiento, y el ruio de laz armaz le jará zaltar é la *blanda* y señirze á un lao el *abanico*, que ha de cortá maz de un *chapitel*... ¿No vé zu mersé ezta raya que ze ezliza jasia el deo pequeño?... eya rebela á no poer maz que zu mersé crusará loz marez y que si no le *dan mulé* en lejanoz paizes, pazará laz aguaz ezpuez cargao de pelraz que tirará á loz piez de una jembra como un zol. Jui! zeñorito, ¡y qué ezlichao va á zer zu mersé, y cuantoz afanez le prepara el Zeñó zi no sierra zu corason á loz flechasoz del siego!... Zuz lágrimaz roarán po loz zueloz, y nengun endino irá á esirle palabraz é ternura... Maz *zoniche* que no too ze pue jablá y naide zabe loz zecretoz del divel.»

Asi termina la *Pelra* su gerigonza, y el mancebo que apenas ha comprendido tres palabras, se aleja pensativo, porque desde el momento que el hombre se ocupa de porvenir se entristece á pesar suyo, aunque crea penetrar los futuros sucesos de su vida á traves de azules ó rosadas nubes. Sin embargo, la curiosidad ejerce gran imperio en la juventud, y una mozuela se acerca temblando á la Gitana, rogándole la diga la *buena ventura* en cambio de algunas monedas. La *Pelra* la examina de pies á cabeza, y luego con acento melancólico entona un cantar débil y lánguido, arrebatando el corazon de cuantos la escuchan, porque si su música es pausada y armónica, tambien es negra como los pesares de un desterrado, triste como las revelaciones y consejos que la letra encierra.

¿Por qué tiemblas, pobre niña,
Como arbuzto del dezierto,
Que ze mueve zin consierto
Cuando el vendabal le *diña?*

Mas jasez bien en yorá,
Que en ezta mano *diquelo*
Laz penaz que el negro sielo
Adizponiéndote eztá.

Trez pajaroz rebolando
Irán á tu ezcuro nio
Y por encontrá zu abío
Mil cozaz irán cantando.

El águila *enquiyotráa*
Con zu arrojo y zu pujansa,
Dirá, que nenguno alcansa
Lo que ya yegó á alcansá.

El cuervo zuz negraz alaz
Selebrará y zu primó,
Por atrapá la mejó
De toiticaz laz tuz galaz.

El ruizeñór amorozo,
Pa mitigar zuz pezarez,
Entonará mil cantarez
Con asento melodiozo.

Y tu, inosente *chibata*,
Lo abrigaráz en tu zeno,
Apurando eze veneno
Que enloquese zi no mata.

Maz pronto juirá de tí
El embaidor pajarillo
Y tu corason zensillo
Ezcomensará á zofrí.

Probe niña! zeca el yoro
Y zerena los *columbrez*,
Porque zon laz pezaümbrez

De tu hermozura dezdoro.

Alsa altiva el *chapitel;*
Encampánate orgulloza,
Y no gimaz, probe moza,
Por un ingrato donsel.

Zi te jasez *redomáa*,
Por eze hermozo palmito
Maz de un beyo zeñorito
La caëna arrraztrará.

Que lo jombrez corren siegoz
Traz una *chulama* beya,
Cuando loz espresia eya,
Y ze rie de zuz fuegoz.

Zi zabez vivir tendráz
Mil *fúcarez* amaorez,
Toiticos contribuiorez,
Y muy *godeña* zeráz.

Navega puez viento en popa,
Que yá *altonáa* yá zoltera,
En ezte mundo prozpera
La mugé que á muchoz copa.

Zi en tu barreera vé
Un rizeñor á dar viene,
Zuz ezperansaz mantiene
Durante un mé y otro mé.

Maz zi le zientez clabao
En la punta del ansuelo,
Arrójale po lo zuelo
Y que zufra el ezdichao.

No zerá niña el primero
Que ajenaz culpaz pagó.....
Pague puez un ruizeñó
Jumilde por otro fiero.

Navega niña á toz vientoz

Y zi *chimuyea* alguno,
Deja al probete importuno
Luchá con zuz penzamientoz.

Maz pecaorez que tú
Eze mezmo á la cayáa....
Pero *me nájo* zaláa,
El *divel* te dé zalú.

Si la Gitana escita cuando niña la compasion; si despues es admirada por su destreza en el arte de *birlar*; si luego que alcanza sus tres lustros arrebata diciendo la *buena ventura*, cantando ó usando de esos chistes que á borbotones se desprenden de sus lábios, nunca es tan bella y arrebatadora, jamas cautiva á las mugeres y entusiasma á los hombres como en el baile, ejercicio en que brilla sobremanera. Ajustado el talle con un *apretao* (corsé) negro ó de color de canela, que forma un estraño contraste con lo encarnado de la *campana*, la cual solo llega á la mitad de la pierna; calzados los *saltaores* con *eztiboz* de muy corto empeine; *toldao* el pecho con un pañizuelo de color; vistosamente recogidos sus *aires* ó cabellos, y adornada la cabeza con infinitos moños, se presenta la Gitana en Mairena, y á todos los majos que montados en briosos *almifores* cubiertos de *gireles* van llegando á la *bola* (feria) los convida á que vayan á su puesto, diciéndoles que posee un *palacio* allí cerca, y que en él pueden solazarse de lo lindo, porque tiene muy buenos *tálamos* y por lo que luego verán. Prendados los mancebos andaluces del gracioso atavio de la Gitana, arrebatados por el fuego que despiden sus *acais*, y arrastrados por el *sardioque* ó sandunga de la *chulama*, la siguen á su palacio, que es una choza formada con mantas sostenidas en unos palos, se sientan en los *tálamos*, que no son otra cosa que unas esteras, piden dos ó tres libras de buñuelos, y cuando han apurado sendos tragos de anisete, y les hierve la cabeza, hacen á la Gitana que baile con otras tan *jarifas* y *emperegilláas* como ella, y como ella tan ricas de *sardioque*.

Diestra la Pelra en el arte de agradar, al son de la guitarra que suele tocar el capataz de la banda, dueño de aquel *tinglao*, mientras que dos ó tres de sus compañeros cantan una *balúa*, ella baila que se las pela con otros dos ó tres, causando gran impresion á los aturdidos majos la voz de las *guillabaoras*, el *saltaren* de la guitarra, el ruido de las castañuelas, el gracejo de las Gitanas, sus maliciosos cantares, la picaresca espresion de sus miradas, y el brillo de sus adornos.

Y aquí, lector bueno, aunque antes no tuvimos á bien correr un velo sobre lo pasado, es necesario que arrojemos uno muy túpido, porque vestida la *Pelra* con una *cubierta* que marca perfectamente su talle y sus graciosísimas formas, merced á sus libres movimientos, en cada gambeta descubre un pié sumamente pulido y una hermosísima pierna, porque se bambolea su *árbol* con muchísimo aquel, porque sus ardientes miradas quieren decir cierta cosa, porque en

Andalucía lucen las estrellas en una noche de abril con claridad algo lúbrica, porque los naranjos que tanto abundan en aquellas campiñas esparcen un perfume que embriaga los sentidos, y porque el esplendor de aquel cielo escita ideas un tanto voluptuosas ....

Si yo no fuera cristiano rancio, sin faltar á la verdad de los hechos, entregaría la *Pelra* á un mozo de la banda, permitiéndole vivir con ella en franco concubinato; pero aunque esto es muy comun entre los Gitanos, los cuales suelen elegir su muger á la luz del sol ó á la claridad de la luna, con consentimiento de sus mas próximos parientes, como los hay que celebran su matrimonio con todas las ceremonias prescritas por la iglesia, lo mejor será que apuntemos á la *Pelra* en legítimo consorcio, al son de la guitarra y las castañuetas, entre las abundantes libaciones de los alegres Gitanos, y al ruido de sus cantares y sus vitores.

Cuando la Gitana se vé *altonáa*, olvida sus bailes y canciones, y se entrega á la vida de madre y esposa, cuidando de su marido primero y de sus hijos despues, á quienes vá enseñando cuanto sabe y aprende desde que dobla la cerviz bajo el yugo matrimonial hasta que es sorprendida por la *cierta*, y es fuerza hacer justicia á esa raza, á quien el vulgo, que jamas abandona sus preocupaciones, tiene por absolutamente desprovista de buenos sentimientos, creyéndola entregada á repugnantes vicios, sin otro capital que el de la ficcion y el engaño. La Gitana abriga en su corazon un tesoro de amor para con sus hijos y un rico caudal de ternura para con su compañero. Ninguna sabe llenar los deberes de madre y de esposa tan bien como una Gitana, ninguna cumple tan fielmente los juramentos prestados en el altar ó solo ante sus camaradas; ninguna comprende mejor las leyes de la naturaleza.

Y ese afecto que se nota en ellas hácia su marido ó amante, nunca se debilita aunque este relaje los vínculos del matrimonio, ó rompa los lazos del concubinato, lo cual sucede algunas veces, porque el mancebo puede dejar la muger vieja por otra jóven, de acuerdo con su esposa ó barragana. Si los ayuntados son de igual edad, bogan juntos por el mar de la vida, divirtiéndose en dias de calma, y prestándose mútuos ausilios cuando la tormenta arrecia y alguno de ellos se halla espuesto á naufragar. No es estraño que el marido de la *Pelra* deje á uno *corbao* de una *mojáa*, y que antes de *guiyarse* le *acierre* la *gura* (justicia), soplándole en el *estaribé*. La Gitana se araña al saberlo, y aunque el *enrejao* cante al son de los *anillos*:

En la reja de la *trena*
No tocupez en yorá,
Ya que no me quitaz penaz
No me laz venga jadá,

llora y gime desolada, pudiendo sus ardientes lágrimas, si cayeran sobre las *calzas* limarlas en un momento, dando *calle* al *angustiao*.

Pero muy pronto conoce la afligida Gitana que con lloros y gemidos no se alcanza la libertad, y entonces empieza para ella una vida activa y de movimiento que le produce malísimos ratos en cambio de levísimos goces. Porque no contenta con regalar al *banquero* (alcaide) para que trate bien á su pobre marido, y á todos los *bellerifes* ó criados de la cárcel para que la dejen acercarse á la reja á *garlar* con el preso, importuna al *brabo* (juez), visita mañana y tarde al *nuestramo*, (escriba) ruega á todas horas al *venga-injurias* (fiscal), y anda en un pie como la grulla, de la cárcel á la casa de estos, y de aqui á la cárcel, contando al *antojao* los progresos de su causa, el resultado de sus gestiones y las esperanzas mas ó menos fundadas que abriga de *florear* (engañar) al juez, á quien llama *gambalua* por su desmesurada altura y poca alma, de ganar con *nipos* al escribano, á quien califica de *dezoyinaór del infierno*, y de aplacar con *bribia* ó buenas palabras el rigor de fiscal, á quien quisiera ver haciendo piruetas en la *ene de palo*.

Gracias al *poer* de *Juan Dorao* el escribano activa la causa; merced á *floraynas* y adulaciones, y acaso tambien al *gótico* (ilustre) nacimiento de *Juan Platero* el promotor pide una levísima pena, y en atencion á que la *Pelra* tiene unos ojos que queman, y muchísimo donaire, y no poca sal, y considerando que vá puesta de *filili*, y es algo complaciente, el *bravo ó bari* condena al Gitano á solo cuatro años de presidio, el cual *burla* el sentenciado á los dos meses, rompiendo la *zerezeda* al ronco grito de *peñaz* y *longarez*!!!

La Gitana sigue al *burlaor* en su *afufon*; ambos ponen tierra por medio y como nadie mejor que los Gitanos conoce los caminos y encrucijadas, las trochas y veredas, el marido de *la Pelra* se mete á contrabandista, viéndose á esta desde entonces entrar con recato en las poblaciones, llevando debajo de la mantilla un *ovillo* de ropa que vende ó trueca á las mugeres, á quienes siempre *dupa*, valiéndose para ello de todas las carlancas y *chanzas* (sutilezas) que le sugiere su viva imaginacion. Tambien á la sombra de su comercio vende las prendas que otros se ocupan en *buscar*, por cuyo corretage *engiba* una parte de ganancia, llegando al cabo de poco tiempo á hacer un buen peculio que podria aumentarse en gran manera si no fuese á destruir sus planes la suerte de su marido, *espirrabao* de un tiro por los malditos carabineros.

Estremada en su dolor la Gitana, hace que el entierro de su esposo se celebre con la pompa que permite su bolsillo, y acompaña al cadáver hasta el *coto*, mesándose el cabello, vertiendo abundantísimas lágrimas, y arrojando furiosos alaridos. Cuando *plantan* al difunto, vuelve la Gitana al *fato* y como está segura de que en la banda encuentra los mismos ausilios y la misma proteccion que pudiera dispensarle su esposo, se entrega á la alegria en un improvisado festin, porque los Gitanos acaban la carrera de su vida con música y regocijo como la empezaron.—Viuda la *Pelra* prosigue en su industria y su trapicheo, ocupándose en la *garda* ó cambio de ropa, en asar castañas en algunas ciudades de Andalucía durante dos meses del año; y en freir buñuelos en las ferias, ayudada por sus hijas y compañeras. Por lo demas en las casas donde *vende sus prendas*

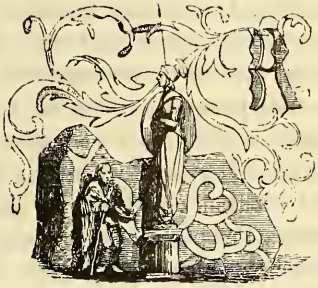
como en las esquinas en que pregona las *calentitas* en el real de la feria donde provoca á las *gentes* con sus gestos y palabras, siempre es decidora y chistosa, sin que los años la hagan variar de conducta, y mucho menos de sentimientos.

Y hé aquí, lector amigo, como la civilizacion no ha variado las costumbres de los Gitanos, y como pasan las revoluciones sobre su cabeza sin arrancarles ni un solo cabello. Merced á los muchos trastornos que los españoles hemos sufrido, trastornos que no han dejado títere con cabeza en nuestra asendereada patria, nuestros tipos se hallan averiados, y se necesitan ojos de lince y un enorme catalejo para descubrir nuestras peregrinas costumbres populares entre las insulsas costumbres estrangeras, y nuestros antiguos caractéres entre los caractéres de hoy. Solo una raza, despreciada siempre por las otras razas y perseguida siempre por nuestras mismas leyes, ha conservado su primitiva originalidad, sin que el tiempo, que todo lo arrastra en su violenta carrera, haya podido despojarla de uno solo de sus hábitos, de una sola de sus costumbres. A ser yo filósofo, me daria de calabazadas para atinar con las causas de semejante estraño fenómeno, mas como no lo soy concluyo este pobre articulejo, asegurando que los Gitanos son impermeables sin que les hagan mella las revoluciones ni los descortece esa arrogante matrona llamada civilizacion.

SEBASTIAN HERRERO.

ORTEGA

EL MENDIGO.



ARO *vice-versa* de las cosas humanas! El descocado y vocinglero Mendigo, que se burla de la sociedad, molestándola con su desaseo y sus clamores, es mirado con respeto, recibe agasajos y liberalidades, lo mismo en la cabaña que en el palacio, y ve pasar los dias de su vida sin tener que medir el tiempo, libre de temores y cuidados, pudiendo siempre decir á la vista de la riqueza y los festines del poderoso que del se compadece ó lo disculpa sino bebo en la taberna huélgome en ella, en tanto que el verdadero indigente que procura ocultar su triste estado, pasa por la amargura de verse despreciado sin hallar una mano bienhechora que le alargue un módico socorro. Pero ¿qué hay que admirar en esto? El hombre en todo es estremoso. Va todavia mas allá en su injusticia. No se contenta con echar una mirada desdeñosa y despreciativa sobre el vergonzoso y pusilánime necesitado. Se complace tambien en degradarle, y

siempre encuentra algo que censurar en su víctima para halagar su propia vanidad. El vergonzante es deforme aunque sea un Adonís en hermosura; tiene condicion de tigre, aunque sea mas manso que un cordero; sus agudezas se llaman insulseces aunque le hayan educado las gracias; su actividad recibe el nombre de atolondramiento, aunque sea mas sesudo que Caton; y su prudencia es disimulo malicioso, aunque sea mas virtuoso que Sócrates..... Pero veo, lector delicado, que el preambulillo se te atraviesa y estás diciendo allá de botones adentro, ¿á qué conduce aquí este principio de sermon cuaresmal? Pues has de saber que tiene su *busilis*. El Mendigo español es una especie de alimaña que infunde miedo como lo comprueba aquello de cállate niño que viene el pobre, con que se nos asusta desde chiquitos. Ese miedo es la causa porque se le respeta pues nace de su independencia y de los recuerdos de su origen que ofrece la idea de la fuerza, y la fuerza es la reina del mundo, aunque haya quien sostenga lo contrario. Pero supuesto que no he principiado este artículo á tu gusto, á lo que esclusivamente debo atender sin meterme en otras honduras, veamos si te llena esta otra introduccion.

Si la sociedad hubiese siempre ausiliado al verdadero desvalido, que por su posicion tiene que recurrir á la conmiseracion pública, y hubiese perseguido al mismo tiempo esas tropas de vagabundos que tanto la afean é inficionan, habria llenado uno de sus principales deberes, sin incurrir en el desacierto de distribuir socorros que no alivian la verdadera desgracia, crean la mendicidad voluntaria, alimentan la pereza y dan pábulo á los vicios. Entonces no habria Mendigos ni cosa que lo valga; cada quisque pondria sus huesos en punta desde los primeros albores del dia para dedicarse á un trabajo provechoso al individuo y al estado, siendo el pauperismo una calamidad de circunstancias pasageras, con las que desapareceria siempre.... ¡Ola! aun vuelves á cabecear? Sobre que no hay como poderte contentar desde que asistes al Ateneo, al Instituto y al Liceo, y lees todos los dias esa porcion de periódicos literarios, henchidos de bellísimas producciones traducidas á las mil maravillas! Pues á fé mia que por esta vez estaba yo muy ufano con ese exordio de disertacion filosófico-político-económico, y creia hacerlo con tanta perfeccion como uno de los mejores oradores del salon de Oriente. Apurado es el lance. Si no temiere lo tomes por disculpa que encuentra el amor propio á mi torpeza, me atrevia á decir que toda la dificultad del acierto viene de la delicadeza del asunto que he tomado á mi cargo, mas veamos si por este otro camino puedo salir adelante.

El español Mendigo de profesion que sin padecer enfermedad alguna y sin faltarle en que trabajar se cubre de harapos, oculta su salud y sus fuerzas y bajo el aspecto de males que diestramente sabe fingir de mil modos, aparenta debilidad, huye de todo arte ú oficio, y se entrega á esplotar la caridad cristiana en nombre del Nazareno, pero cubierto con el manto de Diógenes, es el *caput mortuum* de la poblacion, y una especie de fenómeno social muy estraordinario que en todos tiempos ha llamado la atencion del observador. Su pensamiento dominante esclusivo, y la regla de

su conducta se encuentra muy exacta y bellamente esplicados en los siguientes versos de nuestro Espronceda.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mias sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.
» Mio es el mundo, como el aire libre,
» Otros trabajan porque coma yo;
» Todos se ablandan si doliente pido
» Una limosna por amor Dios.»

En efecto, este moderno Bias, que con mayor razon que el sabio griego puede decir «todos mis bienes los llevo conmigo;» no aludiendo á la ciencia, sino al proverbio castellano *ese te hizo rico que te hizo el pico*, siempre escitará la curiosidad, ya sea que se le considere en su absoluta independencia, ya se le examine despues que perseguido por las autoridades viene á dar con su entera libertad en un hospicio, sujeto á la estrecha observancia de un nuevo reglamento que modifica sus costumbres, pero nunca tan profundamente que el uniforme que le disfraza no deje descubrir los restos de sus harapos, los vestigios de inveterados hábitos, y una porcion de especialidades que han quedado como grabadas en todo su sér.

Empero lo primero que salta á la imaginacion al ver ese ente incivilizado es lo dificil que es dar con la verdadera causa del pauperismo voluntario, planta tan indígena de nuestra península. Hay quien cree que se nutre y conserva mimada por la grande temperatura del clima, favorable á la molicie y á la pereza. Otros la suponen importada cuando las largas peregrinaciones á los santos lugares. Otros regada con la abundante riqueza que circuló por nuestro suelo en seguida del descubrimiento del Nuevo Mundo. Otros en fin, sostienen que es el producto de una impremeditada compasion, y de ideas religiosas mal concebidas. Como quiera que sea, estas causas no se escluyen unas á otras, y muy bien pueden haber concurrido juntas con los vicios de la legislacion á alimentar esta planta ponzoñosa.

Sin embargo, la mezcla que se descubre en nuestro Mendigo de profesion de cierta especie de rústico y aparente estoicismo, y de hipocresía religiosa con el cinismo mas impúdico y degradante da indicios de que estas semillas deben haber venido del Oriente. No es esto decir que nuestro Mendigo tenga la mas remota idea de Epiteto, ni de Antístenes, sino que las doctrinas de estos filósofos han llegado hasta él degeneradas y corrompidas de una manera tradicional, y con la inexactitud ó confusion que descienden todas las teorías á las últimas clases del pueblo. Tampoco afirmaré esté muy instruido en los consejos del Evangelio, pues acerca de este particular solo sabe tambien de oidas, que Jesus y los Apóstoles fueron pobres, y dejaron muy recomendada

la pobreza. Esto le basta, cuando la esperiencia le ha hecho ver por otra parte que las necesidades del hombre son pocas y fáciles de socorrer, y que la mayor parte de los males morales nacen del temor y la esperanza. De este convencimiento práctico sacan la regla siguiente como si se la dictara el mismo Boecio.

Si repulsas la alegria,
Y repeles el temor,
Se ausentará la esperanza,
Sin que sientas el dolor.

Colocado en esta situacion el ánimo del Mendigo, empieza á desprenderse de todas las relaciones sociales, y hace los mayores esfuerzos para amoldarse á este grado de indiferentismo. Pero sus conatos no dan por resultado la estuicion de perjudiciales afectos, porque esto solo es propio de almas grandes, no contaminadas por los vicios, sino cierta especie de entumecimiento moral, que no sabe discernir y que le conduce por la mano al olvido de toda decencia. Desde este momento ya ha entrado el Mendigo en el cinismo, en un cinismo práctico estravagante, tanto ó mas que el que escandalizó á la culta Atenas.

Pero lo que mas contribuye á afirmarle en sus propósitos, lo que le hace marchar firme y seguro por la ruta que ha escogido, es el abrigo que encuentra en parte de la misma sociedad de que tanto se mofa, y á la que presenta como títulos poderosos de su obligacion, los mismos sentimientos humanitarios y motivos religiosos que la impulsan.

No sin dificultad, como vés amigo lector, he podido lograr, que medio vislumbres el orígen del protagonista de nuestro drama, y darte á conocer las creencias, que son causa impulsiva de sus modales y costumbres. Ahora voy á sacarlo á la escena, ó diré mejor cuál el cazador activo persigue con empeño los animales dañinos que destruyen la caza de los montes siguiéndolos por la pista, iré á buscar en todas sus guaridas este animalejo ó vulpeja, por cierto mas perjudicial y bellaca, siempre en relacion con ladrones y con la canalla en todas sus diferencias.

Por muchos albañales vierte la inmoralidad en medio del edificio social esta inmundicia de la mendiguez voluntaria que lo apesta é inficiona todo.

Ese *coscon* que con su eterno movimiento de hombros y espaldas dá indicios de la inquietud que sufre su epidermis, y mal perjeñado con los restos del uniforme que llevó en las batallas de Bailen, Chiclana y los Arapiles, segun él cuenta, vaga siempre por la circunferencia de una gran ciudad, importunando á todo viajante que entra ó sale, es un Mendigo aleccionado, que sabe hacer muy bien su papel. Comisionista oculto de la compañía anglo-hispana, tan afecta á los aranceles como los gitanos al verdugo, y que tiene su escritorio en las playas de Gibraltar, sabe á punto fijo el dia del alijo, (quien dice dia dice tambien noche, porque no hay dia sin noche segun se espresa esta gente), y al punto que este se verifica es portador de esta útil noticia al mercader de la plaza mayor. Por

el buen servicio ha recibido unas cuantas monedas y una trenza del de Virginia del terne del caballo bayo con caireles encarnados, que bebe reposadamente un vasito de lo puro á la puerta de la venta distante un cuarto de legua de la poblacion. El mercader por su parte no se muestra menos agradecido, y amen de algunas columnarias le larga una maniqueta del habano. Nuestro veterano de blanco vigote, que ha adoptado aquella vida porque le fastidiaba la disciplina del cuartel, á la que nunca tuvo mucha aficion, mezcla las dos especies de hoja aromática, las pica y hace *pitillos*, que sobre barato y sin riesgo vá paulatinamente despachando á los arrieros y zagales de coche, y á la demas gente que camina á pié por mayor comodidad. Es cosa de ver el aire marcial que aun conserva el viejo servidor de Marte. «Muchachos, dice á los supradichos pedestres que preceden al viagero, ¿quereis buenos cigarrillos? La mejor posada es la del Mellado que está á la vuelta de esa primer calle de la derecha, ¿quién es ese señoron? Los mozos hacen feria en su mercancía y siguen su camino adelante, mientras el militar muda de tono, se pone algo alicaido, pero siempre con despejo marcial, y dirigiendo la palabra á los del coche, ó al que sentado muy á su placer en el fornido mulo, camina lentamente, porque el animalito viene algo mohino por el roce de las anchas posaderas de su carga, díce: «Compasivo señor ó señores, ved aqui un triste militar que tiene acribillado el cuerpo de balazos y estocadas, ha hecho morder la tierra á mas de cien *gabachos*, y por toda recompensa se vé hoy sin poder trabajar, espuesto á perecer de hambre si no le socorren las almas piadosas. Si vé que vienen tambien algunas señoras y niños, no omite aquello de «una limosna á este desgraciado militar para que Dios libre vuestros hijos de iguales trabajos; con otras plegarias por este estilo. Si son personas que salen de la ciudad para empezar su viage, entonces es otra la conducta que observa y muy distinto el lenguaje. ¿A dónde bueno muchacho? dice al criado regalándole un par de cigarrillos. Cuidado con el camino, que no hay muy buenas noticias. Si allá á la caida de la tarde antes de entrar en el monte se vé un pájaro de mala pluma, escopeta en mano y picar largo. Oye, buen mozo, en pasando el arroyo muy cerca de la Casa Blanca, te encontrarás un guapeton, que tiene una larga cicatriz en el lado derecho de la cara, y precisamente ha de andar por allí, dile de parte del pobre inválido, que su compadre Curro le aguarda mañana á comer en casa de los suizos. Dirigiéndose luego á los señores les desea buen viaje con mucha cortesanía, asegurándoles queda rogando á Dios los libre de todo tropiezo.

Asi pasa este perillan los últimos años de su vida, que principió haciendo algunas malas jugadas en su juventud, por las que para escapar de las manos de la justicia tuvo que sentar plaza. En el servicio se portó muy mal, sufrió varios recargos en castigo de sus deserciones, y al cabo de muchos años pasó á inválidos, donde podria conservarse tranquilo, sino prefiriese esas anchuras, siempre rodando de figon en figon y de taberna en taberna, hasta parar en el hospital donde termina su carrera.

Otro trucha de marca mayor, que tambien pertenece á la cofradía harapienta,

es aquel semi-estátua, que clavado en el crucero de dos caminos es una imágen viva del dios Término, chico de cuerpo, regordete, cutis mas tostado que el de un africano, y con un gran parche que le cubre la mitad de la cara, se le descubre gran parte de sus carnes por entre los trapajos destinados á taparlas. Este pobre algo taciturno reza mucho, pero bajo, y tiene siempre en la mano el mugriento y roto sombrero que presenta á todo viandante para recoger la limosna. Es él nada menos que el último huésped de una vieja venta, que en el año anterior entregó á las llamas una mano desconocida. En el incendio de esta Troya quedó aniquilada toda la hacienda del fugitivo ventero, y perdió el nido en que se abrigaba. Su venta era un punto estratégico para todos los salteadores de la comarca, y de ella partian los oportunos avisos y socorros. A falta de este apoyo el imperturbable ventero les sirve convertido en mendigo de vigía permanente, siempre provisto de noticias del movimiento de tropas, y del paso de viageros. Asi sobrelleva su última calamidad, comiendo de lo que le alarga el tímido caminante ó le regalan los *chicos* hasta que les juega una mala pasada, y uno de ellos le quita de un trabucazo las ganas de comer, ó la justicia instruida de sus nuevos milagros lo sepulta donde no vuelva á ver la cara al sol.

Tambien entre los Mendigos de esta calaña es preciso contar á la viejezuela boca de sumidero, nariz corva y barba puntiaguda, ojos mas despejados de pestañas que la haza del alcalde de malas yerbas que con unas muy remendadas naguas de frisa ó bayeta oscura, y otro cualquiera trapajo por mantilla, vá todos los dias desde muy temprano á estorbar el paso en la puerta de la iglesia mas concurrida. Cualquiera que la vea sin otro antecedente con aquel ademan gazmoño y compungido, la creerá verdaderamente en necesidad, y un dechado de humildad y devocion. Pues todo es una pura ficcion. Impúdica en su juventud trajo enredados en sus brazos mas mancebos que entre los suyos estrechó jamás la cortesana Taís. Sirvió despues de corrredora del oficio; cayó al cabo en manos de la justicia, que la dió el premio merecido, y habiendo habitado mucho tiempo en la casa de Pocopan, la llevaron al hospital donde escapó de las garras de la muerte por la singular casualidad de haber cambiado el enfermero las medicinas recetadas por el facultativo. Salió al fin de aquel último mal paso, provista ya de los profundos conocimientos prácticos, que hoy le sirven para hacer tan bien su negocio. Se puede apostar cualquiera cosa á que tiene cosidas entre los remiendos de su corpiño algunas monedillas de oro, ahorros no solo de la limosna abundante que recoge, sino de ciertas inteligencias. El dia lo pasa como he dicho, y por la noche tiene segura acogida en casa de alguno de sus antiguos conocimientos. En varias partes le guardan la comida, y por este medio despues del pequeño gasto ordinario de los dos cuartos de tabaco de polvo, y su traguillo del tinto, la moneda que llega á sus manos, no vuelve á salir de ellas sino en el caso de una reduccion indispensable.

Nuestra vieja no está ociosa á la puerta de la iglesia. Entabla conversacion con otra compañera, que la sirve para adquirir ciertas noticias interesantes. Allí sabe que la hija del comerciante rico que está para casarse con el hijo del oidor,

ha estado conversando toda la noche anterior con un jóven capitan del provincial, y al punto parte con la ligereza que puede á instruir del caso al futuro, que premia generosamente un aviso tan oportuno. Lleva billetes del estudiantuelo á Clarita, la hija del abogado, y recoje la contestacion de mano de esta cuando pasa por junto al entrar en la iglesia con su madre. Dá por este orden otros avisos á personas de ambos sexos, y se vé que no ha olvidado sus buenas mañas, aunque las ejerce con menos riesgo. En esta útil y honrosa tarea concluye sus dias al abrigo del pordiosero.

No son siempre las clases sujetas de la sociedad las que conducen á esta mendicidad voluntaria. Tambien descienden á ella muchos individuos, que nacieron en una esfera superior, y se han criado en finos pañales, como suele decirse. Todo el que se crió al abrigo de la abundancia sin haber aprendido á ganar su subsistencia con el sudor de su frente, y por casos inesperados viene á la mendiguez, si está exento de vicios es un pobre vergonzante al cabo de sus dias, y si se ha entregado á la crápula, rozándose con otros mas amaestrados en la gaudalla, principia por petardista importuno, y termina pidiendo limosna pública y descaradamente. En una palabra, es un Mendigo en forma, aunque no muy instruido, ó poco observante de todas las prácticas de este, pues alguna vez deja traslucir su procedencia mostrándose orgulloso y altanero. En esta seccion pauperina, ó llámese cámara alta, toman asiento el mercader fallido que todo lo perdió en el juego, y nunca volvió á levantar cabeza, el artesano bebedor, la modista despilfarrada y gastadora, el procurador que se entrega cuotidianamente á rendir culto al Dios Baco y otros de este jaez.

Por último, el Mendigo por escelencia, el prototipo de todos los Mendigos, el decano de la hermandad, fiel observador, y guardian de sus ordenanzas, es el hijo de Mendigo ó educado por este desde pequeño; personage de que tanto han hablado todos nuestros antiguos escritores de costumbres, y de cuya vida y sucesos leemos tan chistosas descripciones en *Guzman* de *Alfarache*, *Gil Blas*, Quevedo y sobre todo en las obras del inmortal Cervantes. Sujeto á una minuciosa ordenanza, que ahora llamariamos reglamento, la observa religiosamente porque sabe por las lecciones que le ha dado su prático é inteligente maestro en el arte, que en ella ó él están recogidas las máximas mas conducentes al buen desempeño de su profesion como que son el producto de una larga esperiencia. Por eso sabe distinguir los casos y circunstancias. Su trage siempre es el mismo, aunque varíe algo el color, porque utilizan toda la ropa vieja que recogen, y la que les sobra la venden á los traperos y roperos de viejo. Cualquiera que sea el centro del vestido, que es de regla esté sucio y roto, la capa ha de ser muy remendada y llena de girones, y el sombrero por el mismo estilo. En la mano llevan siempre un fornido baston ó garrote, que les sirve para defenderse de los perros, porque estos animales están en guerra abierta con los Mendigos. Tienen perfectamente distribuido el tiempo, y saben á punto fijo en qué lugar y en qué hora han de presentarse cada dia, y el tono con que han de pedir la limosna, con distincion de frases

segun la condicion, sexo y edad de las personas, cuando conviene mostrarse serios y taciturnos, cuando han de esforzar el clamoreo, y cuando han de insistir en la peticion hasta llegar á ser algo importunos, pero nunca del todo molestos, con arreglo á la exacta observancia del precepto «pobre porfiado saca mendrugo.

En resúmen, este Mendigo es el filósofo que ha pasado su vida entera absolutamente libre de todas las obligaciones sociales, y cuya vida envidiarian muchos si la conociesen á fondo, tiene á veces su compañera con la que vive en un continuado contubernio. Si esta le da hijos, lejos de servirle de carga onerosa le facilitan nuevos medios de recoger mucha limosna, por la mayor compasion que escita, los educa segun sus máximas, y les deja en herencia sus prácticas y sus consejos que son bienes inagotables. Los que no tienen hijos suelen recoger algun huerfanillo que instruyen en los propios términos, reportando de este trabajo la misma utilidad.

Como una de sus máximas favoritas es que lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su amo, gasta cuanto recoge en sus gustos y placeres, sin pensar en lo pasado, ni en lo futuro, puesta la vista solo en lo presente. Nunca se mete en vidas agenas, aunque se instruye con exactitud de todo lo que ocurre en la poblacion mientras reside en ella. Disfruta de todo lo bueno con mas sosiego que el poderoso, se le ve en todas las solemnidades públicas, en las iglesias y procesiones, en las puertas de los palacios y en los teatros y paseos. Recorre las calles y pide de casa en casa. Como va seguro por do quiera, y se halla instruido de los usos provinciales, es un verdadero trashumante, que baja de Castilla á Andalucía, ó vice-versa, para aprovechar las buenas yerbas, y los mejores temporales. Asi es que tan pronto se le ve siendo frio espectador de un cambio político en la capital, como en la reducida aldea, durante la estacion en que se recolectan los frutos. Por conclusion nuestro Mendigo, dice muy bien Espronceda, que es como el aire libre, y que existe feliz al abrigo de su cinismo práctico.

Ya tienes lector, amigo, retratado el verdadero Mendigo español, que premeditadamente se ha entregado al pordiosero. Parecia que recogido este lindo pájaro en el hospicio esperimentaria alguna metamórfosis; mas hasta el presente no ha sucedido asi, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho estos últimos años, y de los nuevos establecimientos de beneficencia que se han abierto en algunas ciudades, no han correspondido los resultados á las esperanzas, mostrándose siempre recalcitrante este mendigo en sus inveterados hábitos, lo que tal vez pueda consistir en la imperfeccion de los reglamentos, pues como escepcion digna de imitarse estamos viendo y observando en esta córte todo lo contrario.

El *Asilo de Mendicidad de San Bernardino* creado en virtud de real órden de 3 de agosto de 1834, y que tan perfectamente ha sabido describir el autor de las escenas matritenses, con la soltura y gallardía de su estilo, es un modelo de perfeccion, que debe seguirse en todos los establecimientos de su clase, y por

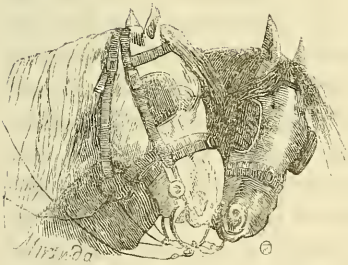
eso se ha conseguido realizar el pensamiento filantrópico que presidió á su creacion. El sábio y virtuoso patriota don Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, último corregidor de Madrid, supo con su activo celo allanar todas las dificultades ausiliado por la junta de caridad, y por la cristiana compasion del vecindario, quedando los Mendigos dentro del asilo el 10 de setiembre del mismo año, momento feliz en que se vió esta capital libre de esta inmundicia que la afeaba.

«El establecimiento, dice el autor citado, admite todas las personas que se presentan voluntariamente y recoje todos los Mendigos á quienes se encuentran pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellos que llevan siete años de residencia en Madrid y los niños de 6 á 8 de edad. Si no tuviesen estas circunstancias, se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega su pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Contemplo que no conduce directamente á mi propósito entrar aqui en mas menudos detalles para comprobar el buen órden que reina en el establecimiento, y el bien combinado sistema de ejercicios, penas y recompensas, que como observamos diariamente está produciendo los mas ventajosos resultados. Lo cierto es que en la actualidad el pobre de San Bernardino es laborioso y bien morigerado, y se vé convertido en un sér útil á la sociedad, que le proteje en cuanto se lo permiten sus fuerzas, y muchos de ellos solo recuerdan los años pasados en la mendicidad vagabunda, para dar gracias á Dios que les libró de los peligros que les rodeaba y bendecir á sus protectores.

JOSE MARÍA TENORIO.

EL COCHERO.



Si estuviera en mi mano tener talento, lector amigo, no dudes que la historia del Cochero fuera digna de ocupar tu imaginacion ó de entretener tu ocio; mas como no lo está, consuélate de no encontrar en ella lo que buscas, como yo me consuelo de no poder dedicarte lo que con tanta justicia pides. Sabe pues que así como las provincias de España varian generalmente en lenguaje, costumbres y caractéres, varian tambien en sus útiles producciones. Agiles horchateros da Valencia; inimitables héroes Aragon; admirables vagos Madrid; graciosos toreros Andalucía, é ingeniosos artistas Cataluña. Mas entre tan rara fertilidad ninguna puede disputar á la inmortal Asturias la gloria de producir nobles cocheros.

Si has viajado alguna vez por este bello pais, al ver, como supongo habrás visto, al distinguido hijo de Pelayo sentado á la fresca sombra de algun frondoso carballo apacentar sus vacas ó las agenas, ocupándose en hacer producir á su flauta melodiosos sonidos, que halagados por el viento van á perderse en las altas montañas que le circundan, desde luego habrás adivinado no ser aquel su verdadero destino, y que la benéfica Providencia le depararia en la córte un

puesto mas alto, esto es, el del pescante, sobre el cual abandonando su paso tardío y confiando á sus propias manos y á los agenos pies la traslacion de su persona, concurriria á los sitios mas notables de la capital, en los cuales debia figurar públicamente.

Si tal imaginaste, no te has engañado, lector discreto, porque como para ser Cochero no se necesita estudiar, y basta solo conocer los números, reuniendo las bellas cualidades de ser algo callado, bastante sufrido y nada observador, hele agregado á una cochera acreditada, bajo la nueva direccion del *sota*, mozo fornido y de pelo en pecho, gran bebedor y fumador de á cuarto, quien le recibe estregándose las manos y disparando sendas y estrepitosas risotadas, envueltas en el negro y pestilente humo de su cigarro, preguntándole cariñosamente por su muger, sus vacas y sus hijos, entre la tumultuosa algazara de los demas Cocheros y lacayos que le abrazan y acarician, aplaudiendo sus razones, y prendándose de su torpeza, cual de envidiable cualidad perdida algun tanto entre las suyas por el distinto roce de la corte.

Pasado pues este dulce desahogo tributado con la mas pura verdad y sencillez á la amistad y paisanage; pasada igualmente la sorpresa que causa en el recien llegado el admirable lujo y apogeo en que encuentra á sus compañeros, dirígese á la cuadra para contemplar absorto aquellas momias con crines consagradas al servicio público, que á él se le antojan soberbios palafrenes, dignos no solo de un coche de alquiler, sino tambien de la carroza de un príncipe de Asturias. Los lacayos por su parte, no satisfechos aun de su obsequioso recibimiento, y tratando de iniciarle en el distinguido oficio, arte, profesion, ó lo que sea aquello á que vá á pertenecer, le muestran las guarniciones, la fusta, el sombrero de escarapela y la levita con boton dorado, raros y seductores objetos que le deslumbran, y que cautivando su voluntad, le hacen olvidar repentinamente la dulce paz de su hogar y la soledad tranquila del pintoresco campo de la patria

Por sério y grave que seas, oh lector, á quien no me es dado conocer, bien ocupen las horas de tu vida los públicos negocios del Estado, ó ya procures con afanoso celo descubrir los inagotables arcanos de alguna oscura ciencia, no habrás dejado de ser niño y por consiguiente alegre y revoltoso. Pues bien, ¿recuerdas aquel plácido tiempo, en que sonriendo á tu alrededor todas las bellezas de la vida, y en que libre tu mente de los contínuos azares de una sociedad inconstante en su trato y relajada en sus costumbres, cifrabas tu felicidad en poseer un tambor ó un caballo de madera? ¿Recuerdas aquellos dulces momentos, en que entregado á una indecible alegría arrojabas por el balcon una usurpada baraja, recreándote en ver sus cartas esparcidas por el aire llegar al suelo titubeando, cayendo alguna que otra sobre el sombrero de tal ó cual transeunte, ó cuando á la luz de una bugía quemabas un papel interesante, contemplando despues con éxtasis las fugitivas y rojizas chispas que producidas por las llamas desaparecian entre sus cenizas? Pues... ¡oh debilidad asturiana! ?qué valen estos goces infantiles comparados con el del Cochero, cuando escubre por primera vez ese biombo portátil que llaman coche, adornado de

muchas ventanillas con sus correspondientes bambalinas de sarga ó raso, forrado su interior de bayeta con matizadas bastas, y pintado esteriormente de vistoso ocre ó de purpúreo almagre? ¿Cuál de tus grandes regocijos será comparable con el de nuestro héroe, al contemplar aquel ansiado pescante, vestido de paño y decorado con distintos flecos, precioso y codiciado sillon ministerial, fantasma de sus dorados ensueños é ilusiones? Ninguno seguramente. Tal es nuestra mezquina condicion que en nada hallamos solaz, sino en aquello que obtenemos á fuerza de codicia, aunque despues, como sucede siempre, lo lloremos con lágrimas amargas.

Pero dejando ociosas digresiones, volvamos al alumno de tan ruidosa y cómoda carrera, quien despues que sabe encender los faroles, abrir y cerrar la portezuela, y tomar con el sombrero en la mano la órden del mal aconsejado y temerario aventurero que se decide, no á correr, sino á inmolarse en aquel maldecido quebrantahuesos, y luego que protegido de sus compañeros es examinado por el *Sota*, que cruzado de brazos vé con orgullo propagarse sucesivamente sus máximas y doctrinas, dignas en su concepto de un Cochero de gala, recibe de su gefe dos palmaditas sobre el hombro derecho en señal de aprobacion, con la feliz noticia de que el domingo próximo saldrá con toda pompa á figurar en la trasera del mejor carruaje de su mando.

Con tan fausto motivo se abandona á una loca alegría, y entre las sinceras enhorabuenas y general regocijo de sus amigos, marcha á la taberna en compañia de aquellos zurradores de esqueleto, quienes con el vaso lleno del sabroso líquido, destello adulterado del esquisito tinto de la Mancha, y único bálsamo capaz de mitigar las indecibles penas del Cochero, solemnizan rumbosamente el ascenso del jóven asturiano. (Como este pisa entonces el primer escalon de su fortuna, no hay que preguntar quien paga.)

Si alguna vez has esperado con impaciencia el apetecido instante de una cita, desde luego conocerás cuáles son los tormentos que sufre el Cochero, primer sinsabor de su halagüeña y próspera carrera, al contar los dias, las horas y los minutos que faltan hasta el momento señalado para su triunfo. Por desdicha suya, el tiempo corre veloz sin suspender su curso, y hé aqu que llega el sábado, víspera del anunciado dia, en que conducido por el *Sota* á un pequeño departamento, que pudiera llamarse mas bien armería del Cochero, por estar sus paredes engalanadas con guarniciones, mantas y bocados, sin que falten en ellas las sillas y las botas de los antiguos coches de pechera, le instruye su inmediato superior en los actos del servicio, recomendándole la cortesía y buena conducta que debe observar siempre con sus parroquianos, y concluye por manifestarle cuán necesaria es la limpieza al tratar con ellos: acto contínuo saca seis cuartos del bolsillo de su chaleco con la mayor gravedad se los entrega al novicio y le envia á que le corten el pelo en la plaza del *Progreso* ó en el derribo de *San Felipe*.

Despues de este acontecimiento que considera como el mas importante de su vida, marcha entregado á serias reflexiones sobre lo que acaba de oir, hasta

que encuentra á uno de esos Fígaros ambulantes, armado con su vacía de hoja de lata, y su trípode debajo del brazo; ajusta con él cuarto á cuarto su esquileo, y sentándose magestuosamente cara al sol y vista al público, deja en Madrid el pelo de la dehesa, entre la crítica de los transeuntes y la conversacion interminable del barbero. Restituido á su casa, esto es, á su cochera, acaba de matar el dia haciendo los preparativos para el siguiente, y limpiando la ropa que recibe del *Sota* con un como cepillo que así sirve para limpiarse ellos, como para limpiar ellos los caballos.

Decir que aquella noche duerme tranquilo el Cochero fuera disparate, pues no lo consigue en manera alguna, tanto por la novedad que nota en su cabeza, cuanto por el distinto y confuso tropel de ideas que asalta su imaginacion, aguijoneándole tenazmente el deseo de que amanezca pronto para vestir la librea, ó San Benito, y confundirse en su puesto, ó su suplicio, entre esa multitud de coches y Cocheros que atruenan nuestros oidos en todos los paseos y calles de la corte. Amanece por fin, y se lava lleno de contento en uno de los cubos destinados para dar agua á las bestias, y sonándose con todos los cinco, cálzase unas botas de cuatro suelas reforzadas con clavos y herraduras, y cambia su calzon pardo por un no solo usado sino transparente y raido pantalon de color, con sus tirantes de orillo. Pero ¡oh fatalidad! La prenda mas lujosa, la mas apreciada por los elegantes y por muchos que no lo son le hace retroceder: del corbatin hablo; tómale en sus manos y se horripila, y al contemplar la hevilla y las ballenas asoman á sus ojos por la primera vez desde su infancia dos lágrimas ardientes, que surcándole las mejillas son recibidas por su lengua con singular cautela y disimulo. Bien quisiera el cuitado pedir indulto de semejante trato, pero conoce la imposibilidad de conseguirlo, atendido el adusto carácter de su gefe: se convence de que es preciso, y aprovechando un momento de valor, somete su pescuezo al fiero corbatin, del mismo modo que el reo al fatal instrumento de su muerte.

Pero echemos un velo sobre tan triste escena, y acabemos de una vez la interesante *toilete* del Cochero, quien con gran resignacion y no poco embarazo se enfunda en un enorme frac, color café, con cuello de collera y faldon de ala de pajaro y calándose en el colodrillo un magullado sombrero . que no hay mas que pedir, se coloca confuso sobre la zaga de un derrengado bombé, tirado por un jamelgo perla ó pio, mal comido y bien estropeado , bajo de ancas , alto de pescuezo y tísico de estómago, cuyas orejas lacias y caidas revelan mudamente al observador sus innumerables años y servicios, no siendo el menos admirable de todos el de tenerse en pié. En tan gallardo tren, hé al Cochero asido con fiereza á los tirantes del magnífico mueble , que se deja caer sobre su cuerpo, viajar impávido con la frente erguida, merced al corbatin que le desuella, trémulo, medio desvanecido con el fatal movimiento de la infernal máquina , que le hace ver á Madrid girando á su alrededor, y oyendo los penetrantes gritos de los pilluelos que con graciosos gestos y ademanes le arrojan piedras y tronchos de verdura , llamándole á porfia, *Simon*, *estantigua* y *lame-platos*.

Tal es el noviciado del Cochero, hasta que llega por graduacion rigurosa á guiar un coche como un carro; noviciado en que absorve los meses y los años, con lluvias y cencerradas, agostando su juventud y perdiendo sus locas ilusiones. Pero luego que sabe *guarnecer, regir y cuartear*, y conoce todas las calles, callejones, plazas y plazuelas de la corte, inclusos sus arrabales y costanillas, sube por fin al pescante haciendo su salida del modo que voy á referirte.

Figúrate, no un mozo gordo, colorado y risueño, como parece exigirlo la clase á que pertenece ó el alto puesto que ocupa, sino un hombre angosto y largo como alma vizcaina, cuello de avestruz, semblante aceitunado, nariz de berengena madura, aspecto de senador, pelo canoso, patillas de chuleta, ojos taimados y gesto de autoridad, envuelto en un grasiento y empolvado *rus* de once cuellos, sin ceñidor ni ajuste, tornasolado ya por la intemperie, cubierto hasta las cejas con un chapin de suela acampanado, con los pies metidos en unas botas como maletas, y las manos como botas en unos guantes ó manoplas de estambre verde con su cenefa y fleco, sentado gravemente en el pescante de un respetable coche de alquiler, caja color de chocolate, montada sobre sopandas y sobre unas enormes ruedas que parecen antípodas del resto del carruaje..... Figúratele arrastrado lentamente por dos caballos ó dos sombras, con desapacible ruido, llegar á fuerza de fusta y de tiempo á la puerta de una tahona de *Lavapies* ó de una lojería de *Puerta de Moros*, entre la admiracion de todo el barrio que se sorprende, no acostumbrado á tales distinciones, sino en casos solemnes.

Efectivamente, una boda motiva esta novedad, y héteme al lacayo, mientras el Cochero atisba de reojo el flete que se prepara, poner en el suelo un banquillo, que sirve de escalon á los novios, sus padres, la madrina, una hermana suya con un niño de pecho, la peinadora, un cuñado de la novia y sus dos hijos, quienes sin saber cómo se empaquetan en aquel tormento; usando de su derecho todos ellos mandan desgañitándose al Cochero correr á *Santa Bárbara* á buscar al padrino, y vuelven á casarse á *San Andrés* ó *San Lorenzo* con el mesurado paso de aquellos mártires de cuatro patas; que no parece sino que los animalitos conocen el error que van á cometer los causantes de su malandanza y tratan de retardarle. Verificado este, ordenan al paciente Cochero que ande por donde quiera (que en el andar está el busilis del escote) y ya tenemos á este viajando por Madrid en dia festivo, tocando en todas las tabernas del camino, hasta que pára en la fonda de la *Europa*, donde ha de comer, no él, sino la colonia que conduce, la cual se apea bostezando con general contento y regocijo. Mientras come aquella gente, el Cochero ayuna y se entretiene en limpiar el sudor de los desfallecidos caballos, á los cuales habla y acaricia con el lenguaje propio de la amistad sincera que los une, y recorre las ruedas y los ejes del malhadado coche, que sufre cuando menos en cada movimiento un deterioro. A cosa de media hora sale la trulla con el bocado en la boca y obliga al Cochero á arrear á *Chamberí*, y él jura, maldice y mueve la cabeza á cada una de las descompuestas é infinitas carcajadas que salen del coche, y no pudiendo saciar su cólera en los

autores de tanto zarandeo enarbola la fusta con poderosa diestra y hostiliza severo á aquellos dos retratos de la muerte, que porque todo sea en ellos estraordinario y aun milagroso, sacan un trote de arranque de tres minutos, con gran aprobacion y recreo de los consumidores, los cuales estrepitosamente aplauden y victorean.

Llegados á *Chamberí*, aun cuando el Cochero no deba apartarse de su coche, deslízase obligado por el hambre, que no se cura con músicas ni danzas, cabizbajo y confuso, arrojando á cada paso un suspiro y á cada suspiro una maldicion sobre el primer coche que ha habido en el mundo: entra en un figon ó taberna y compra un panecillo y dos sardinas que sepulta en el estómago con singular destreza y rapidez, amen del forzoso y debido acompañamiento de una copa y un cigarro, no sin inquietud y sobresalto, á causa de los *chicos* que le insultan llamándole *chistera* y *sin levita*, y aun de los grandes que le corren, tratándole de *papagayon* y *cirineo*; porque unos y otros le toman por blanco de su ocio y por feliz argumento de sus gracias.

Pero despues que oculta el sol sus vivos resplandores, vuelve á Madrid el Cochero, juguete privilegiado de la ingrata fortuna, animando con voz cariñosa á los caballos, quienes hincando las pezuñas, bajando la cabeza é hinchando las narices llegan por fin al teatro, en donde hallan su salvacion, y su reposo el Cochero, el cual se encuentra tan cansado de darles latigazos como ellos de andar y de sufrirlos. El noble astur suspira en tal instante; hiere su imaginacion el dulce recuerdo de la patria; limpia el sudor que inunda su frente; deja el sombrero y la fusta sobre la caja del coche, y acomodándose lo mejor que puede y envolviéndose en su histórico y raido balandran que han gastado mil gordos y delgados, se entrega al tranquilo Morfeo, que le acoje benigno entre sus brazos. Mitigadas algun tanto sus penas por tan dulce sueño, interrumpido á intérvalos por los muchachos, sus eternos perseguidores, que al salir de la academia asestan contra él toda su travesura, arrojando dentro del coche ó á las piernas de los famélicos caballos, ruidosas carretillas que los espantan y asustan al Cochero, no menos espantadizo que ellos, intenta; al concluir el cuarto acto, dar vuelta al coche con crugientes latigazos, y atronadores advertimientos, y vé salir al público del quinto sin haberlo podido conseguir, hasta que ayudado del lastimoso y aun lastimado lacayo, que ase por el morro á los entumidos cuadrúpedos, logra dar la vuelta deseada y conducir á su casa, no sin trabajo, á los descoyuntados novios y comparsa.

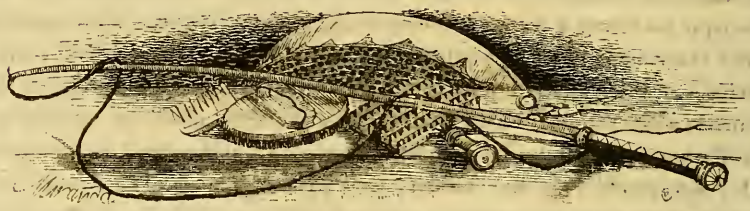
Logrado que há ver el fin de tanto traqueteo, vuelve á la cochera, á cuya puerta aguardan impacientes los amos de aquel arrastrado rastro, que siempre que sale de casa esperan no ver mas. El ama, que como muger es mas sensible, al divisar su hacienda tan mal parada, se enternece y se abraza á aquellos espiritados rocinantes, no deseosos de sus finas caricias y requiebros sino faltos de descanso y de cebada. El Cochero molido y barajado se baja compungido del pescante, sintiéndose asaeteado de agujetas, yerto de calambres

y roto del espinazo; sin poderse sentar ni sostenerse en pié, desunce, limpia y piensa, y trocando despues su malhadado oficio de Cochero simple por el de Cochero constructor, compone y reforma aquel carro ilustrado, maldiciendo su suerte, y envidíando la de tal cual mozo de cordel, vecino suyo, ó la de algun aguador, al paso que renuncia en aquel momento á su corbata y librea por los cordeles del uno ó el cántaro del otro. Por la mañana sale en mangas de camisa con sus compañeros á echar el aguardiente, contándose unos á otros en su provincial dialecto las aventuras del precedente dia, hasta que unce de nuevo sus galgos de herradura al desastrado coche, y vá, si puede, á la audiencia, á los ministerios, ó á alguna parroquia, en la cual se incorpora al fúnebre cortejo de un entierro, y héle entusiasmado con la música darse tono é importancia señoreándose en el pescante con aquella cara de suela que se presta tan bien á todas las situaciones, revestida de la estúpida gravedad propia de un alquilon, que mira con desprecio á los que andan á pié, y considerándose un temible coloso que los asusta y dispersa. Ocupada su imaginacion con tales pensamientos torna á la cochera, come su puchero y se encamina á la taberna; allí, como buen bebedor, circunstancia imprescindible del Cochero, echa copa sobre copa, y requiebro sobre requiebro á su paisana la guisandera, hasta que llegada la tarde vá á *Portici*, á la quinta del *Espíritu Santo*, ó á *Carabanchel*, de donde vuelve tarde, estropeado y de mal humor, para pasar la noche al raso, esto es, á la puerta de algun baile de máscaras, sufriendo mal de su grado los gruesos canelones que le inundan con torrentes de agua súcia, y recibiendo en su rostro las nieves y granizos que se desatan en esta temporada al trasportar en su *ómnibus* un obrador de modistas disfrazadas en vestales, pasiegas, beatas y mallorquinas, por las cuales gasta las horas de sueño en reir, fumar, silbar, maldecir, pasearse, cantar la Manola y sentarse en el suelo, hasta que llega el dia y con el las aguardenteras, objeto de sus insulsos chistes y nécias bufonadas.

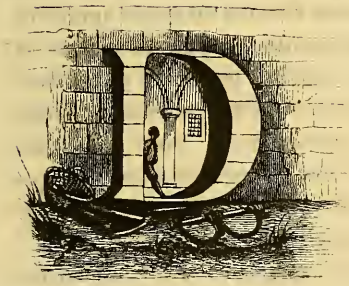
Estas son las ocupaciones del Cochero, que se suceden unas á otras, siendo víctima del comun regocijo y de las públicas funciones. El Cochero trabaja siempre; para él los dias y las noches son iguales; es hombre curtido por los rigurosos ardores del estío y por las crudas heladas del invierno: como de carne y hueso, tiene sus debilidades y ademas.... gasta su dinero en beber y fumar. Cansado de vivir en la corte, se retira en la vejez á su pais, en donde hace propósito de acabar sus dias tranquilo: pero ha de cumplirse su destino. Un dia se acuerda de que es Cochero; abandona su tranquilidad, su pais y sus amigos; sube de nuevo al pescante, y fusta en ristre hele otra vez surcando las calles perseguido de mayores inconvenientes. Su vista cansada, sus fuerzas perdidas y su convulsa mano no le permiten ya regir las riendas del coche. ¡Pobre Cochero! Una tarde va á los toros con ciertos calaveras, le obligan á correr, tropieza, vuelca, se abre la cabeza ó se revienta, é insultado públicamente por los autores de su desgracia, es conducido al hospital, donde se agotan todas sus desdichas muriendo con los dulces recuerdos de su pais y los lamentables de su infortunio.

Tal es la historia del Cochero en general: sin embargo, algunos mas afortunados ó mas diestros logran pertenecer á las casas de duques y marqueses, y son esos Cocheros colorados y rollizos, que lujosamente vestidos gobiernan los bonitos y elegantes carruages que llaman tu atencion en los paseos, dignísimos sucesores de los antiguos palanquines, sillas de mano y literas, de que los hombres, siempre inclinados á andar en pies agenos, se han servido.

CIPRIANO ARIAS.



EL PRESIDIARIO.



De estar en presidio á ser Presidiario hay casi tanta distancia como de hacer versos á ser poeta, ó de ponerse á escribir á ser escritor; y á fé que ahora conozco la fuerza del dicho, aunque vulgar, «toda comparacion es odiosa» y casi me arrepiento de la ocurrencia por lo que puede afectarme. Queria decir solo que me parece muy conveniente por dicha razon, separar el primitivo del derivado, y bosquejar ligeramente aquel en su régimen interior, para hacerlo despues sin embarazo con el particular de este. Júzgase comunmente que el presidio es un lugar de correccion y castigo; pero es un juicio temerario como otros muchos, que ya no llaman la atencion en estos malhadados tiempos. Que debiera serlo, con facilidad se entiende; y que está mandado cuanto cumple á este propósito (aunque sin asignar fondos) téngase por seguro. Mas como del dicho al hecho hay gran trecho, y en especial cuando faltan esos conductores por donde la fuerza motriz ha de comunicar su impulso, no parecerá cosa estraña que despues de diez años de antigüedad, tengamos hoy á la órden sin destino ni aplicacion, ó entre el número de *cesantes*, que digamos, y gran parte lo son por el mismo idéntico motivo.

Los presidios en el dia se hallan planteados bajo el pié militar, aunque

sin perder su carácter de civiles; y si la cosa es un poco dificil de comprender, reservamos su esplicacion á los autores sobre la materia, pero creyendo con ellos haber aclarado mucho la cuestion si decimos que son militares en la *forma* y civiles en la *esencia*. Ello es que están presididos por un comandante á cuyas órdenes mandan tambien, el mayor, los capataces, cabos de vara, rancheros y cuarteleros, con algunos otros fuera de escala: y que se distribuyen los individuos en escuadras y brigadas con su correspondiente vanguardia y retaguardia, ó sean clases y secciones de *jóvenes presidiarios* y *notados de infamia*: esto sin contar con las oficinas y dependencias que no tan directamente se rozan con los sentenciados.

Hay ademas otra escala privada entre aquellas dos clases de rematados tan cautamente divididas del resto, la cual recorren por sí mismos pudiéndose afirmar que entran en la primera como aspirantes ó meritorios, y van ascendiendo con mas ó menos lentitud segun la disposicion del agraciado. Baste lo dicho, y parece inútil advertir que en ambas se trata de merecer, y cada cual en la propia se esfuerza por cumplir su obligacion: veremos quienes con mas acierto. Por ahora, dejemos á unos y otros aguardando la llegada de un nuevo alumno, y vamos á acompañarle desde su salida de la cárcel, que mucho lo agradecerá.

Desde luego y al partir á su destino, la sociedad cuida de arreglarle una patente en forma ó bien hoja de servicios con todos los requisitos apetecibles. En vano es ya que oculte su rostro encendido por la vergüenza, y en vano tambien que con hipócrita conducta mienta al menos virtudes en donde aprendan los que le miran, porque allí va muy menudamente consignado cuanto se necesita para comprender su nombre, patria, familia, profesion y hazañas: es ademas condicion indispensable que el gefe del establecimiento á donde se dirige, haya de añadir su *visto bueno* ó perfectamente visto, que por consecuencia se celen y escriban sus acciones con los premios ó castigos que le ocasionan; por tanto, no queda otro medio sino despojarse de inútiles preocupaciones, y sostener con firmeza su blason.

Los parientes, los amigos ó las relaciones de cualquier género, concurren por otro lado á una tristísima y agorera despedida, en donde los sollozos se mezclan con las exortaciones, y los regalos con los consuelos: todas las impresiones del corazon abren paso á la ternura y se borran ó enmudecen á su presencia; no se vé al criminal sino al desgraciado; no se lamenta el delito sino el excesivo rigor de la pena: una separacion dolorosa y larga, una série interminable de padecimientos para el objeto querido, esta es la sola idea presente que absorve y oculta á las demás. Todo ello conspira tambien á que él rematado vuelva sobre sí, á que se juzgue con blandura, á que se contemple ofendido y destierre de su espíritu toda inclinacion modesta. Con tal preparacion y su sombrero calañés sobre la oreja, su chaqueta de alamares, chaleco de terciopelo y bombacho pardo sembrados de filigranada botonadura, ancha faja de sarga carmesí, botin abierto y el pañuelo de seda atado en a

rodilla, marcha el Presidiario tan airoso y gentil, que le codician las mugeres y los hombres le envidian cuando al pasar esclaman «lástima de mozo.»

Durante su tránsito ningun incidente interrumpe el curso de sus reflexiones, porque la novedad de los compañeros y la inmediata vigilancia de los soldados apenas le permiten una ligera distraccion. Calcula cuanto importa al hombre presentarse con arrogancia y adquirir superioridad en el círculo que le rodea, sea cualquiera su rango y categoría; y bien resuelto en su plan de entrada asea el trage y pule la persona como conviene á un Presidiario aristócrata, guardando no obstante el fruto de sus ahorros en lo mas recóndito de su vestido.

Llegado en fin al término de su viaje, inmediatamente se apodera de él la escala ó línea de empleados que representa á la sociedad, ó mas bien la sirve; en lo cual lleva sin disputa una conocida ventaja á su contraria; pues sabido es que en punto á lucha, quien dá primero dá dos veces; y en materia de educacion las primeras impresiones son difíciles de borrar: Pero desde luego tambien se encuentra un tanto embarazado su gefe, en aquello de investigar la índole, oficio é inclinacion del presentado, para aplicarle á un trabajo análogo y conforme á sus circunstancias: porque dado que el establecimiento, gracias á la Providencia, tenga algun taller ó cosa equivalente donde hacer efectiva la disposicion legal, alcanza á saber que el mozo en cuanto á instruccion, posee medianamente el *caló*; respecto de oficio, no ha aprendido otro que hacer suertes de manos y escamotear las monedas del prójimo, pasándolas como por ensalmo del bolsillo ageno al propio, para lo cual, como suele decirse, le dá el naipe que es una maravilla: finalmente, su inclinacion única y exclusiva en materia de ocupaciones, es jugar al *cané* ó á la *chapa*, y para esto tambien se pinta solo.

Con semejantes elementos, no sabe muy bien el director á cual de los oficios le destinará con mas fruto; y si ninguno existe en sus dominios, ahorra el devanarse los sesos para acertar en la eleccion. Solo sí, repara que en el breve rato que ha tenido al inocente en su presencia, le ha faltado un boton de brillantes que acostumbra traer en la pechera; por cuya marcada muestra de aficion, no debiera vacilar en aplicarle á diamantista: pero cabalmente ese gremio no ha cundido todavía hasta el fondo de los presidios. Queda pues resuelto suspender por de pronto la determinacion, dejándole continuar en el depósito hasta que vuelva del campo la brigada á que le asigna, y se haga de él entrega formal á quien corresponda.

Por último, como no hay plazo que no se cumpla, llega el momento de bajarle á la *cuadra* y ponerle en manos de otros directores mas hábiles ó mas afortunados. En aquel instante empiezan á desprenderse lentamente sus doradas ilusiones, á vista de un recinto negro y desmantelado donde tienen su asiento toda clase de hálitos impuros, dañinos insectos y asquerosos reptiles; donde la luz del dia apenas llega desdeñosa al húmedo pavimento, y se quiebra á la altura de las ventanas cruzadas y casi cubiertas de enormes barras, que pugnan por

impedir la entrada á sus rayos mas compasivos; donde acuden, en fin, solícitas todo género de mortificaciones, y destierran la suave impresion del consuelo y de la esperanza.

Los festivos habitadores de aquella mansion, contémplanle de hito en hito con cierta sonrisa indefinible; mas á presencia de la autoridad, disimulan su pensamiento. Queda instalado el nuevo huésped sin contemplacion á unas ni otras composiciones de lugar, y el encargado se retira con aquella para traerle el uniforme de la casa. En este breve intérvalo va á ensayar su primer leccion el ilustre claustro.

Apenas se miran solos cuando la turba le cerca en derredor, espantando la maligna espresion de sus fisonomias mucho mas que pudieran sus insultos y amenazas, porque es la espresion del placer que están saboreando al atormentarle; y un formidable jayan á quien los demas respetan, sentándole pesadamente la mano sobre la nuca le dice con sardónica intencion.

—Vamos *changüi*, que por lo campechano le adevino que nos vá á pagar buena patente.

—Como que huele á rumboso y bien servío; añade otro aproximando atrevidamente la cara, y apartándole atrás su sombrero.

—Y muy hombre, prosigue un tercero, pá no quedar mal en cualquier apuro.

—Los *gálleri* y la ocasion, no hay que dejarlos *pirar*: se oye decir en tanto que el círculo se estrecha en términos de sofocarle.

—Métele mano, *gaché*, grita una voz, que el *chirós* es de *Otebél*, y como le *diña* le *ustaba*.

Diciendo así el instigador, zambulle la suya hasta el fondo del bolsillo que hácia su lado se encuentra: la misma accion se practica en el contrario, y dada la primer embestida agólpanse los restantes, le desnudan en un abrir y cerrar de ojos, y le registran mas allá que buenamente se requiere hasta dar con el miserable tesoro, objeto de sus cuidados. Obtenido, se retiran los ojeadores al ángulo de la estancia, donde agrupados con alegre gesto y satisfecha inquietud, lo cuentan y repasan. El infeliz despojado durante la operacion se aliña lo mejor que puede, bien resuelto á no dejar traslucir siquiera un síntoma de aquel desórden: pero abatido y pálido, acierta apenas con lo mismo que afanosamente quiere. Obsérvale uno de los esplotadores, y dirigiéndose al cacique le dice:

—Señor Reniega, unas estopas al *chavál* que se le *pirelan los buqué najando*.

—No hay cuidao, mocito, acude entonces el caporal; tóa mi gente es de caliá, y aquí se respeta á la presona: esto es una broma; *los jaté* se gastan á su salú, y usté será tambien de la compañia, que yo le convido.

Con esta cariñosa arenga vuelve un poco del susto el amedrentado paciente, quien dando gracias y haciendo de la necesidad virtud, responde en afable tono:

—Nunca mejor empleado.

—Que viva el garbo, gritan los demas. Uno entre ellos añade.

—Y pá que sea *el quelar* completo, yo *poquinelo* el resto. Ea, caballeros, se vá á *avinar* una chaqueta muy *varil*, que *sinela laché*. ¿Quién la puja?

—Un *choraló* si quieres, y te *diñelo* mas que *amola*.

—¿Quién *chivela buter*?

—Uno y medio.—*Un quelati* encima.—Veinte *calès* mas y al avío. proponer sucesivamente los licitadores, y no habiendo mejor postura, el vendedor la adjudica al último.

—Un *balune* de vuelta de grana ¿quién le *camela*?

—Cinco *chinorri* y es mio: responde con áspera voz un mal-encarado, que ha permanecido silencioso hasta allí.—Mas me cuesta, señor compadre; pero por ser á usté..... andando.—Todavia no sabes lo que te cuesta; y sobre tó, cuenta errá no es cuenta; y si vale mas se pagará.

Así se pregonan y venden una tras otra, todas las prendas del recien venido, que atónito y pasmado escucha lo que dicen sin acertar á qué alude: y finalizada la almoneda llégase cortesmente el rematante al poseedor, y le declara su intencion con esta breve, pero espresiva fórmula.

—Caballero; ya usté ve que estoy en compromiso; conque, á cada uno lo suyo y sinó en el patio no hace polvo.

Todas las miradas juntas cargan entonces sobre su interlocutor, permaneciendo fijas en él y pendientes de su respueta. El forastero recorre los semblantes, y crece su asombro al observarlos impasibles: para ellos el lance nada tiene de singular ni estraño; antes bien la cosa se ha hecho conforme á costumbre y sana razon entre hombres de buena ley, y nadie queda ofendido. Mas sin embargo, parécele que el mayoral tan compasivo antes, no mirará indiferente su cuita; y aventurando en él su confianza le dice.

—No lo siento por mí, sino por las manos que me lo dieron.

—Si te falta herramienta, replica aquel por toda contestacion, aquí está la mia.—Es que....—Y si no te cuadra, cualquiera te prestará la que escojas.—No la manejo bastante para.....—Pues entonces, corazon de alfeñique, has perdido la justicia.

Ésta bella leccion de moral le queda profundamente grabada en la memoria. Ya empieza á entrever que en su nuevo estado no sirve el andarse por las ramas, sino que es preciso elegir en la forzosa alternativa de echar á un lado temores y reparos cuando llegue la ocasion, ó sufrir de lo contrario humillaciones y vejámenes sin cuento. A pesar de toda la repugnancia que siente hácia los grandes crímenes le impide arrojarse al primer estremo. Tal vez aquello es práctica arraigada; tal vez será distinto el rumbo de su conducta sucesiva, puesto que aun entonces han guardado cierta sombra de equidad constituyéndole en árbitro de su suerte: pero la duda solo es por estremo aflictiva.

El crujido de la puerta que se abre detiene el curso de estas reflexiones; el cabo se ofrece de nuevo á su vista trayendo el luto á su perdida libertad: un grillo pendiente de su gruesa cadena y sujeto al pié á fuerza de mazo, viene á sellar su desdicha. Ya no es lícito quebrantarle, ni queda otro medio que la resignacion á dormitar sobre el duro tablado para amanecer un verdadero Presidiario en trage y en ideas: la metamórfosis es cruel.

Apenas asoma dudosa la luz del alba, siempre eclipsada y fúnebre en aquella mansion, cuando la señal de despertar le anuncia que ha cesado por entonces de perseguir al sueño. Levántase como le ordenan, para salir con la brigada al patio en donde le obligan á bañar el rostro con las limpias aguas de la fuente, y con su propio llanto que las enturbia

Armado sin dilacion de una piqueta sale del recinto á ensayar el quebrantado cuerpo en las labores que le preparan. ¡Cuán melancólica es la belleza de los campos, y cuán adusto el brillo del sol! Marchando va al compasado rumor de los hierros, y computando la duracion de su destino. ¿Qué hacer para soportar aquella enojosa vida?.... Sobreponerse á la fortuna; arrancar del oprimido pecho toda sensacion delicada; sustituir la estrepitosa algazara de la orgía á la apacible conformidad del arrepentimiento, y á su tranquilo sueño el letargo de los licores: parodiar la arrebatada felicidad cualesquiera que sean los medios para alcanzarla: en fin, como los otros; este es su sino.

Embebido en tales pensamientos llega al cabo de su jornada: páranse los conductores, y reparten el trabajo. Pero su trémulo brazo no rompe muchas veces la superficie de la tierra, sin que otro mas descansado y seguro, descargue rudamente seis palos en su agobiada cintura, que resuenan como otras tantas injurias en lo íntimo de su corazon. Allí está segunda vez el hombre social: el hombre que si bien elevado del seno de un presidio, ha entrado ya á representar la vindicta pública, y encargarse de la correccion del delincuente. «Trabaja con mas brio, holgazan,» es la suave amonestacion que acompaña al dolor de los golpes: sin embargo, la generalidad fuma en aquel momento, ó conversa entretenidamente con las desenvueltas mozas que acuden á llevar el desayuno á sus parejas: mas la generalidad está formada de sus antiguos compañeros.

Poco despues los alegres cantos de la multitud arreglados al sordo choque de la azada, miden á espacios el transcurso de las horas, y dan lugar á la de reposo. El rancho se prepara: cada cual consume en breve la frugal racion que le corresponde; quien la ameniza con frecuentes libaciones si el estado de su haber le permite costearlas, y quien brinda al mas cercano á participar de su bota: todo es contento y animacion, siendo imposible distinguir la sombra de un castigo á través de las carcajadas y retozos de los castigados. Concluida a comida vuélvese á emprender el trabajo con sosiego hasta que el sol empieza á declinar: entonces se suspende, y cargado el Presidiario con su apero, arrastra la cadena hácia la bóveda por el mismo sulco que trazó á su venida.

Allí vuelve á tomarle por su cuenta la gente del bronce: cuya clase bien meditado cuanto ha visto, le parece aun menos injusta, y mucho mas imponente y vigorosa que su antagonista.

Pasada la requisa de costumbre y abandonados á sí mismos los Presidiarios en el encierro, tratan de llevar á efecto la proyectada funcion. El señor Reniega saca de debajo del tablado un formidable pellejo henchido hasta mas no poder; un solemne frasco de aguardiente le acompaña, y varios asados y fritos en seco completan su comitiva. Como ni cuando se ha introducido todo aquello, nadie

lo sabe; lo interesante y lo cierto es que se encuentra en el pabellon: y que sin cumplidos ni ceremonias toma cada uno la parte de terreno que necesita, para sentarse en derredor sobre los ladrillos, con las piernas tendidas ó encorvadas segun mas le place.

Reunidos asi en amistoso círculo, el zaque bien repleto, descubiertas las provisiones cuyo grato olor convida al apetito, y adornado el centro de aquel espacio que suple á la mesa redonda, si no con un gracioso ramillete al meno con la baraja y la taba que mucho mas cautivan la aficion, comienza un misterioso y animado festin, donde cada cual repasa con entera propiedad *entre cuero y carne* los asuntos reservados de la cofradía. Una rebanada de pan y una navaja sustituyen cómodamente á la mas opulenta servidumbre; el mosto á los platos de intermedio, y la buena disposicion á todos los esmerados preparativos de un entonado banquete.

—Vaya otra ronda Pacorro; que esta vida trabajosa, á tragos se ha de pasar.

—Allá va, señor Reniega, acude prontamente el invocado, tirando con la bota una visual á la bóveda del aposento: porque *sicobele* su paternida *sigó* de esta maldecía *estaripé*.

—No tardaré mucho con la ayuda de mi patron el Cristo de la Agonía y de la Garbosa, que su divina magestá conserve para bien de los probes presos. Corra la gracia é Dios.

—A que no se olvide su mercé del que pena; dice el segundo despues de reforzar el pulmon con el lastre de Baco.

—No hay que *tenelar duca* llegue yo á *sicobár*, y luego *birgindelen correlos*; que os puedo *chivar* mejor que el *porésquero*. Sobre tó el que sea *mamis* que se *pirel* conmigo.

—A que no haya tropiezo, compae Reniega.

—Y si le hay se le *moja* ¿pa que tengo la *sueti* de buena *arate*?

—A la salú de ustedes; brinda el recien venido á su turno.

—*Chivato*, le dice el principal, aquí se mira y se calla, y se olvida lo que se vé: vaya el trago porque hagas tú méritos pá entrar en la hermandá.

Con estos interesantes coloquios se vá dando fin al rancho de convite; y terminado, sin alzar manteles como se adivina ni cubrirlos con el tapete, se cruza un cané entre el humo de los cigarros y los vapores del vino que á menudo presenta quien mas á mano le tiene, diciendo «*camará*, *lampara sin unto mal alumbra*.» Nuestro héroe tambien despliega allí su habilidad armado con el dinero que generosamente le prestan sus allegados, porque en tales reuniones con la misma buena fé se dá y se quita, y á poco rato se alza con todo el caudal desparramado en aquel recinto, salva la parte cedida á un resuelto jaque que en ronco tono le dice; «*caballero, aquí cobro yo el barato*.»

No tardan en hacer su efecto el gás que despiden aquellas ambulantes bodegas, y el soporífero calor que añaden los miasmas del tabaco: y como todo lo que es neblina ó boira ataca directamente al cerebro, los de aquella amable tertulia se sienten progresivamente turbados y desvanecidos. En tal caso yá, empiezan los

balbucientes desatinos, las risas y desconcertados planes de pasatiempo. Cantares lúbricos, descompuestas danzas donde no se echa de ver la falta de las hermosas ni el peso de las cadenas, lascivos remedos, posturas livianas, dichos repugnantes y torpezas sin medida, mézclanse allí en informe conjunto; y el ruido y el polvo concurren á hacer insoportable aquel desórden. Los licores encienden al deseo, y la fatiga torna á llamar á los licores; la confusion se aumenta, el apetito se aviva, y toda aquella baraunda viene á parar en escenas mas dignas de lamentarse que de referirse.

Desmanes son estos, que al principio espantan al recien llegado, pero con su repeticion insensiblemente le ofuscan, le entretienen, le aficionan y le dominan. Sin embargo, pasando dias y viniendo dias antes de llegar á tan miserable estremo, una chispa de nobleza que abríga en su alma, y otra buena dósis de temor al castigo, le deciden á dar con gran sigilo un paso que contempla muy meritorio; esto es, á descubrir cuanto sabe, vengando al propio tiempo la reciente injúria. Hé aquí nuevamente al condenado que se arroja en brazos de la sociedad. Esta, ó el director de su parte, le acoge con dulzura, agradece su revelacion, y conociendo que la recompensa es el mayor estímulo en las acciones de la vida, se la prepara tal que venga al servicio prestado como anillo al dedo; porque medita hacerle cabo de vara, ó sea inmediato celador de costumbres.

Asi arreglado, y tomadas las precauciones oportunas, bájase bonitamente una noche con su patrulla, y sorprende á los *ternes in fraganti*, baraja en mano, bebiendo y picardeando á mas y mejor. Envíales al cepo sin rancho y con mordaza, depone al cabo por ocultador, y confiere su encargo á nuestro hombre.

Una semana entera transcurre sin novedad que de contar sea; los castigados en su arresto, y el delator en el pleno goze de sus derechos, aunque sin tener donde ejercitarlos. Al cabo de ella, vuelven las cosas á su estado normal, y los penitentes entran en la bóveda jurando vengar la mala accion; sin embargo falta saber quien haya sido el autor, y nuestro cabo se halla bien tranquilo sobre el secreto.

Parten los Presidiarios á su trabajo y observan al nuevo nombrado; murmuran entre sí y dejan llegar la noche. No es fácil descargar sus iras en la primera, porque el gefe de sala duerme separado y encerrado en una partija de ella, para husmear sin riesgo lo que en la misma sucede: pero en cambio se reunen en nocturno conciliábulo para fallar de la suerte del reo.

Siéntanse con gravedad sobre sus piernas encima del tablado, formando imponente semicírculo que corona el principal: cada uno tira de su disforme navaja, pica de un puro, y arrolla un corpulento cigarro apretando con el filo el borde del papel que ha de ser interior: el presidente echa yescas, enciende y reparte lumbre á los demas: brilla el fuego sacro en las bocas de los jueces; el humo del incienso se levanta en densa nube, y la consulta empieza.

—¿Qué pena merece el *chota*? pregunta el principal con tono severo.

—La de un traidor responde el mas inmediato.

—*Pintarle un jabeque* que se lé rezume la *ochí*.—*Endiñarle* una de *curripenes* que diga soleá: proponen por su turno los siguientes.

—Señores, no hay que precipitarse: tóo lo icho tiene compromiso, y el que *se berrea* por primera vez, no merece tanto.

—Pues entonces, una *cherga*.—Una rueda al moscardón; se oye en la banda opuesta.

—Eso yá *sinéla* poco y de *chunga*, repone el Cacique con importancia; vaya otro *bámbano* y se pensará mejor.

Hácenle en efecto, y sigue el debate con la propia moderacion y cordura; defiriendo siempre los opinantes al dictámen del que una vez supo hacerse lugar y erigirse en gefe. Por último, queda acordado como suficiente castigo, que sufra tres carreras de baquetas, media hora de suspension por los pies, y la pérdida del destino.

—¿Y quién es el *chota* vuelve á interrogar el presidente, que no han de *poquinar* los que no *devisáran*?

—El *chibato*, responden en coro diferentes voces.—¿Que pruebas teneis?

—No hay mas que ver sino *querarle baró* sin *contisar* con la cuadrilla.

—Y á mas que no ha *chalao* con nosotros en él *la bruja*.—Ni con nosotros, ni con nosotros: repiten algunos miembros de las diferentes secciones de penitencia.

—Es verdá; está convito; pronuncia entonces el presidente, y el fallo queda irrevocable.

Entran luego en la eleccion de dia y hora, puesto que no son muchas las ocasiones de ejecutarlo: y señalan el primer domingo despues de la misa, encomendándose en ella de todo corazon á su protectora la Concepcion purísima, á fin de que interceda porque baste el escarmiento y no les frustre con una nueva delacion su plan de fuga; mas proponiendo firmemente matarle, si de otro modo acaeciere. Arreglado ya, abandónanse tranquilos en brazos del sueño, y dejan correr serenamente el resto de la semana.

La festividad llega; el sacrificio se atiende con mayor devocion que de costumbre, y concluido los rematados vuelven á su calabozo donde se preparan aguardando á la víctima. Entra el agraciado bien ageno de la suerte que le espera, y en el acto se ve cercado por aquella turba infernal como el dia de su instalacion; mas ahora un silencio aterrador acompaña á sus acciones: sus ojos centellantes indican bien la ferocidad que les anima; la tirantez de sus facciones revela al desdichado la verdad de un cuadro tan espantoso; la rudeza de los ademanes, responde á la del sentimiento; la convulsion de sus manos traslada la agitacion de los espíritus, y el castañeteo de sus dientes la rabia y furor que les impelen hácia su presa. Ligan dolorosamente sus miembros con las ocultas fajas, tiéndenle boca abajo en el frio suelo, y haciendo en su espalda violento apoyo, saltan del uno al otro lado con el peso de los grillos y cadenas que agudamente se clavan al empuje. En vano implora compasion; tres veces repite y apura el incansable tropel su meditada venganza, dejándole exánime y moribundo sobre su rostro. «Alto yá, grita con fuerza una imperiosa voz, el hombre no puede mas, y el resto se le perdona.» Dóciles al mandato los atormentadores, deshacen las ligaduras, y le ayudan á ponerse en pié diciéndole: «otra vez será otra cosa.»

Este rasgo de generosidad en medio de aquella barbarie hasta cierto punto merecida, afectan en gran manera al mancebo, quien lloroso y arrepentido se propone guardarles mas consecuencia y promete cuanto le exigen. Lo primero es que deje el mando; pero mas entendidos que el director, convienen en que la dimision se haga de un modo aparentemente forzado: lo cual es sencillo denunciándose á aquel gefe un estudiado descuido de cualquier género. Pero el azar presenta coyuntura mas cercana y favorable que ellos pudieran discurrir. Y es el caso que á poco tiempo estando con los Presidiaros en su cuartel, se le acerca un sugeto de buen esterior, y llamándole aparte, le dice á media voz algunas palabras.

—Reniega, grita el incauto; el *Erai* dice que el domingo pasado le *nicabaron* el reló en misa: y si lo quereis volver, lo *poquinela* por entero.

—Mucho que si, le responde el nombrado acercándose y moderando el tono; que tambien se ha de tener su aquel con la gente de cortesía: ya sabes en casa de Chispas; envíale recado *que diga quien estuvo la semana pasá de iglesias*; y ese señor que vuelva por él mañana.

Se olvidó de calcular el bueno del ascendido, que tales asuntos no son para tratados con semejante publicidad; que uno de los capataces ó vigías de conductas con arreglo á ordenanza, ha podido oir y oido en efecto la propuesta, que amaestrado en la práctica se ha hecho cargo mas que conviniera de su contenido; y en fin, que yendo con el soplo al director de la casa, se encuentra degradado cuando menos lo piensa, con la adicion de un mes de cepo, y nota en su relacion de méritos.

Entonces vuelve de lleno á la masa de donde salió; entra á participar de su confianza y costumbres, y se forma el Presidiario en toda la estension de la palabra.

Empieza por adoptar su divisa, grabando con pólvora en el morcillo del brazo la imagen de la *Soledad* para escribir luego debajo el nombre de su querida: perfeccionarse con prontitud en el idioma y esgrima, ó sea manejo del arma, y no tarda en familiarizarse con sus desordenados entretenimientos é identificarse en un todo con sus ideas. Para él, es en breve cosa corriente encaramarse á la bóveda del calabozo escalando sus muros, ó descolgarse fácilmente por un cordel; y aun hecho trasgo, se introduce por los apretados hierros de una ventana, ó se arroja de su altura sin otro ausilio que un arma punzante clavada en la muralla, ó un peligroso salto. Conoce con perfeccion el arte de fingirse tullido hasta el punto de que por tal le declare el mismo Proto-medicato; de levantarse una forzada calentura y de abrirse una llaga cuando el caso lo requiere. Ninguna repugnancia siente en horadarse la piel, para convertir en saco de noche lo que es tonel de dia, encerrando alli su dinero y sus prendas mas preciosas: ó bien á las veces para ocultar la prohibida navaja en aquel raro estuche, ya que no en algun otro parage de su cuerpo que la previsora naturaleza haya indicado como á propósito. Hombre de ingenio y de escelentes disposiciones físicas, cultivadas por el ejercicio y adiestradas

por la necesidad, llega á aventajar á sus propios maestros en las habilidades que le enseñan, mereciendo repetidas veces en cada uno de los ramos, los honores de invencion. Cómodamente lima sus grillos con un cacho de teja ó loza, ó saca de ellos entrambos pies dejándolos intactos: funde llaves adaptadas con la mayor exactitud á cerraduras que no ve, sin mas elementos que el hueco entre dos ladrillos por molde, un pedazo de tocino para encender fuegos, y otros de su camisa por todo combustible. Agujerea las paredes y los suelos con la ayuda de sus uñas, ó cuando mucho de su navaja, y aunque no cuida gran cosa de aprender á escribir, hace grandes adelantos en el secreto de borrar letras para falsear un pasaporte ó licencia de salida.

Entonces ya se le declara digno miembro de la corporacion, y apto para figurar en un golpe de mano ó acaso para dirigirlo. Solo un requisito le falta, aunque accesorio indispensable al Presidiario de buena raza: y es la sombra de una beldad á quien tributar sus glorias y de quien recibir cariñosas atenciones. La adquisicion no es dificil, y la monotonía del encierro aguija el ansia de su logro. Verdad es que no conoce otras á donde encaminar sus flechazos y chicoleos, sino las propias que diariamente acuden á ver ó cuidar á sus respectivos cuyos: pero como esto no sea hoy un grande obstáculo aun interviniendo legitimo matrimonio, decídese por fin á dirigir una carta esplicando su atrevido pensamiento, que termina con esta sentida y amorosa posdata:

Tres veces cogí la pluma,
Tres veces cogí el tintero,
Tres veces se me cayó
El corazon en el suelo.

De tan suave manera *se calza* á poco tiempo con una descocada y mal agradecida Nereida, que sin piedad abandona á su primer *gachon*, (puesto que las circunstancias la impiden *hacer cara* á los dos mancomunadamente) y acepta y paga sus tiernos suspiros.

Tal conducta á vista y ciencia del acusativo, que digamos en aquella oracion, tal desacato en sus barbas, como no puede menos de ser, trae sin remedio á su espalda las consecuencias que buenamente se dejan presumir. El despreciado amante reta á mortal duelo, para lavar su afrenta, á su dichoso rival: este no puede menos de admitir el desafio, porque en otro caso dejaria de serlo; por consiguiente aprovechan el dia para afilar sus armas, y aguardan á la hora oportuna.

No hay cosa tan horrible como el aire friamente socarron y burlesco que dá esta gente á sus acciones y palabras en lances de tal naturaleza. Nada del fogoso ardimiento que les caracteriza entre las clases mas elevadas, ni de las acaloradas contestaciones que les preceden, ni del ruidoso aparato que hasta ellos media. Su rencor es sordo y oculto, su mirar desdeñoso y su acento recargado. Hablan tasadamente y con pausa, ahuecan la voz, se rascan ó apoyan la mano sobre

la cadera en sosegada postura; y su valor toma un aspecto tan ladino como sus frases y personas.

—Compadrico ¿quién le mete á Vd. donde no le llaman?

—Yo á naide doy cuenta de mi gusto.

—Es que en esa hembra mando yo.

—Eso será si á mí me acomoda.

—Con que sí ¿eh?

—Y náa más.

—Pues lo veremos despues de requisa.

—Lo veremos.

Son las únicas razones que se cruzan entre dos *ternes* para arrimar á un lado la existencia, y libres de su peso, tomar como quien no dice nada el camino de la eternidad. Sin embargo, no esquivan su rey de armas que coteje las preparadas y asista al combate.

A la hora de requisa y verificada esta, sálense al patio con la misma parsimonia, y sin otra formalidad elige cada cual el terreno que estima conveniente. Tiran de sus navajas, y abiertas, empuñan las cachas, apoyando con firmeza la yema del pulgar contra la hoja. Esto, y el humedecer su punta de saliva, tomada del labio inferior con el índice izquierdo, influye notablemente en el éxito de la pelea.

Arreglados ya, el calañés por escudo, el arma tras de su copa, retirado el pié derecho, el cuerpo agachado cargando adelante, las miradas fijas en las miradas y la intencion en la intencion, aquellos campeones se miden, se observan y se hostilizan inmóviles en su puesto. Por fin el mas audaz acomete, la lucha se traba, cruje la arena bajo sus pies, la navaja brilla y centellea en la oscuridad, el atento afan se redobla; un salto provoca una huida, y una embestida otro salto de retirada; menudéanse los amagos, caen á rajas los sombreros; los alientos resuenan de fatiga, brota el sudor en sus frentes y la sangre en sus vestidos, crece el furor, olvídase la cautela, se estrechan, se obligan, se acosan; y al apartarse, un ¡ay! lastimero y la caida de un cuerpo en tierra, anuncian al desafiado su victoria, preparan al retador su muerte.

Era lo único que faltaba á nuestro héroe para terminar la carrera del crímen; ahora le queda solo recorrerla y ensanchar sus dimensiones, para lo cual tiene ya mucho adelantado, porque los ensayos felices, dan por fruto siempre *inclinacion* y *arrojo*.

La impunidad concurre á alentarle, pues de contado se sepulta en el silencio toda muerte de buena ley: en vano son las pesquisas y procedimientos del foro; nadie lo ha visto, nadie lo sabe, el matador queda libre del castigo, y el vencedor coronado de laureles.

Cumplido este deber, y limpio ya de polvo y paja, sus proyectos tienden esclusivamente á abandonar aquella mansion para él pequeña, y á ejercer con mas anchura y ventaja sus talentos adquiridos: Poniéndolo en ejecucion, merced á sus adelantos y buen ingenio, se nos vuelve al seno de la sociedad tan corregido,

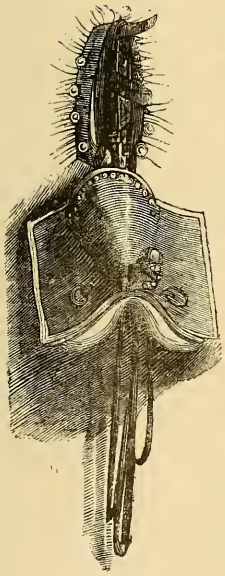
tan suave y tan otro, como hemos visto, y como esta se prometió sin duda al encerrarle. La fuga le proporciona algunos años de recargo en su destino; sus proezas, la formacion de nuevas causas y la imposicion de nuevas condenas que á una suma, esceden con mucho al término regular de su vida; cuya poderosa razon le obliga á hacer bancarrota, guardándola para sí, y dejando que en *ausencia* y *rebeldía* se sustancien las primeras, y se apliquen y apuren las segundas.

Sin embargo, no ha olvidado por completo la educacion moral que en su hospedaje le inculcaron. Recuerda que son tres los géneros de obligaciones en la criatura; y conserva respecto á Dios, que le es muy agradable ver espurgar del lujo su santo templo; respecto á sus semejantes, aquella sublime máxima, *quiere para ti cuanto sea para tu prójimo*; respecto á sí mismo, que debe aspirar á la mayor perfeccion *apropiándose cuanto bueno observe en los demas.* Finalmente, conoce bien en su humildad cristiana que nadie es responsable de que haya entrado por donde le metian, ó elegido entre lo que le presentaban; por eso el mal aventurado jamas se atreve á desplegar su boca alegando descargos en este punto y si alguna vez os detiene, (amables lectores) navaja en mano á la vuelta de una esquina, se contenta con deciros en mudo lenguaje. «Aquí estoy yo porque he venido.»

BONIFACIO GOMEZ.

Mirand

EL CALESERO.



Ni en versos hábil, ni en la prosa ducho
¿cómo dejar la gente satisfecha?
Juzgo que de la cruz hasta la fecha
yerro si de otros el consejo escucho.
¿Echo á cara ó á cruz?—Arriba, ¡chucho!
¿Cruz? Bien está; me luzco de esta hecha:
de mis versos acudo á la cosecha
que como es fruto malo abunda mucho.
Yo bien conozco, y lo diré de paso,
que me hundieran con pullas maliciosas
si acá volvieran Lope y Garcilaso;
Mas oidlas que cuento varias cosas
y lo que es de la forma no hagais caso
que allá se van mis versos y mis prosas.

—

¡Uste! que es tarde y llueve, no mas prólogo
que no consiente fárrago el opúsculo,
como esos grandes, eternales cánticos
que otros entonan con acento impúdico
ya celebrando en las doncellas cándidas,
la ardiente faz y los luceros fúlgidos,
ya revelando con pasion carnívora

la intensa llama de su amor sulfúrico.
Tampoco ha de quejarse el arte métrica
de preferencias, que si en rancio púlpito
lo mismo en poesía que en política
las predican apóstoles estúpidos;
hostil yo siempre á las chocheces clásicas,
aunque sepa que en esto soy el único,
daré á todo reglista sistemático,
tajo va y tajo viene sin escrúpulos.
¿Por qué solo de reyes y de príncipes
digna la octava ser? ¿Por qué su número
de versos y de acentos y de sílabas
no cuadran bien al Calesero rústico?
Todos somos iguales ¡fuera fórmulas!
quiero de metros hacinar un cúmulo,
que viene bien en pasatiempos líricos
de compases variar como los músicos.
Desde el alejandrino, casi el máximum,
hasta el verso unisílabo mas súbito;
de la alta octava á la plebeya décima,
la seguidilla ruin... todos por último
sirven á quien se rie de la cháchara
de severos censores energúmenos.
Y pues me va cansando el son monótono
mas propio que de jácaras de túmulos,
basta ya de romance endecasílabo
otra decoracion, no mas esdrújulos

—

De trocar la tonadilla
la facultad concededme
ya que melosa y sencilla
se presenta la quintilla
que está diciendo: comedme.
Tres metros se han ensayado
con este que empiezo junto
y ni siquiera en un punto
con la cuestion he tocado
conque... vamos al asunto.
Como sabeis, caballeros,
que sin principios no hay fines
debeis cual yo convenceros

que no hubiera Caleseros
sino hubiera calesines.
Y asi mi pluma traviesa
(válgame Dios cuanto ripio)
sabe bien que la interesa
empezar por el principio
es decir, por la calesa.
Del carruage es escusado
encomiar la utilidad
y es prodigio bien mirado
cuanto en esto ha adelantado
la humana comodidad.
Entre la gran parentela
que preserva de los barros
y frios, si llueve ó hiela,
descuella la CARRETELA
que es la reina de los carros.
Sigue en lujo pertinaz
á invencion tan peregrina
el COCHE, guerrero asaz,
que aunque el tiempo esté de paz
jamás sin armas camina.
Para la gente elegante
está el TILBURI bizarro
tan veloz como flamante,
que mas parece que carro
una luneta ambulante.
A estos sencillo y ameno
sigue el BOMBE correton
que, consúmame un veneno
sino fué el tal invencion
de Hipócrates ó Galeno.
Como hay vagos infinitos;
para esta gente holgazana
hay OMNIBUS pintaditos
que hacen por Madrid pinitos
muriéndose de galvana.
Hay otro coche ramplon
que dá al que le monta esplin,
y por servir de alquilon
aunque sea de Fermin
siempre le llaman SIMON.

De transporte hay por mayor.
La DILIGENCIA responda,
que es cuádruple conductor
con su *cupé*, su *interior*,
su *berlina* y su *rotonda*.
Dos mil TARTANAS se vén
invadir las carreteras
donde hay GALERAS tambien
que supo lo que hizo bien
el que las llamó *galeras*.
Y si es mejor ir á pata
que no en la galera ingrata,
tampoco dá muy buen rato
su marido el CARRO-MATO
es decir, carro que mata.
Esas gentes que á rabiar
están en viéndose quietas
habrán visto al viajar
una tras otra chillar
veinte, ciento y mil CARRETAS.
Y ese funesto chillido
que no es la voz de Rubini
vale mas, bien entendido,
que haber en Madrid olido
los carros de SABATINI.
Mas hablo á troches y moches
de carros y ya me pesa.
Lector, aunque lo reproches,
¡no mas carros! ¡fuera coches!
donde campe mi CALESA.
Y lea versos ó prosa
para averiguar un hombre
con eficacia estudiosa
por qué la dieron el nombre
de calesa y no otra cosa.
Yo las razones no doy
que es mi ciencia reducida
y bien estoy como estoy,
ni etimologista soy
ni pienso serlo en mi vida.
Mas si mi cholla no yerra,
la razon que aqui se aguza,

es la razon que se encierra
en llamar tierra á la tierra
y á la merluza, merluza.

—

La quintilla castellana
está visto, no se presta.
Creo mas propio el romance
para describir calesas;
que es metro muy español
y tambien hay quien apuesta
que la Calesa es la nata
de los carros de mi tierra.
Bien pudiera describirla
con todas las voces técnicas
de convexidad y sólidos
base... rádio... paralelas...
Pero es mas claro y mas breve
suponer que se asemeja
á una sarten con dos mangos
tumbada sobre dos ruedas.
Engalanada por dentro
con talco, borlas y seda
que está diciendo: manolos,
viva la sal madrileña.
Sobre un cajon el asiento
donde meten la merienda
que parece contrabando
por lo oculto que se encuentra.
Y hacerle contrabandista
no es calumnia, ó muchos pecan;
porque muchos aseguran
que el cajon contrabandea.
Enrollada inútilmente
tosca cortinilla ostenta,
que aunque á su altar suben ángeles
nunca gustan de tinieblas.
Pintada por el respaldo
no ha de faltar sandunguera
puesta en jarras una dama
de las que la liga enseñan;
O un torero echando suertes,

ó un gaché con su vihüela
y una pareja bailando
las seguidillas boleras.
Si es caballo el que la tira
suele ser de aquellas piezas
que aunque se las coja en caza
tienen espinas de pesca.
Matada está siendo mula
y no estrañeis que aun se tenga
porque hay diferencia y grande
de estar matada á estar muerta.
Pero carne ó bacalao
matadas ó no las bestias,
cuando ellas quieren no ceden
á postas y diligencias;
Que la voz del Calesero
¡huy! ¡zagala... coronela!
torna sus patas de galgo
y de avispa sus orejas.
Y aqui mismo la pintura
del Calesero comienza
cuyo parecido acaso
de mucha verdad carezca
¿Mas que ha de ser el bosquejo
si para hacerle no prestan
su inspiracion los Madrazos
y sus pinceles Alenza?
El trage del Calesero
no es tan rico que se pueda
comparar al de los siervos
que guian las carretelas:
Ni alcanza al de los cocheros
ni al de los lacayos llega
Y hasta al *Simon* muchas veces
cede en rango y apariencias;
Mas si el de aquellos el signo
de vil servidumbre lleva
el del Calesero grita
¡que viva la independencia!
Calzado todo español
pues sabe que en su faena
zapato ruso ó inglés
vale poco y mucho cuesta.

Buen pantalon de ancha trampa
con botones á docenas
á veces de plata todos,
y otras de cobre ó de suela.
Faja limpia y bien ceñida
chaleco de pana verda (1)
por corbatin un pañuelo
que le sirve de chorreras.
Suele echarse una zamarra
entre otoño y primavera,
y de primavera á otoño
sencillamente chaqueta
U otra mejor de alamares
que parece cuando nueva
un poco mas que manola
y algo menos que torera
El sombrero calañés
ajustado á la cabeza,
que aunque es ave de ala corta
con poco viento se vuela.
Látigo pegado á un fresno,
de larga y tejida cuerda
que mas le duele al caballo
que el peso de la calesa
Y para acabar en fin,
pondré en su boca entreabierta
un mal puro con mas humos
que doscientas chimeneas.
La Calesa y Calesero
yo diré como se emplean
pero esto es cosa de octavas;
ahí tiene V. la primera.

—

No de inquirir lo ageno soy amigo
pues atrevido preguntar pensaba
si para no dar creces al hombligo
mi lector apreciable frecuentaba
por la *Plaza Mayor*... pero ¿qué digo?
de la Constitucion, no me acordaba
y la *Plazuela de Descalzas Reales*
miento, de las Descalzas Nacionales.

(1) Se dice verde, pero el asonante se empeñó en que habia de ser verda.

Estos y otros lugares concurridos
al lector de Madrid no estoy ageno
de que le deben ser bien conocidos;
y en este caso suponer es bueno
que le habrán abrumado los oidos
una y mil veces al cruzar sereno
asi con cierta tentacion traviesa:
»*mi amo*, ¿quiere usté un coche, una calesa?»
Y tú, lector «aprecio su bagaje»
contestado le habrás, si bien recuerdas;
y él ha instado y tú has vuelto con coraje
un *no, repito*, á sus palabras lerdas:
ya porque te hace daño el carruaje,
ya porque quieres estirar las cuerdas,
ó porque no hay un real que es poca cosa,
dero es una razon muy poderosa.
Mas despues del que *nones* le responda
supondremos que ha habido caballero
que ha querido dar vuelta á la redonda
por varios pueblos y volver ligero:
ó ver el rio, ó visitar la ronda,
y este le ha contestado al Calesero:
seguramente que el andar me empacha
ponga Vd. pronto la calesa en facha.
Ajusta, da un real mas para tabaco
y el Calesero esclama ¡arriba plomo!
quita la manta al enlutado jacó,
le tienta el rabo, le sacude el lomo
y monta y dice: aunque me valga un saco
de oro, no doy la bestia que yo domo.
¿Qué puerta? vera Vd., nada la agobia.
¿Bilbao, Toledo, ó Alcalá ó Segovia?
El otro elije sin intriga y guerra
que en esta parte concederle quiero
derecho electoral, pues en mi tierra
cualquiera es elector por el dinero.
Y aun mas hondo misterio aqui se encierra:
el elector mas mulo y majadero
vale por cuatrocientos bien seguros,
con tal que tenga cuatrocientos duros.
Pero esto no es del caso, lo del caso
es emprimar al tonto en el ajuste,
y el Calesero por salir del paso

mete una bola que parece embuste.
«Jamás nos queda para echar un vaso,
dice: puede Vd. darme lo que guste:
soy criado y el amo en lo que saca
nunca me dice *toma*, y siempre *daca*.
Y ya vé Vd. lo que ganar podria
si un hombre no tuviera su concencia
mas yo no tuerzo la concencia mia.»
Y á juzgar por la cándida apariencia
cualquiera por el tal responderia:
pero sabe á bien poco su infidencia
quien vá con él, aunque tenaz se alabe,
y el amo, en mi opinion, tambien lo sabe.
Mas el que dice cuando entrega impío
de carro y mulas el jornal ganado,
que fué cargado y que volvió vacío,
cuando vino tal vez doble cargado:
quien dice: ahí van tres duros, amo mio,
quedándose con dos que ha reservado
despues del puro y de la atroz carpanta,
el mandamiento sétimo quebranta.
Y es de observar al Calesero pillo
con un cuidado que á maldad trasciende
cada vez que se acerca un ventorrillo
esclamar: ¡qué tabaco aqui se vende!
¡y qué vino, es un bálsamo!—Y sencillo
quien va con él si la indirecta entiende,
dice: pues pida Vd. y háganos daño
mas saquemos la tripa de mal año.
¡Y qué bien huele! que estarán calculo
haciendo de comer á sartenadas;
Añade, y con talento y disimulo
torna hambrientas sus gentes desganadas.
Él diz que se chulea y que es un chulo,
y que está con furor por las chuladas
mas dá demostraciones muy completas
de que está mucho mas por las chuletas.
En los caminos su elocuencia brilla
luciendo de geógrafo su ciencia.
Tiene pueblo por pueblo en la cartilla,
(y pinta á los que escuchan con paciencia)
todas las carreteras de Castilla
de Galicia, de Cádiz y Valencia;

y si los que oyen ignorantes son
habla hasta de Turquía y del Japon.
Sabe medir á palmos el terreno
bien que por esperiencia y por instinto
le hiciese Cristo, de impiedad ageno,
inclinado á lo blanco y á lo tinto;
Y como suele consumirlo bueno
en el que llaman parador de Pinto;
aunque camine por Zamora ó Toro
siempre se halla entre Pinto y Valdemoro.
Puertas recorre y rondas y paseos
si contrabando trae de tela ó gente;
cual coqueta que miente devaneos,
como ladron que acecha al penitente,
y lo mismo que yo gasto rodeos
para decir á ustedes solamente:
harto estoy, vive Dios, como de un potro,
de este metro fatal: vamos con otro

—

Y la razon es sencilla.
Cambio porque viene á punto
para redondear mi asunto
la redonda *redondilla*.
Puede nuestro Calesero,
y esto es muy justo y cabal,
lo mismo que cada cual
ser casado ó ser soltero.
Su esposa aqui bien mirado
ni daño ni bien reporta,
por eso nada me importa
que esté soltero ó casado.
Siempre ha de tener por suerte
si no es mezquino y tacaño
una moza ó mas al año
cuando hay peligro de muerte.
Conque, á su capricho queda
sin disturbios ni bolinas
gastar despues sus propinas
como quiera ó como pueda.
La inversion, vive Jesus,
que no la entiendo á no ser

en *puros*, *vino*, *muger*
y echar cien manos al *mus*.
No es por eso un perdulario;
antes vá haciendo remesa
para comprarse calesa
y llamarse propietario
Y remando dia y noche
con estraño calesin
viene á encontrarse por fin
con propia calesa y coche.
Entonces nadie le niegue
la frase con que le llamo
ya es *propietario*, ya es amo,
ya tiene quien se la pegue.
Dejad que otro coma y baile
á su costa, y no haya ruido
él se hará cuenta que ha sido
cocinero antes que fraile
No hágamos mas comentarios
de sus virtudes ó vicios
y refiramos propicios
sus dias estraordinarios

—

Por Santiago mata-moros
enganche usté la calesa
que hoy es lunes é interesa
llevar la gente á los toros.
Raa... pulía... á la funcion
tente... pára... que te tundo
¿te quieres marchar del mundo?
¡lástima de torozon!
¡Huy! tente! cudiao me llamo;
la corrida empieza ahora
¿busca usté coche, señora?
¿quiere una calesa, mi amo?
—Si señor.—Vamos volando,
á ver si alguien nos iguala:
monte usted ¡arre zagala!
que está Montes esperando.
Oooh! pára!.. pa que se baje
su mercé con bercebú,

que Dios le dé á usté salú
voy á echar otro viage.
Y antes de poco se vé
conducir á igual destino
por idéntico camino
á una *já* con *su yaché*.
Ya Montes con su capota
engaña á la astuta fiera
¡chica! suene la pandera
¡compadre! ¡venga esa bota!
Y mojando la garganta
entre el bullicio y estruendo
marchan para sí diciendo
como quien murmura y canta.
«¡Charpa suelta el caballo
que es una furia:
Mira que te se ahoga,
dile que escupa.
¡Ay Charpa, Charpa!
te veo y no te veo
¡arre zagala!!!
Montes! salta al trascuerno,
y alza la pierna
no te encaje las puas
donde te duelan.
¡Ay!! banderillas!
banderillas y perros
¡arre pulía!!!!!
¡Oooh! para pa que se baje
la gente con belcebú.
Ea, muchachos, salú
voy á echar otro viage.
Y dando de celo traza
pasa los lunes en esto
desde la plaza á su puesto,
desde su puesto á la plaza.

—

Hay un dia bullidor
en que alza Madrid el grito
que es el dia del bendito
San Isidro Labrador.

El señor almivarado
el manolo, el fabricante,
literato, comerciante,
el artista, el empleado
¿Qué digo? Madrid entero
este dia de alborozo
dá con entusiasmo y gozo
de comer al Calesero.
Echa al potro sueltas riendas
torciendo arroyos y esquinas,
por atrapar cien propinas
y probar de cien meriendas.
Está lozano y valiente
con tanta especie de grasas
y los torrados y pasas,
ponche, noyó y aguardiente.
Tanto llenando la piel
que aunque charle á troche y moche
no seré yo por la noche
quien quiera cuentos con él.

—

Si yo no comprendo mal
no estará mal recordada
la festiva temporada
que llaman de *carnaval*.
El cartel es el reclamo
que al hombre ocasion ofrece
de gritar cuando amanece
¿quiere una calesa, mi amo?
Y es de ver la niña guapa
saliéndose del festin
¡qué ojos echa al calesin
cuando el hocico se tapa!
Y al amante, que sin blanca
apostaba en el salon
á competir con Safon
y Remisa y Salamanca,
Viéndola sonar los dientes
de frio y él sin dinero
¡qué ojos echa al Calesero
tan foscos y maldicientes!

Y el Calesero acertando
la causa que le devora
dice ¿vá á pie esa señora?
Mire usté que está nevando.
Y estos lances son precisos;
porque es la pura verdad,
que una vez por voluntad
y muchas por compromisos;
El Calesero de trueno
sin mirar al que dirán,
consigue ganarse el pan
y esto es muy santo y muy bueno.
Aqui de mas desatinos
quiero remediar el daño
pero esta sino me engaño
es mano de alejandrinos.

—

Mas ay! que alejandrinos los hago tan perversos!
que casi estoy tentado por responder que no.
¡Brindar mi pobre numen alejandrinos versos
por fuerza es mi enemigo quien me lo aconsejó.
Direis que os enamoran, que son muy peregrinos,
mas ya veis por la muestra que no los debo hacer
¡fuera con mil demonios versos alejandrinos!
veré si con tercetos os puedo complacer.

—

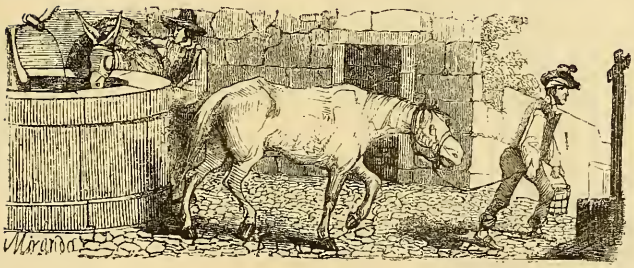
Está visto, no salgo del aprieto.
Yo que ajusto mi marcha á la del dia
engolfarme en el clásico terceto!
¡Resucitar aquella algaravía
tan atroz, tan eterna, tan pesada!
¡ay que horror ¡ay que espanto! ¡que heregía;
¿Mas que me toca al fin de la jornada?
¿Pedir como en comedias, necíamente
con una decimita una palmada?
No es final, que digamos, muy decente
pero por si los hados son adversos,
esa encajo, quién quiera que la cuente:
seguro de ella estoy, tiene diez versos.

Y si el público recela
que este parto es de luzbel
eche la culpa á Espinel
que inventó una vagatela.
Nada dice esta *espinela*
la mejor de mi baraja;
mas pienso que bien encaja
la insulsez de que os atraco,
porque es la décima un saco
que solo consiente paja.

—

A mi me basta un romance
con el asonante en *é*
para decir: me despido;
que ustedes lo pasen bien.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.



A B C
H I J
Q R

EL DOMINE.

Con qué humor tan negro cojo la pluma! Está visto: antes de emprender el retrato necesito desahogar la bilis, y la comezon pendenciera que me abrasa. Estoy como pueblo que quiere pronunciarse, dispuesto á armar camorra con el prójimo, y cual aquel poeta que cantaba

Tengo las calabazas puestas al humo,
Y al primero que llegue se las emplumo.

Tocaráles la china á los que encuentro mas á mano, á mis colaboradores y al editor. Sí, señores mios: voy á disputar con vds., á reñir en forma, acerca de lo que llevamos hecho y está anunciado de la obra; que á mí no me cuadra pintar las faltas y deformidades agenas, y dejar las nuestras en el tintero por esceso de amor propio y sobra de injusticia, que son los pícaros vicios del linage humano, y de todos los linages.

Dos obligaciones se ha querido imponer, é imponernos el ciudadano editor, que ni cumple, ni cumplimos, ni es posible que cumplamos él, ni nosotros; y vive Dios que se lo he de contar á los suscritores y leyentes, pese á quien pese. Lo que yo vea contra razon y conciencia lo he de decir sin morderme la lengua,

clarito como el *b a ba*, y sin ahorrármelas con Papa, Rey ni Roque (Entre paréntesis: este Roque que siempre está paralelo al Rey, y contrabalanceándole, debió ser algun regente durante la menor edad del monarca). Protesto, pues, contra las dos obligaciones antedichas, porque las ha tomado el jefe sin acuerdo de su consejo de escritores responsables; porque son opuestas á la ley fundamental de la sana lógica; y porque es una de tantas decepciones proclamar tales principios y obrar á la inversa. *Item* mas, pido la responsabilidad de los funcionarios que han obedecido un mandato no firmado, cual exige el artículo 61 del pacto social. Salvas estas premisas de protestacion y demanda, continúa la disputa.

Háse ofrecido que la obra se dividiria en dos partes, comprendiendo el primer tomo los retratos de la capital de la monarquía, y el segundo los de las provincias. Mas ¿dónde está ni hallarse puede semejante línea divisoria? El *Torero* es mas peculiar de Sevilla y de Jeréz, que de Madrid. Los *Indianos* están desparramados por todas las provincias peninsulares, amen de los muchos que hay en Burdeos, Bayona y otras partes estrañas. La única afinidad que tiene el *Charran* con la corte es el haber en esta como en Málaga un barrio llamado Perchel, y el haberse pronunciado Málaga diferentes veces, y Madrid en setiembre. Solo en una cabeza redonda cabe que el *Ama del Cura* sea personaje madrileño, cuando los cardenales de Santiago, los canónigos de Toledo, los pavordes de Valencia, y quince mil párrocos de todas las diócesis, nos ofrecen ejemplares á pedir de boca. Pues á nadie que no comulgue con ruedas de molino, se le hará tragar que en las provincias no hay *Coquetas*, *Criadas*, *Santurronas*, *Sacristanes*, y *Alcaldes de Monterilla*: como que los mismos retratistas han formado sus cuadros tomando rasgos de esta y de la otra comarca.

A clasificar lo que va publicado en las dos partes consabidas no era floja la ensalada de párrafos y de periodos, que habia que hacer. Parecerian los artículos espurgados por el santo oficio; y á fé que pocos quedarian sin espurgo si la inquisicion volviera, que ya verán vds. como no vuelve. ¿Y qué prueba esto, sino que la tal division es un disparate?—Si á mis dignos colegas les pareciese dura la calificacíon, traduciréla en blando, diciendo, que es prurito de clasificar lo que no tiene demarcacion propia; mania de dividir lo que no es conveniente separar para ningun fin bueno.—Para cumplir con la oferta de la particion fuera indispensable pintar coquetas cortesanas, aparte de las coquetas provinciales: retratar por separado al sacristan de Móstoles, y al del Buen Retiro: dedicar un artículo al empleado que pasea por la Rambla de Barcelona, y otro al que se distrae por la Fuente Castellana de Madrid: discernir en el primer tomo la criada del diputado que asiste á las sesiones, y en el segundo volúmen la misma criada cuando vive con su amo en provincia durante el entre córtes; y pardiez que no faltan entres y salgas, aperturas y clausuras, suspensiones, prórogas y disoluciones.

Pero bien conocida es la causa de la aberracion que impugno, y no se me ha de podrir en el buche. Calculáronse cien retratos, como pudieron echarse

cincuenta ó trescientos: se presupuso (en los presupuestos siempre se vá á ojo de buen cubero) que harian dos tomos; y no creyéndolos bastante separados con que cada cual tuviese su cosido, su encuadernacion, su cubierta ó su pasta, ocurrió el capricho de distinguir el mismo contenido, como aquel que esplicaba las tres personas de la unidad divina por la corteza, la carne y las pipas del melon. Mas asi como no faltó quien dijera al dogmatizante que entre los tres agregados nunca sacaria otra cosa que un melon completo, tampoco ha de faltar quien objete al editor, que por mas que divida tomos, la obra será única, sin otra verdadera diferencia que los números primero y segundo puestos al canto en el tejuelo de la cámara baja.

Ea pues, compañeros de pluma y de carteles, imitemos de hoy en adelante, á los periódicos y á los partidos constitucionales. Ellos dicen ya no hay mas que españoles y Ayacuchos: digamos nosotros, ya no hay mas que españoles pintados, sin diferencia de volúmen. Y enmiéndense las cubiertas de las entregas, y sigamos dando brochazos, y cuestion acabada.

Otra oferta se ha hecho solemne y sustancial: que los tipos serian *esclusivamente españoles*. O esto quiere decir que los españoles son españoles, que es una necedad, ó quiere decir otra cosa, y entonces lo mismo se cumple esta que aquella: ofertas de Mendizabal. ¡Presentar al *Barbero* indígena de España, donde no embargante la abolicion capuchina, hay mas barbones que entre los moscovitas! Ni mas ni menos que fingirnos dueños de las *patronas de huéspedes*, siendo asi que el oficio, las personas y aun el nombre han venido de Ultrapirineos. Se dirá, porque todo se dice, que entre el *Pretendiente* de un empleo en París, y el que lo solicita en Madrid hay tales y cuales diferencias, nacidas de las costumbres, carácter y estado social; pero esto no constituye un tipo esclusivo de nacion alguna. No hay dos hombres, ni dos cosas cualesquiera absolutamente iguales, y todos los individuos no son tipos. Convendré, porque ya se me ha pasado el esplin, en que el *Torero* y el *Charran* pueden considerarse españoles por naturaleza y vecindad; mas otros retratos que veo y leo, son, con perdon de vds., cosmopolitas perfectos.

Basta ya de digresiones prévias y de reñidores episodios, que voy á tardar en emprender el dibujo mas que un congreso en constituirse y contestar al discurso de la corona. A bien que no es chico el pedazo de artículo que he ensartado para introducirme, y de chanza ó de broma, nunca viene mal un retazo á los que trabajamos con medida.

Ahora voy á presentar un retrato que es español á machimartillo, castellano neto, compatriota por los cuatro costados, paisano á prueba de bombas de Monjuich, y mas castizo que los potros de Ubeda, y las merinas segovianas. El *Dómine* nació, ha vivido y está para morir en España, y nada tiene que ver con los aliados. Es la independencia nacional en cuerpo y alma, tan agena de las casacas encarnadas como de gallos y tricolores. Es, en fin, el españolismo por esencia, presencia y potencia, que jamás ha pisado otra tierra que la tierra de garbanzos. Una prueba es que todos los apellidos de su familia son castellanos

rancios, sin mezcla de secta, como *Lucas Berrío*, *Cabra* y *Chuchumeco*: tan esclusivamente nuestros como el *maestro Quiñones*, el *licenciado Vidriera*, el *capitan Araña*, y el *rey Perico*. Pregunten vds. á los literatos estranjeros por todos estos personajes de nuestra patria, y con tanta historia y geografía como revuelven, se quedarán al oirlos con las mandíbulas en ángulo de cuarenta y cinco grados: es decir, que ignoran lo que nuestros patanes manosean en sus diarios coloquios.

Y no como quiera es el *Dómine* tipo meramente español: tiene ademas la circunstancia agravante de ser el original que mas ejemplares ha producido: el que ha dado los fundamentos de su gloria á la república literaria; el que ha llenado el mundo de borlas, birretes, cogullas y capirotes: y si no respóndaseme á estas preguntas. ¿Qué teólogo, qué jurisconsulto, qué canonista, qué médico ha existido en nuestro pais, á quien no haya dado el *Dómine* las primeras lecciones de hablar y escribir correctamente? ¿qué tribunal, que universidad, qué púlpito, qué coro, qué botica puede envanecerse de no haber pagado tributo al indispensable *Dómine*? Sin este agente universal de las carreras literarias, se hallaria vacía la mitad de los estantes de las bibliotecas; faltarian los principales glosarios de nuestros viejos códigos; habrian quedado desiertos los noviciados de los monasterios; y carecerian nuestras conversaciones de los salpicados bilingües que las florean ó las barbarizan. Dirélo de una vez y mas en grande: el *Dómine* es el Adan de cuantos saben donde tienen su mano derecha, el Ataulfo de los príncipes de las letras, el Mentor de todos los que declinan y conjugan, y el primer móvil de la omni sapiencia.

Pero hay otra observacion, que sobre todas descuella, y hace ver, no solo que el *Dómine* es tipo peculiar de nuestra nacion, sino que, los españoles todos han estado sometidos á su influjo. España entera ha sido gramática por naturaleza y gracia, y la universalidad de sus habitantes fué clasificada en dos grandes secciones: los que no sabian *gramática latina*, tenian *gramática parda*; ejemplo que no presentará nacion alguna, por aventajada que se crea en letras humanas. Un pueblo de gramáticos ni se conoció en los tiempos fabulosos, ni lo recuerdan los anales de la India, de Grecia ni de Roma.

Acaso no falte quien objete, (la oposicion es tan dulce y comun como la venganza) que siendo tan español el *Dómine*, ¿por qué fué á pedir nombre prestado á las orillas del Tiber? Mucho se pudiera alegar contra este escrúpulo, pero baste saber que la lengua castellana tiene en sí misma las voces de *preceptor* y *maestro de gramática* para designar este individuo, y que la de *Dómine* se ha familiarizado por la propension de los españoles á hablar latin desde que á ello se ponen. Asi es que aprenden el idioma en el idioma mismo, por un arte escrito en la lengua que van á estudiar, y al segundo dia de concurrir al aula un chico de diez años sabe ya llamar al maestro *Dómine*, y preguntar *¿Licet mihi per te*? Hay mas: un barbero sangrador antes de saludar el arte escribe corriente *Récipe*; un notario romancista encabeza sus escrituras *In Dei nomine amen*; una monja, sin mas estudio que cojer un diurno sabe cantar *Dixit Dominus Domino orino*, corrigiendolo profano del testo; un ministro de Hacienda,

que ni el forro de los libros conoce, obra en hebreo y maya en latin el *mutandas mutandas*; y hasta las beatas y los chiquillos saben el *Gloria patri*. ¿Se quiere mayor demostracion de que el *Dómine* y su arte son conaturales en España?

Todavía hay mas que alegar en abono de mi propósito. Donde los conocimientos son exóticos hay dificultad en apropiarlos y mantenerlos, y los hombres mas eminentes apenas logran su aclimatacion. En Castilla sobran para perpetuar el latin las personas mas baladíes y lisiadas, las que no pueden servir para otros estudios. Tirso nos ha descrito el *Dómine* de Marta la piadosa en estos sencillos términos.

.....Un licenciado
en gramática, ordenado
de grados y de corona.

Y es que por lo comun se dedican á maestros de latinidad los que, yendo para clérigos ó letrados, cortan ó les atajan la carrera; ya ahorcando los hábitos y casándose; ya de resultas de quedar señalados por la mano de Dios en pena de una diablura que los deja cojos, mancos ó irregulares; ya porque perdieron el tio que les daba estudios; ya porque les tocó soldados.

Dedúcese de aqui que el oficio de preceptor no se enseña ni se aprende: todos llegan á él sin pensarlo, sin saber cómo ni cuándo. El que empezó á estudiar creyendo ser canónigo, ó corregidor, ó pulsista, se encuentra *Dómine* en la flor de su edad por arte de birli birloque, ó sea por el signo de los españoles á ser gramáticos y latinos. Puede decirse que el *Dómine* no existe en la naturaleza, ni en el orden regular; si no que aparece por una combinacion estraña, como el ganado mular; ó como los estambres de la rosa cultivada se convierten en pétalos; ó como el pedazo de barro que iba para olla y se trueca en jarro en manos del alfarero; ó cual trozo de madera, del que el escultor dice.

Si sale con barbas será San Anton
y si no la pura y limpia Concepcion.

Véase la causa porque yo no puedo entrar á describir el orígen, patria y educacion del *Dómine*. Hay que tomarle ya formado y cual aparece, supuesto que hoy lo es, el que ayer no lo era, el que anteayer se creia cosa bien diferente.

Apenas se hallará pueblo mediano en nuestras provincias que no haya tenido cátedra de latinidad. En pocos faltó un eclesiástico de campanillas, un ricote venido de Ultramar, una solterona acomodada, ó un concejo concienzudo, que fundase esta obra pia. Porque es de saber que los *Dómines* no dependian del plan general de enseñanza, si no que en esta materia habia accion popular, que ejercitaba cualquiera, cuándo, dónde y cómo le acomodaba. Ya se vé, era una fragua indispensable para forjar tantos capigorrones y frailes como salian de los pueblos, y era ademas requisito para ser abogado, médico, boticario y cirujano atino, y hasta para ser monja de coro, sacristan, capiscol y salmísta. Y obsérvese

que de los pueblos donde h abia mas facilidad de concurrir al estudio latiniparlante, se poblaban los conventos; y si no díganlo Toro, Budia y muchos lugares de la Mancha.

Si se me pregunta por la figura corporal de mi héroe daré el testo de Quevedo, retratando al *Dómine* de Segovia: «él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo, los ojos avecindados en el cogote, la nariz entre Roma y Francia, la habla ética, la barba grande, comedor de una comida eterna sin principio ni fin.» O me remitiré al *Dómine* de Villamandós del P. Isla, que «era un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista.» Lo de ser enjutos, zanquilargos, anquisecos, acartonados y cariacontecidos, con las demas señales de flaqueza y espiritualidad, procede sin duda de que apacientan mas el alma que el cuerpo; pues como viven entre muchachos hambrones y ansiosos á la par que enredadores é inquietos, su existencia se reduce á comer galopeado, á dormir en taquigrafía, y á cavilar en progreso rápido, lo cual los constituye en la demarcacion de las clases pasivas.

Los que participan de este temperamento son, segun los fisiólogos, nervudos y rijosos, pero como el estado unas veces, los trabajos mentales otras, y la escasa fortuna siempre, suelen apartar al *Dómine* de la coyunda matrimonial, queda por lo comun del género neutro, y cuando mas espuesto á tentaciones y lances de honor. Suelen decir las señoras de talento, que los hombres estudiosos son malos para maridos y buenos para amantes; porque quieren de tarde en tarde, pero quieren bien. Tal vez seguia esta máxima aquella dama de quien dice la copla vulgar.

La bendita Dorotea
que por el balcon se esconde,
es el orinal en donde
el *Dómine labia mea.*

Por lo que toca á la vida y hechos del *Dómine*, espondré lo que me ocurra en resúmen, que es como si dijéramos á paso de Luchana.

Cuando es casado, la esposa ha de ser marisabidilla, de las que el refran equipara á las mulas cozudas; y los chiquillos parlanchines y redichos. Los pupilos internos ayudan á los quehaceres de la casa en razon inversa de sus contingentes y regalos. Con los menos contribuyentes se ahorra la *Dómina* de criada, de niñera y de mozo de mandados; que por dejar el aula y que les disimulen la holganza harán los escolares todos los recados del mundo, por ruines que sean. Rarísimo es que los *Dominiquillos* hereden el magisterio de su padre por mas que este los ponga de mayoristas y pasantes: cansados de pelear con estudiantes aviesos y de reconocerles el transparente, suelen apetecer otra profesion de menos ruido y mas provecho.

La mesa del preceptor siempre es alegre y esbelta: nadie padece allí

indigestiones, ni se embota los sentidos. Un sopicaldo, y un cocido en que los garbanzos parecen islas flotantes, y un cuarteron de carne que hace de vasto continente, ni compromete á pedir el ausilio del doctor, ni ha menester lugar escusado. Alli se come para vivir, y no se vive para comer; y si no se obra el milagro de multiplicar los panes y los peces, se resuelve el problema matemático y físico mas difícil, de distribuir la menor cantidad de materia posible en el mayor número de dósis posible.

Salvas honrosas escepciones, los *Dómines* son dados á sentenciudos, tienen el gusto estragado y adolecen del carácter pedantesco. Los macarrónicos estravagantes y las sentencias que retumban y hacen eco, son para ellos de mas estima que los mejores trozos de Virgilio y de Ciceron. Muchos saben de memoria la carta de Pablo Merula, en que se cuentan las maravillas de España en un latin castellano: otros recitan el soneto del mismo genero, que Rengifo pone en su arte poética; y pocos hay que ignoren el epígrama compuesto en el siglo pasado á la vírgen del Pilar de Zaragoza que empieza:

Sublimes admitte pias gratissima gentes,
Instaura célebres Sacra María choros.

¿Y qué preceptor de nombradía estuviera ignorante de los mas comunes laberintos, acrósticos, equívocos y macarrónicos? Uno relata entusiasmado aquello de Iriarte

Quod salamanquinis idioma retumbat in aulis

Otro recuerda con gloria la pepinada de la guerra de la independencía y principia

Currite Matritum, Versilia currite pronté,
Et Pepo de parte mea facitote mamolam

Y los mas tienen fruicion en celebrar hasta las nubes aquellos altisonantes de Nebrija

His átacem, pánacem, cólacem, styracémque, facémque.
Ambigo, currique furo, sátago, quæso, hisco, fatisco.

Dije al principio que el *Dómine* estaba para morir, y se hace preciso esplicar esta frase, no se vaya á creer que le mata su régimen dietético ó los malos ratos. Se muere, porque de hoy mas será inútil ó hará poca falta. Sin capellanes y sin capillas; con los libros elementales puestos en castellano; y con buenos códigos puestos en romance, ¿de qué servirán los preceptores latinos? Sobrarán las escuelas de las universidades, institutos y seminarios. Y esto lo ven con calma las gentes y no lo lloran los literatos! ó ingratitud! Recrearos en vuestra obra, novadores; ya habeis acabado con el *Dómine*; pero cuenta que de hoy en adelante echareis

muchas cosas de menos. Voy á indicaros algunos resultados de vuestra *dominante* re volucion.

En primer lugar se irá desterrando del lenguaje esa porcion admirable de palabras que tanto lo enriquecen, y apenas habrá quien sepa estampar el *infrascripto* quedándonos reducidos al abajo firmado.

Veremos si hay escribanos que dén fé de la *non numerata pecunia.*

No se encontrarán políticos que hablen del *salus populi*, aunque con candil se busquen.

Ni los cómicos saldrán al *proscenio*, ni los soldados al *extramuros*, ni el monaguillo al *Via-crucis.*

Los avaros desconocerán el *in utroque felix* de las medallas que ahora leen y releen.

¿Y habrá viejas fervorosas que recen, como quien lo entiende, *Turris ebúrnea* y *Virgo potens*? *Nequaquam* (Y busque V. entonces esta sonora respuesta, á que jamás llegarán el raquítico *no* ni el *mil veces no* de los modernos.)

Por último, cuando haya muerto el *Dómine*, estarán Dios sabe donde los españoles que hoy se pintan solos, entre ellos su servidor q. b. s. m.

PERMIN CABALLERO.

EL EXCLAUSTRADO.

BENIGNO lector: Si hasta ahora la mayor parte de los retratos que se te han presentado en esta galería pudieron dar ocasion á que se ejercitase en ellos la festiva pluma de sus autores, y á que tú te solazases un rato con la maligna pintura, has llegado hoy á uno en el cual tienes que renunciar á tan halagüeña esperanza; y si no quieres, por el contrario, afligirte, vuelve la hoja y pasa al artículo siguiente; que no he de emplear las armas del ridículo cuando se trata de un ser, epílogo y cifra de las miserias humanas, y á quien la suerte, á pesar de su carácter venerable, ha condenado á sufrir todas las calamidades que puede lanzar sobre la frente de un hombre la mano airada de las revoluciones. Aunque mi pluma tuviese la punzante causticidad del malogrado *Figaro*, aunque el *Curioso parlante* me prestase la suya alegre y juguetona, me guardaria muy bien de emplearla para escarnecer el hábito sagrado del sacerdote, ni las respetables canas que adornan á la vejez desgraciada; que si en algun tiempo me aconteció tambien el sacar á la escena, entregando á la execracion pública, pasiones y crímenes de hombres que encerrára el claustro, cedí tal vez con harta facilidad al torrente que entonces nos arrastraba á todos, hallábase todavia mi ánimo preocupado

con la idea de su antigua prepotencia, y sobre todo no habia visto á esos infelices cubiertos de andrajos, muriéndose de hambre, ó implorando en las calles la caridad de los mismos por quien se veian arrojados de su antiguo y pacífico retiro. No esperes, pues, reir, ó lector, en este artículo; y antes bien te diria que te aprestases á llorar, si fuese yo capaz de dar en esta ocasion á mi estilo, el verdadero color que el asunto requiere.

Y al empezar mi tarea, dígote en verdad que no sé lo que debo decirte, ni como hacer un bosquejo, aunque imperfecto, del tipo que me ha sido encomendado; tipo peculiarísimo en el dia de nuestra nacion, tipo en ella de reciente fecha, y tipo, en fin, que desaparecerá en breve no dejando detras rastro alguno. Esto es decir que este tipo no es realmente tipo; que no nace de costumbres mas ó menos arraigadas en el pueblo; que no ha podido él mismo formarse hábitos particulares, y *sui géneris*; y que no se le debe considerar sino como un fenómeno casual y pasagero, como un estado transitorio desde otro estado que existió hasta la muerte; en fin, como la negacion de todo estado, de toda posicion social, el juguete de la mas adversa fortuna.

En otro tiempo, á pesar de sus infinítas variedades, un fraile era entre nosotros un verdadero tipo; y sin descender á pormenores. se podian señalar ciertos caractéres generales de la especie, con que formar un cuadro verdadero y animado; pero un fraile que no es ya fraile, y que no ha pasado á ser otra cosa; un hombre acostumbrado largos años á un método de vida el mas regular y constante, entregado de repente á todas las vicisitudes de la mas angustiosa existencia; que vuelve á la sociedad despues de haberla abandonado, sin conocerla ahora, sin haberla conocido tal vez nunca; estraño enteramemte á los hábitos de la vida comun; sin parientes, sin amigos; sin poder abrazar mas que una sola carrera, y esa humillada, pobre, perseguida; este ente, en suma, anómalo, indefinible, ¿cómo le he de describir, cómo he de hacer de él un retrato parecido? ¡Imposible! Y así, señor don Ignacio Boix, al repartirme este tipo que no lo es, ó ha cometido V. un error, ó se ha dirigido á quien no puede servirle. Exclaustrados hay, y no legos, á quienes hubiera V. podido dar con mas acierto este encargo, y que le desempeñarian á pedir de boca: porque al fin nadie pinta mejor sus miserias que uno mismo; y asi como dió V. con su hombre cuando me encargó escribir el *Cesante*, puesto que lo soy, asi debiera haber ido á caza de algun *Exclaustrado*, que á la fé no anduviera V. mucho sin encontrarlo, siendo especie que no escasea. Mas ya que no tuvo V. tan buena ocurrencia, yo he sido mas feliz; pues pensando en el modo de complacerle, la suerte me ha deparado la ocasion de saber la historia de uno de estos desgraciados por boca del mismo interesado; y asi es que me limitaré á contarle á V. lo que me sucedió una de estas noches pasadas.

Discurria yo por esas calles, sin objeto, y cavilando como me suele suceder, cuando llegué á uno de esos derribos que tanto abundan en Madrid, y en los cuales un ancho y desierto solar, ha reemplazado al suntuoso convento que antes en él se elevaba. La noche estaba serena y clara; la luna, en su mayor

creciente, ostentaba su plateado disco en la bóveda celeste, y hallábase como suspendida en medio del solar que iluminaba con sus rayos, á manera de una hermosa lámpara, proyectando no obstante sobre el suelo las sombras de las casas contiguas y de los montones de escombros que aquí y allí se veian. Paróme tan solemne espectáculo, y púseme á contemplarlo. Mi imaginacion enardecida, pintábame lo que habia sido aquel lugar, lo que podia ser algun dia. Reconstruia en idea el derribado edificio: sus anchos muros, sus labradas puertas, el dilatado claustro, la suntuosa iglesia y los adornados altares. Veia lucir en estos las encendidas luces delante de la imágen venerada, y al austéro religioso haciendo en ellos su oracion, ó recogido silencioso en su celda, ó entonando en el coro sus místicos cantares. Creia oir el sonido grave y prolongado del órgano uniendo sus acentos al monótono himno de los cenobitas, y los ritos religiosos desplegaban á mis ojos su pompa, infundiendo en mi ánimo el temor profundo de la divinidad. En seguida, como en mudable kaleidoscopio, se presentaba á mi fantasía otro cuadro muy distinto. Al antiguo y ennegrecido convento, reemplazó un moderno palacio brillante con todo el lujo que pueden reunir las artes nacionales y estrangeras. Lucian al través de los anchos cristales numerosas bugías, y sonaba el animado acento de música deliciosa, interrumpida con los alegres gritos de los convidados. ¡Qué contraste, me decia yo á mí mismo! Donde antes se alzaba la pacífica morada del solitario, oprime el suelo ahora la mansion bulliciosa del poderoso. El estrépito ha reemplazado al silencio; la orgía al ayuno, la licencia al recogimiento; las danzas á la oracion; y los báquicos cantares á los himnos religiosos: ya no se eleva á los cielos el humo santo del incienso; sino los vapores del vino, el perfume de los manjares condimentados con las mas aromáticas especias; no discurren por esos ámbitos toscos sayales, sino ricos trajes de oro, seda y pedrerías; no arden los corazones en el amor divino, sino que están abrasados con todas las pasiones mundanas; y acaso entre el festin y la algazara, se engendran planes de esterminio, crímenes y catástrofes. ¡Ah! quizá los refinamientos de las artes habrán ganado en esta transformacion, pero ¿le ha sucedido lo mismo á la religion y moralidad de las sociedades?

Embargado mi espíritu con esta idea, no habia echado de ver la figura pobre y estenuada de un infeliz, que sentado en una piedra, en medio del solar, lanzaba tristes ayes y alzaba las manos y los ojos al cielo. Sus lastimeros suspiros llamaron por fin mi atencion; parecióme que lloraba; y de repente le ví que se postró arrodillado; cruzando ambas manos, apretándolas contra el pecho, y multiplicando sus sollozos, esclamó: «¡ Dios mio, Dios mio, piedad, compasion de mí!» Acerquéme enternecido, y hallé que era un anciano como de setenta años, cuyas canas, ancha calva, y arrugado rostro le daban á la vez un aire desvalido y venerable. Su aspecto me movió á compasion, y acercándome á él le dije:

«Buen hombre, qué tiene usted?—Ah, señor, contestó, una limosna por el amor de Dios á este pobre Exclaustrado.—¡Es usted Exclaustrado! esclamé —Sí, señor.—Y anda vd. pidiendo limosna!—Esta es la primera vez... Pero mi miseria ha llegado al estremo: la he sufrido hasta hoy... Hoy me faltó ya

todo recurso. Vivia en una miserable boardilla, y su dueño me ha arrojado de ella porque no podia pagarle el alquiler... Soy viejo, no puedo trabajar, en ninguna parte encuentro asilo ni amparo... Há cerca de dos dias que no pruebo bocado... Esta noche resolví implorar la caridad pública... Mas al llegar aquí me sentí desfallecer, y tuve que sentarme en una piedra. En este sitio estuvo algun dia mi convento... Creí que mi hora postrera habia llegado, y rogué á Dios que la abreviase; contento con morir donde tantos años habia vivido dichoso, donde siempre pensé exhalar el último suspiro.»—Al decir esto, nuevo desmayo acometió al infeliz: tuve que sostenerle, y con dificultad le pude hacer entrar en una tienda inmediata, donde merced á los ausilios que se le suministraron, volvió en sí, y cobró algunas fuerzas. Luego que estuvo ya en disposicion de andar; «venga vd. conmigo, le dije: esta noche la pasará en mi casa; y mañana veremos si hay algun medio de aliviar su suerte.—Ah! señor, contestó, Dios le recompense á vd. tanto beneficio! Y haciendo mil estremos de gratitud, me siguió. Hícele servir una ligera cena y preparar una cama donde se acostó quedándose á poco profundamente dormido. Por la mañana, cuando me levanté, me maravilló el verle ya vestido.—No le admire á vd. esto, me dijo; nosotros los frailes tenemos hecha la costumbre de madrugar mucho, y en rayando el alba, ya no podemos aguantar la cama.» Halléle bastante repuesto, y entonces pude fijar la atencion en el trage que llevaba. Nada en él indicaba el sacerdote. Una levita negra muy vieja y raida, pero que habia cepillado cuidadosamente, le cubria el cuerpo flaco y estenuado: harto ancha para su escuálida figura, daba á conocer á la legua que no habia sido aquel su primitivo dueño; y utilizados los pocos botones que la quedaban, estaba abrochada hasta arriba, para tapar juntamente con un pañuelo del propio color que mugriento y roto rodeaba el cuello, lo sucio de la camisa que por falta de compañera no se habia mudado en mucho tiempo. Los zapatos, ya se puede inferir el estado en qué se hallarian, y el muy escaso servicio que harian al pié, el cual por otra parte, no conocia el uso de la media, pareciéndose solo en esto el actual equipage del ex-fraile á su antigua vestimenta. Nada diremos de los pantalones, ni del derrengado sombrero, pues en ambos se echaba sobre todo de ver la miseria del que los llevaba. No quise que el buen Exclaustrado permaneciera mas tiempo en tan inmundos trapos; y á pesar de lo que resistia, reemplazaron sus harapos otras ropas mias que, aunque viejas tambien, parecian, comparadas con las suyas, que acababan de salir de los talleres de Utrilla. Hecha esta mudanza, hice servir el almuerzo, concluido el cual, manifesté á mi huésped, mi deseo de conocer su historia; y él complaciéndome al punto, empezó de esta manera.

«Soy natural de un pequeño pueblo de Castilla la Vieja, y nací por el año de 1770; es decir á vd. que paso ya de los setenta años. Mis padres eran unos pobres labradores, y tenian cinco hijos, de los cuales yo era el menor: de estos, el primogénito debia quedar con ellos para ayudarles á labrar su escasa hacienda; otro se metió soldado, otro pasó á Salamanca á seguir los estudios, mientras servia á uno de los catedráticos; el cuarto se embarcó para América á probar

fortuna; y á mí me destinaron á entrar en un convento; pues ya sabe vd. que antiguamente, como el hábito merecia tanta veneracion y respeto en España, y á veces conducia á muy altos puestos y honores, pocas familias numerosas habia en los pueblos que no procurasen tener un hijo fraile, porque siempre era esto para él una colocacion ventajosa, y para los demas parientes una honra ó un motivo de proteccion y de futuros medros. Llamáronme, pues, desde niño, en mi pueblo el *fraile*; vestíanme de hábitos, y siendo mas grandecito, de negro, con lo cual iba familiarizándome con la idea de mi futuro estado. A los doce años, sabiendo ya leer y escribir de corrido, pasé á Sepúlveda, en uno de cuyos conventos tenia un tio tambien religioso; y al amparo de él, estudié latin con el Dómine de la ciudad. Habia yo sacado tal cual ingenio, y no me faltaba aplicacion: asi es que no defraudé las esperanzas que se formaban de mí, hice bastantes progresos, y me hallé en disposicion de que al llegar la edad competente pudiese entrar de novicio en el mismo convento de mi tio; y cumplido el año, profesé con gozo general, así mio como de mis parientes. Ustedes que no tienen idea de las costumbres de aquel tiempo, que estan hechos á juzgar de las cosas por sus teorías modernas, y para quienes un fraile es por lo comun, sino un objeto de horror, por lo menos de desprecio; no pueden concebir ese júbilo que entonces se apoderaba de toda una familia cuando un individuo de ella tomaba el hábito religioso. Pero lo profundo y firme de la creencia, el aspecto de santidad que rodeaba al profeso, la paz temporal que su nuevo estado le aseguraba, los bienes espirituales que le prometia, todo presentaba esta felicidad como una de las mayores que se pueden apetecer, y engendraba ese gozo puro y ardiente que teniendo algo de celestial, no se parece á ninguno de los que procuran los bienes de este mundo.

«Entré, pues, en la religion, y desde entonces solo pensé en cumplir exactamente con las obligaciones que aquella me imponia, en adquirir la instruccion necesaria para merecer los altos puestos de la órden, y en hacerme apreciar y querer de mis superiores. Logrélo, con efecto; y como por ser jóven entonces, sentia mi alma los naturales impulsos de la ambicion, confieso á usted que mas de una vez soñé con que por fruto de mis afanes, me veria algun dia honrado con una mítra, siendo el padre de una diócesis dilatada, sentado tal vez en la silla primada de España, cubierto de distinciones debidas á mi rey y al Pontífice, y viendo mi nombre celebrado en la patria y fuera de ella. ¡Vanas ilusiones, que pronto se desvanecieron, y que el tiempo y la revolucion han convertido al fin en espantosa miseria! No, porque al pronto, no sonriese la fortuna á mis ambiciosos proyectos. Cobré fama con mi saber y mis virtudes, virtudes que si no llegué á tener en el grado que el mundo las creia, procuré al menos adquirirlas: el púlpito y la cátedra me dieron nombre; este nombre corrió por las muchas casas de la órden; mis superiores me hicieron pasar sucesivamente á varias de ellas; fuí elegido prelado en algunas; y últimamente, veia delante de mí el mas brillante porvenir, cuando la invasion francesa vino por primera vez á lanzarnos de nuestros conventos. Vivia entonces todavía mi hermano mayor;

y hallé en su casa un refugio donde pasé toda la guerra, concluida la cual, y restablecidos los conventos, me tocó pasar al de Madrid, donde emprendí de nuevo mis ejercicios de predicacion, logrando siempre atraer numerosa concurrencia de fieles. Ya en aquella época, la edad habia entibiado algun tanto mis deseos ambiciosos: en el tiempo de mi exclaustracion, haciendo votos al cielo por el triunfo de la patria, prometí, en el caso de que me restituyese á mi convento, renunciar á todo cargo dentro y fuera de la órden, limitándome á los ejercicios de simple religioso; y así lo cumplí, aunque el aprecio de mis hermanos y del monarca me brindó con los honores cuya idea tanto habia halagado mi juventud. No tuve que arrepentirme de ello. La paz del alma, el contento interior, y la satisfaccion de mí mismo, fueron la recompensa de mi conducta. Los austéros deberes de la religion, llegaron á ser para mí, no solo una costumbre, sino tambien un placer; y el estudio y la oracion, me hacian feliz, llenando cumplidamente mis afanes. Tal era mi abnegacion, que á penas sentí el primer periodo revolucionario; y como ni mi órden ni mi convento, fueron de los suprimidos en aquella época, continué en el mismo método de vida, y seguí, despues de la vuelta del rey, cada vez mas retraido del muudo, cada vez mas olvidado de todos. Ya la vejez habia encanecido mis cabellos y menguado mis fuerzas: con mas de sesenta años, solo pensaba en prepararme á la muerte que en mi concepto no podia tardar, pero que Dios ha querido sin duda alejar todavia para purificarme con no conocidos trabajos. Un dia, hallándome en mi celda, entregado á una mística lectura, oí de repente un rumor estraño: llegaron hasta mí feroces alaridos, golpes horribles, tiros de fusil, y gritería como de pueblo amotinado. Salí para informarme de lo que era, y ví á todos los religiosos correr despavoridos por los claustros: cual procuraba buscar un secreto asilo donde esconderse; cual acudia á los altares á abrazar las sagradas imágenes; cual herido por mortífera bala, caia ensangrentado á mis pies. Perdí el sentido á tan horrrendo espectáculo, y quedé exánime. En tal estado pasé muchas horas, al cabo de las cuales volví en mí, y me encontré en una cama. Supe entonces por los que me asistian, que una cuadrilla de hombres furiosos habia penetrado en el convento, profanando la casa de Dios y asesinando en nombre de la libertad á sus ministros; que yo habia sido encontrado entre un monton de cadáveres; mas que notando los que me llevaban que no estaba herido, y que respiraba, me habian colocado en aquel lecho. Recuperado de mi desmayo, y cobradas las fuerzas, salí favorecido por la noche y por uno de los que me asistian, que era miliciano, de aquella santa casa donde tantos años pasára una vida pacífica y donde pensaba dejar en eterno reposo mis huesos. El miliciano me llevó á la suya, y le debí larga y benéfica hospitalidad; pero el fruto de nuestras discordias civiles le alcanzó tambien: habiéndose movilizado, perdió la vida en una emboscada; y yo me ví abandonado, sin amparo alguno, ni mas recurso que la escasa pension no pagada que nos señaló el gobierno. En vano he buscado algun arbitrio, todos me han faltado: mi edad y miseria me cierran todas las puertas; apenas algun dia que otro consigo decir una misa,

cuyo escaso producto se concluye al siguiente. He solicitado un curato, pero me han dicho que soy ya demasiado viejo: mi débil voz no me permite subir al púlpito; lo deteriorado de mi ropa me hace rechazar por todos aquellos en cuya casa me presento para servir de ayo de algun niño; pudiera regentar alguna escuela, pero jóvenes mas audaces é intrigantes se llevan siempre las que pretendo; tenia esperanzas de que un grande me admitiese de capellan, mas disminuidas sus rentas por la supresion del diezmo, ha tenido tambien que suprimir esta plaza: á donde quiera que vuelvo la vista, no encuentro mas que abandono; y por fin, mi miseria ha llegado al punto que Vd. ha visto ayer noche.

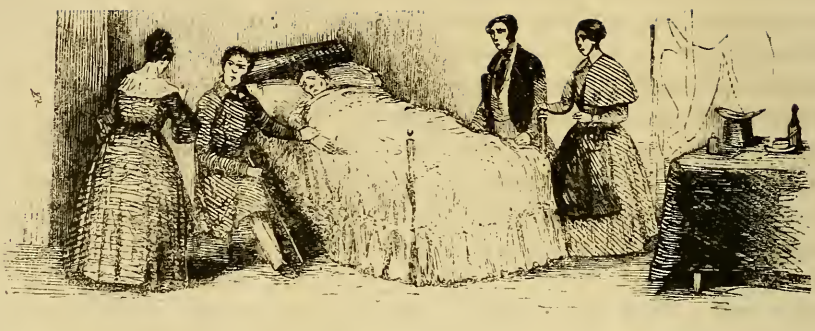
«Esto es en cuanto á los trabajos corporales, y penalidades de la vida. Pero cuánto mas es lo que sufren mi corazon y mi espíritu! ¡Ah! no sabe vd. lo que es arrancar á un hombre anciano de la condicion en que ha pasado toda su vida, y con la cual ha identificado todo su sér, para pasar á otra que le es totalmente desconocida, que está en oposicion abierta con sus costumbres, sus ideas y sus esperanzas. Figúrese Vd. al desterrado que desde el cielo dulce y templado de Andalucía fuese trasladado á los climas helados del Norte; que acostumbrado á respirar el perfume de las flores, el aura suave que corre entre los bosques de granados, viese solo en torno de sí, sombríos pinos y apretadas nieves, sintiendo todo el rigor de las escarchas: ¡cuán dolorosa seria para él tan horrible mudanza! ¡cuán llena de penalidades correría su existencia! Pues no es menor la diferencia que hay para el mísero Exclaustrado, desde el mundo pacífico y religioso del claustro, al bullicio de este otro, mansion de crímenes, pasiones y miserias. Semejantes al emigrado, suspiramos siempre por volver á nuestra cara patria, á esa patria que nos habia adoptado, y en que estábamos como de paso para otra eterna y de inagotable bienaventuranza. Aqui todo es nuevo, estraño para nosotros; todo contraría nuestros gustos, nuestras inclinaciones. Echo de menos mi celda, aquella celda pobre, desnuda de adornos, sin mas muebles que una tosca mesa y dos sillas mal labradas, sin otra comodidad que una cama dura; pero mansion apacible que me habia acostumbrado á mirar como mi palacio; cuyo aseo era estremado; cuyas paredes ofrecian las imágenes de mi veneracion; y que si por dicha llegaba hasta ella el humo del incienso, ó en tosco barro, brillaba la flor recogida en el huerto, me ofrecia una fragancia para mí de dulzor inefable. El rumor que continuamente asorda mis oidos, me hace mas sensible la pérdida de aquel nunca alterado silencio, en que mi alma se recogía para entregarse á las dulzuras del estudio ó á los extasis de la oracion ferviente. Las horas de la noche en que me solian llamar á los ejercicios piadosos, las paso ahora en dolorosa vigilia, durante la cual huye el sueño de mis ojos y solo encuentro lágrimas en ellos. Ya no voy á cuidar del altar preferido, ni de la imágen que era mis amores, ni enciendo ante ella la lámpara que ardia con una luz celestial. Si oigo una campana me entristezco; porque no es ya la que arreglaba las acciones de mi monótona, pero apacible vida. Hasta el grosero sayal, si bien me servia á veces de cilicio, era una gala lujosa

comparada con los harapos sucios que suelen cubrir ahora mi cuerpo descarnado. El alimento me parecia entonces el maná que el cielo me enviaba para prolongar mi vida consagrada á su servicio, llegando á horas marcadas, sin que me acosase nunca la idea de su falta; y actualmente, atormentado sin cesar con el afan de buscarlo cuando menos puedo hacerlo, ó no le tengo, ó le debo solo á la caridad agena. Últimamente, muertos todos mis hermanos, sin parientes, sin amigos, sin una persona que se interese en mi existencia, me veo solo en medio de este torbellino de gentes que se agita al rededor mio como una horrible pesadilla; y mas poblada estaba á mis ojos la soledad del claustro, donde veia séres que estaban identificados conmigo, que tenian mis ideas, mis costumbres, que entendian mi lenguage y me hablaban conforme á mis creencias, que me asistian en mis enfermedades, estando seguro que rogarian por mí cuando pasase á mejor vida. ¡Ah! yo me habia acostumbrado á ver en ellos á mis únicos parientes y amigos; ellos reemplazan en mi corazon á mis hermanos muertos: su sociedad me era grata; su conversacion me distraia y enseñaba; juntos dirigiamos nuestras preces al Eterno, juntos comiamos, juntos nos paseábamos: las místicas discusiones eran nuestro recreo, las festividades religiosas nuestros espectáculos, los ecos graves y magestuosos del órgano nuestros conciertos. Cuando el altar resplandecia con mil y mil luces, cuando le habiamos adornado con verdes hojas y numerosos ramos de las mas bellas flores, cuando el incienso llenaba el ámbito de la iglesia, y aquellos acentos resonaban con religiosos himnos, y nuestras voces se mezclaban á la suave armonía, y veiamos á todo un pueblo humillarse ante el Eterno, entonces éramos felices, y no nos acordábamos de ese mundo que habiamos abandonado, y sus pompas y vanidades nos parecian despreciables. En el dia, separados, dispersos, perseguidos; muertos los unos, y estos son los mas dichosos; entregados los otros á la suerte mas adversa; solo nos queda el consuelo de que Dios tomará en cuenta nuestros padecimientos, y nos recompensará en la otra vida los males que por su amor padecemos en esta.»

Así habló al anciano, y dos abundantes venas corrieron por sus mejillas. Conocí entonces hasta que punto debian llegar las penas de aquel desgraciado. Yo habia visto su miseria; pero no imaginaba siquiera los dolores de su alma, hasta que esta se hubo revelado á mis ojos. Consideré cual seria mi estado si privado de repente de mi muger, de mi hija, de todos los objetos de mis afecciones, de mi patria, y hasta de mis ocupaciones mas gratas, me viese arrojado á estraña tierra y en espantosa soledad; y midiendo por el mio la intensidad de su dolor, no pude menos de concederle una lágrima, maldiciendo la razon de estado que le redujera á él y los suyos á tan triste situacion, y culpando á los que no habian sabido ó querido hermanar los deberes de la humanidad con lo que esa razon y las circunstancias exijian. Templé no obstante mi dolor pensando que en una nacion religiosa como la nuestra, la caridad particular habria hecho lo que el gobierno descuidaba; que no á todos los infelices Exclaustrados les habia cabido una suerte tan lastimosa como el que

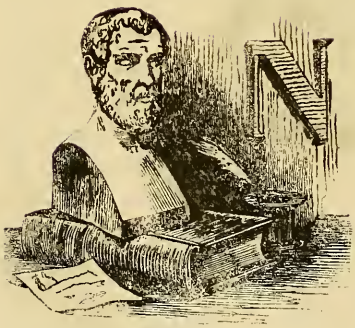
tenia delante; que si bien muchos le acompañaban en su miseria, otros habian sido recogidos por parientes ó personas caritativas; que algunos mas jóvenes podian ejercer las varias ocupaciones que prescribe el sacerdocio, ó las que no son incompatibles con su sagrado ministerio; que no pocos pueblos los han admitido por sus párrocos; que la educacion de la niñez ha dado empleo á otros; y que todos, hasta los mas desgraciados, hallan consuelo y esperanzas en las creencias de una religion divina. Restábame solo buscar un medio de aliviar la suerte del que la Providencia habia traido á mi casa como para confiarle á mi solicitud; y ya que mi escasa fortuna no me permitia encargarme de su manutencion, tuve la dicha de hallar un colegio dirigido por un amigo mio, donde fué admitido para enseñar latinidad. Dedicado desde entonces á esta ocupacion penosa, mas para él agradable, ha sabído grangearse el afecto de todos; y los niños, á quienes considera como sus hijos, le quieren y respetan. El director está muy contento con él; y confio ya en que el pobre Exclaustrado, cuyas necesidades son pocas, podrá concluir en dulce quietud y cómoda medianía los pocos dias que le restan.

ANTONIO GIL DE ZARATE.



EL MEDICO.

Amicus Plato, magis amica veritas.



No llevarás á mal, amabilísimo Doctor mio, que se perfile en estas ocho páginas mortales, cantidad designada por el editor á cada uno de los tipos variados y caprichosos que se hallan esparcidos por esta tierra de beduinos con guitarra y puñal (como dicen allende de los Pirineos). Algo homeopática es la dósis; pero se empeñan algunos en que sea la Medicina del dia, y hasta los ministros se hallan contaminados y son discipulos del Aleman en materia de pagar los pobres cesantes, viudas y retirados.

Todos los españoles son iguales ante la ley, segun cierto artículo del código que *poco* felizmente nos rige, y no debe el Médico barrenar con sus pretensiones

la ley fundamental del 37. Haz esfuerzos por reducir tus muchas originalidades, y si note encuentras perfecto, perdona mi escaso talento, y disimula en pago de los muchos *imperfectos* de tu clase que tolera la sociedad.

El Médico representa la Medicina, y esta el verbo latino *medicari*, que debe traducirse por *traer algun remedio*: necesidad que ha debido sentirse en todas épocas y lugares; porque segun la doctrina cristiana, nuestros males vienen desde Adam y este señor es antiquísimo para los cristianos apostólico-romanos. Y aun creo yo que la dichosa manzana que nos ha privado del dulce placer de hacer piruetas en estado natural y de otras mil lindezas que contaban mis abuelos, ha producido tantos estragos á falta de un *Orfila*, que hubiese aplicado al bueno de *Adam* un *antidoto* contra el veneno que ella contenia.

Es pues evidente que la Medicina y el Médico son antiguos y necesarios, y que su importancia deriva de la mucha que siempre ha dado el hombre á su salud; *el mayor de los bienes*, como decian los egipcios segun *Luciano*. Y esto ha quedado tan impreso en el corazon, que el bravo *Pyrro*, rey de *Epiro*, solo pedia al cielo *salud*.

Los romanos se saludaban con el verbo *vale*, y terminaban sus cartas con la espresion de *bene valete*: los griegos *Xaire* que es lo mismo, y los que pintamos varios aficionados, con la palabra: *¿cómo está V.?* Etc. para las otras naciones.

En cuanto al ejercicio ó práctica de ella, ha recorrido toda la escala social, desde los santos y emperadores, hasta el mortal que os habla.

Asi tenemos al Dios Serapis, á San Eusebio, San Cosme y Damian, el emperador Wan-Chocho, el rey Mitrídates y el Papa Pablo II, con otros mil que han tenido á la Medicina como don del cielo. *Nisi á Deo*, decia San Agustin. Vaya ese pedazo de historia contra los que la creen plebeya y mal nacida, y cuenten á sus hijos lo que valió.

Ahora los tiempos son otros, y la profesion está en poder de la *mesocrácia*; pues raro es el marqués que entra en esta grey.

Aquí está lo dificil del paso. Son tantas las *idiosincrasias* médicas de la capital, tan variadas sus formas, que ofrecen á cada paso originalidades que apuntar. En otro tiempo cuando los españoles éramos tales y sin mezcla *gabacha* ni *británica*, bastaba describir el trage, el modo de andar y saludar para conocer al Médico y su gravedad. Hoy dia se confunde y mezcla con toda la sociedad, y hasta el baston que era el símbolo casi esclusivo de su autoridad se ha convertido en ligero junco ó bambú del Senegal. ¡O tiempos aquellos en que la fé y veneracion, el respeto y admiracion del vulgo consideraban á los medicamentos como *Deorum manus*, manos de Dios!

Los modernos necesitan un *dilettanti* de ambos sexos que seduzca y cautive la atencion; que sea comadron y sangrador, hervorista y boticario, palabrero y qué sé yo. Pocas personas hay que creen en los Médicos instruidos, de conciencia, y que han nutrido sus ideas en los libros y hospitales. En todos los grados de la escala social hallarás el hombre enfermo, *crédulo*, *inconstante* y *supersticioso*. Los medicamentos caseros son el fruto de esta enfermedad del género humano,

Sino se cree en las curaciones milagrosas de los antiguos reyes de Francia é Inglaterra, en sortilegios y otras especiotas; si reimos de la influencia de *Saturno*, *Marte* y *Venus*, de las memorias de *Dangeau* cuando dice: «El Rey ha tomado medicina, la toma todos los meses el último dia de luna, etc. Ellos á su vez reirian ahora de nuestro *magnetismo*, *sonambulismo*, *homeopatía* y otras necedades del *sábio* siglo que nos rige. Dispierta *Paracelso* y admira este siglo *homeopático*; en el que muchas personas creen que un diez-millonesino de grano de medicamento tiene una sorprendente virtud para curar. En una palabra; que un grano de quina disuelto en el agua del estanque del Retiro ó el lago de Ginebra, es una escelente bebida para curar las tercianas. Coje un frasquito de esa maravillosa agua, muévela de abajo arriba, y de derecha á izquierda unas doscientas veces, y puedes sin temor habitar en la vega de Aranjuez ó en la campiña de Roma, seguro de llevar contigo el antidoto de la fiebre.

Sin griego ni latin ni castellano,
Te hallarás convertdo en Avicena,
Con los glóbulos de Hannemann en la mano
La tisis curarás y la gangrena.

Y á fé mia que toda esta baraunda ymas que vendrá es culpa de la sociedad por aquello de que «de Médico, Poeta y Loco todos tenemos un poco.» Y como decia Calímaco el príncipe de los poetas elegiacos de la antigüedad en su himno en honor de Apolo: «todos quieren tener el poder de retardar el instante de la muerte.» No estrañes pues, lector, sino conoces ahora al Médico en la calle ó en la alcoba, porque á mí me ha sucedido verlo convertido en *faldas* administrando los polvos de la Madre Olivencia, y en ex-claustrado facilitando los glóbulos microscópicos de la homeopatía. Pobre vulgo como te tratan y mastican á dos carrillos con tu inocencia! No retrocedo á los tiempos de calzon corto, zapato con hevilla, casaca y sombrero apuntado, porque las ceremonias eran casi las mismas que á últimos del siglo pasado.

En la época de mis abuelos, el Médico grave y honrado vestia levita, pantalon y zapato negro, chaleco y corbatin blanco, camisa con chorrera alguna vez, sombrero de copa, baston y guante de hilo de Escocia, uno puesto y otro empuñado. Grave y circunspecto, bien mirado, limpio de barba y el cabello corto y mirando un poco al cielo. Se anunciaba en las casas como el rey, pero por medio de la criada ó criado; y la familia salia á recibirle como el Angel que llevaba la salud al desdichado que postrado en cama esperaba el consuelo de su inteligencia y cuidado. Observaba al enfermo con el brazo en la mano izquierda, le hablaba con serenidad y desembarazo, recetaba en *latin*, advertia en la casa el cumplimiento de lo mandado, hacia un ademan con la cabeza indicando á la familia el estado del paciente, colocaba la mano en ademan de recibir el *estipendio* de la visita, y se marchaba mas pensativo que habia entrado, despues de haber

presenciado una escena melancólica en que solo se habia oido su voz y las respuestas que él habia demandado.

Entonces habia fé en el arte y en el que lo profesaba; el Médico ordenaba y el enfermo se resignaba aunque fuera *quina* ó *asa-fétida*. Solo asi puede ejercerse esta ciencia con provecho de la humanidad y tranquilidad del profesor. Entonces si Rousseau pedia *á la Medicina sin el Médico*, los Médicos le respondian; que les diera el ciudadano de Ginebra *la enfermedad sin el enfermo*.

Mas hoy que la sociedad no tiene creencias de ninguna especie, que su filosofía es un telégrafo en movimiento, que sus deseos y caprichos están montados á lo *dandy*, supeditados á la voluntad del editor de la *Moda*, ó el *Correo de las damas*, las formas y ademanes de los que se rozan con la sociedad varian como la sociedad misma. Solo en las villas se vé alguno que otro *Doctor* que conserve las tradiciones de los buenos tiempos de Valencia y Salamanca. ¡O tiempos virginales en que el *embrion* del Médico cubierto con el harapo llamado *manteo*, el sombrero de tres picos, que habia servido á tres generaciones, atravesado alguna vez por la *cuchara* de palo, y el *puchero* de la sopa colgado del cordon y debajo del brazo, constituia el *frondoso retoño* qne mas tarde representaria á los Lagunas y Servet, á los Piqueres y Morejones! ¡O bulliciosos veranos que presenciábais las cuadrillas de estudiantes recorriendo la España con la música y algazara de aquellos benditos tiempos! Pasemos al año 43 del sapientísimo siglo diez y nueve.

Este siglo de indiferencia, dificil y variable en sus pensamientos, dicen quiere ver y saber; el exámen ha reemplazado la fé. Señor público que teneis mas espíritu que *Fèijoo*, no lo probais en este momento, porque nunca el charlatanismo en todo ha presentado mas atrevimiento y astucia para seducir y engañar la credulidad pública, y lo consigue á cada instante. Rara vez la llamada *razon* domina con su verídica voz vuestros pensamientos. Las vociferaciones y el clamoreo ahogan su aliento y dominan sin misterio en la calle y en la plaza, en los salones y cuerpos científicos. Vivan las preocupaciones populares y *qui vult decipi decipiatur*.

El Médico viste ahora como la sociedad con mas colorines que un pavo real, con todos los atavíos de un *fashionable*, y no se distingue de los que le acompañan, sino por llevar la palabra para responder á una consulta de *amistad*. Debe poner mas cuidado en saludar y dar el tratamiento (al que le tenga) que en el arte de recetar. Ser fino, elegante, y admirador del bello sexo, filósofo con las recelosas mamás. No faltar á los bailes y sociedades con el *botiquin* bien provisto, porque allí hay muchos..... soponcios que curar. Ser soltero por si..... alguna viuda quisiera tomar estado. Recetar agua de *tila*, *culantrillo* y *flor de naranja*, que es la mas urgente necesidad del dia, y no pedir el pago de las visitas porque ya es *moda* no pagar.

El Médico de palacio parece un *gefe político* por su uniforme, y no es poca la policía que necesitarán algunos santos..... lugares que allí se cobijan. Los colegios visten casaca á lo gefe de seccion y han perdido hasta el modo de *andar*

¡O sagrado templo de Hypócrates! adopta por Dios tu trage doctoral que compatible es con el régimen representativo. Y si no, vuelve la vista á Paris y Montpellier y verás la toga doctoral grave y circunspecta en todo acto é ceremonia escolástica.

Nace el Médico en Barcelona, Cádiz ó Madrid, y no habla de las universidades que tan bien dán á luz Médicos ilustrados, porque el doctísimo *Solanot* se ocupa (aunque el parto vá muy largo) en clasificarlas. Tiende su vista cuando sale de la fenicia Gades ó de las márgenes del *Llobregat* hácia el tranquilo *Manzanares.*

Allí está el puerto de grata esperanza y el último grado de la escala galénica; pero ¡cuántos escollos y malezas, cuantos naufragios antes de llegar á él! Al salír de la escuela de enseñanza se acomoda en una aldea donde le pagan sus honorarios, una parte en metálico y dos en trigo de *superior* calidad, si á la cosecha no toca el purgon.

Pasa la infancia del arte entregado á la mas profunda melancolía esperando el astro que debe guiarle á la córte, porque ya está cansado de la villa ó aldea, de la despótica voluntad del alcalde de monterilla, de las pandillas de Güelfos y Gibelinos aristócratas con el pelo de la dehesa, del tresillo y el solo en casa del cura ó boticario, y de la constante murmuracion pan de cada dia en aquel bendito rincon. Algunos ahorros, su buena reputacion entre los condiscípulos, ó una cura maravillosa al titulado marqués de aquella villa que pasa los veranos en ella, le traen al puerto que columbra desde sus primeros albores. Ya llegó á la capital. Habita un cuarto tercero con una familia honrada, y ocupa su tiempo en darse á conocer. Encuentra algunos condiscípulos, á quienes cuenta su deseo de establecerse en la córte. Estos le responden con melancólica voz..... Amigo mio, has errado el camino, aqui somos tantos como enfermos, los tiempos van malos, gastarás tus ahorros y volverás desengañado á tu rincon. Sin embargo, su determinacion está resuelta, no hace caso de sermones, y ya le tenemos práctico de la capital. Adquiere relaciones y por ellas el conocimiento de la nueva tierra que pisa, las idiosincrasias médicas, el nombre y ciencia de *varios* de la que hay mucho que decir y mucho mas que callar. Dá principio su clientela por *cesantes*, *viudas*, *militares retirados* y alguna muger.... de la vida airada. Camina siempre á pie, cualquiera que sea el estado de la atmósfera, gracias á nuestros económicos ministros. Pero la edad todo lo permite: la filantropía, está en la juventud que tiene pocas obligaciones que cubrir y muchos méritos que alegar. Siempre la conservará Dios para consuelo de las clases que están en al *limbo* por falta de *fondos*, y alivio de las piernas de nuestros maestros que pasaron su noviciado y dieron buenos consejos á los que hoy tenemos la torpeza de críticarlos y la satisfaccion de respetarles. Porque bien puede ser lo uno hijo de lo otro como la *endocarditis* del *reumatismo.*

Habia vivido contando todos los dias las visitas, que aunque muchas en número tenian al pobre bolsillo con la extrema-uncion; pero su reputacion ha crecido y divisa el momento de pasar al número dos.

Llega por n á visitar un *gentil hombre* cesante, un *literato* de reputacion, ó una vieja que ha pasado por todos los hijos de *Avicena*.

Estudia y se afana sin cesar, consulta cuanto sabe la Medicina francesa y alemana, y entabla con feliz éxito su plan; pero como el *gentil hombre* es *caprichoso*, el *literato incrédulo*, y la vieja *rebelde* á mitad de camino pasan sus enfermos á manos del charlatan. Triste y meditabundo raciocina sobre el estado y caprichos de la sociedad, y dice: ¿cómo es posible que hombres ilustrados crean *que se puede saber lo que nunca se aprendió?* pero está visto; la Medicina y el arte de gobernar á los hombres son una escepcion. Todo el mundo se cree en este caso discípulo de Hipócrates y Aristóteles. Un relojero compone relojes y un zapatero hace zapatos; pero la máquina humana puede ser entregada al primero que llega con tal que tenga audacia y serenidad; y como dice el poeta..... *verbosis adquisivit 'amam strophis.*

Siempre el zapatero de la fábula de *Fedro*; se entrega la vida *cui nemo calcaneandos commisit pedes.*

Recuerda para su consuelo y calma del agitado corazon la historia de los tiempos, y halla en *Plutarco* al famoso Periclés entregado á un preservativo rodeado al cuello para curarse de su mal; á *Bacon* que llamaba al nitro espíritu de la tierra, á *Maquiavelo*, *Leibnitz*, *Alfieri* envenenados por drogas ridículas; y hasta *Malebranche*, el autor de la *Investigacion de la verdad*, aconsejando á las mugeres preñadas frotarse la parte superior de las estremidades inferiores para que sus hijos no naciesen marcados con los caprichos que ellas pudieran tener. ¡O miseria humana! El gran filósofo estaba en esto á la altura de aquella *comadre* que afirmaba que si el cardenal *Duperron* era tan sábio se debia á que su madre estando embarazada tenia siempre capricho por una biblioteca.

Con este y otros sinsabores análogos llega por fin al número que codiciaba, en el que sus consejos y visitas producen mas y valen tal vez menos. Su clientela se compone de *propietarios*, *comerciantes*, *artistas* de toda clase y *empleados activos*. Sus réditos le proporcionan el placer de alquilar un cabriolé de cuando en cuando ó un modesto *Simon* en los dias de mucha agitacion. Ya tiene 36 años cumplidos, vive en cuarto segundo con campanilla á la calle para mayor comodidad de los vecinos de las doce de la noche en adelante, sale por la mañana despues de tomar chocolate, y vuelve á su casa á la hora de comer, y como no tiene todavia hora fija para consulta, se levanta de la mesa cinco veces antes de concluir. Su fama crece y se desarrolla, el entusiasmo y el fanatismo le ensalzan á la vez y hasta entonces su reputacion *fundada* comienza á ser *fabricada*, como dice el padre Griffet. Se cuentan maravillas de su habilidad, y hay persona que le recomienda á un rico banquero que padece del hígado diciéndole ser tan hábil, que ha descubierto el hígado á una persona, le ha quitado un tumor, lo ha limpiado como quien limpia un gabinete, y el enfermo ha quedado en completa salud. Con pocos elogios como el actual poco tarda en pasar á primera graduacion. Traslada su habitacion á cuarto principal, y recibe consultas en un bonito gabinete, en cuya antesala se suelen encontrar alguna

vez el marido y la muger, el amante y su querida, que por distinto camino el uno viene á consultar un *dolor*..... de muelas, la otra una *jaqueca*, *pesadilla* ó *vaidos* que le dan á media noche, y cuando están dentro el Médico y ellos saben á *qué vendrán*. Cuantas escenas cómicas presencia aquella silenciosa habitacion de cuyo fondo no salen jamás las palabras que se pronuncian, ni se reflejan el pudor y honestidad. Pasa su visita en cabriolé, y la clientela se compone de *Ministros, Duques*, *Condes*, *banqueros* y contratistas. La córte, los políticos y los filósofos le necesitan, á todos dá consejos, tiene entrada franca á todas horas en sus casas y un cubierto en la mesa. Si encuentra algun melancólico político le cuenta lo de Voltaire que decia «tengo mucha confianza en el *Esculapio-Tronchin* que vé en los cuerpos como Dios en los corazones; vivir es el solo placer que me resta para mortificacion de los que me pagan rentas vitalicias: cuando padezco indigestion, conspiro contra ella con el ruibarbo y la dieta. Asi vivió este hombre ilustre 84 años, y este consejo pueden tomar muchos sábios.

Nuestro *Médico célebre* come generalmente tarde cuando lo hace en casa, asiste á la sesion que celebra la Academia, y juega al tresillo en casa de la marquesa de C. El teatro es rara vez el lugar donde se encuentra al menos desde el principio de la funcion, y rara vez la vé concluir con tranquilidad.

Suele no estar exento de que molesten su sueño á las dos de la mañana y entonces son los apuros y malos ratos. Solo la filantropia, paciencia y amor á la humanidad pueden arrancar de la cama al mortal que transportado en aquellos momentos al empíreo se levanta y marcha con el silencio de la noche á visitar algunas veces un simple *calambre* que alborotó la vecindad.

Suele la critica ensañarse con estos *nobles doctores* diciendo que pasan algunos por sábios y grandes Médicos, aunque no lo son; como hay ministros que nunca debieron serlo. Que todo lo componen á fuerza de tecnologia ensartando con serenidad y desembarazo nombres y frases ininteligibles para el mismo *Fœsio*. Que toman el pulso con el relój por gala y ostentacion, aunque sea en una úlcera del pie, y gastan con énfasis un cuarto de hora para recetar *emulsion de goma arábiga*. Llaman dolor de costado á lo que es un simple catarro. Mas el vulgo conoce á estos malos representantes de la sublime medicina, y si cambian el vil metal que la sociedad codicia por la corona de siempre viva que adorna la frente del anciano de Cos, con su pan se lo coman.

Algunos años de práctica en clientela tan ilustre colocan al Médico en la dulce posicion de retirarse poco á poco de los trabajos y miserias de la vida, acabando sus dias entre el luto y dolor de la familia, solicitando un pase pasa visitar los muchos amigos á quienes dió pasaporte en época mas feliz.

El *charlatan*. Este solo merecia un artículo aparte por su originalidad. En esta idiosincrasia coloca, amado lector, los que lo son y muchos de los que no lo parecen; porque no hay monja, sacristan, viuda, hechicera y señora que pertenezca á clase elevada de la sociedad, que no tenga unos polvos para opiladas; un colirio para todos los ojos malos, aunque tengan *cataratas*, una yerba para las lombrices de catorce varas; parches para la jaqueca de *solteras, viudas* y *casadas*;

anteojos para todos los cortos ó largos de vista, y mil mejunjes de la mas alta y acrisolada reputacion.

El charlatan de oficio no ha pisado los umbrales del tiempo de *Esculapio*. Ha sido escribano, carretero, pastor, militar ó criado de algun Médico de quien ha copiado alguna receta que la hace servir para toda enfermedad *específica* ó de antiguo y remoto orígen. Porque es preciso tener presente que el *charlatan* solo se dirige á los enfermos *crónicos*, vulgo desahuciados, ó los que se curan con algun medicamento especial. Son farmacéuticos al mismo tiempo, porque toda la virtud del medicamento consiste en el secreto de la composicion aunque sean píldoras de *miga de pan*. Se anuncia en el Diario todos los dias del año con algun nombre de *facultad*, con pompa y aparato, con remedio sencillo opuesto al que dá generalmente el Médico, aunque luego despues sea arsénico ó sublimado corrosivo, ó el mismo que daba el profesor. Recibe consultas gratis, pero cobra por el frasco, la caja de píldoras ó polvos, lo que podria costar toda la enfermedad á duro por visita. De modo que aunque no vuelva el enfermo él ha sacado su pacotilla. Concierta por un tanto la curacion; pero sin olvidarse de cobrar dos plazos de tres adelantados por si la naturaleza del enfermo es rebelde. Llena las esquinas de anuncios y pone comunicados en los periódicos de enfermos curados que nunca han padecido, con firma de nombres que no existen. Debe ser perseguido por la autoridad y subdelegados de Medicina, quejarse del mal trato que recibe y viajar de cuando en cuando al estrangero aunque no haya pasado nunca de Fuencarral. Tiene en su casa jarabe *panquimagogo* de Crolius, mistura *anti-cistophlegmático hydrogenésico-ascítica*, píldoras de *phlogístico* de Kirwan, polvos *nephrolotico nephremphaxico* de Plouquet, y ungüento *pampiniforme paronychito* de Andernach: y con esta farmacia ambulante no hay temor que le falte de cuando en cuando algun *reputado sábio* ó *filósofo* partidario de Paracelso. Suelen acontecer escenas graciosas, y mas de una podrá servir para entretener al lector. Yo me acuerdo de cierta señora que padecía un tumor en el pecho, á la que dieron por remedio que se rapara la coronilla, y todos los dias se frotára dos veces al dia con *aguardiente coñac* y *sal*, remedio del Doctor Wallance. La pobre señora se quedó calva de tanta frotacion.

Hace pocos dias se anunció en el Diario un tal *Taglei* que poseia un líquido para las quebraduras. Llégó á las once de la mañana á casa de un jóven rico y elegante (que se apellidaba lo mismo que el charlatan) un infeliz que padecia una *quebradura*. Llamaron al señorito que estaba barnizando sus botas y ambos se sentaron en el sofá. El doliente esplicó lo que creyó conveniente; y el señorito creyendo ser una burla y no una equivocacion de casa, le dió un *frasco de barniz* para que se frotára en la *ingle* como único remedio que poseia. Figúrese el lector la risa del señorito y la familia, cuando á los cuatro dias vuelve el paciente diciendo: que estaba curado de la *quebradura*, pero que habia quedado *charolado* el sitio sin poderlo despegar. Escenas como estas pasan todos los dias en la capital de la monarquía.

Réstanos el *físico*, nombre que se dá á los que forman parte del cuerpo de sanidad militar. De los cuales solo diremos..... «*respeto á las glorias militares*» Recójalos Atocha cuando descansen en paz.»

Aqui concluimos nuestra tarea con aquellos versos de Iriarte.

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan:
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

LICENCIADO JOSE CALVO Y MARTIN.

A. Gomez

EL PATRON DE BARCO.

Asi como los animales terrestres se diferencian mucho de los peces en organizacion, instintos y figuras, asi tambien la gente de la mar distª mucho en sus costumbres y caractéres de los que vivimos en estos socuchos desiguales é incómodos que se llaman pueblos y pudieran denominarse con mas propiedad cuevas ú hormigueros. La mar, ese movible y dilatado Océano llamado elemento hasta hace poco por una equivocacion de la ciencia, con sus olas azules y plateadas y sus blancas espumas, no puede menos de influir en los seres que surcan su superficie marcándolos con un sello peculiar y distinto, si hemos de dar crédito á lo mucho que en este siglo de progreso se escribe sobre influencias de las ciencias en las artes y en las costumbres, de la legislacion en el teatro, del teatro en la moral, y de la moral en la física, en lo que suele hallarse alguna que otra verdad y sobra de fantasia.

Es preciso, pues, que á mi tambien se me conceda la influencia del mar en todo lo que toca para que pueda escribir un artículo que se llame hoy filosófico, ya que se dá este nombre á todos los escritos en que se trata de influencias, por mas que ni Aristóteles, ni Platon conociesen este nombre prodigioso, emblema de la filosofia moderna. Suponiendo desde luego la

influència del mar ó del diablo, que tanto vale el uno sea como el otro, lo cierto es que el Patron debe ocupar un lugar muy distinguido entre los tipos españoles por ser original en sus usos, trato y carácter, como se verá en este bosquejo que ofrezco al público.

No es mi ánimo molestar á mis lectores dándoles á conocer el origen del tipo que intento describir; notorio es, que se pierde en la oscuridad de los tiempos mas remotos, pues por lo menos es tan antiguo como Noé el primer Patron del mundo, á quien no pueden negarse los honores de la inteligencia en este ramo, cuando en tormenta tan deshecha como el diluvio supo conducir una nave de aquel tamaño.

La infancia de los que se dedican á la marineria es poco mas ó menos como la infancia de los demas hombres, con todas las miserias y ventajas de la edad, si se esceptua la pobreza en que suelen aquellos criarse; pobreza nada agradable, pero que los hace ágiles y fuertes para el trabajo. Mas apenas llegan á la niñez, cuando en vez de entretenerse jugando en los barrios con los de su edad, acostumbran dedicarse á coger en las playas algunos mariscos para comerlos, aficion primera y natural que pasa luego á ser una especulacion mercantil como otra cualquiera, vendiéndolos por las calles, cuando creciendo en años y en necesidades el niño, se vá ensanchando en rededor el horizonte de sus deseos.

Allí, en las solitarias orillas del mar, al rugido de las olas y de los vientos es donde se engendra la verdadera aficion á las navegaciones: lenta y sosegada en su origen como todos los sentimientos humanos, se convierte luego en una pasion irresistible que decide el porvenir de la vida. Reunido el niño en la playa con otros compañeros, descalzo y casi desnudo entre las rocas halla en aquellas arenas todo su universo. Los mariscos entretienen su hambre, ínterin llega la hora de la frugal comida que en su casa le preparan; los guijarros del mar le sirven de armas, y muy en breve le enseñan sus compañeros á manejarlas con destreza; las piedras le dan asiento, y la custodia de algun barquichuelo que deja el dueño en la orilla al muchacho, le dan el derecho á pedir un pedazo de pan, cuyo valor solo conoce el que ha sabido ganarlo en las soledades de las playas. En ellas es donde se desarrollan los miembros del niño con las contínuas carreras y violentos ejercicios, y donde se adquiere aquel temple de alma que se necesita para luchar brazo á brazo contra las borrascas.

Los baños frecuentes que se dan sin previo dictamen facultativo, mal que pese á Hipócrates y Galeno, son otros tantos ensayos cuyo ejercicio asegura algun dia su salvacion en medio de los mayores peligros, y el arte de nadar se aprende allí sin arte por solo los impulsos de la naturaleza. Estos niños que pasan en el agua una gran parte del dia en las estaciones templadas, carecen ordinariamente de aquellos principios de educacion que reciben las clases mas pobres. Sus planas son las arenas donde trazan algunas líneas y muñecos con algun chinarro, y sus libros el espejo cristalino de las aguas que nada dice á

sus jóvenes inteligencias, si bien habla mucho á sus corazones con la ferocidad de sus rugidos.

Asi pasa la niñez de los marineros, si se esceptuan algunos que teniendo padres adelantados en la profesion, aprenden á leer y á escribir mal, y esta es la aristocracia de la clase marinera; que tambien existe ese poder en la baja clase, á semejanza del mar donde se encuentran largas ballenas y mezquinos camarones; sin que obste este ejemplo á los naturales é imprescriptibles derechos del hombre tan defendidos por algunos encopetados publicistas. Feroces, desmoralizados por lo comun dan una idea clara de lo poco que valen los instintos sin educacion, verdad que se aprende en todos nuestros puertos, y que como tal la publicariamos, si el célebre romanticismo no lo prohibiese á boca llena.

Pero al fin mientras que el genio sin ayuda de las reglas disparata que dá gusto oirlo, vá creciendo el marinero y ya empieza á navegar bien en el barco de su padre, si lo tiene y es Patron, ó en el de alguno que lo recibe, digamoslo así como meritorio de aduana. Entonces comienza para él una nueva época: ya zagalon, como vulgarmente le llaman, entra en el aprendizaje por medio de los cortos pero frecuentes viages, y vá tomando alguna parte en las faenas á medida del aumento de sus fuerzas. El sube á echar rizos á la punta del palo cuando es necesario, saca el cubo á la gente que se marea, y se encarga de hacer algun mandado cuando se salta en tierra, lo que le vale unos cuantos cuartos para gastarlos en la taberna. Con una mala camisa, un pantaloncillo de paño burdo que apenas le baja de las rodillas, una descomunal faja y gorro encarnado, desnudas las piernas y descalzo, sin mas abrigo en lo bajo que la influencia atmosférica, á guisa de perro de aguas, se va ensayando con un remo de muchas varas en la mano, y semejante á algunos de nuestros oficinistas siempre registrando papeles que no saben leer, no hace cosa que de provecho sea á pesar de la gran cantidad de fuerza que pone en juego para producir el movimiento del barco.

De aquí en adelante, creciendo en años y en inteligencia, y añadiendo nuevos trabajos á los antiguos se hace marinero, y ya se observa en su fisonomia y en su trage el aire particular que á esta clase distingue, hasta que la suerte próspera, sin mas razon que la casualidad ó el capricho, lo levanta de la miseria, como otros muchos que nada deben á la mar, y con un capitalito reunido decide comprar su barco.

No todos los que se dedican á esta profesion llegan a ser Patrones, como tampoco todos los empleados de renta llegan á ser intendentes, ni todos los diputados ministros, ni todos los revolucionarios dictadores. Hay muchos marineros viejos que amarrados al remo, como lucéldo á la roca, pasan su vida siempre en *boga*, puesto que no cesan de bogar, y su fin suele ser la miseria ó la entrada en alguna casa de misericordia como existen empleados cesantes, diputados sin esperanzas de ser ministros, y tribunos que mueren en los cadalsos. Pero al fin el que llega á ser Patron ya puede contar con una

suerte mas descansada, si existe algun descanso en la miserable condicion humana

La vida de estos hombres es muy variada segun los diversos rangos que no en la sociedad, sino en la mar ocupan, dedicándose unos á la pesca, otros á la conduccion de efectos y algunos á llevar pasageros en cortas travesias. Estos últimos, como que tienen ocasion de tratar con personas tan diversas en sus contínuos viages, son los que ofrecen mas variedad en sus costumbres, especialmente en Andalucia, donde compite la gracia que allí llaman *zalero* con el calor y viveza de una fantasía siempre exaltada. Ninguna de las personas que jamás haya salido de Castilla ó de estas provincias del centro de España, acostumbrado á ver la gravedad y silencio con que se van acomodando nuestros pasageros en las diligencias, pudiera formarse una idea del bullicio y algazara que acompañan á los viages por mar del puerto de santa María á Cadiz en la corta travesía de dos leguas.

No bien llega al muelle cualquier pasagero, cuando se vé cercado como por encanto de una multitud de marineros que le dán prisa para que se embarque, empleando cada cuadrilla todos los medios que están á su alcance para llevárselo consigo, mientras los Patrones están en segundo término, y solo salen á la escena cuando se presenta alguna familia numerosa ó gente de alta alcurnia, de la que espera un buen flete ó agasajo. Los medios, las industrias que allí se ponen en juego para llevarse al transeunte, son mas bien para vistas que para contadas, acomodándose fácilmente á la clase y capacidad de los viageros. Si es una señora viuda, ó viene sola, se lleva casi como por fuerza con cierto aire de galanteria, le dan la mano al bajar el muelle á satisfaccion de la interesada; si un señor marqués ó un buen capitalista, se le llama padrino aunque sea un renegado; si es algun exclaustrado, se le trata con una gravedad que raya en devocion, mientras el Patron con voz sonora dice á los marineros fingiendo gran prisa «muchachos, vámonos que ze bá er biento»: á este grito se nota gran movimiento en los marineros que estan dentro del barco; unos toman las palancas y otros recogen los remos, lo que dá un rayo de esperanza al paciente viagero que se lleva aguardando dos y mas horas embarcado esperando el momento de la marcha, que con tanto estrépito se anuncia y segun tarda nunca llega. En esto van los marineros embarcando á todo el que pueden, y apenas aparece alguno que tiene trazas de viagero, cuando grita desde la proa un muchacho ágil y de escelentes pulmones que hace medio dia está con la palanca en la mano en ademan de votar el barco «á Caí mos bamos, á Caí: anden oztes zeñores que ze ba er barco y ze quean en tierra.»

A fuerza de las repetidas quejas de los pasageros comienza el barco á moverse hacia adelante, mas á cada bulto que aparece en el muelle, vuelve aquel atras para recogerlo entre el descontento y las voces de los que ya se creian en marcha, hasta que al fin se embarca el Patron y todo camina con mas ó menos rápido progreso segun sopla el viento; lo que tiene alguna conexion con nuestro desgraciado pais, donde progresan mas ó menos las fracciones políticas segun soplan los vientos de los destinos.

Vestido el Patron con un chaqueton de paño burdo, con su sombrero calañés y faja encarnada, y medias y zapatos, poco comunes en los marineros, marcha sentado en la popa con el timon en la mano dirigiendo la maniobra. Su aire es grave, su hablar sentencioso, tomando muy poca parte en las animadas conversaciones de la reunion, como hombre de gran importancia, y dejándose caer de vez en cuando con alguna decision oportuna sobre el asunto de las generales discusiones. Continuamente preguntado sobre la duracion del viage, la bondad ó malicia de la mar y algunos pronósticos del tiempo, que caen bajo el dominio de su inteligencia, contesta á todos con oportunidad, pero sin estender sus palabras mas allá de lo que exigen las preguntas, y usando siempre de las voces técnicas de su oficio, como el Médico á palos que hablaba en griego para mayor inteligencia de sus oyentes.—Diga vd., señor Patron, prorumpe la exánime señora en tono compungido, ¿estaremos á las ocho en Cádiz?—Segun el *marage*; si sopla el sudoeste llegaremos cuando Dios quiera, á no sé que entremos antes é lo rigulá de bolina.—Pero Patron, todavia falta una hora para las ocho. A esta pregunta nada contesta, pero su misterioso silencio dispierta el interés de la interpelante: ¿Y á las ocho y media?—Con Dios: vamos, curro, *toma* un *rizo* y tú, Pepe, *caza er trinquete* que tenemos viento.

Despues de haberse hecho algunas preguntas que no han merecido respuesta del aristócrata Patron, echa un cigarro y comienza á tararear alguna cancion marina con mas calma que oido y buen gusto. Cuando se acaba el viage que suele durar poco mas de una hora, sin contar los ratos que se pasan en el barco antes de la marcha, el Patron se encarga de dar la mano á las personas mas notables para que salten en tierra saludándolas con cortesía, é indagando como quien no quiere la cosa si piensan regresar pronto para conducirlas á la vuelta. Toda la indolencia y apatía de los Patrones para la salida en busca de los nuevos pasageros, se convierte en una celeridad increible cuando algun caballero ó familia que trae prisa le fleta el barco. Entonces, á la mas leve insinuacion del viagero se pone en movimiento la tripulacion; siendo tan grande la agitacion general de los marineros, cuanta diferencia hay entre una peseta que paga cualquiera á dos duros que cuesta el flete segun costumbre.

Los Patrones no son aficionados á las riñas; sin embargo, una vez metidos en danza, no ceden tan fácilmente: su lenguaje es áspero é incorrecto, pero siempre grave y aristocrático. Sus casas que mas bien parecen embarcaciones segun los muchos cordajes, garruchas, remos, palancas y demas útiles que del oficio alli se encuentran, son pobres y de mal aspecto, siendo muy contados os Patrones que llegan á hacerse ricos. Desprendidos en demasía y aficionados por lo comun á lo que llaman *trifulcas*, gastan con facilidad en las tabernas o que les produce el pasage; alli suelen naufragar muchos marineros con mas frecuencia que en el agua; que tambien se naufraga en tierra y no pocas veces en la original Andalucía. A estos gastos deben agregarse los que se consagran al culto que se tributa á esas diosas en cuyos altares se quema oro en vez

de incienso, y que son tan numerosas en aquellas tierras, si hemos de dar crédito á los dichos del vulgo.

Los Patrones mantienen generalmente una dilatada familia, pues como poseedores de un capital, se entregan con frecuencia á las dulzuras conyugales. Sus hijos siguen casi todos la misma profesion, que no es una cosa cualquiera, adquiriendo tambien la honradez de su padre, quien por tener áspero trato y grotescas maneras no carece de cierto fondo de pundonor que le caracteriza, si se escesptúan los engaños é intrigas que trae consigo la carrera; ni son de estrañar semejantes modales que se avienen mucho con los movimientos y rugidos del mar, el que á pesar de tantos siglos como lleva observando las populosas ciudades que nacen, se civilizan y mueren en sus orillas, todavia permanecen en su estado natural y salvage, y seguramente no le faltará alguna razon para ello.

A imitacion del dilatado Océano, no varía el Patron tan fácilmente sus usos; las mismas costumbres de ayer son las de hoy: para ellos no son los siglos herederos de los conocimientos de otros siglos; pues siempre permanecen en el mismo estado á pesar del tiempo y las costumbres. No se viste el Patron los dias festivos como el albañil, ni celebra los lunes como los zapateros; siempre en movimiento, es raro el dia en que no viaja, por lo que la buena ropa queda reservada para una semana santa ó un *Corpus Cristi* en cuyas fiestas salen á volar todas las notabilidades que existen en los armarios. Entonces se pone el Patron un pañuelo punzon al cuello, pantalon ancho y zapatos de becerro blanco con una chaqueta y capa nuevas de paño azul, si es invierno, y que suele durar algunos soles como dura en el mundo todo lo que poco se usa. En esos dias se visitan mas de una vez las tabernas, pues un par de docenas de cañas de manzanilla son condiciones *sine qua non* de la celebridad de ciertos actos. Los dias mas notables perderian para los Patrones toda su solemnidad si no lo revelara el agradable calor del estómago promovído por el hirviente vino, y el no menos agradable retintin del choque de los vasos en los brindis de ordenanza. Por supuesto que en tales ocasiones no se come en casa; es forzoso disfrutar de los amigos, y partir con ellos la mesa en alguna tienda ó ventorrillo.

No es el Patron tacaño en sus correrias, antes bien, gasta cuanto tiene alegremente con sus compañeros, como toda la gente de mar, lo que es una cosa bien maravillosa cuando tanto trabajo cuesta gastar un ochavo á nuestra gente de tierra. Seguramente el mar debe ser muy desprendido, pues que tan buenas lecciones dá á sus habitantes, y así lo justifican las nacaradas el prodigiosas conchas que lanzan sus olas en la ribera.

En medio de esas numerosas reuniones consagradas á la santificacion de as fiestas segun las rancias costumbres de la gente marina, es donde reluce carácter de los Patrones. Grave pero agradable, chistoso sin viveza, complaciente sin afectacion, y amigo sin lisonja, se entretiene con la conversacion de sus camaradas, como les llama, hasta el punto de olvidarse de sí propio, con una

sonrisa tranquila en los labios donde se reflejan todas las simpatías de su corazon. Al estruendo de los vasos y botellas giran mil animadas conversaciones entre los que se pronuncian los nombres de sus *jembras* con aquella emocion que sienten los hijos ardientes de la hermosa Andalucía.

No siempre son hombres solos los que se reunen; algunas veces lleva cada uno su *gachona*, y entonces las comidas son mas animadas y duraderas. Curioso es por demas oir las palabras de los marineros en una de sus solemnes reuniones.—Camaraás, esclama el que entre ellos hace cabeza que por lo comun es el Patron mas antiguo, sacando un peso que hace sonar sobre el mostrador: Toabía tengo yó aquí seis maraveizej é plata pá está echando combiaáj jazta que demoj á la bela.—Oiga ozté, replica una moza tirándole de la patilla: la combiaa le toca á zeñó Cayetano, y sino aquí eztan una moneas que aunque é luto jarán bení laj cañaj.—¡Biba é rumbo salero! esclaman los mozuelos entusiasmados.—Miuzté, prenda, que aonde eztá er Patron Juan Perez naide fondéa er borsiyo; montañej, la combiaá por mi cuenta.—Puej bengan laj cañaj.—Bengan de aí.—Poco á poco, dice un mozuelo deteniendo á los que ya se preparan á empinar los vasos. Naide lo güela jazta que la María no noj diñe una rasion de música.—Bueno questá, contesta el condescendiente Patron; éa, muchachoj, bamojayá. Y al choque de los vasos y al estruendo de las palmadas entona María unas sentidas playeras, arrancando con ellas mas aplausos en la taberna del tio Miñarro, que la Malibran en el teatro de la gran ópera italiana en París. El fin de todas estas jaranas es el sueño mas ó menos prolongado, segun la cantidad de licor que cada uno tiene en su estómago, lo que se llama en términos técnicos dormir la *mona*, y no pocas veces pagan las mugeres propias, al llegar á sus casas los marineros, las culpas y desdenes de las estrañas. Mas hoy que la paz de los matrimonios, como antigualla que no está en uso, solo se encuentra en los libros de moral, y no hay cosa mas comun que la entrada de un marido borracho por su casa tirando los trastos á su muger, no ofrece esto novedad para un artículo de costumbres.

Donde verdaderamente se comprende el carácter del Patron, donde se admira toda la estension de su genio, no es en las tiendas de vino, ni en un viage de mar en calma; es preciso verlo y estudiarlo en la tempestad para saber apreciar todo su valor y entusiasmo. Cuando el huracan furioso levanta un mar en cada ola, cuando cargado el cielo de nubes parece juntarse con la tierra, entonces el Patron, semejante á un sér fantástico, sobrenatural, aparece en toda la estension de su original carácter. De pié en la popa, y llevando el combatido timon en ambas manos, repasando las espumosas olas con los ojos desencajados, que parece sondear los abismos del Océano, espresando en su atezado rostro los sentimientos del alma, se aumenta su denuedo y osadía á medida que vá creciendo el peligro, y sin desmayar un momento, mantiene con sus furibundos y desentonados gritos á toda la tripulacion horrorizada. Firme como una roca en medio de los contínuos vaivenes de la embarcacion, manda toda la maniobra

con los ojos, los gestos, y las voces; y cuando el miedo vá sobrecogiendo todos los ánimos, impávido y sereno alza al cielo la frente mas severa y encolerizada que el mar que le rodea. A cada rugido de las olas responde con un grito espantoso; él habla á los aquilones, á los mares, á los cielos, y al inflamarse su frente con la luz del relámpago, al escuchar el estampido del trueno, el silbido del rayo que se precipita á sus pies entre las espumas, desafia lleno de cólera á todos los elementos. Las aguas le arrebatan el timon y la arboladura del barco; le estrellan contra los escollos; deshechos fragmentos vagan á merced de las ondas, y en medio de las voces y gemidos de los náufragos, habla, lucha brazo á brazo con la muerte, hasta que una montaña de agua le sepulta para siempre, ó mas afortunado llega á fuerza de trabajo á la desierta ribera.

En este último caso ofrece su carácter otro cuadro tan digno de estudiarse como el anterior. Apenas toca la tierra, la besa con entusiasmo, y recostada sobre las arenas, con la mano en la mejilla, el rostro pálido y macilento, los ojos melancólicos y fijos en los últimos restos del bagel que sobrenada á lo lejos, demanda á las aguas su perdida fortuna, y una sonrisa amarga entreabre sus labios al ver desaparecer el lejano fragmento de su barco. «A Dios»!!! esclama entonces, y un raudal de lágrimas recorren sus mejillas al pensar el triste porvenir que aguarda á su amante esposa y sus queridos hijos. En esta situacion es donde repasa en su memoria los trabajos y fatigas que le proporcionaron aquella aniquilada fortuna, los contínuos peligros de las navegaciones, las privaciones de una existencia consagrada á tan penosa profesion, su edad que ya toca regularmente en el último tercio de la vida, la dificultad de volver á poseer un nuevo buque, y en lo mas profundo de aquel corazon insensible á las mas récias tempestades se derrama toda la hiel de los dolores, y acusa al mar de bárbaro porque no le sepultó para siempre en los abismos.

Mas esta desesperacion pasa como pasan todas las violentas pasiones; como pasan los hombres unos tras otros sin dejar apenas señal de su existencia, y despues de haberse consolado en los brazos de su familia, vuelve á la mar á los pocos dias trabajando de marinero otra vez lleno de las mas lisonjeras esperanzas. El claro espejo de las aguas ya tranquilas le hace olvidar sus pasados tormentos y el instinto irresistible que arrastra al desgraciado á las navegaciones, le mantiene siempre en su ejercicio sufriendo los duros contratiempos de la suerte.

Son pocos los Patrones de barco que llegan á acumular grandes riquezas, ya por el desprendimiento con que esta gente gasta lo que gana, ya por las pérdidas y averías que sufren en sus viages. Su vejez es generalmente tranquila por la union que reina en la gente de mar, que les prohibe desatender á los suyos en sus frecuentes necesidades. Retirados entonces á sus casas y viviendo de sus ahorros, si los tienen, ó de la caridad de sus compañeros, van pasando sus postreros dias en la oscuridad de una vida retirada. Mas es tanto el influjo que ejercen en el hombre los hábitos adquiridos, que es muy raro el dia en

que no vayan estos infelices á echar sus paseos al muelle, viéndose algunos que en medio de sus muchos años, y sostenidos sobre dos muletas, se entretienen en mirar los barcos que salen y responder á las consultas de los jóvenes en casos imprevistos y dudosos.

El respeto que les tributan los marineros los pone á cubierto de ser el juguete de los pilluelos de calle, siempre en contradiccion con la ancianidad doliente, y las alabanzas de los suyos les hacen merecedores del aprecio públicos.

Este es uno de los fines mas halagüeños á que conduce la navegacion; algunos Patrones perecen en el mar, otros quedan inútiles á fuerza de trabajo, y muchos se vén obligados á recurrir á la caridad pública acabando su triste vida en los hospitales. Contados son los Patrones que abandonan su profesion; el mar es el verdadero elemento de estos hombres: solo una absoluta escasez de trabajos en la marina los puede obligar á que la abandonen, y es muy frecuente verlos volver á sus antiguas tareas apenas cesan las circunstancias que los separaron de ellas.

SEBASTIAN HERRERO.

EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA.

QUIEN podrá imaginar que el hombre acomodado, que vive en una ciudad de provincia, ó en un pueblo de alguna consideracion, y que se complace en alojar y obsequiar en su casa á los transeuntes que le van recomendados, ó con quienes tiene relacion, es un tipo de la sociedad española, y un tipo que apenas ha padecido la mas ligera alteracion en el trastorno general, que no ha dejado títere con cabeza? Pues sí, pio lector: ese benévolo personage que se ejercita en practicar la recomendable virtud de la hospitalidad, y á quien llamaremos el *Hospedador de Provincia* es una planta indígena de nuestro suelo, que se conserva inalterable, y que vamos á procurar describir con la ayuda de Dios.

Recomendable virtud hemos llamado á la hospitalidad, y recomendada la vemos en el catálogo de las obras de misericordia; siendo una de ellas dar posada al peregrino, y otra dar de comer al hambriento. Esto basta para que el que en ellas se ejercite cumpla con un deber de la humanidad y de la religion: y bajo este punto de vista no podemos menos de tributar los debidos elogios al Hospedador

de Provincia. Pero ¡ay! que si á veces es un representante de la Providencia, es mas comunmente un cruel y atormentador verdugo del fatigado viagero, una calamidad del transeunte, un ente vitando para el caminante. Y lo que es yo pecador, que escribo estos renglones, quisiera cuando voy de viage pasar antes la noche al raso ó

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo olvidó por escondido
ó lo perdonó por pobre

que en la casa de un hacendado de lugar, de un caballero de provincia, ó de un antiguo empleado, que haya tenido bastante maña ó fortuna para perpetuarse en el rincon de una administracion de rentas, ó de una contaduría subalterna.

Virtud cristiana y recomendada por el catecismo es la hospitalidad, pero virtud propia de los pueblos donde la civilizacion ha hecho escasos progresos. Asi se vé que los paises semi-salvages son los mas hospitalarios del mundo; y se sabe que en la infancia de las sociedades, la hospitalidad era no solo una virtud eminente, sino un deber religioso, indeclinable, y de que nacian vínculos indisolubles, entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos.

La hospitalidad de los españoles en los remotos siglos está consignada en las historias, es proverbial; y que no han perdido calidad tan eminente, y que la ejercitan, con las modificaciones empero que exigen los tiempos en que vivimos es notorio, pues que los que la practican merecen con justa razon ser considerados cual tipos peculiares de nuestra sociedad, como verá el lector benévolo que tenga la paciencia de concluir este artículo. Artículo que nos apresuramos á escribir porque pronto la facilidad de las comunicaciones, la rapidez de ellas, lo que crecen los medios de verificarlas, y el aumento y comodidad que van tomando las posadas, paradores y fondas en todos los caminos de España, disminuirán notablemente el número de los *Hospedadores de Provincia*, ó burlarán su vigilancia é inutilizarán su bien intencionada índole; ó modificarán su cristiana y filantrópica propension, hasta el punto de confundirlos con la multitud que vé ya con indiferencia, por la fuerza de la costumbre, atravesar una y otra rápida aunque pesada y colosal diligencia por las calles de su pueblo; ó hacer alto un convoy de cuarenta galeras en el parador de la plaza de su lugar.

El tipo pues de que nos ocupamos es conocidísimo de todos mis lectores que hayan viajado, ya hace cuarenta años, en coche de colleras ó en silla de posta con compañero á partir gastos; ya ahora en diligencia, en galera ó á caballo agregados al arriero. ¿Por qué cual de ellos en uno ú otro pueblo del tránsito, no habrá encontrado uno de estos tales, que andan en acecho de viageros, y en espera de caminantes para obsequiarlos? ¿cuál de ellos, no habrá sido portador de una de esas cartas de recomendacion, que como á nadie se niegan, se le dan á todo el mundo? ¿Cuál de ellos, en fin, ó por su particular importancia, ó por sus relaciones en el pais que haya atravesado, no habrá

tenido un obsequiador? Si, el *Hospedador de provincia* es conocido por todos los españoles, y por cuantos estrangeros han viajado en España.

Vá uno en diligencia á Sevilla, á despedir á un tio que se embarca para Filipinas, ó á Granada á comprar una accion de minas, ó á Valladolid, ó á Zaragoza á lo que le dá la gana, y tiene que hacer los forzosos altos y paradas para comer y reposar. Y hé aqui que apenas sale entumido de la góndola, y maldiciendo el calor ó el frio, el polvo ó el barro, y deseando llenar la panza de cualquier cosa, y tender la raspa en cualquiera parte las tres ó cuatro horas que solo se conceden al preciso descanso; se presenta en la posada *el Hospedador*, solícito que al cruzar el coche conoció al viagero, ó que tuvo previo aviso de su llegada; ó porque el viagero mismo cometió la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador, ó por que hizo la sandez de hacer uso de la carta de recomendacion que le dieron para aquel pueblo.—Advertido en fin de un modo ó de otro, llega pues el *Hospedador*, hombre de mas de cuarenta años, padre de familia y persona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene de tal parte y vá á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y este dá las señas que se le piden, y corre á avisar al viagero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al pátio, el cuitado viajero, despeluznado, súcio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada, si es joven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se le afeita; con la melena aborrascada, si es que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se le oculta y es conde cartísticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvo si es verano, y de lodo si es invierno, y siempre mustio, lagañoso é impresentable. Y se halla frente á frente con el *Hospedador* vestido de toda etiqueta con el frac que le hicieron en Madrid diez años atrás, cuando fué á la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de la tienda, y con un chaleco de piqué, que le hizo Chassereau cuando vino el duque de Angulema, y un cordon de avalorio al cuello y alfiler de diamantes al pecho y guantes de nuditos, en fin, lo mas elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antitesis con el desaliño y negligente traje del viagero.

No se conocen, pero se abrazan y en seguida *el Hospedador* agarra del brazo al viagero y le dice con imperioso tono: *venga Sr. D. fulano á honrarme y á tomar posesion de su casa.* El viagero le da gracias cortesmente y le manifiesta que está rendido, que está impresentable, que no se detiene la diligencia mas que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases mas obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huésped el mas mínimo auxilio, se lo lleva trompicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor ajitacion preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atras cuando fueron á la capital de la provincia á ver la procesion

del Corpus, y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor gefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas, y turgentes pecheras, llevando ademas las manos empedradas de sortijones de grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgalichado y súcio entre damas tan atildadas, por mas que le retoza la risa en el cuerpo notando lo etereoclito de su atavio; y haciendo cortesias, y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él deseara hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y.... pero envano: el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que ni hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador, el señor cura y otros allegados; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viagero. Llena la sala de gente, el *Hospedador* y su esposa desaparecen para activar las disposiciones del obsequio. Y mientras retumba el abrir y cerrar de antiguas arcas y alacenas, de donde se está sacando la bajilla, la plata tomada y la mantelería amarillenta, resuenan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y controversias, y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce adeshora el pescuezo; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. ¡Pero qué piano, ánimas benditas!.... ¡qué piano! La fortuna es que mientras cencerrean sus cuerdas sin compás ni concierto una pieza de Rosini, que no la conociera la misma Colbran, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discurriendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daría por haber ya engullido un par de huevos frescos, y por estar roncando sobre un colchon toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalvete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta las caleseras, y luego hace la vieja, con general aplauso, y luego para que se vea que tambien canta cosas serias y de mas miga, entona tras de un grave y mesurado arpegio, la Atala, el Lindóro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica, ni en todo el pueblo, cuerdas de guitarra, aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sus glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao, y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el

salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid, y que representa maravillosamente imitando á Latorre, á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se escusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porque hace dias que no repasa sus comedias, y con que no está allí su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circunstantes. Y ya el cómico titubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pie entre el general palmoteo. ¡Silencio! ¡silencio! gritan todos, los criados y criadas de la casa, y hasta los gañanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce, ¡verá vd. qué mozo! ¡verá vd. qué portento!!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalcado sale con una relacion del Zapatero y el Rey, estropeando versos y desfigurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maiquez de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se descuelga con un trocito del Guzman, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por final algo de la Marcela. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está lista la cena, el obsequiador y su esposa, qne ya han concluido el tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á enredar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entonces, porque habia un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, bosteza y responde con monosílabos, y pregunta de cuando en cuando.... ¿cenarémos pronto? y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermosear la villa, y otras cosas del mismo interés para el viajero; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertir al obsequiado mientras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no sé qué fechoría allá en la cocina. Efectivamente, el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corro, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede mas el cuitado viajero, ¡qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento antes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar si Vd. gusta, caballero.* ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay racion para ciento. ¡Qué botellas tan cucas! de vidrio cuajado con guirnaldas de

florecitas y letreros dorados que dicen *viva mi dueño*, *viva la amistad*. Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abultadas cebollas veinte perdices despatarradas y aliabiertas, cual boca abajo, cual panza arriba, cual acostadita de lado, dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente, allá perfuman el ambiente con su vaho, veinte y cuatro chorizos fritos, acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de billar; ¡qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas estan ahumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frio por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Náuseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y mas cuando todos le ostigan á que *coma sin cortedad porque no hay mas*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente finecita. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se aflige de lo poco que se sirve, olvidando que

comer hasta matar el hambre es bueno
y hasta matar al comedor es malo.

¿Mas quién encaja este axioma en la mollera de un *hospedador de provincia* por mas que lo recomiende Quevedo?...

Los platos se suceden unos á otros como las olas al mar embravecido, al de las perdices arrebatado por una robusta aldeana alta de pechos y ademan brioso, le substituye otro con un pavo á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremangados de una viejezuela, otro con un jamon mas salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos, la fruta de sarten, y el de las menestras, mostillo, arrope, tortas, pasas, almendrucos, orejones, y fruta, y calabazate, y leche y cuajada y natillas, y... ¿qué sé yó? aquello es una inundacion de golosinas, un alubion de manjares, que parece vá á añadir una capa mas á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas, y el poeta improvisa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos del Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su marido el Hospedador trinca demasiado y luego padece de irritaciones, y las señoritas fingen alarmarse porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es gresca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral, gritando en el patio *al coche*, *al coche, hemos perdido mas de una hora*, *no puedo esperar mas*, viene á sacar al viajero de aquel pandemonium, donde á fuerza de obsequios lo tienen padeciendo penas tales, que en su cotejo parecerian dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defiende su presa en los últimos atrincheramientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la gondola venidera proseguirá el viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tienta al mayoral de todos los modos imaginables con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador, como el ángel de

la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acaece con el viajero de diligencia, ocurre con el de galera ó caballería, sin mas diferencia que dilatarse algo mas el obsequio con una cama que compite con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruje y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los *Hospedadores de provincia* sus gerarquías, y si es intolerable y una desgracia para un particular; es para un magistrado intendente ó gefe político una verdadera desdicha: para un capitan general, diputado influyente, ó senador parlante una calamidad: y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona, un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras el Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos pues al viagero de bien, esto es, al que solo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible, que evite las acechanzas de los *Hospedadores*, de sus espias y de sus auxiliadores; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que taparse un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomia, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antipara como en otro tiempo; y con tales apósitos debería disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido. Usando de estas prudentes precauciones, amen de las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendacion.

Pero si los *Hospedadores de provincia* son vitandos para los viageros de bien pueden ser una cucaña, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos, como medio de comer á costa ajena, de remediarse unos dias, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificacion de hambre crónica.

A unos y á otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atencion sobre esta planta indígena de nuestro suelo: á aquellos para que procuren evitar su contacto, á estos para que lo soliciten á toda costa.

EL DUQUE DE RIVAS.

EL CARTERO.

QUIEN fué en el mundo el primero,
Y de qué pueblo oriündo?
Pero yo pienso, y me fundo,
Que antes que hubiera un Cartero
Ya hubo cartas por el mundo.
Por cierto es duda cruel,
Aunque por razones hartas
Que hoy me asaltan en tropel,
Creo que antes que las cartas
Debió inventarse el papel.
Y tambien tengo razones
Para publicar en suma,
Que antes que tinta, algodones
Y las letras y renglones
Debió inventarse la pluma.
Mas volviendo á otra verdad,
¿Quien fué su autor verdadero?
La que inventó al mundo entero,
La horrible necesidad
Fué inventora del cartero.
Y si ofenden mis razones
De carteros al enjambre
Les daré satisfacciones,
Allá van; fuera alusiones;
La necesidad no es hambre.
Todas las artes ú oficios
Innovaciones ofrecen,

Cambian, ó desaparecen,
Mas los iguales servicios
De este arte, jamas perecen.
Arte dije! á los Carteros!...
Oh lector! no lo resistas!
Aunque hoy dia las modistas,
Los sastres, los zapateros
Todos se llaman artistas.
Sin ventajas verdaderas,
Sin ascensos que mitiguen
Sus ambiciones *carteras,*
Los que estas carreras siguen
No toman malas carreras.
Siempre falto de saliva
En su continuo trabajo,
Apenas el suelo liba,
Que el correr, aun cuesta abajo,
Se le hace muy cuesta arriba.
El Cartero y jugador
Aunque tan distintos fueren
De tal manera se quieren
Que ahogados por el sudor
Los dos entre cartas mueren.
Y lo mismo que el cajista
Aunqne el saber no le asista
Tú sus arcanos penetras,
Y dices, «no seré artista
Pero soy hombre de letras.
Con las mejoras sociales
Tambien ellos van conformes,
Que por sus cambios legales
Visten sin ser generales
Generalmente uniformes.
Y no crean se mancilla
Aunque no tengan blasones
El oropel con que brilla,
Que las armas de Castilla
Las llevan en los faldones.
Gasta sombrero, y no importa
Que con limpieza se porta
Aunque va hecho un Juan danzante,
Que es su casca mas corta
Que la paga de un cesante.

Copiaré sus distintivos;
De *oro* los galones son,
Encarnados son los vivos,
Y van ostentando altivos
En cada vuelta un galon.
¿Quién duda de tu poder
Cuando en tu empleo tirano
Tanto mal puedes hacer?
De tí que sueles tener
Nuestra fortuna en tu mano!
Y qué corazon ansioso
Cuando te vé no se alegra,
Y mas si gime amoroso,
Y sabe que su reposo
Lo traes en tu caja negra!
De ella, qué males no lanzas!
Tal vez al verla sucumba
Quien rie en juegos y chanzas,
Por que tu caja es la tumba
De millares de esperanzas!
Todos ansían el verte,
Y en tu caja confundida
Va con la vida la muerte,
Y en ella junta la suerte,
Dos estremos, muerte y vida!
Si con el llanto las fiestas
En ella enlazadas vemos,
No es estraño que pensemos
Siendo cosas tan opuestas
Que se junten en los estremos.
Ni estraño, si juntos van
Estremos tan desiguales,
Que siempre en el mundo están
Y entrelazados irán
Desdichas, bienes y males.
Y aunque los males tambien
De tu mano recibamos,
Al verte nos alegramos,
Y es natural, porque el bien
Es lo que siempre esperamos.
¿Quién en el mundo diria
Que llevas en una caja
El placer y la agonia;

A los unos la alegria
Y á los otros la mortaja!
Cuál en ella se retrata
Nuestro bien ó mal profundo!
Alli la fortuna ingrata
Al mundo, dá vida ó mata,
Con otro callado mundo!
Sí, porque alli un mundo va,
Que alli hay dichas, ilusiones,
Y esperanzas, y pasiones;
Pero... es un mundo que está
Encajonado en renglones.
Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga!
Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.
En los cuernos de la Luna
Yo vi maridos eternos,
Ya tu llegada importuna
Los vi hundirse! su fortuna
Solo les dejó los cuernos!
A cuantos que en su dolor
Maldicen su suerte impia
No truecas en su favor
Las lágrimas de dolor
En lágrimas de alegria!
A un italiano al cantar
Le llevas algun pesar,
Y por ti maldice el arte,
Pues se tiene que largar
Con la música á ótra parte.
La música! dije bien,
Que en su destino tirano
Es el único sosten,
Y adonde vá un italiano
Vá la música tambien!
Es una máquina, un grillo,

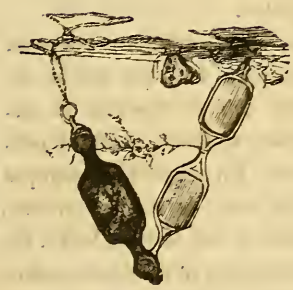
Que siempre cantando está;
Solo pensando en *hoy* vá
Si es *artista* de organillo,
Y mañana, Dios dirá.
Quizá el *mañana* ha llegado
Y su dicha no se labra,
Que para este desdichado
Dios es hombre muy callado
Y no dirá una palabra!
Aunque no tengas, cartero,
Políticas opiniones,
Tu eres quien obra el primero
Tal vez en el mundo entero
Las grandes revoluciones.
Mas tambien sueles pecar
En faltas y no pequeñas,
¿Quién pudiera adivinar
El mal que puedes causar
Equivocando unas señas?
Don Alegato que adora
Las gracias de una beldad,
Cuando sueña en su Señora,
Sabe por casualidad
Que le fué á su amor traidora!
Y de este cambio ligero,
De esta peripecia atroz,
¿Quién fué el atroz mensagero?
Yo lo diré en alta voz,
Algun error del cartero!
La familia de un cesante
Que está de hambre medio muerta
Y yá gime agonizante
Tocando el ultimo instante
De su sepulcro á la puerta,
Cuando oye un dulce, tilin!
Han llamado! abran ligero,
Letra!!.. mas quien lisongero
Trae de sus ansias el fin?
Quien ha de ser, el cartero!
Feliz vive un matrimonio,
Aunque son pocos felices,
Cuando ella en su dulce insomnio
Zaz! sabe... por el demonio

Del marido los deslices.
Y quién el demonio fué
Que dijo mal caballero
Todo, de la letra al pié?
Sin rebozo lo diré,
Quién ha de ser? el cartero!
Mas tambien la causa son
De que con dulces abrazos
Se haga santa alguna union;
Pues unen amantes lazos
Es de cura su mision!
Y tambien por sus locuras
Desunen los matrimonios;
Luego hacen mas que los curas!
Tú eres fuente de diabluras
Cartero de los demonios!
De asuntos malos y buenos
No siendo tuyos, te hartas
Eres curioso, ó al menos
Por qué dime, tomas cartas
Siempre en asuntos agenos?
Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano
Tu eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.
Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.

EDUARDO ASQUERINO.

ORTEGA

EL ELEGANTE.



EDLE ahí! Ese es! El mismo que años atrás, allá en vida de nuestros abuelos, se llamaba *señorito de ciento en boca, pirraca* y *paquete*; el que mas tarde, y cuando nuestros padres enamoraban, trocó estos nombres por los de *petit-maitre* y *currutacos* el mismo en fin que aun nos acordamos de haber oido apellidar *lechuguino* en época no muy lejana por cierto.

Hoy esta nomenclatura de *El Elegante* ha progresado admirablemente; hoy, merced á lo que el idioma de Mariana, de Leon y de Herrera *se ha enriquecido*, el antiguo *pirraca*, el moderno *lechuguino*, puede escojer entre una porcion de títulos, á cual mas pintoresco y castizo, como *Dandy*, *fashionable*, *leon*, ó por mejor decir, *lion*, si hemos de hablar técnicamente: pero asi como diz que el hábito no hace al monge, tampoco el título importa un bledo para

el tipo, que con el transcurso de los años ha cambiado de traje, mas ni un punto solo en sus inclinaciones, costumbres, ideas, *mision* y carácter.

Hay voces en nuestra lengua á las que no se les dá comunmente su acepcion propia y natural: *Elegante*, segun el diccionario de la Academia, quiere decir *hermoso*, *galan*, *bien hecho*; y soberanos chascos se llevará el que tomando esta esplicacion al pie de la letra, busque todas esas cualidades en los séres que bullen en nuestra sociedad, y á los que se les aplica el adjetivo en cuestion.

El *fashionable*, *el leon*, puede ser alto ó bajo, feo ó bonito, espigado ó rechoncho, tuerto ó jorobado, moreno ó rubio, sin que por eso deje de pertenecer á la especie indicada: lo que importa es que se dedique dia y noche á justificar el dictado con que se honra y envanece; lo que importa es que no falte á ninguno de esos preceptos de la elegancia, que al revés de las constituciones, sin hallarse escritos, son fielmente cumplidos y observados. Asi, el que reune á las ventajas fisicas las materiales, eso es miel sobre ojuelas, y podemos calificarle de rey de la tribu, ó de presidente de república tan homogénea como compacta.

Yo tengo para mi que el Elegante desciende por línea recta, de aquel Narciso famoso que cuentan se pasaba las horas muertas comtemplándose en la límpida corriente de los rios, por no haberse descubierto todavia en Venecia ese objeto tan útil y querido de las hermosas, como odiado de cierto linage de gentes que suelen verse en el de la manera que los pintó Iglesias en uno de sus festivos epígramas. Y tornando un poco atrás, es decir, cojiendo el hilo desde antes de esta digresion, que sin saber cómo se me ha venido á la pluma, voy á apuntar algunas de las razones que me ocurren para justificar esta tal vez maliciosa é infundada sospecha, de la afinidad de mi tipo con el que tuvo el mal gusto de enamorarse de sí propio. Para esto forzoso es que me siga el lector á la vivienda del Elegante, á la calle, al Prado, á las sociedades, á todas partes.

Lo primero que hace el *hombre de buen tono*, (que tambien por esta castiza metáfora se le conoce), en cuanto amanece para él, que no ha de ser antes de las doce del dia, es pedir un espejo. En él observa si sus bigotes se han desrizado, si el cabello está lácio y descompuesto, si algun pelo de su barba se atreve á sobresalir mas que los otros. En seguida, y aunque en bata y pantuflas, se contempla delante de otra luna de cuerpo entero, que reproduzca el suyo en toda su esbeltez y donosura, si tal fortuna logra. En el gabinete, en la sala, hay espejos por do quier; en la chimenea, en el tocador, sobre las mesas, y hasta en los peines con que alisa sus bucles sedosos y perfumados. Despues de la prolija operacion de vestirse, en que suele emplear no mas que tres horas, sale erguido y rozagante, ansiando por reflejar su perfilada imágen: los cristales de las tiendas sirven maravillosamente para este fin, y el Elegante se mira con delicia ó con dolor al pasar, segun que le satisfaga ó no aquel rápido examen. Si entra en una guantería, en una peluquería, ó en un café, nuestro

hombre se estasía en la admiracion de sí mismo; si se para delante de una hermosa en algun baile, es para que le sirva de disculpa á las miradas que dirige al tremol inmediato, y que muchas veces le presta una osadia inesplicable. Por último, no es estraño ni sorprendente encontrar *dandys* que lleven un diminuto espejo pegado en la copa del sombrero por su parte interior, ni otros que se examinen en la sombra, si cosa mejor no encuentran á mano.

Justificado el estremo que me propuse, hora es ya de describir logica y ordenadamente mi tipo en todas sus diferentes faces: tarea ímproba por cierto y no nada propia de fuerzas tan débiles y escasas, aunque tanto se presta el asunto, que pienso sino salir airoso, no quedar al menos de todo punto desairado.

El Elegante es el hermano legítimo de *la Coqueta*: bastará para probar este aserto con asentar que una de sus primeras cualidades, la que mas le lisongea y le solaza, es la de *Coqueton*; mas cúmpleme poner en evidencia los demás puntos de contacto que los dos entre sí tienen: ambos son esclavos de la moda, ambos la tributan el mas rendido culto; uno y otro tienen iguales deberes, idéntica vida y semejantes ocupaciones. Ella como él se consagran al placer en todas sus variadas formas; él como ella usan á las veces de los mismos medios, si bien no para lograr el mismo fin.

El verdadero *dandy* no es empleado, militar, contratista, banquero, ni abogado; no es mas que *dandy* pura y simplemente, y así debería constar en el padron del alcalde del barrio. Con frecuencia es un misterio la historia de su lujo y de su boato; y quizás alguna dama vetusta, de esas que aun se acuerdan del reinado del gran Cárlos III, pudiera narrárnosla, si en voluntad le viniese. No es esto decir que no haya elegantes propietarios ni títulos; al contrario, si mucho abunda la especie que antes hemos indicado, no escasea tampoco la última, que es la legítima, la *pur sang*, como diria alguno de sus individuos en ese lenguaje convencional, ni francés ni castellano, y que es uno de los distintivos de mi tipo. Asi, á cada palabra española une otra que aprendió en sus viajes, ó que leyó en algun libro, no siendo estraño que cometa algunas incorrecciones, tales como:

—Hoy hace un calor *desolant*.

—La Marquesa está bonita como una *pepinière*.

—El Conde de C... ha muerto de *migraine*.

Hay una obra longuísima, y rebosando filosofía, en que se intenta probar (y yo no sé si prueba) que el hombre verdaderamente feliz es el que desengañado del mundo y sus vanas pompas, toma el portante y se vá a sembrar patatas ó coles, en algun rincon lejano, donde tenga por sociedad las cabras y los ciervos, por música el canto alegre de los pájaros, por lecho la fresquísima yerba, por techo la bóveda celeste. Nárranse y se encarecen alli los goces y fruiciones del alma, y háblase de la quietud del espíritu, de la tranquilidad de la conciencia, y de otras muchas cosas que llamamos ya antiguallas en nuestro siglo. Yo creo que esa casta raza de filósofos

de la especie de S. Gerónimo, vá desapareciendo por dias, y que ahora el hombre verdaderamente feliz que existe en la tierra, es el conocido por *dandy*, *fashionable*, *leon* ó como nos plazca llamarle.

Por supuesto que uno de los preceptos de la elegancia es no tener penas, ó por mejor decir, ser insensible á ellas. Asi Eduardo, Julio, ó Enrique (nombres indispensables) sabe con resignacion estóica la muerte de su padre ó de su hermano; y en cambio se desespera si Utrilla ó Borrel le sacaron ancho un frac ó estrecho un pantalon: así, lée sonriendo el billete perfumado en que Amalia ó Eloisa le retiran su amor despues de tres años de relaciones, y se aflige y rabia si por ejemplo el estirado guante amarillo fórma una imperceptible arruga. El Elegante hace, pues, profesion de escéptico y de positivo, ainda mais, de seductor y de irresistible. Si por casualidad alguna mujer no acoge benévolamente sus pretensiones, dice á todo el mundo con envidiable candor: «Es estraordinario! Sin duda me han puesto mal con ella, ó no me ha mirado bien!»

La vida del *fashionable* es lo mas divertido que puede darse; á las doce se desayuna; en seguida se viste y á las tres sale, si es invierno al Prado, si es estío á la calle de la Montera á oir lo que se miente, ó á tomar parte activa en tan sabrosa ocupacion. Esta es la hora tambien de las visitas, de esas deliciosas conferencias, en que el calor y el frio se discuten con una variedad y una elocuencia pasmosas. El Prado!... Ilé ahí uno de los sitios donde mas á sus anchas campea y brilla mi tipo: ya guiando un ligero tilbury ó una preciosa *briska*, hace admirar su soltura y su gracia; ya muellemente recostado dirige miradas fulminantes á las notabilidades femeninas, mientras su *jockey* conduce el carruaje, y le hace volcar con la mayor gracia del mundo: ya en fin cabalga al lado de una elegante carretela, enviando por la ventanilla dulcísimas frases de amor envueltas entre el polvo que levanta el coche, ó entre el humo que despide su cigarro.

Hay cosas que un Elegante no se permite nunca, y una de ellas es pasear por otro lado que por el que se llama *Paris*. Fuera verdaderamente un acontecimiento y una degradacion, que hasta los periódicos consignarían, que se olvidase de su decoro hasta el punto de *traslimitar* de una manera tan escandalosa; fuera en fin tan grave como si entrase en el teatro antes de la mitad del primer acto á lo menos, ó por casualidad comiese algun dia á las cinco menos dos minutos. En esta escrupulosidad para cumplir las leyes de la elegancia, es en lo que consiste principalmente la reputacion del *fashionable*.

El *leon* consagra algunos momentos antes de tomar el cotidiano alimento de la tarde, á descansar en los blandos divanes del casino, ó á hojear tal cual periódico, que suele ser el *Diario de avisos*, para enterarse de las funciones que hacen por la noche en los teatros. Escusado es decir que es sóbrio en sus comidas; porque ¿no se confundiría con un gañan ó con un hortera el que tuviese buen apetito? En seguida se digna aparecer en el coliseo;

pero no se olvide que cuando la comedia ó la ópera estén comenzadas. Esto tiene un doble fin; primero el de ostentar esa indiferencia que tan bien cuadra al Elegante; segundo, que le flechen hasta dos docenas de anteojos las que ocupan los palcos. Feliz él si al pasar oye: —«Qué buen mozo es Fernando! —Con qué gusto se viste!— Qué bien se pone la corbata!—Es un hombre modelo!— Es un modelo de hombre!»

Estas esclamaciones suelen alternar con otras de diferente género.—Caramba! que me ha hecho Vd. ver las estrellas! dice el militar á quien un furioso pisoton viene á sacar de su éxtasis.—Diantre de pisaverde! murmura un viejo á quien derriba el sombrero al pasar.—Qué peste á almizcle! esclama una señora nerviosa tapándose las narices con el pañuelo.—Ay! mis gafas!.. grita uno de esos médicos que las usan sin duda para conocer mejor las enfermedades, al ver que se las lleva enganchadas entre los dijes de su cadena el Elegante.

Y entretanto imponen silencio unos; se impacientan otros; ármase una especie de motin, y nuestro hombre impávido y triunfante arriba á su luneta habiendo conseguido su primordial objeto; el de llamar la atencion, el de *hacer efecto* en la sala. Pero aunque instalado en su asiento, no por eso cesan las tribulaciones de sus vecinos. El *dandy* es *dilletante* hasta la médula de sus huesos; generalmente no sabe una nota de música, pero delira por ella, y tararea con algunas inexactitudes, verdad es, todos los *spartittos* de Bellini y de Donizetti. Asi, mientras la prima donna ejecuta la *Casta diva* de la *Norma*, ó la polaca de los *Puritanos*, el Elegante le hace el duo, con gran desplacer de los que se hallan inmediatos. Otras veces interrumpe á los artistas con estrepitosas esclamaciones, ya lanzando un *bravo*! cuando todos callan, ya prorumpiendo en estas ó semejantes palabras:

—Oh! Giulia Grissi! si tú estuvieras aqui!

—Qué diferencia de Rubini!

—Qué degollacion tan espantosa!

—Oh París! *mon Paris cheri*!

Porque es de notar que París es el gran recurso del *fashionable*: el que no ha estado en aquel emporio de la elegancia, no ha hecho sus pruebas para ser admitido en la clase. Además, á ese le faltan los grandes recursos de desdeñar todo lo que no sea francés; de enternecerse con los recuerdos de por allá, con la memoria del *Boulevard* y del coliseo italiano, de las Tullerías y del sastre Ragneau, únicas cosas que de la inmensa capital suele conocer el *dandy*.

Dos ocupaciones gravísimas acostumbra tener tambien este en el teatro: aparentar fastidio é indiferencia, ó dirigir visuales á diestro y á sinestro, ya enderezando sus miradas hácia un palco bajo, ya alzándolas no menos que hasta la tertulia. Antes lo dije: el Elegante es *coqueton* sobre todo. Y ¡cómo se huelga y se solaza, cuando dándole una palmadita en el hombro, le dice algun amigo:

—Seductor! Bribonazo! que cuentas por docenas tus amadas!

Para justificar tan envidiable reputacion, desliza frases de serpiente por los oidos de las incautas é inocentes jóvenes, de esa raza que pronto será una tradicion en la sociedad actual. El *leon* debe contar siquiera siete amantes. ¿Qué menos? Una para cada dia de la semana. Y por Dios que injustas son si se quejan, pues él á todas las ama igualmente. Haciendo parte del número siete, ó fuera de él, que esto importa poco, ha de tener precisamente *una querida*, escojida entre la clase de las guanteras, modistas, etc. para enseñársela á sus amigos como un objeto mas de lujo, como un mueble precioso é indispensable. Con no menos frecuencia suele abandonarla tambien, y entonces siempre le queda á la muchacha el recurso de buscar otro mas constante, ó si la echa de sensible, sorberse una noche un pomo de veneno, ó dar un salto por la ventana. Aqui mi cualidad de verídico me obliga á decir en descargo de la conciencia del Elegante, que este último estremo pertenece á la categoría de los fenómenos.

Si el Elegante cuenta tres ó cuatro de esos lances escandalosos en que son víctimas los maridos, para pavonearse en los salones con la aureola de Lovelace, magnífico! Si dos mujeres se le disputan y arman un alboroto públicamente por él, sublime! Si despues de esto abandona á los dos rivales, merece que se le erijan estátuas!

¡ Qué es verle en las reuniones, ó en las *soireés* y en los *raouts*, como él dice siempre, volar cual ligera mariposa, de flor en flor, buscando la mas bella y la mas lozana, soltando aqui una palabra dulce, allá una reconvencion, mas lejos un elogio, alli una invectiva sangrienta ó un sarcasmo, que á veces sobra para descomponer unos amores de tres años! Por ejemplo, Julia tiene por amante á uno de esos hombres sin pretensiones, que llevan una levita hasta que se rompe y un sombrero hasta que se engrasa. Pues bien, el *fashionable* aprovecha un momento en que el candidato para marido se aleja, y dice á la hermosa con tono incisivo y punzante:

—¿Quién es el sastre de Florencio? Decidle que me le envie mañana, para hacerme un frac de pico de pato como el suyo.

El amor en las mujeres resiste á la ausencia (aunque esto sea casi fabuloso) sobrevive quizás á la muerte del objeto querido (á pesar de que raye en lo increible), no se estingue sin duda con la miseria (en cuyo caso se llama heroicidad); pero muy raras veces es superior al ridículo. Así, Julia comienza á hallar grotesco á su amado desde aquel instante; se sonroja si alguno le mira, y acaba en fin por dejarle plantado, y por perder un casamiento ventajoso, quedándose probablemente soltera. Y todo por la sátira de un Elegante! Véase si esta especie tiene poco influjo en la moderna civilizacion!

El *dandy* mide la importancia de las personas por el traje que llevan, y en su consecuencia les otorga ó no su amistad y su aprecio. Lo primero que hace con todo individuo que se le aproxima, es revisarle de los pies á la cabeza. Desgraciado de él si su chaleco no es *á la derniére*, ó si lleva guante oscuro! Infeliz si se permite presentarse sin botas de charol, ó con un *paletot* antiguo!

Entonces el pobre hombre recibe un gesto de desden, se le saluda friamente, y se le vuelve la espalda. Por el contrario, si es un *dandy* perfilado y pulcro, desde el momento se le alarga la mano, se le jura *devouement* y cariño eternos, y se le concede intimidad y confianza. Solo una escepcion puede haber en esta regla general; que el uno tenga *celos* del otro, porque le aventaje en esbeltez, en invencion, ó en boato.

Mas llega un dia en que comienzan para el *dandy* los pesares y los disgustos; cuando el talle principia á encorvarse, cuando los dientes fluctúan entre las dos quijadas, cuando el cabello blanquea, ó desaparece enteramente. Entonces las horas de tocador son un suplicio para él; entonces suspira amargamente al encajar en su boca los objetos que tan diestramente fabrican Rotondo y Monasterio, ó al usar ya el aceite de Boujican, ya los casquetes de Pelaez. Entonces es lector asíduo del *Diario* y del *Avisador* con el fin de ver donde anuncian mejores cosméticos para desarrugar la tez ó poblar las calvas: entonces por último, *fashionable* jubilado, nota al pasar las sonrisas burlonas de los jóvenes que no le admiten en su círculo: oye los sarcasmos de los viejos que tampoco le aceptan, y de quienes él no quiere ser aceptado, y sufre los desaires de las mujeres, que odian de corazon al individuo que cumple los cuarenta sin estar casado. Porque el verdadero Elegante ha de vivir y ha de morir soltero: algunos hay que se arrepienten, y suelen ser buenos esposos y escelentes padres; pero esto es la degeneracion, el envilecimiento de la especie.

Tanto como son alegres y placenteros los verdes años del *leon*, son tristes y amargos los postreros de su existencia. Sér indefinible, que ni es jóven ni viejo; que vive sin presente y sin porvenir, que se alimenta con el recuerdo de sus glorias, es como esos monumentos de la edad media, que hoy queremos remedar ó recomponer, despojándoles de su belleza pasada y de su belleza actual. Lo mismo pues, es el hombre que aquellas maravillas de los remotos siglos; cuando los años le roban su frescura y su esplendor, nada tan magestuoso, tan imponente como una blanca cabeza y una arrugada frente; nada tan magnifico ni tan poético como las ruinas de un templo antiguo ó de un palacio suntuoso, cuyas piedras vá arrancando una á una la mano invisible y poderosa del tiempo!..

El último período de la vida del Elegante se refunde casi enteramente en la de otro tipo que no es solo español, sino universal: el solteron. Pasan para él los dias uno tras otro sin goces y sin esperanzas; hállase aislado de todos y de todo: aquellas canas que cuidadosamente tiñe, en vez de veneracion, inspiran desprecio. Entregado á manos mercenarias, no tiene quien se siente junto á su lecho y vele en sus noches de dolor; ni quien venga á derramar en su alma ese bálsamo dulcísimo del consuelo, que cierra las llagas del corazon, que fortifica las creencias, que aviva la fé, que hace renacer los sentimientos, que sostiene y prolonga la existencia. Y luego el dia en que sus ojos se apagan para siempre, no hay nadie que le llore, nadie que le ame, nadie que grabe un recuerdo de cariño ni deposite una flor sobre su tumba abandonada!

Y todo por no obedecer esas leyes inmutables de la naturaleza, que á cada época de la vida asignan sus deberes y sus obligaciones; que á la juventud perdonan el aturdimiento, la veleidad, la ligereza: que á la edad madura prescriben la sensatez y el juicio; que á la ancianidad imponen la dignidad y el decoro!

RAMON DE NAVARRETE.

EL TITO
DEL ARCA
DE S. LUCAS.

EL ANTICUARIO.

«Señor; este animal no responde, ni dá noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo.....»
(Palabras de maese Pedro hablando de su mono en la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Ben Engeli, historiador arábigo.)

PRETERITO, presente y futuro son las tres grandes épocas en que los gramáticos dividen los tiempos; y yo que ni de crítico me precio, ni de destructor presumo; cuando encuentro bien las cosas ó cuando nada me vá ni me viene en ellas, respeto lo existente (con perdon sea dicho del señor Mendizabal nuestro contemporáneo). Dispútanse el porvenir clases numerosas y respetables de la sociedad: los políticos y las gitanas andan al morro sobre quien acertará..... á decir mas y mayores desaciertos: apuéstanselas entre sí los pretendientes y los judios, aguardando estos el Mesías que vino y pasó, y aquellos el destino que no pasará porque no vendrá. El presente nos

pertenece á los españoles que gozamos del hoy, sin que nos conturbe el mañana, si bien ni aun entre nosotros falta quien lo tema, como los albañiles cuando no están en el hospital, los ladrones mientras andan por sendas y vericuetos, los toreros en víspera de corrida, y los regentes constitucionales durante las minorias. El pretérito es un tiempo desconsolador; múestrasenos como un arenal de infortunios de donde solo se levantan amargos recuerdos que emponzoñan la vida. Allí en lontananza crée el esclaustrado distinguir la sala *De profundis* de su convento, y un poco mas adentro la sustanciosa olla y la rica chanfaina: las viejas su hermosura y sus amantes: el cesante las mesadas que cobró y se acabaron..... ¡Ay del que tiene que volver la vista á lo que fué! Sin embargo, no hay que afligirse, pues asi como un predicador que logró enternecer á las viejas de su auditorio en una plática de semana santa dijo luego para consolarlas: «No lloren: no lloren, que lo que acabo de decir hace mucho tiempo que pasó, y puede que sea mentira:» tambien estoy yo en el caso de poder asegurar que no todos los que miran atrás lo hacen por el raro capricho de aumentar sus males presentes comparándolos con sus bienes pretéritos. Y aquí viene como de molde que saque yo mi tipo á la espectacion pública.

El *Anticuario* no pertenece á la época en que vive; y si admitieran parodia aquellas sublimes palabras *regnum meum non est de hoc mundo*, podria decir á su vez *vitam meam non est de hoc século*; y digo que *podria* espresarse asi porque para ello era necesario que supiera latin, y esto seria empezar exigiéndole demasiado. Es pues el *Anticuario* una partícula heterogénea del cuerpo á que está adherido, un sér estraño á la sociedad en que vegeta; es lo que en un vaso de agua una gota de aceite que conserva su forma y su color sin confundirse ni mezclarse con lo que la circunda; su espíritu vaga en las regiones de lo antiguo; emanan sus ilusiones de lo pasado; nútrese de recuerdos; pulsa cual puede todos los trastes del diapason de los siglos: aseméjase á la ley *aquilia* en que tiene los ojos en el cogote, al cangrejo en que camina hácia atrás; es en fin el verdadero retrógrado de la época, y á estar en su mano, poco seria detener la marcha del mundo, hiciéralo retroceder á las edades que hablando en términos eruditos ó de parte militar se pierden en la noche de los tiempos ó en la escabrosidad del terreno. Como todos los *Anticuarios* se parecen entre sí tanto como las bellotas de una misma encina, para dar á conocer á la clase basta retratar un individuo; y yo me propongo hacerlo asi, procurando que la exactitud del parecido sea tanta como si el retrato estuviera sacado al daguerreotipo.

El prójimo con quien vamos á habérnoslas nació al mismo tiempo que la revolucion francesa, pues la naturaleza sabia en todas sus creaciones, al levantar aquel terrible huracan, aquel recio torbellino que amagaba destruirlo todo y que hizo tiritar de miedo á cuanto existia, quiso descendiese al mundo un recolector de antiguallas, á fin de que si unos destruian las cosas el otro recogiera los pedazos. Figúratelo á tu antojo, lector amigo, soltero, casado, ó viudo. Si le supones soltero será porque no encontró ninguna muger que contase doscientos abriles; si casado porque creyó topar una que frisaba en ellos, y si viudo porque la mató

á pesadumbres en cuanto descubrió que no lo s tenia. Pero ya se conserve célibe, que es lo mas general, ya pertenezca á la cofradía de san Marcos, ya al gremio de los que matan á su consorte, y quedan con el suficiente seso para no contraer segundas nupcias, es condicion precisa que no tenga prole. Un niño en casa de un Anticuario seria una aberracion espantosa, un insoportable anacronismo. Por razones análogas, y que el lector penetrará sin duda, prodiga sus limosnas, cuando es caritativo, para el cuartel de inválidos ó para el hospital de incurables; pero echa un nudo mas á su bolsillo cuando le piden para el hospicio ó para la inclusa.

Así mismo te doy permiso para que te lo representes como mejor te cuadre, alto ó bajo, flaco ú obeso, segun Dios ó la naturaleza lo hayan hecho; mas no transijo respecto á lo de bien conservado, porque el artículo de conservar las cosas de otro siglo lo entiende *como nadie* (otro diria: *mejor que todos*) Te consiento igualmente, que aunque no seas sastre, lo vistas como gustes, con tal que le cales sombrero en figura de sorbete y le pongas chaleco con honores de chupa, le cuelgues de los hombros levita con grado de gaban, de los tirantes pantalones de campana, y nada de travillas, que ademas de ser estas de invencion moderna para que él las use, aun dado caso que lo intentara habia de armarse estrepitoso escándalo entre las dos últimas prendas de vestuario sobre el derecho de llevarlas; y nuestro amigo no lo es de las guerras civiles ni de las discordias intestinas. Ya que le tienes vestido de pies á cabeza no te dejes guiar por las apariencias para tacharlo de falta de aseo, pues si alguna vez le encuentras cubierto de polvo como sobrestante de obras, consiste en que apenas tiene noticia de un derribo, allá se lanza entre los albañiles y los escombros, por ver si surge de entre estos alguna momia ó cosa que lo valga, y espónese muchas veces á perecer entre cascotes como los filisteos contemporáneos de Sanson; y si adviertes su calzado sucio y gredoso como el de un agrimensor práctico, culpa será de lo mucho que frecuenta los vertederos de estramuros en busca de preciosidades, por aquello de que donde menos se piensa salta la liebre.

Así como el distintivo de un pirroniano es dudar de todo, el de mi tipo es creer á puño cerrado, no solo lo que le dicen, sino cuanto inventa ó delira, y si la fé ha de salvar á alguno, bien puede asegurarse que no ha de ser él quien vaya á ver la pata coja y el rabo largo de maese satanás. Su genial es calmoso como un *Omnibus*, y su lengua suelta y vivaz como un calesin en dia de toros; su memoria aunque no tan feliz como la de Orígenes que sabia desde la cruz á la fecha el antiguo y nuevo testamento, como un chico el yo pecador, ni como la de Xérxes que conocia nominalmente á los dos millones de soldados que componian su ejército (*relata refero*) todavia es suficiente para retener los nombres de todos los monarcas, capitanes, poetas y artistas que verificaron su tránsito por el mundo hasta hace dos siglos.

Aunque aficionado á la antigüedad y aunque vive fuera de nuestra época, no por eso se crea que es intolerante. Nada de eso; oye y escucha con paciencia

todas las opiniones que están conformes con las suyas; y al decir opiniones todos comprenderán que no hablo de las políticas, porque claro es que un *Anticuario* no puede tenerlas. Viviendo fuera de este siglo, ¿qué le importa lo que en él sucede? Quédense en buen hora estos cuidados para los que se ocupan del hoy ó cuando mas del mañana. Los que así piensan, genios apocados que no aciertan á salir de un círculo estrecho y mezquino, cortos de vista que no pueden dirigir lejos sus miradas, aves torpes que no se atreven á levantar el vuelo para contemplar lo que hubo en edades remotas, no merecen otra cosa que compasion.

«La noble antigüedad solo es sublime»

Y nuestro amigo lánzase en el intrincado laberinto de las cosas pasadas seguro, como él dice, de que no le faltará mientras viva,

ni papa que le escomulgue
ni rey que le mande ahorcar.

Como las etimologias estan tan enlazadas con la antigüedad, el *Anticuario* ha de ser por precision aficionado á ellas; y el que aquí voy retratando ha consagrado ante todo sus afanes á buscar la de su nombre bautismal. Llámase Pandolfo; y despues de complicados cálculos y de sinuosos raciocinios, entre los que con frecuencia salia á relucir la caja de Pandora, solo por empezar con las mismas letras, no pudiendo avenirse con que brotára la raiz de su ascendencia de aquel calamitoso instrumento, acaba por deducir que *Pandolfo* es voz corrompida de *Pindolfo*, y que sus mayores fueron oriundos de una aldea, sita á la falda del *Pindo*, militando despues en las falanges de los *Güelfos*. Por un método análogo procede en sus investigaciones, respecto á la fundacion de las ciudades, á sus pobladores, al sitio en que existian las que han desaparecido, y á los demas casos en que juega la etimología uno de los principales papeles. Partiendo de la base de que Roma tomó este nombre porque la fundó Rómulo, dice que Atila puso la primera piedra de Avila, que Numa dió el nombre por igual razon á Numancia, que Malaca fué descubierta y poblada por un malagueño, que Nabucodonosor desembarcó en el puerto de Navacerrada, que en las inmediaciones de Sahagun está el sitio donde se levantaba la gloriosa Sagunto; y con pasar un dia en Pozuelo de Aravaca se persuade de haber visitado el territorio que los pueblos Arevacos ocuparon, aunque la historia los colocó en los confines de la Celtiberia, no lejos de la moderna Soria.

Si por acaso se encuentra un *Anticuario* afecto á viages habrá surcado las rebeldes olas que separan á Palencia de Valladolid, y á Zaragoza de Tudela de Navarra. Cuando camina por tierra cabalga en poderosa pero vieja mula, y á cada tropezon del cuadrúpedo se apea por si topa algun escombro de insigne monumento. Tal vez recorriendo el espacio en que Guadiana serpentea oculto alcanza á ver en la llanura una leve cima coronada por algun pedernal imperceptible para ojos menos escrutadores y penetrantes que los suyos, y desde luego dá por seguro que pertenece al minarete de una mezquita ó á la cúpula de una sinagoga que allí descollára en otro tiempo y en el recinto de una ciudad con mil puertas que cegó el curso del rio al sepultarse por consecuencia de un terremoto.

Pero todo lo que sea examinar al *Anticuario* fuera de su casa es andarse por las ramas, ó por mejor decir es buscar el corazon en los talones. En su casa y solo en su casa es en donde ha de considerar á mi tipo el que quiera conocerlo por entero. Disponte, amigo lector, para entrar en ella, pero con la indispensable circunstancia de que has de permanecer serio como general que hace una declaracion de estado de sitio, grave como rector de doctrina, silencioso como devoto en las cuarenta horas, preparado á sofocar la risa dentro de tus labios por grandes que sean los dislates que de los suyos salgan, y pronto á confesar que crees cuanto te dice, por mas que la razon y la historia se *pronuncien* en contra. Con estos preparativos puedes ya entrar en la mansion enciclopédica, en el arca de Noé de cosas inanimadas, en el valle de Josafat de objetos movibles, en la *vera efigies* de la mas completa anarquía, en la casa en fin del *Anticuario* que no contento con franquearte generosamente la puerta llevará su condescendencia hasta el punto de servirte él mismo de *Cicerone*, esplicándote artículo por artículo cuanto ha podido recoger en sus repetidos y minuciosos paseos por el rastro y por las prenderías.

«Se jacta la armería real, te dirá, por ejemplo, de poseer en la espada de Pizarro el primer oro estraido de las minas del Perú, vanagloríase la catedral de Toledo de tener en el viril de su custodia la primera porcion que de dicho metal vino de las Américas; pero aqui vé Vd. el primer oro que se sacó de las minas de Ofir, antigua casa solariega de la familia del célebre Orfila, segun la relacion que entre uno y otro nombre existe. En el monasterio del Escorial se conserva una hídria ó ánfora que sirvió en las bodas de Canaan, pues yo poseo en ese vaso un poco del agua convertida entonces en vino, y que á fuerza de siglos va volviendo á su primitivo estado; y el vaso es nada menos que el que sirvió para que suministráran al príncipe de Viana un veneno de órden de su madrastra, que al fin murió de un cáncer, y por cierto que si diera yo con ese cáncer, lo habia de pagar á peso de plata, porque me gusta tener las cosas correlativas.»

Probablemente no darias en tres semanas con el mérito que el *Anticuario* atribuye á un cuarto segoviano que te enseñará con mucho énfasis; pero oigámosle: «Este es uno de los óbolos que los antiguos ponian á los muertos debajo de la lengua para que pagasen la travesía del Letéo; y no fué poca mi fortuna en hallarlo una tarde cerca del campo santo de la puerta de Toledo.» Si en la moneda descubres el año de su acuñacion, y crees coger en renuncio y confundir al *Anticuario* te equivocas, porque cuando tú le digas «¿Ve Vd. aqui estos números que sin duda indican que este óbolo se hizo en 1648?» Te contestará él con todo el aplomo y toda la decision de un dómine. «Sí señor, del año 1648, pero es de la creacion del mundo.» A esta asercion nada te quedará que contestar.

En seguida te mostrará una herradura que se le cayó al caballo de Santiago en la batalla de Clavijo al dar una coz al de Mahoma, con quien tuvo que habérselas cuerpo á cuerpo, porque tambien este quiso salir á la defensa de los

suyos. Cerca de esta herradura estarán unos anteojos descomunales y redondos que dice haber servido al viejo Tobias. Y concluirá la relacion de esta sala enseñando un gran barreño donde tiene reunidas arenas de todos los rios del mundo desde el Jordan hasta el San Lorenzo, desde el Ródano hasta el Manzanares, desde el Tiber hasta el Nilo; mas si las tales arenas tuvieran el don de la palabra denunciarian en alta voz su procedencia y clamarian por volver á San Isidro del campo de donde fueron traidas á la corte en un miserable esportillo.

Constitúyete luego en el salon á que dá el nombre de *Armeria*, y alli verás infinidad de objetos tan raros como su dueño, ya esparcidos por la estancia, ya colocados en forma de trofeos; pero no des asenso á tus ojos sino á tus oidos, porque aquello que parece una albarda maragata es la que usó la celebrada burra de Balan; el sombrero de tres picos que se presenta en figura de quechemarin sirvió para cubrir la cabeza al rey que rabió; un coleto de charro salamanquino es una de las primeras lorigas que usaron los romanos; aquellos estribos que en tu concepto han podido pertenecer á un párroco de aldea son los que llevaba Escipion en el sitio de Troya; ese clarin de llaves que le vendió un músico de Luchana es la impertérrita trompa de la fama. Bien ageno estarás tu de creer que la escopeta de piston que yace arrimada á la pared y el espadin de escribano su vecino son la carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo; y todavia te sorprenderá mas reconocer en la divisa de un toro de Veraguas la banda de don Palmerin de Inglaterra, y en la cabeza disecada de un carnero uno de los arietes á cuyo golpe cayeron los muros de la ciudad santa. Esa marmita de batallon que ves en medio del suelo es una de las famosas ollas de Egipto; lo que te parece una garrocha de baquero es el robusto lanzon de don Quijote; ese guarda-brazo sembrado de cruces fué la cimera de Almanzor; aquella celosía de alambres el arpa de David ó la lira de Orfeo; y finalmente aquel pedazo de lona, que tu jurarias haber podido servir para traer de Galicia envuelto un fardo de vivero, es la gavia del buque en que los primeros argonautas fueron á la conquista del bellocino de oro.

Falta todavia que examinar otra seccion que es acaso la que mas riqueza contiene de cuanto en casa del *Anticuario* existe: esta es la condecorada con el pomposo título de *Museo de pinturas*. Alli encontrarás lienzos colosales suciameute embadurnados, y que á juicio de algunos valen hoy menos que cuando salieron de la tienda del mercader: el mas pequeño de ellos no baja de seis pies de altura por cuatro de ancho ó *viceversa*, porque su poseedor no ha podido jamás llegar á convencerse de que ningun artista célebre haya empleado sus pinceles en cuadros de menor tamaño, ni aun para formar sus bocetos. En frente de la puerta de este salon se vé un disforme mamarracho, que pudiera pasar sin grande esfuerzo por obra de Orbaneja. « Vea Vd.; vea Vd., te dirá señalando al tremendo chafarrinon. Ahí tiene Vd. un retrato de Felipe V, hecho por el Ticiano (cuidado con reirse, porque si la historia dice que el pintor murió un siglo antes que naciera el monarca, la historia se

equivoca) Repare Vd. ese colorido de la escuela veneciana; ¡que ropas esas! ¡qué actitud! qué semejanza! Es un tesoro inapreciable.» Si dudas de la verdad de sus espresiones, ó si tu franqueza se resiste á confesar lo que no crees, echará la culpa á la luz, cerrará el balcon, lo abrirá de nuevo gradualmente y en muchas veces, y despues de mil viajes de este al cuadro y del cuadro al balcon, cuando crea perfectamente proporcionada la claridad prorumpirá en mayores admiraciones y alabanzas. Pero acaso no baste esta nueva prueba para vencer tu incredulidad y obligarte á que reconozcas la obra del Matusalen de los pintores: entonces el *Anticuario* te cojerá de la mano, y conduciéndote con aire entre misterioso y triunfante á la inmediacion del cuadro, y mostrándote en él unas letras formadas con albayalde ó con betun de zapatero, y tan mal trazadas como la figura, te dirá con tono sarcástico: «Lea Vd. ese letrero señor incrédulo.» Alli se lee *Feliciano*, nombre sin duda de algun pintor de brocha gorda que se metió (no importa saber la época) á emborronar lienzos contra la voluntad de Dios y de las artes; pero el *Anticuario* que todo lo convierte en sustancia arqueológica, dá la siguiente interpretacion del susodicho vocablo: «eso quiere decir F. *fecit Liciano* ó *Ticiano* que no hemos de reparar en que la *t* tenga ó no travesaño,» A tan concluyente esplicacion nadie puede ya replicar lo mas mínimo.

Mostrarte ha luego un pais portentoso, en su boca, aunque á despecho de tus ojos, y solo porque acierta á encontrarse en él un rosal florecido, atribuye la obra á Salvador Rosa, que vive Dios era tan aficionado á flores y cosas amenas como Mahoma á los jamones de Avilés y al tinto de Valdepeñas.

Situándose luego nuestro hombre en el centro del salon, y asiendo una caña larga, que dice ser la que sirvió á San Pedro para pescar antes que dejára el oficio, te esplicará uno por uno todos los cuadros que cubren las paredes de la sala. El retrato de un torero será Felipe II vestido de majo; Garcilaso de la Vega aparecerá bajo la forma de un fraile benito anciano y achacoso; Andrea Doria con uniforme de resguardo; un moro tuerto será el retrato de Tarif, y á no ser por el traje te lo presentaría como el del hijo de Filipo de Macedonia; pero pondrá el colmo á sus anacronismos tremendos, á sus heregías artísticas, y á sus terribles calumnias diciendo que un cuadro, que tal vez quiere representar á Adan y Eva en el paraiso, es el retrato de los reyes católicos pintados al natural por Mengs. Escusado es decir que todos los lienzos que alli existen estan firmados por los maestros de todas las escuelas, verdad es que la mitad lo fueron el dia antes que el *Anticuario* los comprára, y la otra mitad al dia siguiente de haberlos adquirido, que á no ser asi mal podria comprenderse que á la vuelta de cada esquina encontrára mi hombre hoy un Dominiquino, mañana un Herrera el viejo, al otro un Correggio, y asi sucesivamente las obras de los autores mas raros y de mas mérito. Pero debo añadir que si los pintores cuyos nombres aparecen en los cuadros pudieran levantar sus cabezas y mirar lo que les atribuyen, volveríanse precipitadamente

á los sepulcros por no verse tan atrozmente injuriados y con tanta injusticia cubiertos de baldon.

Hasta aqui, amigo lector, el tipo general, el carácter distintivo de la clase; pero justo é indispensable es confesar que entre sus individuos suelen encontrarse algunos de juicio claro y de imaginacion despierta; mas sin embargo de estas dos circunstancias acontéceles lo que á don Quijote, que se mostraba cuerdo y sesudo en todo género de materias, y solo perdia los estribos de la razon cuando se tocaban los puntos de la andante caballería. Asi los *Anticuarios* con juicio (perdóneseme el violento enlace de estas palabras) discurren atinados en cuanto á nuestra edad concierne; pero en hablándose de cosas de los siglos que pasaron bamboléanse en la silla del entendimiento, y asómase á su boca y á sus ojos la infausta monomanía que por donde quiera los persigue.

Como es posible que si hasta ahora no has tropezado real y verdaderamente en el mundo con un *Anticuario* te halles con él algun dia de manos á boca, quiero repetirte aquel consejo de que no le repliques ni pongas duda en nada de cuanto te diga, porque sobre ser esto causa de que te tenga por un ignoranton y te profese un odio eterno, lo será tambien de que comience á revolver papeles, y te presente testimonios inmensos de escribanos en justificacion de sus asertos. Si se trata de unas tablas que dice haber servido de tálamo en la boda de Tetis y Peleo, y no das entero crédito á sus palabras, sacará un proceso de papel sellado en el que estará escrita la historia mitológica de aquella madera, dando fé y firmando el testimonio algun Pedro Fernandez, escribano de Zalduendo que tal vez fué el mismo que se las vendió.

Esta circunstancia te pone en el caso de poder hacer del bolsillo del *Anticuario* un objeto provechoso de tus especulaciones. Llévale, por ejemplo, un pergamino que haya servido de forro á algun Flos Sanctorun, y con que le presentes un certificado que tú mismo puedes hacer, seguro de que el comprador no ha de reparar en la forma ni en la letra, lo tomará por uno de los ejemplares del voto de Santiago, y despues que lo haya adquirido dirá magistralmente que los agujeros que el encuadernador hizo en el pergamino para sujetarlo al libro sirvieron para colgar los sellos de plomo que en otro tiempo atestiguaron su autenticidad.

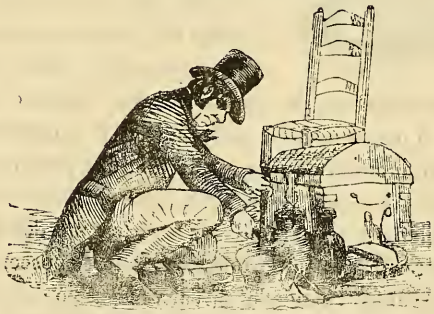
Algunos *Anticuarios* hay que se dedican á recoger autógrafos de personajes célebres, y estos son una mina rica y abundante, cuyo filon está siempre al alcance de quien aspira á explotarla. Si sabes de alguno que compre este género puedes llevarle, sin riesgo de que ponga la menor duda, un escrito chino ó japonés por el libro de los Cantares, un papel con notas taquigráficas por el Alcoran que escribió el apóstol de los musulmanes, el libro de paja y cebada de un meson por las cuentas del Gran Capitan. Pero para que lo compre es indispensable que acompañe á estos autógrafos algun testimonio, alguna semi-prueba, que si para el vulgo, es decir, para los que no somos anticuarios, estos testimonios valen tanto como las bulas para los difuntos y las indulgencias

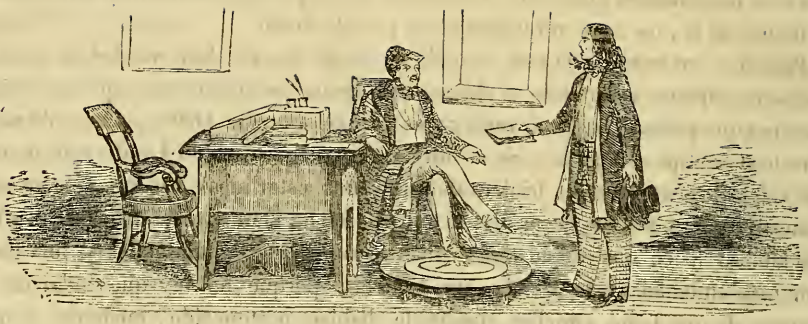
para los protestantes, para un *Anticuario* son aquellos documentos otros tantos artículos de fé, de cuya veracidad no es posible dudar.

Para que los lectores de este artículo no crean que no hay verdad en cuanto acabo de esponer retratando al *Anticuario*, séame permitido citar aquí un hecho positivo que probará no estar recargados los colores. En 1616 (y nótese de paso que hasta el tipo del *Anticuario* es muy antiguo) se vendió en Londres un diente del célebre Newton en la friolera de 700 libras esterlinas, ó lo que es lo mismo unos 62,000 rs. y á los pocos dias se anunciaron en venta como otros 800 dientes del famoso físico que debió tener unas mandíbulas descomunales y una boca con mas andanadas que las de un tiburon; porque no hay que dudar de la certeza de que todos aquellos dientes le habian pertenecido, mediante á que cada uno de ellos llevaba su testimonio. Y lo mas estraño es que segun publica la fama todos aquellos dientes se vendieron, aunque no á tan subido precio como el primero.

Antes de concluir, y en agradecimiento, amigo, benévolo y cachazudo leyente, de haberme seguido hasta aquí, quiero darte un consejo que puede servirte de grande utilidad. Si tratas á algun Anticuario puedes llevarle sin temor ninguno á tus visitas y galanteos, porque como nunca falta al lado de una jóven una vieja que estorbe, tu compañero, en tanto que tú te entretengas con la niña, cuidará por instinto y aficion de entretener á la anciana, que para él solo hay belleza donde hay antigüedad.

MANUEL D. ILARRAZA.





EL APRENDIZ DE LITERATO.

Ignoro carísimos lectores, si tendré la suficiente habilidad para trazar fielmente el tipo cuyo título teneis á la cabeza; porque para trazar un tipo se necesita, no solo habilidad, sino cierto descaro, un corazon franco, poco miedo y... no mucha conciencia en mi concepto. Tener un verdadero conocimiento del carácter del tipo á quien se retrata con la pluma (instrumento muy semejante al pincel, pues como él, unas veces saca exacto el parecido y otras hay que poner abajo *retrato de fulano* para conocerlo, segun quien la maneja.) Tener ese mismo conocimiento de sus costumbres, trages, ocupaciones, etc. etc.

Ignoro tambien si me se tachará de fastidioso y exagerado; porque en estas dos faltas es muy fácil incurrir por dos razones: la una porque hay ciertos lectores demasiado exigentes, que todo les fastidia, que en todo encuentran aumento y exageracion. (Suelen ser estos regularmente, los mordidos por el implacable aguijon de los escritores) y la otra porque los escritores poseen con efecto, aunque no todos, estas relevantes cualidades. (Tal vez sea yo de este número.)

Ignoro en fin, si acertaré á llenar todos vuestros deseos. Este es el punto mas dificil por la sencilla razon que todas las personas no tienen el mismo gusto, ni el mismo modo de pensar; y en esto de llenar todos los deseos debe uno andar con mucho tiento, sobre todo cuando escribe artículos de costumbres, y retrata

fiel ó infielmente caractéres, pues á los individuos á quienes toca alguna parte, suelen llegarles estas descripciones á lo mas vivo del corazon y del amor propio. Para escribir estos retratos se necesita un tacto... pero ¡qué diablos!.... los que lean esto creerán que es el prólogo de un *arte de hacer tipos*, y seguramente que ni es esa mi intencion, ni me ha pasado por las mientes semejante idea. Dios quiera que yo salga bien librado!... en fin, no sé si sabré hacer lo que en mi vida he hecho... y sin embargo, lectores mios, no abandono por esto la empresa.

A pesar de cuanto he hablado tengo para mí que algunos enemigos me acarreará este ligero articulito, y que muchos me aborrecerán sin conocerme, porque las tres cuartas partes de este pícaro mundo se compone de aduladores, y la restante de personas que gustan ser aduladas; que comen y engordan con la adulacion; porque seguramente esta es tan dulce como el caramelo, y la verdad franca y pelada, tan amarga á veces como la hiel.Pero tampoco por esto me desvío de mis intentos. Por tanto escuchadme con atencion que voy á comenzar, sino hablando *como un libro*, á lo menos como hablan las *Entregas de los Españoles*.

En la época en que vivimos, *época brillante*, (á pesar de ser la de las revoluciones) abunda, mas que ninguna otra, el *Aprendiz de literato*. Este se ha hecho tan comun que en todas partes se halla. En los paseos, en los cafés, en los teatros, (cuando es aprendiz que puede gastar 12 rs. y 8 mrs. en una luneta, ó 6 con 8 idem en una galería). En fin, es tan general que las dos terceras partes de los jóvenes del dia cultivan este *sublime arte*.

A los 12 años comienza el objeto de nuestro tipo (despues de haber aprendido á leer medianamente, y cuando empieza á escribir *en falsilla*) á dar muestras de sus disposiciones. Se ocupa en leer las poesías de Zorrilla ó Espronceda, y en poner en la cubierta de la *Escuela de moral* ó del *catecismo* del abad Fleuri los modernos y escelentes versos

Si este libro se perdiese,
Como suele suceder, etc.

alterándolos á su manera y acondicionándolos á su nombre y circunstancias como por ejemplo:

Es de Juan Antonio Fernandez
que lo quiere para leer.

De esta y otras varias maneras vá haciendo rápidos progresos, y es tanta la aficion que tiene á la poesía que suele quedarse sin comer en la escuela seis veces á la semana por haber preferido hacer *un ciento de cuartetas* á estudiar la leccion de gramática, innecesaria segun su sistema.

Si el padre del susodicho es un hombre medianamente racional, se desazona todos los dias al recibir las continuas quejas del maestro por su desaplicacion, y dirige al muchacho justas reprensiones; pero este no hace caso de ellas, y ni el castigo ni las amonestaciones son suficientes á hacerle desviar ni un ápice de

la senda que con tanto entusiasmo ha elegido: lo único que suele responder á su padre cuando este le hace dulces reflexiones, es:

—Papá, yo he nacido para poeta y no sé por qué quiere usted contrariar mis inclinaciones. Inútil es, pues, que yo estudie, porque para ser *poeta* ó *literato* (que segun él es una misma cosa) no es necesario estudiar. El poeta nace y lo demas es cuento.

El padre suele responder á esto asentando la punta de su bota en las nalgas del precoz *aprendiz*, ó cuando menos dándole un fuerte pescozon. Pero cuando es un padre (que como hay muchos) tiene sus cinco sentidos en su *hijo único*, y no tiene todo lo de Salomon, se regocija y se le cae la baba al contemplar á su hijo hilando una *décima* ó un romance, y le cree mas sábio que el *Tasso* ó que el *Petrarca*: accede á las súplicas de su hijo, le quita del estudio de las matemáticas, en el cual ha hecho muy pocos progresos, y le zampa en una oficina cuando apenas ha cumplido quince años. ¡Entonces sí que el muchacho se encuentra en su elemento! Con la pluma en la mano, un cigarrito de papel en la boca (para darse tono) y embadurnando papel á troche y moche. Escribe sus versos en casa *las horas que tiene libres*, y aun en la oficina suele hacer alguno que otro *en los ratos de descanso*. Hasta esta época de su vida sus composiciones son dedicadas á su papá en sus dias, á su mamá idem, y todo lo demas á unas cuantas chicuelas de su edad á quienes *hace el amor*. Pero ya van pasando dias y dias y su *ambicion de gloria* vá aumentándose con la edad. Ya no se limita á componer décimas á su papá, ni cuartetas para *las novias*, ni otros varios versos que hacia anteriormente con el mismo objeto á todos los que lo solicitaban. Ahora las *orientales* y los sonetos sustituian á las décimas y las cuartetas, y ansiaba ya ver su nombre en letras de molde. Tiene por fin una ocasion de insertar una composicion suya en un periódico y entonces su satisfaccion no tiene límites. La víspera de su publicacion no duerme de impaciencia. Amanece por fin, y vuela á la imprenta para que le dén un ejemplar, porque el repartidor lo lleva á su casa demasiado tarde. Corre con el periódico en la mano y conduciéndolo como en triunfo. Se pára á cada momento y lo lee. Vá repitiéndolo por la calle de memoria. Mira y remira cien veces su nombre para cerciorarse si está completo y si tiene cabales todas sus letras, y por fin llega á su casa. Si sus *amados papás* están todavía en la cama los despierta para enseñarlos su primera produccion impresa, y grita lleno de júbilo:

—Sí, míralo bien, está en letras de molde..... y mi nombre con todas sus letras... y todo el mundo lo leerá, etc., etc., etc.

Sus amados papás lo leen tambien y le toman la cara sonriéndose.

—Vas á ser un gran poeta, le dicen.

—Ya verán Vds. si me hago célebre. ¿Y sabes papá que ya tengo relaciones con Breton de los Herreros, y que ya he hablado un ratito con Ventura de la Vega?

— Si? me alegro, hijo mio; esos *distinguidos literatos*, te pondrán en carrera.

Así se va pasando el tiempo y con él los años de nuestro *Aprendiz*. Cada

dia que pasa crece su entusiasmo poético y su ambicion. Cambia de aspecto, de trage, de costumbres, de carácter y aun de figura. Su aspecto antes natural, risueño y nada chocante, ahora es un tanto feroz, triste y original: su trage antes sencillo pero bien ordenado, ahora se compone de un jaique puesto á la *negligé* sin abotonar; de un pantalon ancho puesto con mucho *descuido*, sin tirantes y sujeto á su cintura por un voluminoso cordon de seda que remata en dos colosales borlas; la corbata con un nudo flojo y mal hecho, dejando tremolar sus puntas como la bandera del *congreso de diputados*; y últimamente, unas largas y *descuidadas* melenas que ondean tambien á manera del *pabellon nacional*. Sus costumbres antes diabólicas y *amuchachadas*, ahora son austéras. Su carácter antes dulce y alegre como el ruiseñor en la primavera, ahora es áspero, desabrido y melancólico. Siempre con los ojos clavados en tierra, moviéndolos alguna vez para dirigirlos al cielo. Siempre con el dedo índice sobre la frente: siempre marchando con desigualdad y desconcierto. Por último, he dicho que hasta su figura era diferente, porque antes era grueso, colorado y rollizo, y ahora es seco, pálido y lánguido como la flor marchita por el *impúdico rocío* de un perro atrevido é insolente. Todo es languidez y *desgalichamiento* (como dicen los gitanos). Su figura afectada para parecer interesante, suele sin embargo ser... muy tirana.

Ya se va acostumbrando *mi Aprendiz* á ver publicadas sus composiciones, porque como *todo se imprime* se imprimen tambien los versos de este *interesante* individuo. Si va por la calle contoneándose, pensativo y con los ojos bajos como ya hemos dicho, dándose toda la importancia susceptible de un *poeta*, y si encuentra un amigo que le pára para hablarle le responde con aire tónico.

—Chico, no puedo detenerme, pues hoy tengo que hacer mas que nunca. A Dios.

—Pero escucha, tanta prisa tienes?

—Mucha.

—A que hora estás en casa?

—Es muy dificil encontrarme en ella. Figurate que la mayor parte de los dias tengo que corretear todo Madrid: á la oficina, á la redaccion del S.... á casa de Garcia Gutierrez, á hacer una visita, ó bien á Harcembusch, ó bien á Gil y Zárate que me aprecia en estremo.... y luego esta noche voy á ver que tal es la comedia de mi amigo Asquerino.

—Hombre, sabes que ese Asquerino es muchacho que lo entiende? Tiene gran disposicion.

—Cá! nada de eso....todo es superficial. Conque á Dios.

—Ya nos veremos por ahí.

—Sí, ves á buscarme á la oficina.

Aquí se separan los dos amigos: el uno creyendo que nuestro Aprendiz sabe mas que Martinez de la Rosa, y el otro por su parte creyéndolo tambien á sí mismo.

El Aprendiz de literato suele aborrecer por lo comun á todos sus colegas,

los desprecia porque los cree *pigmeos* á su lado; asi es que cuando lee alguna composicion ó ve alguna comedia de los demas dice como de Asquerino:

—Qué cosa tan mala!... cuántos defectos!... y todo este talento es *mera superficialidad.*

Ya dice que no hay poesia en las obras que él no hace; ya que no tienen buen castellano; y es de advertir que si se le manda conjugar un verbo ó declinar una palabra, ó decir cuántas son las partes de la oracion, seguramente que se queda atollado como las ruedas de un carro cuando atraviesan un lodazal; y sin embargo de esto es indecible su amor propio.

Pero cuanto llevamos aquí referido no es nada en comparacion de lo que queda por referir. La penúltima época de su carrera poética es la mas digna de atencion. Como que por lo regular al *Aprendiz de literato* le da el fuerte por lo trágico y sublime, y muy pocas veces por lo jocoso. Cuando llega á esta época, el *Aprendiz de literato* ya no se tiene sino por *muy* maestro, y se lanza á una nueva empresa. ¿Pero qué empresa creen Vds., carísimos lectores, que acomete nuestro orgulloso *paladin poético?* Ya lo habrán Vds. adivinado sin duda alguna; pero lo diré sin embargo. Este genio intrépido, genio que todo lo allana sin reparar en pelillos; va á componer una tragedia. Pero no crean Vds. que su obra tiene un argumento sencillo y de fácil desenlace. No; elige el que le parece de mas espectáculo. Regularmente supono la accion en tiempo de los moros. Emprende una verdadera *tragedia de tramoya.* Cinco actos y dos ó tres docenas de interlocutores (sin contar moros, cristianos, guerreros, pueblo, cortesanos, esbirros, verdugos, etc. etc. etc). Pero nuestro *Aprendiz* tiene tanta *vena,* tanta facilidad de componer que en seis dias concluye su tragedia, que para hacerla de moda la precede de un largo é interesante prólogo. Una vez concluida la coge con entusiasmo y la conduce al teatro del Príncipe sin consultar con nadie; entrégasela al empresario del teatro, mediando regularmente y sobre poco mas ó menos entre ambos el diálogo siguiente:

—Beso á V. la mano.

—Para servir á V.

—Vengo á dar á V. esta tragedia por si le parece que podrá ponerse en escena.

—Hombre una tragedia! Y tan jóven... mucho emprender es.

—Y qué quiere V?... Hace uno todo lo posible por adelantar... por adquirir reputacion.

—Está bien. (luego examinando la cubierta) Cinco actos y precedida de un prólogo! Esto debe ser eterno.... y luego en verso y prosa....

—Mucho espectáculo sobre todo.... pero ofrece bastante interés....

—Bien.... en fin, allá veremos. Se leerá y.... puede V. pasarse por aquí á principios del mes que viene.

—Está muy bien; beso á V. la mano.

—Beso á V. la suya.

Y aquí nuestro *Aprendiz* sale de la casa y se dirige á la suya muy satisfecho.

Dá cuenta á *sus papás* del paso que acaba de dar, y estos se muestran muy complacidos al pensar que su hijo puede hacerse célebre con sus obras literarias.

En cuanto al último no diré mas sino que su tragedia le desvela indeciblemente y que cada dia que pasa se le hace un siglo. Ya se le figura ver anunciada su obra en los carteles con el epíteto de *original de un jóven* de *corta edad*; ya que está en el teatro ocupando con su familia un palco principal, ya que se levanta el telon y que desde el principio el público empieza á dar muestras de aprobacion. Que se acaba el prólogo entre bravos y palmadas, y que corre presuroso entre bastidores á conversar con los actores, causando admiracion y envidia. Que á tal ó cual escena los espectadores aplauden con entusiasmo, é informados de quien es el autor todos dirigen hácia el palco sus satisfactorias miradas; y en fin que concluye la tragedia entre aclamaciones, aplausos y voces de *¡el autor!* y que saliendo á las tablas le arrojan coronas y ramilletes de flores, llegando el entusiasmo hasta el punto de desprenderse las señoras sus alhajas y joyas para arrojárselas á la escena. Estas y otras muchas ideas (que si se fuesen á citar no bastaría un volumen en fólio para ello) agitan constantemente la imaginacion del *Aprendiz*, que repite hasta en la cama algun trozo favorito, como el que sigue, de su admirable obra dramática.

Un tiro de caballos te presento
De lo mejor, señor, que se conoce.
Gran Soliman, admítelos contento
Que son de casta rápida y veloce. (1)
Ellos te ayudarán al escarmiento
De tu enemigo bárbaro y feroce,
Al cual le traerás como *Ecce-homo*
Sujeto y amarrado sobre el lomo.

En esta octava real, una de las mas hermosas de su *colosal tragedia*, se deja traslucir el castellano mas castizo y la gramática mas refinada; y su autor ansia oirla de boca del actor con toda la energía de que es susceptible.

Llega por fin el dia que tiene fijado para escuchar su sentencia, y despues de acicalarse y componerse, parte velozmente *á su negocio*. Sube la escalera con el corazon palpitante y el alma en un hilo; llama, entra y saluda á *su juez* con afectacion.

—Amigo mio, (le dice este meneando la cabeza) su obra de V. ha sido altamente desaprobada.

—¡Altamente desaprobada! dice el jóven con balbuciente voz, y pálido como la muerte, Y cómo?...

—Es muy inverosímil..... y luego tiene un lenguaje...!!!

—Pues el lenguaje esta todo sembrado de *flores retóricas*...

—Sí, tendrá todo lo que V. quiera; pero el voto de los inteligentes....

(1) Es tan aficionado á estas licencias poéticas, que las desmenuza con profusion en todos sus versos.

—Oh! Yo lo respeto mucho. Pero es una obra de un género particular y tal vez.... En fin, puesto que ese es su parecer no hay mas que conformarse.

—Ah, es claro; y que esto sucede muy frecuentemente aun á los mas *esperimentados literatos*. Por lo tanto no hay que desanimarse. Ahí tiene V. su original.

— Pues señor, gracias por la molestia.

—No hay de qué; es nuestra obligacion.

—A la orden de V.

—Páselo V. bien, caballerito.

Y el mismo que dias atrás llevaba en la mano con aire de triunfo la obra que él creia *sin igual*, sale de la casa mohino, cabizbajo y pensativo. Sin embargo, los movimientos que le agitan son movimientos de rabia, de furor y de despecho; porque no solo no conoce el poco mérito de su obra, sino que cree que los que se la han reprochado han obrado así por ignorancia y por envidia; últimamente nuestro aprendiz está íntimamente persuadido que su tragedia vale mas aún que el *Pelayo* de Quintana. Así es que á los mismos á quienes antes habia dicho: —Tengo una tragedia dada al teatro; ya te daré billetes para que vayas á verla, ahora les dice.—Chicos. no me pregunteis nada sobre este asunto. *Ni hay en Madrid cómicos que la desempeñen*, ni *los literatos del dia* tienen *el suficiente talento* para darla *la calificacion que le corresponde.*

Esta es la opinion del *Aprendiz de literato* en semejantes casos. Jamás conoce sus yerros, jamás sus defectos, y cree, que lo que varios hombres sensatos le dicen relativo á que *sin el estudio nada se consigue*, es una solemne necedad, porque los poetas cuando vienen al mundo vienen ya estudiados y poseidos de lo que llaman *vena*, y en disposicion de componer un *poema épico*. El que nace con esta necia y ridícula vanidad, la conserva por desgracia hasta la muerte, y así abundan tanto los *Aprendices de literato*, y hay tantos que se dan ya por *oficiales* sin saber la gramática castellana, ni el significado de la vigésima parte de las palabras del diccionario de la lengua, porque componen cuatro versos de mala muerte que se imprimen *porque todo se imprime.*

En suma, *el Aprendiz de literato* es la plaga de España en la época en que vivimos, y que contribuye no poco á que se vea tan ajada y marchita la literatura española.

¿Y en qué acaba el *Aprendiz de literato*?.. ¿Alguno de mis lectores se figura acaso que el tiempo le hace ducho? Nó; el tiempo lo que hace es darle á probar continuos desengaños, al cabo de los cuales se convence (no siempre) de que ni ha nacido para *poeta*, ni ha estudiado para *literato*. Si se convence de esto abandona *el arte sublime* que tan fácil le pareció en otro tiempo, y oculta todo lo posible que hubo una época en que hizo versos contando las sílabas *por los dedos* ó medidos con la *vara* para este efecto; viviendo como puede; es decir, sin que cuando le falta se le pase ni remotamente por la imaginacion el volver á ser *literato* ó *poeta* para ganar con que mantenerse. Esto hace el *Aprendiz* arrepentido.

Si por el contrario no se arrepiente ni se convence (á pesar de los mortales y repetidos golpes que ha sufrido) de su poca inteligencia, ó por mejor decir, de que no sabe una palabra *de nada*, viéndose ya sin recursos para vivir y maltratado de las *musas*, denigra á estas hasta el punto de dar á vender *á dos cuartos* sus dulces y celestiales inspiraciones, empleadas en *tiernísimos trovos nuevos para cantarlos con acompañamiento de vihüela*. Estos comunmente se dividen en primera y segunda parte ó sea *finísimas quejas de un galan á su dama y la espuesta que le dá ella*; teniendo ademas su correspondiente *estribillo*, que puede cantarse *en coro* si se quiere. En cuanto á la armonia de los versos no hay nada que decir; y para que Vds., carísimos lectores, se convenzan de que seria poco todo elogio, ahí vá para concluir, una parte aunque pequeña, de los *trovos* que ha concluido hace unos dias cierto *Aprendiz* para que se impriman y vendan *á dos cuartos*; pero como aun no han visto *la luz pública*, ni oido los penetrantes y estentóreos gritos de los *honrados ciegos madrileños*, se lo ofrezco de todo corazon á mis lectores como una verdadera novedad.

Hermosa del alma mia,
Dueño de mi corazon,
Junto á mí eres agua fria
Y yo encendido carbon.
Ven para que se apague
Tanta candela
Por que el rio sonante
Poca agua lleva.
Un tronco de cuerpo tienes
Que deja por tí rendido;
Por tí de amores perdido
Cuando te vas y te vienes
Tienes cada carrillo
Como una bomba
De aquellas que cayeron
En Barcelona.
Dicen que Medusa tiene
Serpientes y no cabellos;
Y á mí me roen el alma
De tus ojos los destellos.
Quítame la cadena
Que por tí arrastro
Para que á tí me llegue
Pegando un salto.

Estos magníficos y armoniosos fragmentos acabarán de dar á conocer á mis lectores todo lo que vale el *Aprendiz* de *literato*, y conocerán tambien que su fama no debe quedar oscurecida; todo lo contrario, debe pasar á la posteridad, para que *los Aprendices futuros* tomen ejemplo de *los presentes*, y las generaciones se

trasmitan unas á otras la *vena sublime*, el *gusto poético* y las *divinas inspiraciones* para los *trobos*, por todos los siglos.

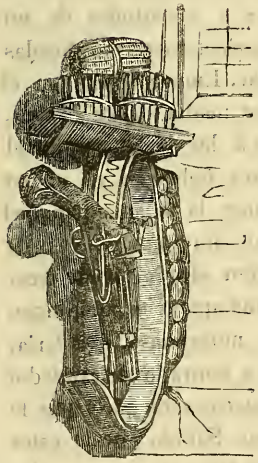
Alguno habrá que al leer la firma de este insulso y mal pergeñado artículo, y conociéndome, dirá no sin algun fundamento, que yo tambien soy *Aprendiz de literato*; pero debo advertirle, despues de darle *la razon*, que hay dos clases de *aprendices*: la una es la que acabo de bosquejar, y la otra, á la cual pertenezco, me la callo, porque habria mucho que decir sobre el particular; y seria muy poca mi modestia si despues de haber fastidiado tanto á mis lectores con la poquísima gracia de mi artículo,

me espusiera de nuevo
á hacer un mal retrato
delsegundo *Aprendiz de literato*.

LUIS LOMA Y CORRADI.

Miranda

EL CONTRABANDISTA.



CARGA pesada se echa sobre sus hombros quien intente pintar un tipo tan general, tan diverso, tan multiforme, pero al mismo tiempo tan profundamente original como aquel cuyo nombre vá al frente de este artículo. Por de contado que la obra sería enteramente imposible si se hubiesen de representar las diferentes variedades del Contrabandista español, y hacer mencion de todos los hábitos, mañas, arterías con que se sustenta y vive á costa de la hacienda pública y del comercio de buena fé. El contrabando se propaga tan maravillosamente en nuestro suelo, gracias á cierto abono que llaman *Arancel* de una virtud sin igual, que describir la marcha y los progresos de esta planta indígena, seria retratar la historia de toda nuestra administracion pública y privada, de todo cuanto se dice y hace el ramo de las rentas públicas. ¿A dónde iriamos á parar si hubiésemos de esplicar uno por uno el *Contrabandista-ministro*, el *Contrabandista-embajador*, el *Contrabandista-intendente*, el *Contrabandista-escribano*, el *Contrabandista-oficial de rentas*, el *Contrabandista-general*, el *Contrabandista-carabinero* y los otros individuos de este nuevo género del reino vegetal que se le escapó á Linneo, y que merece sin embargo llamar tanto la atencion de los hacendistas botánicos? Vamos pues á reducir la cuestion á fin de proporcionarla á nuestras débiles fuerzas, y concretémonos especialmente á describir uno de los tipos principales del Contrabandista español, el del Contrabandista por escelencia, el del Contrabandista andaluz.

Carácter estraño y singular por cierto es el que le distingue. Valiente y cobarde á un tiempo, religioso é impío á la par, ya socorre al infeliz que encuentra desvalido y sin apoyo, ya roba sin escrúpulo cuanto puede si se le presenta una buena ocasion. Si su oficio, como todos saben, es defraudar la Hacienda pública, en cambio no hay quien pague con mayor puntualidad los impuestos (que no sean derechos de aduanas.) El Contrabandista es ademas buen padre, y afecta por lo comun ser buen marido al lado de su esposa; pero cuando corre los montes y vericuetos en sus espediciones, nunca escasea el dinero para jugar á los naipes ó gozar los placeres del bello sexo. Su condicion, en fin, es una mezcla de las cualidades mas opuestas y una amalgama de las mas encontradas costumbres.

El Contrabandista que aqui retratamos, es solo uno de los individuos del género, porque se conocen bajo el mismo nombre otros muchos consagrados al mismo ejercicio, y cuya cooperacion es tambien indispensable. Entre aquellos sin embargo que hacen el contrabando ninguno se espone por lo regular mas, ni gana menos que aquel que transporta los géneros ilícitos de los depósitos de fuera á los almacenes de dentro del reino, y este es el Contrabandista de que hablamos. En desquite ninguno tiene una fisonomía tan característica, ni ofrece mayor materia al estudio. Vamos á referir las bases y vicisitudes de un contrabando que se introduce, y con esto quedarán perfectamente esplicadas las especies del Contrabandista que nos importa apuntar. Empezaremos por el Contrabandista en comision, por el Contrabandista por medio de su capital, por el Contrabandista que en este ramo de industria es á los demas lo que el fabricante es al simple trabajador, lo que al capitalista holgazan es al no capitalista laborioso, y forma lo que pudiéramos llamar la aristocrácia del contrabando, aristocracia que, si no se funda en títulos muy honrosos, vale á lo menos tanto como otras aristocracias que no pueden alegar los mejores. Figúrense nuestros lectores que se trata de emprender una operacion del oficio, es decir, de hacer una remesa de escelentes percales, muselinas, pañoleria, y magníficos cigarros; la primera operacion de nuestro honrado defraudador de la Hacienda, es pasar al ayuntamiento por un pasaporte para que nadie le pueda poner impedimento en su viaje sin fundado motivo. Sabido es que estos documentos son siempre un embarazo para los pícaros, y una garantia para los hombres de bien, con lo que queda esplicada la perdicion de nuestro hombre.

Claro está que se le ha de conceder sin réplica, sobre todo, cuando se sabe que no le faltará al alcalde el vestido para la señora alcaldesa, ni al secretario el manton para su mujer, ni el pañolillo para la chica del maestro de escuela. Para abreviar trámites, el pasaporte no se dá directamente para Gibraltar, centro de operaciones de los contrabandistas de toda la Andalucía, parte de estremeños, y manchegos, sino para uno de los pueblos limítrofes, como lo son San Roque, los Barrios ó Algeciras. Una vez allí nuestro héroe sabrá muy bien como componérselas.

En esto de buenos servidores no hay gobierno en la tierra que pueda hablar

mejor que el nuestro. Los del campo de Gibraltar son un modelo por todas razones. Otros que es tuviesen menos ilustrados sobre sus verdaderos deberes, pondrian tal vez dificultades á que pasase á aquella plaza una persona que á ciencia cierta saben que es Contrabandista; pero ellos conocen demasiado bien las ventajas del comercio para no desear que se haga el mayor posible bajo cualquiera forma, y maldito el reparo que encontrarán en facilitar el pase necesario, mediante veinte y ocho, treinta y seis, á cuarenta reales vellon, segun la distancia que medie del pueblo del Contrabandista, á la línea del campo de Gibraltar, mas para el tesoro público redúcense cualquiera de estas cantidades á cuatro reales, y se le marca en la licencia como vecino de uno de los tres puntos indicados. Es muy justo que la Hacienda pague lo que va á ganar con la ocasion que proporciona. Gracias pues á los empleados del Campo, el Contrabandista pasa la banqueta con su papeleta en el bolsillo, recorre el campo neutral y llega á la línea inglesa y de esta se presenta en la casilla de los inspectores, donde nunca faltan agentes de todos los almacenes dispuestos siempre á salir fiadores de cuantos llevan negocio de contrabando, le facilitan por fin la entrada en Gibraltar.

Quien deseare ver la imagen exacta del enredo y del tumulto mercantiles, no tiene mas que dirigirse á aquella ciudad. Gibraltar es una pequeña Babel donde se hablan cien lenguas diferentes para engañarse de cien maneras distintas. Ya se ve á un judio queriendo embaucar á un cristiano, y encontrándose con que este es en sus tratos mas hebreo que Moisés, ya se observa á un tendero charlatan haciendo esfuerzos inauditos por vender una pieza de percal averiado, y al comprador consentir en recibirla para poder despues llevarle media tienda á crédito; ora se oye á un ingles avinagrado maldecir de la España y de los españoles, y no conoce sin embargo otra moneda mas agradable á sus ojos, que las peluconas, y los duros columnarios; ora se advierte á un genovés asqueroso y mugriento que viene á ofrecer cien quintales de tabaco labrado, y otro tanto en mazorcas, ó lechugas; aqui otro que tiene veinte pipas de Virginia, y mil corachines que á pesar de estar podridos los propone como frescos, y de buena calidad. En medio de esta barahunda anda el Contrabandista entretenido varios dias en sus compras hasta que hace sus cargas, muchas veces entre los improperios de los judíos, y mercachifles á que se contenta replicar con unas cuantas *tremendas* y baladronadas, como quien dijera *si te pillára en España....* esto divierte á los espectadores, y mi buen Contrabandista reserva para mejor ocasion sus valentías, pues en este sitio cuesta muy caro el hacer el menor uso de ellas.

Ya está corriente por último el avío, y solo faltan que comprar las frioleras de encargo para cumplir con los amigos que pudieran hacer mucho daño, y que no lo hacen. Aqui se presenta la segunda operacion del contrabando; á esta interviene un nuevo personaje que se le conoce por el nombre de corredor, y que por la naturaleza de sus funciones tiene que ser al mismo tiempo un temeron, un perdona-vidas y un hombre de confianza. Para llegar á esta dignidad

es preciso haber hecho algunas hazañas en España, tres ó cuatro muertes por ejemplo, no importa ni la manera ni el motivo por que se hicieron, lo esencial es que sean muchas, y esto le sirve de recomendacion para entregarle doscientas ó trescientas cargas de géneros que garantiza poner en el parage que se le designe bajo su responsabilidad, pagándosele en premio un tanto mas ó menos sabido por cada carga, segun el riesgo y el valor corriente de los seguros y fletes. Con esto ha concluido la mision de nuestro viagero en Gibraltar, y dá la vuelta para su casa á esperar allí el resultado de sus negocios, de la cual sale tan luego como tiene aviso de nuestro nuevo personaje, es decir del corredor.

¿Tendremos necesidad de decir que hace este viaje con la misma felicidad que el primero y sin encontrar mas tropiezos en el camino? Sale por la puerta misma que entró; llega al pueblo de la línea para donde llevaba el pasaporte; este prevenia que le presentara en todos los pueblos donde pernoctase, pero no habiéndolo hecho en ninguno de los 15 ó 20 dias que permaneció en Gibraltar, pudiera venirle de aqui algun embarazo, si alguna gratificacioncilla no lo allanase todo poniéndosele al respaldo. «Ha permanecido y sale para....» Con el objeto de ahorrarse ademas dimes y diretes, tiene buen cuidado de sacar un par de pesetas en cada uno de los destacamentos de carabineros que encuentra al paso, y que no le piden el pasaporte porque saben de donde viene. Por la propia razon no le registran las alforjas ni el aparejo del caballo, cortesía que no deja nunca de ser pagada con unos cuantos puros de superior calidad. De este modo acaba de recorrer toda la costa, hasta que llegado al pueblo de su vecindad aguarda tranquilamente el resultado de su negocio bebiendo, fumando y jugando, pero haciendo por otra parte una vida sosegada y tranquila. ¿Qué es lo que podria temer en efecto? ¿La pérdida de sus cargas? Pero estas las tiene aseguradas hasta ponérselas en el cargadero, y si hasta su venta corren algun peligro, mayores son los riesgos que pesan sobre el fabricante ó sobre el armador. Que el uno pudiera conjurar una crisis comercial ó el otro un viaje perdido con la misma facilidad que el Contrabandista los quebrantos de su oficio, y veriamos si ambos no se considerarian completamente dichosos. Desgraciadamente para ellos, no todos los obstáculos se parecen á la vigilancia de un comandante de carabineros, que teniendo una inclinacion admirable para dormirse al ruido de la plata, hace la posicion del productor del género «contrabando» mas ventajosa que la de todos los productores de la tierra.

Mientras que el afortunado comisionista descansa de sus fatigas entreteniéndose en calcular sus ganancias entra en juego la plebe de los contrabandistas, los obreros que concurren mas directamente á crear el producto, y que llevando sobre sí todo el peso del trabajo se lleva sin embargo la peor parte del beneficio, cuando las cárceles ó los presidios le dejan libres, ó alguna escarriada bala de pantomímica escaramuza no le saca de esta vida. Estos son como hemos dicho, los contrabandistas mas interesantes. Cuando están de huelga y en espera de alguna espedicion, pasan ordinariamente su vida en la taberna, (donde nunca faltan silfides de navaja en pecho.) Al apuntar alguna carta, bien á la banca,

ó cané, dicen: «*la peesta va po esta já, que terela los sacaís mas oclayes que la májari dun-divél*» *ay está: trinquelo sume y apande los jayes en el foso; ay saré caracatané diñeme un chupendo y vamos á vever*. De esta inocente diversion se pasa despues á otras, no menos inocentes, teniendo ya los estómagos bien reforzados de sendos vasos de vino, dirigiéndose mútuamente espresiones ya picantes, ya chocarreras, las mas veces chistosas en que el carácter andaluz abunda, como asimismo de pendenciero, jactancioso y charlatan; pero siempre vivo y alegre, lo cual le hace resaltar notablemente. A cada instante parece que se van á echar fuera las tripas, y en el momento todo se vuelve humo, hojarasca y palabrería. Esta existencia dura hasta tanto que se recibe aviso de estar el alijo pronto en la costa, en cuya época cada cual se pone en movimiento y se prepara á salir. Véase como pasan las cosas.

Dejemos al corredor de los contrabandistas encargado en Gibraltar de hacer llegar las cargas á su destino. Este hombre, despues de haber formado su cálculo bajo la base de diez cargas mas ó menos, busca uno de los buques destinados á este tráfico, y le fleta de su cuenta. Estos buques no faltan nunca en aquella plaza, pues hay muchos que no hacen otra clase de viages. Antes y á su oportuno tiempo ha cuidado ya de mandar un pliego cerrado ganando horas al comandante de carabineros, del punto en que se ha de hacer el *negocio*, diciéndole el dia y sitio del alijo, y con la contestacion que gracias á lo estipulado del tanto por carga, raras veces deja de ser favorable, es decir, que responde no encuentra inconveniente en dejar obrar en paz, con cuya noticia mi buen corredor empieza la operacion de su embarque, y se preparan con anticipacion los *porteros*, nombre que se da á los que con sus bestias conducen las cargas á la parada, así como los *cargueros*, que son los que conducen desde el rebalage los tercios á hombros, hasta el cargadero.

El dia del desembarque se observa un movimiento estraordinario en el pueblo interesado; en todo el dia no se ven mas que grupos de hombres á caballo, que de diferentes puntos llegan, y que todos se dirigen á un lugar determinado donde se reunen á las inmediatas órdenes del corredor ó de uno que hace cabeza entre ellos. Esta reunion se llama el *aguardo*. Luego que llega el momento crítico, el comandante de carabineros pasa aviso al de los contrabandistas, y puestos ambos jefes de acuerdo, dan principio á sus respectivas maniobras. El primero empieza demostrando su fidelidad al gobierno á quien sirve, mandando su gente á un punto opuesto del teatro de las operaciones, mientras que el segundo al frente de la suya, la guia al parage donde ha de arribar el buque. Es preciso advertir que hasta este momento nadie tiene conocimiento de él, fuera del capitan del barco y de los dos jefes terrestres. Por fin se advierte en el mar una señal, y si es la convenida anticipadamente en Gibraltar, todo el mundo se pone á ocupar su puesto. Entonces principian las lanchas á aproximarse á tierra, y á pedir la contraseña, y cuando han convenido, principia el alijo. Sanciónale muchas veces la presencia del capitan de carabineros que concurre acompañado del hombre de su confianza, con el

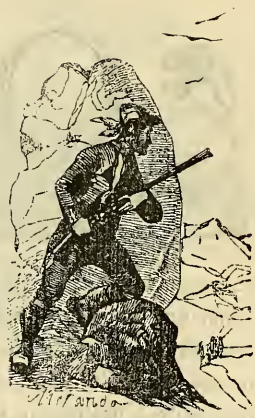
objeto de contar las cargas é inspeccionar de qué son, pues hay una distincion para el pago, de las que son de tabacos, á las que son de ropa: hecho en su totalidad el alijo, el barco se hace á la vela, y el comandante de carabineros se retira por el rebalaje, con el ojbeto de indagar si algun cabo ó sargento ha podido penetrarse del suceso, para si un dia hay algunas resultas, cargarle el muerto á aquel infeliz, en aquel negocio inocente. Entretanto nadie fuma ni respira porque los destacamentos vecinos no se impongan de lo que se está haciendo. Para reducir la gente á silencio, no faltan nunca palos, y los gritos del corredor que recorriendo con su caballo la línea, hace las funciones de un general en jefe. La maniobra de cargar produce una confusion estraordinaria. Aquí cae un caballo, allí se levanta un hombre; este abre una sera de tabaco y esconde lo que puede; aquel agarra un fardo de géneros y lo hace propio; en este sitio falta gente para cargar, en aquel sobra; y suele tambien haber quien se introduzca de fuera, y que al favor de la oscuridad desaparezca con alguna pacotilla, ó con algun fardo. En medio de este desórden viene el dia, y los Contrabandistas marchan á la parada, ó punto de entrega donde se hallan ya los dueños del contrabando, y cada cual se hace entrega de su hacienda, distinguiéndose las cargas por números ó marcas que cada uno puso en Gibraltar para evitar equivocaciones. Entonces cesa la intervencion del corredor que hasta aquí responde de cualquiera falta ocurrida en la baraunda del alijo, y en este concepto no ha abandonado los géneros un momento, volviéndose en seguida á pagar su seguro si es que no lo pagó en la playa, que suele suceder cuando el comandante de carabineros es novicio, ó desconfia del corredor; de una manera ó de otra cumple religiosamente con los servidores de la Hacienda pública, y regresa á su casa donde espera los avisos de otros parroquianos como los que acaba de servir, y marcha de nuevo para Gibraltar á emprender una nueva operacion.

Tenemos ya entregados de sus géneros á nuestros Contrabandistas, que hacen su espedicion marchando en carabana nocturna, y haciendo alto de dia en las cortijadas, y muchas veces en los pueblos, *para que nadie los vea.* Las justicias del tránsito protegen con el mayor celo á los expedicionarios que pagan por ello la cantidad designada en Arancel; este dinero se reparte entre el alcalde, el comandante de armas, si lo hay, el estanquero y demas comparsa. Bajo esta seguridad prosiguen su camino hasta llegar al vendedero donde termina la espedicion.

Las mas veces llegan con toda felicidad y sin encontrar el mas leve tropiezo. Otras, y son las menos, tienen lo que ellos llaman un *encuentro*, que es cuando dan con alguna partida de carabineros ó tropa que no esté comprada. Suele en estos casos trabarse el combate; pero si encuentran resistencia, lo que no es frecuente, cortan las sogas, tiran las cargas y salen de huida, quedando el suelo sembrado de escopetas, sombreros, mantas, alforjas, y otros efectos. Su interés en estos casos es salvar, como ellos dicen, el bicho; pero no siempre tienen que venir á este estremo. Casi siempre hay composicion, y sacrificando unos

cuantos duros, y algunos regalillos.... continuan tranquilamente su marcha hasta los pueblos de la campiña donde hacen su venta; los mismos estanqueros les compran su mercancías para espenderlas de su cuenta, contando con la tolerancia del comandante de carabineros, escribano de rentas, y subalternos de la ronda establecida en la poblacion.

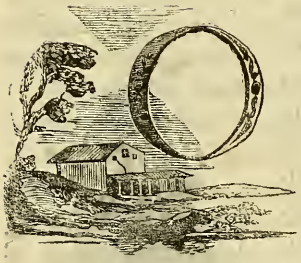
Suponiendo que nuestro Contrabandista haya evitado todos los riesgos, y que, cogido *in fraganti*, no haya muerto en un tiroteo, ó tenido que purgar en una cárcel ó en un presidio el mismo delito que los empleados de Hacienda expian cobrando sueldo del Erario, se encuentra ya libre de zozobras por algunos dias, y en esta feliz disposicion de ánimo se restituye á su hogar contento y satisfecho, y bien provisto el bolsillo. No deja en este intermedio de consagrar algunos dias á la vida solaz y festiva; siempre, siempre de buen humor, no hay pueblo en que no haga su pequeña estancia para visitar á su *ja* ó querida, mandando de vez en cuando al compadre por una poca de *bebia*, y quedándose entretanto con la comadre.... «So endinote, le dice esta, tioste malas paltías, que el viage pasao no quisoste paeser poaqui.» «Quitoste sol real salero, le responde, esas son cluecas que mestaste diñando; ea, ya saboste que la camelo».... Con lo que se quedan los compadres en una paz octaviana, y cuando vuelve el marido se remoja la palabra y pelitos á la mar. .. Se despide mi hombre y hasta otra vuelta. Lo mismo van haciendo por todas partes hasta llegar á su casa, donde guardan la formalidad de un cartujo delante de su muger y de sus hijos, ante quienes no querrian aparecer mal padre ó mal esposo por todo el oro del mundo.



El Contrabandista hace por lo comun grandes provechos, y sin embargo de esto muere pobre y miserable, porque lo que gana, ó lo gasta en comilonas y borracheras, ó lo pierde de una vez al juego, ó se queda como suele decirse entre músicos y danzantes. Fuera del Contrabandista en comision de que hablamos al principio, todos los otros hacen en general una vida desastrada, que los placeres vienen solo á animar de vez en cuando. Frecuentemente paran en ladrones ó bandoleros para cuyo oficio el contrabando es una escelente preparacion. Y mientras tanto, los funcionarios civiles y militares, los comerciantes, los mercaderes, todos cuantos participan de los beneficios del Contrabandista, terminan tranquilamente su existencia sin que los presidios los amenacen nunca y lo azares de la profesion los alcancen casi nunca. Ninguno pues mas digno de compasion, ninguno cuya suerte deba inspirar tanto interés entre todos los que sin llevar el mismo nombre hacen el contrabando.

JUAN JUAREZ.

EL DEMANDA Ó SANTERO.



FRECE este personaje, ente, ó pajarraco estraordinario, que unos llaman Santero, otros Demanda, y no pocos Demandador ó Demandante, un tipo esclusivamente nacional, tan antiguo entre nosotros como nuestra devocion supersticiosa; tipo que ha sufrido en el fondo muy poca alteracion, á pesar de nuestra estupenda y para siempre memorable regeneracion social. He pensado pues que su retrato debe ocupar un lugar muy señalado entre los demas retratos de los Españoles contemporáneos, y llevado de esta idea me he decidido á bosquejarlo, ya que no con absoluta perfeccion al menos de modo que no sea desconocido, ni necesite una esplicacion al pie como los cuadros del pintor Orbaneja, advirtiendo á quien corresponda que en esto no hay jactancia, pues hartas ocasiones me han ido proporcionando en el discurso de mi vida, que no es ya corta, oportunos colores, de que tengo asaz bien provista mi paleta. Sé muy bien que este engendro no me valdrá una comida de cincuenta platos de tortugas, ni una brillante plaza en el Instituto, porque no vivo en Lóndres ni en París, sino acá en el pueblo mantuano, donde se obsequia de otro modo á los ingenios. Siempre tendré, no obstante, la inesplicable satisfaccion

de haber seguido el consejo de Confucio: podré decir *erexit monumentum*; he contribuido á evitar á las generaciones futuras el trabajo de andarse quemando las pestañas y devanando los sesos para adivinar las maneras, usos y costumbres de los españoles hácia la mitad del siglo XIX, asi como el aleman Niheburn para vislumbrar algun tanto la enmarañada alcurnia de Numa Pompilio.

El Demanda ó Santero es hoy lo que era hace cincuenta años, con muy pequeñas variaciones. Ha mudado algo de vestido y de lenguaje, pero sus ideas, sus ocupaciones y sus manejos son siempre los mismos, fenómeno que para mí resuelve por sí solo una antiquísima y larga controversia, dejando burlados á los orgullosos modernos directores del linaje humano. Desde la mas remota antigüedad han disputado obstinadamente los filósofos sobre la perfectibilidad del hombre, sosteniendo unos que este llegará por una escala de perfeccion sucesiva hasta el sumo bien, mientras otros se aferran en que desde Adan acá siempre se le ha visto dentro del mismo círculo, combatido por su debilidad y por las pasiones que turban su razon, haciéndole caer en los mas crasos errores. No será el hombre un animal sin plumas y con dos pies como un gallo, será si se quiere un pozo de ciencia; ¿pero qué especie de sabiduría es esta, que no le ayuda en esa perfectibilidad ascendente tan decantada? Sus costumbres y sus creencias suelen modificarse alguna vez, tomando nuevas formas; mas en el fondo son siempre las mismas, de lo que es un reciente y vivo ejemplo nuestro Demanda ó Santero.

Cosa es muy sabida que toda la España ha estado plagada hasta fines del último siglo de hermanucos y Santeros, que por lo regular vestian traje frailuno, con sus barbas postizas, su capuchon, y en la una mano el báculo, llevando en la otra la *demanda* con la imágen de algun santo milagroso. Con semejante disfraz andaban por las calles y plazas embaucando á la multitud, siempre crédula y fanática; con él corrian de pueblo en pueblo aparentando penitencia y mortificacion, contando mil patrañas y comiendo á dos carrillos á costa del prójimo, en términos que la vida feliz de estos morlacos llegó á ser envidiada de muchos. Tomaban de todo cuanto les daban los devotos y devotas, variando la colectacion segun las diferentes producciones y usos de cada provincia, segun las estaciones del año y la especie de patrocinio que prometian en nombre del celícola.

Mas como nada hay estable en este mundo, cuando menos lo esperaban vino una nube de soldados estrangeros á turbarles su dicha, porque en las mochilas de aquellas tropas venia envuelto en unas casacas el espíritu de reforma que nos ha regalado la revolucion que tanto nos hace correr. Espantados entonces los fingidos santuchos, huyeron de sus ermitas, dejándolas desamparadas; mudaron de camisa como las culebras, sustituyendo al saco cada cual el traje comun de su respectiva provincia, y se refugiaron á la iglesia, que con su lenidad pasa por todo. Por eso se les vé ahora casi siempre en ella ó muy cerca, ejerciendo sus buenas mañas. En sus puertas piden para el tutelar, con lo que continuan

manteniéndose casi en la misma abundancia, consumiendo el tiempo sobrante, como cada hijo de vecino, en sus diversiones y placeres.

Es un hecho constante y observacion general de todos tiempos que los objetos vistos de lejos imponen, así como tratados de cerca y habitualmente llegan hasta á causar menosprecio. Por eso se ha dicho siempre que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. De aquí procede que los sacristanes toman tanta confianza con los santos que llegan á manejar sus efigies con irreverencia, sucediendo lo mismo al Demanda, el cual se pone en estado de completa incredulidad en cuanto á los milagros de su poderdante, y si los pondera y refiere á cuantos topa, son de su propia invencion para esquilmar al público, estafándole bajo un nombre respetable y con un título piadoso.

El Demanda de san Antonio Abad distribuye campanillas de metal, que sirven para preservar á todos los animales de distintas enfermedades. El postulante para san Lázaro lleva un remedio eficaz en sus tabletas, haciendo con ellas ruido para ahuyentar los demonios. El que pide para san Blas, á cuya proteccion se acojen los que padecen males de garganta, reparte cordones de seda que han estado al cuello de la imágen del santo, talisman que buscan con ansia las ninfas del trato, como mas propensas á padecer en esa parte de su cuerpo. Ellos refieren á la vieja rica que vive sola, los muchos casos de otras á quienes el santo libró de ladrones porque eran sus devotas: al comerciante que tiene sus caudales espuestos á los riesgos del mar, les hablan de los muchos buques salvados de naufragios y de piratas, porque pertenecian á sugetos que eran de la afeccion de su tutelar: al labrador rico le cuentan el caso del pegujalero cuyos sembrados quedaron libres de todos los males temporales, y especialmente de una gran plaga de langosta que asoló los campos inmediatos, dejando intacto el del protegido de aquel otro santo, por lo que siempre vió henchidos sus graneros: al viagero le predicen que llegará sano y salvo de toda avería: al enfermo el mas pronto y completo restablecimiento: á la jovencilla fortuna en sus amores; y en fin á cada uno lo que mas desea y por lo que se muestra inquieto, para lo cual procuran tomar noticias exactas anticipadamente. Estas promesas, apoyadas en ejemplos milagrosos, llevan siempre la condicion implícita de que los agraciados no sean escasos en la limosna que por este medio recogian antes á manos llenas. Hoy si vale decir verdad, como no es tan grande el número de los crédulos, porque las ideas religiosas se han depurado del grosero fanatismo en que las envolvió la ignorancia, han disminuido las utilidades de estos espertos truchimanes.

Empero si se quiere saber lo que son en el dia á pesar de esa tan decantada ilustracion, Santeros y Demandantes, es preciso fijar la atencion en las provincias del mediodia, y especialmente en las alegres poblaciones de Andalucía, bajo cuyo hermoso cielo ponen en juego esos camanduleros todos los ardides de una imaginacion risueña para estimular á un pueblo fácil á entusiasmarse. Andaluz y sevillano, voy pues á dar todas las noticias, y á referir las anécdotas que recogí en mi mocedad y he conservado en mis cartapacios, del *modus vivendi* de esta casta de gente en aquella antigua capital de la Bética, llamada por antonomasia pueblo

Mariano, á causa de su devocion á la virgen y á todos los santos de la corte celestial. Por aditamento daré tambien las mas recientes que me acaba de facilitar un amigo, de cuya veracidad no puedo dudar.

Una tarde de san Juan, ya á punto de ponerse el sol, cuando se acercaba la hora en que las amables sevillanas reunidas en la Alameda vieja, paseo entonces predilecto, cuya descripcion tan bien ha sabido hacer el duque de Rivas, se entregaban al donoso chichisveo que llaman pelar la pava, sin duda porque algunos salen completamente pelados de las amorosas contiendas, me dirigia á la velada deseoso de meter tambien mi cuarto á espadas, soltando algun requiebro á mis paisanas, porque si bien he sido algo afilosofado desde jóven, bullia entonces en mis venas el fuego de los primeros años, fuego que no es bastante á apagar la mas rigurosa filosofía. Una voz enronquecida, que se hacia oir entre la confusa algazara de los vendedores, me hizo abandonar mi primitivo propósito, escitando mi curiosidad. Salia la voz del centro de un gran círculo de gente, parada ante el retablo de la Virgen de Europa, que se halla á un lado del mismo paseo. Acerquéme á aquella reunion, y divisé en medio de ella una mesa con su cubierta de damasco carmesí, sobre la cual habia varios platos con flores y una bandeja llena de tortas y frutas confitadas, adornada de banderillas de papel de varios colores. Delante de la mesa aparecia un hombre enjuto de carnes, ya entrado en el otoño de la vida, y vestido con pantalon, chaleco y frac negros, prendas tan antiguas y raidas que las tuve por los primeros modelos que de ellas hubo en el mundo. Sin corbata, y el cuello de la camisa doblado sobre los hombros, descubria un largo y negrísimo pescuezo, guardando consonancia su calzado con lo demás del traje. En la mano izquierda presentaba al público una toronja de dulce, clavada en un trinchante de hierro muy parecido al tridente de Neptuno, y con la derecha daba animacion á su original elocuencia para esforzar la puja de aquella toronja.

»En tres reales! gritaba; en tres reales está ya la toronja de la virgen!, ¿no hay quien dé mas por el *azuquita?* «Vaya, señó on Juan Colchon, decia despues enfrontándose con un viejo ropillento que llevaba un capote de durancillo muy remendado, y se habia colocado en la primera fila de los espectadores; haga V. un esfuerzo en los dias de su santo, que es limosna pa la virgen, que da siento por uno y despues la gloria.... ¿No hay quien dé mas?... Ea, señó on Juan, con fé (y le tiraba del capote) pa nuestra madre y señora de Europa!... Cuatro reales en plata dan por la toronja: señó on Juan, aunque duerma V. en el suelo, que en estas noches de verano se desea el fresquito.»

Sobradamente amostazado y corrido tuvo que retirarse el viejo, y el astuto Demanda terminó aquella puja entregando la toronja al mejor postor. Tan grotesca escena hízome recordar los siguientes versos de Samaniego:

A un Santero le manda que se acerque,
Le pilla la demanda,

Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.

«La devocion, dije para mí, sirve aquí de móvil á la mas refinada truanería: bueno será observar mas de cerca á esta gente para descubrir los misterios de su vida.» Y este laudable anhelo ó curiosidad fructífera, me hizo recorrer en muchos dias consecutivos todas las iglesias, capillas y retablos que hay en aquella ciudad de cien campanarios, asistir á procesiones y novenas, preguntar, indagar y hacer apuntes y observaciones.

Muy singulares son por cierto las costumbres del Demanda sevillano, si bien sus maneras no son tan inurbanas como las del antiguo santero. Con todo, aquí se cumple el refran: «el hábito no hace al monge,» porque al fin el Demanda moderno es tan hipócrita como el santon antiguo, y heredero de todos sus vicios, con la sola diferencia de que su superchería está nivelada á la cultura del siglo. Es un verdadero parásito, una sanguijuela que se ocupa esclusivamente en chupar el jugo y la sangre de sus conciudadanos, es un fullero que ejerce el arte de robar con uñas sagradas, como decia el P. Vieira.

Entre estos demandantes los hay que fueron zapateros remendones; otros sastres de lo viejo; algunos cardadores de lana, y los demás que ejercieron oficios de igual laya. Como estos oficios por su ninguna importancia, y otras mil causas de todos bien conocidas, están pensionados con largas interrupciones, para librarse de la indigencia que es consiguiente, acostumbrados por otra parte á la holganza, cayeron en la tentacion de abandonarlos y acojerse á profesion mas lucrativa. Por eso hace muchos años que se dedicaron á esplotar la rica mina de la falsa devocion, que les produce cuanto apetecen. Sentaron pues plaza en el rejimiento de la tuna, y ni reminiscencia conservan del último jornal que ganaron trabajando en su respectivo artefacto.

A esta metamórfosis ó cambio de posicion social, siguióse por consecuencia forzosa una modificacion completa de hábitos, costumbres y modo de pensar. Dejó el remendon de zapatos el cerote y el tirapié con que solia dar de vez en cuando á su consorte una grata prueba de su afecto; dejó el semisastre de apurar su ingenio para rejuvenecer la levita que estrenó un usía y habia llegado por escala descendente á ser propiedad de un testigo alquilon; dejó el lanero de dar carda á los vellones; dejaron otros, en fin, sus asquerosas ó mezquinas tareas, y abandonando pensamientos mecánicos y apocados, adquirieron repentinamente las funciones de administradores de la contribucion que cada cual se dedicó á recaudar en nombre del bienaventurado que le pareció ser mas del gusto de la multitud, dando á estos fondos la inversion que les place, como si estuviesen autorizados con poder general de su patrono, y como si ese poder contuviera la cláusula famosa de «dibre y franca administracion.»

Ha desaparecido pues el menestral, y asi como el proyectista hambriento cuando llega á ser ministro de hacienda, pasa los dias enteros, y aun las noches, en profundos cálculos económico-rentísticos, y pensando en los millones que puede recaudar no se acuerda de cuando era un pobrete escritorcillo que apenas

tuvo para pagar al impresor los folletos que le elevaron á aquel puesto, del mismo modo el Demandante ha olvidado su orijen, entregado á sus placeres, y haciendo continuamente nuevas combinaciones sobre la distribucion que dará á los pingües frutos de su piadosa farsa. Es indudable llegaria á figurarse ser una persona muy necesaria en la sociedad, si esta en su continua fluctuacion de ideas no le advirtiese á cada paso que tiene que impetrar de ella un nuevo voto de confianza, y esto es precisamente lo que han hecho los Demandas sevillanos despues de la tormenta revolucionaria.

En cada parroquia de las que hay en aquella ciudad existian varias hermandades con diferentes advocaciones, ya de santos, ya de la Vírgen, sucediendo lo mismo en toda España. En estos últimos años tenia cada cofradia ó hermandad su Demandador, que aunque de ordinario vestia traje comun, solia cubrirse en los dias de funcion, ó de la festividad del santo, con el talar de los clerigos, es decir, la sotana: ahora solo lleva frac negro. Si en las parroquias habia muchas hermandades, pedian para todas en virtud de un convenio con los hermanos mayores, obligándose á entregar una cantidad determinada, ó dar el aceite para las lámparas, la cera para el altar de su imagen, y la limosna ó estipendio del clérigo que dice en el mismo la misa todos los dias festivos, quedando en beneficio del Demanda todo el sobrante de la cuestacion.

En vano las leyes han suprimido estas hermandades y prohibido estas cuestaciones: los Demandantes siguen y seguirán en su afanosa tarea para aumentar el *superavit* que les facilita su subsistencia, sus comodidades y sus placeres. Ellos agotan todo su ingenio en inventar nuevos estímulos á la devocion de los adeptos al Santo, con cuyo patrocinio brindan á manos llenas en uso de sus presuntos poderes, y si el fervor se entibia, ó disminuye el número de los crédulos, sin dejar nunca su lenguaje misterioso, ponen en juego otros alicientes, porque la devocion del vulgo anda siempre unida con la sensualidad.

Este es el verdadero orígen de la socaliña de las pujas de tortas, dulces y frutas que llamaron mi atencion, pujas que son frecuentes en todas las puertas de las capillas y delante de los retablos, pujas, en fin, que dan un producto incalculable, porque mueven y estimulan la golosina de los muchachos, y de los idiotas que creen tambien contraer un merito haciendo subir el precio de un confite, casi siempre enmohecido, á lo que podriá costar el mas regalado plato.

Recientemente han puesto en práctica, para llenar el *deficit* que dejaba la disminucion de limosnas, el arbitrio de una suscricion voluntaria, en que entra solo la clase mas infima de la sociedad: las lavanderas y sus maridos, los pozeros, barrenderos de calles, peones de albañiles, oficiales de menestral, palanquines, alhameles, y otros de este jaez con sus mugeres y familias. Los fondos de esta suscricion están destinados á lo que llaman *la distribucion de noche buena*. Cada devoto ó devota concurre todas las semanas con la pequeña suma que ha prometido, la cual nunca llega á ocho cuartos. Estas cantidades quedan depositadas todo el año en el Demandante, hasta que llega la pascua

de navidad, dejándose traslucir que el depositario da movimiento á estos fondos, curándose poco ó nada de las rígidas leyes del depósito, y que en el tiempo intermedio le han producido los susodichos fondos un crecido interés; pero esto nada tiene de particular, porque ¿quién no hace hoy otro tanto?

Llegada la pascua, convoca el Demandante á todos los contribuyentes para hacer la distribucion, verificándose la junta, por lo regular, en la morada del mismo Demandante un dia ó dos antes de noche buena, y es tanta la concurrencia y la algazara que no solo se llena el local, sino que la gente no cabe en la calle. En una sala adornada con flores y colgajos, se coloca una mesa con avios de escribir y un gran libro abierto, que contiene el registro general de todos los contribuyentes, los cuales van entrando por el órden que los llama el Demandador á recibir su parte, ó *prevencion de noche buena,* que suele consistir en algunas legumbres para un potaje, una racion de bacalao, castañas, nueces, peros, batatas y turron, mas ó menos abundante, segun es la distribucion establecida. Se reparte ademas lo que llaman el *aguinaldito*, que es un estraordinario ya de uvas frescas, ya de tortas, ya de ramos de naranjas, habiendo ocasiones en que algunos Demandantes han repartido á cada devoto un cuarto de gallina y aun de pavo. Todos los años es diferente el aguinaldo, dando márgen la novedad que esto proporciona á rivalidades ó emulacion entre los Demandas, produciendo escenas singulares entre los de la bandería.

»Paca, decia una lavandera á su comadre la muger de un guifero; el hermano Antonio se ha portao este año: qué noche güena tan abundante y lusía ha repartío! toito era superió.... Pues y el aguinaldo? eso ha sio lo mejó: ¡qué buen genio el del hermano Antonio! es mucho lo que se afana pa que no se enfrie el culto del Patriarca san José Bendito! ¡Santo mio! ca ves estoy mas contenta de ser su devota, sobre too desde que el hermano Antonio pide pa él. ¿Cómo querrás creer, Paca, que ha tenio la güena ocurrensia de dar de aguinaldo un gran rasimo de uvas frescas de las e Málaga, que le habian costao un ojo de la cara?.. Por sierto que ocurrió un lanse singulá, que hiso reir á toos los concurrentes. Luego que vió la tia Tomasa, la muger de ese inválido que trae la pata de palo y la casaca coloraá... ¿Sabes quién digo? el Morlaco... que el aguinaldo era de uvas, y las uvas tan ricas, saltaba e contenta. Tomó su provision y se marchava con too hasia el cuartel; pero el tio Morlaco y su hijiyo el manilargo, le salieron al paso, empeñaos en que ayi mismo se habian de comé las uvas. La Tomasa no queria se tocase á una siquiera hasta enseñarlas á las vesinas, y por reservarlas tambien pa la noche güena. Resultó de esta contienda que el tio Morlaco dio sendos gorpes á su muger, y esta gritaba desaforamente. Pa acabá pronto, toá la probision que llevaba en una esportilla y las uvas liás en el pico de la mantilla se esparsieron por la caye; el tunante del hijo se arrojó á las uvas, cogiendo la mayor parte del rasimo, que metió en su gorriya bieja de cuartel, dando á corré en terminos que no se le vian los pies....»

Así se esplicaba la Inesilla, á la que hace el amor Malasmañas, quien ahora

se ocupa en vender pájaros despues que volvió de presidio. La Paca, que estaba suscrita por hermana de la Pastora en la parroquia de Santa Marina, y se hallaba disgustada del último reparto hecho por el tio Crispin, su Demandante, aseguró iba á inscribirse para el año próximo por devota del Patriarca. Asi es como la piedad muda fácilmente de objeto, cuando entre estas gentes groseras está alimentada por los intereses mundanos. Este es el hombre por mas que digan los optimistas.

¿Se quiere ahora saber en qué consumen los Demandas el tiempo que les dejan sobrante el cuidado del Santo, las pujas y cuestaciones? Nada mejor que en solazarse en la taberna. Allí, en aquella otra ermita se reunen para adorar á Baco, al cual profesan un afecto verdadero. Beben siempre de lo puro y de lo añejo, y esto los trae mucha cuenta, porque el dios de las cepas les da fuerzas para sus correrías por la ciudad, y los ilumina para que se muestren elocuentes, decidores y fecundos en la inventiva. Congregados asi una gran parte de los procuradores de los habitantes en las celestes moradas, ajustan sus cuentas, refieren ocurrencias peregrinas, murmuran á sus anchas de los devotos, se quejan de las novedades que crean obstáculos á sus manipulaciones, y proyectan nuevas trapacerías.

«Compadre! esclama un vejete de cuerpo pequeño pero mas redondo que una cuba, revolviendo sus bulliciosos ojos: ¡qué tiempos tan distintos de los que yo he conosido! ¿cómo querrá Vd. creer, compadre, que en todo el mes pasao no llegué á juntar tresientos reales con la demanda de nuestra Señora de Barbanera, y pa eso tube que romper tres pares de sapatos? Cuando yo me hise cargo de pedir pa esta imágen salia el Rosario todas las noches, y era rara la que no entraban mas de cuarenta en la demanda. Entonses si que se le daba culto á la Vírgen! Despues del alumbrado de sera y aseite, ropa limpia pa el altar y otros gastos, me quedaba siempre lo bastante pa cubrir todos mis gastos peculiares y un eseso pa cualquier caso de honra. Apenas puedo hoy costear la puchera, de modo que mi muger se ha dedicao á lavandera, y á mi Periquiyo le traigo por esas calles de Dios vendiendo arropías.... Pero, tio Manuel, porqué nos tiene Vd. tan olvidaos? á llenar los vasos que se nos secan las fauses; venga ahora de lo duro.

—Camaráas, dijo un zanquilargo mas enjuto que un bacalao; todo eso tiene su intríngulis. ¿Va á que no faltan devotos que vayan á beber en el casco del glorioso san Roman?.... Esta semana he recogio tantos milagros de sera que pesan mas de media arroba. ¿Quiere Vd. cambiarla por aseite?...

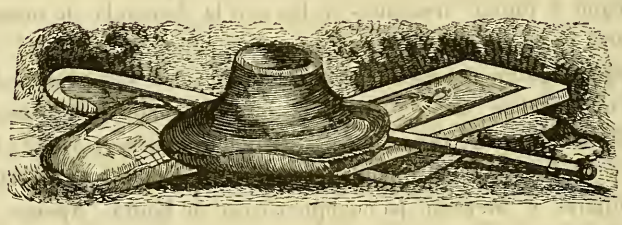
—Cuidao que no son borras;» repuso un mozalvete barbilampiño, de mirar modesto, voz templada y tranquilo ademan. Aunque nuevo en la farándula, era sobradamente combinador y despierto, y habia sabido dar en la tecla pidiendo para santa Lucía, abogada de los que padecen de la vista, por lo que recogia mucha limosna, pues son infinitos los que hoy tienen cataratas en los ojos.

Terminado el coloquio, despues de haber contado cada uno el estado de

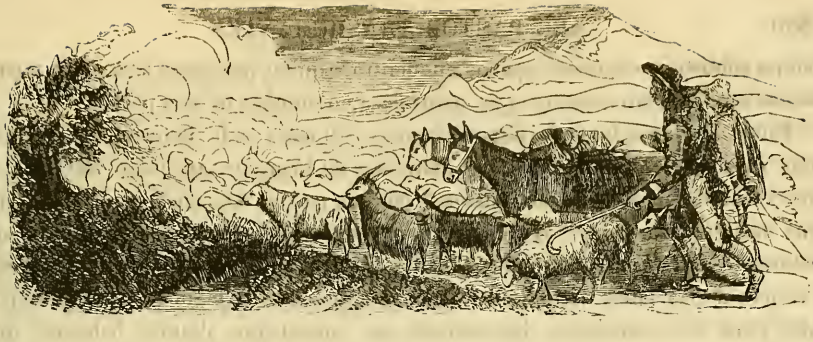
su negociacion, y formado todos nuevas combinaciones ó mejora de estrategia, apuraron el último vaso, despidiéronse del tio Manuel, y se retiraron muy contentos para entregarse á las dulzuras del sueño, que asi cobija bajo sus alas al santo padre como al humilde Santero, midiendo con una misma vara al vicario de Jesucristo y al ayo de S. Joaquin ó S. Julian.

El vino y el sueño dan nuevos brios al Demandante, y este tipo tan esclusivamente nacional, prosigue al otro dia en su teje maneje, sin que la revolucion política, que nos ha envuelto en su manto salpicado de lodo y sangre, consiga desterrar sus vicios, porque las revoluciones, y especialmente a nuestra, nada lo mejoran y mucho menos al hombre, que siempre es el mismo, por mas que con nuevos modales intente encubrir sus debilidades.

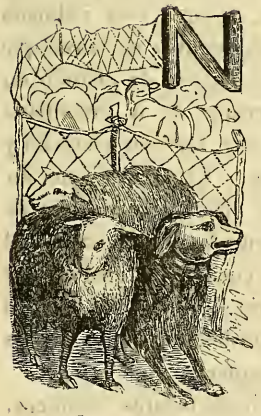
JOSE MARIA TENORIO.



ORTEGA.



EL PASTOR TRASHUMANTE.



NINGUNA reliquia mas venerable queda en nuestra España de la vida nómade que la trashumacion periódica de los rebaños merinos. Faccion es esta que no se distingue en el semblante de ninguna nacion europea con tanto vigor como aquí, y por lo mismo el *Pastor trashumante* es uno de los destellos mas vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado á sufrir, le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fé y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye á la gente campesina, y al mismo tiempo de aquella fuerza de accion y movible energía que caracteriza á las tribus nómades. Hijo de las montañas de Leon, Segovia ó Soria, trasladado desde allí á los campos abundosos y feraces de Estremadura, donde la vida pastoril y agrícola derrama el mas rico caudal de sus gracias, sin mas cuidados que los de su dócil rebaño, y al mismo

tiempo robusto y vigoroso, apenas encuentra á quien parecerse aun en la misma nacion española tan cercana á la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la mas estimada es la llamada *babiana* que toma su nombre del distrito de las montañas de Leon que apellidan *Babia*. Este pais celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene mas riqueza que sus yerbas, y de consiguiente todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido á menos con la mejora de las lanas estrangeras, y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos babianos que permanecen en su pais ó buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años recuerdan la época en que á la salida de los rebaños trashumantes solo quedaban en sus pueblos las mugeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componian parte de la cabaña, solian acompañarla con el nombre de *escoteros* para procurarse en las provincias del mediodia una subsistencia que á duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razon al pensar en dar una patria al *Pastor trashumante* hemos elegido las sierras de Leon, y de ellas harémos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiria la verdad histórica, porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, á despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes acostumbrados á esperarlo como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo el pastor trashumante vive lejos de su pais y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto mas se desvia de su índole y carácter especial. Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles, y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida á apacentar sus ovejas por el dia, encerrarlas por la noche dentro de la red que al rededor de ellas atan á unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuando en cuando su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie dentro de otro chozo mas pequeño que se dispone para este servicio nocturno y volver con el alba á las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está que en semejantes vigilias por lo duras y penosas alternan todos los pastores de condicion subalterna: los demas pasan las noches abrigados en su chozo al amor de la lumbre, cenando sus migas canas, y de cuando en cuando por estraordinario tal cual *frite ó caldereta*; rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto, y durmiendo como unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros ó la luz del alba los despiertan.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de diciembre y enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la paridera de las ovejas que tiene lugar por entonces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches mas bravas y tempestuosas del invierno, y el pastor en medio de la ventísca y aguacero tiene que asistir á las paridas y atender á

que todo vaya en órden. Acontece asimismo que las madres en años miserables desechan la cria porque apenas la pueden alimentar, y entonces el comadron solo á fuerza de maña y aun de fuerzas puede obligarles á aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente se *dobla*, es decir, se deja un solo borrego para que lo crien dos ovejas, pero para que lo admita la que no es su verdadera madre, es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno en que el vendaval arranca á veces los chozos, y verá como semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el pastor que conoce á sus reses por la cara como los demas conocemos á las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien á quien corresponde el recien nacido, y distingue á tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cria, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto por decontado no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones que en medio de la oscuridad forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, escelente para algun aquelarre.

Fácil es de conocer que á pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una direccion cuerda y atinada, y aqui es de advertir la distribucion de las cabañas, su gerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va á llegar la importante ocasion de ver á nuestros pastores en su peregrinacion anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en jefe á cuyo cuidado estan los arriendos de las yerbas, los salarios de los pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demás atenciones generales. Él es quien inmediatamente se entiende con el amo y recibe sus órdenes en derechura. Síguele el *sota mayoral* cuyas atribuciones son tambien generales aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los jefes de la cabaña que como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparte luego en varios rebaños, cada uno compuesto de *rabadan* que es el jefe, *compañero* del rabadan que le reemplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal* que por sus años verdes, y á guisa de aprendizaje suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay además una especie de hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *ropería*, y no es sino la panadería donde se elabora el pan para pastores y perros, y consiste en un *ropero mayor* ó jefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribucion del pan, y en otros mozos que dicen roperos á secas y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores esplicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia á todos los lectores) y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procurarémos satisfacerlos. Obligacion del amo, ó para hablar con mas propiedad, *principal* es dar al mayoral la mula en que va caballero y de 200 á 300 ducados. El sota mayoral gana de 600 á 1000 rs.; el rabadan de 260 á 300 rs., y el compañero

ayudante y persona bajan en proporcion hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 rs. ni baja de 80.

Seguramente se admirarán los que lean esto por la primera vez de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso que obliga á sufrir la intemperie la mayor parte de las veces, y á dos viajes en el año de mas de setenta leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, segun el dicho vulgar, y lo que el amo no da lo saca el pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque ademas del sustento que recibe, tiene el beneficio de la *escusa*. Escusa llaman al número de ovejas y aun de cabras que á cada pastor se le permite tener agregadas á las de la cabaña sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento y que con sus crias y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta (1). Parte de la escusa suelen ser tambien las yeguas que gozan de los mismos fueros é inmunidades: por todo lo cual si nos tomamos el trabajo de agregar á la suma en dinero que recibe, la probable que estas adherencias dejan en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condicion del pastor trashumante todavia es tolerable, si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriendo de los pastos de invierno concluye el 25 de abril, dia que los pastores ven amanecer con mas regocijo que la mayor festividad del año, porque como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, á la vuelta al pais donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, dónde con verdadera ansia se les aguarda y con cordialísima efusion se les recibe. Si el pirata Lambro (2) sentia á la vista de su isla y del humo de su hogar una emocion de que no sabia darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses cuyas piraterías se reducen á dejar escurrirse alguna res hácia el campo del prójimo, á cortar un poco mas de leña de la necesaria, y hacer de manera que sus ovejas la mayor parte de las veces conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo, y paran siempre hembras que es lo mas beneficioso; no es estraño decimos que se dé tal cual refregon de manos, avíe su ato cantando, silbe y grite con mas garbo á sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua á recibir su haber y su *cundido*, (3) pase en revista los reales de su bolsa de cuero, y con una gallardía digna de la airosa gente de su

---

(1) En todas las ganaderías estantes y en muchas de las trashumantes la escusa es segun la definimos, pero en otras el amo del rebaño se queda con el esquilmo y deja al Pastor la cria. Esto es lo que llaman *lana por costo*.= Al mayoral se le consiente de escusa 150 á 200 cabezas; 10 ó 12 yeguas y algunas cabras que suelen no estar sujetas á número fijo. La escusa del sota solo llega á una cuarta parte; la del rabadan á 50 ó 60 cabezas, dos ó tres yeguas y algunas cabras, y los demas en proporcion hasta el zagal que solo puede tener seis ú ocho ovejas, algunas cabras, y por bondad del amo alguna yegua.

(2) Byron. Don Juan. Canto 3.º

(3) Cundido ó cundio llaman los pastores á la grasa, sal y pimiento que les dan para aderezar sus comidas.

tierra se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañés encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaráz ó por Alconétar, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible y las barcas sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serian tardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Estremadura la *Luria* y proporciona paso á los ganados. El tal paso sin embargo siempre es dificil, porque si una oveja llega á saltar al agua, por pronto que se acuda siempre la sigue una gran porcion y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res que el amo ó mayoral se figura en el fondo del rio, aparece en el fondo de la caldereta; pero estas son pequeñas travesuras del oficio, y ademas es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la paridera, cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas ó cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son mas que otros tantos caminos destinados esclusivamente á este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de abril y mayo escenas muy animadas y movimiento contínuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros que desde muy lejos comienza á oirse, anuncian la llegada de las merinas, y á poco rato suele presentarse el rabadan de los *moruecos* ó carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos que con el cebo del pan que de sus manos reciben, apenas se apartan de él; y en seguida desfila todo el rebaño con dos pastores á retaguardia acompañados de los perros. Pasan despues y siempre con el mismo orden los rebaños de ovejas, y por último las yeguas *fateras* ó *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que corretean á la orilla del camino, algun pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga y alguna res que se ha desgraciado en la marcha colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia á otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas ó las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen, sirven á un tiempo para descansar y comer, y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él además suele pasarse una racion de vino con lo cual se sobrellevan sus fatigas con algo mas de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquileo en Estremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operacion; en que si los pastores no toman mas parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar á esta tarea. Con semejantes estímulos y sobre todo con el poderoso de llegar pronto á sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las aridas llanuras de la Mancha donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar á su muger, novia, hija ó hermana, so pena de pasar por un

ruin sugeto ; y los no menos desabridos páramos de Campos. Aquí sufre otra sangria la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y cordones ó como dicen las babianas *gordones* para atacar los justillos es tan de ley al pasar por Rioseco de Medina como la de las ligas en la Mancha. En Rueda además suele proveerse de una gran bota que como mas adelante verémos no deja de hacer importante papel. Lástima es por cierto que las ovejas se desmanden de cuando en cuando y los guardas del campo anden tan listos en advertirles su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que á no ser por esto, pocos malos ratos aguarian el contento de la peregrinacion.

Por fin, despues de cuarenta y cinco dias gastados en esquilar y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de Leon, y á muy poco henos á nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Babia es un pais triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas y las nieves y ventarrones duran allí mucho tiempo; pero á la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desnudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verdeguean por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alineacion casi simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza, y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano, le dan un aspecto suave y vago semejante al que distingue algunos paisajes del norte. Estos atractivos son reales y verdaderos; pero aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaria, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral que por su oficio está obligado á adelantarse, sale al encuentro de la cabaña para señalarle los puertos (1) arrendados y despues de repartido el ganado y fabricado el chozo (si ya no vuelven á los mismos pastos) cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de dias en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de comprender como difíciles de pintar: por eso y por ahorrar paciencia á nuestros lectores, nos contentaremos con decir que despues de los abrazos, apretones, preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale en seguida á hacer la visita de ordenanza al señor cura y la muger á convidar á los parientes, deudos y amigos á *la bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en Rueda de esquísito vino rancio, y que en compañía de buenas magras, ricos chorizos y suculentas morcillas procedentes de Estremadura sirve para una cena opípara en que á fuerza de festejar la llegada del amo de casa y brindar por su bien venida, suelen salir los convidados viendo mas estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia, que pasados estos dias de júbilo y ensanche, vuelven á su vida ordinaria, como vuelven á su cauce los rios salidos de madre. Por lo que hace á los *mozos* ó solteros esto, segun suele decirse, ya es harina de otro costal, porque sino tienen festines y banquetes, para eso están las romerías que por entonces menudean y los galanteos y escapadas nocturnas de

(1) Puertos llaman en Babia á las cumbres y laderas donde se apacienta el ganado.

resultas de las cuales la yegua del padre ó del rabadan no suele engordar por mucho que pazca. Porque es de saber que no hay pastor que no se enamore, sino á la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una muger con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, segun dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversion y de holganza es la del fresco verano de aquellas sierras, porque como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño, y por otro lado cualquiera desavenencia que á propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen comun y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero al cabo estos dias buenos se acaban pronto, porque como dice un poeta contemporáneo.

Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan á moverse los pastores para volverse á sus invernaderos. La reunion del ganado y los preparativos de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con harto menos alegría de la que presencian en ocasion análoga los campos del Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer á los viajantes el obsequio del *queiso* (queso) para el camino que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del pais, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las ahuchas (agujas) que vimos comprar en Rioseco. Por rara que parezca esta ceremonia y por mal que se avenga en la apariencia con ánimos realmente apesadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente dia ya está dispuesta la fiambrera del Pastor que consiste en una gran provision de cecina y jamon, cosa en que tienen tanto puntillo las babianas que muchas de ellas consienten en pasar no pocas privaciones en el invierno á trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece y los pastores se ponen en camino acompañados de sus mugeres que por una de aquellas estrañas contradicciones del pobre corazon humano van ahora á despedirlos hasta una legua de distancia, cuando pare recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo; y lloran y se afligen sin medida ni proporcion con la alegría que á su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud se truecan entre muchos ahogos y suspiros; las mugeres se vuelven hechas unas Magdalenas y los hombres un poco mas durillos de condicion, aunque al cabo del mismo barro, despues de un poco de camino andado á las calladas, comienzan por fin á entablar cualquier conversacion y llegan ultimamente á entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo este viage es la mayor de las fatigas de la vida trashumante, porque siempre sobrevienen lluvias y mal tiempo: á veces salen de madre los arroyos y el ganado espantado y temeroso llega á ser mas dificil de manejar. Así y todo alguna pequeña regalía disfrutan en Castilla con los amos de las tierras en que

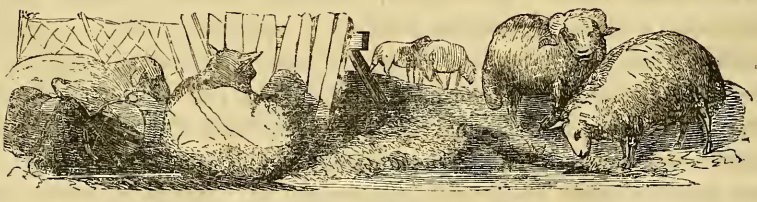
echan la noche con sus rebaños, y que por el beneficio que les reportan, suelen darles buena cena.

Una vez en Estremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse á sus ocupaciones un poco mas sosegados y á aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las yerbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y esperimentados que cualquiera de ellos entretiene á una persona instruida, hablándole de la fisonomía de las reses, que á sus ojos no es menos distinta que la de las personas, como vimos en la paridera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cria y en la calidad de la lana, y de todo lo que atañe á su oficio. No menos notables son bajo su aspecto moral tanto por la buena hermandad que entre sí guardan, cuanto por la subordinacion y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que salvo algun pecadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este por la suya suele desempeñar mas de una vez con ellos los oficios de padre, y las relaciones que entre ambos median están basadas en el respeto y benevolencia mútua. Finalmente, el Pastor trashumante por su conformacion física, por su vestido, por sus costumbres, por sus modales es un tipo de los mas antiguos que puede ofrecer la península, y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras edades del mundo.

Y sin embargo no es imposible que nuestros nietos vean estinguirse esta reliquia de las edades pasadas, porque si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivision indefinida que en el dia rige, á cada paso se diseminarán las cabañas, y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales que por un órden natural llegarán á desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué punto traigan utilidad á la causa del pais semejantes doctrinas que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando en último resultado las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero de todas maneras nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrones), una figura que si á toda España pertenece, con mas derecho reclama por suya el pais donde nacimos.

ENRIQUE GIL.

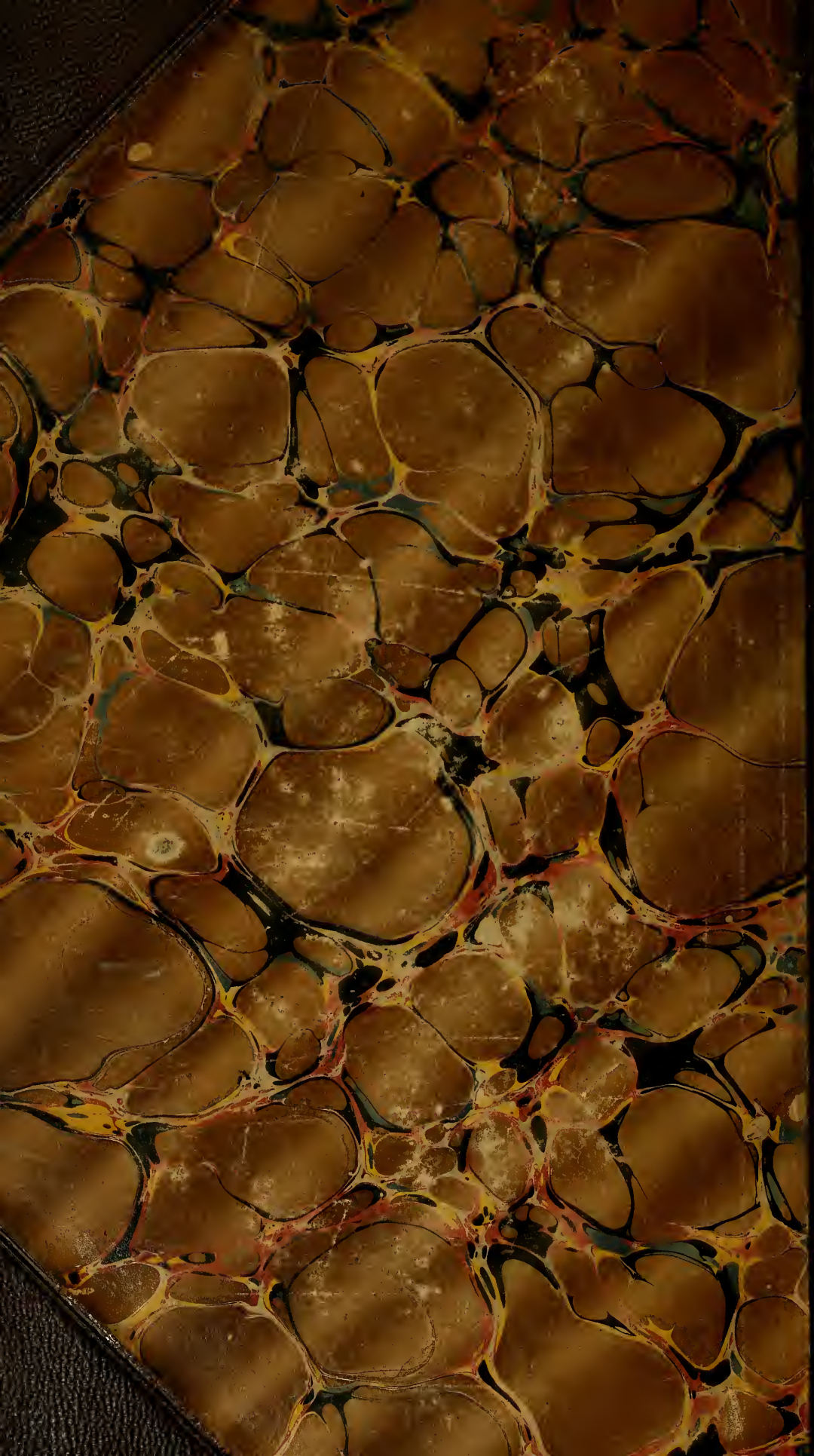
FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE

De los tipos contenidos en este tomo.

	Pág.
Introduccion.	5
El Torero: *por D. Tomás Rodriguez Rubí.*	1
La Patrona de huéspedes: *por El Curioso Parlante*	9
El Barbero: *por D. Antonio Flores*	19
La Castañera: *por D. Manuel Breton de los Herreros*	29
El Indiano: *por D. Antonio Ferrer del Rio.*	37
El Escribiente memorialista: *por D. Antonio Garcia Gutierrez.*	47
El Ama del cura: *por D. José María Tenorio*	50
El Pretendiente: *por El curioso Parlante*	61
La Coqueta: *por D. Ramon de Navarrete*	69
El Empleado: *por D. Antonio Gil de Zárate*	77
La Criada: *por D. José María de Andueza.*	87
El Cesante: *por D. Antonio Gil de Zárate.*	93
La Nodriza: *por D. Manuel Breton de los Herreros*	104
El Alcalde de monterilla: *por D. Fermin Caballero.*	113
El Ama de llaves: *por D. J. E. Hartzenbusch.*	123
El Aguador. *por Abenamar*	139
La Santurrona: *por D. Antonio Flores.*	144
El Sacristan: *por D. Vicente de la Fuente.*	153
La Lavandera: *por D. Manuel Breton de los Herreros.*	163
El Charran: *por D. Ramon de Castañeira.*	171
El Hortera: *por D. Antonio Flores.*	178
El Clérigo de misa y olla: *por D. Fermin Caballero.*	185
El Escribano: *por D. Bonifacio Gomez.*	193
El Escritor público: *por D. José María de Andueza.*	209
El Cazador: *por D. Antonio Garcia Gutierrez.*	217
El Choricero: *por Abenamar.*	221
El Estudiante: *por D. Vicente de la Fuente.*	225
La Mujer del Mundo: *por D. Tomás Rodriguez Rubí.*	238

El Alguacil: *por D. Bonifacio Gomez.* 247
El Ejecutor: *por D. Fermin Caballero.* 261
La Cantinera: *por D. José de Grijalva.* 271
El Guerrillero: *por D. José María de Andueza.* 283
La Gitana: *por D. Sebastian Herrero.* 289
El Mendigo: *por D. José María Tenorio.* 301
El Cochero: *por D. Cipriano Arias.* 311
El Presidiario: *por D. Bonifacio Gomez.* 319
El Calesero: *por D. Juan Martinez Villergas.* 333
El Dómine: *por D. Fermin Caballero.* 349
El Exclaustrado: *por D. Antonio Gil de Zárate.* 357
El Médico: *por el licenciado D. José Calvo y Martin.* 366
El Patron de barco: *por D. Sebastian Herrero.* 375
El Hospedador de provincia: *por el Excmo. Sr. duque de Rivas.* . 384
El Cartero: *por D. Eduardo Asquerino.* 391
El Elegante: *por D. Ramon de Navarrete.* 397
El Anticuario: *por D. Manuel de Ilarraza.* 405
El Aprendiz de literato: *por D. Luis Loma y Corradi.* 414
El Contrabandista: *por D Juan Juarez.* 423
El Demanda ó Santero: *por D. José María Tenorio.* 430
El Pastor trashumante: *por D. Enrique Gil.* 439

FIN.